SAN IGNACIO DE LOYOLA

P. Paul Dudon S. J.

TABLA DE CONTENIDO

TABLA DE CONTENIDO 2
Prefacio del Autor 4
Introducción 10
LIBRO I 21
ESPERANDO SU VERDADERO DESTINO 21
1. EL HIJO DE LOS LOYOLA 21
2. EL SOLDADO DE PAMPLONA 36
3. EL HERIDO CONVERTIDO 53
4. EN MONTSERRAT Y EN MANRESA 66
5. EL PEREGRINO DE JERUSALEM 90
LIBRO II 117
EN POS DE UNA VIDA APOSTÓLICA 117
6. EL ALUMNO DE MAESTRE ARDEVOLL 117
7. EL ESTUDIANTE DE ALCALA 130
8. EL PRISIONERO DE SALAMANCA 149
9. EL MAESTRO DE ARTES DE PARIS (I) 160
EL MAESTRO DE ARTES DE PARIS (II) 179
10. EL SANTIFICADOR DE AZPEITIA 204
11. EL HUÉSPED DE VENECIA 225
LIBRO III 244
EL MAESTRO ESPIRITUAL 244
12. LAS INFLUENCIAS RECIBIDAS 244

13. LA COMPOSICIÓN DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS.....257

14. LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE IGNACIO DE LOYOLA 271

LIBRO IV 288

EL FUNDADOR DE ORDEN RELIGIOSA.....288

15. LA VIDA EVANGÉLICA EN LA ALTA ITALIA.....288

16. LA PRIMERA CARTA ROMANA DE LA COMPAÑIA DE JESUS ..309

17. LA EXPANSIÓN DE LA NACIENTE COMPAÑÍA.....332

18. LAS CONSTITUCIONES 353

19. LA PROMULGACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES.....383

Prefacio del Autor

Al iniciar mi relato, se encontrará la bibliografía crítica (En la presente traducción se omite la bibliografía inserta en el original francés, por ser demasiado extensa y por figurar en ella muchos libros que no circulan en México, aparte de que en las notas al pie de las páginas hallará el lector abundante información de autores, libros y documentos) de los principales trabajos consagrados a la historia de San Ignacio de Loyola. Aquí recordaré solamente algunos libros franceses, por medio de los cuales, los jesuítas han tratado de dar a conocer al fundador de su Orden; y diré las razones que existen para ensayar un muevo esfuerzo.

La primera en fecha de las biografías de San Ignacio de Loyola, se imprimió en Nápoles en 1572. Pedro de Rivadeneyra tradujo él mismo su libro del latín al español; y esta vida nueva, apareció en Madrid en 1583. La obra era un testimonio de un hijo muy querido de Ignacio, y un delicioso escritor; con frecuencia ha sido reeditada y traducida a otras lenguas. La primera traducción francesa, debida a la pluma del P. Favard, salió a luz en 1599 en Aviñón.

En 1650, el P. Daniel Bartoli escribió una historia más extensa, y, como la de Rivadeneyra, tuvo mucho éxito. Las reediciones y las versiones en diversas lenguas fueron numerosas. A pesar de su mérito, ta obra del célebre jesuíta italiano no se tradujo al francés antes del siglo XIX; en su tiempo no tuvimos de ella más que una traducción latina debida al P. Luis Jarrin.

Es una especie de descuido, que se explica. Los jesuítas franceses de entonces trataban de hacer una obra personal. Con ocasión de la canonización de San Ignacio, en 1622, el P. Pedro Morin publicó, en la casa del famoso editor parisiense Cramoisy, una vida inspirada en la de Rivadeneyra. Y por el contrario fue a Bartoli, al que pretendió resumir el P. Juan de Bussiere, en un volumen impreso en Lyon, en 1670. Nueve años después, el P. Domingo Bouhours publicó también una vida de San Ignacio de Loyola. El designio de este perfecto humanista fue el de dar a Francia, en el más puro idioma del reino de Luis XIV, lo esencial de los libros de Bartoli, de Maffei y de Rivadeneyra. De 1679 a 1856, esta vida fue con frecuencia reimpresa, y más en el siglo XIX, que en los precedentes.

Cuando no reeditan a Bouhours, los jesuítas franceses contemporáneos se contentan con traducir a Rivadeneyra y a Bartoli. A este modesto sistema se ciñeron principalmente el P. Terrien (1893), el P. Michel (1893) y el P. Clair (1891). Los dos últimos se dieron cuenta de los inconvenientes de su elección; por medio de notas trataron de satisfacer las exigencias de los lectores modernos, y registrar las conquistas del trabajo histórico llevado a cabo en torno de los orígenes de la Compañía de Jesús. Si estos beneméritos escritores vivieran aún, serían los primeros en conceder que su obra es insuficiente para nuestro tiempo.

Desde hace treinta años se ha escrito mucho sobre San Ignacio. Sus cartas, publicadas con gran cuidado por tres jesuítas españoles, han sido más cuidadosamente editadas en la colección de *Monumento Histórica Societatis Jesu*. En esta colección figura la correspondencia de los primeros compañeros del fundador; la *Crónica* de la naciente Compañía, redactada por Polanco; el *Memorial* del P. Fabro; el *Comentario* de Simón Rodríguez; la inestimable *autobiografía*, dictada por decirlo así, por San Ignacio al P. González de Cámara; los *procesos canónicos* instituidos en España, para la beatificación del siervo de Dios. Además, *los Ejercicios espirituales* y el texto original en español de las *Constituciones* han tenido ya su edición crítica. Finalmente los estudios sobre España, Portugal, Italia, Alemania, Francia y el Papado en el siglo XVI, se han multiplicado. Gracias a este enorme trabajo, ¡cuántos datos de gran valor hemos adquirido! Hoy estamos en la posibilidad no sólo de controlar a historiadores tan acreditados como Bartoli y Rivadeneyra, sino de escribir una vida de San Ignacio verdaderamente nueva.

Los trabajos históricos sobre la Compañía de Jesús ordenados y estimulados por el M. R. P. Luis Martín, durante su generalato, han dado por resultado los libros firmados por los PP. Antonio Astrain, Bernardo Duhr, Enrique Fouqueray, Pedro Tacchi Venturi y Francisco Rodríguez. Cada uno de estos autores, con excepción del P. Duhr, ha trazado la historia de San Ignacio, teniendo presente en especial, uno a España, otro a Francia, otro a Italia, otro a Portugal. El P. Tacchi Venturi, tiene la ventaja de ser uno de los últimos en fecha,

pues su volumen apareció en diciembre de 1921: y acerca del período italiano de la Vida de San Ignacio, no tiene igual.

¿Me atreveré yo, después de lo dicho, a anunciar que la obra presente tendrá aún algo nuevo? Se me creerá sin duda, cuando se sepa que he tenido entre mis manos los papeles del P. Leonardo Cros, y que, reanudé siguiendo sus pasos sus propias investigaciones, sin prohibirme otras personales. El P. Cros, fue un infatigable escudriñador de bibliotecas y archivos. Trabajaba muy de prisa; pero sus jornadas de obrero comenzaban muy temprano, acababan muy tarde y duraron más de veinte años. Era hijo de un notario. De la atmósfera respirada en su casa paterna, heredó el gusto de hojear los legajos de familia. Ya sabemos por sus libros cuánto ha revelado hacerca de las familias de Regis y de Javier. Sobre los Loyola había ya emprendido, con el mismo éxito, las mismas incansables investigaciones. Cuando murió dejó sobre su mesa de trabajo, un regular número de *"fagotins"* (así los llamaba él, Literalmente: *"hacecillos de leña"*) listos para la impresión. Estos *"fagotins"* son un poco pesados, con el estorbo de muchos textos que se acumulan sin descanso, para la mayor fatiga del lector. Muchas de esas páginas no tocan, sino de lejos, a Ignacio de Loyola; pero si no hubiera yo tenido esos *"fagotins"* a mi disposición, no hubiera podido hacer tan fácilmente el libro que firmo, porque no contendría tantos nuevos y curiosos detalles españoles. La probidad y el agradecimiento me obligan a rendir en este prefacio, un público homenaje a los pacientes trabajos del P. Cros.

En estos últimos años, las obras de Enrique Bóhmer sobre la Compañía de Jesús, tuvieron particularmente en Alemania y en Francia, un legítimo éxito. Era natural que se notase, en un historiador protestante, el pacífico y laudable esfuerzo de justicia, al que los jesuítas no están habituados de parte de los hijos de Lutero y Calvino. El Sr. Bóhmer ha trabajado con conciencia y método. Es sabroso oponer sus dichos a los errores de los incrédulos, que amontonan a cargo de la Compañía, toda una serie de cuentos pasados de moda: viniendo de un reformado, quizás no se rechazarán a priori sus palabras, como las de los católicos. Pero fuera de este punto de vista polémico, el Sr. Bóhmer no es para el historiador de San Ignacio, un poderoso auxiliar. Ha bebido en fuentes ya abiertas y conocidas de todos antes de él.

Además de los documentos suministrados por el P. Astráin, el P. Cros y el P. Tacchi Venturi, soy deudor sobre todo, a los *Monumenta Histórica Societatis Jesu*, mina extraordinariamente rica de las más valiosas informaciones. La sustancia de muchos de mis capítulos la he obtenido de esta colección.

En general, los antiguos historiadores de San Ignacio han abstraído casi completamente a su héroe del tiempo y del espacio. Yo he procurado evitar este grave defecto. Sin que creamos tan determinadamente como Taine, en *la ley del medio*, debemos confesar que para ver como conviene a un gran hombre de otros tiempos, es indispensable volver a colocarlo en medio de sus contemporáneos. Esto es de tal evidencia que me admiro de tener que decirlo. Espero que en esta nueva historia de Ignacio de Loyola, se percibirán, con más claridad las líneas del cuadro real dentro del que se desarrolló esta vida extraordinaria del fundador de la Compañía de Jesús. Antes de dominar a sus allegados, recibió mucho de ellos, y es preciso conocerlos aun para ver hasta qué grado los dominó. En los designios de la Providencia lo interior estuvo en función de lo exterior.

En la evolución del trabajo histórico, el siglo XIX señala una feliz etapa: los espíritus se han hecho más exigentes, y más familiarizados con los métodos rigurosos. Gustan mucho aún, los relatos cautivadores, sobre todo en Francia en donde el arte de contar siempre tuvo gran favor: pero se exige más aún la exactitud. No me atrevo a envanecerme de que en este libro la narración pique en cada págína más y más la curiosidad. Pero en todo caso, gracias a las investigaciones hechas, podría yuxtaponer al presente volumen, otro entero de lo que los eruditos de nuestro gran siglo llamaban: las pruebas. En éste los críticos, los espíritus difíciles de contentar y los fervientes amigos de San Ignacio, encontrarían los textos importantes, con la discusión indispensable para justificar afirmaciones y negaciones, preferencias y silencios, a que me he atenido. Pero la crisis económica que aflige ahora a este mundo, atormenta también a los autores. Para contenerme en los límites de este solo volumen en octavo, he reducido mis notas a lo estrictamente indispensable.

El año de 1921 ha traído consigo el centenario de aquella herida del sitio de Pamplona, que fue para Iñigo de Loyola, la ocasión de su admirable conversión; 1922 nos recuerda 1522, es decir, la laboriosa cuna espiritual de Manresa, en la

que el convertido de Loyola, se hizo un amigo de la oración y un apóstol: nos recuerda también al glorioso 1622, que vió las fiestas de la canonización del fundador de la Compañía de Jesús. En 1934 celebraremos el cuarto centenario de los votos hechos en Montmartre por Ignacio y sus primeros compañeros. Tan grandes fechas, nos invitan a exaltar la memoria del admirable siervo de Dios; tanto más cuanto que su magnanimidad es un ejemplo que vale para todos los siglos.

Hoy, salvo en algunos raros países de Europa y América, la Compañía de Jesús lleva una existencia miserable, cohibida por leyes impías. Políticos que se vanaglorian nada menos que de representar a la libertad, dosifican al mínimo a los jesuítas las facultades de existir, poseer y obrar, dando rienda suelta a los empresarios de la corrupción de costumbres, del juego y de la revolución social. Tal parece que la prosperidad de un pueblo moderno exige esta contradicción y esta iniquidad. Para las víctimas de esta denegación de la justicia, nada tan reconfortante como el espectáculo de la vida de San Ignacio. Al contemplar a este luchador heroico, se adquiere imperturbable paciencia, con la certidumbre de la constancia y del triunfo en un día próximo.

En cuanto a los jesuítas que gozan de un franco pasaporte para desplegar su celo apostólico, y aun reciben alientos de los mismos poderes públicos, ¿no convendría que se acuerden de que los apoyos terrestres son frágiles e insuficientes, y que el favor divino debe indispensablemente unirse al de los hombres? Sin eso las obras emprendidas ni serán fecundas para la salvación de las almas, ni podrán resistir a la mordedura del tiempo. Y ¡cuántas páginas de la vida de San Ignacio inculcan a sus hijos esta necesaria lección!

Los tiempos en que vivimos, a despecho de los grandes esfuerzos de descristianización llevados adelante en la vieja Europa, son notables por la expansión del catolicismo hasta lejanos países. Nunca jamás tantas columnas de misioneros habían surcado las regiones paganas. En este ejército de la conquista evangélica, los jesuítas se encuentran en todas partes: en la América del Sur y la del Norte; en el Japón, en la China y en las Indias; en Ceylán, en las Filipinas y en Australia; en Egipto, en Siria, en Armenia y en Constantinopla; en el Africa del Norte, en el Congo, y en el Cabo. Más vivamente aún que en el siglo XVI, las reacciones de la política europea se hacen sentir hoy en el mundo de

ultramar. Gobiernos que acusan a los religiosos en Europa se interesan al mismo tiempo por su lejano apostolado, a menos que se ingenien para transportar a las colonias, los instrumentos de tortura legal fabricados para uso de las metrópolis llamadas civilizadas y libres. En medio de las dificultades que comprometen su reclutamiento, de la resistencia con que tropiezan, de la pobreza que sufren, y bajo los climas mortíferos que los diezman, los misioneros no podrán encontrar nada tan luminoso para su espíritu, ni tan cálido para su corazón, como la historia del Jefe cuyo ardor creó su milicia, a fin de conquistar por ella el mundo para Jesucristo.

A juicio de la historia exacta, Ignacio de Loyola es un gran hombre; la Iglesia ha proclamado infaliblemente que es un gran santo. Tan noble vida merecería un escritor genial. Sin duda las cosas maravillosas hablan por sí mismas: pero ¡cuánto mejor lo hacen cuando la palabra del que las relata se iguala a ellas! Si para pintar a los santos que son resplandecientes imágenes de Dios, faltan los colores a los más ricos artistas, ¿a qué se reducirá la paleta de aquellos que pertenecen al vulgo? En este relato sucederá muy frecuentemente que admirables realidades se entreverán en cuadros medianamente trazados. ¡Que San Ignacio me perdone; y que mis lectores suplan mi impotencia!

París, 31 de julio de 1921 a 1933.

Introducción

Cuando se haya leído hasta el fin esta historia aparecerá claramente, como lo espero, que San Ignacio de Loyola fué un eficacísimo reformador de la Iglesia. En pocas páginas conviene recordar, desde ahora, cuan necesaria era esa renovación de la sociedad cristiana.

Este cuadro puede delinearse de diferentes modos. Pero es más cómodo quizás y aún más sugestivo, el darle por centro la figura de un Papa famoso. A principios del siglo XVI, el espectáculo que ofrece la Iglesia a las miradas del historiador se sintetiza bastante bien en el Pontificado de Julio II.

* * * * * * * * * * * * * * * * *

Julio II, al nacer se llamó Julián de la Róvere. Su familia establecida en Abbizzoía, aldehuela de Liguria, cercana a Savona, era tal vez de linaje noble; ciertamente era pobre, aunque la fortuna de haber dado dos Papas a la Iglesia la haya hecho tronco de Príncipes. Sixto IV, antes de ceñirse la tiara, había sido un profesor famoso en las Universidades de Padua, Boloña, Pavía, Siena, Florencia y Perusa. Llevaba con honor el hábito de San Francisco. Su piedad, su virtud, su saber, lo llevaron en mayo de 1464 al generalato de su Orden; luego fué creado Cardenal (18 de septiembre de 1467), y finalmente subió al Pontificado. Como Papa, procuró en gran manera el mejoramiento de los suyos. De sus tres jóvenes sobrinos: Bartolomé de la Róvere llegó a ser Obispo de Massa (1473) y luego arzobispo de Ferrara (1475); Pedro Riario y Julián de la Róvere fueron hechos Cardenales en un mismo día (16 de diciembre de 1471), Julián tenía tan sólo 28 años. (L. Pastor. Historia de los Papas desde el fin de la Edad Media (trad. francesa) París Plon.) Las precoces grandezas, en medio de la corrupción babilónica de Roma, no facilitaban a este joven la virtud. Colmado por su tío de muchos y ricos beneficios eclesiásticos, sin hablar de las abadías que se le dieron en usufructo, recibió los títulos de Arzobispo de Aviñón y de Bolonia, de Obispo de Lausana, de Coutances, de Viviere, de Mende, de Ostia, de Valletri. El Cardenal-sobrino tenía rentas enormes y tentadoras. Usaba de ellas para proteger a los artistas, y también para llevar una vida de lujo principesco, en su palacio de San Pedro Ad víncula, cuyo nombre vacío de sentido, no recordaba ya la gloria heroica del primer Papa cargado de cadenas.

Menos codicioso que Juan de la Balue, menos disoluto que Federico Sanseverino o que Bautista Orsini, menos fastuoso que Ascanio Sforza, y menos imprudente que Rodrigo Borgia, Julián de la Róvere (ibid. IV, 223; V. 351-358) no deja por eso de ser un hombre del *"quatrocento"*, un Cardenal del Renacimiento, hasta por el fuego de las pasiones de su juventud.

Sin embargo, no era, propiamente hablando, lo que se llama un libertino. La impaciencia del yugo y el deseo de un gran puesto, la virtud en el sentido de Maquiavelo, son el verdadero sello de su carácter. La política lo atrae y lo absorbe. Legado en Francia (febrero a octubre de 1476) bajo el reinado de Luis XI, salvador de Roma cuando Alfonso de Calabria, favorecido por la facción de los Orsini, amenaza con un golpe de mano la ciudad eterna; candidato del Rey de Francia y del Rey de Nápoles en el cónclave de 1492, desde hora temprana se le señaló para los más grandes negocios. Cuando su rival Rodrigo de Borgia fué electo Soberano Pontífice (11 de agosto de 1492) Julián de la Róvere fué a esconderse en su Obispado de Aviñón. De allí no salió sino entre los equipajes de los reyes de Francia cuando Carlos VIII (1494-1495) y Luis XII (1499) pasaron los Alpes para conquistar el Milanesado. Para radicarse en Roma, esperó la muerte de Alejandro VI (18 de agosto de 1503). Su influencia en el cónclave hizo fracasar la candidatura del Cardenal de Amboise; y la suya hubiera tenido éxito, sin el antiguo rencor de Ascanio de Sforza; pero el reinado de Pío III fué tan corto (22 de septiembre a 18 de octubre de 1504), que desde la apertura del segundo cónclave de 1504, Julián de la Róvere rebasó todas las oportunidades y fue electo Papa en una sola mañana. (Pastor *Op. cit*. V. 407, 417; VI. 182. 194)

Tal es en pocas palabras la carrera del hombre que a principios del siglo XVI llegó a ser el Jefe de la Iglesia. Y esta misma carrera permitía pronosticar lo que había de ser el Pontificado de Julio II.

Cuando se entra en el Vaticano, por la puerta de servicio que da a la Vía Angélica, al extremo norte del cuartel de los suizos, desde el umbral, se ve lucir a lo lejos sobre los basamentos que sostienen el Museo de inscripciones antiguas, la frase: **Julián de la Rovére, Ligur, sobrino de Sixto IV**. El poderoso edificador ha dejado sus huellas en el palacio de los Papas. De él proviene el inmenso edificio que une los departamentos de los Borgia con el Belvedere de

Inocencio VIII; de él, las logias que rodean el admirable patio de S. Dámaso; de él los frescos de la Sixtina, y los de las Stanze; de él en fin la fundación de los cuatro pilares enormes destinados a sostener la cúpula de San Pedro. Entre todos los Papas del Renacimiento, no hay uno solo, ni León X, que haya ideado tan grandes maravillas y que haya podido asociar a sus proyectos artistas tales como Bramante, Miguel Angel y Rafael. Julio II fué el más atrevido y el más afortunado Mecenas de las artes. (ibid. VI, 405-416)

Guichardin estima que Julio II no tenía de sacerdote sino la sotana y el nombre. El alemán Gregorovius repitió, agravándolo, el juicio del historiador florentino; para éste, Julio II *"es una de las figuras más profanas y más antieclesiásticas que se hayan exhibido en la Silla de San Pedro"*. Tales fórmulas son exageradas. Estos autores han recordado únicamente los días de tempestad, en los que el Papa lleno de cólera hacía temblar a todos ante él; los días de placer en que se entregaba a la cacería; los días de política cuando el cuidado del Estado lo absorbía por completo, y los días de fiebre guerrera, cuando este Vicario de Jesucristo llevaba coraza y grandes botas, y apresuraba las marchas de sus tropas en campaña, levantándose el primero, y acostándose el último, como un espartano, duro a la fatiga e indiferente a las intemperies. A pesar de todo esto Julio II fué algo más que un soldado o que un político de altura.

Su infancia se desarrolló en la atmósfera de un convento franciscano, entre las irradiaciones de piedad de su tío el futuro Sixto IV. Esa religiosidad profunda de los primeros años, pudo evaporarse al soplar el viento de las pasiones, en el orgullo de la grandeza, por el contagio de los escándalos romanos y entre el barullo del gobierno. Pero el fuego divino alentó siempre en aquel ardoroso corazón. Y esto se mostró a las claras en los últimos días del Papa. Obligado a guardar cama el día de Navidad de 1502, los pensamientos de la eternidad surgieron por sí mismos en su espíritu. Hablaba de ello a menudo sin dejar por eso de interesarse en los negocios. El enfermo no salía ya de esas *"estancias"* en las que el pincel de Rafael había pintado en frescos inmortales, la breve fórmula del saber dejada por Pico de la Mirándola: *Philosophia quaerit, Theologia invenit, Religio possidet*. Cuando los pasos de la muerte se dejaron oír en el umbral de su aposento, el anciano pontífice los oyó sin temblar. Lúcido,

tranquilo, arregló con Pares de Grasis (4 de febrero de 1513) sus últimas voluntades y sus funerales. Algunos días más tarde (16 de febrero) dió algunas instrucciones para la 5a. sesión del Concilio de Letrán; e insistió en el asunto el 19, en la plenitud de su inteligencia y su voluntad. El 20 se confesó, recibió el Viático, hizo llamar a los Cardenales a los que habló en latín, como en un Consistorio, pidiéndoles sus oraciones, recomendándoles el temor de Dios y la observancia de su Ley, y les instó para que en las próximas elecciones siguiesen las prescripciones de su Bula del 15 de febrero. Por la noche entregó su alma a Dios. Eso era morir como Papa.

Julio II no olvidó ciertamente nunca que él era el Papa. Su Bula contra la simonía en los Cónclaves se remonta a los primeros años de su reinado, y da testimonio del noble cuidado de poner al Vicario de Jesucristo, desde el día de su elección, en una independencia completa. El cuidado de propagar la fe cristiana fue muy vivo en Julio II; dió Obispos a las flamantes colonias americanas, misioneros a las Indias, a Etiopía, al Congo; deseaba convertir al Shah de Persia, y miró por los hussitas de Bohemia, La defensa de la pureza doctrinal no le dejó indiferente, como lo atestiguan la campaña contra los Marranos de Roma (1503-1513); el suplicio de cuatro dominicos suizos que engañaban al pueblo con falsos milagros; la condenación del antropomorfismo de Pedro de Luca; el establecimiento de los inquisidores en Toul, Nápoles y Benevento; los altercados con los soberanos de Inglaterra, de España, de Hungría, de Saboya y de Venecia, cuando lesionaban los derechos de la Iglesia. Su acción se hizo también sentir en la reforma de los Monasterios de Italia, de Francia, de Suiza y de Irlanda; arregló la vida conventual de los religiosos estudiantes en las Universidades, reorganizó la Congregación benedictina de Monte Casino; redujo a cierta unidad a las múltiples familias de San Francisco; estableció la autoridad de la Gran Cartuja sobre otras casas de la Orden; tomó algunas medidas tendientes a la prosperidad de los Olivetanos y de los Agustinos de San Salvador, y confirmó los nuevos estatutos dados por San Francisco de Paula a los mínimos.

Tales son las huellas que de su actividad apostólica nos conserva el corto bulario de Julio II. Prueban que Guichardin y Gregorovio lo calumnian, cuando afirman que el indigno sobrino de Sixto IV no tenía nada de sacerdote. Hasta los

mismos esfuerzos de Julio II para restablecer por medio de las armas el patrimonio de San Pedro en toda su integridad, proceden de un sentimiento de religión; porque en ese patrimonio veía la garantía de la independencia espiritual del Pontífice Romano, y el único medio de escapar al vasallaje que sufrieron los Papas de Aviñón. Así lo ha reconocido el protestante alemán Burchard, cuando, en su libro sobre el Renacimiento en Italia, llama a Julio II, el *"salvador del Papado"*.

Cuando se mira en la Galería de Oficios en Florencia, el retrato en el que Rafael fijó para la posteridad la figura de Julián de la Rovere, se experimenta cierta especie de inquietud. El Papa está sentado en un sillón; su barba ya gris cae sobre la muceta roja; la cabeza está inclinada más que por la edad, por el peso de las preocupaciones, y la mirada profunda y viva, parece escrutar, sin poderlos penetrar, peligrosos problemas. No aparece allí como un triunfador, sino más bien como un luchador que no ha cumplido aún su destino. La fuerza irradia de esa cabeza enérgica; se adivina que Julio II la ha empleado sin medida, pero sin tampoco agotarla. Se encuentra uno con el hombre que supo resistir a Bramante, cuando éste quería, en su plan de la Basílica de San Pedro, cambiar de lugar el sepulcro de los Apóstoles; con el hombre que fue capaz de hacer volver a Roma, vencido y dócil, a Miguel Angel que había huido furioso de la ciudad; con el hombre que arrancó de manos sacrilegas y codiciosas, pedazo a pedazo, todo el dominio temporal de los Papas; con el hombre que libertó a la Ciudad Eterna de las facciones y del bandolerismo; con el hombre que arrojó a los extranjeros de Italia; con el hombre que supo coligar contra Venecia rebelde al poder espiritual, a Francia, España y el Imperio, y más tarde poner en jaque a Maximiliano y a Luis XII, sin que jamás tuviera miedo a la batalla, o cansara su diplomacia. No obstante, esta cabeza reflexiona con una seriedad impresionante y sus ojos parecen fijarse en algún objetivo determinado que parece lejano y difícil. Julio II murió sin haber emprendido la reforma de la Iglesia, que tanto necesitaba.

Cuando Lutero se levantó en Alemania, como profeta, contra la orgía de Babilonia, no pasó de ser un monje cansado de los vínculos de sus votos, un doctor infiel a la tradición tanto como a la Biblia, un corruptor de la moral, y un sembrador de discordias civiles. En la víspera de su muerte, decía: *"Si yo supiera*

que había de vivir cien años aún, y dominar, por la gracia de Dios, no solamente las intrigas, las sediciones y las tempestades actuales, sino también las del porvenir, veo claramente que a pesar de esto no habríamos logrado procurar la paz para nuestros descendientes, porque el diablo vive y reina". El protestantismo es un sistema formulado por Lutero, implantado y sostenido por la fuerza de los príncipes, apóstatas como el mismo Lutero. Ese monje elocuente, jovial, grosero, orgulloso, sensual y atormentado por íntimos terrores, trajo a menos, lejos de aumentarlas, la religión, la justicia, la moralidad en el pueblo alemán; a las miserias de la Iglesia de su tiempo añadió nuevas miserias (Janssen, *L'Allemagne et la Reforme* (tr. franc.) París Plon, II, 67-88, 116-128, 231-240, 491-592; III, 58-92, 449-460, 591-595).

Por detestable que fuera el remedio propuesto por Lutero, lo ofrecía como un remedio. El favor que encontró, da testimonio de la realidad de las llagas profundas de la religión. Desde hacía más de cien años, la Iglesia Católica estaba roída por un mal devorador. Era el designio de Cristo fundador de la Iglesia, que la divina virtud de su verdad y de su vida se comunicara a los hombres por el canal de una jerarquía humana. Pero aun revistiendo a los sacerdotes, a los obispos, a los Papas, con el poder de enseñar, de santificar y de gobernar a los fieles, les dejó, sin embargo, el peligro de su libre arbitrio. Si es verdad que su indignidad no quita nada a su poder, no obstante, sí se arruinaba su prestigio; se esterilizaba su acción. De allí esos empobrecimientos de la vida divina de la Iglesia.

Pues bien, cuando Julio II subió al trono pontificio las causas de este empobrecimiento eran muy poderosas.

Según las teorías de Marsilio de Padua y de Guillermo Occam, en el siglo XIV la idea de la monarquía eclesiástica había sido falseada. La estancia de los Papas en Aviñón durante setenta años, prolongó y agravó el cisma de occidente, y el Concilio de Basilea (Noel Valois, *Le Pape et le Conclie de Bale*, París, Picard 1909, I, 215-310; II, 127-303) consumó aquella crisis en la que parece sucumbir la autoridad de los Papas. Un humanismo antipapal, (Imbart de a Tour, *Les origines de la Reforme*, París, Hachette, 1909 II, 314-345) antimonacal, antimedioeval, anticristiano, precipitó, gracias a la invención de la imprenta, la decadencia de las costumbres, el descrédito de las antiguas instituciones, el

desprecio de la filosofía tradicional, la difusión de la atrevida blasfemia y el renacimiento del paganismo. Contra esas fuerzas disolventes, que disocian la fe y la virtud, hubiera sido necesaria la presencia de Papas, obispos y sacerdotes modelos.

Los mediocres, los vacilantes, los indignos, fueron arrastrados por ese torrente, que ellos debían haber contenido.

Tal es la pesada herencia que el pasado arrojó sobre los hombros de Julio II, a principios del siglo XVI.

El mal era profundo, muy extendido e inveterado. Para remediarlo, el Papa no tendría más de diez años de vida; y no era un santo. No hizo más que concebir proyectos y dar un ligero empuje a la acción de los reformadores que habían aparecido antes de él. El Concilio de Letrán es la prueba de su buena voluntad.

* * * * * * * * * * * * * * * * *

Desgraciadamente no era tan sólo la Curia Romana la que tenía necesidad de una reforma. En toda Italia abundaban los escándalos, y con ellos los eclesiásticos de todo rango destruían en lugar de edificar; cardenales, obispos, sacerdotes, monjes, se daban al juego, a negocios sospechosos, a la lujuria, en tanto que los esenciales deberes de la predicación y la administración de los sacramentos eran abandonados. En muchas ciudades, las Academias que ostentaban nombres frivolos reclutaban a los amantes del libertinaje. Tal vez y más intenso que en cualquier otra parte, florecía en Italia el humanismo destructor de las creencias. (Pietro Tacchi Venturi, S. J. *Storia della Compagnia di Gesu in Italia*, Roma, Albrighi, 1910. I. 33, 46, 143, 154, 164, 168, 183; E. Rodocanachi, *La Reforme en ltalie*, París. Picard. 1920, I. 46, 138, 196-206)

Mucho antes que por Lutero, Alemania fué lanzada a la revolución contra el Papa por Juan Huss; y Juan Wesel, despreció las indulgencias, el culto de los santos, el purgatorio, el sacramento de la penitencia, de la eucaristía y de la extremaunción. Entre los obispos, los curas y los monjes del imperio ¡ay! no faltaban quienes eran completamente indignos de su estado. La Iglesia de Alemania era la más rica de la cristiandad; pero sus riquezas la corrompieron, y a causa de ello el respeto a las tradiciones cristianas y a los jefes espirituales

quedó muy quebrantado. (Janssen op. cit., II, 575-586). En Francia se vió un espectáculo semejante. Había allí un galicanismo antipapal. Las elecciones de los obispos y la adjudicación de los beneficios estaban manchadas por los más graves abusos; muchos de los conventos estaban relajados; el clero, a causa de que varios de sus miembros eran inferiores a su cometido, ya no era un oráculo incontrastable para el país. (Imbart de la Tour, op. cit. II, 107, 115, 227, 240, 290, 306).

En medio de la decadencia universal, la Iglesia de España parece, a primera vista, ofrecer un espectáculo glorioso. Los reyes católicos, Fernando e Isabel, no solamente habían realizado la unidad de España en el Norte (1474-1479), conquistando Navarra (1512), recobrando el Rosellón (1492), añadido Nápoles a sus dominios de Sicilia (1504), extendido su imperio hasta las Américas descubiertas por Colón (1492-1494); sino que también habían arrebatado al Islam el reino de Granada (1491), y la costa del Africa del Norte, desde Orán a Trípoli (1509-1510). El aliento de las Cruzadas palpitó en el alma cristiana de los dos soberanos y en la de su primer ministro, el ilustre Cardenal Jiménez de Cisneros. Pero no tienen solamente la intención de hacer temblar al mundo con el rugido del león simbólico que se yergue en su blasón; más alto que el estandarte de Castilla, quieren enarbolar en las tierras conquistadas, como lo hicieron en la Alhambra de Granada, la Cruz de Jesucristo. Esta monarquía, extraordinaria por la rapidez y la extensión de sus conquistas, estaba animada por un espíritu religioso, que penetró en sus leyes, levantó sus monumentos y animó toda su civilización.

Por desgracia se encontraba impotente para reformar las costumbres de un gran número. Las orgías y las violencias de Pedro el Cruel y de los príncipes, sus tristes émulos, habían desaparecido en la noche de los años (1350-1369), mas el tiempo no había curado los males de la sociedad española. En las mismas puertas del reino de Carlos V, el pueblo vivía ignorante y rudo; el clero de los monasterios y de las parroquias resistió a las reformas de los Concilios; los prelados intrigantes, profanos, indignos, no escasearon ni aun en las sedes más ilustres. Los Fonseca, Carrillo, Carvajal, Ayala, y otros aún, deshonraban su estado, muchos tenían la desvergüenza de enterrar con ellos a sus sacrilegas descendencias. Antes de escandalizar a Roma, los Borgia habían ostentado sus

vicios en el reino de Valencia. Un bastardo de Fernando el Católico ocupaba la sede de Zaragoza. Las lejanas expediciones que dan a la monarquía las tierras del Nuevo Mundo estaban lacradas por salvajes episodios: marinos y comerciantes rivalizaban en lujuria. El relajamiento había invadido gran número de claustros con novicias sin vocación; la clausura de los monasterios de mujeres era quebrantada de la manera más vergonzosa. Los beneficiados eclesiásticos olvidaban cumplir los deberes que condicionan el derecho de recibir las rentas de sus beneficios: la palabra de Dios ya no se predicaba a los fieles sino en raros sermones, carentes de doctrina y de celo; el comulgatorio estaba tan desierto como los confesionarios, salvo en las fiestas de Pascua. La fe permanecía, pero mal iluminada y desprovista de las buenas obras sin las que no se puede asegurar la salvación.

En definitiva, España, como el resto de Europa Occidental, estaba minada por males profundos. Y si se puede decir con verdad que las ideas falsas circulaban en ella menos que en Alemania, en Italia, en Francia, es preciso convenir en que las costumbres estaban en ella en igual decadencia; y que el Evangelio no era ya sino por excepción la ley soberana de las almas bautizadas. (V. de la Fuente, *Historia Eclesiástica de España*, IV, 363, 366, 372, 376, 380, 393, 444, 447, 450. Astráin *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (2a. ed.) I, 72-82. En las páginas de la Introducción que añade a su texto primitivo, el P. Astráin cita testimonios y evoca los hechos más decisivos).

*

* *

Sin embargo, allí como en el resto de la cristiandad, los cánones de los Concilios, al mismo tiempo que dan testimonio de seculares males, prueban que la Iglesia tiene la voluntad de aplicarles un remedio. Y no ha de creerse que en el siglo XVI todo es ruina y desorden. En ese tiempo que la mirada apasionada de Lutero consideraba todo como una imitación de Gomorra, los testigos no faltan a la verdad, ni los modelos a la virtud.

Benedicto XII, Gregorio XI, Bonifacio IX, son hombres instruidos, íntegros y nobles; Nicolás V, Pío II, Paulo II, Julio II, muestran cualidades más brillantes

aún. Juan XXII ofrece a los ojos de todos una vida austera como un paisaje de su Quercy; Urbano V, es venerado ahora en los altares. Los cardenales Capranica, Albergad, Albornoz, Torquemada, Jiménez, Nicolás de Cusa, Bessarion, son glorias de la Iglesia. Y qué obispos tan admirables San Andrés Corsino, de Fiesole; San Antonino, de Florencia, y San Lorenzo Justiniano, de Venecia.

El canciller Gerson, Tomás de Kempis, Dionisio el Cartujo, Taulero, Suso, Ruysbroeck; los fundadores de la vida común en los Países Bajos, los amigos de Dios en Suiza y en Alemania, los Jerónimos españoles o italianos (Juan de Erfurt y Bartolomé de Santo Domingo) son almas todas de Dios. Con mayor razón podemos considerar como eminentes servidores de Cristo a San Vicente Ferrer, San Bernardino de Siena, San Juan Capistrano, el bienaventurado Diego de Alcalá, los beatos Amadeo de Portugal y Nicolás de Flue, San Juan Nepomuceno, Santa Catarina de Siena. Santa Francisca Romana, Santa Brígida de Suecia, Santa Coleta y Santa Juana de Arco.

En medio de un mundo desolado, sus oraciones, sus virtudes, sus inmolaciones, su apostolado, suben al cielo como una poderosa protesta; estos santos auténticos demuestran que aun en los días de desgracia y de vergüenza, la Iglesia por algún título merece aún la nota de santa. Sus ejemplos unidos a los esfuerzos de los buenos sacerdotes, de los buenos obispos y de los buenos Papas, hacen circular por el cuerpo de la sociedad cristiana una sangre pura; y esa sangre mantiene la vida comprometida por las toxinas mortíferas que se llaman las faltas de los pecadores, los vicios del clero y los errores de los herejes.

Y esto es precisamente lo que condena la empresa de Lutero. Antes que él, otros han trabajado eficazmente en la reforma de la Iglesia y no la han curado completamente, porque la naturaleza humana permanece indefinidamente sujeta al mal. y porque el plan de la Providencia es el de respetar el juego peligroso de la libertad. Es verdad que estos maravillosos médicos de las almas fueron muy raros, pero su acción fue real y constante, y así preservaron a la Iglesia de la muerte.

El siglo XVI por su historia opone a la pretensión orgullosa del monje de Wittemberg una réplica más decisiva aún. En el curso de esta edad que Julio II

inaugura se levantan otros vengadores del decálogo desconocido, de la majestad divina desafiada por los pecadores o los heresiarcas. Paulo III reorganiza el Santo Oficio constituyéndolo supremo tribunal de la fe (1542), establece el Index (1543), abre el Concilio de Trento (13 de diciembre de 1545). Esta asamblea, combatida por terribles influencias contrarias, durará 20 años. Pío IV dará fin a sus trabajos (15 de diciembre de 1563). Todavía vivimos nosotros de aquellos tesoros reunidos en ese Concilio, en el que Papas ilustres trabajaron enérgicamente en aplicar las reformas.

Pero ¡cuánto más difícil y más breve hubiera sido la acción de aquellos Pontífices, si en torno de ellos no hubiera surgido una legión de hombres inspirados por Dios para mostrar al mundo, en su misma vida santa, todo el esplendor del Evangelio: Cayetano de Thiena, fundador de los Theatinos (1524), Mateo de Rosi, fundador de los Capuchinos (1528), Jerónimo Emiliano, fundador de los Somasca (1528), Antonio Zacarías, fundador de los Barnabitas (1530), Felipe de Neri, fundador del Oratorio (1548), Juan Leonardo, fundador de los Clérigos regulares de la Madre de Dios (1574), Camilo de Lelis, fundador de los clérigos ministros de los enfermos (1585), Juan de la Barrera, reformador de los Cistercienses Franceses (1587), Pedro Fourier, fundador de los canónigos de San Agustín (1587), Francisco Caracciolo, fundador de los Clérigos Regulares Menores (1588), César de Bus, fundador de los Doctrinarios (1592), y las mujeres que rivalizan con los hombres en ardor e iniciativa: Juana de Valois, que establece las Anunciatas (1500), Angela de Mérici, que instituye las Ursulinas (1537) y Teresa de Jesús, que reforma el Carmelo, (1562)!

Todas estas almas elegidas predican y realizan la santidad; su ejemplo y su palabra la propagan. Y es en medio de esta pléyade magnífica de verdaderos reformadores de la Iglesia en donde aparece Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. No vamos a compararlo con los otros, mucho menos a levantarlo sobre ellos. Para dar gloria a Dios, de la que él fue el instrumento, bastará decir quién es y qué hizo en el siglo que conoció la crisis del Renacimiento, las devastaciones de la Reforma y las atrevidas hazañas de los descubridores de continentes.

LIBRO I

ESPERANDO SU VERDADERO DESTINO

CAPÍTULO PRIMERO

1. EL HIJO DE LOS LOYOLA

(1493? —1521)

Una de las tres provincias vascongadas del otro lado de los Pirineos, se llama Guipúzcoa. Según un historiador local [1] del siglo XVI, Guipúzcoa significa *"amenazar al enemigo"*; como si dijera: *"te haremos pedazos"*. La historia de este rincón de la tierra es tan fecunda en proezas guerreras como para merecerle un nombre que suena a desafío. Queriendo explicar en su **Compendio Historial**, el carácter belicoso de los guipuzcoanos, Lope de Izasti[2] hace una advertencia curiosa: en este país el mineral de hierro abunda, las aguas potables están cargadas de él, y los habitantes tienen hierro en las venas; ese es todo el secreto de su temple enérgico. El país es montañoso, la lluvia frecuente, domina el viento del norte; las gentes no conocen sino la vida de las fraguas o de los campos; las torres y los castillos de las veinticuatro familias principales, llamadas **Los Parientes Mayores**[3] están todas edificadas en campo raso. Sumergidos desde la infancia en ese medio, hombres y mujeres forman una raza fuerte de cuerpo resistente, de alma orgullosa.

[1] El bachiller Juan Martínez Vadivia citado por Lope de Izasti

[2] Compendio historial de Guipúzcoa, pág. 260. Lope de Izasti sacerdote guipuzcoano del siglo XVII, escribió su obra en Madrid en 1614-1626. Por mucho tiempo inédita esta obra fue reimpresa en 1850 a expensas de la diputación provincial de Guipúzcoa

[3] Los parientes mayores, también llamados *jefes del linaje*, eran en número de 24 en Guipúzcoa. Estos feudales formaban dos partidos o bandos: los Oñacinos y los Gamboínos.. Sus querellas ensangrentaban todavía el país en el siglo XV; Lope de Izasti en su Compendio pág. 75, y otros cronistas con él, dan la lista de los 24 *parientes mayores*. Los Loyola van a la cabeza de los Oñacinos.

Confinada por Vizcaya al oeste, Alava al sur y Navarra al este, limitada al norte por Francia y el mar Cantábrico, Guipúzcoa se encuentra como emparedada por la naturaleza misma en su especial particularismo. Visto desde un avión, este cuadro de treinta y tres leguas de contorno, mírase por todas partes como erizado por grandes masas de montañas; cortado del suroeste al noroeste, por cinco valles de dirección más o menos paralela, muy estrechos, y en el fondo de los cuales corren hacia el mar, en hilos delgados y rápidos, algunos arroyos que el invierno convierte en torrentes.

Sensiblemente, hacia la mitad de este cuadro, el Urola traza su cauce. Brotando en las montañas de Oñate que separan a Guipúzcoa de Alava, recorre el valle de Legazia sembrado totalmente de forjas, desciende hacia Zumárraga, entra por el valle de Iraurgui y deja a la izquierda a Azcoitia y a Azpeitia, para ir a arrojarse por Cestona, Arona y Zumaya en las aguas Cantábricas. Bordeando el apacible valle, junto a la orilla izquierda del Urola, el Izarraitz levanta su cresta desnuda agujereada por canteras de mármol. En la margen opuesta el Aramontzo ostenta las frondas de sus bosques y las casas blancas de los campesinos.

Los bosquecillos sombríos de encinas, olmos y castaños, que ocultaban la casa de Loyola en el siglo XVI han desaparecido. La masa austera y grandiosa de un colegio, edificado en los tiempos de María Ana de Austria, madre de Carlos II, domina hoy y cubre la antigua estancia[4].

Cuando Ignacio de Loyola vino al mundo, las demoliciones ordenadas por los Reyes de Castilla en el siglo precedente, habían quitado a la fortaleza su silueta feudal[5], tenía ya entonces el singular aspecto que hoy ofrece a nuestras miradas. La casa es un cubo de 16 metros por lado, los muros de la planta baja y del primer piso, gruesos de dos metros, están formados por bloks de piedra mal labrados, unidos sin arte pero capaces de desafiar los asaltos y las

[4] Ver en el Apéndice la nota 1.

[5] En febrero de 1457 el rey Enrique IV para dar fin a las guerras locales fue el que ordenó esta demolición. Cuando los feudales perdonados, volvieron a pedir el reedificar sus fortalezas, el rey lo permitió (26 de julio de 1460) a condición de que las torres ya no tuvieran el aspecto de fortalezas.

bombardas. En otro tiempo estas piedras de tan feo aspecto subían hasta las almenas. Las sangrientas luchas de los **Parientes Mayores**, dieron a los Reyes de Castilla del siglo XIV y del XV, la ocasión para decretar su demolición. Los Loyola hicieron los sordos, obtuvieron plazos y perdones, pero sin embargo cuando reedificaron su morada medio destruida, pusieron sobre los basamentos antiguos, paredes de ladrillo. Manifiestamente, este piso superior fue construido en tiempos pacíficos, cuando la guerra de los señores no era ya más que un recuerdo. Si se ve desde arriba, el castillo tiene casi el aspecto de un chalet, pero las torrecillas de los cuatro ángulos le conservan algo así como una apariencia de castillo fuerte de otros tiempos.

La fachada principal da al norte, hacia Azpeitia,[6] la puerta de entrada es ojival; por encima del arco, las armas de los Loyola se ostentan groseramente esculpidas en la negra piedra.

A la altura del segundo y del tercer piso y bajo la techumbre se aprecia una ancha cornisa de ladrillos romboidales. Es el único adorno que da al edificio alguna arquitectura: morada de gentilhombres campesinos, ricos de recuerdos y de orgullo, más que de monedas; provistos de rentas que eran suficientes para darles apariencias de nobles, pero demasiado escasas para proveerles de lujo y de fausto.

La familia de los Loyola es muy antigua.[7] El primer nombre que nos revelan los papeles que aún existían en el siglo XVII, es el de Inés de Loyola, casada en el siglo XIII con Lope García de Oñaz. De los Oñaz vecinos de los Loyola podemos, remontándonos en las edades, encontrar la huella en 1180, pero en el siglo XIII se habían extinguido. Lope García de Oñaz, dejó a Inés de Loyola sin hijos; casóse ésta con su primo Juan Pérez de Loyola y así se fundieron las dos familias. Alfonso XI de Castilla les dió en 1331 un blasón que

[6] Los primeros documentos concernientes a Azpeitia son del rey Fernando IV (20 de febrero de 1310, 1° de junio de 1331). El lugar se llamó primeramente Garmendia, después Salvatierra y al fin Azpeitia.

[7] Ver la nota 2 de los apéndices.

atestigua esta fusión: el escudo de los Oñaz, de oro, con siete bandas de gules se une al de los Loyola, de plata, con dos lobos apoyados en una marmita de barro[8].

Los favores reales no eran sino la recompensa de las virtudes guerreras de la familia[9]. En la batalla de Beotivar (19 de septiembre de 1324), en la que franceses y navarros fueron vencidos por los guipuzcoanos, aliados a las tropas de Castilla, Juan Pérez de Loyola y sus siete hijos se distinguieron por su valor. El recuerdo de sus proezas aún vive en el país; todos los años el día de San Juan Bautista, patrón de la Villa de Tolosa, acuden las multitudes del pueblo a Iguerondo. Un grupo de bailarines encabeza el cortejo; y se exaltan a porfía en canciones castellanas y vascongadas las hazañas de los hijos de Pérez de Loyola.

En 1387 (por cartas reales renovadas en 1394 y autenticadas en 1414 en la Cancillería Episcopal de Pamplona) los Loyola se convierten en señores y patronos de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia. Este privilegio honorífico y provechoso concedido a Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola era el premio de su fidelidad al Rey de Castilla. En un conflicto provocado por los habitantes contra el Rey Juan, Beltrán se declaró por el príncipe y éste agradecido le concedió el derecho de patronato[10] que debía ser la fuente de dificultades cien veces renovadas. Comenzaron desde los tiempos de Beltrán Yáñez y se prolongaron hasta la época de San Ignacio. Procesos ante el Ordinario y la Corte de Roma, sentencias contradictorias y bulas papales, acuerdos firmados y rotos sucesivamente, señalan periódicamente las fases de la querella. Pero siempre triunfaban los Loyola y su derecho de patronato se mantuvo de generación en generación, en las manos de los herederos del nombre. Beltrán Yáñez lo transmitió a su hijo Juan Pérez, éste que murió sin hijos lo dejó a su hermana Sancha, casada con Lope García de Lazcano; Juan Pérez de Loyola, hijo de este matrimonio, lo pasó a Beltrán su hijo mayor.

De la vida de la familia en estos tiempos lejanos ignoramos casi todo. Pero en los contratos y testamentos que subsisten[11], vemos a los Loyola aumentar

---

[8] G. de Henao *Libro de la genealogía de San Ignacio*, cap. IX.
[9] Id. ibid. cap. VIII
[10] Id. ibid. cap. XI.
[11] Archivo de Loyola y Archivos notariales de Azpeitia

en riqueza; las tierras se agrandan, los vestidos preciosos y las finas telas se acumulan en los armarios, la iglesia de la Parroquia y las capillas campestres que se levantan en el valle del Urola, reciben regalos y limosnas. A pesar de todo, el dinero no abunda. Conocemos el contrato de matrimonio de Beltrán Yáñez de Loyola con Marina Sánchez de Licona; se trata en él de la fragua de Ybaydera, de siete granjas, de criaderos y rebaños poseídos por Beltrán; la dote de Marina es de 1600 florines de oro del cuño de Aragón. El documento suscrito por los Notarios de Azpeitia Pedro Sánchez de Acharan y Gonzalo Martínez de Vescarbi es del 13 de julio de 1467: conservemos esta fecha, es la del matrimonio del que nacerá Ignacio de Loyola.

Por mucho tiempo se ha escrito que la madre de Ignacio era hija del Solar de Balda, en donde la torre de Azcoitia fue construida por Tubal, nieto de Noé, que fue el primer hombre que puso pie en España después del Diluvio. Izasti habla lo más seriamente del mundo de Tubal y de la visita que hizo Noé al primer soberano de las España. Los azcoitianos han abandonado sin duda ahora la leyenda de Tubal. Pero reivindican como una compatriota a aquella que llaman Marina Sáenz de Balda. Leyenda también: Marina no tiene de Balda, ni el nombre, ni la sangre; fue hija de María de Zarauz y del Doctor Martín García de Licona, y éste es nieto de Martín Pérez de Licona el cual en 1414 fue desterrado de Lequeitio su patria y fue instalarse en Ondarroa, donde construyó una casa que se llama aún ahora Torrebarría, en cuya puerta de entrada se ve el escudo de los Licona; una cruz plantada en la roca. Lequeito y Ondarroa, son dos de los doce puertos de Vizcaya. Fue pues de una raza templada por los violentos vientos de los mares cantábricos de donde procedió Marina Sánchez de Licona, madre de Iñigo de Loyola.

Ciertamente el doctor Martín García de Licona pudo establecerse en Azcoitia hacia 1463, y aun habitar la casa de los Balda. Por esta fecha ya estaba investido por orden real del patronato de la iglesia de Azcoitia y tenía este derecho por un cambio amigable que hizo con Pedro de Silva, quien era el titular después de la muerte de Ladrón de Balda. Fue probablemente de Azcoitia de donde salió Marina Sánchez de Licona para unirse a un Loyola: porque en su contrato de matrimonio levantado por los notarios de Azpeitia, firman los azcoitianos. A eso deben de reducirse las pretensiones de la

encantadora ciudad, que desde hace siglos disputa a Azpeitia el honor de haber dado la sangre de San Ignacio. Beltrán de Onaz y Loyola era guipuzcoano, Marina Sánchez de Licona era vizcaína[12], y además eran parientes por afinidad. Porque Beltrán es hijo de Pérez de Loyola y de Sancha Pérez de Iraeta, y María Ochoa hermana de Marina Sánchez de Licona, casó con un Beltrán de Ozaeta sobrino de la mujer de Beltrán de Loyola.

Como los Loyola, los Licona son de vieja cepa. Estos existían ya antes que las ciudades de Lequeitio y Ondarroa, lo mismo que aquéllos existían antes de Azpeitia. Las dos familias están formadas **por ricos hombres**, las dos son patronas de las iglesias de su residencia, las dos en el siglo XVI tienen una larga tradición de nobleza y de fe.

El matrimonio de Beltrán de Loyola y de Marina Licona, fue bendecido por Dios y fecundo. Tuvieron, si creemos a los azpeitianos testigos en el proceso canónico de 1595, trece hijos. Es imposible reconstituir por completo esta descendencia. Podemos solamente nombrar siete varones: Juan Pérez, Martín García, Hernando. Pero López, Beltrán, Ochoa López e Iñigo López; y tres mujeres a saber: Juanita, Petronila y Magdalena[13]. De las fechas de nacimiento de cada uno de estos niños, no sabemos nada preciso, porque los archivos de Azpeitia se quemaron en el incendio de que fue víctima la ciudad en 1515. Unicamente por deducción podemos señalar el año de 1493, como la fecha verosímil[14] del nacimiento de San Ignacio y fue, según el testimonio de los azpeitianos en el proceso de 1595, Iñigo, el benjamín de la familia.

* * * * *

Nació en el Castillo de Loyola, probablemente en la recámara de su madre, y fue bautizado en Azpeitia con el nombre de Iñigo López. [15] Este nombre de Iñigo abunda en los registros parroquiales de Guipúzcoa, de Vizcaya y de Navarra en los siglos XV y XVI; figura en las actas notariales de Azpeitia, para

[12] Ver la Nota 3 apéndices.
[13] Ver la Nota 4 apéndices.
[14] Ver la Nota 5 apéndices.
[15] López es la forma castellana de Lupus. Jamás Ignacio se llamó Recalde. Ya diremos adelante cuándo se le añadió tal nombre.

algunos contemporáneos de San Ignacio; encontramos también en Orduña en 1508, una cofradía de gentilhombres de Vizcaya, que tenía por patrono a San Iñigo, venerable abad del monasterio Benedictino de Oña, cuya fiesta se celebra el primero de junio.

El niño, aún de muy corta edad perdió a su padre y a su madre. Beltrán de Loyola murió el 23 octubre de 1507; Marina su esposa había desaparecido antes que él, en una fecha que ignoramos. Hasta 1507, verosímilmente Iñigo creció entre sus hermanos y hermanas. Por ser el menor de la familia fue, como su hermano Pero López, dedicado al estado clerical; y debió comenzar sus primeros estudios con los otros clérigos de la parroquia. Tales estudios no pasaban de ser el arte de leer y escribir. Los Loyola no eran letrados. De las tres hermanas de Ignacio, una sola era capaz de firmar con su nombre. Y si su hermano Martín García en sus libros de cuentas mezcla a veces el latín al castellano, esto no es gran cosa, porque era más hábil en manejar la espada que la lengua de Cicerón. Beltrán y Ochoa que se quedaron en su país se le parecen. Para ir a buscar fortuna a Nápoles y a las Indias, Juan Pérez y Hernando [16] no tuvieron necesidad más que de su nombre, de algunos centenares de florines, que representaban su legítima, y de una gran audacia. Pero López será el único de la familia que continuando su carrera eclesiástica tendrá algún tinte de letras humanas y divinas; será ordenado y tendrá el cargo de rector de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia.

La fe cristiana es, con el honor caballeresco, el bien más precioso de la familia. Son católicos por herencia. Las cláusulas de los testamentos [17] lo atestiguan con elocuencia. Los Loyola tienen costumbre al consignar sus últimas voluntades de dar su alma a Dios, de pedir perdón de sus pecados, de confiar su salvación a la misericordiosa protección de la Virgen, de disponer treintenarios de misas que se dirán por el descanso de su alma, de pagar sus deudas y de costear viajes de peregrinos para que vayan a orar por ellos en el

[16] Hernando partió para las Indias en 1510, su renuncia a los bienes paternos es del 16 de mayo de 1510; dice entonces tener 25 años.

[17] En los archivos de Loyola y los archivos notariales de Azpeitia, véanse por ejemplo los testamentos del 15 de enero de 1431, del 11 de diciembre de 1461, del 20 de enero de 1496 y 1° de mayo de 1549.

santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y aun a la tumba de Santiago, y finalmente no olvidan algunos legados para obras pías. Entre éstas figuran las basílicas, que se levantan a los lados de las montañas vecinas de Loyola. Es necesario nombrar aquí estos Santuarios rústicos a los que Iñigo fué conducido muy niño, para iniciarle en las devociones de sus abuelos: San Juan de Oñaz y San Pedro de Loyola, Nuestra Señora de Olaz y Nuestra Señora de Eloseaga, San Miguel, San Martín, Santa Magdalena, San Juan de Eismendi y San Pedro de Elormendi. Sobre todas estas ermitas o basílicas, los Loyola tienen derecho de patronato, ellos son los que nombran las *fraylas*, los mayorales encargados de custodiarlas y adornarlas y dictan los reglamentos que las gobiernan. Con mayor razón ejercitan su patronato en la iglesia de San Sebastián de Azpeitia. Para no remontarnos mucho, Beltrán de Loyola padre de nuestro Iñigo, no sólo se acuerda de los privilegios y de las rentas que le tocan sobre los diezmos y las ofrendas, sino que procura reglamentar según los cánones, la vida religiosa de los clérigos de la parroquia y la del pueblo. Las mujeres no se muestran menos celosas de la religión: entre las guardianas de estas basílicas de San Miguel y de Santa Magdalena se cuentan Marina, Inés y Juanita de Loyola. Catalina de Loyola, casada con un Emparan de Azpeitia, fundará el convento de religiosas Franciscanas, que existe todavía muy cerca de la casa solar de los Emparan.

Los Licona son del mismo temple cristiano. El doctor Martín de Licona, redacta para la iglesia de Azcoitia el reglamento de 1466; en 1503 un Juan Pérez de Licona funda en Sasiola cerca de Mondragón un convento de San Francisco.

Al llegar de Oñate para ser la esposa del hermano mayor de Iñigo, el 2 de septiembre de 1498, Magdalena de Araoz aumentó el tesoro religioso de los Loyola. Hija de Pedro de Araoz, mayordomo de los reyes de Castilla, Magdalena fue apadrinada, según se cuenta, en las fuentes bautismales por la misma reina Isabel; creció de todas maneras en la misma casa real, fue honrada con su amistad y recibió de ella entre otros regalos de bodas, según se refiere, un cuadrito de la Anunciación[18]. Fue precisamente para honrar mejor la devota

[18] Esta tradición está consignada en una declaración hecha en 1571 por Andrés de Alzaga, beneficiado de Azpeitia. Como lo hemos hecho notar, la presencia del escudo de los Guevara en el cuadro de la pintura, hace sospechosa esta tradición.

imagen por lo que Martín y Magdalena hicieron construir una Capilla en su castillo. La Virgen fue colocada en el altar; y allí se encuentra todavía en el mismo rincón de la casa como lo estuvo desde el primer día. Magdalena de Araoz llevó a Loyola como una irradiación de la religión profunda de Isabel la Católica.

Sin embargo aquellas firmes creencias y aquellas obras pías no preservaron a los Loyola de las miserias humanas. Aquellos tiempos eran de violencias y de debilidades de toda especie. Los Mandamientos de Dios indiscutidos en teoría, no eran siempre fielmente observados. El ejemplo de esta relajación venía de arriba: Fernando el Católico y Carlos V tuvieron otra familia irregular. Lejos de las Cortes, en el valle solitario de Iraurgui, los Loyola tienen en su dominio como una tradición de pecado; los testamentos lo atestiguan. Tal es el medio en que creció Iñigo. La fe era profunda; el orgullo, el honor y el valor, una tradición; la instrucción no tenía aprecio alguno y la vida desocupada se empleaba en lo que se podía, al tenor de las circunstancias.

Cuando su padre murió en 1507, Iñigo tenía catorce años. Propúsose pues la cuestión de su porvenir. No parece, a pesar de la tonsura que quizás había recibido, que tuviera gusto en seguir la carrera eclesiástica. Era demiasiado joven para irse a Napóles como Juan Pérez que había muerto allí en 1496, ni a las Indias como lo hizo Hernando en 1510. Partió para Arévalo[19].

Allí vivía Juan Velázquez de Cuéllar alcalde de las fortalezas de Arévalo y de Trujillo, intendente de la Reina Isabel, tesorero general del reino de Castilla. Por su matrimonio con María de Velazco estaba emparentado con la ilustre familia de los Guevara; y por ésta con los Licona. Ya dijimos más arriba que Magdalena de Araoz había sido dama de honor en la corte de Isabel. Estos recuerdos y estos lazos de parentesco, explican cómo pudo brotar la idea de enviar a Iñigo a la casa de Juan Velázquez.

La suegra de éste, María de Guevara, era una mujer de gran piedad. Un franciscano de Valladolid le dio un lugar en *su Carro de las damas*, que es una

[19] Ver la Nota 6 apéndices.

traducción de la obra catalana *Libro de las señoras*, debido a la pluma de Francisco Jiménez que murió siendo obispo de Elne en 1409. [20]

María de Guevara se ocupó con su yerno Velázquez en lograr el establecimiento definitivo de las monjas Clarisas, en el palacio que el Rey Enrique IV poseía en Arévalo; y acabó ella misma después de la muerte de su marido Arnaldo de Velasco, por tomar el hábito de la Tercera Orden de San Francisco; sus últimos años los pasó en el Hospital de San Miguel, entregada al cuidado de los enfermos y los pobres. Ya podemos imaginarnos que no faltaron ni los consejos ni las oraciones de esta admirable cristiana a su joven pariente Iñigo.

Sin embargo es poco probable que fuera Arévalo entonces la morada única de Iñigo.[21] Por sus propias funciones, Juan Velazquez estaba obligado a seguir a la corte en sus viajes de Valladolid a Medina del Campo, a Segovia o a Madrid; y naturalmente Iñigo viajaba con él en compañía de sus primos, los hijos del tesorero de Castilla. Los historiadores suelen decir que Iñigo de Loyola fue paje de los Reyes Católicos. Esto es inexacto. [22] Los registros de cuentas de la Casa Real existen todavía en los archivos de Simancas; y en el capítulo de los pajes, en vano se buscará el nombre de un Loyola. Pero formando parte de la casa de Juan de Velázquez, es verdad que Iñigo vivía en la corte de Castilla.

---

[20] Francisco Eximenis murió el 23 de enero de 1409. Es autor de muchas obras de piedad. *Su Llibre de las donas* (*Libro de las damas*) fue impreso por Rodenbach en Barcelona en 1495. La traducción castellana de que he hablado es de un franciscano de Valladolid que no firmó su obra. La mención que se hace de María de Guevara es muy breve y fue añadida por el traductor al texto de Eximenis. *El Carro de las damas* fue impreso en Valladolid por Villaquirán. Existe de él un hermoso ejemplar en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid que proviene del convento franciscano del Abrojo. Acerca de Eximenis, ver Tolra de Bordas *La Orden de San Francisco en el Rosellón*, 90 y *Anuari del Institut de Estudis catalans*(1909-1910) *Estudis franciscans* julio a diciembre de 1928, 469-471.

[21] Se enseña aún en Arévalo la casa de San Ignacio. Está situada en la esquina de dos calles que van la una a la iglesia mayor y la otra a la iglesia de San Miguel; como allí hubo desde 1588 un colegio de jesuítas y desde 1579 tratos acerca de dicho Colegio, es probable que la tradición acerca de la casa de San Ignacio se haya fijado con exactitud y a buen tiempo.

[22] Ya Rivadeneyra había hecho notar esa inexactitud en sus notas sobre la obra de Maffei Ser. de S. Ign. I, 744.

Lo que pudieron ser en ella su vida, sus costumbres y sus pensamientos, con dos palabras de su primer biógrafo, [23] el padre Rivadeneyra, queda perfectamente descrito: *"era un soldado desgarrado y vano"*. Cuidadoso de los atractivos de su persona, deseoso de agradar a las mujeres, atrevido en sus empresas de galantería, puntilloso acerca del honor, sin miedo a nada y haciendo poco aprecio de su vida y de la de los otros, estaba dispuesto a todas las hazañas, aun a las que no son sino un abuso de la fuerza. Si en sus sueños aparecía algún ideal, era el que podían sugerirle los libros de caballería, en cuya lectura se ocupaba con gran placer. En 1515 estuvo de vuelta o de paso por Loyola. Lo sabemos por un proceso que le entabló el Corregidor de Azpeitia. Los documentos que nos quedan [24] de este episodio son muy incompletos para que veamos con claridad en el asunto; pero se trata evidentemente de un mal caso. Los dos hermanos, Pero López e Iñigo, están comprometidos; los tíos se valen de su calidad de clérigos para sustraerse a la jurisdicción del corregidor y apelar al Obispo de Pamplona; el corregidor persigue a los sospechosos en esta cuestión de procedimiento y disputa contra ellos y también contra el monitorio publicado por el oficial de Pamplona en defensa de las inmunidades eclesiásticas. Con las Bulas de Alejandro VI en la mano y la investigación jurídica hecha en Azpeitia, el Procurador del Corregidor comparece en Pamplona ante la oficialidad. Para beneficiarse del fuero eclesiástico en los términos del derecho en vigor, es necesario que el reclamante demuestre que ha llevado la sotana y la tonsura, durante cuatro meses por lo menos, antes de presentar su demanda. Pero era notorio, que si Pero López, en efecto era Capellán de Azpeitia, *"Iñigo, había llevado siempre armas, capa abierta, largos cabellos y jamás tonsura aparente".* Como, por otra parte los delitos que se les imputaban *"son muy enormes"*, por haber sido perpetrados de noche, con propósito deliberado y con premeditación, según consta por la investigación, se pide al tribunal eclesiástico castigue a Pero López con una pena proporcional, pero que Iñigo tendrá que sufrir la justicia del Corregidor. El procurador de

[23] Rivadeneyra, *Vida*, t. II. c. XVIII.

[24] Están impresos en Scrip. S. Ign. I, 565-587. Astráin, I, 14-16 fue el primero que utilizó dichos documentos descubiertos en 1882 por el P. Cros en los archivos municipales de Azpeitia.

Iñigo, invoca el monitorio. El tribunal suspende toda conclusión y remite la vista a los diez días.

El 13 de mayo se reanuda el proceso. El Procurador del Corregidor repite su requisitoria, pero esta vez en latín; acusa a los detenidos de delitos *graves, diversos y enormes* y rehace la demostración del 6 de marzo. En los términos de los Estatutos sinodales de 1449, Iñigo debía estar matriculado en los registros de los tonsurados de la diócesis de Pamplona. Pero no lo está. Según los mismos estatutos, los clérigos de la diócesis deben llevar tonsura y cortos los cabellos, revestir, excepto cuando viajan, una sotana o un manteo o un casaquín o túnica amplios y largos, que bajen a cuatro dedos del suelo; este vestido no ha de ser ni azul ni verde, ni amarillo, ni de ningún color brillante, ni tener bordados ni dibujos; y la tela no debe ser con labores; el sombrero como todo lo demás debe ser de color obscuro. Iñigo jamás había llevado la tonsura, como lo prescribían los estatutos; por el contrario, sus cabellos descendían hasta los hombros. Las piezas de su vestido eran de colores brillantes, todas sembradas de pliegues y adornos de telas de otro color y su toca era como el resto muy brillante. *"Todo el mundo le había visto ir y venir con coraza, cota de malla y toda especie de armas"*. Su vida y sus costumbres eran aun más mundanas que sus vestidos.

La respuesta del procurador de Iñigo falta en el legajo incompleto; e ignoramos la secuela del asunto que debió durar aún mucho tiempo, porque existe una carta de la Reina Juana al oficial de Pamplona, para quejarse de la oposición que hizo a una sentencia del Corregidor, *"contra personas laicas y en materia profana"*.

Ignoramos en toda su precisión los hechos que motivaron el proceso; pero aquellos actos reprobables tuvieron lugar al finalizar el carnaval, tiempo de locuras. Cuatro años después, en 1519, en la casa misma de Catalina de Emparan, en Azpeitia, Juan Martínez de Lazo y Pedro de Oñaz, matarán a puñaladas, después de cálida discusión, a García López de Anchieta, sobrino del rector de la iglesia de San Sebastián, de aquel mismo de quien los Loyola habían obtenido la renuncia del beneficio en favor de Pero López. Este crimen es casi contemporáneo del proceso de 1515; fué cometido por los aliados de los Loyola en la misma casa de un Loyola, y la víctima fue un clérigo perteneciente a

aquella familia Anchieta con la cual los Loyola estaban en pleito. [25] La violencia de los odios locales y las costumbres de la época se revelan en ese exceso. A falta de la investigación del corregidor don Fernando de Gama, fácilmente podemos imaginarnos los delitos de que fueron acusados Pero López y su hermano Iñigo. No debió ser un asesinato, porque el corregídor hubiera pedido la pena de muerte, como lo hizo en 1519 contra Juan Martínez de Lazo y Pedro de Oñaz. Se trata verosímilmente de ataques nocturnos y expediciones galantes. La complicidad de Pero López que era sacerdote, puesto que se le califica de capellán en el proceso, no pone ningún obstáculo desgraciadamente a esta conjetura. [26]

Este penoso incidente, ¿puso fin a la estancia de Iñigo en la familia de Juan Velázquez? O por el contrario ¿fué para el culpable la ocasión de buscar lejos dónde ocultar su vergüenza? No lo sabemos. Si Iñigo volvió a la casa del tesorero del Rey de Castilla no pudo ser por mucho tiempo, porque la desgracia estaba muy próxima para el favorito de los Reyes Católicos. Como si ya la presintiese, Juan Velázquez había constituido, con aprobación de Fernando, un mayorazgo en favor del primogénito de la familia, y había hecho también su testamento (22 de diciembre de 1514). Dos años después, cuando el Rey murió en Madrigalejo, el 20 de enero de 1516, Velázquez se encontraba a su cabecera como un servidor fiel y siempre querido. Pero una cláusula de las últimas voluntades del moribundo fué la ocasión de un hecho fatal, que perderá al tesorero de Castilla.

---

[25] Azpeitia. Arch. mun.

[26] Adolfo Coster distinguido hispanizante publicó: *Juan de Anchieta y la familia de Loyola* (Paris, Klincksieck, 1930). Este trabajo no tiene el alcance que le atribuye su autor, porque no ha visto los documentos sobre las querellas entre los Anchieta y los Loyola; no ha hecho más que utilizar los documentos publicados por el P. Adriano de Lizarralde; porque interpreta esos documentos de una manera discutible; porque la ligadura que hace del proceso en que Iñigo de Loyola fue envuelto en 1515, con la enemistad de los Loyola con los Anchieta, no es sino una hipótesis; y en fin porque es inexacto que esta enemistad y este proceso hayan tenido *"una importancia incalculable"* para conocer a Iñigo y comprender todo su destino.

El libro muy útil y muy lúcido del P. Lizarralde se intitula: *Historia del convento de la Purísima Concepción de Azpeitia*. Es de 1923. Para esta fecha hacía ya cuarenta años que el P. Cros había minuciosamente explorado los archivos de dicho Convento. Y es con la ayuda de las copiosas y seguras notas del P. Cros como redacté en 1921 los capítulos de mi libro concernientes a la querella entre los Loyola y Juan de Anchieta.

El Rey difunto había dejado a Germana de Foix, su segunda mujer, 3,500 ducados de renta que obtendría de las entradas procedentes de Nápoles. Al subir al trono Carlos V, hizo en el testamento de su abuelo un cambio de importancia: redujo a 2,500 la cifra del dinero legado y determinó que esta renta anual se tomaría de los productos de las ciudades de Arévalo, Madrigal y Olmedo y de los de Salamanca, Avila y Medina del Campo. [27] Juan Velazquez advertido por Cisneros [28] de esta determinación real, salió de Madrid en Mayo de 1516 y se dirigió a sus tierras para protestar contra la violación de sus derechos y organizar una resistencia a mano armada. Reunió a sus vasallos que le siguieron tanto más voluntariamente, cuanto era para ellos el mejor de los señores[29].

Colocada en la confluencia del Adaja y del Arevalillo, rodeada por el Adaja como por un foso muy profundo detrás del cual se levantan altas murallas y una ciudadela, la ciudad de Arévalo, podía desafiar al parecer a las tropas reales. Para asegurar la vigilancia de los barrios, Velázquez estableció entre los dos ríos un palenque forificado, y esperó a que le desalojaran de él; y mientras era cercado se puso en movimiento diplomático todo Arévalo. Pronto el Consejo real recibió una súplica; los notables de la ciudad protestaban a nombre de todos que no querían depender sino de la corona. El Consejo teniendo a Cisneros a la cabeza era de parecer que el Soberano debía admitir la petición sin tomar decisión alguna. [30] Así lo hizo Carlos V.

Mientras tanto el Consejo multiplicaba sus instancias para persuadir a Velázquez de su locura y éste se aferraba más y más en su resistencia. Para obligarle a ceder, fué necesario mandar a Arévalo al Alcalde de la Corte, Cornejo, quien a fuerza de actos notorios logró dominar la rebelión del Alcalde de Arévalo, quien acabó por despedir a sus hombres de armas y entregar la

[27] Gómez Rodríguez en el *Boletín de la Real Academia de la Historia de Madrid* (julio de 1890) XIX, 5-16.

[28] Carta de Cisneros a Ayala, 3 de septiembre de 1516.

[29] Sandoval, *Historia de Carlos V* (1608) I, 84-85.

[30] Cisneros a Ayala, 3 de septiembre de 1516.

fortaleza a la autoridad Real. [31] El corregidor enviado por Cisneros recibió en Arévalo una cordial acogida. [32] Velázquez arruinado y en desgracia se fue a Madrid. Aunque Cisneros le manifestó alguna frialdad, sin embargo le ofreció interesarse por él como un amigo. El viejo servidor devorado por los remordimientos no tardó en caer enfermo y morir el 12 de agosto de 1518. No hay que decir que su mujer, María de Velasco, había sido despedida por Germana de Foix de la que hasta entonces había sido la confidente preferida [33].

En medio de este conflicto ¿cuál fue la actitud de Ignacio de Loyola?, ¿estaba todavía en esta fecha al servicio de Juan Velázquez? Algunos historiadores lo afirman apoyándose en un testigo único,[34] que no parece ser testigo decisivo; por lo demás cuesta trabajo representarse a Iñigo, el fiel por excelencia, enredado en un acto sedicioso contra su soberano. En todo caso el paje del tesorero de Castilla, no tenía más que desaparecer aplastado también por la desgracia de su protector. Fue entonces si no lo había hecho ya antes, cuando buscó asilo cerca de su pariente Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera, nombrado en 1516 Virrey de Navarra. Vamos a seguirle a ese medio, que pronto tendrá más el aspecto de guerra que de Corte. Es allí donde le espera la Providencia.

---

[31] Carvajal. *Memorial suma de algunas cosas que sucedieron después de la muerte del rey católico*. B. N. de Madrid, Cod. 567, £. 251.

[32] Cisneros a Ayala, 18 de marzo de 1617.

[33] Sandoval loc. cit.

[34] Por ejemplo el P. Fita *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, dic. 1890, XVII, 492-520; Gómez Rodríguez, ibid. julio 1891 XIX, 5-18.

CAPÍTULO SEGUNDO

2. EL SOLDADO DE PAMPLONA

(1517—1521)

Aunque su llegada a Navarra le haya alejado de los Reyes de Castilla, tal vez Iñigo de Loyola está en el camino de la más alta fortuna. Antonio Manrique de Lara, casado con doña Juana de la ilustre familia catalana de los Cardona (23 de septiembre de 1504), nombrado por Fernando Tesorero general de Vizcaya (30 de junio de 1505), y heredero por la muerte de su padre don Pedro (l° de febrero de 1515), de los feudos y el título Ducal de Nájera, es ya un gran personaje entre la nobleza del reino, en los momentos en que el favor de Carlos V lo hace, en 1516, Virrey de Navarra y en 1518 caballero de la Orden del Toisón de Oro. (1)

Es cierto que este golpe de fortuna reanimó los resentimientos que desde hacía largo tiempo dividían a los Manrique de Lara de los Velasco, Condestables de Castilla. Pero a los ojos de un joven noble de 24 años tal como era Iñigo de Loyola, esta dificultad no valía nada. En la casa del Virrey está como en la de un amigo, gentilhombre de uno de los más grandes oficiales de la corona, y colocado en un puesto en donde la batalla está siempre en perspectiva. ¿No es esto tener buena suerte?

Primero todo allí debía ser placeres; puesto que Antonio Manrique tenía múltiples residencias, (2) sus funciones de Virrey no lo dispensaban de paseos señoriales por sus dominios.

Iñigo de Loyola seguía a su señor ora a Pamplona, ora a Navarrete, más tarde a Nájera, después a Logroño, llevando por todas partes la alegre vida de los castillos. Las novelas de caballería de eran tan agradables sin duda o más en Navarra que en Castilla. Y a la lectura unía el juego, la caza y las emociones más violentas de los desafíos. Más tarde uno de los Manrique, Obispo ya de Salamanca contaría al padre Araoz: *"yo lo vi con mis propios ojos; cierto día en Pamplona Iñigo cruzó en la calle, por entre una fila de hombres; algunos de éstos tuvieron la desgracia de empujarle contra la pared, y él furioso sacó el acero y*

comenzó a perseguirlos por toda la calle y si no le hubieran detenido aquello hubiera acabado por un asesinato". (3)

En casa de los Manrique, como en la de los Loyola, la fe era robusta pero también las costumbres no muy arregladas. El Duque Pedro que murió en 1515 con el hábito de San Francisco, tenía una numerosa descendencia ilegítima a la que sin embargo dotó en su testamento. (4) El Duque Antonio era más discreto, pero su hijo Juan Esteban seguirá demasiado de cerca los ejemplos de su abuelo. Prometido en 1520 a doña Aldonza de Urrea, abusará de ella ultrajándola, y acabará por complicar sus malas andanzas con otro matrimonio al que no será más fiel. (5) Seguramente que sería malignidad excesiva reducir a estas distracciones toda la vida del mesnadero del Duque de Nájera; pero sería una paradoja pretender que por haberse hecho más militar a las órdenes del Virrey de Navarra, que no lo era en el servicio del tesorero de Castilla, Iñigo de Loyola había sido transportado súbitamente a una atmósfera de virtud. Hace mucho tiempo ya que se habla de la licencia de los campamentos y no sin razón. La casa del Virrey la formaban un centenar de personas y en este séquito numeroso, Iñigo sin duda no tenía más que escoger para encontrar compañeros de sus placeres.

Pero la escena va a cambiar bien pronto. Si en los primeros años de su cargo, el Duque de Nájera no tenía que preocuparse más que por vagas aprehensiones sobre la fidelidad de una provincia recientemente conquistada, no tardará en conocer a la vez todas las angustias de la guerra civil y de la guerra extranjera. Quien ignore esta historia política no comprenderá jamás el alma de Iñigo combatiendo en Pamplona. Es necesario contar aunque sea brevemente, cómo se anudó el drama que hizo tan trágicos los principios del reinado de Carlos V.

*

* *

La muerte de Isabel la Católica el 26 de noviembre de 1504 suscitó el problema de la sucesión al trono de Castilla. Fernando su marido, y Felipe el Hermoso su yerno, se disputaban el poder supremo y cada uno de ellos tenía sus partidarios. La muerte de Felipe, el 15 de septiembre de 1506, no resolvió

el conflicto sino en apariencia. La autoridad de Cisneros, la política de Fernando, las grandes empresas que intentaron juntamente el regente y el ministro no impidieron que persistiera la inquietud. Los grandes de Castilla estaban celosos del Cardenal y desconfiaban del príncipe al que no perdonaban ser aragonés y haberse casado en segundas nupcias, el 22 de marzo de 1505, con una francesa, Germana de Foix. Sobre todo se inquietaban al ver cómo crecía para llegar al trono de Alfonso el Sabio, el Infante don Carlos, que nació en Gante, el 14 de febrero de 1500, que había sido educado en una corte flamenca y que ignoraba todo lo de España y era a tal punto celoso de su autoridad, que de su propia iniciativa nombraría de antemano por gobernador del reino, el primero de octubre de 1515, a su preceptor Adriano de Utrecht, en el caso en que muriese el Rey don Fernando. (6)

Fernando murió, en efecto, el 23 de enero de 1516, designando a Cisneros como jefe del gobierno. Pero desde el fondo de Flandes, don Carlos hace saber que Adriano de Utrecht, al que llama su embajador en España, debe ser consultado en los consejos de la corona. De hecho era Cisneros el que gobernaba; sus ochenta años no habían embotado ni su espíritu ni su valor. Pero su correspondencia con Ayala testifica que en 1517, es decir el año mismo en que Iñigo de Loyola llegó a Pamplona, se multiplicaban los demasiado inquietantes síntomas de anarquía. En agosto, Burgos, Valladolid, León, Zamora, se reunieron en **hermandad** e hicieron un llamamiento a otras ciudades, pretendiendo reunir ellos las Cortes. La rebelión de los **Comuneros**, estaba próxima. No se trataba de derribar el trono, pero sí de arrojar fuera de España a los flamencos y de imponer al soberano el respeto a los privilegios de la nobleza.

Habiendo desembarcado el 18 de noviembre de 1517 en las costas de España, el joven príncipe de 17 años quiso desde luego que se le tratara como Rey. Fue mal acogido en los primeros días. Pero las Cortes se sucedían a las Cortes y las fiestas a las fiestas en Valladolid, en Zaragoza, en Barcelona. Detrás de este velo brillante la inquietud dominaba los corazones. Por joven que fuera y aunque ignoraba el español, don Carlos no podía menos de comprender que las Cortes de Castilla, de Aragón y de Cataluña estaban listas para exigir de él promesas y juramentos más que para votar subsidios a su gobierno y que su

nacionalismo sombrío se preocupaba demasiado del dinero y de los honores, que iban a parar a las gentes de los Países Bajos. (7)

El 22 de agosto de 1520, en Barcelona, Federico de Baviera vino a anunciar que los electores de Alemania ofrecían al Rey de España la corona imperial. Carlos aceptó sin consultar en lo más mínimo a nadie en Castilla. Al recibir estas noticias Toledo envió consignas de desconfianza a las ciudades del Reino y en Valladolid y en Tordesillas, el pueblo se amotinó para impedir que el príncipe saliera de la Península.

Las Cortes se reunieron en Santiago y en la Coruña, presas de grande agitación. (8) En el momento en que el Rey se embarcó para Alemania el 20 de mayo de 1520, la cólera de los castellanos estalló y se dio la señal de rebelión; Toledo, Avila, Zamora, Valladolid, Burgos y veinte ciudades más se insurreccionaron. Con el nombre de **Santa Junta**, se improvisó un gobierno que se estableció en Avila primero y después en Tordesillas, autorizándose con el nombre de la Reina Juana.

¡Fuera los extranjeros! Tal era el grito que Juan de Padilla, y el famoso Obispo de Zamora, Antonio Osorio de Acuña, dieron a la Junta de la que eran los jefes más populares y también más atrevidos. La Junta deliberó, dió órdenes, levantó tropas, confirió los cargos y oficios como soberana. El movimiento se propagó de Castilla por el sur hasta Extremadura y por el norte hasta las fronteras de Aragón y las provincias Vascas. Solamente Galicia, Cataluña y una parte de Andalucía permanecieron indemnes. En la misma fecha, en el reino de Valencia, se organizaron las **Germanias**, más violentas y más democráticas aún que las **Comunidades** de Castilla.

Frente a aquellos insurgentes, la monarquía estaba débil y dividida. Carlos V en Alemania se encontraba muy ocupado con los multiples problemas que acaba de suscitar la rebelión de Lutero en la dieta de Worms. Adriano de Utrecht, que a la muerte de Jiménez, había quedado como regente del reino, no tenía ni el crédito ni el valor político de su ilustre predecesor. El Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez y el Condestable de Castilla Iñigo de Velasco no estaban de acuerdo; además, todos estos participantes del poder se hallaban lejos unos de otros y no se comunicaban sino por cartas;

En estas condiciones tan desfavorables comenzó la lucha sangrienta de la que era difícil predecir el resultado.

Estos datos de la historia española son un poco largos pero indispensables para bosquejar con claridad la situación política como, la veía Iñigo de Loyola, situación horrible y angustiosa. En medio del tumulto de la guerra civil provocada por la nobleza, como en los peores días del Rey Enrique IV de Castilla, la indignidad de los rebeldes y el deshonor de la monarquía hirieron hasta el alma del alma del joven gentilhombre. De allí sin duda tomó su origen el vivo sentimiento que manifestará más tarde de la necesidad social de una autoridad indiscutible. En Pamplona formaba parte de la casa del Duque de Nájera; en la lucha contra los Comuneros seguirá resueltamente a su jefe; la fidelidad a la corona era de larga fecha atrás la tradición de los suyos.

Aunque el movimiento de los Comuneros, fue en sus principios una insurrección de los grandes de España contra Carlos V, sucedió que aquí y allá el pueblo tomó la ocasión para levantarse contra los nobles. A principios del otoño de 1520 en Dueñas y en Haro, los vasallos se ligaron contra sus señores, y lo mismo pasó en Najera.

El 14 de septiembre los amotinados de Nájera ahorcaron a un gentilhombre y lograron establecerse en el mismo alcázar del Duque. El Duque escribió a toda prisa a los regentes del reino que dejaba en Pamplona al Arzobispo de Monreal en calidad de lugarteniente general y salió el día 15 contra el enemigo con algunas tropas. Iñigo de Loyola lo acompañaba. El 18 estaban a tres leguas de Nájera. El Duque envió un heraldo para pedir a los rebeldes volvieran a su obediencia, prometiéndoles que si se sometían los tratarían con equidad. Por toda respuesta, los insurgentes atacaron la fortaleza en donde se había refugiado el gobernador de la ciudad y recibieren a cañonazos las tropas de Navarra que avanzaban. Trabóse el combate, pero no fue largo. A viva fuerza penetró el Duque en la ciudad, recobró las dos fortalezas invadidas e hizo ahorcar a cuatro de los agitadores de la insurrección. En la alegría de la victoria los soldados se entregaron al saqueo. Iñigo que había tomado parte en el combate rehusó, a pesar de todas las instancias que se le hicieron, tocar el botín de guerra: *"robar, dijo, no es propio de un cristiano, ni de*

un gentilhombre." (10) El 19 de septiembre tomó de nuevo con el Duque el camino de Pamplona.

No pudo quedarse allí mucho tiempo. Los Comuneros ponían a Azpeitia y al poder real en jaque.

Mucho antes de la constitución de la **Santa Junta** de Tordesillas y desde la muerte de Fernando el Católico (23 de enero de 1516) hubo en Guipúzcoa, opositores al Rey Carlos; y bastó un incidente para hacer estallar los sentimientos de que estaban llenos los corazones. En 1516 Pedro Vélez de Guevara, Conde de Oñate, tenía dificultades con la ciudad para obtener de ella que cumpliera con sus deberes de vasallaje. Afirmó que antes de partir para Flandes obligaría ciertamente a las gentes de Oñate a rendirle homenaje. Entre los recalcitrantes se distinguió el Alcalde López de Araoz. Según lo que cuentan los testigos, este dijo el 22 de febrero de 1517: *"¿qué diablos quiere hacer Guevara en Flandes enmedio de aquellos borrachos? Todos, tantos cuantos son, incluso el mismo Rey, no saben hacer otra cosa sino beber. Que se quede en Flandes ese Rey; nos basta el infante que tenemos. Si el principe Carlos viene aquí, ya se encontrará a alguno que le dé un bocadito como se hizo con su padre don Felipe"*.

Evidentemente en el caso de López de Araoz, se encuentran aquellos celos naturales de los Alcaldes contra los Señores, que Iñigo de Loyola conocía muy bien por la historia misma de su familia. En Azpeitia como en Oñate, los registros del Concejo de la ciudad dan testimonio de los accesos periódicos de esa fiebre maligna. Los nobles se valían de estos celos para formar bandos prohibidos por las leyes y que el Corregidor de Guipúzcoa tenía gran trabajo en disolver (11). Pero las violentas palabras pronunciadas por López de Araoz ponen a descubierto un odio del extranjero que no perdona ni a la persona real. En medio de tales pasiones y tales inquietudes, el movimiento de los Comuneros encontraba un terreno propicio.

En septiembre de 1520 la asamblea guipuzcoana de Basarte había pedido al Cardenal de Tortosa le diera por corregidor al Licenciado Cristóbal Vázquez de Acuña. Pero Nicolás de Inzausti, Carquizano, Vallejo y otros emisarios de la Junta de Tordesillas lograron alterar los espíritus acerca de esta elección. Cuando el licenciado se presentó ante la asamblea provincial, aquello fue un

tumulto. Los delegados de San Sebastián lo aceptaron y se lo llevaron consigo. Otros delegados prefirieron a un agente de la Santa Junta de Tordesillas y establecieron su centro en Hernani. El Bachiller Olano y Juan López de Anchieta se pusieron a la cabeza de los rebeldes; levantaron hasta dos mil hombres y reunieron fuertes sumas de dinero; por medio de mensajeros muy seguros estaban en continua comunicación con los jefes de los Comuneros. Para defender la autoridad real y el orden público, el Corregidor no dudó en dictar contra los imitadores, designándolos nominalmente, rigurosas sentencias: condenación a muerte, confiscación de bienes y orden de arrasar sus casas hasta el suelo (4 de diciembre de 1520). A lo cual la junta de Hernani respondió con represalias.

A pesar de todo, aquellas violencias cansaban a sus autores. De San Sebastián y de Hernani se pidió al Virrey de Navarra que interviniera. Como él mismo lo explicó al almirante de Castilla, el Duque no podía pensar en obrar por la fuerza; porque Juan Esteban su hijo mayor había salido para Castilla con sus hombres acompañado por el alcalde de la fortaleza de Pamplona, Herrera, llevándose toda la artillería. Por lo demás había ayudado mucho en la toma de Tordesillas el 5 de diciembre de 1520. Juan Esteban había entrado el primero en el Palacio de la Reina Juana con Luis de Acuña, y había sorprendido en el convento de Santa Clara a los procuradores de las ciudades y a los emisarios, que habían sublevado antes a Guipúzcoa. Por esto el Cardenal regente recomendaba a los favores del Emperador a *"aquel bravo caballero"*, que en recompensa de sus hazañas pedía ser nombrado a los 17 años coronel de las tropas que mandaba. (12)

Pero si estas buenas noticias halagaban el amor paternal del Duque Antonio, lo dejaban por otra parte sin medios militares. Partió, pues, para Azpeitia como negociador, acompañado de Iñigo de Loyola. Polanco afirma esta colaboración (13), y aun cuando él no lo dijera, podríamos tener la certeza de ella. Porque ¿quién mejor que Iñigo conocía el país y los habitantes y estaba en posibilidad de persuadirlos?

El Duque, juzgando que sostener al Corregidor era imposible, ofreció apartarlo, a condición de que los dos partidos cesaran en sus violencias y prometieran fidelidad a la corona; y hecho esto prometía su decisión para

después de dos meses. Más tarde los mismos interesados reclamaron un nuevo plazo. El 12 de abril el Duque dió la sentencia sobre aquellas diferencias y se hizo la paz. (14). En esta coyuntura, Iñigo de Loyola demostró ese don de manejar a los hombres que había de tener toda su vida en un grado tan notable.

En las Provincias de Alava y de Vizcaya, Ramírez de Guzmán y Pedro de Ayala, Conde de Salvatierra, recorrían el país para atraerlo a la causa de los Comuneros. En vano el Consejo Real ordenó la agregación del Condado de Salvatierra a la corona, aquel castigo no disminuyó en nada los ardores de Pedro de Ayala. La junta de los rebeldes le nombró capitán general para la región alavesa y guipuzcoana. Trató vanamente de ganar a la junta de Hernani, pero logró sorprender a la artillería real enviada de Fuenterrabía a Burgos y amenazó a Vitoria.

El Consejo de Vitoria (15) hizo sus preparativos y pidió a San Sebastián un préstamo de ducados de oro, aprovisionamiento de fusiles, de pólvora y lanzas. Pero al mismo tiempo hizo sondear al Conde de Salvatierra por medio de Fray Diego de Arva, y pidió socorro a Burgos y a Pamplona. El Duque de Nájera envió a su hijo mayor Juan Esteban Manrique a la cabeza de una tropa de infantes y de algunas lanzas.

Manrique tenía 17 años, (16) Iñigo 10 años mayor que él podría servirle de útil mentor, y sus éxitos en Guipúzcoa le designaban para este papel. Todo permite pues conjeturar que tomó parte en la cabalgata alavesa. Con qué gusto debió encontrarse espada en mano al lado sus parientes y amigos Manrique de Lara, Ruiz de Gamboa, Pero Vélez de Guevara, en aquel combate del puente de Durana (12 de abril de 1521) que hizo huir al Conde de Salvatierra, quebrantó los esfuerzos de los Comuneros en las Provincias Vascas y preludió la ruina definitiva de los rebeldes. (17)

Fue en estas escaramuzas militares para vengar los derechos de Carlos V en donde Iñigo de Loyola templó su fidelidad y su valor. La guerra de Navarra era inminente. El noble vasco va a medirse con los soldados de Enrique de Albret y de Francisco I.

* * * * *

En los siglos XV y XVI para no remontarnos más, el reino de Navarra (18) pasó por las vicisitudes políticas que son comunes a los países fronterizos. La casa de Foix era allí soberana desde 1479; por matrimonio de Catalina de Foix con Juan de Albret en 1493, una nueva dinastía comenzó en ese reino que se extendía casi desde el Loirá al Ebro. Ni los Reyes de Francia, ni los de Castilla podían ser indiferentes respecto de un príncipe que era el portero de los Pirineos, y desde 1479 a 1516 hubo un continuo movimiento de los dos poderosos vecinos para atraer a ellos a Juan de Albret.

Por sus orígenes el Rey de Navarra parecía condenado a vivir en la órbita de Francia. Pero Fernando el Católico era un gran emprendedor. Desde 1474 en el tratado de Tudela hizo aceptar a Navarra el protectorado de España, y en muchas ocasiones pretendió por proyectos de matrimonio apretar los lazos políticos con aquel reino; por medio de tratados de alianza renovados muchas veces logró encadenar la libertad de acción de Juan de Albret. A medida que la unidad de las Españas avanzaba, se hizo más atrevido en sus designios. Dueño de Castilla por su unión con Isabel (1479), conquistador del reino de Granada contra los moros (1491), poseedor del Rosellón, que recibió de Carlos VIII en el tratado de Barcelona (1493) ¿por qué Fernando no había de incorporar a sus estados aquel país de Navarra que los Pirineos separan de Francia?

Frente a las actividades del Rey de Castilla, los Reyes de Francia no permanecían inactivos. Luis XI, Carlos VIII y Luis XII tenían también su política, sus matrimonios y sus tratados, bien que no ponían en sus empresas la tenacidad del Rey Fernando.

Y siguiendo los impulsos que sufría y los intereses que prevalecían, el desgraciado Juan de Albret oscilaba de un partido a otro. Tanto más cuanto que en Navarra, franceses y españoles tenían respectivamente entre la nobleza amigos hereditariamente fieles; los Grammont eran franceses, los Beaumont eran españoles.

Finalmente, en 1512 los intentos de Luis XII más allá de los Alpes provocaron de parte del Papa Julio II, la formación de la *Santa Liga*. Fernando entró en ella al lado del Rey de Inglaterra y de Maximiliano de Austria. Esto iba a decidir la suerte de Navarra.

Mientras que planeando una expedición a Italia los ingleses desembarcaban en las costas de las Landas, Fernando pidió a Juan de Albret el derecho de paso de sus tropas, a fin de unirse con los ingleses. Juan trató de hacer respetar la neutralidad de sus Estados. Sus diputados obtuvieron de Luis XII la garantía deseada (18 de julio de 1512). Fernando que había recibido petición análoga deje que las negociaciones se prosiguieran sin llegar a una conclusión. Pero el día mismo en que se firmó el tratado de Blois, hizo publicar las cláusulas pretendidas. El documento, a despecho de lo que dicen de él todos los historiadores españoles, no es sino una falsedad audaz. Que Fernando haya creído o no en la autenticidad de este texto, se autorizó con el para decretar la invasión de Navarra. El 21 de julio de 1512 el Duque de Alba pasó la frontera; el 24 se rindió Pamplona bajo reserva de los derechos de Juan de Albret, y en cinco días fue conquistado todo el reino. El Rey de Castilla declaró que los mismos estatutos de la *Santa Liga* le daban todo derecho para esta conquista (31 de julio); Juan protestó ante sus súbditos (30 de septiembre) y ante León X (22 de junio de 1513). Pero el 15 de junio de 1515, por una acta solemne, Fernando reunió Navarra a Castilla y algunos meses después murió el 22 de enero de 1516.

Para asegurar su conquista de Navarra no había descuidado, antes de morir, ninguna precaución militar. Pamplona debía tener un cinturón de murallas y de torres, dominado por una ciudadela, a fin de imponer dentro y fuera del reino el respeto a los estandartes de Castilla. Desde 1514, las requisiciones de carros y de monturas habían comenzado en vista de los trabajos militares. Cuando el 22 de mayo de 1516, el Duque de Nájera tomó posesión de su cargo de Virrey, ya estaban construidas mil quinientas veintidós tapias de albañilería. Mientras tanto, el Cardenal Jiménez había dado orden de desmantelar todas las fortalezas señoriales. Un año más tarde, la ciudadela de Pamplona estaba casi terminada. En junio de 1517 todo estaba listo, se colocaron las puertas y las ventanas de los cuarteles. Miguel de Herrera (19) recibió el mando de la fortaleza e hizo el juramento en manos del Virrey (3 de mayo de 1517).

A la noticia de la muerte de Fernando el Católico, Francisco I pensó que había sonado al fin la hora de sus esperanzas sobre Navarra. Instó a Juan de

Albret para recobrar su perdido reino y le prometió tropas. Al mismo tiempo entabló en Noyón con España conferencias diplomáticas que no favorecieron en nada la muerte del mismo Juan de Albret, pero que sin embargo gracias a la actividad de Catalina de Foix condujeron a hacer reservar el examen de los derechos de la dinastía. Para sostener estos derechos no se excusaron ni memoriales ni negociaciones. La familia de Javier se contaba en el primer lugar de los fieles servidores de la casa de Albret. Desgraciadamente Catalina de Foix murió también en Mont de Marsán el 11 de febrero de 1517, lo que dio ocasión a Germana, viuda de Fernando el Católico, para reivindicar la herencia de la casa de Foix. En medio de estas circunstancias contrarias, Francisco I hizo que sus embajadores intimaran a Carlos la evacuación de Navarra; pero Carlos V se creyó bastante fuerte para contentarse con una respuesta evasiva. ¿Acaso Pamplona no tenía fortificaciones para defenderse de las balas francesas?

Más aún que Carlos V, el Virrey de Navarra e Iñigo de Loyola, su mesnadero, hubieran descansado en esta confianza, si el asunto de los Comuneros no hubiese puesto en ebullición a toda España. Movidos del peligro que hacía correr a la Corona la insurrección de los grandes de Castilla, los regentes del reino habían desguarnecido a Navarra de tropas desde el Otoño de 1520. El Duque de Nájera, responsable del orden de una provincia aún mal sometida, se quejó al emperador del predicamento en que se le ponía. Desde Aix-la-chapelle (24 de octubre de 1520) el príncipe respondió obligando al Virrey a enviar a Burgos sus mejores soldados. El Duque obedeció; pero jamás pudo comprender que para defender mejor a Castilla se expusiera a Navarra a una invasión francesa, y mientras se perseverara en llevarse a sus infantes y sus lanzas, continuaría protestando, explicándose y rogando por Navarra. (20) No cabe duda que Iñigo de Loyola debió asociarse de todo corazón a estos actos de verdadera fidelidad.

El 15 de marzo de 1521, el Duque de Nájera avisó a Carlos V del inminente peligro. El 27 precisó algunos hechos graves: Francisco I enviaba su artillería por Tolouse y Burdeos; se hacían levas en las Landas y en el Bearn; y los Comuneros estaban en inteligencia con Francia; desde San Juan Pied-de-Port a Pamplona, los franceses no encontraron ni un solo obstáculo en su camino.

Fue por Pedro Vélez de Guevara, que volviendo de su viaje a los Países Bajos acababa de atravesar Francia, por quien el Virrey se enteró de tales noticias. Envió enseguida a Pedro a Segovia con la esperanza de que el relato de un testigo decidiera al Consejo Real a obrar. Pedro Vélez de Guevara hijo de una tía del Duque de Nájera y educado en la familia del Duque, (21) no podía rehusar nada a su primo hermano Antonio; por lo demás tenía los mismos sentimientos de fidelidad absoluta a su soberano. Dió noticia a los gobernadores de los temores del Virrey y de sus propias impresiones, pero todo fue en vano. Aun después de la derrota de los Comuneros en Villalar el 21 de abril de 1521, cuando su jefe Padilla fue ahorcado en Valladolid y el Obispo de Zamora huyó, el Consejo porfió en su política: la insurrección existía todavía en Toledo, Navarra podía esperar. A otro nuevo emisario del Virrey, el condestable de Castilla terminó por darle vagas promesas de socorro.

Mientras que así se pensaba en Segovia, el 4 de mayo, Enrique de Albret entró en campaña. El ejército francés estaba bajo las órdenes de Andrés de Foix, señor de Asparros, que tenía por lugarteniente al señor Ergobarraque, alcalde de Bayona, y al Obispo de Couserans, Carlos de Grammont.

El ejército contaba con doce mil infantes, seiscientas lanzas y veintinueve piezas de artillería. El 12 de mayo llegó éste ante San Juan Pied-de-Port, que capituló el 15; los desfiladeros de Roncesvalles, que Luis de Beaumont trató por un momento de defender, fueron franqueados sin combate. El camino de la Alta Navarra quedó libre.

El 13 de mayo el Duque de Nájera renovó sus instancias, su hijo Juan Manrique fue a decir a Segovia: los enemigos están allí, necesitamos socorro; pero como nada venía, el Duque mismo partió el 17 de mayo con el Obispo de Avila, Rodrigo de Mercado, para obtener del Consejo Real las tropas que hasta entonces les había rehusado.

Mientras que duraba este viaje, Andrés de Foix llegó a Villanueva, en el Valle de Araquil, a cuatro leguas de Pamplona. La capital de Navarra se vio amenazada de un sitio en regla. (22)

* * * * *

La dinastía de Albret que ayer apenas reinaba allí, contaba en la ciudad con muchos partidarios y servidores; los Gramont estaban a su cabeza. Al rumor de que se acercaban las tropas francesas todo este mundo no cabía en sí de gozo. Los escudos españoles fueron abatidos, el palacio del Virrey saqueado; en el Consejo de la ciudad se habló de rendición. Iñigo de Loyola no había acompañado al Duque Nájera a Segovia. Se adivinan los sentimientos de su alma noble y fiel frente a la revuelta y al pánico que crecen, pero no es de los que cambian de Señor y reniegan de sus juramentos. Se une al alcalde de la Ciudadela, Herrera, y a los gentilhombres de la guarnición. Contra todos expone con fuerza las razones para batirse y logra felizmente arrastrar a la resistencia a los vacilantes(23). Además, en el Castillo no faltaba nada, sin duda, ni carne fresca ni salada, ni balas, ni cañones, ni morteros, ni barriles de pólvora, ni fusiles, ni picas, ni corazas. (24) Herrera avisa al Consejo de la ciudad que la ciudadela está presta a defenderse.

El Consejo no deja de persistir por ello en su primera idea. Envía una diputación al campo de Villanueva para ofrecer a Andrés de Foix las llaves de Pamplona si consiente en aceptar las peticiones de los habitantes, a saber: amnistía general, confirmación de los privilegios y excepciones en vigor, pago de las deudas de la casa de Albret, mantenimiento de los funcionarios actuales, respeto de las propiedades del Duque de Nájera, de sus vasallos y de todos los castellanos, funciones administrativas y judiciarias reservadas para los navarros, alojamiento de las tropas en las condiciones ordinarias y promesa de no maltratar la ciudad cuando atacaran a la ciudadela y de no hacer entrar en Pamplona muchas tropas porque no había víveres suficientes. Andrés de Foix consintió en tratar la capitulación. El acta fue levantada al instante. El vencedor aprobó todos los artículos con excepción de tres, el de los bienes del Duque de Najera y el de los castellanos, y acerca del ataque de la Ciudadela se reservó su libertad. El mismo día 19 de mayo, fiesta de Pentecostés, los diputados de la ciudad hicieron juramento de fidelidad al Rey Enrique de Albret. Por su lado Andrés de Foix juró respetar los fueros de Navarra. Una columna de 300 hombres, mandados por Santacoloma ocupó inmediatamente la ciudad. (25)

El lunes 20 de mayo Andrés de Foix hizo su entrada solemne en la Capital de Navarra, y enseguida envió un heraldo a la Ciudadela pidiendo que se

rindiera. Herrera rehusó. Iñigo de Loyola era el alma de aquella hazaña caballeresca que pretendía salvar al menos el honor. Y no era solamente un sentimiento personal el que le hacia obrar así; toda Guipúzcoa estaba unida a Castilla. El Alcalde de la fortaleza de Irún dio testimonio de ello a Carlos V, a la primera noticia que tuvo de los preparativos de la invasión (15 de marzo de 1521). El corregidor de la Provincia protestó ante el Cardenal regente de la fidelidad de todos; el Consejo de Azpeitia envió un mensaje a Tolosa para tener noticias ciertas; en el puente de Loyola el bachiller Pérez de Zavala encontró varias veces a los diputados de Azpeitia para deliberar con ellos acerca de las medidas que había que tomar. (26) Volveremos a encontrar a los Loyola en la batalla de Noain y en el sitio de Fuenterrabía. Frente a los invasores franceses el influjo de la raza y del terruño se añade al de un alma fuerte para determinar a Iñigo a morir antes que rendirse al enemigo. No habiendo sacerdote, se confiesa con un compañero de armas, probablemente en la capilla del castillo, que estaba dedicada a Nuestra Señora, y con la conciencia en paz con Dios se apresta a cumplir con sus deberes para con su Rey.

Los franceses bombardearon la fortaleza, arrojaron sus fajinas al foso, prepararon sus escalas; la fortaleza lanzaba el fuego de su artillería. La resistencia de un puñado de hombres no apoyados por los magistrados de la ciudad no podía ser larga. El combate que duró seis horas consistió en el cañoneo de una y otra parte y en varias intentonas de escala de parte de los asaltantes. Lo que hizo Iñigo de Loyola durante la lucha estamos reducidos a conjeturarlo solamente. No sabemos si no lo que a él le agradó contar a Gonzalez de Cámara: *"el ataque, dijo, duraba ya algún tiempo, cuando fui alcanzado por una bala, que, pasando entre las dos piernas me hirió una y me rompió la otra"*. (27) Una vez caído aquel cuya palabra ardiente había excitado el valor de los soldados, la batalla debería de acabar rápida y miserablemente. Si damos crédito a un relato inspirado por el Alcalde de la fortaleza, Herrera, la fidelidad de las tropas no era absoluta. Tres veces algunos cobardes levantaron bandera blanca, gritando: *¡Francia, Francia!* Algunos estaban tan prestos a capitular que llegaron hasta arrancar los cerrojos de las puertas de la fortaleza, que, como la ciudad, cayó también en manos de los franceses.

El Almirante de Castilla (28) escribió a Carlos V: *"la más fuerte plaza del reino se ha rendido después de nueve horas de asalto, El alcalde hizo la mayor traición del mundo; y no solamente no le hemos cortado la cabeza, sino que se le sostiene a él y a los otros como a buenos servidores; están en medio de nosotros defendidos, protegidos y no me sorprendería el que os escribiesen para obtener favores; los favores que merecen esas gentes son que se les corte el cuello"*.

El viejo soldado expresa así toda la indignación del orgullo castellano. Herrera no tardará en efecto en pedir al Emperador en premio de sus servicios las funciones de Gobernador de Aragón. Iñigo sin tachar quizás de cobardía al comandante de la fortaleza de Pamplona, debió de resentir en su corazón una amargura semejante a la del almirante de Castilla. Debió sufrir con dolor y vergüenza un desenlace tan penoso como era la rendición de la capital del reino. Pero su lealtad le obliga a afirmar que los franceses dueños de la plaza, (29) *"tuvieron gran cuidado de él, empleando a su respecto procedimientos corteses y amigables, muy buenos médicos del ejército francés lo cuidaran en la casa en que habitaba, antes de haberse encerrado en la fortaleza"*. Así era también como Iñigo comprendía la guerra, como un caballero.

Algunas líneas de Polanco (30) nos lo demostrarían si no lo hubiéramos adivinado antes. *"Durante los días que duró su curación en Pamplona, Iñigo recibió frecuentes visitas de los gentilhombres y los soldados franceses. Para darles testimonio de su agradecimiento él a su vez les regaló lo que tenía armas de valor y objetos preciosos"*.

Mientras que está allí en su casa de Pamplona con la pierna rota y en manos de los cirujanos, miremos cara a cara a Iñigo de Loyola. Es un gentihombre orgulloso, un soldado sin miedo, un hombre de mando y de acción, un firme creyente, pero un cristiano mediano. En el solar paterno, en la corte de los Reyes Católicos, en la familia de los Duques de Nájera, ha asistido de cerca a graves escándalos; los malos ejemplos atizaron en él el fuego de las pasiones. Nadal escribe: *"no pensaba entonces ni en religión ni en piedad"*, (31) pero la fórmula es excesiva. Polanco (32) nota con mayor precisión y justeza: *"bien que muy afecto a la fe, no vivía según sus creencias y no se guardaba del pecado; era particularmente desarreglado en el juego, en los asuntos de faldas y en el duelo"*, por su parte Laínez (33) y González, sin detallar tanto, confirman el testimonio

de Polanco. El primero declara que Iñigo en el siglo se dejó vencer por la lujuria; el segundo precisa haber oído del fundador de la Compañía de Jesús el relato circunstanciado de las locuras de su juventud. (34) Pero este pecador tiene sin embargo un corazón noble y una voluntad enérgica. Su vida de santo lo demostrará. En tiempos de su juventud le faltó solamente el comprender aquel *servire Deo regnare est*, del que será más tarde el infatigable predicador.

Notas Capítulo Segundo

1.—Luis Salazar de Castro, Historia de la casa de Lara, Madrid 1694, II, 170, IV, 293, 299.

2.—El duque de Nájera tenia una residencia en la misma Nájera, y era el alcazar de los antiguos reyes de Navarra, situado hacia la mitad de la colina a que esta adosada la ciudad, en la orilla derecha de la Najarilla. Este alcázir comunicaba por medio de una galería subterránea con el Castillo fortificado, que se levanta en la cumbre de la colina. La galería existe aún y del Castillo sólo quedan las ruinas. Del alcazar quedan algunos basamentos, cuyos muros sirven de barda a un cementerio ya abandonado. En Navarrete la casa de Nájera se ha destruido. El recuerdo de su ubicación, en la plaza, que está ante la puerta de la Iglesia, no se conserva sino en la memoria de algunos eruditos curiosos acerca de todo lo pasado.

3.—Cristóbal de Castro, Historia varia, citado por Astráin I, 16.

4.—Luiz Salazar de Castro, op. cit., II, 149-152.

5.—Id. ibid., II, 184, 186-187.

6.—Manuel Danvila, El poder civil en España, Madrid, Tellez, 1885. I, 513, 588, 611, 614, 625, 641.

7.—Id. ibid., n, 35, 41, 44.

8.—Id. ibid., II, 49-52.

9.—Acerca del movimiento de los Comuneros de Castilla y de las Germanias de Valencia, ver Sandoval, op. cil. En el siglo XIX esta historia ha sido rehecha por D. Modesto de la Fuente Historia General de España, y más recientemente, documentada por Manuel Danvila, Historia critica y documentada de las Comunidades de Castilla. Este considerable trabajo forma los tomos XXXV a XXXIX de la colección intitulada Memorial histórico español.

10.—Polanco Cronicón, I, 13. Se conserva aún en Nájera la tradición del lugar en donde Iñigo arremetió vivamente a los rebeldes, espada en mano. Es en los cuatro cantones, punto de bifurcación de la calle de la Fuente y de la calle Mayor.

11.—Manuel Danvila, op. cit., XXXVI, 226, 691.

12.—Danvüa, op. cit., XXXVII, 685, 691, 722.

13.—Cronicón, I, 10.

14.—Danvila, op. cit., XXXVII, 182, 187, 375, 494, 498.

15.—Vitoria, Arch. mun. Reg. de del., 1548-1565, f. 675-702.

16.—Luis Salazar de Castro, op. cit., II, 181.

17.—Manuel Danvila, op. cit., XXXVII, 180, 394, 490, 493.

18.- Ver a los antiguos historiadores españoles Zurita, Sandoval, Moret, Garibay, y tambien a los recientes historiadores franceses Básele de Lagreze, La Navarra francesa, y especialmente Boissonnade La reunión de la Navarre a la Catille, París, Picard, 1892.

19.—Pamplona, Arch. de la Prov. de Navarra Reyno, Leg. 23, carp. 54. La tapia es una medida de 50 pies cuadrados.

20.—Sandoval, I, 502, Boissonnade, 543-544, Danvila XXXVII, 231, 240, 253. Después de los trabajos de Danvila y Boissonnade los archivos han sido transladados a Simancas.

21.—Salazar de Castro, op. cit,, II, 154.

22.—Sandoval, 522, Boissonnade, 548-549. Arch. de Simancas Estado de Navarra 158, Leg. 2, 135, 136, 138. Comunidades de Castilla, Leg. 3, 45.

23.—Scrip. de S. Ignat., I, 38; Sandoval, 512, Boissonnade, 549.

24.—En un inventario del 29 de julio de 1522 (Pamplona. Arch. prov. Cuentas, caja 79 n. 32), se encuentra una enumeración detallada de los bastimentos. Es probable que desde la primavera de 1521, el Castillo estaba ya provisto.

25.—.B. N. de París, Coll. Doat 224, f. 41-47. Ver Nota 7 Apéndices.

26.—Azpeitia, Arofi. mun. Acuerdos de 1521.

27.—González de Cámara núm. 2.

28.—Arch. de Simancas, Est. Nav., 158, Leg. 1.

29.—González de Cámara, n. 2.

30.—Cronicón, I, 10.

31.—Citado por Astráin, I, 14.

32.—Cronicón, I, 13.

33.—Scrip. de S. Ign., I, 101.

34.—Ibid., I, 32. González de Cámara, n. 2. Con razón el P. Astráin prot Historia, 2' ed. I, 11-12, contra los historiadores del siglo XVII, que no han de sospechar nada de todas estas debilidades.

CAPÍTULO TERCERO

3. EL HERIDO CONVERTIDO

(junio 1521—marzo 1522)

Entre el 30 de mayo y el 2 de junio, puesto que permaneció en Pamplona *"de 10 a 12"* días, Iñigo tomó el camino de Loyola. Su herida estaba muy lejos aún de haberse cerrado. *"Los franceses lo transportaron en camilla"*, como lo afirma él mismo (1), hasta el castillo de su familia. La caballerosidad triunfaba hasta el fin en este epílogo de la guerra de Navarra.

A pesar de las precauciones tomadas, el trayecto entre Pamplona y Loyola era demasiado largo para que se pudiera evitar todo accidente. El aparato que sostenía la pierna rota se descompuso. Y cuando Iñigo llegó a Loyola, los médicos y cirujanos de los alrededores declararon que era necesario de nuevo romper y ajustar los huesos en su preciso lugar. Ningún relato es más interesante que lo que Ignacio dictó al Padre González de Cámara en 1553. Lo transcribimos aquí (2). La operación fue muy dolorosa puesto que el santo, treinta años después, la calificaba de *"carnicería"*.

"Esta carnicería se hizo de nuevo; y él en ésta, como en todas las demás que había sufrido antes, no dijo una sola palabra, ni dio otras señales de dolor que la de apretar fuertemente los puños. Sin embargo iba de mal en peor, no podía comer y experimentaba ya otros accidentes que ordinariamente son indicio de muerte. Llegado el día de San Juan, como los médicos tenían poca confianza de su curación, se le aconsejó se confesara; y así recibió los últimos sacramentos la víspera de San Pedro y San Pablo, día en que los médicos dijeron, que si antes de la medianoche no experimentaba mejoría, se le podía dar por muerto. El enfermo era ya antes devoto de San Pedro, y plugo a Nuestro Señor que a la medianoche misma comenzó a mejorar; y la mejoría fue aumentando tanto que algunos días después se le juzgó fuera de peligro".

San Juan Bautista era el patrón de los Oñaz, como San Pedro el de los Loyola. Desde hacía siglos aquellas fechas del 24 y 29 de junio eran sagradas en

la casa solar. ¿Qué de admirable tiene que Iñigo haya notado la coincidencia de hechos tan importantes como su confesión *in extremis* y la curación inesperada que siguió?

Mientras que el herido de Pamplona estaba en Loyola en manos de los médicos, Andrés de Foix proseguía su marcha victoriosa, en medio de una población que se sometía a sus ejércitos, o que huía para organizar la resistencia (3). Al rumor de la rendición de Pamplona, los habitantes de Azpeitia Y Azcoitia se reunieron para deliberar. Enviaron a Tolosa a preguntar qué era lo que debían hacer; y a la vuelta de los mensajeros se determinó tomar las armas. En Azpeitia se fundían balas para las escopetas, se recorrió la montaña para reclutar soldados, se hizo un estandarte cuya tela de seda fue proporcionada por la iglesia de San Sebastián, la comerciante María de Lagarraga dio el listón para la Cruz, y ciento dos hombres salieron al mando del Capitán Juan López de Ugarte acompañados por dos sacerdotes y un tambor. (4)

En Castilla se produjo el mismo movimiento bélico. El Consejo real que se había mostrado tan indiferente a las cartas de alarma del Duque de Nájera, despertó al fin de su letargo. En pocos días la caballería, la infantería y la artillería se reunieron y se acumularon. Andrés de Foix, mal político y mal general, se lanzó hacia Castilla en lugar de establecerse sólidamente en Navarra. Conforme al parecer de un coronel de su infantería, llegó a licenciar a un gran numero de infantes gascones. El condestable, el Duque de Nájera, las comunidades mismas reunían tropas: Valladolid envió mil doscientos hombres, Segovia mil, Medina novecientos, Salamanca y Toro mil doscientos, Avila seiscientos, Burgos cien; Toledo a despecho de su obstinada rebelión hizo oferta de soldados. (5) Todas estas fuerzas reunidas formaron un ejército numeroso y decidido a quebrantar el sitio de Logroño, ya cercado por Andrés de Foix. Un incidente vulgar precipitó los acontecimientos. El cuartel general francés se había instalado en el Convento de los Franciscanos. Mientras que el estado mayor cenaba con todas las candelas encendidas, en una amplia sala, la noche del 10 de junio, un atrevido ciudadano de Logroño escaló el muro, apuntó hacia los convidados y disparó, matando a un oficial. Dudando entonces de su

seguridad y temeroso de una traición, Andrés de Foix levantó el sitio y volvió a Navarra.

Después de una discusión muy viva, entre un rival y el Duque de Nájera, acerca de quién tendría el mando de las tropas, el Duque ganó. Salió de Logroño con Pedro Vélez de Guevara que mandaba en la plaza, y con los refuerzos llegados de Guipúzcoa y de Alava se puso a escaramucear, pisando los talones a los franceses, y luego acabó por adelantarse a ellos. Después de un consejo de guerra tenido en Esquiroz, la tarde del 30 de junio, el Duque de Nájera, decidió cortar a Andrés de Foix su retirada a Pamplona obligándole a aceptar el combate. A una legua al Sur de Pamplona tuvo lugar el choque. El condestable de Castilla, Pedro Girón, antiguo Comunero, Francés de Beaumont y Pedro Vélez de Guevara se distiguieron en la batalla. Las tropas de las provincias vascas iban a la vanguardia. La artillería fue capturada, gran número de capitanes y aun el mismo Andrés de Foix se rindieron a Francés de Beaumont. El ejército francés desbaratado retrocedió hasta Fuenterrabía. La victoria de Noáin (30 de junio), tuvo por forzosa consecuencia la toma de Pamplona, en donde el Duque de Nájera volvió a entrar sin disparar un tiro. Para su honor y el de la Corona de Castilla, (6) la capitulación del 19 de mayo había sido vengada.

Mientras que tan alegres noticias partían para Flandes a fin de anunciar la victoria a Carlos V, Pedro de Zavala se apresuró a ir a Azpeitia para contar aquellas hazañas de los guipuzcoanos. El Consejo de la ciudad de Azpeitia dio al mensajero cien maravedíes de recompensa. (7) Entre todos, el herido Iñigo debió regocijarse más que nadie; y puede uno figurarse al convaleciente en su lecho de dolor oyendo encantado, de labios de Pedro de Zavala, el relato del triunfo de Noáin.

*

* *

Poco a poco volvieron al enfermo las fuerzas, y los huesos de la pierna rota acabaron por soldarse. Pero los cirujanos de Azpeitia habían tomado mal sus medidas.

"Abajo de la rodilla, (8) *dice Iñigo*, *un hueso se encontraba a caballo sobre otro, de donde resultaba que la pierna se acortó; y además el hueso salta de tal*

manera que la pierna perdía su elegancia. Entonces él que no podía conformarse con aquello (porque continuaba con el designio de seguir en el mundo) y estimando que aquel defecto le afearía, preguntó a los cirujanos si se podía cortar aquella excrecencia. Se le respondió afirmativamente, pero diciéndole que el dolor sería aún más vivo que los que ya había sufrido, porque su cuerpo estaba ahora sano y la operación reclamaría algún tiempo. A pesar de todo y para satisfacción de su vanidad quiso someterse a la operación; su hermano mayor se asustó, protestando que en cuanto a él jamás se atrevería a afrontar semejante suplicio". Pero Iñigo lo sufrió con su energía ordinaria. Cortado el hueso, se trató de alargar la pierna por medio de linimentos y de tracciones metódicas. El martirio duró mucho tiempo, el paciente tendido en su lecho, con la pierna fija en un aparato y en la imposibilidad de moverse, pasó largos días en su cuarto; nada le importaba con la idea de que una vez curado podría calzarse las hermosas botas ajustadas que estaban de moda entonces. Una vez en convalecencia no tardó en preguntarse cómo emplear las largas horas del día; hizo que entendieran los de casa que leería con gusto libros de caballería. Se había aficionado a esas lecturas durante sus ocios de paje en casa del Duque de Nájera y en la de Velázquez, tesorero de Castilla. El mismo confiesa que le gustaba mucho tal género de literatura (9). Pero no se encontró en el castillo ninguno de aquellos volúmenes que le gustaban, como el Amadís de Gaula. Impreso en Sevilla en 1496 el Amadís era durante la juventud de Iñigo una especie de novedad que constituía sus delicias. Antes de la venida de Magdalena de Araoz, la casa de Loyola, a juzgar por los testamentos, no contaba con un solo libro. Y fue ella muy probablemente la que llevó allá la Vida de Jesucristo de Ludolfo, y un volumen de la Vida de los Santos que fueron los que ofrecieron a Iñigo en 1521 para ocupar sus ocios de convaleciente. (10)

La obra del cartujo sajón había sido traducida por Fray Ambrosio Montesinos (11) e impresa en Alcalá en 1502, y la traducción española de Santiago de Vorágine, (12) comúnmente llamada *Flos Sanctorum*, circulaba en la península desde 1480. Iñigo leyó estos volúmenes a falta de otros y él mismo nos describe el singular efecto que estas lecturas produjeron en su alma.

Estas eran breves pero seguidas de largas reflexiones. La vida de Nuestro Señor y la de los Santos le atraían por su belleza moral; la nobleza de las almas,

irradiando a través de los actos y las palabras, ejercían sobre él una especie de fascinación. ¿Por qué no iría él a su vez por aquellos caminos difíciles pero gloriosos? Mas pronto, todos los recuerdos del mundo se precipitaban como un torrente en su espíritu, (13) arrastrando su pensamiento hacia los sueños de otro tiempo: sueños de proezas guerreras y de galanterías mundanas. En su ardiente imaginación, las hazañas de los Amadís se unían a las visiones de guerra de Nájera y de Pamplona, para conducirle hacia las fantasías de glorias conquistadas con la punta de la espada. Es verdad que había sido vencido en aquella fortaleza de la que tenía el mando el tímido Herrera; pero había otros jefes más valerosos; y él mismo podría a llegar a ser un jefe; ¿acaso su palabra a pesar de su juventud no había exaltado por un momento a los soldados prontos a desfallecer? Sin duda su heroísmo había sido muy mal recompensado. Ni Herrera, ni Nájera, ni el Consejo de Castilla, ni el Cardenal regente de Tortosa, ni el Emperador Carlos V se habían preocupado por saber qué le había sucedido, o para ofrecerle alguna recompensa. Pero ¿qué importan los favores? Y además ¿no llega acaso un momento en que el valor doblega a la fortuna, domina a la envidia y arranca los beneficios a los príncipes?

Y en medio de este porvenir brillante con que soñaba mezclaba otra clase de victorias; veía entre las damas de la corte una muy alta señora, *"más que marquesa, más que duquesa"*, son sus mismas expresiones. (14) Probablemente designaba con estas palabras nada menos que a Germana de Foix, que fue la segunda mujer de Femando el Católico. En sus andanzas con el tesorero de Castilla, Velázquez, Iñigo había ciertamente encontrado a la sobrina de Luis XII. A la muerte del príncipe su marido, Germana tenía 23 años. (15) Sus ligas con los navarros enmedio de la competencia que dividía a los castellanos y a los aragoneses, la había hecho tan sospechosa, como sus ligas con los franceses. El advenimiento de Carlos V, le había cerrado toda salida hacia los supremos honores. Retirada primero a un monasterio del Abrojo, cerca de Valladolid, acabó por casarse con un príncipe alemán, el Marqués de Brandeburgo; pero este matrimonio hecho en Barcelona en 1519 pronto se deshizo por la muerte del Marqués. En la lejana Valencia que gobernaba con su marido, Germana podía ser para Iñigo un ídolo de ensueño.

Pensaba en ella largamente, tres o cuatro horas seguidas sin que se diera cuenta de la carrera del tiempo *"pensando en lo que tendría que hacer a su servicio, en los medios que había de tomar para ir a encontrarla al país donde se hallaba, en las palabras que le dirigiría, y en los hechos de armas que llevaría a cabo en su honor"* y todo esto le ilusionaba hasta el punto de no darse cuenta cómo era *"imposible a causa del alto rango de esta señora, que se realizaran nunca sus sueños"*. (16)

Y cuando había tocado así con el dedo la vanidad de estos castillos de naipes forjados por su imaginación, Iñigo volvía al *quid prodest* del Evangelio y a los ejemplos de los Santos; entonces le venía el deseo de irse muy lejos de los suyos y de su patria hasta Jerusalem, de retirarse a algún desierto donde viviría solo como pobre, con los pies desnudos, en una ermita desprovista de todo, a la manera de los Padres del desierto que no tenían otro alimento que el agua de las fuentes y las yerbas amargas. (17)

En estas alternativas de pensamientos contrarios, el espíritu meditativo del joven soldado se absorbía, sin perderse. No se abandonaba siempre a sus ideas sin arrancarse muchas veces voluntariamente al encanto que le producían. Y poco a poco llegó a analizar los estados de su alma que eran como el resultado fatal de aquellos movimientos de la naturaleza y de la gracia. Las alegrías del mundo entrevistas en sus sueños dorados dejaban su corazón vacío, seco, disgustado; mientras que en los momentos en que su mirada se fijaba en las perspectivas de una vida cristiana llevada a la manera de la de los Santos, una alegre paz reinaba en su alma. En un principio cayó en la cuenta de esta diversidad sin darle importancia alguna. Pero un día se hizo la luz en él, se admiró del fenómeno y se puso a profundizar las causas de esto; y la experiencia le dictó esta conclusión: que sufría los impulsos contrarios del espíritu del mal y del espíritu de Dios.(18) *"Tal fue, nos dice él mismo, la primera consideración razonada que hizo en materia espiritual."* (19)

Y esto fue en el horizonte de su vida como un fanal encendido. A partir de aquí comienza a reflexionar más seriamente en su vida pasada y en la necesidad que se le imponía de hacer penitencia. Esta conclusión fue la única en que se detuvo su espíritu, confirmada por el recuerdo de los ejemplos de los santos. (20) ¡Qué prácticas generosas de mortificación hay en la vida de todos

ellos! Las había leído en el *Flos Sanctorum*. De todos los rincones de su memoria los hechos subían en tropel para decirle que debía ser su imitador. Así estaba resuelto, cuando se curara, a emprender un viaje a Jerusalem y a sazonar esta piadosa peregrinación con todas las abstinencias y todas las disciplinas que puede desear un corazón generoso inflamado en el amor de Dios. (21)

A medida que sus sueños iban por estos nuevos caminos, sentía acabarse en él la fascinación de las grandezas y alegrías humanas que hasta entonces le habían dominado. Y sus santos deseos fueron confirmados cierto día por una visita de Dios, maravillosa y soberanamente eficaz.

*

* *

"Estando en vela una noche, (son los mismos términos con que lo dictó al Padre González de Cámara) *vio claramente una representación de Nuestra Señora con el Santo Niño Jesús. De esta vista recibió durante un espacio de tiempo notable una consolación extremada, y quedó con tal disgusto de toda su vida pasada, y especialmente de la impureza, que le parecía que de su alma habían sido arrancadas todas las impresiones que hasta entonces estaban allí como grabadas.* (22) *Desde ese día hasta el mes de agosto de 1555 en que se escribe esto,* (continúa dictando el Santo) *jamás dio el menor consentimiento a ningún pecado impuro, y por este efecto, el suceso de esta visión se puede juzgar haber sido de Dios, bien que* (Iñigo) *no se atreve a determinarlo."*

Nos gustaría saber con precisión la fecha de esta gracia insigne y de esta noche transformadora; sólo podemos conjeturarla. Sería más o menos hacia el 15 de junio cuando Iñigo llegó a Loyola; la curación de la fractura habría durado unos cuarenta días; la aserradura del hueso después de la curación necesitaría un descanso prolongado, e Iñigo nos dice él mismo, que se pasaron muchos días para estirarle la pierna. Esto nos llevará al mes de agosto. Sabemos además por él mismo, que no había acabado la lectura de Ludolfo cuando fue visitado por Nuestra Señora; y que por otra parte después de su conversión apareció completamente cambiado a los suyos, lo que le permitió *"servir a sus almas"* con sus conversaciones. (23)

Pues bien, hay en la vida doméstica de los Loyola, en la fecha del 27 de agosto, un hecho notable en el que es imposible no percibir la mano de Iñigo. No habremos olvidado el Convento de San Francisco fundado en Azpeitia en 1497 por Catalina de Loyola. Aquel lugar santo era en 1521 el objeto de las más ásperas querellas entre el rector de la iglesia de San Sebastián Juan Anchieta, y Martín García de Loyola. Durante quince años el rector se había encarnizado públicamente contra las monjas con actos incalificables, mientras que los Loyola sostenían a las pobres religiosas. Pero a partir de 1519 hubo un cambio. El sobrino del rector fue muerto en la casa de los Emparan, aliados de los Loyola, y Juan Anchieta se declara entonces por las Isabelitas con manifestaciones de cariño, iguales a su furor de otro tiempo; es en la iglesia de su monasterio donde determina ser enterrado. Un cambio paralelo había mudado a los Loyola contra las monjas reconciliadas ya con el cura. En su insensata cólera habían pedido y obtenido de la corte de Roma, una sentencia de excomunión para obligarlas a quitar del techo de su casita, no concluida aún, una miserable campanita. Pero en 1521 y precisamente en el mes de agosto se hace la paz. Un servidor de Loyola va a buscar a Burgos al Provincial de los Franciscanos Fray Bernardino de Salcedo. Se tienen en el castillo unas conversaciones amistosas, y todo se arregla. Se duelen de los procesos entablados y renuncian a ellos. Martín García de Loyola ofrece a las Isabelitas un terreno contiguo a su Monasterio; el clero de Azpeitia confirma todos los acuerdos convenidos; y en cuanto a los dos adversarios, que desde hacía cerca de 20 años se atacaban mutuamente, en una especie de duelo tragicómico, determinan ambos que serán enterrados en la iglesia de San Francisco, como si quisieran dar destimonio por esta fraternidad en la muerte, de la verdad de su reconciliación en este mundo. (24)

Es difícil no ver en el acuerdo del 27 de agosto de 1521 el primer fruto del apostolado doméstico de Iñigo convertido. Transformado en lo más íntimo de su alma pecadora por una mirada de la Virgen bendita, empezaba ya a transformar en torno suyo el corazón de los otros. Así pues creemos que sería el 15 de agosto cuando María Santísima lo visitó en su cuarto de enfermo.

Entre tanto perseveraba en sus lecturas y sus piadosos deseos. Las cosas de Dios se hicieron cada vez más el centro de su vida. Cuando conversaba con

los suyos no les hablaba sino de Dios; cuando estaba solo pasaba el tiempo en orar y leer. Le vino al pensamiento hacer algunos extractos de sus lecturas, desde que comenzó a dar algunos pasos por la casa. En un cartapacio en cuarto, de papel pulido y rayado, se puso a escribir, con tinta roja las palabras de Nuestro Señor, y las de la Virgen con tinta azul. Así llenó trescientas páginas con su más hermosa letra y mientras que los rasgos del evangelio y los ejemplos de los santos pasaban de los libros a su cuaderno, se avivaba en él el deseo de caminar sobre las huellas de Cristo y de sus amigos. (25)

A pesar de estos ardores por el bien y de estos gustos por la oración, no parece que entonces Iñigo haya recurrido a los sacramentos con más frecuencia que antes. Se puede creer fácilmente que en la capilla del Castillo, la imagen de la Virgen de la Anunciación recibió de él frecuentes visitas. Acaso los domingos oía allí la misa con los suyos; los clérigos eran bastante numerosos en Azpeitia para poder hacer aquel servicio al patrón de la iglesia y además entre ellos se contaban, fuera de Pero López, rector de la iglesia desde el once de enero de 1520, a los dos bastardos Andrés de Loyola y Martín de Oñaz. Pero en Azpeitia, como en toda España entonces, la costumbre era comulgar solamente en Pascua y en el lecho de muerte. Iñigo no dará entrada sino más tarde a otras prácticas más racionales. Por el momento, la gracia insigne que le había hecho el cielo era separarlo por completo de las vanidades y locuras del mundo de que había estado cautivo por tanto tiempo. Y las circunstancias le favorecían.

*

* *

Durante el otoño de 1521, aquella guerra de Navarra, que acabó para Iñigo en Pamplona, tuvo varias vicisitudes en las fronteras de Guipúzcoa y de Francia. Fuenterrabía fue sitiada por Andrés de Foix. Diego de Vera la defendió en nombre de Carlos V, y si todos los defensores se le hubieran asemejado, la ciudad no hubiera sido tomada nunca. En torno de aquel bastión de su país, los guipuzcoanos se hicieron fuertes, y entre ellos Martín García de Loyola era de los más aguerridos. La fidelidad y el valor no duró desgraciadamente sino un solo día, el 16 de octubre, porque el 17 comenzó la desbandada; el 18 algunos capitanes hablaron de rendirse, puesto que toda esperanza de resistencia eficaz se había perdido; Martín García de Loyola, Juan Ortiz de Zarauz y algunos otros

trataron en vano de levantar los ánimos; el contagio de la cobardía ganó a las tropas y el 19 los franceses entraron en la ciudad. (26)

Cuando Martín García volvió a Loyola para contar esta triste historia, ¿cómo Iñigo no habría de reforzar su desprecio a las cosas humanas y una resolución más firme de huir de este mundo, en el que las bajas pasiones eran tan fuertes y el valor tan raro? Si acaso la máxima que repetirá más tarde no llegaba todavía a sus labios, el sentimiento que expresa era ya muy profundo en su corazón: *Quam sordet terra dum coelum aspicio!* En los preciosos dictados al Padre Cámara nos confía que, en aquellos días en Loyola maduraba su resolución de entregarse del todo a Dios, y *"el más grande consuelo que recibía era mirar al cielo y a las estrellas; lo que hacía muchas veces y por largo tiempo."* (27) Y a medida que su mirada se explayaba en los esplendores del cielo estrellado, *"sentía en su alma un generoso deseo de servir a Nuestro Señor"*. El deseo de ir en peregrinación a Jerusalem se afirmó fuertemente en su espíritu, y no esperaba para ejecutarlo otra cosa que el estar curado completamente.

No dejaba de pensar alguna vez en el género de vida que llevaría después de su vuelta de Jerusalem. A ciertas horas le venía el deseo de ir a llamar a la puerta de la Cartuja de Sevilla, *"sin decir quién era, a fin de que no se hiciera el menor caso de él; y allá no comer otra cosa que yerbas."* (28) Recayendo sobre esta idea en otros momentos le parecía que el hecho de estar sujeto a una regla no le permitiría satisfacer a su gusto *"el odio que había concebido contra sí mismo;"* y entonces le parecía mejor conservar su libertad e irse por los caminos, para ser dueño de sus austeridades. (29) Sin embargo, por si acaso, envió a Burgos a un criado del castillo *"y le encargó que se informara de la regla de los Cartujos"*de Miraflores; y quedó muy contento de las noticias que le trajo. (30)

Conforme a las confidencias hechas a González de Cámara, Iñigo al recorrer el *Flos Sanctorum* parece haberse interesado particularmente por la historia de Santo Domingo y la de San Francisco. Hace notar que se decía frecuentemente a sí mismo: *"Santo Domingo hizo esto, San Francisco aquéllo; yo debo hacerlo también;"* (31) y aquellas hermosas acciones, cuando detenía en ellas su pensamiento, eran como un aguijón que lo excitara a *"empresas*

difíciles" por amor del Señor y no había ninguno de aquellos proyectos generosos que no le parecieran *"fáciles de ponerlos en obra."* (32)

Sin embargo, el convertido no parece haber tenido nunca la idea de entrar en un convento de los hermanos menores o de los hermanos predicadores. En su retiro de Loyola, el único deseo de vida religiosa que se presentó a su espíritu fue el de hacerse hijo de San Bruno. Quizás era esto para él un modo de agradecer lo que debía a Ludolfo. Pero es necesario ver ciertamente en la preferencia que daba a la lejana Cartuja de Sevilla sobre la Cartuja de Burgos más cercana, el deseo de ocultarse en un claustro en donde permanecería desconocido.

Pero aun este plan no era sino un vago bosquejo. Iñigo no tenía otra decisión firme sino la de peregrinar a los Santos Lugares. Y solamente sería a su vuelta de aquel piadoso viaje cuando tendría que examinar si había de encerrarse en la Cartuja andaluza, sin decir quien era, a fin de ser despreciado de todos.

Un día —probablemente a principios de marzo de 1522— Iñigo se decidió en fin, a salir de Loyola. Sin estar completamente curado se sentía lleno de vigor. Dijo, pues, a su hermano Martín García: *"Señor, el Duque de Nájera sabe que ya estoy restablecido; será bueno que vaya a Navarrete para saludarlo."* (33) Los profundos cambios que se habían operado en el corazón de Iñigo no habían escapado a las personas de su casa. Sin que, según parece, hubiese declarado a sus parientes sus verdaderos designios, éstos sospechaban alguna cosa. El viaje del criado enviado a Miraflores permitía suponer que Iñigo pensaba en dejar el mundo, mucho más que en recobrar su puesto en casa del antiguo Virrey de Navarra. Este, por lo demás, había perdido el favor de su soberano. Ni las calurosas recomendaciones del almirante de Castilla, ni siquiera el glorioso éxito de Noáin, que había arrojado a los franceses fuera de Navarra, ni la importancia de la casa de los Manrique de Lara, habían podido proteger al antiguo jefe de Ignacio contra las más calumniosas sospechas. Sin duda el detalle de aquella lamentable historia de un grande de España, reducido a la nada y tratado como sospechoso en sus propias tierras, no había llegado al castillo de Loyola. Pero se sabía al menos que desde el 21 de agosto de 1521, los gobernadores del reino, (34) aun cu Logroño, o tal vez en Pamplona, habían

elegido por Virrey de Navarra al Conde de Miranda; y que el Emperador Carlos V, a despecho de todas las memorias de Manrique de Lara, había confirmado la elección de los gobernadores. ¿Que verosimilitud existiría de que el soldado de Pamplona, curado ya de su herida, quisiese seguir la suerte de un Virrey desposeído?

Por eso Martín García sospechó que aquel viaje a Navarrete ocultaba otro proyecto. A la primera manifestación de Iñigo, tomóle aparte y le condujo a un cuarto, después a otro, afin sin duda de asegurar mejor el secreto de su conversación. En ésta púsose a representarle sus admiración y a rogarle insistentemente que no se ocultara; todo el país fundaba en él las más grandes esperanzas, y él mismo por cierto, debía saber bien todo lo que valía. Por largo tiempo Martín García se extendió en semejantes propósitos, que tendían a apartar a Iñigo del deseo que tenía de dejar la casa solariega de sus padres. (35) Como se puede pensar, aquellos elocuentes llamamientos se quebraron ante una resolución firmísima. Hacía ya meses que los proyectos del herido convertido estaban sólidamente madurados. Ya nada del mundo le interesaba, el porvenir brillante de que le hablaba su hermano no era sino una verdadera locura para el lector de la *Vida de Cristo* y del *Flos Sanctorum*. A los discursos de Martín García, Iñigo debió responder con una sonrisa, como un dulce obstinado que no quiere rendirse. Sin embargo, el futuro peregrino de Jerusalem conservó su secreto. Su respuesta fue tal, dijo más tarde al Padre González, que *"sin traicionar a la verdad, de lo que se hacía gran escrúpulo, pudo escapar de su hermano."* (36)

Los preparativos se hicieron, pues, como si se tratara del viaje a Navarrete. Vestido conforme a su rango, con sus armas, seguido de dos criados y acompañado por uno de sus hermanos, Iñigo montó sobre una mula; y diciendo adiós a los suyos, conmovidos por una separación cuyo misterio permanecía oculto, tomó el camino de Oñate, el país de su cuñada Magdalena de Araoz. En su bagaje el caballero llevaba un poco de dinero, un libro de las *Horas de Nuestra Señora*, una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, y el famoso cuaderno en 4°. que encerraba en trescientas páginas la médula de la vida de los santos y del Evangelio.

(1) González de Cámara n. 2.
(2) Id. n. 2 y 3.
(3) Sandoval, op. cit. 503-505; Boissonnade op. cit. 550 y 551.
(4) Azpeitia, Arch. mun.
(5) Carta, del Condestable al Capitulo de Córdoba, 29 de mayo de 1521.
(6) Sandoval, I, 505; Boissonnade, 552-555; Danvila XXXVIII, 209,-211, 214-218.
(7) Azpeitia, Arch. mun. Cuentas de 1522.
(8) González de Cámara n. 4.
(9) González de Cámara n. 5.
(10) Id. n. 5.
(11) Juan Catalina García, Ensayo de tipografía complutense, Madrid. Téllez, 1880, 1-2: Bartolomé Gallardo, Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos, Madrid, 1863, I, 714.
(12) Gallardo, I, 519.
(13) González de Cámara, n. 6-7.
(14) Id. n. 6.
(15) Sandoval, I, 127, 141, 491.
(16) González de Cámara, n. 6.
(17) Id. n. 7-8
(18) Id. n. 8
(19) Id. n. 9.
(20) Id. n. 9.
(21) Id. n. 9.
(22) Id. n. 10.
(23) Id. n. 11.
(24) Arch. del Convento de las Isabelitas, Azpeitia, Lizarralde, op. cit. 102-104.
(25) González de Cámara, n. 11. Ver la Nota 8 Apéndices.
(26) Sandoval, I, 541. Henao, Averiguaciones, VII, 10.
(27) González de Cámara, n. 11.
(28) Id. n. 12.
(29) Id. n. 12.
(30) Id. n. 12.
(31) Id. n. 7.
(32) Id. n. 12.
(33) Id. n, 12.
(34) Salazar de Castro, Historia de la casa de Lara, II, 175, Sandoval dice que gobernadores del reino pasaron en Pamplona los meses de julio y agosto de 1521.
(35) González de Cámara, n. 12.
(36) Id. n. 12.

CAPÍTULO CUARTO

4. EN MONTSERRAT Y EN MANRESA

(1522—1523)

Al salir de Loyola, Iñigo persuadió a su hermano que le acompañaba, a hacer una vigilia en el Santuario de Nuestra Señora de Aranzazu. (1) Este Santuario era de origen reciente. Hacía cerca de 50 años que un pastor de Oñate, Rodrigo de Balzátegui, mientras guardaba su rebaño en la montaña de Alona, encontró en unas zarzas una estatuita de la Virgen. Algunos prodigios dieron a conocer que María Santísima quería ser venerada en aquel lugar. La Virgen, en recuerdo del hecho de su hallazgo, se llamó Nuestra Señora de Aranzazu, lo que quiere decir en vasco: tú estás en la zarza. Edificóse una hermosa iglesia en el flanco de la montaña, con un convento de franciscanos para atenderla. Nuestra Señora de Aranzazu era ya en 1522 un santuario frecuentado. (2) Los Loyola lo conocían como todos los azpeitianos; y en el testamento de Pedro Martínez de Emparan, primo hermano de Iñigo, se ordena enviar a una *"buena persona"* a Aranzazu, para hacer allí una vigilia nocturna antes prometida, pero no cumplida. (3)

Cuando dejó a Loyola, contando con que no volvería más, en el umbral de una vida nueva que quería fuese toda de Dios, Iñigo puso su viaje y sus designios bajo la protección de María. En esta iglesia vasca, en medio de las sombras de la noche, ¡qué sentimientos de agradecimiento, qué santos deseos, qué instantes súplicas debieron exhalarse al pie de la milagrosa estatua! En 1554 se acordará todavía de las gracias recibidas en aquella vigilia.(4)

Llegado el día, los viajeros volviendo sobre sus pasos hacia el noroeste se dirigieron a Oñate, donde una de sus hermanas se encontraba entonces, sin duda en casa de los Araoz. Hasta esta casa amiga siguió a Iñigo la malsana curiosidad de sus parientes; tanto más cuanto que no dejaron de notar, que tenían delante un hombre nuevo. Aranzazu y el Duque de Nájera pudieron servir de diversión muy natural al peregrino que no quería revelar su secreto.

Después de la despedida, éste, al apartarse de sus huéspedes y dejar a su hermana en la casa de los Araoz, tomó el camino de Navarrete. (5)

Sea que haya ido por Vitoria, o directamente al sur por Salvatierra, tuvo la ocasión de recordar, al pasar por esta tierra de Alava, los combates librados en abril de 1521 cuando estaba al lado de Juan Manrique de Lara. Después por la Guardia, al este, caminó hacia la Rioja a la que debió entrar por entre Cenicero y Fuente Mayor, cortando allí el camino real de Haro a Logroño, a una media legua escasa de Navarrete.

Esta pequeña ciudad era un regalo hecho a los Manrique por el Rey Juan Primero de Castilla en 1380. El antiguo castillo, edificado por Alfonso VIII, servía de palacio al Duque. Cuando Iñigo se presentó, Antonio Manrique estaba en Nájera. De un galope el antiguo *mesnadero* del Virrey de Navarra hubiera podido franquear las tres leguas que le separaban de su señor; pero juzgó el viaje inútil. ¿Para qué? En aquella villa de Nájera que en otro tiempo había ayudado a reconquistar al Duque, ni las fortalezas levantadas en la montaña, ni el Viejo Alcázar le interesaban ya; todo aquel pasado, no obstante tan cercano, había quedado definitivamente atrás. Sin duda, sólo Santa María la Real, magnífica Colegiata recientemente acabada, tenía un lugar en su memoria, con aquel panteón real (6), en donde bajo las piedras sepulcrales guardadas por los hijos de San Benito dormían los soberanos y los infantes de Navarra; las cenizas frías de los príncipes desaparecidos para siempre, le repetían la vanidad de las cosas humanas. ¿Qué hubiera podido decir al Duque de Nájera: *sic transit gloria mundi*? Ciertamente, no le hubiera faltado valor para espetar semejantes discursos; pero quería absolutamente guardar secreta su resolución de una vida nueva. Se contentó, pues, con entregar a los subalternos, quienes la harían llegar al tesorero del Duque, una cédula pidiendo el salario que se le debía. Advertido por el tesorero, el Duque Antonio respondió que aunque estuviera escaso de dinero siempre lo tendría para Loyola, y en atención al crédito adquirido en el pasado con todo gusto daría a Iñigo *"un buen puesto"* si quisiera aceptarlo (7). Iñigo pensaba menos que nunca en una fortuna terrestre; ya no quería ser más que soldado de Cristo. Por carta, o por medio del mensajero que le llevó aquellos ofrecimientos amables, debió dar las gracias al Duque por su bondad. De los ducados recibidos hizo dos partes: una que

distribuyó entre ciertas personas hacia las cuales se sentía obligado; la otra la reservó para ofrecer limosna a una Imagen de Nuestra Señora en la iglesia de Navarrete probablemente, o en una ermita vecina. La Imagen estaba en mal estado, e Iñigo dejó la suma necesaria para *"adornarla bien"*. Después, despidiendo a sus dos criados, partió solo, montado en su mula, de Navarrete rumbo a Montserrat. (8)

De Navarrete, Iñigo pasó a Logroño para seguir el camino real. Sin duda al atravesar aquel valle del Ebro, en donde las tropas mandadas por el Duque de Nájera habían comenzado a rechazar la invasión francesa, le volvió el recuerdo de los trágicos días de Pamplona. . . ¡Qu¿ lejos estaba todo eso! ¡Qué otros combates deseaba ahora! ¡Cómo el horizonte de Antonio Manrique de Lara, relegado a sus tierras por el capricho de un príncipe, le parecía estrecho, bajo y triste!

*

* *

El caballero por aquellos caminos solitarios, recibió de Dios preciosas iluminaciones. Estaba todavía, nos dice él mismo, *"muy ciego"* en las cosas espirituales; pero tenía *"un generoso deseo de servir al Señor en todo lo que él pudiera."* Sus pecados pasados le causaban gran horror y quería hacer penitencia de ellos. (9) Desde aquel día, tomó la costumbre de disciplinarse todas las noches. Sin embargo, estas rigurosas prácticas de mortificación, no tenían de ninguna manera por fin obtener el perdón divino de sus faltas, u ofrecer una justa satisfacción; Iñigo pretendía agradar a Dios, mostrarle un ardiente amor y rivalizar con los santos. (10) El soldado de otro tiempo, con su ambición de igualar a los mejores y de señalarse en proezas, había cambiado de milicia pero no de temperamento; soñaba siempre con hazañas, pero en ese campo de la lucha cristiana del que el *Flos Sanctorum* le había revelado las magníficas perspectivas. Y porque había sido frecuentemente vencido por el demonio de la lujuria, en aquel mismo camino, en un día y en un lugar que ignoramos, hizo a Dios, por la mediación de María Santísima, voto de perpetua castidad. (11)

"Mientras que proseguía su camino (hacia Montserrat), *fue alcanzado por un moro que cabalgaba en su mulo; y compañeros de viaje, durante la conversación acertaron en hablar de Nuestra Señora."* El moro manifestó su opinión de que la concepción de Jesús era obra divina; pero que no podía creer que María hubiese permanecido virgen después del parto. *"Y alegaba todas las objeciones que le venían al espíritu sin querer convencerse de lo contrario, a pesar de las numerosas razones que le daba el peregrino."*

Acabaron por separarse y el moro, picando espuelas, *"tomó la delantera con tanta velocidad que bien pronto se perdió de vista."* Iñigo mientras tanto era presa en su interior de pensamientos contrarios; le parecía que *"había faltado a su deber"*; estaba *"descontento de sí mismo"*, *"indignado de los propósitos del musulmán"*; jamás un cristiano como él hubiera debido tolerar un lenguaje tan contrario al honor de la Madre de Dios. Pero ¿no sería todavía tiempo de vengar a la Virgen corriendo tras el blasfemo, y castigando su temeridad con algunas estocadas bien dadas? Largo tiempo Iñigo deliberó *"y al fin quedó indeciso sin saber a qué estaba obligado."* El moro le había dicho el término de su viaje, una villa situada en la misma dirección de Montserrat, pero un poco apartada del camino real. Para salir del apuro de aquel caso de conciencia que no sabía resolver, Iñigo tomó el partido de dejar ir a su mula como quisiera, con la rienda al cuello hasta el lugar en donde se bifurcaban los caminos; si la mula se dirigía hacia la villa entonces él perseguiría al moro y le daría una puñalada; si por el contrario la mula seguía el camino real, dejaría entonces al moro tranquilo. La villa no estaba sino a unos treinta o cuarenta pasos y el camino que conducía a ella era bueno y muy ancho. La mula, sin embargo, continuó por el camino real, e Iñigo vió en aquel hecho una indicación de la Providencia y dejó en paz al incrédulo. (13)

Una vez salido de Logroño y siguiendo siempre la margen derecha del Ebro (14), el peregrino pasó por Calahorra y Alfaro, al sur de Navarra, atravesó enseguida Tudela y Cortés y luego por Mallén y Pedrola llegó a Zaragoza, capital de Aragón. En otro tiempo hubiera visitado con curiosidad el palacio real de donde había salido el Príncipe Fernando para casarse con Isabel la Católica y comenzar un reinado glorioso de cuarenta años. Hoy piensa en que el heredero de una raza ilustre, el señor poderoso de las Españas, había muerto en una

casita rústica, en una aldea oscura de Extremadura y en que sólo el imperio de Dios no tiene fin.

En Lérida, cuyo fuerte estaba plantado sobre un pico como un centinela, el caballero tocó por fin la tierra catalana. En Igualada, sobre el camino real que continúa hacia Barcelona, se bifurca el camino llamado de Santa Cecilia, que siguen los peregrinos de Montserrat. Antes de entrar por aquel sendero empinado, Iñigo hizo un alto. Hacía quince días que cabalgaba y había caminado cerca de ochenta leguas; Montserrat estaba a la vista, con su silueta que parecía haber sido aserrada. En las aldea de Igualada abundaban las fábricas de telas ordinarias. Para su peregrinación a Jerusalem, Iñigo compró esa tela (15) de que se hacen ordinariamente los costales y se hizo confeccionar una túnica larga hasta los pies; compró también un báculo, una calabacilla y un par de espadrillas. Amarró aquel equipaje precioso *"en los arzones de la silla"* y continuó su camino hacia Montserrat. (16)

¿Qué iba a hacer allá? Nada había determinado aún. Pero su resolución fue tomada rápidamente. Según cuenta él mismo, como *"su espíritu estaba lleno aún de Amadís de Gaula"* y de recuerdos de las novelas de caballería, decidió *"velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, delante del altar de Nuestra Señora de Montserrat; allí resolvió dejar sus ropas de soldado y vestir la librea de Jesucristo"*. (17)

Iñigo llegó a Montserrat el 21 de marzo de 1522.

*

* *

Fue mediando el siglo VI cuando un discípulo de San Benito fundó al pie de Montserrat un monasterio que bien pronto se rodeó de casas. También por entonces los monjes comenzaron a edificar, próximas a los más altos picos, algunas ermitas donde vivían en soledad. En una de tantas incursiones de los moros, el Obispo y los gobernadores de Barcelona vinieron a ocultar en una de esas ermitas la estatua de Nuestra Señora venerada antes en la iglesia edificada por el Santo Obispo Paciano. Era en 718. El descubrimiento de la Santa Imagen en 880 dio ocasión a la erección de una primera capilla en aquellas alturas; algunas monjas se establecieron allí después. Cuando éstas se trasladaron a

Barcelona, en el siglo X, los hijos de San Benito las sucedieron. Constituida primero en Priorato dependiente de la célebre abadía catalana de Ripoll, Montserrat no fue elevada a Abadía sino hasta el principio del siglo XI. Entre los abades que la gobernaron ninguno ha dejado huellas tan profundas ni tan venerables como don Francisco García de Cisneros, (18) constructor, reformador, organizador y asceta. Su recuerdo queda aún vivo en la Santa Montaña. Montserrat le debe sus claustros, su regla, su *"escolania"*, su imprenta y el famoso *Ejercitatorio* del que volveremos a hablar. Cuando Iñigo llegó a la Abadía como peregrino hacía apenas doce años que aquel gran hombre había muerto.

Llegado al monasterio, Iñigo buscó ante todo un confesor. Sabemos con toda certeza que se dirigió a Fray Juan Chanones. Este francés, nativo de una aldea vecina de la ciudad de Mirepoix, fue primero un sacerdote secular en su diócesis. Mientras que estaba de vicario de la Catedral de Mirepoix tuvo ocasión de hablar con un hermano limosnero de Montserrat, quien le contó las maravillas de su monasterio. De aquella conversación Chanones quedó con grandes deseos de ver por sus propios ojos aquel lugar de bendición. Apenas llegado, fue admitido por el Abad, volvió sin embargo a Mirepoix para arreglar sus asuntos y renunciar a su beneficio y tomó el hábito de Montserrat el 7 de marzo de 1512; tenía 32 años. Fue un monje observante de su regla, pobre en sus vestidos, amigo de las austeridades, paciente en el sufrimiento, admirablemente obediente, fiel en la oración y muy devoto de la Sagrada Eucaristía. Sucesivamente mayordomo, maestro de novicios, prior de diversos monasterios, durante largos años estuvo en Montserrat como confesor de los peregrinos. Murió el 16 de junio de 1568 la víspera de la fiesta del Santísimo Sacramento. Tal fue el primer padre espiritual de Ignacio de Loyola: el benedictino francés Juan Chanones. (19)

El peregrino nos cuenta (20) que *"después de haber hecho oración y tratado con su confesor, le hizo por escrito una confesión general que duró tres días"*. Después de la cual *"la víspera de Nuestra Señora de Marzo llegada la noche, buscó lo más secretamente que pudo a un pobre, se despojó de sus vestidos"* y se los dio para revestirse como él deseaba con un *"sayal de penitencia"*, aquel que había comprado en Igualada. Después se fue a poner de rodillas delante del

altar de Nuestra Señora y allí *"ora de esta manera, ora de pie, con el báculo en la mano pasó toda la noche"*. (21)

El baño, la velada, la confesión, la comunión, la bendición y la entrega de la espada, tales eran las ceremonias y ritos con los que se hacía la creación de un nuevo caballero. En el alma de Iñigo, purificada por la absolución y llena de los más fervientes deseos de perfección cristiana, los recuerdos de la caballería y los del misterio de la Encarnación del que se celebra el aniversario el 25 de marzo, se amalgamaban maravillosamente. El Verbo de Dios para conquistar al mundo había secretamente bajado a la humildad de la carne por medio de una virgen que no quería ser sino la sierva del Señor. El, pues, que deseaba imitar a Jesucristo y ser dócil al soplo de su gracia para un nuevo y todavía misterioso destino, pero del que sólo el Evangelio sería la ley. ¡Qué bien se encontraba allí, en la obscuridad de aquel santuario, a los pies de Nuestra Señora, vestido como un pobre viajero desconocido por la tierra y donde ya no tenía morada fija!. Las armas que en otro tiempo causaban su vanidad y por las cuales había querido en las batallas adquirir un renombre, las entregó a Fray Juan Chanones, para que las colgara como un exvoto en la capilla de la Virgen, cuando hubiera salido de Montserrat. En adelante ya no quería otras armas que el escudo de la fe, el casco de la salvación, la espada del espíritu de Dios. Y en su oración ardiente suplicaba a María le ayudase a revestirse de la armadura de los cristianos que es Cristo.

Siempre guardó Ignacio el secreto del misterio de aquella noche bendita. Ninguno de sus confidentes, ni siquiera el padre González de Cámara, supo nada de ella. Para entrever lo que pasó en la vela de las armas del nuevo soldado de Jesucristo, no tenemos otra luz que la conmovedora meditación de la Anunciación, en el libro de los *Ejercicios espirituales*. Esta meditación debió comenzar en Montserrat en la noche del lunes 24 al martes 25 de marzo de 1522.

"El 25 apenas despuntó el día el peregrino partió para no ser conocido y se fue no por el camino directo de Barcelona, por donde podría encontrar algunas personas que lo conocieran y honraran, sino por una senda desviada hasta un lugar que se llama Manresa. Se proponía permanecer allí durante algunos días en

un hospital y anotar algunas cosas más en su cuaderno del que no se separaba y le había servido de gran consuelo." (22)

Según estas palabras que son del mismo santo, en Manresa no había de hacer sino una corta estación, destinada a facilitar sus escritos y propia para ocultarle por algún tiempo a las miradas de los hombres. ¿Temía encontrar en el camino de Barcelona el suntuoso cortejo de Adriano de Utrecht, elegido Papa, que pretendía atravesar Navarra y Cataluña para ir al puerto en donde debía embarcarse para Roma? (23) Es muy posible. El antiguo preceptor de Carlos V había tenido noticias en Vitoria, el 8 de febrero de 1522, de que los Cardenales del Cónclave lo acababan de elegir para ocupar el trono de San Pedro. El 8 de marzo firmó su aceptación definitiva; el 12 salió de Vitoria, el 14 fue recibido como huésped en Nájera por el Duque Antonio Manrique de Lara, el 24 llegó a Calahorra. Los monjes de Montserrat, debían conocer con todos sus detalles aquel extraordinario viaje que había excitado la curiosidad de todo el país. Chanones sin duda lo dió a conocer a Iñigo de Loyola, que desde aquel momento no pensó más que en desaparecer para evitar el encuentro de la nobleza de Navarra que venía en el cortejo de Adriano VI.

De hecho el nuevo Papa llegó a Zaragoza el 28 de marzo donde permaneció hasta el 11 de junio y no se embarcó en Barcelona sino hasta el 6 de agosto. Si, como es creíble, Iñigo se interesaba en aquellos sucesos, no creyó sin embargo conveniente que él a su vez se pusiera en camino para Roma. Había proyectado no quedarse en Manresa sino unos cuantos días; y se quedó diez meses. La Providencia quería que Manresa fuera verdaderamente su patria espiritual; allí se formará el alma nueva de la que irradiará la vida admirable de un santo y de un fundador de Orden.

*

* *

Cuando Ignacio llegó la mañana del día de la Anunciación, 25 de marzo de 1522, Manresa era una pequeñita ciudad de cerca de 2,000 habitantes, pero no sin un carácter peculiar. (24)

Más aún que ahora, las riberas del río Cardoner merecian el nombre poético de *Valle del Paraíso*. En las cercanías del puente viejo, las habitaciones

eran raras, todo estaba cubierto de jardines, tapizando con su verdura el vallecito entero, hasta las rocas y grutas que dominan el río y la estrecha meseta que aún ahora se llama el *Balcón de San Pablo*.

Sede de un obispado hasta el siglo nono, Manresa perdió esa categoría en 888 por una Bula que la unió a Vich, pero conservó su Colegiata bajo la autoridad de un Preboste. Y las iglesias y las capillas se agrupaban en torno de la *Seo*, (25) a modo de rico collar; capillas de Santa Catarina, de San Bartolomé, de Santa Susana, iglesias de San Martín y de San Miguel. Vecinos de Montserrat, habituados durante siglos a visitar como peregrinos el Santuario, los manresanos no podían menos de ser devotos de la Virgen. La *Seo*, está dedicada a ella; es una magnífica iglesia del siglo XIV, pero sus esplendores no bastaron para agotar la devoción de los cristianos de Manresa. A cada paso edificaban oratorios a Nuestra Señora: Nuestra Señora del Claustro, dependiente del Claustro de la *Seo*, cerca de la puerta de Urgel; Nuestra Señora de Valdaura, cerca del hospital de Santa Lucía; Nuestra Señora del Pueblo, cerca de la puerta de Sobrerrocha; Nuestra Señora del Romey, cerca del puente viejo; Nuestra Señora de la Guía; y en los alrededores de la ciudad, Nuestra Señora de Joncadella, Santa María de la Guardia, Santa María de Monistrol, Santa María de Plano, Santa María de Mataderch, y para acabar con un nombre que volverá a aparecer en esta historia, Nuestra Señora de Villadordis.

Los conventos no faltaban tampoco en la piadosa ciudad. En el lugar del castillo edificado por Recaredo se habían establecido los Carmelitas desde 1308, y su iglesia era la sede de una Cofradía de la Santísima Trinidad muy próspera. Otra Cofradía del Rosario florecía en la iglesia de los Dominicos. Los Cistercienses ocupaban desde 1459 la casa llamada de San Pablo Ermitaño. Cerca del puente viejo se levantaba una casa para enfermos al lado de la capilla de San Marcos y de Santa Bárbara en la que tenía su sede la Cofradía de los Blanchers, finalmente el hospital de Santa Lucía estaba particularmente reservado a los pobres y enfermos extranjeros, la capilla contigua pertenecía a la Cofradía de los albañiles y los talladores de piedra.

Los magistrados de la ciudad tomaban a la letra la definición que da el Apóstol de un buen gobierno: ministro de Dios para lo bueno. Sostenían a perpetuidad ante la Virgen del Rosario en la iglesia de los Dominicos un grueso

cirio encendido. Cuando la peste amenazaba la ciudad como sucedió en la primavera de 1522, determinaron enviar a un Fray Julián del Convento de los Carmelitas *"al glorioso Monseñor Santiago de Galicia"*con el fin de obtener la preservación de aquella plaga y decidieron que se haría una solemne procesión de *"niños descalzos y niñas sin velo en la cabeza"*; y que además, *"los concejales y algunos de los principales de la ciudad"* acompañarían a los peregrinos de Compostela hasta Nuestra Señora de Montserrat, donde ofrecerían siete cirios de tres libras cada uno en honor de los siete gozos de la Virgen. En esta ciudad cristiana el alcalde hacía saber a sus administrados que su primer deber era *"honrar y reverenciar a Nuestro Señor Jesucristo, a la Gloriosa Virgen Señora Santa María, su Madre bendita, así como a todos los santos"* y la violación pública de los mandamientos de Dios era castigada por una multa. (26)

Tal es el cuadro en el que va a desarrollarse la existencia de Iñigo en los momentos en que acaba de poner bajo la protección de Nuestra Señora de Montserrat, su proyecto de vivir conforme al Evangelio.

El sayal de que se revistió para velar las armas ante el altar de Nuestra Señora, no es para él un vestido de ceremonia, que se ha de dejar después del oficio. No tiene más que esa túnica. Aquel pobre diablo a quien Iñigo dió sus vestidos de gentilhombre fue sorprendido por la policía con aquel aparato suntuoso que le caía muy mal y se hizo sospechoso de robo. Para defenderse denunció a su bienhechor. Sin traicionar su nombre y sus orígenes Iñigo explicó el caso en pocas palabras. Y mientras que el mendigo contentísimo se vistió de nuevo el magnífico vestido, el antiguo paje del Duque de Nájera, volvió a Manresa en su hábito de penitencia. En otro tiempo se había mostrado muy cuidadoso de todos los detalles de su vestido; lo sabemos por él mismo. Pero en Manresa andaba sin sombrero, la barba y los cabellos hirsutos que nunca peinaba ni cortaba; tampoco se cortaba las uñas; caminaba descalzo del pie izquierdo, porque el pió derecho todavía enfermo lo llevaba vendado y calzado con una sandalia. (27) A su vista los muchachos lo miraban divertidos y entre mofas y risas lo señalaban con el dedo cuando pasaba gritándole: *"el hombre del saco"*. El saboreaba con delicia aquellas burlas infantiles.

Iba de puerta en puerta mendigando por amor de Dios su alimentó de cada día, pero no aceptaba ni carne ni vino. (28) Como el Hijo del Hombre, no tenía

para descansar sino un portal prestado. Los primeros días pidió un rincón en Santa Lucía, el hospital de los extranjeros. Durante una enfermedad grave, y ésta no tardó en venir dada la vida espantosamente dura del peregrino, fue hospitalizado en casa de los Canyelles. La compasión de sus huéspedes y la intervención de algunas buenas almas movidas por su miseria y su virtud lograron conseguirle una celda en el priorato de los Dominicos. (29) Allí fue su domicilio de día y de noche durante la mayor parte de su estancia en Manresa; a menos que no estuviese detenido en Santa Lucía por el cuidado de los enfermos, o en la cueva por un deseo de penitencia y de oración solitaria, o en nuestra Señora de Villadordis por devoción a la Virgen. Pero de todas maneras no tenía otro techo que el que podía obtener de la caridad de los hombres y de la providencia de Dios.

Su vida de oración era admirable. Desde el primer día tomó la costumbre de asistir todos los días a la Misa, a las vísperas y completas de la *Seo*, en donde los canónigos regulares cantaban el oficio. Cuando vive en el priorato de los Dominicos, tiene la facilidad y se aprovecha de ella de levantarse de noche, para asistir a los maitines. El mismo confiesa que sin saber una palabra de latín tenía gusto por la salmodia, y el canto sagrado llenaba su alma de consuelo; (30) mientras tanto recitaba particularmente las horas de Nuestra Señora, en el librito que llevó de Loyola. (31)

Esta abundancia de oraciones vocales no agotaba su fervor.

Daba siete horas a la oración mental que hacía siempre de rodillas. (32) La lectura de los libros de piedad completaba aquel régimen espiritual. Descubrió en Manresa el librito de la *Imitación de Jesucristo*, que no conocía hasta entonces y al cual se aficionó para toda su vida, hasta el punto de tenerlo por único libro. (33) ¿Leería también el *Ejercitatorio de Cisneros* y otros libros como el *Flos Sanctorum* y el de Ludolfo? Es probable; no lo ha dicho, pero tampoco ha dicho lo contrario por lo menos claramente. En todo caso releía su cuaderno de extractos hechos en Loyola, y añadía en él algunas cosas. Tendrá hasta el fin de su existencia la costumbre de anotar brevemente las luces que Dios le daba y sus reflexiones esenciales en materia ascética. El cuaderno de Loyola sirvió para esta especie de diario y de allí saldría el libro de los *Ejercicios Espirituales*.

Cuando iba por la ciudad era para ocuparse en las cosas de Dios o en el cuidado del prójimo. Mendigaba para los enfermos y los cuidaba por sus propias manos en Santa Lucía, sin jamás encontrar nada en esto de repugnante, ni cuidar de sus propias fuerzas. Catequizaba a los niños que encontraba. Hablaba de Dios a las almas buenas que iban a buscarle al hospital para aprovecharse de sus luces e inflamar su celo; (34) los exhortaba a frecuentar los sacramentos y él mismo se confesaba y comulgaba todos los domingos. (35)

¿Quién era su confesor? No podemos determinarlo con toda certeza. El habló a González (36) de un *"doctor de la Seo, hombre muy espiritual que allí predicaba."* Quizás con estas palabras designa al canónigo teologal que por sus funciones estaba encargado de las predicaciones ordinarias en la Colegiata; era en 1522 el canónigo Juan Boutabi. Otros pasajes de las confidencias hechas a Cámara, hacen pensar que Iñigo se confesaba a veces con un Dominico del convento en donde tenía su celda. La tradición dominicana subsiste y algunos autores designan a este confesor a quien llaman el Prior Guillermo Pellaros. Según los papeles del convento el prior de 1522 era el padre Bartolomé Bienayant; (37) pero este error de nombre no debilita la substancia del hecho. Por su parte los Benedictinos han repetido en el curso de los siglos que de Manresa Iñigo subía a Montserrat para buscar a Fray Juan Chanones y recibir sus preciosos consejos. A priori esto es muy verosímil, y hay para apoyar la tradición benedictina muy buenas razones. (38)

No parece que Iñigo haya escogido desde el principio un confesor unico. Quizás las mismas circunstancias dolorosas que rodeaban lo que Laínez llamó la *"infancia espiritual"*del peregrino de Manresa hacen creer que en los apuros de su alma, Iñigo pedía socorro a todas las puertas que le parecían benévolas.

*

* *

En los primeros días de su conversión en Loyola, Iñigo no tuvo ninguna angustia que turbara la paz de su conciencia. Con la plena voluntad de servir a Dios el gozo le sobreabundaba. (39) Pero en Manresa desde el principio fue tentado. Presentábase a sus ojos en pleno día y muchas veces un espectáculo extraño: veía algo así como una serpiente llena de ojos, sin poder distinguir no

obstante lo que aquello era, pero su alma sentía inundarse de una delectación dulcísima que desaparecía al desaparecer el misterioso objeto y que se renovaba y aumentaba con la frecuencia de la aparición. (40) Y en la misma época un vehemente pensamiento lo asaltó de pronto cuando cierto día iba a entrar en la iglesia donde tenía costumbre de asistir a la misa cotidiana. Era como si oyese en el fondo de sí mismo una voz que le decía *"¿cómo vas a soportar una vida tan dura como la que llevas, durante los setenta años que vas a vivir?"* Desde el primer instante Iñigo reconoció al enemigo y *"le respondió interiormente con gran fuerza: miserable ¿puedes acaso tu prometerme siquiera una hora de vida?"* Y la tentación fue vencida y le volvió la paz. (41)

Pero no tardó en turbarse de nuevo. (42) El peregrino *"comenzó a experimentar grandes variaciones en su alma."* A veces *"no encontraba gusto ni en la oración, ni en oír la santa misa"*, ni en ningún otro ejercicio de piedad. Ciertos días por el contrario, todas esas impresiones penosas caían súbitamente como una capa que se hubiera deslizado de sus hombros. Desconcertado por este fenómeno, que verificaba en sí por vez primera, aquel principiante de la vida interior se maravillaba y se preguntaba: ¿qué cosa nueva es ésta?

No se cansaba sin embargo de *"conversar con personas espirituales que le tenían en estima y deseaban tratar con él."* Pero no sacaba nada en limpio; sólo que en *"su conversación mostraba mucho fervor y una gran voluntad de ir adelante en el servicio de Dios."* Y por eso sin duda una mujer vieja y devota, conocida como sierva de Dios en toda España y consultada a veces por el Rey Católico, habiendo tenido ocasión de encontrar al peregrino de Manresa le dijo: *"plegue a mi Señor Jesucristo que se os quiera aparecer algún día."* Y él tomando la expresión a la letra, quedó muy sorprendido: *"¿cómo,* pensaba*, Jesucristo podría aparecérseme?"* (43).

En esta exclamación íntima de Iñigo se traducía la duda de que jamás pudieran acaecerle tales favores divinos. Y se comprende muy bien, si se lee la serie de sus confidencias. El recuerdo de sus pecados engendraba en su alma mil escrúpulos. (44) Y se preguntaba si, en su confesión general de Montserrat, había declarado tales o cuales faltas; y a pesar de que renovaba esa confesión cada semana en Manresa, quedaba siempre inquieto. *"Comenzó, pues, por*

buscar hombres espirituales capaces de curarlo; pero nada le ayudaba" a salir de sus angustias de conciencia. *"Por fin un doctor de la **Seo**, hombre muy espiritual, que predicaba allí, le dijo un día, en la confesión, que pusiera por escrito todo aquello que le recordara su memoria. El lo hizo así y siempre, sin embargo, después de la confesión le volvían los escrúpulos."* A medida que encontraba esas dificultades se enredaba en ellas más y más. Y a pesar de que entreveía el daño que resultaba de eso para su alma, no podía romper aquella red de ilusiones que lo envolvía.

En ciertos momentos le parecía que el remedio eficaz consistiría en que su confesor le hiciese una prohibición formal de revolver tales recuerdos en su mente. Pero no se atrevía a declarar eso al confesor. (45) Un día y por sí mismo el confesor le ordenó que no volviese a pensar en lo pasado a menos que se tratara de un pecado manifiestamente no acusado. Como el pobre penitente creía ver con toda claridad que no había confesado aquellas faltas en cuestión, *"la orden no te hizo provecho alguno y quedó siempre turbado."* (46)

Aquello duró *"muchos meses."* Cierto día, el tormento era tan grande que el peregrino se puso de rodillas, y con todo el fervor de su alma y toda la fuerza de su voz, comenzó a gritar: *"Señor, socórreme porque no encuentro remedio alguno entre los hombres; ¡ah! si yo pudiera encontrarlo nada me costaría; muéstrame, Señor, tú mismo dónde está el remedio, así fuera necesario ir siguiendo a un perrito que me condujera al remedio, yo iría."* (47) En medio de estos pensamientos contrarios que le agitaban durante esta larga prueba *"muchas reces tuvo vehementes tentaciones de precipitarse por una gran abertura que había en su cuarto"* en el convento de Dominicos, *"cerca del lugar en donde hacía oración; pero sabiendo que el suicidio está prohibido gritaba en alta voz: ¡Señor, yo no haré cosa que os ofenda."* Y renovaba frecuentemente esta protesta. (48)

"Vínole al pensamiento que podría imitar a un santo quien, deseoso de obtener del cielo una gracia, permaneció muchos días sin tomar alimento" hasta que Dios escuchó su oración. Después de haber reflexionado en esto por *"un buen espacio de tiempo"*determinó no comer ni beber hasta que el Señor viniera en su socorro, o por lo menos hasta el momento en que sintiera su vida en peligro. Tomó aquella decisión un domingo después de la Misa en que acababa

de comulgar; y por toda la semana perseveró en aquel ayuno, sin omitir no obstante, ni el levantarse de noche, ni su asistencia a los oficios, ni mis oraciones acostumbradas. El domingo siguiente manifestó su conducta a su confesor, el cual le ordenó que comiera. El se sentía todavía fuerte, obedeció sin embargo y durante dos días desaparecieron sus escrúpulos. *"El martes estando en oración comenzó a acordarse de pecados,"* todos se le aparecían uno tras otro como los eslabones de una cadena, y *"le parecía que estaba obligado a confesarlos otra vez más."* Mientras que agonizaba en esta lucha le vino un disgusto extraordinario de la vida que llevaba y se sintió tentado a abandonar todo. Sin embargo, fue en ese momento cuando *"el Señor quiso que se despertara como de un sueño."* Como ya tenía alguna experiencia de las mociones del espíritu, *"comenzó a ver"* por qué camino le habían venido aquellos escrúpulos; y resolvió *"en medio de una gran luz"* no volver a confesar sus faltas pasadas; *"desde entonces quedó libre de sus angustias de conciencia, y tuvo por cierto que Nuestro Señor lo había querido libertar en su misericordia."* (49)

Aquellas turbaciones profundas, aquellos ayunos, aquellas austeridades, aquellos rigores de toda especie, hubieran quebrantado la salud del hombre más robusto. En una época que no podemos precisar pero que debió probablemente coincidir con los primeros calores del estío, Iñigo cayó gravemente enfermo. La fiebre era alta hasta el punto de creerse en artículo de muerte; *"claramente*, dice él mismo, *veía que su alma iba a salir de su cuerpo."* Y en aquel estado le vino la reflexión de que su alma era justa y agradable a Dios. Pero tan pronto como hizo aquella reflexión comenzó a atormentarle una especie de presunción orgullosa, y hacía mil esfuerzos para arrojarla de sí, con el recuerdo de sus pecados. Sin embargo el pensamiento se obstinaba en su mente, a pesar de todos sus esfuerzos contrarios; y aquello le fatigaba más que la misma fiebre que le devoraba. Pero como bajase la calentura tuvo conciencia de que la muerte no estaba tan cercana, y como estaba rodeado de algunas señoras que habían venido para visitarlo, les rogó que otra vez si le vieran ya en la extremidad de la vida, tuviesen la caridad de gritarle al oído que era un gran pecador y que no debía olvidar las ofensas de que se había hecho culpable. (50) Estas confidencias de Iñigo son reveladas por testimonios de los manresanos, que en perfecto acuerdo precisan hasta las circunstancias.

Entre los lugares predilectos por la devoción del peregrino es preciso contar el oratorio de Nuestra Señora de Villadordis. Allí se le encontró un día sin conocimiento. Las señoras que se dieron cuenta del suceso fueron a buscar socorro. Algunos hombres llegaron y condujeron a Iñigo al hospital de Santa Lucía, en donde se le prodigaron algunos cuidados. El jefe de la familia Amigant juzgando que el estado del enfermo reclamaba más atenciones lo hizo transportar a su casa. Allí pasó largos días rodeado de la veneración y de las atenciones de todos; el enfermo se puso muy malo, dicen los testigos, (51) y fue entonces sin duda cuando pasó en el fondo de su alma la escena íntima que acabamos de contar.

*

* *

"La infancia espiritual" de Iñigo terminó con sus tormentos de escrupuloso. Una vez restablecida su paz. Dios le condujo por otros caminos. Los hombres no le habían sido hasta entonces de gran socorro; pero lo serán aun menos en el porvenir. El Señor que veía en aquella alma ardiente el deseo intenso y la firme voluntad de un servicio generoso, se dignó instruirle como lo hace *"un maestro de escuela."* Esta expresión es del mismo Iñigo.(52) Se llenaba de confusión siempre que recordaba aquella bondad condescendiente con la ignorancia de un espíritu sin cultura. Nunca en la vida dudó que el *"Padre de las luces,"*hubiera sido su conductor entonces; creía *"ofender a la Majestad Divina"* (53) si dudara simplemente de aquella bienhechora Providencia.

Para saber cómo y hasta qué punto, Dios iluminó la inteligencia de aquel soldado sin letras y de aquel penitente aún novicio en la ascética cristiana, no hay más que escucharle a él mismo. Ninguno podría hablar más exactamente.

"Tenia una grande devoción a la Santísima Trinidad; y así hacia una oración cada día a cada una de las tres personas Divinas y, además, una cuarta oración a la Santísima Trinidad; y muchas veces se preguntaba por qué hacía eso, y la cuestión no dejaba de producirle alguna inquietud sin que no obstante diera a esto mucha importancia. Pero un día recitando las horas de Nuestra Señora en las escaleras del Monasterio de los Dominicos, su entendimiento comenzó a elevarle y fue como si viera a la Santísima Trinidad bajo la forma de tres teclas de

órgano. A este espectáculo se deshizo en lágrimas y estalló en sollozos sin poder dominarse. Y como pasara una procesión, unióse a ella, pero fue incapaz de contener sus lágrimas sino hasta la hora de comer. Por la tarde no tenía en los labios otra cosa que a la Santísima Trinidad; y no podía excusarse de hablar de ella; y lo hacía con una gran abundancia de comparaciones muy diversas, mientras que mi alma estaba llena de gozo y consolación. Y desde aquella fecha data la impresión de su grande devoción que ha sentido toda su vida en orar a la Santísima Trinidad." (54)

Iñigo añade en su dictado al Padre González de Cámara: *"Una vez se le representó como Dios había creado al mundo. Le parecía ver una masa blanca de la cual salían rayos y de donde Dios sacaba la luz. Pero no podría explicarse más sobre esto; no tiene un recuerdo preciso de los conocimientos espirituales que Dios le imprimió en su alma en aquella ocasión"*. (55) Otro día que estaba en la iglesia de los Dominicos y *"asistía a la misa, en el momento en que se eleva el Cuerpo del Señor, vio con los ojos interiores una especie de rayos blancos que venían de arriba; y aunque después de tan largo tiempo no pueda bien explicar su pensamiento, sin embargo entonces penetró claramente con su inteligencia como Jesucristo Nuestro Señor estaba en el Sacramento."* (56) *"Muchas veces y durante mucho tiempo, estando en oración, vio con los ojos interiores la humanidad de Jesucristo sin distinguir sus miembros. Si dijera que lo ha visto veinte o cuarenta veces no se atrevería a pensar que era una mentira." "Nuestra Señora también fue vista por él en semejante forma, sin distinción de miembros."* (57)

Y aquellas visiones interiores le confirmaron de tal manera en la fe, *"que muy frecuentemente se ha dicho a si mismo que si no existieran las Sagradas Escrituras, no obstante estaría determinado a morir por aquellas verdades católicas, nada más en fuerza de lo que había visto."* Estas palabras son sumamente significativas en los labios de un hombre tan reservado y tan humilde; levantan un poco el velo que cubre el misterio de las operaciones divinas en la inteligencia del siervo de Dios; explican por qué en sus deposiciones, los manresanos hablan de los éxtasis frecuentes de Iñigo.

"Yo vi frecuentemente al Padre Iñigo ir a la gruta, testifica Pedro Bigorra; (58) *y en tres ocasiones le encontré de rodillas con las manos cruzadas,*

en oración, de tal manera arrebatado que no notó mi presencia, bien que yo le miraba fijamente en el rostro y que hice ruido."

"He oído decir, dijo Margarita Capdepost, (59) *que el Padre Ignacio había tenido santas visiones y éxtasis, cerca del puente viejo,"* junto a la cruz de Nuestra Señora de la Guía, junto a otra cruz, en el Convento de los Hermanos Predicadores, en el Hospital de Santa Lucía y Nuestra Señora de Villadordis.

Iñigo mismo acaba sus confidencias con estas palabras: *"Cierta vez que iba por su devoción a una iglesia que estaba un poco más de una milla de Manresa, por el camino que sigue el arroyo del Cardoner, se sentó frente a ese arroyo que corría profundamente. Y allí los ojos de su entendimiento comenzaron a abrirse. No fué una visión, pero le fue dado a comprender una gran cantidad de cosas, sea espirituales, sea de fe, sea de las letras humanas, y con una claridad tan grande que todo aquello le parecía nuevo. Imposible referir los puntos particulares que le fueron entonces conocidos, tan numerosos eran, bastará decir que recibió una gran luz en su entendimiento. De suerte que si se pusieran juntos todos los socorros que le vinieron de Dios durante su vida y todo lo que ha podido adquirir, en todo esto no le parece haber adquirido tanto como en aquella única circunstancia" de Manresa*. (60)

Aquella iluminación de su espíritu fue tan extraordinaria, *"que le pareció ser otro hombre y poseer desde entonen otra inteligencia de la que antes tenía."* (61) Después de que aquello *"duró un largo rato, fue a ponerse de rodillas ante una cruz, que estaba cerca para dar gracias a Dios. Y entonces se le apareció de nuevo la visión, que había tenido tantas veces antes, de aquella cosa extraña, hermosa y llena de ojos. Pero su esplendor era menor que de costumbre, y comprendió claramente que era el demonio. Frecuentemente, después aquella visión demoníaca se le representaba, pero él con gesto de desprecio, la rechazaba con el báculo, que ordinariamente llevaba en la mano."* (62)

Así se formó de una manera superior y rápida, el Santo escolar de Dios y de Nuestra Señora. Había llevado a Manresa una inmensa voluntad; su vida humilde, sus maceraciones y sus ayunos, sus largas oraciones, los diligentes cuidados prodigados a los enfermos y a los pobres lo hacían un maravilloso espectáculo a los ángeles y a los hombres. Era en aquella piadosa ciudad de Manresa, como una viva encarnación del Evangelio. En sus pruebas interiores

jamás se desmintió, ni por instante, su fidelidad a Dios. Respecto de los hombres, había acudido a ellos sin encontrar mucho remedio y luz; Dios sólo era su supremo recurso y se dirigía a El con toda su alma. El Señor lo sacaba de los abismos y lo hacía subir con El hasta las cimas. Contemplaba con sus ojos admirados la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía, la Virgen, y con aquellas claridades de arriba bajaban a su alma los goces del cielo. Al principio la imaginación domina en sus visiones; las de Cristo y de María son más intelectuales; en cuanto a la operación transformadora de que fue teatro la margen del Cardoner, es de un orden tan superior, que en una vida en la que abundaron los favores divinos Ignacio no experimentó jamás otra cosa igual. Desde aquel momento el horizonte de su vida cambia por completo, un nuevo sol lo ilumina; ni sus lecturas ni sus meditaciones, ni sus oraciones serán las que eran antes de aquella hora bendita. En el triple dominio de las verdades de la fe, del ascetismo cristiano y del saber humano pasó súbitamente a una esfera más elevada y más luminosa. No se reconocía a sí mismo.

Después de esta maravillosa efusión de la sabiduría divina en él, ¿cómo admirarse de que haya podido escribir el libro de los *Ejercicios Espirituales*?

Despulido y rudimentario en su forma este libro es de la mano de un hombre: el Caballero del siglo XVI y el soldado sin letras han dejado en él su huella. Pero su simplicidad es profunda a la manera de las Sagradas Escrituras y la trabazón maravillosa del conjunto, el esplendor de ciertas páginas, la seguridad de las lecciones que da, revelan la inspiración de arriba, que ha guiado la mano del escritor. En la historia de la Iglesia no faltan ejemplos de hombres y de mujeres, que sin haber pasado por la escuela, han hablado de las cosas divinas mejor que los doctores debidamente graduados. Iñigo de Loyola es de ese número. Dios que se comunica cuando le parece, fue su maestro. Y además con la misma asistencia de lo alto el libro fue retocado, completado y ordenado después de Manresa, como lo dice Nadal en términos formales.

Los designios de la Providencia sobre él, lo que hará de él un día, Iñigo lo ignora completamente, si no es que está dispuesto a cumplir toda voluntad de su Señor y soberano; y que mientras espera conocer mejor su destino, irá a Jerusalem en el momento oportuno.

*

* *

El invierno de 1522 fue muy penoso para el peregrino. Extenuado por sus penitencias y sus ayunos, insuficientemente vestido, cayó de nuevo enfermo. Para curarle, la ciudad le puso en la casa del padre de un Ferrer, que fue después un criado de Baltasar de Feria. Allí le cuidaron con gran diligencia; algunas señoras principales de Manresa, por afecto y compasión venían a velarle por la noche. Aun cuando ya estaba restablecido de aquella enfermedad quedó muy débil y con un frecuente dolor de estómago. Así se le obligó a vestirse y calzarse y a cubrirse la cabeza; se le dieron *"dos túnicas pardas de tela ordinaria llamada burel en el país, y una caperuza de la misma tela"* (63).

El sayal de Lérida se quedó en las manos de la familia Canyelles que fue precisamente la que le regaló las túnicas de burel; (64) en 1595 los Canyelles conservaban todavía una parte de aquel sayal como una reliquia, mientras que otra parte pendía como un exvoto en la capilla de Nuestra Señora de Villadordis.

Pero bajo su nuevo hábito Iñigo no cambió de alma; por el contrario más que nunca se dio a la oración, a los oficios de la *Seo*, al Hospital de Santa Lucía, a la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y a los pobres, a las conversaciones espirituales con quien quisiera servir a Dios más de cerca. En la ciudad de Manresa en donde la fe era viva, el apostolado de aquel que en un principio llamaban *el hombre del saco*, y después, *el hombre santo*, fue de los más fructuosos. Más tarde en los procesos de 1595 los testigos dirán haber oído de sus antecesores, que la práctica de los sacramentos, de la mortificación y de la oración recibieron del Padre Ignacio notable aumento. Por medio de sus ejemplos y sus palabras aquel peregrino que todavía no había recibido las órdenes, cristianizaba a todos los que se le acercaban, con más eficacia que los mismos sacerdotes. De esta acción profunda testificada por los contemporáneos quedan dos fórmulas extrañas en su expresiva brevedad: *"la enseñanza de la doctrina comenzó en la ciudad con el Padre Ignacio"*, dice el cura de Manresa, Francisco Picálquez. A lo que Eufrosina Roviralt y Leonor Africana añaden: *"las señoras que el Padre Ignacio había dirigido en el servicio de Dios decían:* ***"hasta el momento en que el Padre Ignacio llegó a esta ciudad, no había en ella conocimiento de Dios."*** (65) Palabras evidentemente excesivas si se las quisiera tomar a la letra, pero que señalan simplemente, cuán

profunda fue la transformación que los consejos del *hombre santo* produjeron en las almas más dóciles a su acción.

Es por estas señales por las que se reconocen las huellas del paso de los verdaderos apóstoles.

Notas Capítulo Cuarto

---

(1) González Cámara, n. 13.

(2) Julian de Pastor y Rodríguez. *Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora de Aranzazu*, Madrid, 1880. Citado y resumido por los editores de las *Cartas de San Ignacio* IV, 293.

(3) Azpeitia, Arch. de la familia Emparan.

(4) Ignacio hizo esta confesión en una carta a Francisco de Borja (Ep. et inst. VII, 422). Esta carta es una respuesta a las instancias por las cuales el Prov. de los Franciscanos el P. Araoz, y el Concejo de la Ciudad de Oñate pedían al fundador de la Compañía su influencia para obtener del Papa un jubileo, a fin de apresurar la reconstrucción del Convento de Aranzazu destruido por un incendio en 1552.

(5) González de Cámara, n. 13.

(6) Ver Constantino Garran, *Santa Maria la Real de Nájera*, Soria, S. Sainz Moneo, 1910, 21-34.

(7) González de Cámara, n. 13.

(8) Id. n. 13.

(9) Id. n. 14.

(10) Id. n. 14.

(11) Polanco, *Cronicon*, I, 16, señala este voto como hecho antes de su encuentro con el moro; Rivadeneyra después de la compra del sayal de penitente y por consiguiente en el camino de Igualada a Montserrat.

(12) González de Cámara, n. 15.

(13) Id. n. 16.

(14) En *San Ignacio de Loyola*, I, 45-51, el P. Creixell ha estudiado minuciosamente este itinerario; sigo sus indicaciones.

(15) El P. Araoz *Scrip. S. Ign. I*, 725, designa a Lérida como el lugar de la compra del sayal. Por razones geográficas y para respetar mejor el texto de González de Cámara, el P. Creixell prefiere Igualada. Creo que tiene razón.

(16) González de Cámara, n. 16.

(17) Id. n. 17.

(18) Francisco García Jiménez, nacido en Cisneros de la Prov. de León en 1455, entro a los veinte años en el convento de San Benito de Valladolid, implantó la reforma de Valladolid en Montserrat, en donde nueve veces seguidas fue abad; murió el 27 de noviembre de 1510.

(19) Scrip. S. Ign. II, 440-445

(20) González de Cámara, n. 17

(21) Id n. 18

(22) Id. n . 18.

(23) El P. Fernando Tournier es el primero y único según creo que haya pensado en este acercamiento de hechos. He encontrado la traza de ello en sus *Ignacianas*, que están inéditas, y me he hecho una obligación de pagar mi deuda al ágil investigador.

(24) De 1524 a 1534 el término de los bautizos en la *Seo* es de 55 por año. La cifra aproximada de habitantes sería, pues, de 1,075.

(25) *Seo*, designa la Catedral.

(26) Manresa, Arch. mun. Libro mayor 1518, 1519, 1522, 1523; Deliberac. del Concejo, 9 de junio de 1501, 31 de octubre de 1507, 20 de diciembre de 1508, y de mayo de 1513, 13 de mayo de 1521, 4 de mayo de 1522.

(27) González de Cámara, n. 19.

(28) Id. n. 19.

(29) Id. n. 23. En los archivos de la ciudad de Manresa existe un manuscrito que consagra la tradición de esa estancia mencionada por Ignacio mismo. En el priorato tres objetos recuerdan el hecho: una cruz, una inscripción y una pintura. La cruz se guarda en el convento de las dominicas llamado de Santa Clara; la inscripción transcrita por los Bolandistas ha desaparecido en la laicización del priorato; la pintura está en la iglesia de San Pedro de Manresa. Ver Creixell, *San Ignacio de Loyola*, I, 131-141.

(30) González de Cámara, n. 20.

(31) *Scrip. S. Ign*. II, 434.

(32) González de Cámara, n. 23.

(33) *Scrip. S. Ign*. I, 200.

(34) González de Cámara, n. 26.

(35) Id. n. 21.

(36) Id. n. 22.

(37) Manresa arch. mun. Fondos de los dominicos.

(38) *Scrip. S. Ign*. II, 385.

(39) González de Cámara, n. 20.

(40) Id. n. 19.

(41) Id. n. 20.

(42) Id. n. 21.

(43) Id. n. 21.

(44) Id n. 22.

(45) Id. n. 22.

(46) Id. n. 23.

(47) Id. n. 23.

(48) Id. n. 24.

(49) Id. n. 25.

(50) Id. n. 32.

(51) *Scrip. S. Ign*. II, 715.

(52) González de Cámara, n. 27.

(53) Id. n. 27.

(54) Id. n. 28.

(55) Id. n. 29.

(56) Id. n. 29.

(57) Id. n. 29.

(58) Este testimonio figura en el texto íntegro del proceso de Manresa.

(59) Este testimonio no figura en los *Scrip. S. lgn*. II, 746; pero sí en el texto integro del proceso.

(60) González de Cámara, n. 30. El P. Nonell afirma que esta visión tuvo lugar cerca de Nuestra Señora de la Guía (*Eximia ilustración*, 14). El P. Creixell piensa que tuvo lugar cuando el Santo pasaba por el balcón de San Pablo, cerca de la cruz de Tort (*San Ignacio de Loyola*, I, 148, 185-190). La opinión del P. Creixell me parece más conforme al texto de San Ignacio que dice que *"el arroyo corría muy hondo"*. Desde 1922 una placa de mármol colocada al pie de la escalera que conduce a la Santa Cueva, recuerda el hecho de esta gran visión.

(61) Id. n. 31.

(62) Id. n. 31.

(63) Id. n. 34.

(64) *Scrip. S. Ign*. II, 707.

(65) Id. Ibid. II, 706. 378.

CAPÍTULO QUINTO

5. EL PEREGRINO DE JERUSALEM

(1523-1524)

Después de un año casi completo que pasó en Manresa, Iñigo partió para Barcelona. Si creemos a Juan Pascual, aquella partida le fue aconsejada por Inés Pascual y el Canónigo Pujol, a fin de libertar al peregrino de la maledicencia de algunos mal intencionados. (1) Pudiera ser que el Canónigo Pujol e Inés Pascual hubieran dado este consejo; pero no fue ciertamente para evitar las murmuraciones que podían ocasionar en la ciudad las conversaciones de Iñigo con algunas mujeres devotas, por lo que tomó esa revolución. Las conversaciones aquellas datan de los primeros días; y sin embargo durante diez meses que se continuaron no habían provocado oposición ninguna. Sabemos además que a su vuelta de Jerusalem Ignacio quería volver a Manresa; no hay pues verosimilitud en la hipótesis de Inés y de Juan Pascual. Iñigo salió de Manresa, porque le pareció llegado el momento de embarcarse para Jerusalem. Así se expresa él mismo en sus dictados a González de Camara (2).

Es una verdadera tradición entre los herederos de la familia Marcet, (3) que antes de alejarse el peregrino hizo una última visita a Nuestra Señora de Villadordis, lo que es muy probable. Iñigo había orado y recibido tanto en aquella capilla que no es posible no se despidiera de la Santísima Señora. Los Marcet eran entonces los vecinos más cercanos de la capillita. Muchas veces habían dado limosna a aquel santo mendigo. Así que se imponía una última visita al agradecido corazón de Iñigo. En medio de la conversación se desidió a dejar a sus huéspedes el cinturón de fibra tejida con que ajustaba su túnica. Desde 1522 los herederos de Marcet conservan piadosamente esta reliquia estimada por ellos más que todos los tesoros.

Nuestra Señora de Montserrat recibió también los homenajes de Iñigo (4) al salir de allí. Fue a poner bajo la protección de la Virgen Negra el gran viaje a Jerusalem que era su secreto. A los benedictinos del Monasterio y a su

Procurador Mossén Guiot que iba a Roma para tratar algunos asuntos, Iñigo no hizo mención sino de una peregrinación a la Ciudad Eterna. Adriano VI hacía siete meses apenas que había salido de España para ir a tomar posesión de la Sede de San Pedro; su advenimiento a Roma se señalaría sin duda según la costumbre por un solemne jubileo. ¿Cómo admirarse de que el ermitaño de Manresa se aprovechara de la ocasión que se le ofrecía para acompañar hasta Roma al Procurador del Monasterio de Montserrat?

Hacia el 29 de febrero de 1523, Iñigo salió de la ciudad de Manresa (5) en donde Dios y los hombres le habían protegido tanto. ¡Qué emoción la de su corazón al dejar aquellos lugares llenos para él de tantas maravillas! Y para todos aquellos a quienes el ejemplo de su santa vida había llevado a una mejor práctica de la religión ¡qué sentimiento y qué lágrimas cuando le vieron partir!

Envuelto en su túnica de burel y un crucifijo colgando al cuello, llevando sobre el corazón la imagen de Nuestra Señora de los Dolores que había tenido consigo desde Loyola, tomó a pie el camino de Barcelona. En su mochila no tenía sino unos libros de devoción y de sus notas espirituales, y de sus amigos no había recibido otra limosna que algunos pedazos de pan. Le acompañaban el canónigo Pujol, hermano de Inés Pascual y Mossén Guiot, con Gabriel Perpinya su criado. (6) De estos cuatro viajeros, Gabriel Perpinya, es el único que nos dejó un testimonio; no dice nada sobre la manera cómo se hizo el trayecto hasta la capital de Cataluña; pero podemos estar seguros que con su independencia evangélica Iñigo no hablaba con sus compañeros de otra cosa que de Dios, porque nada sino El estaba en su horizonte.

La vieja ciudad Condal tenía entonces una muralla en la que se abrían nueve puertas. Fue por la **Puerta Nueva**, por donde Iñigo entró en Barcelona, siguiendo la calle de *Corders*, y así sin duda pasó a saludar a Nuestra Señora de la Guía cuya imagen se veneraba en la capilla de Marcus, de donde en seguida, por la misma calle de *Corders*, la plaza de la Lana y la Calle de *Febres*, llegó por fin a la casa de Inés Pascual, su huésped, en la calle de *Cotoners*. Inés se había quedado en Manresa con su hijo Juan, pero el Canónigo Pujol estaba autorizado para abrir a Iñigo la puerta de una morada en donde se le ofrecía con tan buena voluntad hospitalidad por el amor de Dios. (7)

La calle de *Cotoners* estaba muy cerca de la iglesia parroquial de Santa María del Mar. Esta iglesia es vecina del puerto, en el centro de un barrio que aún ahora conserva algo de su fisonomía del siglo XVI. El edificio es gótico, de tres naves, y está dedicado a la Virgen, y María es allí tan verdaderamente reina que se pueden contar más de veinte capillas adornadas con su imagen. En este santuario verdaderamente Mariano, la devoción de Iñigo debió de florecer con toda libertad. Entre otras imágenes los habitantes de Barcelona veneraban allí a Nuestra Señora del Sepulcro. Muy recientemente el primero de julio de 1521 el Obispo y los Magistrados habían levantado un acta solemne de un milagroso sudor de Nuestra Señora. A un lugar en donde María manifestaba por sus prodigios su voluntad de ser venerada, se puede estar seguro de que Iñigo acudiría bien de prisa. Cierto día que estaba allí o en la iglesia de San Justo muy cercana, sentado en la escalinata del altar, en medio de los niños, durante el sermón, una señora llamada Isabel Roser, (8) lo vio, e instintivamente se fijó en él pareciéndole que el rostro de aquel pobre estaba iluminado, y una especie de voz interior le decía: *"llámalo, llámalo"*. Cuando Isabel volvió a su casa refirió a su marido esta historia, y ambos resolvieron buscar al desconocido. Se le encontró y los ricos barceloneses lo invitaron a comer con ellos. Terminada la comida Iñigo como tenía costumbre en Manresa hizo a sus huéspedes una exhortación espiritual. Quedaron maravillados y se aficionaron tan fuertemente al que así les hablaba, que habiéndoles éste dicho que iba a embarcarse para Italia en un bergantín próximo a partir, insistieron para que no lo hiciera. A sus instancias se decidió a esperar la partida de un gran navío, y esto fue obra de la Providencia, porque el bergantín se hundió a la vista misma del puerto. (9) Desde los primeros pasos en Barcelona el Señor da testimonio de que cuida de aquellos que han puesto en El toda su confianza.

Decidido a vivir de limosna, tanto en Barcelona como en Manresa, Iñigo iba de puerta en puerta, mendigando su alimento y las provisiones del viaje, que el patrón del navío en donde debía partir había exigido que llevara. Tocó cierto día en la casa de los Zapila, y he aquí, según el relato de Estefanía de Rocaverti, subpriora del Carmelo de Barcelona, cómo se hizo aquel encuentro. (10) Cuando el peregrino caminaba mendigando por la calle ancha, Leonor Zapila percibió el contraste que había entre la distinción del rostro y manos y el humilde vestido de aquel pobre; desde luego pensó que tenía ante

ella a un joven de buena alcurnia, y en su indignación le dirigió esta reprimenda: *"es evidente que sóis un perdido para que podáis andar así por el mundo; volved a la casa de vuestros padres de donde seguramente habéis huido para llevar las aventuras de la vida de un hijo pródigo"*. Iñigo replicó con humildad: *"le doy a usted las gracias por el consejo que me da; dice usted muy bien; yo soy un hijo pródigo y un gran pecador"*. Cuando Leonor Zapila oyó aquellas palabras se sintió conmovida hasta el fondo del alma por aquel acento y aquella actitud modesta y se apresuró a dar al peregrino una limosna y provisiones para su viaje.

Durante su estancia de algunas semanas en la capital de Cataluña, Iñigo no llevó otra vida que la que había llevado en Manresa: mendigaba su pan, visitaba las iglesias y asistía a los oficios. Buscaba también, y es él mismo el que lo advierte, (11) el encuentro de algunos amigos de Dios, para animarse a un mayor amor y más ardiente de su único Señor. Muchos conventos de Barcelona y aun algunas ermitas de las afueras de la ciudad debieron recibir su visita. Pero en ninguna parte encontró un alma que pudiera ayudarle como lo deseaba. Sin embargo parece haber frecuentado con gusto la casa de las Jerónimas en la plaza del Padró. Según el analista, Sor Mariana Edo, la hermana de Antonio Estrada y Sor Benigna Vicente, tenían con Iñigo algunas santas conversaciones y del monasterio enviaban alimentos al peregrino al hospital de San Lázaro que estaba cercano. Cuando vuelva de Jerusalem, el peregrino agradecido ofrecerá a las Jerónimas una cajita de madera llena de piedras y flores de Tierra Santa, que se conservó mucho tiempo en el Convento como un precioso relicario (12).

A nadie dijo Iñigo quién era, ni que trataba de ir a Jerusalem. Tenía miedo de que refiriendo sus orígenes o sus designios podría sucumbir a alguna tentación de vanagloria(13). Cierto día que tendía la mano en la calle pidiendo algún socorro para embarcarse, una señora le dijo: *"¿Pero a dónde quiere ir usted?"* El vaciló un instante y respondió: *"a Roma"*. A lo que admirada la señora exclamó: *"¿quiere usted ir a Roma? Los que van allá, yo no sé por qué o cómo, pero no vuelven jamás"*; dando a entender así que salían de la Ciudad Eterna poco provistos de bienes espirituales. (14)

Otros hacían al peregrino algunas reflexiones menos picantes y molestas, pero muy prácticas. El mismo cuenta los consejos de prudencia que le

daban. (15) No sabiendo ni italiano, ni latín ¿cómo podría darse a entender en Roma? ¿Y de qué viviría? ¿No era tentar a Dios ir así sin intérprete y sin dinero?

Tales precauciones parecían muy humanas a aquel verdadero pobre de Jesucristo. *"Hubiera rehusado,* decía, *la compañía de cualquiera, así fuese el hijo o el hermano del Duque de Cardona."* (16) Cuando por fin hubo negociado su pasaje con el patrón de un navio que consintió en llevarle gratis, con la sola condición de que tuviese su provisión de bizcocho, experimentó un gran escrúpulo. ¿No era desconfiar de la Providencia Divina el asegurarse aquella provisión? Si creía en ella ¿qué necesidad tenía de aprovisionarse? Pero luego le venían objeciones en contra de aquel razonamiento evangélico. No salía de sus dudas, hasta que al fin expuso a su confesor su caso de conciencia. Este le dijo que mendigara y llevara consigo lo necesario y él obedeció. Pero en el momento de embarcarse cuando ya estaba en la playa se dio cuenta que tenía aún en sus bolsas cinco o seis piezas de plata recibidas de limosna, y las dejó sobre un banco. Y no llevando consigo otra cosa que su provisión de bizcocho, (17) subió al navío. Según su propia reflexión, con la fe, la esperanza y la caridad en el corazón, se creia en perfecta seguridad. (18)

*

* *

El navío se dio a la vela hacia el 20 de marzo de 1523. Mossén Guiot y Gabriel Perpinya, estaban en él con Iñigo. Durante la travesía éste continuó su vida evangélica. No hacía más que una comida por día y aun comía muy poco; oraba sin cesar y no abría la boca sino para hablar de Dios. Mossén Guiot dijo muchas veces a su joven criado Perpinya, que aquel hombre era un santo. (19)

El mar estaba muy agitado y los pasajeros llegaron a temer el naufragio en la tormenta; pero no fue así: después de cinco días el navío llegó sano y salvo a Gaeta. (20)

Allí nuevos terrores. Corría el rumor de que la peste se enseñoreaba en el país, pero sin preocuparse mucho de aquellos rumores, Iñigo apenas desembarcó tomó el camino de Roma. Con él caminaba una mujer acompañada de sus dos hijos, de los cuales uno era una niña que había creído deber vestir como hombre. Aquéllos también iban a pie y mendigaban su pan. Llegados a

una alquería encontraron algunos soldados que les dieron de comer y beber; y les excitaban a tomar mucho vino como si tuvieran la intención de embriagarlos. Llegada la noche los viajeros se separaron, la madre y la hija subieron al piso superior; e Iñigo quedó con el muchacho en la parte baja. Hacia la mitad de la noche se hizo un gran tumulto y se oyeron grandes gritos, Iñigo se levantó. La madre y la hija habían bajado al patio y llorando y sollozando se quejaban de que se les quería hacer violencia. Iñigo en el colmo de la indignación, apostrofó a los soldados con tal fuerza que todos los de la casa se llenaron de admiración; pero nadie lo atacó. Y los viajeros continuaron en paz, aquella misma noche, su camino. (21)

Llegados a la ciudad de Fondi, que estaba cercana, la encontraron cerrada y así se refugiaron los tres en una iglesia vecina a la muralla de la ciudad. Por la mañana se presentaron de nuevo a las puertas pero se les rehusó la entrada, y se fueron entonces a un castillo vecino. Allí el peregrino se encontró tan débil por la caminata y los sucesos que hemos referido, que ya no podía andar, así es que se detuvo mientras que sus compañeros de miseria continuaban su camino hacia Roma. Durante el día gran número de personas salieron de la ciudad. La señora del país, Beatris Appiani, salió también y al momento Iñigo se le acercó, le expuso su caso y pidió el favor de penetrar en la ciudad, (22) lo que fácilmente le fue concedido. Comenzó entonces a mendigar por las calles y recibió gran cantidad de moneda menuda. Allí permaneció dos días y recobradas las fuerzas continuó su camino, llegando a Roma el domingo de Ramos 29 de marzo de 1523. (23)

No sabemos nada de las impresiones de Iñigo durante los quince días que vivió en la Ciudad Eterna; sobre ello nada dijo. Lleno de desprecio como estaba de las cosas humanas, podemos creer que el espectáculo de las grandiosas ruinas y monumentos de la antigua Roma le dejó poco menos que indiferente. Debió pasar en las iglesias la mayor parte de su tiempo. Los Santuarios de Nuestra Señora debieron ser el objeto de sus preferencias y debió ser para su corazón, lleno aún de los recuerdos de Cataluña, una verdadera alegría encontrar en Roma la imagen de Nuestra Señora de Montserrat; y ¿cuáles no serían las efusiones de su piedad ante el sepulcro de San Pedro? Nos gustaría

que nos lo hubiera dicho, pero es prenso contentarnos con imaginarlo. Lo que sabemos ya de su alma nos permite hacer conjeturas sin peligro de errar.

Reinaba entonces el Papa Adriano VI. Este antiguo preceptor de Carlos V y canónigo de Utrecht, había estado, como lo hemos visto, muy mezclado en la política de España desde 1515 y mucho más todavía, cuando a la muerte de Cisneros, fue nombrado primer ministro. Aquellos recuerdos eran de ayer. Elegido el 9 de enero de 1522, Adriano VI, no entró en Roma sino hasta el 9 de agosto. En su Corte los súbditos de Carlos V tenían fácil acceso; y no fue difícil a Iñigo encontrar en la Colonia Española quién le llevara hasta el Papa. Según el relato de Juan Pascual (24) al padre Gil, fue Jorge de Austria su introductor. El peregrino recibió de Adriano VI la licencia de hacer el viaje a Jerusalem y la bendición apostólica, y el lunes o martes (13 o 14 de abril) de *Quasimodo* salió para Venecia.

No faltaron personas prudentes que trataban de disuadirle de ir a Palestina diciéndole que le sería imposible encontrar pasaje sin dinero al contado. Pero Iñigo estaba convencido de que de todas maneras haría aquel viaje. Sin embargo, vencido por el temor de no lograrlo de otra manera, había aceptado algunas monedas; llevaba pues en sus bolsas seis o siete ducados y contaba que con esta suma podría encontrar lugar en algún navio. Mientras caminaba hacia Venecia, a los dos días de haber salido de Roma, comenzó a pensar que aquellas precauciones eran un acto de desconfianza hacia Dios; tuvo gran pena y se preguntó si no haría mejor en desposeerse de aquel dinero. Finalmente acabó por distribuirlo a los pobres que encontró en el camino; tanto que a su llegada a Venecia sólo le quedaban algunas monedas y aquella misma noche de su llegada le fueron necesarias.(25)

De su itinerario Iñigo no nos dice nada. Parece que debió de ir por Tívoli, Orvieto, Espoleto, Tolentino, Maceratta y Loreto, para costear en seguida el Adriático por Ancona, Sinigaglia, Fano, Pésaro, Rímini, Ravena, Comachio. Por lo menos sabemos que pasó por Chioggia y Padua.

A causa del peligro de la peste que invadía a Italia, encontró establecidos por todas partes cordones sanitarios. Le era imposible entrar en las ciudades y el peregrino dormía a campo raso y se alimentaba como podía. Su color pálido podía hacer creer a las gentes que estaba contagiado y aun sucedió cierta vez

que un transeúnte al encontrarle en el camino, echó a correr espantado, como si hubiera tenido la desgracia de tocar a la misma peste en persona. (26)

Cuando Iñigo llegó a Chioggia no estaba solo. Sus compañeros de camino le dijeron que le sería ciertamente imposible entrar en Venecia sin pasaporte y que era necesario ir a Padua para que se lo dieran. Partieron juntos, pero como iban ellos muy aprisa, no pudo seguirlos y se encontró por la noche solo en la inmensa llanura. Mientras que estaba así como abandonado, Nuestro Señor se dignó aparecérsele, como lo hacía en Manresa, y el peregrino se sintió grandemente reconfortado. Por la mañana en las puertas de Padua, los guardias no le pidieron certificado alguno, y lo mismo sucedió a la salida. Cuando volvió a encontrar a sus compañeros se admiraron mucho de esto. (27) Llegaron juntos a Venecia, y desde que entraron en los canales de la ciudad, los guardias vinieron a la góndola que los llevaba y examinaron uno por uno a los pasajeros, pero solamente a él no le hicieron pregunta alguna. (28)

*

* *

Era a mediados de mayo y la salida de los navíos para Tierra Santa tardaba aún dos meses. El hombre de Dios no tardó en tomar su partido; su vida en Venecia será en todo semejante a la que había llevado en todas partes desde Manresa. Pedía durante el día limosna para tener con qué alimentarse, por la noche se acostaba en cualquier parte bajo los pórticos del palacio, en las tablas de los almacenes, en las cercanías de la Plaza de San Marcos. (29) El Padre Celestial que vela por el crecimiento de los lirios y la vida de los pajarillos suscitó en el corazón de los venecianos la compasión por aquel extranjero. Una noche Marco Antonio Trevisano, oyó durante su sueño, una voz que le decía: *"tú estás bien abrigado en tu casa y mi siervo está afuera"*. Trevisano era muy virtuoso; doquiera donde vivió, tanto en Chipre como en Venecia, se le llamaba el santo. Se levantó, encontró al pobre peregrino y lo llevó a su casa como una conquista. Otra vez un rico español encontró a Iñigo y le preguntó qué hacía, y sabiendo su deseo de ir a Jerusalem le invitó a comer en su casa y le retuvo en ella varios días hasta el momento de la partida. (30)

En las horas de su juventud, Iñigo había frecuentado a los grandes de España y entrado en los palacios reales. Frente a las hermosuras de Venecia, su memoria hubiera podido recordar y su mirada comparar. Pero es preciso repetirlo, la figura del mundo que pasa ya no le interesaba. Y se puede estar seguro de que en la capital de la Serenísima República no visitó otra cosa que las iglesias.

Mientras que estaba en ella, Venecia celebró las fiestas magníficas del matrimonio del Dux con el Mar (31 de mayo) y la del *Corpus Christi* (5 de junio). En este cuadro mágico el espectáculo cautiva la mirada de todos los extranjeros y sus relatos demuestran su admiración. En el mar la galera donde va el Dux es escoltada por una multitud de góndolas cargadas con los curiosos de todos los países: griegos, albaneses, turcos, orientales, judíos, que disputan a los venecianos el honor de escoltar al jefe de la Serenísima República. En cuanto éste según el rito tradicional echa su anillo de oro en el agua, todos los ojos se fijan en él; la imagen del poder y de la riqueza que el mar tributa a la reina del Adriático se presenta a todos los espíritus; y los cristianos van con el mismo Dux a la iglesia de San Nicolás para dar a Dios gracias por haber hecho tan grande a Venecia.

El día de *Corpus* San Marcos resplandece con las llamas de mil cirios. El Dux está allí escoltado por los embajadores de Francia, de Inglaterra y del Imperio, detrás de ellos los ediles de la ciudad que llevan cada uno a su derecha a un peregrino de Jerusalem; el Patriarca, Clero, los monjes, las cofradías con sus banderas, salen en procesión; en la plaza de San Marcos orgullo de Venecia hay una multitud inmensa. Por encima de aquel maravilloso espectáculo, el alma de Iñigo se levanta hasta el soberano Artífice cuyo cielo supera a todas las bellezas de la tierra, al Soberano Señor de los Duces y de los pueblos, a Cristo Rey, presente en la hostia de aquella custodia que lleva un sacerdote; y mientras que resuenan los himnos sagrados, en medio de las adoraciones que se escapan de tantos corazones humanos, el homenaje del obscuro peregrino español, perdido entre aquella multitud, es quizás el que sube hacia el Altísimo como el incienso de más agradable aroma.

Aquellas fiestas religiosas se acompañaban de fiestas civiles. El lujo de las mujeres venecianas, la suntuosidad de los banquetes oficiales, la gracia de las

danzas populares, pueden cautivar la atención de otros peregrinos. Pero para Iñigo sólo Dios y sus templos y sus santos y las reliquias que honra Venecia es lo que cuenta: el cuerpo de San Marcos, el brazo de San Andrés, el brazo de San Bartolomé, los cuerpos de Santa Lucía, Santa Bárbara y Santa Marina. A pesar de las instancias de sus protectores, Iñigo rehusó pedir audiencia al embajador de España para que se ocupara de encontrarle un lugar para ir a Jerusalem. (31) Desde que se hubo familiarizado con el *Flos Sanctorum* de Loyola, los santos mediadores del cielo son los únicos amigos que ocupan su recuerdo y de los cuales solicita y espera el socorro. Atraído por una vida del todo evangélica y próxima a salir para el país en donde Jesús predicó el Evangelio y escogió a los apóstoles, con qué devoción se arrodilla y llora delante de los restos de San Marcos, de San Andrés y de San Bartolomé.

Hay en Venecia una tradición de tratar a los peregrinos como huéspedes sagrados. El gobierno y el Ayuntamiento se honran en ocuparse de sus asuntos y facilitar sus tratos con los patrones de los navíos que parten (32). Por el diario del suizo Pedro Fussli y del alsaciano Felipe Hagen, ambos peregrinos de 1523, sabemos que los carreteros del mar tienen alma de comerciantes, que calculaban en un alto precio el producto de los viajes a Tierra Santa. Alguno de entre ellos pide 26 ducados por pasajero; otros, 40, 50 y aun 60, sin hablar de las provisiones de boca y de la ropa de cama que cada uno debe procurarse a su costa (33).

Por sus conversaciones con sus futuros compañeros de viaje, Iñigo pudo conocer el encanto de esta lucha al mejor postor entre los marrulleros marinos. Pero él no tenía inquietud alguna, porque la Providencia es la que se ocupa de aquellos que todo lo han dejado por el amor de Dios. En la mesa del rico español que lo hospedaba en los últimos días de su estancia en Venecia tenía la misma moderación que acostumbraba desde Manresa. Guardaba silencio, respondía brevemente a las preguntas que le hacían, no tomaba la palabra sino para hablar de Dios, y nunca dejaba de hacerlo al fin de la comida.(34) Como eran gente muy buena su huésped y su familia le tomaron gran afecto, y llegado el momento le procuraron una audiencia con el Dux; éste, después del relato que le hizo el peregrino de sus deseos y de su pobreza, dio orden que se le

concediera embarcarse en el mismo navío que conducía a Chipre a los gobernadores de la isla.

Muy antes de la toma de Constantinopla por los turcos (1453) el acceso a los Santos Lugares estaba subordinado al beneplácito de los hijos de Mahoma. Desde 1208 Venecia había tomado la iniciativa de acuerdo con el Sultán de Babilonia y de Egipto que una galera de peregrinos tuviera para todos los católicos de occidente la libertad de llevarlos a la tumba de Cristo. A través de los siglos algunos sobresaltos de la rabia musulmana han impedido muchas veces o molestado esta peregrinación piadosa; pero el principio permanece y la institución subsiste. Por medio de su marina y por el documento diplomático que tuvo cuidado de arrancar a los turcos en 1458, Venecia se presentaba a los ojos de los nuevos amos del Bosforo, como una especie de heredera del desaparecido imperio latino.

Un poco más tarde, la España de los Reyes Católicos estaría allí presente y activa. El 23 de diciembre de 1501, llega al Cairo un enviado de Isabel, Anghierra, que obtiene del Sultán la facultad de decorar y reparar la iglesia del Santo Sepulcro. En esta fecha Felipe de Pares era en oriente el cónsul a la vez de los catalanes y de los franceses.

Francia desde hacía siglos y principalmente después de las cruzadas tuvo en oriente un lugar privilegiado suficiente para que se dejase sentir su poder e influencia con los sultanes. Cuando en 1510, el sultán, para vengar el desastre de su flota incendiada y echada a pique por los caballeros de Rodas, se exaltó hasta apresar a todos los comerciantes cristianos, arrojar a los franciscanos, tapiar las puertas de los santuarios, el gran maestre Aimery d'Amboise no tuvo trabajo en persuadirle que era necesario que con un acto solemne pidiese perdón de tales violencias al Rey Luis XII. Un embajador de Estambul salió para París portador de una carta muy humilde (1510) que Luis XII hizo publicar al son de trompetas en la capital (1511). Al año siguiente Andrés Lerroy, secretario del príncipe, salió para Palestina a fin de *"hacer abrir la puerta del Santo Sepulcro y de otros lugares sagrados tapiados, y tomar posesión de ellos en nombre de la cristianísima corona de Francia."*

La conquista de Egipto por los turcos en 1516 no cambió en nada esta situación. El Sultán Selim, confirmó los privilegios que el de Egipto había

acordado para Venecia a Domingo Trevisano en 1510. Juan Pedro Benoit, cónsul de Francia en 1528, obtuvo también de Selim unas capitulaciones que renovaban todas las licencias y convenciones anteriores. (35)

No hay que creer que todos estos actos solemnes bastaran para garantizar contra toda vejación y todo peligro a los peregrinos que se atrevían a ir a la Tierra Santa. Estos fijaban una situación de derecho; pero la situación de hecho dependía del humor de los soldados y oficiales turcos, que desde la puerta de Jafa hasta el valle del Jordán, guardaban las entradas de las ciudades consagradas por los recuerdos evangélicos; eran frecuentemente crueles y siempre ladrones; y no se evitaban sus atracos sino entregándoles la bolsa. Los relatos de viaje del siglo XVI, son unánimes acerca de estas costumbres turcas.

Sin embargo, el armador Ragazzoni, que debía conducir al gobernador de Chipre, había hecho sus preparativos y también sus convenciones con los peregrinos. Mediante 26 ducados por persona se encargaba del viaje de ida y vuelta. Su navío era solido y grande, armado de 19 cañones y servido por 32 hombres de tripulación. Según refiere el suizo Fussli, jamás salió de las aguas de Venecia para los Santos lugares otro navío mejor. (36)

En su diario de ruta (37) enumera cuidadosamente las provisiones que hizo de acuerdo con sus tres compañeros suizos: bizcochos por valor de tres ducados, tres barriles de vino, un cuarto de queso de Plasencia, jamón, tocino, salchichas, lenguas ahumadas, ciento cincuenta huevos, gallos y gallinas vivas, hongos, ciruelas, sal, azúcar, algunos vasos, platos y cubiertos, algunas medicinas y pólvora para fusil. Era necesario acomodarse para dormir tanto como para comer: cada uno iba provisto de mantas, colchón, almohadas, cobertores y esteras. Llevaban también algunos libros entre ellos una biblia en alemán.

Los cuatro españoles, escribe Fussli, (38) hicieron juntos sus compras, pero es de creer que con sus hábitos de penitencia, Iñigo no escogió ninguno de los artículos por llevar y lo dejó a la elección de sus compatriotas; a él le bastaba, y la frase es de él *"una inagotable provisión de confianza en Dios."* Un poco antes de la partida cayó enfermo; la fiebre le sobrecogió, pero cedió al cabo de pocos días, la mañana misma en que debía levar anclas había tomado una medicina, y el médico, interrogado, respondió jocosamente que sin embargo podía

embarcarse para que lo enterraran en el camino. A pesar de estas palabras poco tranquilizadoras Iñigo subió al navío, y volvió el estómago de tal manera que se encontró muy aliviado y pronto quedó en vías de recuperar la salud totalmente. (39)

El miércoles 15 de julio, entre seis y siete de la mañana, el capitán desplegó sus velas y partió como dice Fussli (40) *"a la gracia de Dios".*

*

* *

Desde la primera noche cayó el viento y hubo que esperar pacientemente hasta el jueves por la tarde, 16 de julio. El viernes a mediodía volvió la bonanza, y se echaron las anclas cerca de Rovigno, en Istria a 120 millas de Venecia. El sábado por la tarde un ligero viento permitió acercase un poco más a la ciudad. Poco después las barcas de los pescadores se acercaron para tomar los pasajeros que quisieran bajar. Por la tarde del domingo se levantó tan fuerte el viento que fue imposible para los que habían bajado a tierra volver al navio antes del lunes por la mañana. Hacia las diez el capitán izó las velas. Por la tarde del martes un viento contrario volvió al navio cincuenta millas atrás. Ragazzoni buscó un abrigo en un puertecito a cinco millas de Pola. Pasaron anclados el miércoles, fiesta de Santa Magdalena, y el jueves volvieron a navegar; al día siguiente, vigilia de Santiago, el navio estaba a la vista de la montaña de Loreto. El domingo el viento vino de popa y se sostuvo hasta el lunes por la tarde; el sábado siguiente se avistó a Valona, el lunes a Zante, el miércoles a Cérigo; y volviéndose mejor el viento, el navio llegó a Candía. El jueves viendo que se acababa la provisión de agua dulce y temiendo la vuelta del viento contrario que le había hecho sufrir tanto, Ragazzoni propuso a los pasajeros prometer a la Virgen una ofrenda de seis ducados a fin de obtener un viento favorable. El martes el capitán pasó a la vista de Rodas y llegó a Chipre el jueves por la noche; pero por el deseo del gobernador no se echó el ancla sino hasta Famagusta, el 14 de agosto. (41)

Durante este trayecto de un mes, no sabemos nada de las impresiones de Iñigo. En sus confidencias a González de Cámara no ha referido más que un detalle. En el séquito del gobernador había algunas sirvientas y desde el

principio de la travesía, Iñigo anotó algunas manifiestas villanías que reprendió severamente. Entre sus tres compatriotas alguno le aconsejó la prudencia añadiendo que los marineros hablaban ya de abandonar al censor en alguna isla desierta; pero no fue así: (42) Iñigo desembarcó en Famagusta con todos los otro pasajeros.

Mientras que los ocho peregrinos subían al navío del gobernador, otros trece (43) se habían embarcado en la galera llamada de los peregrinos que mandaba un patrón llamado Francisco. Salida antes que el navío desde los primeros días de julio, la galera al tercer día de navegación, y aun antes de salir del Adriático fue asaltada por una tempestad que la obligó a buscar refugio. A la altura de Corfú sufrió otra nueva tempestad. A despecho de estos contratiempos, después de haber hecho escala en Creta, la galera acabó por llegar a Chipre. Francisco manifestó que quería abandonar allí a los trece peregrinos que llevaba, porque no eran lo suficientemente numerosos para poder sufragar el viaje hasta Jerusalem; pero la llegada del navío del gobernador a Famagusta todo lo arregló. (44)

Los españoles fueron los primeros en tratar con Francisco y por 20 ducados, consintió en llevarles a Jafa y volverlos a Chipre. Los suizos cuyo primer proyecto era pasar por Beyrut dudaron un poco y después de deliberar consintieron en seguir el partido de los españoles. Tanto en la galera como en el navio del gobernador, Iñigo fue aceptado por el patrón, *"sin otra provisión que su confianza en Dios!"* (45)

Mientras que se preparaba todo para el trasborde y la partida, los viajeros pudieron, conforme a la costumbre, visitar a Famagusta la Nueva y a Famagusta la Vieja, a Nicosia y a Salinas. En medio de los recuerdos franceses que abundan en ese país de Chipre, no faltó quien señalara a Iñigo una opulenta casa edificada allí por los Requeséns de Barcelona. En Nicosia, en el convento de San Francisco un Religioso habló a los peregrinos acerca de Jerusalem a donde ya había ido. El calor era tórrido y no favorecía mucho las excursiones. El estrasburgués Hagen cuenta que fueron de noche a una montaña vecina de Nicosia para venerar un calvario. (46) Fussli (47) hace notar la artillería que defiende los muros y las torres de Famagusta la Vieja y exalta la fertilidad de la isla.

El miércoles 19 de agosto todo estaba listo. Los veintiún peregrinos estaban reunidos en Salinas. Por la noche la galera se dió a la vela en dirección de Jafa. El viento sopló en contra hasta el viernes 21 de agosto por la mañana, después amainó y al día siguiente tenían ya a Jafa a la vista. Pero los marineros no reconocieron el camino y volvieron atrás acercándose a la costa; el viento era malo y fue preciso echar anclas. El lunes por la mañana se navegó poco, pero el martes se avistó claramente el puerto de Jafa, y en su alegría y agradecimiento los peregrinos reunidos en popa cantaron el *Te Deum* y la *Salve Regina*. (48)

Entretanto Francisco, el patrón de la galera, fue a Rama para advertir a los Franciscanos de la llegada de los peregrinos y a Jerusalem a fin de obtener el salvoconducto y la escolta de los turcos. Obligados mientras tanto a permanecer en el navío, a los peregrinos se les hizo el tiempo muy largo. Un oficial turco seguido de algunos soldados armados de arcos y arcabuces, vino a inspeccionar a los pasajeros. Por fin el lunes 31 de agosto por la tarde volvió el patrón acompañado de dos franciscanos. Uno de ellos reunió a los peregrinos a fin de inculcarles los sentimientos de fe que convienen a los visitantes de los santos lugares; e hizo su sermón en tres lenguas. Cuando desembarcaron, el l° de septiembre, los pasajeros encontraron en tierra a los turcos de la escolta que los esperaban, teniendo preparados algunos camellos y asnos. Algunos cristianos venidos del interior estaban también allí ofreciendo alimentos. Cumplidas las formalidades de costumbre, los peregrinos dieron sus nombres y fueron encerrados en un antiguo edificio de bóvedas, mientras que el patrón arreglaba todo con las autoridades turcas. Hacia las dos de la tarde todo estaba listo, los peregrinos tenían la autorización y pagaron la escolta, las monturas y los víveres. La caravana salió para Rama. (49)

La ciudad estaba en ruinas, pero el hospicio edificado en otro tiempo por el duque de Borgoña Felipe el Bueno, permanecía en pie. Los peregrinos pasaron allí el día miércoles y luego emprendieron el camino para Jerusalem. Algunos judíos de Egipto se les unieron para ir a la Santa Ciudad. Después de un alto por la noche se continuó el camino y el viernes cuatro de septiembre por la mañana a la distancia poco tríás o menos de dos millas apareció Jerusalem. El español Diego Manes propuso a sus compañeros continuar la marcha en

silencio y todos lo aprobaron. Caminando así en recogimiento llegaron los franciscanos para recibirlos precedidos de la Cruz y así, en procesión, los peregrinos franquearon los muros de la Ciudad Santa. (51) Sus rostros irradiaban el gozo de sus corazones. Iñigo estaba penetrado hasta el fondo del alma de un sentimiento de devoción que no lo abandonará ya jamás.

Después de una comida que se les sirvió en el convento de los franciscanos, los peregrinos fueron conducidos a un hospicio bastante cercano al Santo Sepulcro.

Desde el día siguiente, sábado 5 de septiembre, comenzaron las piadosas visitas según el programa tradicional que se encuentra en todas las relaciones de la peregrinación. (52) Los viajeros pasaron tres noches en el Santo Sepulcro (5, 11 y 16 de septiembre). Hicieron una excursión el 7 a Bethania, a Belén el 8 y el 14 al Jordán. El miércoles 16 de septiembre llegaron de Damasco cerca de quinientos caballeros turcos. El gobernador de Jerusalem urgió a los peregrinos que partieran y les recomendó el no salir por las calles a fin de evitar algún tumulto. Así que la última semana desde el 16 hasta el 23 de septiembre la pasaron en una reclusión casi absoluta. Sin embargo Fussli y uno de sus amigos conducidos por un musulmán, lograron llegar al Monte de los Olivos para venerar los recuerdos y contemplar una vez más desde las alturas, la ciudad sobre la cual Jesucristo había llorado. (53) Iñigo también se atrevió a hacer esta excursión, pero solo, como veremos.

Bajo la amenaza de aquel grupo de bandidos llegados de Damasco, los peregrinos tuvieron que salir la noche del 23 de septiembre. Estos desde su primer paso en Palestina, habían sentido las ásperas exigencias de los turcos, que no tuvieron fin. Por cada visita al Santo Sepulcro tenían que pagarles siete ducados por persona y como faltó el dinero en la última visita, Francisco tuvo que ir hasta Jafa para buscarlo; sin lo cual la entrada al Santuario se les hubiera cerrado. En la excursión al Jordán, los turcos de la escolta se apoderaron de todo el vino y de una parte de los víveres de los viajeros y se entregaron con el más vivo placer a golpearlos, a derribarlos y a azotar sus monturas.

A pesar de todo, aquella buena gente estaba contenta de su peregrinación. Durante dos semanas habían revivido la historia conmovedora del Salvador. El diario de viaje de Fussli y de Hagen da testimonio de la fe cristiana de todos.

Para Iñigo, más aun que para sus compañeros de viaje, las huellas de Cristo en los Santos lugares le hablaban piadosamente. En sus lecturas de Loyola y en sus meditaciones de Manresa, se había hecho presente todo aquel drama del Evangelio al cual ahora asistía con los ojos llenos de lágrimas y el corazón ardiendo de amor. Ahora asistía, veía y tocaba y besaba con sus labios ardorosos el suelo de la gruta de Belem, los muros del Cenáculo, la roca donde fue plantada la cruz. Con qué claridad y qué encanto se presentaba a sus miradas la figura de Cristo lleno de gracia y de poder; él a sus pies renovaba las magnánimas ofrendas de sus meditaciones de Manresa.

Tres de los peregrinos, entre ellos Hagen, el día de San Mauricio, fueron armados Caballeros del Santo Sepulcro. (54) Durante la ceremonia, qué de recuerdos debieron de inundar el alma de Iñigo: recuerdos del Amadís de Gaula, de Pamplona y de Montserrat. Para su corazón todo evangélico ya no había necesidad de otra armadura que la del mismo Cristo. Jerusalem era el lugar de su elección, y allí hubiera querido vivir hasta la muerte. ¿Qué ocupación más digna de un cristiano que la de nutrir su pensamiento con los misterios de la vida de Jesús? ¿Y por qué a su vez no había de predicar él el Evangelio en medio de los habitantes de aquella Jerusalem, donde Jesús había anunciado el reino de Dios?

Tenía algunas cartas de recomendación para el guardián del convento de los franciscanos. Entregóselas y al mismo tiempo le manifestó su deseo de pasar el resto de sus días en los Santos Lugares. El guardián le objetó que la casa era demasiado pobre para recibirlo, pero Iñigo le respondió que él sólo pediría al convento un confesor. Tranquilizado el guardián consintió a condición de que lo aceptara también el Provincial que estaba por entonces en Belem (55). Contando ya con este consentimiento provisional, Iñigo escribió a algunas personas de Barcelona, sin duda para instruirles acerca de su nueva vida y las resoluciones que había tomado. Desgraciadamente se perdió esta carta y tenemos que contentarnos con los recuerdos que Iñigo mismo relató a González de Cámara. La víspera de la partida de los peregrinos, 22 de septiembre, el Provincial de San Francisco lo llamó a su convento. Era para decirle que el proyecto presentado al guardián era irrealizable. Muchos lo habían intentado antes y siempre sin otro resultado que haber sido asesinados

por los turcos o hechos cautivos. Lo mejor era pues que se volviese con sus compañeros de viaje. Iñigo replicó con cortesía pero con firmeza que había tomado su determinación a toda costa y que se quedaría allí a menos que se lo prohibiera bajo pena de pecado. El padre Angel de Ferrara le mostró las bulas papales que le conferían el poder de castigar con excomunión a todos aquellos que se obstinaran, a despecho de su prohibición, en permanecer en Palestina. Pero al quererle mostrar las bulas pontificias, Iñigo lo detuvo diciéndole que le bastaba la palabra de un religioso y que obedecería a la orden recibida. (57)

Desde el momento que era imposible quedarse en Jerusalem, Iñigo tuvo un deseo vehemente de volver a ver los lugares santificados por la presencia del Salvador y especialmente el monte de los Olivos. Solo y sin guía, a riesgo de caer en manos de los turcos, corrió hacia la montaña de la Ascensión. Los guardias le impidieron el paso, pero los amansó haciéndoles el regalo de su cortaplumas. Arrodillado en aquel suelo bendito desde donde el Salvador se había elevado hacia la gloria triunfante de los cielos, oró con gran consolación de su alma. Después visitó en Bethania el lugar de donde salió el Salvador el Domingo de Ramos. Y estando allí se acordó que no había observado exactamente cómo estaban señaladas en la roca las huellas de los pies de Jesús al abandonar la tierra. Volvió pues al Monte de los Olivos, y mediante el obsequio de sus tijeras ganó la complacencia de los guardianes, notó la posición de los pies divinos y bajó a toda prisa. (58) Los Franciscanos le buscaban por todas partes con gran angustia. Un cristiano de oriente, que estaba al servicio del monasterio, lo vió por fin cuando bajaba de la Santa Montaña. Se lanzó hacia él con el bastón levantado como para golpearlo, le tomó fuertemente por el brazo y lo condujo así hasta el convento, mientras que Iñigo dócil y silencioso contemplaba por encima de su cabeza a Cristo cuya vista llenó su alma de consuelo. (59)

Obligado a salir de los Santos Lugares y a abandonar su sueño de apostolado en Palestina llevó en su corazón el recuerdo de la radiosa visión, era una prenda de que entre Jesús y él, el pacto establecido en Manresa, continuaba en vigor.

*

* *

Los peregrinos salieron de Jerusalem por la noche del 23 de septiembre. De Jerusalem a Jafa hubo entre los turcos de la escolta una gran disputa, pretendiendo unos abandonar a los viajeros en la noche en pleno campo y lejos de todo camino; pero los más razonables estuvieron no obstante de acuerdo con los más furiosos, para amenazarlos, golpearlos y robarlos. Cuando llegaron a Rama, el gobernador de la ciudad entró también en el juego de los bandidos; queriendo en señal de despedida un ducado por persona y un vestido. Los peregrinos se rehusaron, pero durante los tres días que pasaron en Rama tuvieron mucho que sufrir; amontonados en un lugar infecto, carecían de todo, aun de agua potable, y muchos cayeron enfermos. En Jafa el patrón Francisco también les exigió *in extremis* dos ducados por cabeza y los turcos de la escolta dieron a la bolsa de los viajeros un último asalto. Por fin la noche del viernes dos de octubre, la galera de los peregrinos se dió a la vela hacia Chipre. (60)

Francisco ya no tenía provisiones, por haber robado los marineros la bodega; la calma chicha mantuvo casi inmóvil el barco; algunos peregrinos cayeron enfermos. Uno de ellos, Pedro de Breda, murió, y su cadáver fue arrojado al mar; se abrió una vía de agua; los marineros perdieron el norte y no sabían dónde estaban. Durante doce días los viajeros vivieron presa de enorme angustia. Los monjes que viajaban en el barco sostuvieron, mediante sus exhortaciones, el valor de todos. Se acordó hacer un voto a S. Roque y a Nuestra Señora. Por fin el viento volvió a soplar, y el miércoles 14 de octubre la galera atracó en Chipre. (61)

A pesar de sus promesas, Ragazzoni el patrón del navío de los gobernadores, había salido hacía ya ocho días sin esperar la vuelta de los peregrinos. Fue, pues, necesario negociar el pasaje con otros patrones. Las deliberaciones fueron largas. Dos hermanos venecianos, de nombre Contarini, tenían un grande y sólido navío. Solicitados para el pasaje de los peregrinos, pidieron quince ducados por persona. Como los amigos de Iñigo dijeran a aquellos hombres avaros: *"debíais de tomar gratis a bordo a este santo hombre,"*uno de los Contarini replicó: *"si es santo que haga el viaje como Santiago."* Había allí otros navíos entre ellos el del patrón Bigareli; pero éste o era mas acomodaticio. Cuando los tres suizos trataron de arreglarse con él, pidió por los tres cincuenta ducados. (62)

Para pasar el tiempo y porque los navegantes no habían terminado su cargamento, los peregrinos fueron a visitar las curiosidades de Chipre. En el convento de San Juan de Monforte, un franciscano alemán propuso a Fussli la intervención del gobernador de la isla, Gabriel Cornaro. Este se mostró afable y obsequioso. A sus instancias Bigareli se dejó convencer y consintió en una rebaja: tomaría a los tres suizos por cuarenta ducados y a Iñigo gratis. El domingo primero de noviembre, día de todos los Santos, Iñigo y sus compañeros subieron al navío de Bigareli (63).

Por la noche, salieron de Salinas para el puerto de Limisso, en donde debían completar el cargamento, y el martes por la mañana llegaron a alta mar. Una tempestad espantosa estalló por la tarde; en medio de los estampidos del trueno y de un aguacero torrencial el navio fue arrojado otra vez a Salinas, donde permaneció hasta el viernes. Al día siguiente, en Limisso, los pasajeros supieron que el gran navio de los Contarini se había roto e ido a pique en las rocas de Baffo, igualmente que otros dos navios turcos. El mal tiempo duró cinco días. El jueves 12 de noviembre, después de la cena, Bigareli levó anclas. El sábado 14 de noviembre estaba a la vista de Paphos. Tres días después la violencia de un viento contrario echó al navio hacia la costa turca; no se llegó a Rodas sino hasta el 20 de noviembre; después de cuatro días de escala, volvieron a partir, pero antes tle haber pasado la punta occidental de la isla hubo necesidad de anclar de nuevo. El viernes 27 Bigareli se dió a la vela. El 31 estaba aún a vista de Creta. La borrasca se hizo tan fuerte entonces que todos juzgaban era preciso buscar abrigo en la isla. Bigareli continuó mi camino entre la tempestad. Los peregrinos espantados se confesaban entre ellos mismos, como si fueran a naufragar; y Fussli (64) echó sobre las olas encrespadas un poco de aceite que había llevado del Santuario de San Mamés en Chipre. Otros hicieron algunos votos a San Roque. Los marineros, después de haber largamente deliberado, acabaron por atar a la popa del navío, un cable en el cual habían fijado al extremo dos pedazos de madera en forma de cruz. Al despuntar el día se llegó por fin a Suda, puerto Cretense a seis millas de Canea. Al día siguiente, domingo trece de diciembre, fiesta de Santa Odilia, los pasajeros asistieron devotamente a una misa celebrada por un sacerdote español.

El lunes 14 de diciembre, Bigareli pudo al fin aparejar; el 15 pasó delante de Cérigo, el 18 delante de Zante, el 20 la violencia del viento los obligó a echar el ancla en Cefalonia. Los peregrinos celebraron allí la fiesta de Navidad. El frío era muy vivo y la nieve caía en abundancia; los habitantes decían que no recordaban haber visto jamás un temporal semejante. Después de once días de espera, Bigareli volvió a salir. Pero apenas se apartó de Cefalonia se desencadenó otra espantosa tempestad, la gran vela se rasgó, mas a pesar de todo el patrón continuó su marcha y llegó a Paros el viernes primero de enero de 1524. (65)

Una vez que entraron por el Canal de Otranto tuvieron menos que sufrir. El martes 5 de enero el navío llegó a Ragusa, el jueves al Golfo de Rovigno, el sábado a Parenzo. Aquí los pasajeros bajaron y les fue necesario buscar otros medios de continuar su viaje. Después de haber obtenido el pasaporte del cuerpo sanitario se arreglaron con el patrón de un barco ligero maniobrado con remos y vela, en el cual tuvieron algunas aventuras porque el patrón era un borracho. Por fin el 12 de enero hacia las diez de la mañana los peregrinos desembarcaron en Venecia. Habían salido de Jafa hacía tres meses y medio. (66)

*

* *

De todas estas peripecias que acabamos de narrar, Iñigo en sus confidencias a González no detalló nada. Se contenta con una frase: *"el pequeño navío en que estábamos sufrió mucho en la travesía, pero al fin tocamos tierra en la Apulia."* (67) En este resumen desdeñoso de las tribulaciones que sufriera se revela la fortaleza de alma del peregrino. En medio de los elementos desencadenados y de los compañeros atribulados, él seguramente conservó la calma y repetía con el salmista: *"El Señor me conduce, nada me faltará"*.

Pero por lo demás, él se contentaba con bien poco. Para protegerse contra los rigores del invierno no tenía sino vestidos miserables; su pantalón de tela le llegaba a media pierna, su jubón negro corto estaba desgarrado de los hombros y su saco corto y usado.

Con este equipo llegó a Venecia a mediados de enero de 1524. En la calle encontró a uno de sus bienhechores, quien por compasión le dio 15 o 16 julios

de limosna, con un pedazo de tela que él dobló en varios pliegues y colocó sobre su pecho a fin de guardarse del frío. (68)

Venecia no debía de tener por mucho tiempo al peregrino. Desde que se vio obligado a salir de Palestina comenzó a orientar de otra manera su vida: quería volver a Barcelona para ponerse a estudiar. Con un impulso nuevo el Señor continuaba discretamente encaminándolo a su verdadero destino.

Emprendió su camino a través de Veneto y la Lombardía, pasó de Ferrara a Genova, continuando siempre en su vida del más completo desinterés evangélico. Al entrar en la Catedral de Ferrara un pobre le pidió limosna y le dio un marquete. Bien pronto se vio seguido de una procesión de mendigos; y a medida que le faltaba la moneda menuda iba dando una más gruesa y así se despojó de todo su dinero. Por fin muchos pobres que vinieron juntos a tenderle la mano oyeron que les suplicaba le perdonasen porque ya no tenía nada. (70)

En el camino de Ferrara a Génova encontró una partida de soldados españoles que lo acogieron bien y le aconsejaron tomase un camino atravesado, para evitar el caer en medio de los ejércitos enemigos que ocupaban el país. Confiando en Dios, Iñigo, no obstante, continuó por la carretera. Creía en el primer día viajar en un desierto, pues no encontró ni una sola alma, ni un pedazo de pan para reparar sus fuerzas. Hacia la puesta del sol llegó a una ciudad cuyos muros, estaban guardados. Los centinelas se apoderaron de él creyéndole un espía y le condujeron a una torre para interrogarlo. Se le registró hasta quitarle los zapatos. Pero como no se encontró que llevase mensaje alguno y persistiese en decir que nada sabía, le condujeron a su capitán sin otro vestido que su pantalón y su jubón en medio de amenazas y de burlas. (71) El peregrino de Tierra Santa desbordaba de alegría. Su alma perdida en los recuerdos del Evangelio, pensaba en el Salvador arrastrado por las calles de Jerusalem. Durante el trayecto le vino a la mente, que en lugar de hablar de usted al capitán lo debía llamar su señoría, porque quizás de esa manera evitara el ser puesto a cuestión de tormento. Pero apenas esta idea pasó por su mente la rechazó como una tentación y una cobardía. Lejos de tratar al oficial con aquel respeto, no lo saludaría ni se quitaría siquiera su sombrero. Llegado al palacio en donde vivía el capitán se le dejó en una pieza baja y allí el capitán vino a interrogarle. El, sin señal alguna de cortesía, respondió lentamente

separando mucho las palabras. El capitán creyendo que le habían llevado un loco, dijo a sus soldados: *"no tiene cabeza, devuélvanle sus efectos y déjenlo ir."* Al salir del palacio, Iñigo encontró a un español que le llevó a su casa y le dió de comer y donde dormir. (72)

Al día siguiente continuó su camino hacia Genova. Por la tarde cayó en medio de otra banda de soldados que habiéndole visto desde una atalaya bajaron para aprehenderle. Su capitán que era un francés le preguntó de qué país era, Iñigo respondió que era guipuzcoano. *"Yo soy*, le dijo el oficial, *de un país cercano al vuestro,"* porque era de los alrededores de Bayona, y dio a los soldados la orden de darle de cenar y tratarle bien. La Providencia velaba por el servidor que en ella confiaba y así cuidó de él hasta el fin del viaje. Llegando a Génova, Iñigo fue reconocido en la calle por un vizcaíno al que había hablado en otro tiempo en la Corte del Rey Católico. Este hombre, llamado Ramón Portundo, le hizo embarcar en un navío español que salía para Barcelona. Andrés Doria que seguía entonces el partido francés, dio caza al navío, pero no pudo alcanzarlo, e Iñigo llegó a Barcelona hacia el fin de febrero de 1524, después de un año de ausencia.

Notas Capítulo Quinto

---

(1) *Scrip. S. Ign*., II, 84.

(2) González de Cámara, n. 34.

(3) El *más* de los Marcet, está a algunos pasos de la Capilla de Ntra. Sra. de Villadordis. Santiago Marcet, como se deduce de los archivos notariales de Manresa, vivia aun en 1522. Con su hijo Antonio terminó su familia. Su heredera casó con un Casajuana. En 1761, Teresa Casajuana casó con un Codina; en 1849, la última de las Codina caso con un Altamira. En esta familia patriarcal de los Marcet, el mayor de los hombres lleva siembre el nombre de Ignacio.

(4) *Scrit;. S. Ign*., II, 388.

(5) Gonzalez de Cámara, n. 35.

(6) *Scrip. S. Ign*., II, 388.

(7) El P. Creixell, *San Ignacio en Barcelona*, 21, fija este itinerario según los antiguos mapas de Barcelona. Acerca de la casa de los Pascual véase también al P. Creixell *San Ignacio de Loyola*, 1, 165-184; el P. Pablo Hernández, S. J., *La Casa de San Ignacio de Loyola en Barcelona*. Mucho antes de estos autores, del 8 al 12 de mayo de 1883, el P. Cros había estudiado este problema, como lo atestiguan las abundantes notas de sus cuadernos. Los trabajos de planificación emprendidos para la apertura

de la calle de la Princesa, han hecho desaparecer completamente la casa santificada por San Ignacio. Nada queda que recuerde que un santo vivió allí.

(8) Isabel Roser era de la noble familia de los Ferrer. Su casa estaba situada frente a la iglesia de San Justo. La tradición barcelonesa y Creixell colocan en ella el primer encuentro de Isabel con Iñigo. Rivadeneyra no precisa el lugar. Los Editores de Monumenta (ep. el instruc., I, 83) siguiendo a Fluvia y García, prefieren la iglesia de Santa María del mar.

(9) *Scrip. S. Ign*., II, 273.

(10) lbid., II, 342-343, 680.

(11) González de Cámara, n. 37.

(12) Creixell, *S. Ignacio en Barcelona*, 35-37, y en *San Ignacio de Loyola*, I, 226-229, describe este cofrecillo que desapareció en el incendio del convento en 1909 durante los excesos revolucionarios de la semana trágica. El 22 y el 23 de abril de 1883 el P. Cros había revisado todos los archivos y recuerdos del convento.

(13) González de Cámara, n. 36.

(14) Id., n, 36.

(15) Id., n. 35.

(16) Id., n. 35.

(17) id., n. 36.

(18) Id., n. 35.

(19) *Scrip. S. Ign*., II, 389.

(20) González de Cámara, n. 38. A partir de este punto, perdemos toda huella de los compañeros barceloneses de Iñigo. Sin duda no hicieron a pie el viaje de Gaeta a Roma.

(21) González de Cámara, n. 38.

(22) Tacchi Venturi, *Storia*, II, 44.

(23) González de Cámara, n. 39.

(24) *Scrip. S. Ign*., II, 396.

(25) González de Cámara, n. 40.

(26) Id., n. 41.

(27) Id., n. 41.

(28) Id., n. 42.

(29) Id., n. 42.

(30) Rivadeneyra, Vida 1, I, c. 10.

(31) González de Cámara, n. 43.

(32) Tenemos el diario de ruta de los dos peregrinos de Jerusalem en 1523. El diario de Pedro Fussli, fundidor de campanas en Zurich, fue publicado en la Zurcher Taschenbuch, 1884, 146-193, por el Dr. Hermann Escher y Hermán Hirzel, que firmaron su trabajo con sus iniciales. El diario de Felipe Hagen estrasburgués, fue publicado con otras tres relaciones por Conrady. H. Bohmer ha reeditado el diario de Fussli y utilizado el de Hagen en extractos en Studien zur Geschichte der Gessellschaft Jesu, Bonn, Falkenroth, 1914.

(33) Hagen, 234; Fussli, 143.

(34) González de Cámara, nn. 42, 43.

(35) F. Rey. *La protection diplomatique et consulaire dans les echelles du Levan*!, París, Larose, 1899.

(36) Fussli, 152. En el navío del gobernador de Chipre habían subido cuatro españoles (Iñigo de Loyola, un sacerdote cuyo nombre ignoramos, el Comendador de la Orden de S. Juan, Diego Manes o Núñez y su criado), tres suizos (Pedro Fussli y Sírgles de Zurich, Hans Hunegg de Mellingen en Argovia); el tirolés Conrado Bernhaerd, pastelero de oficio y miembro de la cofradía de panaderos alemanes en Roma. Iñigo nombra al Comendador en sus dictados a González; Fussli en su diario nombra a los otros peregrinos y señala la presencia del sacerdote español.

(37) Id.. 150-151.

(38) Id., 150.

(39) González de Cámara, n. 43.

(40) Fussli, 152.

(41) Id., 152, 156.

(42) González de Cámara, n. 43, 44.

(43) Entre los trece peregrinos, Felipe Hagen era de Estrasburgo; Diebolt, de Jeandelaincourt, Jorge de Graincourt y su criado, loreneses; Ehrard Ride de Risal, flamenco; Pedro de Breda, Dirck Taets, Juan de Gorkum, Simón Dieriecks, holandeses. Ignoramos los nombres de los otros flamencos u holandeses. Conocemos por el diario de Hagen casi a todos los peregrinos aquí nombrados. Los tres últimos se hicieron retratar, con la cruz de peregrino sobre el pecho, y la fecha de su peregrinación, 1523. Taets era canónigo de la Catedral de Utrecht, Juan de Gorkum vicario de la misma Catedral; Dieriecks laico. Sus retratos se conservan en Utrecht, en el museo que lleva el nombre del célebre pintor Juan Scoorel.

(44) Hagen, 239-243.

(45) González de Cámara, n. 44.

(46) Hagen, 245-248.

(47) Fussli, 158.

(48) Hagen, 248; Fussli, 158.

(49) Hagen, 249; Fussli, 160.

(50) González de Cámara, n: 44.

(51) Hagen, 251-271; Fussli, 178.

(52) Se encontrarán en la Biblioteca geográfica Syria, de Reinhold Rohricht (Berlin, Reuther, 1890), indicaciones muy numerosas acerca de los antiguos relatos de viaje a Tierra Santa. De la época de Ignacio tenemos relatos de italianos, españoles y franceses. De estos últimos muchos fueron publicados por Camilo Couderc, Tamisey de la Roque, Carlos Schefer y J. Chavanon en diversas colecciones. Todos presentan el mismo cuadro. Es manifiesto que hay entre los Franciscanos de la Custodia una tradición para organizar estas piadosas visitas.

(53) Hagen, 251-271; Fussli, 176.

(54) Hagen, 271-272.

(55) González de Cámara, n. 45.

(56) Id., n. 45.

(57) Id., n. 45.

(58) Id., n. 47.

(59) Id., n. 48.

(60) Hagen, 272-275; Fussli, 178-179.

(61) Id., 276.

(62) Id., 180-181.

(63) Id., 182-183

(64) Id., 183, 188.

(65) Id., 190.

(66) Id., 190, 192.

(67) González de Cámara, n. 49.

(68) Id., n. 49-50.

(69) Id., n. 50.

(70) Id., n. 50.

(71) Id., n. 51.

(72) Id., n. 53.

(73) Id., n. 53.

(74) Id., n. 54.

LIBRO II

EN POS DE UNA VIDA APOSTÓLICA

CAPÍTULO SEXTO

6. EL ALUMNO DE MAESTRE ARDEVOLL

(1524-152 6)

El proyecto de permanencia en Palestina acababa de desvanecerse o mejor dicho de estrellarse ante una imposibilidad, rígida como una fuerte y alta muralla. El padre Angel de Ferrara tenía sobrada razón: (1) durante largas semanas el peregrino había tocado con la mano la ferocidad turca, incapaz de soportar en los Santos Lugares la morada de los cristianos. Cuánto menos los hijos de Mahoma hubieran admitido la propaganda cristiana que Iñigo pretendía hacer entre ellos, aunque de esto no dijo ni una palabra al Custodio. (2) El Señor no quería que su siervo se quedara en Jerusalem; los acontecimientos lo demostraban con evidencia.

Así pues, ¿qué hacer?Durante la travesía de Jafa a Venecia, no le faltaron días ni semanas para reflexionar y orar. De la oración no parece que Iñigo hubiera obtenido luces decisivas que iluminaran su camino. Si Cristo se le había aparecido en las horas dolorosas del viaje, (4) había sido para reconfortarlo, mas no para iluminar su porvenir. Se vio pues reducido a pensar las razones en pro y en contra, a examinar con reflexión atenta el problema de la conducta que debía seguir. Desde Manresa lo abrasaba una sed ardiente: la de *"ayudar a las almas"*; y al contacto de la tierra sagrada en la que el Salvador predicó el Evangelio y murió en la cruz por los pecadores, aquella sed se hizo más devoradora. ¿Cómo pues, y de qué manera mejor podría socorrer a ese mundo del siglo XVI en todas partes presa del pecado? Hasta allí había evangelizado en sus fortuitos encuentros, pero ¿debía continuar así o bien emprender los estudios habituales de un clérigo, para predicar con más autoridad a

Jesucristo? Cuanto más pensaba, más *"se inclinaba a estudiar y hacerse sacerdote,"* a fin de poder ayudar a las almas. (5)

Tales son las conclusiones a que se determinó el peregrino de Jerusalem; y fue para estudiar en Barcelona, para lo que tomó el camino de España.

Desde su vuelta a Barcelona el peregrino manifestó su designio a Isabel Roser, y ésta lo puso sin duda en comunicación con el maestro de gramática Jerónimo Ardevoll. El nuevo plan de vida de Iñigo fue trazado por sus caritativos bienhechores: Ardevoll prometió darle gratuitamente sus lecciones, Isabel Roser daría al escolar todo lo necesario. (6) Iñigo dio las gracias, pero dijo que prefería volver a Manresa. Allí había entre los Cistercienses de San Pablo, un monje cuyo recuerdo estaba profundamente grabado en su alma. Queriendo unir al estudio de las letras el de la perfección cristiana y al mismo tiempo entregarse al apostolado, le parecía que su estancia en Manresa y la dirección de aquel hombre de Dios le ofrecía toda clase de ventajas. Por lo demás, si no encontraba en Manresa la comodidad que esperaba, se comprometió a aceptar con agradecimiento la amigable combinación propuesta por Ardevoll e Isabel Roser.

Desde el 4 de agosto al 30 de diciembre de 1523 la peste había desolado a Manresa. (7) El monje del priorato de San Pablo, (8) que probablemente se llamaba Alfonso de Guerrero, había sido tal vez víctima de la plaga. En todo caso, Iñigo nos dice que llegado a Manresa encontró que había muerto aquel a quien quería hacer padre de su alma y maestro de su espíritu; y así se volvió a Barcelona. (9)

Jerónimo Ardevoll era el hijo menor de Bernardo Ardevoll, Alcalde de la Fatarela, aldea cercana a la costa catalana entre Tortosa y Tarragona. Instruido y provisto del título de Maestro de Artes, había heredado de su familia no una grande fortuna porque el testamento de su padre no le destinaba sino tíos cántaros anuales de aceite de oliva, sino un fondo inagotable de verdadera religión. Su casa era de aquellas en donde el cristianismo domina en toda las acciones y cuyos miembros, antes de salir de este mundo compran con legados piadosos el perdón de sus faltas y su parte de paraíso. Esta herencia de honor y de piedad cristiana, se conserva hasta nuestros días en la familia de donde salió el generoso maestro de Iñigo de Loyola (10).

Jerónimo Ardevoll, era uno de los Regentes de la Universidad de Barcelona. Fundados en 1402 los Estudios Generales de la gran metrópoli catalana, se habían organizado lentamente, comenzando por la Facultad de Medicina, siguiendo con la Facultad de Artes, y parece que, penosamente, habían crecido. Las facultades no estuvieron completas sino hasta 1450. En 1520 el Concejo de la ciudad deliberaba acerca de los medios de dar a las escuelas algún lustre y renombre que permitiera remediar la ignorancia de los escolares; los concejales decidieron aumentar los emolumentos de los maestros por "*medio de una razonable contribución de la ciudad*". Como era entonces práctica universal, los cursos de la Universidad eran gratuitos y públicos. Y fue, mezclado con los muchachos de Barcelona, cómo Iñigo, de treinta y un años de edad, comenzó a seguir las lecciones de gramática de Jerónimo Ardevoll.

Pero es claro que la enseñanza general y común, no podía bastar a aquel estudiante tan singular. El deseo de aprender era en él muy vivo y su docilidad perfecta: sus facultades sin embargo no tenían la plasticidad de la infancia. Además, su gusto por la ascética estorbaba los esfuerzos del estudiante. En lugar de recordar los casos de las declinaciones y los tiempos de las conjugaciones, su memoria evocaba hasta en las horas de estudio el recuerdo de los beneficios de Dios. Y mientras que su corazón se dilataba en actos de amor, la lección señalada por el maestro no era aprendida. (11)

Iñigo era demasiado reflexivo y muy ayudado de Dios también para no darse cuenta del mal y encontrar el remedio. Era un remedio el que Jerónimo Ardevoll le diera unas clases particulares, en su casa de Calders Mayor. Y puédese estar seguro que aquel hombre excelente lo hacía con toda buena voluntad. Ese régimen estaba previsto y aceptado desde los primeros tratos con Iñigo e Isabel Roser. Pero si los ardores de devoción perseguían al Santo estudiante hasta en la casa del maestro Ardevoll, ¿dónde estaba el provecho? Con el hábito de introspección que había tomado desde su conversión en Loyola en 1521, Iñigo no tardó mucho en observar, que esas dulzuras espirituales en las que se extasiaba su alma, le sobrevenían precisamente en las horas de clase, mucho más que en las horas de oración, por lo cual cayó en la cuenta de que eran con toda seguridad una maniobra diabólica. Descubrir al enemigo para un soldado semejante, era vencerlo. Tomó en seguida la resolución de cortar por

lo sano y definitivamente a aquella devoción inoportuna y sospechosa. Hasta entonces Iñigo se había contentado con hacer esfuerzos para apartar el pensamiento de Dios, pero no lo había logrado. Recurrió entonces a otro medio: cierto día después de haber hecho oración, se fue a la calle de Calders Mayor y rogó a Ardevoll le siguiera hasta la iglesia de Santa María del Mar que estaba cercana. *"Allí estando sentado, le expuso fielmente todo lo que pasaba en su alma y cuán poco por esta causa había progresado"*, y añadió una promesa: *"yo le prometo, le dijo, no faltar nunca a oír vuestras lecciones durante dos años, con tal de que encuentre en Barcelona un poco de pan y agua para alimentarme"*. Y como estas palabras las pronunció con un alma fuerte y sincera, ya nunca más el estudiante tuvo la tentación de aquellas falsas dulzuras espirituales en los momentos reservados a los trabajos del estudio. (12)

*

* *

Fuera de las lecciones de gramática, Iñigo llevaba en Barcelona una vida semejante en todo a la de Manresa: la oración, la penitencia, y el celo llenaban sus días.

Era huésped de Inés Pascual. La casa de los Pascual estaba en el centro de Barcelona en la esquina de la calle de Cotoners y de la de Forn. (13) Era una casita miserable, y de pequeñas dimensiones. En los bajos los Pascual tenían una tienda y en el primer piso unos departamentos, en la azotea había una pieza a donde se subía por una escalera de caracol. Aquel reducto tenía quince pies de largo, trece de ancho y veinte palmos de altura; servía de cuarto al joven Pascual; Iñigo hizo de él su celda de día y de noche. Inés Pascual hubiera querido adornar el lecho de Iñigo como el de su hijo, pero las instancias de la caritativa mujer fueron siempre rechazadas. El colchón y las mantas ofrecidas jamás fueron empleadas, porque el penitente prefería a aquellas superfluidades las tablas de su lecho de madera. (14)

Su régimen alimenticio lo constituía lo que le daban de limosna. No comía en la mesa de la familia, sino que cada día mendigaba su alimento como lo había hecho en Manresa; excepto los domingos, ayunaba todos los días, contentándose con pan y agua. Para sazonar esta frugal comida, el hombre de

Dios no conocía otra cosa sino las disciplinas y los cilicios. Se imagina uno fácilmente que el sustento de un estudiante de esta especie costaba muy poco, sea a Inés Pascual, sea a Isabel Roser. (15)

Recuérdese que en medio de sus austeridades de Manresa, Iñigo había contraído una persistente enfermedad del estómago. Esta desapareció durante la peregrinación a Jerusalem, y así a su vuelta a Barcelona el incorregible penitente creyó que podía con toda seguridad reanudar sus prácticas de penitencia de otros tiempos. *"Comenzó, pues, a hacer agujeros* (16) *en las suelas de sus zapatos, y poco a poco agrandaba esos agujeros, tanto que en los primeros días del invierno no quedaban de su calzado sino los empeines"*. En este sistema todo era beneficio; los gastos se reducían y el penitente podía creer que su penitencia era conocida sólo de él. (17) Los santos tienen a veces esas ilusiones; pero a juzgar por los testimonios del proceso de Barcelona, no parece que su astucia produjera efecto; porque Ana de Rocaberti afirma que Iñigo iba a la escuela con los pies descalzos, y Honorina Pascual dice haber sabido de su padre que llevaba los zapatos agujereados. Es cierto que para juzgar del caso, los Pascual tenían medios de información particularmente efectivos, puesto que Iñigo era su huésped.

Cantas virtudes atrajeron a Iñigo, en Barcelona como en Manresa, la veneración de las familias más honorables. Entre sus admiradoras, los procesos señalan a doña Estefanía de Requesens, hija del Conde de Palamos y mujer del Comendador Mayor de Santiago, Juan de Zúñiga, a doña Isabel de Requesens Bojados, abuela de los condes de Zavallá, a doña Guiomar y Desplá, abuela del Marqués de Aytona, a doña Isabel de Josa, en una palabra a lo mejor de Barcelona. Cuando el santo mendigo tocaba a la puerta de estas damas, le llenaban la mochila de cantidad de alimentos de toda especie y a veces le daban algún dinero. (18)

Así provisto, Iñigo llevaba a la calle de Cotoners aquellos tesoros, escogía con cuidado lo que había de mejor para llevarlo a los enfermos de los hospitales o para ofrecérselo a los pobres. Una de las puertas de la casa de los Pascual, en la calle de Cotoners, estaba provista de una reja de madera entre cuyos barrotes se abría una ventanilla. A las horas de las comidas, los pobres se juntaban allí e Iñigo daba a cada uno su parte con mucha humildad y buena gracia, de manera

que los alrededores de la modesta habitación se parecían a los de las iglesias a las horas en que los oficios reúnen allí a los fieles y a los pordioseros. Inés Pascual como tesorera fiel tenía la guardia del dinero y de los víveres recogidos por Iñigo, y éste no omitía nada para descubrir a los pobres vergonzantes. A favor de la noche los visitaba, los consolaba y dejaba en sus manos lo mejor de las limosnas recibidas. Naturalmente estos actos de caridad evangélica iban acompañados de palabras de celo apostólico. Con frases inflamadas, el apóstol exhortaba a sus favorecidos a amar a Dios y a guardar los mandamientos. El cuidado de socorrer la miseria de aquellos que no tenían nada, procedía ante todo de un ardiente deseo de su corazón de ganar sus almas para Dios. Haciendo este servicio del Señor, fin único de su vida, y encontrando en este ideal todo el contento de su espíritu, soñaba en llevar a otros a comprender como él mismo lo comprendía, el Evangelio.

*

* *

Este anhelo se traducía en toda especie de generosas empresas. Catequizaba a los niños, entraba atrevidamente en las casas de mujeres de mala vida, reconciliaba a los enemigos. Cierto día que volvía del Monasterio de los Ángeles con Juan Pascual, al pasar por la plaza de Lull, oyó que salían unos gritos de una casa. Corrió hacia ella con su compañero. Allí vivían dos hermanos llamados Lysanos, divididos hacía mucho tiempo por cuestión de intereses; uno había entablado un proceso contra el otro por cuestión de una herencia. El que perdió el proceso, llegó a tal desesperación que intento ahorcarse. Acababa en efecto de colgarse en el momento en que Iñigo pasaba por la Plaza de Lull; mas él cortó la cuerda e hizo tender sobre un lecho al suicida que parecía como muerto. Se puso de rodillas y todos los que le rodeaban hicieron lo mismo. Y de sus labios se escapaban con fervor las invocaciones *Jesús, Jesús*. Comenzó a gritar a la oreja del pobre hombre: *"¿quiere usted confesar sus pecados?"* Al cabo de algún tiempo Lysanos abrió los ojos y recobró los sentidos; según algunos testigos tuvo tiempo para confesarse con un sacerdote llamado a toda prisa de la iglesia de Santa María del Mar. De todas maneras es cierto que el desgraciado no salió de este mundo sin dar testimonio de su arrepentimiento: (19) así obra y triunfa el celo de los santos.

La visita de Iñigo al Monasterio de los Ángeles que acabamos de recordar, no era un paseo vulgar o fortuito.

Los conventos de Barcelona, fueron desde aquella época el teatro del apostolado de aquel estudiante de gramática. Toda su vida conservó la preocupación de la reforma de los monasterios; su correspondencia lo atestigua con evidencia. Estos santos deseos datan desde los primeros días en que el hombre de Dios pudo comprender que el Señor era mal servido por aquellos que habían hecho voto de ser suyos. El Luteranismo y el Calvinismo reclutaron multitud de sus sectarios y predicantes en los monasterios relajados. No por haber escapado a la invasión del protestantismo la España de Carlos V, tenía menos necesidad de una renovación de la vida cristiana entibiada; Cataluña era poco más o menos semejante al resto de España; las monjas de Barcelona habían olvidado como otras las estrictas observancias, que guardan la virtud religiosa.

Las dominicanas del convento de Monte Sión, (20) habían recibido en 1461 del Maestro General de los Hermanos Predicadores algunos artículos de reforma, que probaban a la vez los déficits de la casa y la vigilancia de los superiores para proveer a ellos. En 1520 los esfuerzos para reprimir los abusos llegaron a producir una ruptura; el Convento de Monte Sión se declaró independiente de la jurisdicción de los Dominicos. No poseemos ningún documento positivo que hable de alguna relación de Iñigo con Monte Sion. Sabemos solamente que el monasterio en 1524 tenía unas religiosas llamadas Eufrosína Ferrer, Isabel de Josa, Juana y Catarina Zapila, Catarina Desplá y Juana de Bojados; son precisamente los nombres de las familias barcelonesas más amigas de Iñigo. ¿No invita esto a creer que estas familias trataron de beneficiar a sus parientas reclusas del celo de un hombre que ellas estimaban en tan alto precio?

No estamos mejor informados sobre el Convento de Santa Clara. (21) En esta casa, Franciscana por sus orígenes, vivían en 1524 las Benedictinas. La clausura allí como en otras partes, dejaba mucho que desear, las personas de la parentela entraban en las celdas de las religiosas y aun otras extrañas con ellas. El mal sobrevivirá largo tiempo hasta después de la muerte de Ignacio de Loyola; los procesos verbales de los visitadores eclesiásticos suministran una

prueba innegable. Que Iñigo haya comenzado durante su estancia en Barcelona a reanimar el fervor de aquel monasterio, no permite dudarlo su correspondencia de más tarde con Teresa Rejadell y el obispo de Barcelona Jaime Cazador.

Hemos hablado ya de las relaciones de Iñigo con el convento de las religiosas Jerónimas durante su primera estancia en Barcelona. Se imagina uno sin trabajo, que aquel cofrecillo de piedras y de flores traído de Tierra Santa por el peregrino ayudaría mucho a renovar aquellas relaciones. La clausura no estaba establecida en este monasterio por el año 1524, y esto facilitaba aun las visitas. En el proceso de 1606 Mariana Edo analista del convento, dará testimonio que oyó a Sor Antonia Estrada el que Iñigo tenía pláticas, casi cotidianas, con las religiosas para exhortarlas al fervor. (22)

Muy cerca del Convento de Santa Clara, en los alrededores de la puerta de San Daniel, se encontraba el convento de Nuestra Señora de los Angeles. Desde 1497 vivían allí las hermanas de la penitencia de Santo Domingo y de Santa Catalina de Siena.

El 7 de marzo de 1518, un decreto de la Penitenciaría Apostólica las retiró de la jurisdicción de los Hermanos Predicadores para someterlas a la del obispo. La Priora Sor Jerónima Ferrer, había venido de Valencia con Sor Angélica Casanova para establecer mejor las observancias regulares. Pero su celo no bastaba. La costumbre de admitir hombres hasta en las celdas de las religiosas se había establecido firmemente; y en los Ángeles todos los visitantes no eran ciertamente ángeles. Algunos de entre ellos, que eran muy asiduos en sus visitas al convento, no eran otra cosa sino caballeros galantes. Y aquellos encuentros conocidos del público eran un verdadero escándalo en la ciudad. Iñigo sufría cruelmente por ello en su corazón de apóstol. Después de haber multiplicado sus oraciones y penitencias para saber de Dios lo que debía hacer, se dirigió al convento y habló allí con una fuerza verdaderamente evangélica. Las pláticas del hombre de Dios convirtieron a las religiosas frívolas, y las hicieron romper con sus sospechosos cortesanos.

Pero éstos enseguida tomaron venganza. Entre el Monasterio de los Angeles y la puerta de San Daniel, colocaron a un criado encargado de espiar los pasos del convertidor de pecadoras. Apenas vió a Iñigo el criado se adelantó,

lo cubrió de injurias, le dió de bofetadas y bastonazos con tal violencia que el santo cayó por tierra medio muerto. Unos molineros que acertaron a pasar por allí lo levantaron, lo pusieron sobre un caballo y lo condujeron así hasta la puerta de San Daniel; de allí fue llevado suavemente en hombros hasta la casa de Inés Pascual en donde permaneció en el lecho durante dos meses. Los cuidados de Inés Pascual, las generosidades de los nobles barceloneses que le visitaban, lo ayudaron a restablecerse. Pero en los primeros días sobre todo, tenía todo el cuerpo tan adolorido que no se podía moverle sino levantándole con unas sábanas. Muchas veces se le envolvió con paños empapados en vino; y esto fue, a lo que parece, el remedio más eficaz. En medio de sus sufrimientos el herido no profería una sola queja; no salían de sus labios sino palabras de perdón y de oración; su corazón se elevaba en continuos actos de amor hacia Aquel que fue maltratado en su pasión por nuestros pecados. Y cuando terminada su oración, Inés Pascual se permitió aconsejarle que no volviese al Monasterio de los Angeles, el apóstol irreductible le dijo por toda respuesta: *"¡qué dulzura y qué felicidad seria para mi morir por el amor de Jesucristo y la salvación del prójimo!".* (23)

El celo de las almas y el amor de Dios eran toda la vida de Iñigo. Todos aquellos que lo conocieron entonces se dieron buena cuenta de esto y con mayor razón sus huéspedes de la calle de Cotoners se edificaron con ello. Juan Pascual, hijo de Inés, creció al lado del hombre de Dios. Los aprendices Juan Torres y Miguel Canyelles tuvieron la misma dicha, y toda su existencia conservaron el recuerdo de Iñigo como una bendición, sin poder menos de verter lágrimas de ternura al hablar de él. Cuando Juan Pascual se casó, educó a su familia en la veneración del siervo de Dios y el relato de su vida en Barcelona era el objeto de sus conversaciones incesantes. Por ellas tenemos alguna luz acerca de la vida íntima de este raro escolar. (24)

Diariamente asistía a la Misa, a las vísperas y completas. Frecuentaba particularmente Santa María del Mar, que era su parroquia, y la capilla subterránea de Santa Eulalia en la Catedral. No bastaba el día para su oración, sino que empleaba en ella una gran parte de la noche, siempre de rodillas con los brazos en cruz o tendido, pegado el rostro contra el suelo, ante un devoto crucifijo al que decía entre gemidos y exclamaciones amorosas: *"¡Oh Dios, qué*

verdad es que sois infinitamente bueno, puesto que soportáis a un ser tan malo y tan perverso como yo!" Las penitencias alternaban con la oración tanto de noche como de día.

Cuando por orden de su confesor, Iñigo se vio obligado a quitarse la grosera túnica que le servía de cilicio y sentarse a la mesa de la familia de los Pascual, no perdió nada por ello la mortificación. Casi no comía y su ocupación durante todo el tiempo era discurrir acerca de Nuestro Señor con palabras llenas de fuego. En la sala donde se tomaba el alimento estaba pendiente una imagen de la Cena. Cuando el servidor de Dios fijaba en ella su mirada a veces parecía entrar en éxtasis; y cuando volvía en sí, continuaba la conversación amablemente como si nada hubiese pasado. Ciertos días por manera de recreación, contaba a sus compañeros de mesa algunas anécdotas le su vida de soldado. Al fin de la cena decía ordinariamente a Juan Pascual: *"Juan, vete a acostar"*; y como Juan y él compartían el mismo cuarto, acompañaba al niño, y antes de que le rindiera el sueño, le enseñaba el catecismo, la manera de orar y otros ejercicios de la vida cristiana. Juan fingía a veces dormir, para sorprender mejor el secreto de las santas noches de Iñigo; y así fue frecuentemente testigo le sus ardores en la oración, en las penitencias y en sus éxtasis. Este espectáculo, al igual que la humildad del santo, lo llenaban de estupor. Con la libertad que fácilmente se toman los niños cuando tienen confianza sucedió algunas veces que Juan Pascual, lo mismo que Juan Torres y Miguel Canyielles dijeron a Iñigo: *"si es verdad que sois un caballero noble ¿por qué lleváis semejante vida?"* Inés Pascual reprendía aquellas ingenuas audacias. Pero Iñigo replicaba: *"dejadlos, dicen muy bien; porque mis pecados merecen más aún."* (25)

Esta vida de renunciamiento completo a sí mismo, este perdón de las injurias, este amor de la pobreza, este celo de las almas, esta modestia angélica, llenaban de admiración a la casa entera. Todos tenían a Iñigo por un gran santo, y los favores sobrenaturales de que Dios colmaba a su servidor parecían a los Pascual completamente naturales. Vieron varias veces a Iñigo elevado del suelo mientras que oraba y con el rostro resplandeciente, como transfigurado; le oyeron anunciar el porvenir, y muy particularmente predijo a Juan su vida entera, su matrimonio, su numerosa familia, sus reveses de fortuna y todas sus pruebas.

En esta luz profética con que el Señor le favorecía algunas veces en Barcelona, Iñigo ¿tuvo alguna vez una visión clara de su propio destino? Ciertamente aquel deseo de emplearse en la salvación de las almas que se encendió en el corazón de Ignacio en Manresa se aumentó grandemente con la peregrinación a Jerusalem. Su decisión de comenzar a estudiar, no fue sino una consecuencia del deseo que tenía de apostolado. Este deseo se reducía a una vida completamente evangélica, calcada más o menos sobre la abnegación, la penitencia y la oración de los salvadores de almas. En su existencia de estudiante de Gramática, en la Universidad de Barcelona, Iñigo practicaba ya las virtudes de la vida perfecta en un grado extraordinario; su amor de Dios le hacía ingenioso y emprendedor para acudir al socorro del prójimo. Llegó a encontrar entonces a tres compañeros que conquisto para su mismo género de vida: Calixto Saá, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres. Tendremos ocasión de volver a encontrar a este pequeño grupo. Ignoramos absolutamente cómo, en qué y a qué grado llegaron a ser en Barcelona los compañeros de Iñigo. Sólo el hecho es cierto. (26)

*

* *

En medio de las obras de celo de que hemos dado ya bosquejo, entre los ejercicios de piedad y de penitencia que Iñigo multiplicaba, ¿qué podía ser de sus estudios? Después de aquel solemne pacto que tuvo lugar entre el alumno y el maestro en la iglesia de Santa María del Mar, no podemos dudar de que Iñigo fuera muy asiduo a las lecciones de Jerónimo Ardevoll.

Nos gustaría saber los detalles, pero ignoramos todo lo de aquella vida intelectual, sino es el resultado final. *"Acabados los dos años de estudios* —dijo Ignacio a Cámara—, *años que había bien aprovechado, su maestro le dijo que podía ya seguir el curso de artes y que fuera a Alcalá"*. El parecer autorizado de Jerónimo Ardevoll no bastó a la prudencia y humildad del santo escolar. *"Se hizo, pues, examinar, según él mismo lo cuenta, por un Doctor en Teología, quien le dio el mismo parecer."* (27)

Jerónimo Ardevoll murió el 14 de marzo de 1551, con todos los sacramentos de la Iglesia. (28) Sus funerales fueron muy solemnes y este

honrado cristiano dejó a su mujer y a sus hijos, a falta de una gran fortuna, una herencia de honor y de virtud. Antes de morir pensó en los numerosos alumnos que encontró en su carrera de Regente, y se felicitó sin duda de haber sido el maestro de aquel guipuzcoano de 30 años, ignorante de las Letras humanas, pero lleno del espíritu de Dios que había llegado a ser en 1540 el fundador de la Compañía de Jesús.

Notas Capítulo Sexto

---

1) (González de Cámara, n. 45, 46)

2) Id. n. 50

3) *Quid agendum*? Es la frase de Ignacio, en su dictado a González, n. 50.

4) Id. n. 44, 48

5) Id. n. 50.

6) Id. n. 4.

7) Según las deliberaciones del Concejo de la ciudad de Manresa, la peste reapareció en 1497, 1501, 1507, 1508, 1519, 1520, 1521, 1522-1524. En 1523 hay 32 testamentos de muertos por la peste, de los cuales dos son franceses (Manresa, Arch., notarial Reg. del notario Sala).

8) De 1482 a 1699, el priorato de San Pablo era de Cistercienses y no de Benedictinos, como lo afirman historiadores mal informados. En 1699 se convirtió en casa de campo del Colegio de Manresa. Según los papeles del Convento, Alfonso Guerrero era aún prior el 29 de marzo de 1523.

9) El testamento de Bernardo de Ardevoll (20 de octubre de 1543) designa a Jerónimo *"magistrum in artibus, Barcinone degentem".* En su visita a la Fatarella, 26-27 de junio de 1882, el P. Cros estudió todos los papeles aún existentes en la alcaldía y en la iglesia, y pudo así obtener algunos datos sobre esa familia.

10) Ardevoll, no solamente es designado por Ignacio como su maestro, sino también así lo llamaban los testigos de los procesos canónicos. Ver Scrip. S. Ign. II, 615, 603 y 300, 319.

11) González de Cámara, n. 54.

12) Id. a. 55.

l3) Pablo Hernández, *La casa de San Ignacio en Barcelona*, 19, 24.

14) Scrip. S. Ign. II, 90.

15) Ibid. II, 90.

16) González de Cámara, n. 55.

17) Scrip. S. Ign. II, 343.

18) Ibid. II, 89, 275, 330, 736; Creixell, *San Ignacio*, I, 282-307.

19) Acerca de este milagro ver los testimonios en *Scrip. S. Ign. II*. 611, 629, 344, 399, 314-15, 276, y *Acta S. S*. julio, VII, 432, n. 120-127 donde se encuentra una carta del P. Gil al P. Lancisio.

20) Este monasterio estaba habitado por dominicas. Los testigos de los procesos canonicos (Juan Pascual y sus hijas, Galceran de Toro, Fray Onofre de Requeséns, Francés de Broquetes) hablan del relajamiento de las religiosas. La clausura no fue restablacida sino hasta agosto de 1549, por el Obispo Jaime Cazador.

21) Según los pápeles del convento revisados por el P. Croe.

22) Scrip. *S. Ign. II*, 334.

23) Ibid. n, 90-91.

24) Ibid. II, 80-90.

25) Ibid. II, 640-641.

26) Polanco, *Cronicon*, I, 33, 50; Barthel, Alcazar (Crono historia de la Provincia de Toledo XVII XXV.) Este Lope de Cáceres aquí mencionado es otro personaje distinto a aquel Diego de Cáceres que se asociará a los iñiguistas en París en 1538, se unirá después a la naciente Compañía en 1539, y estudiará en París la Teología juntamente con Mirón y Domenech; saldrá después de la Orden, y lo conocera Rivadeneyra en París. (*Ep. et Inst*. I, 132 Mon. Fabri, 102; Ep. Mixt. I, 61, 63, 66, V, 626

27) González de Cámara, n. 56.

28) Creixell, *San Ignacio de Loyola*, I, 224.

CAPÍTULO SÉPTIMO

7. EL ESTUDIANTE DE ALCALA

(Mayo 1526 a octubre 1527)

Hacia fines de mayo de 1526, Iñigo tomó el camino de Alcalá. Hizo a pie aquel largo camino de cerca de ciento ochenta leguas. Desde Montserrat, que quizás volvió a ver en aquel viaje, había tomado la costumbre de caminar siempre así, a la apostólica; y aquel rudo penitente no podía concebir otra manera de llegar a la nueva Universidad donde iba a continuar sus estudios. (González de Cámara, n. 56)

Alcalá de Henares estaba entonces en toda la frescura de su gloría naciente. (Hefelé. *El Cardenal Cisneros*, París, Letouzey 1869, 82-134. Esteban Azana, *Historia de la Universidad de Alcalá*, García, 1682, 231-298. Vicente de la Fuente, *Historia de las Universidades en España*, Madrid, Fontenebro, 1885, II, 48, 80-82) El movimiento creado en España por el genio de la Reina Isabel, encontró en el Cardenal Jiménez de Cisneros el mas poderoso propagador. Cuando no era mas que Gran Capellán en Sigueza, Jiménez había inspirado a su amigo Lope de Medina-Coeli, Archidiácono de Almazán, la fundación de la Academia de Siguenza. Llegado a ser arzobispo de Toledo y asociado por la confianza de los Reyes Católicos al gobierno del Estado, sus medios de acción se habían por decirlo así acrecentado sin límites. Se alegraba por las Universidades nuevas abiertas en diversas ciudades del Reino, como la gloria de Salamanca, aquella Atenas Española que contaba con 7000 estudiantes y en la que el humanista Pedro Mártir llegaba a su cátedra llevado en los hombros de sus alumnos, todo ello hacia palpitar de gozo al Cardenal; pero sus ambiciones eran más vastas aún. Al de esta inmensa diócesis de Toledo, Alcalá tenía desde hace 200 años una escuela. Fue allí en las márgenes del río Henares, en una llanura tranquila, donde Jiménez decidió fundar una Universidad que fue maravilla del mundo.

Las rentas del Arzobispado de Toledo eran opulentas, el favor de la reina Isabel todo dedicado a las Letras; el nacimiento del príncipe Fernando en Alcalá, el 10 de marzo de 1503, permitió aun al omnipotente ministro obtener de los soberanos españoles beneficios y privilegios sin igual. La primera piedra del grandioso edificio del que había trazado el plano el famoso arquitecto Pedro Gumiel, fue puesta en 1500. A principios de 1509 las cartas pontificias autorizando la erección de la Universidad nueva habían llegado a Roma; cuatro años después se abrieron los cursos. Cuando Fernando el Católico fue a Alcalá por primera vez, en enero de 1514, se quedó maravillado. Diez años más tarde el vencido en Pavía Francisco I, al que la derrota había conducido a España en calidad de prisionero(marzo de 1525 a febrero de 1526) después de la recepción solemne que se le hizo en Barcelona y en Valencia, se detuvo en Alcalá para contemplar con sus ojos la obra de Jiménez. Durante esta visita el Rey dijo: *"la Universidad de París, orgullo de mi reino es obra de los siglos, pero Jiménez ha hecho, él solo, una creación semejante."*

Desde el primer día en que abrió sus puertas, los estudiantes acudieron a la Universidad de Alcalá de todas partes; contaba con casi cuarenta cátedras: seis para Teología, seis para Derecho Canónico, cuatro para Medicina, una para Anatomía, una para Cirugía, ocho para Filosofía, una para Filosofía Moral, una para Matemáticas, cuatro para Retórica y seis para Gramática. Los más ilustres profesores de Salamanca y de otras partes habían sido llevados allí por Jiménez a precio de oro.

El Colegio de San Ildefonso, compuesto de treinta y tres miembros y de doce sacerdotes, formaba como el núcleo central de la Universidad. En torno de él, se agrupaban los dos colegios de San Eugenio y San Isidoro, en donde cuarenta y dos humanistas pobres eran sostenidos durante tres años; los colegios de Santa Balbina y Santa Catarina destinados cada uno a cuarenta y ocho alumnos de Filosofía; el Colegio de San Jerónimo para treinta becas de Hebreo, Griego y Latín; el Colegio de la Madre de Dios, para veinticuatro estudiantes pobres de Teología y de Medicina; el Colegio de San Pedro y San Pablo, para doce Franciscanos. Bien pronto las órdenes religiosas, con excepción de los Benedictinos y los Jerónimos edificaron en Alcalá colegios para sus religiosos destinados a seguir los cursos de la Universidad.

Tales creaciones llevaron por toda España y aun por toda Europa el renombre de Alcalá. La famosa *Polyglotta Complutensis* cuyo primer volumen apareció el diez de enero de 1514, el segundo en mayo y los otros cuatro que se terminaron en julio de 1517, acabó de consagrar a la vez la gloria de la joven Universidad y la del Cardenal Jiménez. Fue el primer esfuerzo de los filólogos católicos del Renacimiento. Las Biblias famosas de Amberes (1569), Heildeberg (1586-1616), París (1645) y Oxford (1657) no vendrán sino Después.

Mientras tanto Juan Vergara preparaba una edición grecolatina de Aristóteles; los comentarios de Tostado sobre la Biblia salieron también de las prensas de Alcalá, no menos que numerosos libros de edificación, de cantos de Iglesia y de escritos populares sobre Agricultura. Tal es el medio de fervor intelectual a donde llegó Iñigo de Loyola, en Junio de 1526.

Este hombre de treinta y cuatro años, poseía solamente los elementos de la lengua latina y quería proseguir sus estudios.

Por todas partes se le ofrecieron socorros con real abundancia. Deseoso de aprender todo, todo lo emprendió a la vez, a riesgo de ahogarse en este maremagnum del saber. El mismo nos dice, (González de Cámara, n. 57) que durante los 15 o 17 meses pasados en Alcalá, siguió las explicaciones de Lógica de Soto, de la Física de Alberto Magno y de la Teología de Pedro Lombardo. Bajo ese montón de mociones nuevas, abstractas, difíciles y tan diversas ¿cómo un espíritu sin cultura no hubiera quedado destrozado? Cuando Iñigo llego a París en enero de 1528, toda su formación intelectual tenía que recomenzar desde su base. Lo sabemos por él. Los profesores de Alcalá sin embargo eran muy distinguidos; los reglamentos de la Universidad, muy sabios. Erasmo hace elogios de ellos y felicita a España por marchar a la cabeza del movimiento intelectual de entonces. Pero Iñigo no estaba incorporado a ningún colegio de la Universidad, y no parece que tuviera ningún director en sus estudios; él entraba por todas las puertas abiertas, con el pensamiento sin duda de que debiendo apresurarse por su edad, debía avanzar rápidamente hacia la teología que le daría con el sacerdocio el medio de trabajar eficazmente en la salvación de las almas. Todo esto no es sino una conjetura; pero solo ella permite explicar cómo en el espacio de año y medio Iñigo se lanzó así a través de la Dialéctica, la

Física y la Teología, como si le hubiera bastado escuchar a la vez las lecciones de todo para saber todo de un golpe.

A pesar de esta falta de método, es imposible que ante la Universidad de Alcalá, tal como él la conoció en 1526, Iñigo de Loyola no hubiera experimentado una de esas impresiones que se prolongan por la vida entera.

Jiménez había muerto el ocho de noviembre de 1517. Sobre la tumba del Cardenal se leen estos versos de Vergara:

Condideram musis Franciscus grande Lyceum

Condor in exiguo nunc ego sarcophago.

Mejor que nadie Iñigo desertor de la hacienda de sus padres, comprendía esta lección sobre la vanidad de las grandezas humanas. Pero sin esperar a la biografía que Gómez debía escribir después, sabía también que el alma gloriosa del Santo Cardenal no había podido quedar presa en aquel sepulcro de mármol. Asociada en el cielo a la poderosa intercesión del otro Arzobispo de Toledo, San Ildefonso, continuaría rigiendo los destinos de la España de Carlos V. Por lo demás ¿acaso las obras de este monje, que fué padre de la patria, providencia de la Iglesia Ibérica, y protector de las Letras no llenaba todo Alcalá? El poder de su genio y el fervor de su celo ¿no habían llevado allí a millares de estudiantes llegados de toda Europa? ¿Y qué era aquella Universidad, tan joven y ya célebre inmenso hormiguero de espíritus trabajando, sino la ciencia al servicio de la fe? Fué seguramente en la ciudad de Jiménez donde Iñigo de Loyola tuvo por primera vez, la revelación de la divina nobleza del saber.

Es verosímil añadir que debió llevar de Alcalá un sentimiento muy vivo de desconfianza contra Erasmo y Lefevre d'Etaples. Este había publicado en 1512 su *Comentario sobre las Epístolas de San Pablo*, aquél había hecho imprimir en Basilea su famosa edición del Nuevo Testamento en 1516. Estos dos libros, acogidos favorablemente por algunos profesores de Alcalá, habían sido hechos pedazos con cólera por uno de los colaboradores de la Políglota, Diego López de Zúñiga. Contra Erasmo sobre todo, Zúñiga había lanzado opúsculo sobre opúsculo, denunciando al mundo católico las *Erásmicas Impiedades y Blasfemias*: a los cuales Erasmo respondía por infatigables apologías. (Serrano y Sanz ha estudiado los procesos verbales de esta junta (*Revista de Archívos*,

enero 1902, 60-73); en su *Luis Vives*, Bonilla y San Martín ha contado también esta historia)

Esta guerra de pluma tuvo un epílogo solemne, un mes precisamente después de la llegada de Iñigo a Alcalá. El Inquisidor general, Alonso Manrique de Lara, Arzobispo de Sevilla, presidió en Valladolid, del 27 de junio al 13 de agosto, una asamblea de más de treinta teólogos, a fin de poner en claro las controversias provocadas por los libros de Erasmo. (*Luis Vives*. 194-1955) Este tenía en España partidarios tan decididos, como adversarios, (Ibid. 130-132) y sus obras se traducían al español y se reimprimían en latín, en la misma Alcalá en la casa de los Eguía. Era pues necesaria una conclusión autorizada para aquellos debates. Pero no se pudo alcanzar. Al cabo de veinte sesiones, la asamblea de Valladolid deliberaba cada vez con menos claridad. Aunque los adversarios de Erasmo fuesen numerosos en ella, no estaban de acuerdo sobre lo bien fundado y la gravedad de las críticas que había que hacerle. Quizás el Arzobispo de Toledo, Fonseca, que protegía a Erasmo, maniobraba en la Corte. En todo caso la Junta Teológica se separó sin concluir nada. (En tomo IX y último de las obras de Erasmo (Ed. de Basilea, 1540), se encontraran las cinco apologías de Erasmo contra Zúñiga. Menéndez y Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, II, 47-59), menciona los seis opúsculos de Zúñiga contra Erasmo)

Los partidarios triunfaron de aquella impotencia como de un "*no ha lugar*"; sobre todo después de que el gran humanista recibió De Carlos V, en septiembre de 1527, una carta elogiosa y que Clemente VII, en octubre del mismo año prohibió atacar las obras de Erasmo contra Lutero; pero subsistía siempre la sospecha.

Todo esto hizo gran ruido en Alcalá, más aun que en Valladolid, porque dos maestros, el doctor Carrasco y el doctor Ciruelo, habían tomado parte en una junta y habían dicho de Erasmo más mal que bien. Si creemos a Polanco, desde Barcelona Iñigo de Loyola se había disgustado de Erasmo, del que había leído entonces *El Soldado Cristiano*. Quizás Polanco comete un error y fecha en Barcelona un hecho sucedido en Alcalá. En todo caso el choque de aquellas opiniones contrarias que se produjo en 1527 en la Universidad, no eran de suyo capaces de atraer la simpatía de Iñigo hacia un hombre sospechoso. Y su poca

cultura le hacía casi necesariamente depender del partido más alborotador. (*Cronicon* I, 33)

*

* *

Si medimos mal las conquistas que hizo entonces en el dominio de las letras y sus tendencias intelectuales, sabemos sin embargo claramente hacia que cimas de virtud caminaba Iñigo a grandes pasos.

Desde el primer día había inaugurado en las calles de Alcalá, su vida de mendigo evangélico. No faltó en su camino un sacerdote que lo maltratara y le declarara que era una vergüenza su pereza. Pero su dulzura ante los insultos había conquistado el corazón de un

transeúnte, que acercándose a él con bondad, le dijo que iba a encontarle un asilo; y le condujo al Hospital de Antezana. (González camara, n. 57)

Este Hospital llevaba el nombre de un bienhechor insigne, don Luis de Antezana, antiguo paje de los reyes católicos, casado con Doña Isabel de Guzmán, tan noble y cristiana como él. Don Luis dió al Hospital de San Julián el 21 de diciembre de 1483 una casa suya, situada en la gran Calle de Alcalá para establecer allí *"doce lechos provistos de jergón, colchón, sábanas, almohadas y cobertores"*. Una hospitalaria se encargaría de *"recibir a los pobres, hacerles sus camas y cuidar de la casa"*. En 1526 los dones incesantes de personas caritativas, enriquecieron el Hospital Antezana, llamado también Hospital Nuevo. Una junta de cofrades giraría los bienes y el primer dignatario, que había de llamarse Prioste o Preboste, fue en 1526 Lope de Deza. (Por acta de 21 de diciembre de 1483, la casa de Luis Antezana se convirtió en hospital de San Julián. Sixto IV aprobó la fundación por Bula del 23 de mayo de 1484. De 1510 a 1527 otras munificencias vinieron a añadirse a las de Luis de Antezana. En un registro de 1535, se encuentra escrito el reglamento primitivo del hospital)

Los historiadores cuentan que en aquella fecha el Hospital de Antezana estaba embrujado y que desde su llegada, Iñigo pudo oír un ruido espantoso que sacudió toda la casa. Puesto de rodillas en medio de su cuarto, el servidor de Dios dijo a sus invisibles enemigos: *"si Dios os ha dado algún poder sobre mí,*

aquí estoy; pero si no os lo ha dado, a qué vienen, pobres miserables, todos esos vanos espantajos". Y se hizo la calma.

En aquella celda del hospital, Iñigo oraba, hacía penitencia, tomaba su escaso alimento y su corto sueño y repasaba las notas de su curso. La hospitalaria mujer no había visto frecuentemente a un mendigo de esa especie; y ella lo dirá, como lo veremos muy pronto.

Otros notaron también aquella vida evangélica. Uno de los primeros fue Diego de Eguía, hermano de Miguel, el impresor de Alcalá. Los Eguía eran guipuzcoanos, (Según los Arch. de Estella, del marqués de Narros y el duque de Granada) como Ignacio. Su casa solar es vecina de Legorreta. Pero hacía ya largos años, una rama de la familia se había establecido en Estella de Navarra y Nicolás de Eguía, padre de Diego, estaba casado con Catalina de Jasso, tía abuela de Francisco de Javier. En la familia cuya sangre llevaba en las venas, Diego había adquirido una religión profunda y el amor a los pobres. El Hospital de Estella, sobre cuya puerta se ve, aun ahora, el escudo de los Eguía, había sido fundado en 1524, por su tío Juan. No es pues de sorprender que Iñigo recibiera de Diego, en Alcalá generosas limosnas. El joven estudiante de la Universidad no rehusaba nada. Un día que Iñigo, en la calle le tendió la mano, Diego, que estaba desapercibido, condujo al solicitante a su casa, *"abrió un cofre, le dio unas colchas de diversos colores, unos candeleros y otras cosas semejantes"*. Iñigo envolvió en una manta todos aquellos regalos y se fue en triunfo a llevárselos a otros más miserables que el. (González de Cámara, n. 57)

Fue en una de estas obras caritativas donde le reconoció un azpeitiano su compatriota, Martín Sáenz de Goyaz, hombre honorable y rico, que tenía la costumbre de ir cada año a la feria de Alcalá. Mientras que estaba allí de paso, creyó reconocer a Iñigo de Loyola entre los estudiantes que salían de la Universidad. Para mejor asegurarse del hecho y hablarle, se puso a seguirle. De pronto le vió entrar en una casucha para salir luego después; Martín de Goyaz, entró a su vez y encontró en ella a una pobre viuda a la que preguntó: *"¿cuál es el nombre del hombre que acaba de salir de aquí?"* Ella respondió: *"no sé quién es, ni de dónde es; pero cada día viene a traerme alguna limosna"*. *"Cuando le vuelva a ver usted, replicó Martín, hágale saber que si tiene necesidad de dinero, de un caballo, o de otra cosa, Martín de Goyaz le proveerá."* La viuda cumplió con

el encargo e Iñigo dijo entonces a la mujer: *"le agradezco mucho lo que me dice y Dios Nuestro Señor la recompensará, pero ya no puedo volver a venir aquí"*. Martín de Goyaz logró al cabo encontrar a Iñigo. Es él quien contó la anécdota en la casa de Loyola y aun llevó una carta del estudiante de Alcalá. Ya se comprende que después de la partida del azpeitiano, Iñigo volvió a llevar a la pobre viuda su limosna cotidiana. (*Scrip. S. Ign*. II, 193-194)

Entre la juventud que frecuentaba la Universidad, se encontraban entonces, (La presencia de estos futuros jesuítas en Alcalá, la afirman Rivadeneyra *Vida*. Castro, *Historia del Colegio de Alcalá*, 1. I, cap. VIII; Nadal Ep. I, I) no solamente Diego de Eguía, sino Martín de Olave, Alfonso Salmerón, Diego Laínez, Nicolás de Bobadilla, Manuel Miona, Jerónimo Nadal, Diego de Ledesma, todos futuros jesuítas. Pero no parece que con excepción de Miona, hayan tenido relaciones algunas con Iñigo. Este no tenía por compañeros verdaderos, sino a Cáceres, Calixto Saá, Juan de Arteaga, y un joven francés Juan Reynald. Ya volveremos a encontrarlos.

Ni qué decir hay que entre los estudiantes, todos no eran tan buenos muchachos como los que acabamos de nombrar. Los reglamentos de Jiménez, podían ser lo bastante prudentes, pero quién no sabe que las barreras más altas y mejor preparadas no bastan para contener en la virtud los temperamentos indómitos o débiles.

Lope de Mendoza era de los que olvidaban el respeto debido a la ley de Dios y al honor reclamado por su nombre. Iñigo, más de una vez le hizo algunas advertencias que fueron mal escuchadas. Otro al que los historiadores no designan, sino con la cualidad de que muy temprano había sido honrado con una dignidad eclesiástica en una de las principales catedrales del reino, llevaba una vida poco conforme a los cánones y al decálogo; sus desórdenes públicos eran un escándalo que desgraciadamente arrastraban al mal a otros estudiantes. Después de haber orado mucho Iñigo se decidió a pedir una audiencia a aquel noble calavera. Fué recibido pero en presencia de testigos. Pidió entonces una conversación confidencial que le fue acordada, y desde que se encontró a solas con el culpable, Iñigo comenzó sus reprensiones. El interlocutor se enfureció desde luego, irritado porque se había atrevido a reprenderlo hasta en su propia casa, pero la firmeza y cortesía del censor,

acabaron por imponerse al joven olvidadizo de sus deberes hasta el punto de invitar a comer a aquel visitante que en un principio trataba de poner en la puerta. Por la tarde cuando llegó el momento de separarse, quiso que su amigo fuese conducido a su casa en una mula, seguido de algunos lacayos que llevarían antorchas. Iñigo logró a fuerza de súplicas esquivar el honor de una cabalgadura. Pero tuvo que aceptar el cortejo de lacayos con hachas encendidas, por lo menos hasta el momento en que con gran sorpresa se apercibieron de que el prisionero, obligado a todos esos honores, se les había escapado. En este acto de libertad apostólica volvemos a admirar al reformador de los Angeles de Barcelona.

*

* *

Como en Barcelona, Iñigo buscaba en Alcalá, toda ocasión de evangelizar. Catequizaba a los niños, conversaba con las mujeres devotas, enseñaba a cualquiera que deseara aprovechar sus lecciones, los principios de vida cristiana que leemos ahora en su libro de *los Ejercicios*. Todas estas empresas de celo eran bendecidas por Dios.

"Muchas personas, y es Iñigo mismo el que lo cuenta, llegaron a un conocimiento y un gusto notables de las cosas espirituales." Pero este bien hacía mucho ruido. Se preguntaban las gentes quiénes eran aquél Iñigo, aquél Cáceres, aquél Calixto y aquél Juan, vestidos como ermitaños, que sin ser sacerdotes hacían de apóstoles y atraían aquí y allá grandes concursos. Corriendo de boca en boca, el rumor creció y se deformó y cuando llegó a Toledo los inquisidores se preocuparon.

Los **Iluminados** de España (Menéndez y Pelayo) han dejado en la historia una huella larga y vergonzosa. Se olvida a veces que sus excesos se desarrollaron en regiones y en épocas diversas. La secta tuvo sus doctores en muchas aldeas y ciudades y sus perjuicios alarmaron a la Inquisición durante más de cien años. Se encuentran entre los papeles eclesiásticos de Alcalá, hoy transportados a los archivos Nacionales de Madrid, los procesos de los **Alumbrados** hasta en los años que inmediatamente precedieron a la venida de Iñigo a la Universidad. Y además ¿no era en los medios universitarios donde

el protestantismo naciente buscaba y encontraba sus más activos medios de propaganda? No es, pues, sorprendente, que desde el mes de noviembre de 1526 los inquisidores abrieran una investigación, para saber exactamente quiénes eran aquéllos predicadores sospechosos de que se hablaba en el país.

La investigación (El texto de los procesos contra Ignacio en Alcalá ha sido publicado tres veces primero por Serrano y Sanz *San Ignacio en Alcalá de Henares*, Madrid 1895;después por el P. Fita, *Los procesos de San Ignacio, en el Boletín de la Real Academia de Historia* 1898, XXXIII, 422-462; finalmente en *Scrip. S. Ign*. I, 598-624) se hizo por el doctor Miguel Carrasco, Canónigo de San Justo de Alcalá y por el licenciado Alonso Mejía, Canónigo de Toledo, asistidos por el notario Francisco Jiménez. Entre los testigos, Fray Fernando Rubio, sacerdote de la Orden de san Francisco, cuenta que yendo hacia mediados de septiembre a buscar un poco de salvado en casa de la devota Isabel, situada enfrente de la iglesia de San Francisco, pudo ver por la puerta abierta a un joven sentado en un sillón, que hablaba, mientras que dos o tres mujeres le escuchaban con las manos juntas. Y como iba a entrar, la devota Isabel le dijo: *"Déjenos usted que estamos ocupados"*. El Padre Rubio no sabía más, los predicadores eran jóvenes y no van, decía, a la Universidad; se les dan lecciones particulares y no viven juntos; se dice que uno de ellos es nativo de los alrededores de Nájera; se ignora si son de familia morisca; pero es evidente que es una novedad el reunir así a las gentes para predicarles. (*Scrip. S. Ign*. I, 599)

Beatriz Ramírez de Alcalá, declara que los predicadores por los que preguntaban los jueces, van descalzos y con túnica parda, que ella no conoce sino a Iñigo y que ha oído decir que es un gentilhombre. Que ella encontró a Iñigo un día en casa de un panadero, Andrés Dávila, y que estaban allí para oírle Isabel Sánchez, Ana del Vado, la hija de Juana Villareso, así como el mismo panadero, su mujer, una Luisa, mujer de Francisco de la Morena, un comerciante en vinos y otras personas aún. Iñigo les explicaba los dos primeros mandamientos de la ley de Dios. Que a veces se pone a explicar en el hospital la doctrina cristiana, y que es en ese hospital en donde vive. Juan y Calixto viven en casa del Panadero Andrés Dávila; Cáceres y Castro en casa de Fernando de Parra. Que a veces ella les ha dado víveres, entre otros una canasta de uvas, y

un poco de tocino. Que a Calixto y a Juan les ha ofrecido una almohada de lana. Que ella ha intercedido cerca de algunas señoras ricas, para que diesen a Iñigo algunas varas de paño, y que la túnica que lleva está hecha de ese paño.

La mujer de Julián Martínez, hospitalaria del Hospital de Antezana, fue convocada también para decir en el tribunal lo que sabía. Que Cáceres iba todos los días al hospital a comer y cenar y que después que habían comido, Iñigo y él se iban a sus estudios. Que a veces Calixto iba al hospital a conferenciar con Iñigo, ya en el patio, ya en su cuarto. Que antes de que se les diese un colchón y mantas iban al hospital a dormir ya uno, ya otro, pero que después no. Que hace cuatro meses, poco más o menos que están en Alcalá; todos vestidos con una túnica parda; Juan había llegado después de los otros, herido pero bien vestido cuando llegó al hospital y sólo después de su curación tomó el mismo vestido que los otros. Que van al hospital mujeres, jóvenes, estudiantes, frailes para oír a Iñigo. Que Iñigo dijo a la hospitalaria que cerrara la puerta a los visitantes, porque tenía necesidad de estudiar. Así que es sobre todo en los días de fiesta, cuando van las personas, muchas veces al comienzo del día, otras después de comer, otras por la tarde.

Julián Martínez, hospitalario del mismo hospital, confirma las afirmaciones de su mujer, y dice que a veces hay hasta diez o doce personas reunidas en torno de Iñigo. Que las mujeres que acuden por la mañana vienen cubiertas con un velo; pero que ninguna de ellas es sospechosa. Beatriz Dávila era mundana antes de casarse; Juan Reynald era paje del Virrey de Navarra don Martín de Córdoba, antes de venir a Alcalá.

Tales fueron los resultados de la investigación del 19 de noviembre de 1526. El día 21 el licenciado Juan Rodríguez de Figueroa, vicario general de Alcalá por el Arzobispo de Toledo, dio su sentencia:

"Habiendo sido informado que Iñigo, Arteaga, Calixto, Lope de Cáceres y Juan están los cinco asociados, llevan vestidos pardos en forma de túnica, con bonete del mismo color: por justas causas a esto concernientes, el dicente ha mandado y manda a cada uno de ellos en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor en que incurrirán ***ipso facto*** *si no obedecen el tener que dejar todos y cada uno, en los ocho días próximos, los dichos hábitos y manera de*

vestirse; y conformarse con el vestido común que llevan los clérigos o los laicos en este Reino de Castilla."

La sentencia fue notificada a los interesados por Figueroa en persona, e Iñigo nos ha contado la escena: El Vicario les dijo que no había encontrado ningún error en su doctrina ni en su vida y que por consiguiente podían continuar haciendo lo que hacían. Pero que no siendo religiosos, no parecía bien que fuesen todos vestidos de la misma manera. Iñigo y Arteaga harían de teñir sus vestidos de negro, Caceres y Calixto de pardo y Juanico, el joven francés, podía quedarse con el vestido que tenía.

Iñigo respondió que obedecerían a las órdenes dadas; pero dijo, que no sabía el provecho de tales investigaciones. *"Porque el otro día un sacerdote rehusó dar la comunión a uno de nosotros porque comulgaba cada ocho días, y ponía dificultades para dármela a mí. Quisieramos saber si se ha encontrado en nosotros alguna herejía."*

"No, dijo Figueroa, *si se os encuentra alguna os quemarán."*

"Y a usted también, replicó Iñigo, *se le quemará si resulta hereje."*

Teñir los hábitos con los colores pedidos, no fue de una gran dificultad; las órdenes de Figueroa fueron ejecutadas a la letra. Pero Iñigo continuó con su túnica negra y caminando descalzo. El Vicario General lo llamó y le ordenó que se calzara; lo que Iñigo hizo en seguida simple y tranquilamente.

Acerca del hecho de la comunión rehusada, Figueroa no se explicó con los estudiantes. Pero a lo que cuenta el padre de Castro, el Canónigo Alonso Sánchez cambió por sí mismo su conducta. Movido por un impulso interior, consintió en dar la hostia santa a aquéllos que la pedían con tanto fervor, y al dar la comunión a aquéllos verdaderos cristianos, sentía una tal consolación que se convirtió en amigo de Iñigo y de sus compañeros hasta el punto de invitarlos algunas veces a comer.

*

* *

Bajo sus nuevos vestidos, Iñigo y sus compañeros habían conservado su alma evangélica. Continuaban viviendo pobremente, predicando a quienes

venían a verles y estudiando cuando estaban solos. Las idas y venidas de mujeres devotas al Hospital provocaron sin duda alguna nueva denuncia. El 6 de marzo de 1527, Figueroa mandó comparecer ante él a Mencía de Benavente, viuda, a su hija Ana y a Leonor de Mena, mujer de Andrés López. Estas mujeres refirieron en lo que consistían las reuniones sospechosas: Iñigo explica la manera de hacer examen de conciencia, siguiendo los cinco sentidos, o las tres potencias del alma, iluminando sus explicaciones con los evangelios, las palabras de San Pablo y de otros santos. Recomienda hacer este examen dos veces por día, después de haberse puesto en presencia de Dios delante de alguna piadosa imagen. Alienta a sus oyentes a confesarse y a comulgar cada ocho días y explica también los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Como el caso no era punible Figueroa despidió a las testigos y dejó en paz a los predicadores, a los que ni siquiera hizo comparecer.

Poco tiempo después un acontecimiento insignificante produjo las murmuraciones de toda la ciudad. María del Vado, viuda, su hija Luisa y su criada Catalina, desaparecieron secretamente hacia el fin de la cuaresma. Se supo más tarde que habían ido a pie hasta Jaén, donde se veneraba una copia del Divino Rostro de Roma, y a Guadalupe en donde la iglesia de los Jerónimos poseía una imagen milagrosa de Nuestra Señora. El doctor Pedro Ciruelo relacionado con la noble familia Velázquez no había tardado en constatar la ausencia de las tres peregrinas; y como éstas eran asiduas a las predicaciones de Iñigo, no dudó un punto en mezclar a éste en el hecho. Por relación del padre Castro, sabemos que iba por la ciudad murmurando contra aquel extranjero que ponía todo en desorden, añadiendo que el Doctor Mateo Pascual, Rector de la Universidad, no cumplía con su deber y otras palabras imprudentes.

El doctor Pedro Ciruelo era todo un personaje en Alcalá. Desde 1508 era el maestro de la que fue primera cátedra de Santo Tomás; pertenecía a aquella primera generación de profesores en que se había fijado la elección del Cardenal Jiménez. Asi que cuando él se quejó ante Figueroa contra Iñigo, Figueroa procedió con todo rigor. Iñigo vió llegar un día al Hospital de Antezana a un alguacil que le dijo: *"Venga usted conmigo."* Por testimonio de un estudiante de entonces, que luego fue un gran doctor, mientras que el alguacil conducía a Iñigo a la prisión, se cruzó con él en la calle el joven Marqués de

Lombay, Francisco de Borja, que atravesaba Alcalá a caballo, seguido de una brillante escolta. Borja iba a hacer la Corte a Carlos V en Valladolid, en donde se prometía mil alegrías mundanas y los favores imperiales. Tiempo llegará en que este marqués aprenderá de Ignacio la vanidad de las cosas humanas, (Pierre Suau, S. J. *Hist. de San Francisco de Borja*, París, Beauchesne, 1910) Mientras tanto Figueroa había reunido contra los prisioneros nuevos informes. El 10 de mayo fueron citadas Mena de la Flor, hija de Fernando, el 14 de mayo Ana de Benavente y Leonor, Mencia de Benavente, y Ana Díaz, mujer de Alonso de la Cruz. Sus testimonios nos revelan los principios de la dirección espiritual de Iñigo y de su compañero de apostolado Calixto. La frecuencia de sacramentos de la penitencia y eucaristía cada semana, el examen de conciencia, dos veces por día, la práctica de la meditación por las tres potencias del alma, la oración vocal pronunciada lentamente como con compás: tales son los ejercicios que eran enseñados a aquellas mujeres de buena voluntad. Iñigo añadía algunas explicaciones sobre los mandamientos y las impulsaba a huir de las vanidades del mundo, de la murmuración y de los juramentos. Advertía también a aquellas principiantes en la ascética cristiana, las diferencias que hay entre el pecado mortal y el pecado venial; y advertíales que si .querían entrar de lleno en el servicio de Dios debían esperar que el demonio se les opusiera y tratara de impedir sus resoluciones por tentaciones y desalientos, pero que la firmeza en sus designios las libraría de las importunidades diabólicas.

A esto se reducen todos los testimonios perfectamente de acuerdo. Naturalmente las explicaciones de estas mujeres acerca de los ejercicios de un mes, o sobre las tentaciones, son más o menos lúcidas y exactas. Pero un teólogo como el licenciado Figueroa no podía engañarse.

En los testimonios de las mujeres interrogadas el 10 y el 14 de mayo hay un punto singular. La mayoría de entre ellas experimentaba accesos de melancolía, tristezas profundas e inexplicadas, desvanecimientos y algo así como crisis de epilepsia. Una de ellas, al servicio de Mencía de Benavente, era una mujer perdida; antes de seguir los consejos de Iñigo había tenido relaciones con numerosos estudiantes. Los fenómenos de que acabamos de hablar, eran en ella más caracterizados; pero las otras experimentaban cosas semejantes.

Figueroa tratando de ver claro en este asunto fue a buscar a Iñigo a la prisión. Era el 18 de mayo de 1527.

He aquí según el proceso verbal del notario Juan de Madrid la substancia de esta entrevista. Figueroa recordó una orden de él, dada en los alrededores de Navidad de 1526, por cuyos términos había prohibido a Ignacio formar asambleas de personas o conventículos para enseñar o doctrinar a quien quiera que fuese; y acusó al prisionero de haber contravenido aquella orden formal. Iñigo respondió: *"usted no me mandó aquello bajo la forma de precepto; y si me habló de ello, de lo que no me acuerdo en manera alguna, fue tan sólo en forma de consejo."*

Figueroa cambió de táctica, y preguntó entonces al inculpado por qué aquellas mujeres que se ponían bajo su dirección, experimentaban todas debilidades y crisis nerviosas. Iñigo convino claramente en los desvanecimientos de cinco o seis de aquellas mujeres. El estado de su causa, en cuanto se puede comprender era éste: aquellas mujeres mejoraban su vida, se apartaban del pecado y resistían a las tentaciones que les venían del demonio o de los que las rodeaban. El demonio provocaba aquellos desfallecimientos sobreexcitando la repugnancia natural que tenían en cambiar de vida. Iñigo viéndolas en este estado, las consolaba, diciéndoles que permaneciesen firmes en medio de aquellas tentaciones y tormentos, y que si lo hacían así antes de dos meses no experimentarían ya tribulaciones algunas de ese género. Si les había hablado de esa manera, es porque él mismo había pasado por aquellas tentaciones con excepción de los desvanecimientos que no había experimentado nunca. Figueroa rogó entonces al prisionero le dijese si se había mezclado en cuestiones de confesión, aconsejando a aquellas mujeres que confesaran esto y no aquéllo, o confiarle el secreto de sus confesiones. Iñigo respondió: *"como algunas personas me han confiado algunos de sus escrúpulos, cuando yo veía que ciertas cosas no eran pecados, les decía que no tenían que confesar eso, e inversamente. No hay otra cosa y niego haber pedido o buscado o intentado saber lo que en las confesiones se ha tratado con el confesor."*

Figueroa preguntó si había dado a algunas mujeres el consejo de salirse de sus casas y de irse vestidas de peregrinas a visitar los santuarios lejanos. El proceso verbal, cuyas hojas están incompletas, no menciona las respuestas de

Iñigo. Pero las conocemos por el mismo Iñigo. Preso el primer día de mayo, llevaba ya diecisiete días encerrado, sin que supiera, antes de la visita de Figueroa, por que se le trataba de esa suerte. La pregunta concerniente a las peregrinas se lo explicó todo. Iñigo respondió que conocía a María del Vado y a su hija Lucía pero que ignoraba por completo su viaje. Hntonces Figueroa con el rostro alegre poniéndole la mano en el hombro le dijo: *"pues éste es el motivo que os trajo aquí"*. *"¿Quiere usted*, replicó Iñigo, *que le hable un poco más largamente sobre este asunto?" —"Sí." —"Pues sepa usted que estas dos mujeres me importunaron muchas veces porque querían irse por el mundo a servir a los pobres en tales o cuales hospitales. Siempre las aparté de tal proyecto, en vista de que la muchacha es joven y bella, y yo les dije que si querían visitar a los pobres, podían hacerlo en Alcalá, e igualmente acompañar al Santísimo Sacramento."* La entrevista terminó con esto y Figueroa, dice Iñigo, se fue con su notario llevándose todo por escrito.

Entre tanto, Calixto estaba en Segovia. Enterado, no sabemos como, de la prisión de Iñigo se apresuró a volver, aun cuando estaba convaleciente de una grave enfermedad. Llegado a Alcalá se fue derecho a la prisión. Iñigo no estaba incomunicado; muchas personas venían a verle como ya hemos dicho; Calixto quería participar de la prisión de su amigo. Iñigo le hizo notar que haría mejor si fuese a buscar al vicario general. Figueroa recibió a Calixto con bondad; pero le ordenó sin embargo que fuese a la prisión y que se quedase allí, porque así convenía hasta que se pudiera interrogar a las tres peregrinas que no habían vuelto aún. Calixto obedeció; pero, convaleciente, se recrudeció su enfermedad con el régimen de la prisión, e Iñigo hizo que le sacaran de allí por medio de un doctor que era su gran amigo.

Este suceso demuestra que el prisionero no había perdido todavía toda estima y crédito. El dice, por lo demás, que muchas gentes venían a visitarlo. Su confesor Manuel Miona era muy asiduo en hacerlo. Doña Teresa de Cárdenas le ofreció muchas veces sacarle de allí, pero él no aceptó jamás, diciendo siempre: *"Aquel por amor del cual he entrado aquí, me sacará si le place."* Con el mismo pensamiento de abandono perfecto en la Providencia que regulaba su vida desde su partida de Loyola, rehusó elegir abogados y procuradores, aunque muchos se ofrecían a hacerle ese servicio.

Los estudiantes de la Universidad visitaban a su camarada prisionero y aun algunos profesores se atrevieron también a ir a la prisión. El doctor Jorge Naveros se distrajo una vez hasta el punto de dejar pasar la hora de su clase; llegando tarde a la Universidad se excusó ante sus alumnos, refiriéndoles sus impresiones que se resumen en una sola frase: *Vidi Paulum in vinculis*.

El reglamento a que estaba sometido el prisionero no tenía nada de estricto; salvo que no podía salir de su nuevo domicilio, tenía sin embargo la libertad de conservar la puerta abierta y no lo dejaba de hacer. El mismo nos asegura que durante los cuarenta y dos días que permaneció en la prisión *"hacía lo mismo que antes: enseñar la doctrina y dar los ejercicios."*

Las peregrinas de Jaén y de Guadalupe vinieron, por fin, de su largo viaje. El 21 de mayo se presentaron ante Figueroa. Confesaron que habían ido a vistar al Divino Rostro y a Nuestra Señora, pero que no fue por consejo de Iñigo; que era verdad que lo conocían; que habían hablado alguna vez con él; que le habían oído explicar la vida de Santa Ana, de San José y de otros santos y exhortar a la confesión y comunión semanarias; y que le tenían *"por muy buena persona y siervo de Dios."*

*

* *

Figueroa no tuvo, pues, más que finiquitar el asunto. Y lo hizo con una sentencia en debida forma. Iñigo quedaba condenado a dejar su hábito de peregrino, para vestirse *"conforme a la manera usada en este reino"*, tomando voluntariamente vestido de clérigo o de laico; y se le daban diez días para proveerse de sus nuevos vestidos. Se le prohibía además enseñar cualquier cosa que fuese en público o en secreto, aisladamente o en reunión; pero pasados tres años se levantaría esta prohibición si el juez ordinario o el vicario general del lugar donde residiera lo juzgaban conveniente. Estas órdenes tendría que obedecerlas Iñigo, bajo pena de excomunión mayor, *ipso facto*, y bajo pena de ser desterrado del reino a perpetuidad. La sentencia se le notificó en la prisión, y se tuvo cuidado de darla a conocer a Juan López de Arteaga, a Juanico Reynald, a Calixto de Saá y a Cáceres.

Aceptar estas decisiones no era un problema para aquellos hombres evangélicos. Pero sus escasos recursos no les permitían comprarse los vestidos y así lo advirtieron a Figueroa. El vicario general encargó a un hombre de bien, apellidado Lucena, que acompañase a Iñigo por la ciudad a fin de solicitar socorros. Ahora bien, en la calle que va de la Plaza de San Justo a la puerta del Vado, los dos mendigos se cruzaron con una carroza de la que bajó don Lope de Mendoza, para ir a un juego de pelota. El gentilhombre era elegante, vicioso y rico. A la primera palabra de los limosneros que le tendían las manos, se sulfuró hasta decir a Lucena: *"¿Cómo puede un hombre de honor pedir limosna para esta gentuza? Apostaría ser quemado vivo, si Iñigo no merece la pena del fuego."* La ciudad de Alcalá estaba de fiesta por el nacimiento del príncipe Don Felipe. En la torre de su casa don Lope de Mendoza disparó, como otros una serie de salvas en señal de regocijo. Una chispa que salió del arcabuz prendió el fuego a sus vestidos. El desgraciado echó a correr precipitadamente hacia el patio para arrojarse en una fuente llena de agua. Era demasiado tarde. Murió entre llamas. Toda la ciudad se llenó de estupor. Cuando se anunció el acontecimiento a Iñigo, éste acababa su siesta en la casa de Mencía de Benavente. *"¡Ay!, dijo, yo le oí esta mañana desearse para sí semejante muerte."*

Las limosnas recogidas permitieron a los cinco compañeros vestirse con los vestidos usados por los otros estudiantes. Pero la decisión de Figueroa al reducirlos al silencio ponía trabas a su celo apostólico. E Iñigo encontró la cosa muy dura, puesto que no se daba más motivo para la prohibición que la falta de estudios. Ciertamente, no dejaba de convenir en el hecho de su común ignorancia; él era el más sabio de los cinco y sus conocimientos eran muy pocos. Pero, al fin, no enseñaba sino cosas útiles que las almas necesitaban. ¿Qué hacer? Para decidir según Dios, Iñigo resolvió acudir al Arzobispo de Toledo.

El Primado de España don Alfonso de Fonseca, (Alonso Fonseca nacido en Compostela en 1475, era Arzobispo de Toledo desde 1524. Inteligente, activo, gran Señor mundano y poco edificante fue mecenas fastuoso. Estaba en correspondencia con Erasmo quien le dedicó su edición de San Agustín. Ver Antonio López Ferreiro *Historia de la Santa Iglesia de Compostela*, VII, II i; VIII, 8-44) estaba en la corte de los reyes Católicos en Valladolid e Iñigo fue a encontrarle allí. En la audiencia que le concedió el Prelado, Iñigo

contó fielmente lo que había pasado en Alcalá, y concluyó asegurándole que aunque no estuviese en ese momento en un territorio de su jurisdicción, ni obligado por ello a observar la sentencia dada por Figueroa, él haría lo que le ordenara el Arzobispo. En esta exposición Iñigo, despreciando la etiqueta y para tomar los modales de un hombre sin educación, había hablado a Fonseca en segunda persona, diciéndole de **usted**, como a un cualquiera. El primado de España, no obstante, le dio el mejor acogimiento; y como Iñigo hubiera pronunciado la palabra Salamanca, Fonseca le dijo: *"que tenía en Salamanca algunos amigos y también un colegio y que los ponía a su disposición. Poco después al retirarse le hizo regalo de cuarenta escudos."*

Por la boca del Arzobispo, la Providencia había hablado. Iñigo comunicó a sus compañeros la decisión tomada.

CAPÍTULO OCTAVO

8. EL PRISIONERO DE SALAMANCA

(1127)

La Universidad de Salamanca (**1**) estaba entonces en toda su gloria. Fundada en 1230 por Alfonso Nono de Castilla, no había dejado de crecer. A fines del siglo XV, el gran fervor de los Reyes Católicos la había dotado de un palacio que se admira aun en nuestros días, dominando la pequeña plaza donde se levanta la estatua de Fray Luis de León. Este célebre agustino, que será siempre el orgullo de su Orden, de Salamanca, y de España, nació en el mismo año en que Iñigo de Loyola llegó a Salamanca. (**2**)

En torno del palacio de la Universidad pululaban los colegios. El más antiguo estaba dedicado a Nuestra Señora de la Vega. La mayor parte de ellos databa del siglo XVI; así los de San Zebedeo (1500), de Donceles (1508), de Santa María (1508), de Santo Tomás de Cantorbery (1510), de la Orden Militar de Calatrava (1512), de San Salvador (1517), de San Millán (1518), de San Pedro y San Pablo (1525), de la Santa Cruz (1527). El colegio fundado por Alfonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo, llevaba el nombre de los apóstoles y había sido abierto en 1521.

En medio de todos los religiosos que proveían a la Universidad de alumnos y de maestros, la Orden de Santo Domingo tenía una especie de preeminencia. El esplendor que distingue aun ahora al Convento de San Esteban y de que Salamanca se enorgullece, es como un símbolo del reinado intelectual de los Dominicos de 1527. Allí vivieron profesores ilustres; allí Cristóbal Colón, en la sala llamada del *De Profundis* vino a reavivar su valor, cerca del Padre Diego de Deza (**3**). Allí Iñigo de Loyola, en el otoño de 1527, será sometido a un control providencial.

*

* *

Salido de Alcalá el 20 ó el 21 de junio de 1527, Iñigo debió llegar a Valladolid, antes del fin del mes. ¿Cuándo pudo entrevistar a Fonseca para arreglar con él su nueva línea de conducta? Suponiendo que el Arzobispo de Toledo estaba en la Corte en junio ¿qué hizo Iñigo desde julio hasta octubre? Valladolid debió ofrecerle veinte ocasiones de reanudar sus antiguas relaciones. ¿Examinó allí el medio de continuar en la ciudad sus estudios, o volvió sin retardo a Alcalá, a fin de exponer a su confesor Miona, y aun al mismo Figueroa su entrevista con Fonseca? Una vez tomada la decisión de estudiar en Salamanca ¿envió allá inmediatamente a sus compañeros a la Universidad, mientras que él tomaba algún tiempo para despedirse de sus amigos de Alcalá? Imposible responder a ninguna de estas cuestiones.

Sabemos solamente por el mismo Iñigo (**4**), que Saá, Arteaga, Cáceres y Reynald llegaron a Salamanca los primeros y mucho antes que su jefe. Alojáronse en algún modesto albergue, y no tardaron en hacerse notar por su piedad no menos que por su vestido. Así el mismo día en que Iñigo, a principios de octubre, apareció en Salamanca, una buena devota, viéndole entrar en una iglesia, concluyó que éste también era de la cofradía de los cuatro estudiantes fuereños llegados recientemente. Sin vacilar, ella misma propuso a Iñigo llevarle a la hospedería en donde se encontraban sus amigos. Una vez reunidos, ¿qué podían hacer aquellos hombres, sino recomenzar juntamente la vida mortificada, piadosa y apostólica que les había hecho sospechosos a la Inquisición de Alcalá? Allí no tuvieron más que una corta tranquilidad. Iñigo había escogido por confesor a un dominico del Convento de San Esteban. Diez o doce días apenas habían transcurrido, es decir probablemente en su segunda confesión, el penitente tuvo la sorpresa de oír al dominico que le decía: *"Los padres de la casa quisieran hablar con usted."*

—*"Sea en nombre de Dios"*, exclamó Iñigo.

—*"Será bueno que venga usted a comer con nosotros el domingo, pero le prevengo que los padres quieren saber muchas cosas de usted."*

En dicho día, Iñigo acompañado de Calixto se dirigió al Convento de San Esteban. El Prior, Diego de San Pedro (5) estaba ausente, pero el Subprior, Nicolás de Santo Tomas, el confesor de Iñigo, y otro padre se dirigieron en seguida con sus invitados a la Capilla. *"Allí el Subprior, muy amable, comenzó a*

decirles que tenían acerca de ellos excelentes noticias; sabían que predicaban a la apostólica, pero que deseaban conocer bien, y con los mayores detalles, su genero de vida."

- *"¿Que es lo que habéis estudiado?*, preguntó el Subprior.

- *"De todos nosotros, el que ha estudiado más soy yo,"* respondió Iñigo, y dio cuenta de sus pocos estudios.

- *"¿Y qué es lo que predicáis?"*

- *"No predicamos, sino que conversamos familiarmente de las cosas de Dios; así hacemos nosotros, después de comer con algunas personas que vienen a visitarnos"*.

—*"¿Pero de qué cosas de Dios hablan ustedes? Eso es lo que deseamos saber"*.

—*"Pues hablamos ya de una virtud, ya de otra, para alabarlas; ya de un vicio, ya de otro, pero para reprobarlos"*.

—*"No sois letrados y habláis de virtud y de vicio. Nadie puede hablar de esto, sino en nombre de la ciencia o por inspiración del Espíritu Santo. Ustedes no hablan en nombre de la ciencia que no tienen; es pues por inspiración del Espíritu Santo."*

Aquí Iñigo reflexionó un instante; aquella manera de argumentación no le parecía justa. Después de un momento de silencio dijo:

—*"No es necesario hablar más largamente de esto".*

—*"¿Cómo?, en la hora presente, hay tantos errores de Erasmo y de muchos otros que están engañando al mundo; y ustedes no quieren explicar qué es lo que enseñan"*.

—*"Padre, no diré más de lo que he dicho; a menos que no sea en presencia de los superiores que pueden obligarme a hablar."*

En seguida el Subprior pidió explicaciones acerca del vestido de Calixto. ¿Por qué iba así, con túnica corta, botas que le llegaban a media pierna, un gran sombrero y un bordón en la mano? Iñigo contó entonces toda la historia del proceso de Alcalá. Pero ninguna instancia pudo arrancarle más confidencias.

Así que el Subprior concluyó: *"Pues bien, quedáos aquí, ya haremos de manera que nos digáis todo."* Y todos los frailes salieron apresuradamente.

—*"¿Dónde queréis que me quede?,"* preguntó Iñigo.

—*"En la capilla"*, respondió el Subprior (6).

Luego se cerraron todas las puertas de la Capilla, mientras que se tenía deliberación, para saber como jueces eclesiásticos, cómo había que proceder en aquel caso. Durante tres días Iñigo y Calixto permanecieron en el Convento de San Esteban, sin que se les dijese una palabra acerca de su causa. Comían en el refectorio con los religiosos y recibían en su celda a estos religiosos que venían a verles en gran número; y sus conversaciones eran acerca de las cosas de Dios como tenían de costumbre. Tanto que en el Convento se formaron dos opiniones contrarias acerca de los dos predicantes; y la mayoría de los frailes le era favorable, dice Iñigo (7). Pero los superiores vacilaban y estaban inquietos. Fueron a buscar al bachiller Frías, Provisor del Obispado, para rogarle que se ocupara de aquel caso. Frías llevó a la prisión a Iñigo y a Calixto, aunque se tuvo cuidado de separarlos de los criminales. Los encerraron en un cuarto alto vacío y muy sucio. Se les ató a cada uno por el pie al extremo de una cadena fija en el muro y de largo de diez a trece palmos; de suerte que si uno de los dos prisioneros se movía, el otro estaba obligado a hacer el mismo movimiento; la primera noche la pasaron sin dormir. (8)

El legajo de este proceso de Salamanca podría tal vez suministrarnos alguna explicación de este cuidado en tomar tales precauciones; pero desgraciadamente, los archivos del Arzobispado y los del Convento de San Esteban no han conservado ningún documento de este asunto. Quizás las cartas venidas de Alcalá contribuyeron a alarmar a los jueces. Quizás también los jueces recordaron las recientes aventuras del bachiller Antonio de Medrano antiguo estudiante de Salamanca, y sus compromisos con Francisca Hernández. Los culpables habían comparecido no hacía mucho en los tribunales eclesiásticos de Valladolid (1519), de Salamanca (1520), y de Logroño (1521-1526). Se acababa de dar la sentencia de Logroño y en ella se veía que Francisca Hernández tenía las teorías de los iluminados. (9) Quizás en fin, los doctores del Convento de San Esteban tenían presentes los recuerdos muy recientes de aquella junta teológica Valladolid, en la que por sus doctrinas de

Erasmo, algunos profesores de Alcalá se habían hecho sospechosos. Francisco Vitoria en esta disputa había sido de los más precisos contra el humanista de Roterdam, y otros profesores de Salamanca, como Fray Diego de Estudillo, Fray Alonso de Córdoba, Pedro Margalla y Vázquez de Oropeza, habían compartido todas sus desconfianzas. Naturalmente, un estudiante sospechoso en Alcalá, debía serlo con mayor razón aún en Salamanca.

Sea lo que sea de estas conjeturas, el ruido del arresto de Iñigo y de sus compañeros se difundió por la ciudad, y algunas personas compasivas enviaron a los prisioneros camas y alimentos. El acceso a la prisión era libre para los visitantes, y éstos venían en gran número e Iñigo les hablaba de Dios, conforme a su costumbre. (11).

El Provisor Frías los interrogaba cada uno aparte. Iñigo le entregó sus papeles, que eran los ejercicios, a fin de que los examinara. Dieron también los nombres y la dirección de los compañeros que habían venido con ellos a Salamanca. Por orden del Provisor se les fue a buscar, con excepción de Juan Reynald, al que se le dejó; y se llevó a Cáceres y a Arteaga a la prisión común con los malhechores. En estas circunstancias, Iñigo tomó por regla, como lo había hecho en Alcalá, poner su causa en manos de la Providencia y no quiso tomar ningún procurador ni abogado. (12)

Al cabo de algunos días el tribunal eclesiástico abrió su audiencia. Iñigo compareció ante cuatro jueces, el doctor Santisidro, el doctor Paravinhas, el doctor Frías y el bachiller Frías. Todos habían leído ya el manuscrito de los ejercicios. Preguntaron a Iñigo, no acerca de su libro, sino sobre Teología, especialmente acerca de la Trinidad y de la Eucaristía, para saber cómo entendía esos artículos de fe. Iñigo comenzó por decir, que no había estudiado. Luego por orden de los jueces se explicó acerca de la Trinidad y de la Eucaristía, *"de tal manera que no tuvieron nada que reprender"*. (13)

El bachiller Frías fue más adelante que los otros en el interrogatorio, y propuso a Iñigo un caso de derecho canónico. Iñigo observó que no había seguido el curso de derecho canónico, pero obligado a hablar respondió bien a la cuestión. (14)

Los jueces le pidieron entonces que expusiera el primer mandamiento de la ley de Dios, de la manera que tenía por costumbre hacerlo. Emprendió en seguida el asunto y su discurso se prolongó de tal manera, y dijo tantas cosas sobre aquel primer mandamiento que los jueces no quisieron preguntarle más.

Fueron entonces los **Ejercicios** los que se pusieron en causa. Los jueces insistían muchísimo acerca de un punto que se encuentra al principio del librito, a saber, la distinción entre pecado mortal y pecado venial. Su cargo consistía en esto: *"¿Por qué un hombre sin letras se aventuraba a determinar este punto?"* Iñigo respondió: *"determinad vosotros mismos si lo que digo es verdad o no; si no es verdad condenadlo."* Finalmente, los doctores no condenaron nada, el Tribunal levantó la sesión, y los reos fueron llevados de nuevo a la cárcel. (15)

Allí permanecieron veintidós días. Los visitantes no les faltaban. Don Francisco de Mendoza, futuro arzobispo de Burgos y Cardenal, vino un día con el bachiller Frías y dijo a Iñigo: *"¿Cómo se encuentra usted en la prisión; no os es penoso ser prisionero?"* Yo le responderé a usted, le replicó Iñigo, lo que ya respondí a una señora, que me daba muestras de compasión por verme así encerrado: *"Muestra usted bien, le dije, que no quisiera ser prisionera por amor de Dios, puesto que la prisión le parece un mal tan grande. Y yo os protesto a vos, Señor, que no hay tantos grillos y cadenas en Salamanca que no deseara llevar y más aún, por el amor de Dios"*. (16) Francisco de Mendoza hubiera podido exclamar, como Jorge de Naveros en Alcalá; *Vidi Panlum in vinculis*. En la exaltación de su alma, toda de Dios, el prisionero de Salamanca, seguro de sufrir por la verdad y la justicia, entraba en el mismo santo transporte de los primeros apóstoles, glorioso como ellos, de ser juzgado digno de estar cubierto de afrentas por Jesucristo.

Desearíamos saber qué actitud hubieran tomado frente a tales prisioneros, los más célebres profesores de la Universidad: Francisco de Vitoria, Vázquez de Oropeza, Alonso de Córdoba, Pedro de Astudillo, o Hernán Núñez de Guzmán; pero ningún eco de su pensamiento ha llegado hasta nosotros. Retengamos solamente los nombres de Melchor Cano y de Juan Martínez de Silíceo; el primero era estudiante en el Convento de San Esteban, el segundo será Arzobispo de Toledo; los dos serán violentos enemigos de la Compañía; es probable que su aversión contra Ignacio date de Salamanca (17).

Mientras que Iñigo y sus compañeros estaban encerrados sucedió que todos los criminales de la prisión común lograron una noche escaparse. Cáceres y Arteaga hubieran podido huir con los demás; pero no lo hicieron. Por la mañana los guardianes los encontraron solos en la sala, con todas las puertas abiertas. Semejante fidelidad causó la admiración de todos, y se habló mucho de ella en la ciudad. Y para recompensar una virtud tan rara, los jueces decidieron señalarles por cárcel un palacio vecino. (18)

Al cabo de veintidós días, como hemos dicho, la causa estaba suficientemente clara a los ojos del Tribunal, para que pudiera dar la sentencia. Se llamó a los prisioneros para oírla. Hela aquí resumida por Iñigo: *"que no se encontraba error ninguno, ni en la vida ni en la doctrina; y que así los prisioneros podrían continuar según su costumbre enseñando el catecismo y hablando de cosas de Dios, con excepción de no determinar, esto es pecado venial, esto es pecado mortal, antes de haber estudiado durante cuatro años todavía."* Notificada la sentencia, los jueces mostraron mucho afecto a Iñigo, como para mejor obligarle a que la aceptara. Iñigo protestó su obediencia, pero al mismo tiempo declaró que no podía sujetarse a semejante juicio, *"porque sin condenarle en punto alguno se le cerraba la boca, y se le impedía ayudar al prójimo conforme a sus fuerzas."* El bachiller Frías insistió mucho, manifestando por lo demás gran simpatía al sentenciado; pero Iñigo se sostuvo en sus palabras añadiendo sin embargo que *"mientras que estuviera en la jurisdicción de Salamanca haría lo que se le mandaba."* Con estas declaraciones él y sus compañeros fueron puestos en libertad. (20)

¿Cómo usar en Salamanca de esta libertad después de las prohibiciones impuestas y de la promesa de cumplirlas? ¿Y si se salían de Salamanca, qué partido habrían de tomar? Iñigo reflexionó y oró. En su alma apostólica el *Verbum Dei non est alligatum* de San Pablo resonaba como una divisa sagrada. Le era imposible ver a algunas almas necesitadas y no evangelizarlas con todos sus medios; la doble experiencia de Salamanca y de Alcalá lo iluminaba. Decidió pues ir a estudiar fuera de España, a París. (21)

La decisión de Iñigo fue pronto la de sus compañeros. Juan Reynald se había separado de ellos y si no lo hizo durante el proceso, no tardó mucho tiempo en entrar en una Orden religiosa. (22) Los otros tres: Arteaga, Cáceres

y Saá, compartían los designios de Iñigo; todos querían servir al prójimo y como el estudio de las ciencias sagradas era un preámbulo necesario, se dedicarían a él con todo empeño en París, conservando la voluntad de permanecer agrupados y reclutar nuevos compañeros animados del mismo fervor apostólico. Pero los contratiempos experimentados en Alcalá y en Salamanca les invitaban a tomar ciertas precauciones. Iñigo iría primero como explorador, los otros lo esperarían en su país; si en París Iñigo encontraba la posibilidad de organizar su vida de estudiantes, les avisaría y se reunirían de nuevo con él. (23)

La vida edificante de estos hombres evangélicos, los mismos episodios del corto drama de su proceso les habían conquistado simpatías en Salamanca. Naturalmente sus amigos fueron puestos al tanto de sus futuros proyectos. Se alarmaron, les presentaron objeciones, insistieron con Iñigo para que no se fuera. Sin temeridad podemos creer que el mismo Francisco de Mendoza y el bachiller Frías eran del número de esas personas principales que trataron de modificar las resoluciones del libertado prisionero; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. (24)

Por medio del Arzobispo Alonso de Fonseca, cuyos consejos le habían abierto el camino de Salamanca, la Providencia había sometido a su siervo a una prueba de la que su virtud salió victoriosa y la doctrina de los **Ejercicios** sin mancha. Si hubiera aprendido el griego con Hernán Núñez de Guzmán, las artes liberales con Martínez de San Millán, la Filosofía natural con Silíceo, la Teología con Francisco de Vitoria y la Sagrada Escritura con Vázquez de Oropeza o Pedro Ortiz, Iñigo de Loyola estaría inscrito en el libro de oro de los estudiantes de la Universidad de Salamanca. El interrogatorio hecho por el provisor Frías y los veintidós días de prisión que sufrió importaban mucho más que el haber seguido las lecciones de los más famosos maestros, porque era una prueba de que en el corazón de aquel gentilhombre iletrado habitaba el espíritu de Dios. Y aunque no fuera más que para constatar esto, el mes pasado en Salamanca fue fructuoso.

"Quince o veinte días después de haber salido de la prisión, Iñigo partió solo, llevando algunos libros sobre un asnillo." (25) Por Segovia, Sigüenza, Calatayud, Zaragoza y Lérida tomó el camino de Barcelona. Montserrat estaba en ese

camino. De que el futuro estudiante de París haya subido hasta el santuario y haya pasado al pie de los Picos Dentados, tras de los cuales se oculta el Monasterio de los Hijos de San Benito, y de que haya puesto su viaje bajo la protección de Aquella que había guiado tan maternalmente en el camino de la salvación al peregrino de 1522, no cabe ninguna duda.

En Barcelona, Iñigo volvió a ver a sus amigos favorecedores, cuyo recuerdo estaba y debía permanecer siempre profundamente grabado en su corazón. Allí algunas almas generosas lo habían ayudado con una munificencia que no había encontrado después en ninguna otra parte. En vísperas de partir para un país lejano y desconocido en el que sus necesidades iban a crecer a medida de sus estudios y también de su celo, pensó que debía al mismo tiempo contar con la Providencia y asegurarse algunos socorros para el futuro. No le faltaron en Barcelona tantas o más objeciones que en Salamanca. ¿Qué iba a hacer a París? La guerra dividía entonces a Francia y a España. En aquel evento un español estaba muy expuesto. Se sabía lo que había sucedido con otro por haber querido franquear las fronteras y se conocían detalles espantosos. Pero Iñigo no tenía miedo de nada; escuchaba, sonreía dulcemente y concluía que iba a estudiar a París. (26)

Como es de creer, Maestre Ardevoll recibió sus confidencias, e Iñigo no faltó seguramente en exponerle sus razones para abandonar las más famosas Universidades de España, e ir él, un subdito de Carlos V, al reino de Francisco I.

Entonces, como en el primer día de su llegada a Barcelona en 1523, Iñigo se apoyó ante todo sobre Inés Pascual. Ciertamente visitó damas de más alto rango, pero su corazón era lo bastante delicado en su agradecimiento, para no olvidar los servicios de las Roser, de las Zapila y otras nobles de Barcelona. Pero a Inés Pascual la consideraba siempre como a su propia madre. La elección de esta protectora abnegada y de condición modesta, contentaba a la vez a su prudencia y a su humildad. Sabemos por Juan Pascual que el día de su partida aquellos humildes tejedores, madre e hijo, tuvieron el privilegio de acompañarle hasta una distancia de tres millas de la ciudad. Fue cerca de la iglesia de San Andrés, extramuros, donde se despidieron con lágrimas. Inés sentía ver alejarse al santo que había sido la bendición de su casa. Juan no se atrevía a ver sin inquietud un porvenir en que estaría privado de aquel a quien

miraba como un guía necesario. Iñigo dio las gracias a sus huéspedes, les deseó paciencia en las ocasiones difíciles que se les presentaran y después solo y a pie partió para París. (27)

****

Notas Capítulo Octavo

1.- A. Vidal y Díaz *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, Oliva, 1869, 293-368, 389; Esperabe Arteaga *Historia pragmática e íntima de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, Izquierdo, 1917.

2.- Alonso Getino, O. P. *Vida y procese de Fray Luis de León*; Salamanca, Calatrava, 1907.

3.- Justo Cuervo, O. P. *Historia del Convento de San Esteban*, Salamanca, Imp. cat. 1914.

4.- González de Cámara, n. 64.

5.- Según la crónica del P. José Barrio, el prior era el muy docto y muy observante Fray Diego de San Pedro, y el subprior Fray Nicolás de Santo Tomás, hombre muy espiritual. Ver Justo Cuervo, II, 565. Estos datos deben ser preferidos a los que da Pedro Fabro, *Mon. Fabro* I, 64, y a los del P. Astráin, I. 55.

6.- González de Cámara, n. 64, 65 y 66.

7.- Id. n. 66.

8.- ld. n. 67.

9.- Ver Serrano y Sanz, Bol. de la Acad. de la Historia, julio-septiembre, 1902, XII, 165-133.

10.- Id. Revista de Archivos, enero 1902, 60-73.

11.- González de Cámara, n. 67.

12.- Id. n. 67.

13.- Id. n. 68.

14.- Id. n. 68.

15.- Id. n. 69.

16.- id. n. 69.

17.- Melchor Cano hizo su profesión en el Convento de San Esteban el 19 de agosto de 1524, y estudiaba todavía en 1527 (Justo Cuervo, I, 248), Juan Martínez de Siliceo era profesor de filosofía natural en 1527 (Esperabe Arteaga, op. cit. II, 203).

18.- González de Cámara, n. 69.

19.- Id. n. 70.

20.- Id. n. 71. La crónica del P. José Barrio acerca del incidente de la prisión de San Ignacio, fue redactada siguiendo la Vida de Rivadeneyra, y no es sino una defensa tratando de minimizar un hecho engorroso. En nuestros días, el P. Mortier, en su *Historia de los Maestros Generales de los Hermanos Predicadores*, V, 313, hace de Ignacio un alumno del Convento de San Esteban, y renueva su distracción en su Historia abreviada de la Orden de Santo Domingo en Francia, pág. 199, que apareció en 1920.

21. González de Cámara, n. 71.

22.- Id. n. 67.

23.- Id. n. 71.

24.- Id. n. 72.

25.- Id. n. 72.

26.- ld. n. 72.

27.- *Scrip. S. Ign*. II, 93.

CAPÍTULO NOVENO (PRIMERA PARTE)

9. EL MAESTRO DE ARTES DE PARIS (I)

(Febrero 1528 a marzo 1535)

Ignoramos todo lo referente al viaje de Iñigo; desde Barcelona a París el camino es largo, pero es preciso contentamos con unos pocos detalles consignados en una carta suya a Inés Pascual. **(1)** *"Por la gracia y la bondad de Dios Nuestro Señor, favorecido por el tiempo y enteramente a salvo en mi persona, llegué a esta Ciudad de París el día 2 de febrero, resuelto a estudiar aquí hasta que el Señor me ordene otra cosa."* Lo pintoresco de los nuevos países que atravesaba, los acontecimientos religiosos que agitaban a Francia, la rivalidad de Francisco I y de Carlos V, dirían sin duda alguna cosa al espíritu alerta del viajero; pero no sabemos qué, y él no juzgó a propósito instruirnos de ello; conocer y cumplir la voluntad de Dios era el solo asunto que tenía verdaderamente en medio de su corazón.

La Universidad de París **(2)** en el momento en que Iñigo de Loyola llegó a ella para seguir sus estudios, difería bastante de las de Valladolid, Salamanca y Alcalá. Era un centro intelectual mucho más antiguo, mucho más complicado y mucho más internacional. La situación geográfica de Francia, su carácter especial de Hija primogénita de la Iglesia, hicieron de su capital desde la edad media una especie de encrucijada de los grandes espíritus. En los días del Renacimiento y de la Reforma, París ofrecía más que nunca el mismo espectáculo.

En la Sorbona, en Navarra, en los conventos de los Jacobinos y de los Cordeleros la Teología se enseñaba a personas que venían de todas partes. Las Facultades de Derecho y de Medicina tenían también su clientela multicolor. Pero eran sobre todo las cátedras de Filosofía, de Retórica y de Gramática, las que se enorgullecían de reunir en casi sesenta colegios a estudiantes de todos los rincones de Europa. Estos estaban agrupados, según el título consagrado, en "***Cuatro Naciones***": *"Nación de Normandía"* para los normandos, los

bretones, los angevinos y los manzones; *'Nación de Picardía"* para los arlesianos y valones; *"Nación de Inglaterra o de Alemania"* para los escoceses, los ingleses, los alsacianos, los alemanes y los suizos; *"Nación de Francia"* para los franceses del Este, Centro y Sur, para los italianos, españoles y portugueses.

En esta república del saber, el pueblo es numeroso, agitado, celoso de sus derechos, quisquilloso sobre las costumbres, tramposo en las disputas, tumultuoso en sus reclamaciones. La facultad de Artes, la más antigua de todas —*praeclara Facultas*— nombraba al rector de la Universidad, cuyas funciones duraban tres meses solamente. Los procuradores de cada nación, como los antiguos documentos lo atestiguan, eran ardientemente celosos de esta preeminencia y defendían contra las iniciativas de las otras Facultades sus privilegios propios; en estos combates no era raro que los concursos de elocuencia acabaran a mano armada. Es necesario añadir que por los alrededores de 1328 las cuestiones de estatutos eran insignificantes respecto de las cuestiones de método y de doctrina que agitaban a la Universidad de París.

El Rey de Francia de entonces, Francisco I, era llamado el Padre de las Letras, y no era todo adulación en este título, porque el Rey amaba verdaderamente las Letras y los letrados; y si no ejercía siempre su protección con la decisión y clarividencia que hubieran convenido al jefe de un gran pueblo católico, sus debilidades mismas descubren la gravedad de las horas de su reino **(3)**. En aquellos momentos el Renacimiento estaba en todo su esplendor en París y la Reforma comenzaba a brotar. Estas dos palabras bastan para indicar qué clase de problemas se presentaban a la Universidad. Cuando Iñigo de Loyola llegó en 1528 a inscribirse en el colegio de Montaigu, como estudiante de Gramática, Lutero había sido ya condenado por León X en 1520; rompió definitivamente con la Iglesia y con el Imperio en la Dieta de Worms en 1521 y sus libros traducidos al latín comenzaron a circular en Francia en 1525; Juan Calvino estudiaba Derecho en Orleans y en Bourges; pero no tardaría en dirigirse a París en 1531, donde se instalaría en el Colegio de Fortet y resbalaría prontamente en un protestantismo de su elección, cuyo manifiesto doctrinal será la **Institución Cristiana** (1535).

Frente al luteranísimo, la Sorbona **(4)** tomó posiciones a buen tiempo; el Parlamento la siguió con resolución; pero la Corte contemporizaba. Luisa de Saboya era muy firme, pero Margarita de Navarra más indulgente. Tan fiel como su madre en la creencia y tan celoso como su hermana en representar un papel de Mecenas, Francisco I oscilaba del rigor a la apatía. Se le vió unas veces ordenar algunos suplicios y otras defender a los sospechosos a riesgo de comprometer con este doble juego la doctrina católica que a pesar de todo quería sostener. En este embrollo de tendencias diversas los humanistas estaban divididos.

En Francia, como en Alemania y en Italia, había antes de la aparición de Lutero, un humanismo que abría el camino al protestantismo, desacreditando el latín medioeval, burlándose de las sutilezas de la Escuela, sacudiendo el yugo de la Teología sobre las ciencias humanas y despreciando la concepción cristiana y tradicional de la vida. Pero existía también, anteriormente a Lutero, un humanismo muy diferente. Sus adeptos eran amigos de los refinamientos del lenguaje, preconizaban con gusto nuevos métodos para el estudio de las Letras, de la Filosofía y de la Teología, pretendiendo que era únicamente en las fuentes de la antigüedad clásica y de la antigüedad cristiana, donde los espíritus podrían abrevarse del verdadero saber. En el fervor de sus deseos de renovación intelectual externan a veces críticas virulentas contra la rutina de las ideas, de las instituciones y de los hombres; pero a través de estas iniciativas y de esas censuras no se parecen a los protestantes sino en apariencia; sus esfuerzos tendían únicamente a aquella reforma en la cabeza y en los miembros que la cristiandad de occidente deseaba con todas sus ansias desde hacía dos siglos. Si se equivocaban en algunos puntos pensaban que esos puntos no comprometían a la fe, porque deseaban permanecer católicos. Gil de Viterbo en Italia, Nicolás de Cusa en Alemania, encarnan este espíritu de tradición y de progreso; y no faltaban franceses que llevaron en sí un alma semejante. Guillermo Fichet, Roberto Gaguín, José Clichtove, Guillermo Budé, Guillermo Petit, Germán de Brie, para limitamos a algunos nombres significativos, forman una cadena viva de influencias parisienses, por la que circula esa doble corriente de humanismo y de fe **(5).** Puede también unírseles Lefevre de Etaples **(6).**

Por sus relaciones con Erasmo y Reuchlin y por ciertas de sus fórmulas, algunos de estos reformistas parecen andar en coqueterías y complicidad con el protestantismo; pero en realidad son antiluteranos. Hasta en el cenáculo evangélico de Meaux y entre los protegidos de Margarita de Navarra, es preciso distinguir espíritus y tendencias de una gran diversidad **(7).**

En los sesenta colegios de la capital el grupo de los principales y los regentes conserva hacia la Iglesia la misma obediencia. La autoridad de la Sagrada Facultad de Teología se imponía a ellos. Ora se tratase de los libros de Lutero o de los de Berquín, no se ve a ningún maestro levantarse para defenderlos; y en las procesiones solemnes, ordenadas para reparar las blasfemias de los herejes, la Universidad toma voluntariamente su lugar al lado del Parlamento y del Clero, protestando así su fidelidad a la religión nacional. Sin duda en medio de los múltiples problemas que se agitaban, aquellos hombres instruidos no suscribían todas las opiniones del síndico de la Sorbona, Noel Veda **(8).** Pero en el fondo mismo de la doctrina católica desean permanecer en la Iglesia y con la Iglesia. El rector Nicolás Cop y algunos otros fugitivos no son sino excepciones.

Tal es el agitado medio viviente, tranquilizador y peligroso a la vez, en el que Iñigo de Loyola va a permanecer durante siete años como aprendiz del saber. Llega allá provisto solamente de algunos pocos conocimientos de la gramática latina; pero es de edad madura, tiene una prudencia innata, el alma recta y noble, y su corazón está consagrado a Dios. Recomenzará en Montaigu sus clases de Gramática; hará en Santa Bárbara todos sus estudios filosóficos y los Dominicos del Convento de la Calle de Saint Jacques serán sus maestros de teología. Vamos a seguirle bien pronto en estos tres medios tan desemejantes para tratar de medir lo que aprendió; pero antes hemos de notar algunos incidentes de su vida que nos ha referido él mismo.

*

* *

Al llegar a París se alojó en una hospedería frecuentada por españoles, probablemente en las cercanías del Hospital de Saint Jacques. *"Poco después*

recibió de un mercader de Barcelona, 25 escudos en un billete." Los amigos catalanes permanecían fieles a su protegido. Pero Iñigo firme en sus costumbres de pobreza evangélica, dio a guardar su dinero a uno de sus compañeros de la hospedería, el cual estimulado por este buen suceso, indiscretamente gastó aquel tesoro hasta tener que confesar, un día, al interesado, que le era imposible devolverle ni un centavo. **(9)** Cuando llegó la fiesta de la Pascua, Iñigo de Loyola se encontraba sin recurso alguno; y su pobreza le obligó a salir de la hospedería para buscar un refugio en el Hospital de Saint Jacques de los Peregrinos, en la calle Mauconseil más allá de la iglesia y el cementerio de los Inocentes, **(10)** Seguro ya de un abrigo gratuito, el estudiante no tenía más que mendigar su alimento y no dudó en hacerlo conforme a la costumbre que había tomado en Barcelona y en Alcalá. Pero haciéndolo, se encontró que aquéllo tenía el grave inconveniente de hacerle perder un tiempo precioso. Además la distancia era muy larga entre la calle Mauconseil y la montaña de Santa Genoveva; y el reglamento del hospital se compaginaba mal con el de Montaigu. No podía salir de Saint Jacques sino después de amanecer, y de día volver antes del Angelus. Ahora bien, en Montaigu se seguía el uso común de las escuelas que era dar la primera clase a las cinco de la mañana y una repetición a las siete de la tarde. Reducido por su pobreza a la condición de *"martinete"* y de *"martinete"* alojado en un hospital lejano, Iñigo se veía privado diariamente de dos ejercicios escolares, lo que para un escolar de treinta y cinco años, que apenas andaba con los rudimentos del latín, era causa de un retardo deplorable. Deliberó, pues, consigo mismo cómo saldría de aquel apuro y lo que mejor le pareció fue el ponerse a servir a algún regente, como otros hacían, con lo cual tendría al mismo tiempo la habitación, la comida y todas las facilidades de estudiar. Además su fe encontró en la combinación grandes ventajas espirituales: porque, ¡qué gran consolación era para su alma representarse a su amo como a Cristo en Persona, y a los condiscípulos como a los apóstoles, sirviéndoles con espíritu de humildad y de caridad! Faltábale solamente descubrir al profesor que aceptara sus servicios. Para lograrlo rápidamente y mejor, confió su designio al bachiller Castro, a un religioso de la Cartuja de París, que conocía a muchos regentes y aun a otras personas; pero todo fue inútil.

Por fin un fraile español, a quien le manifestó un día sus dificultades, le aconsejó que fuera cada año a Flandes, y pasando dos meses pidiendo limosna a los ricos comerciantes españoles de aquel país, recogería fácilmente lo que le era necesario para vivir un año entero. Meditó delante de Dios aquel consejo, lo juzgó bueno y comenzó a ponerlo en práctica **(11).**

Flandes, como España, formaba parte del dominio de Carlos V. El emperador había nacido en Gante y los flamencos eran muy favorecidos en la Corte. De un país al otro la política y los negocios estaban en estrechas relaciones.

Brujas, era uno de los centros del comercio internacional. Su prosperidad comenzó a declinar en el siglo XVI, porque a partir de 1516 los alemanes y los italianos preferían Amberes; sin embargo conservó una gran parte de su clientela española. Aquellos ricos negociantes, se agrupaban en torno de la calle que aun ahora se llama La Española, en donde se encontraban los consulados de España y de Castilla. En la esquina de la Calle Española y de la Calle de la Galia, en el hotel llamado Pynappel, vivía Gonzalo de Aguilera; era un cristiano celoso, un gentilhombre auténtico y un opulento comerciante. Iñigo de Loyola fue a llamar a su puerta en sus viajes a Brujas en 1528, 1529 y 1530. Como Gonzalo de Aguilera estaba casado con Ana de Castro, no es difícil que el mismo bachiller Castro haya dado a Iñigo aquella dirección burguesa **(12).**

Del mismo modo que los Aguilera, Luis Vives **(13),** vivía en la Calle Española. Había venido a instalarse en Brujas en 1521 después de haber abandonado su cátedra de la Universidad de Lovaina. Desde que había dejado en 1528 sus funciones de preceptor de la Pricesa María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón, Vives volvió a vivir en Brujas y allí se había casado en 1528; con lo que para este español de Valencia era como una segunda patria. La vecindad, y mucho más la celebridad del ilustre escritor, debieron sugerir a los Aguilera el presentar a Vives a un español estudiante de la Universidad de París. El encuentro tuvo lugar en efecto como lo asegura Iñigo mismo, añadiendo Polanco, que fue en una comida familiar que le ofreció Vives.

Por poco que se hayan leído las obras del filósofo valenciano, ya se imagina uno, sin trabajo, lo que pudo ser aquella conversación. Entre los Canales de Brujas, al borde de los cuales Vives había fijado su morada, miraba

a veces hacia la Montaña de Santa Genoveva con algún resentimiento; porque la había frecuentado en otro tiempo y guardaba de ella un mal recuerdo. Teniendo ante él a un estudiante de Montaigu y de Santa Bárbara, debió preguntarle si sus compatriotas continuaban firmes en el castillo de la ignorancia y en hacer a la Universidad de París el detestable servicio de ridiculizarla en toda Europa. Aquel gran hombre estaba poseído en grado igual de un violento amor por la ciencia y por su patria; su espíritu abierto y atrevido sufría con las dificultades que se oponían aun a la marcha de los letrados de todo el mundo; tanto más cuanto sus propias iniciativas le habían valido más de una sospecha. En la famosa controversia que había puesto en apuros a Zúñiga y a Erasmo no había disimulado sus simpatías por el célebre editor del *Nuevo Testamento* impreso en Basilea en 1519. Es muy posible que semejante hombre teniendo delante de sí a un estudiante de París, se haya tomado la libertad de burlarse de los malos latinistas y los pseudodialécticos que tan cruelmente ha fustigado en sus escritos.

De sus conversaciones con Vives, Iñigo de Loyola, desgraciadamente, no nos ha dicho nada. Pero sabemos por Polanco **(14)** un detalle, y es éste: del mismo modo que Erasmo, Vives dudaba de la prudencia de las ordenanzas eclesiásticas acerca de la abstinencia; los alimentos permitidos, decía, son tan buenos como los otros y agradan al gusto del mismo modo si están bien preparados. A lo que Iñigo respondió: *"en efecto, los que se tratan bien durante la cuaresma, practican muy mal la penitencia, en vista de lo cual la Iglesia prescribe la abstinencia; pero no es lo mismo con la masa de los hombres, y es a los intereses de la multitud a los que la Iglesia ha querido proveer."*

Esta discusión sobre la abstinencia debió de ser una breve y apacible disputa. En esta fecha, Vives escribió sus cuatro Libros de Política dedicados al emperador, un Breve Tratado de la Paz ofrecido en homenaje al arzobispo Antonio Manríquez de Lara, un opúsculo sobre la condición de los cristianos que vivían bajo el yugo de los turcos; y a intención de los magistrados de Brujas había ordenado todo un plan de obras de misericordia. Pues bien, Iñigo era un amigo de los pobres, un antiguo peregrino de Jerusalem, un familiar de los Manrique de Lara y un antiguo soldado de Carlos V: hermosa ocasión para un cambio de puntos de vista entre aquellos dos hombres. Sin gran esfuerzo de la

imaginación, reconstituiremos la escena, que hubiera podido tentar a cualquier pintor flamenco: en una hermosa sala-comedor, Vives prodiga la agudeza de su espíritu; su mujer Margarita Valdaura y la flor de la colonia española en Brujas, lo escuchan encantados; y sus ojos curiosos pasan del amable señor de la casa a aquel estudiante de París vestido con su larga túnica negra, el rostro sereno, el aire modesto, que dice de vez en cuando una palabra cuando la conversación toca las cuestiones del día.

Amberes, rival de Brujas y naciente metrópoli del comercio de los Países Bajos, recibió también la visita de Iñigo de Loyola en sus viajes de limosnero. La tradición, y nunca ha variado, conserva el nombre de un hombre de bien que acogió a su paso al pobre de Jesucristo. Juan de Cuéllar no se contentaba con dar a Iñigo la hospitalidad y el oro de su bolsa, sino que provocaba la generosidad de otros comerciantes; y después de 1530 tomó la costumbre de enviar a París las letras de cambio que dispensaban al mendigo de volver a Flandes. La casa habitada por Juan de Cuéllar ha desaparecido con las reformas hechas desde 1736 a la fecha; pero se sabe exactamente el lugar, en la esquina de la larga Calle Nueva y la Calle de la Encina, frente al portal Sur de la Iglesia de Saint Jacques. Durante más de 100 años (1622-1736), una estatua y una inscripción recordaban que Iñigo de Loyola había vivido allí **(15).**

Sabemos también que en 1530, el estudiante limosnero llegó hasta Inglaterra **(16).** Quizás Luis Vives le diera algunas direcciones. De su estancia en la Corte de Enrique VIII, el preceptor de la Princesa María no conservaba sino amargos recuerdos. A causa de no haber querido sostener la legitimidad del divorcio de Enrique con Catalina de Aragón, perdió su puesto y la pensión que se le pagaba de las cajas reales. Pero debía conocer en Londres o en algún puerto de la costa algunos comerciantes españoles más generosos que el Rey de Inglaterra. En todo caso Iñigo de Loyola se encontró después del viaje a Inglaterra más rico que nunca lo había sido. Parece también que a partir de 1531, sus finanzas se mejoraron hasta el punto de dispensarle de la fatiga de ir tan lejos a tender la mano **(17).** Todo lo que recibía de Flandes, de Inglaterra o de España le llegaba por letras de cambio contra un comerciante parisiense. Un depositario de más conciencia que el primero, guardaba todo este dinero. Iñigo sacaba de esta abundancia: muy poco para él, mucho para sus camaradas de

escuela. Escribía en un papel la suma y el nombre del beneficiario y al presentársele el billete el depositario pagaba. Cuántos pobres *"martinetes"* fueron socorridos así por este mendigo voluntario **(18).**

*

* *

Volvamos ahora al ciclo de los estudios seguidos en París por Ignacio de Loyola.

Los dos años que pasó en Barcelona y los quince meses de Alcala, le habían dejado muy ignorante en el latín. Según su propia expresión le faltaban los fundamentos necesarios para edificar un edificio de sólida ciencia. Los consejeros de España le impulsaron quizás demasiado a aglomerar conocimientos diversos. Desde su licuada al Colegio de Montaigu tomó la resolución heroica de recomenzar en medio de los niños sus clases de Gramática.

En Montaigu, **(19)** como en los otros colegios, los alumnos se dividian en *bolsistas*, descargados de todo gasto por las rentas de la fundación; *camaristas*, ricos instalados allí con sus domésticos y pedagogos; *porcionistas*, que dividían con los pensionados o bolsitas la vida y el alimento; y *martinetes*, o externos alojados y nutridos en cualquier parte y sólo presentes en el colegio a la hora de las lecciones y de las repeticiones. Iñigo fue primero un pobre *"martinete"* de Montaigu. Hubiera podido pedir lecciones de latín a cualquier maestro, porque los reglamentos universitarios no exigían un certificado de escolar, sino para el curso de artes. Pero prefirió sin duda beneficiarse de los socorros de un colegio de renombre. Y por lo demás Montaigu se dividía con Coqueret y Santa Bárbara, la clientela bastante numerosa de los estudiantes portugueses y españoles.

El colegio, desaparecido ahora, daba a la calle de las Siete Vías y a la de San Esteban de Gres. Ocupaba los dos ángulos orientales de un cuadrilátero cerrado al oriente por el Colegio de Santa Bárbara y el hotel de los Abades del Monte San Miguel. Hacia fines del siglo XV, el sacerdote de Malinas, Juan Standonck había construido allí una casa de estudios y de vida austera. Según la idea del reformador, los *capetos* (así se llamaba a los bolsistas a causa del

manto y capucha que llevaban encima de sus sotanas), debían de ser clérigos escogidos a fin de prometer a la Iglesia sacerdotes excelentes de que tenía tanta necesidad. Standonck contaba con que por el contagio del ejemplo, los alumnos ricos admitidos en su colegio al lado de los pobres, ayudarían a la renovación de todo el clero. Este designio apostólico se deriva de los Hermanos de la Vida Común; Standonck había sido su alumno en Gouda antes que estudiara en Lovaina y en París, y hasta su muerte mantuvo con ellos estrechas relaciones.

Cuando murió, el 5 de febrero de 1503, aquel hombre de Dios había escogido ya a su sucesor en el cargo de Principal del colegio: Noel Beda asociado desde mucho antes a los trabajos de Standonck era de origen picardo. Este tenía la seriedad y sobre todo la tenacidad de Calvino. Conservó al colegio de Montaigu su carácter de austeridad, a despecho de la experiencia que hubiera podido aconsejarle suavizar el régimen alimenticio de los capetos y el reglamento de sus jornadas. Pero por el contrario, dobló la rigidez de la vida, conforme a sus ideas. En su tiempo porcionistas y camaristas participaban del mismo régimen intelectual; régimen que pudiéramos llamar integrista. Aun cuando dejó de ser el principal, Beda quedó de amo de la casa. Su vigilancia, su celo, su intrepidez le dieron, hasta su muerte en 1537, un papel importante en la Facultad de Teología de la que era síndico; y ya se imagina uno si sería fácil que un hombre de este carácter hubiera abierto con complacencia a las novedades del tiempo las puertas de Montaigu. Sus sucesores en la dirección, Pedro Tempeste y Juan Hegón más tarde, sufrieron o aceptaron su dominio. **(20)**

Tal es la casa a la que Iñigo de Loyola llegó a pedir lecciones de gramática.

Había entonces en la enseñanza de las lenguas antiguas dos métodos que chocaban entre sí: la vieja rutina de la época medieval tan vivamente criticada por Luis Vives, y las innovaciones del humanismo. Desde el último tercio del siglo XV, París tenía humanistas impresores de libros; y no publicaban solamente las ediciones de Salustio, de Cicerón, de Virgilio y de Lucano, sino aun manuales preceptivos. **(21)** Fichet publicó una Retórica, Gaguín un Tratado de Métrica, Tardif una Gramática. Erasmo, que llegó a Montaigu 1495 para enseñar allí la Sagrada Escritura, ha superabundantemente ridiculizado la escasa comida del colegio, pero precisa poco cual era la disciplina intelectual

que allí reinaba. Su presencia en la casa de Standonck da testimonio de que Montaigu no ponía mala cara al humanismo; pero después de la rebelión de Lutero es muy probable que el cielo se tornó tempestuoso en Montaigu para aquellos que latinizaban y grecizaban. Beda escribirá especialmente en contra de Lefevre de Etaples y Erasmo en su opúsculo *Adversus Clandestinos Lutheranos* de 1528, y obtendrá que la Sorbona prohíba en los colegios los *Coloquios* de Erasmo (23/junio/1528), de los que el librero parisiense Colines acababa de tirar veinte mil ejemplares.

Después de estos golpes, el humanismo, en 1528 debía de estar en Montaigu en calidad de sospechoso.

¿Sería un engaño decir que la desgracia de Erasmo fue compartida por Lorenzo Valla, Aldo Manucio, José Bade y aun el flamenco Despautere, cuyos manuales de latinidad impresos en París, hacían desaparecer entre sus múltiples ediciones todos los rudimentos antiguos? Con mayor razón Beda no hubiera sufrido que entrasen en aquella casa que miraba siempre como suya, la Gramática Latina y la retorica de Felipe Melanchton. No se figura uno en el tradicionalista Montaigu, que los ma estros pudieran seguir otras Gramáticas que el Doctrinal en verso de Alejandro de Villadios y el Grecismo de Everardo de Bethune cuya boga data de la Edad Media **(22).** Ni el principal Pedro Tempete, ni el principal Juan Hegón tratarían ciertamente de cambiar alguna cosa en el plan de estudios de Gramática que Noel Beda había elaborado en 1509, distribuyendo en siete clases la explicación del Doctrinal.

Este plan preveía que cada uno de los regentes, paralelamente al comentario del Doctrinal, debía explicar un prosista y un poeta. Ahora hien, los libreros parisienses del siglo XVI, editaban los más grandes autores de la Roma antigua; Cicerón sobre todo, era el favorito: cartas, discursos, tratados, etc., salían en profusión de las prensas, dejando bien atrás a las Décadas de Tito Livio, los Comentarios de César y las Cartas de Plinio. Virgilio, Ovidio, Horacio, eran equilibrados por Persio y Terencio. A pesar de su amor por la Edad Media, los maestros de Iñigo quizás habían dado un lugar en sus lecciones a aquellos textos clásicos. En cuanto a los diccionarios, parece claro que los escolares sólo tenían a su disposición los viejos palimsestos, compilados por los Lombardo, Papías, el Obispo Ugoccio y el dominico Juan de Ragusa para ayudar a los

clérigos a descifrar los monumentos de la antigüedad cristiana. Estienne no imprimirá sus Diccionarios sino hasta 1530 o 1531.

Para iniciarse en la Retórica, Iñigo tuvo sin duda las glosas de sus maestros sobre Aristóteles o Boecio, a menos que no haya preferido leer el *Isagogo* de Raymundo Lulio**. (24)**

¿Estudió Iñigo el griego en Montaigu? Es poco probable. La enseñanza de esta lengua en París se había reanudado a mediados del siglo XV, pero tuvo numerosas intermitencias. Gregorio el Tiphemate y Jerónimo Alejandre son meteoros que pasan. En el colegio del Cardenal Lemoyne y en el de Santa Bárbara, había algo de ello, pero en otras partes, nada. Lefevre de Etaples, que editó tantos Tratados de Aristóteles, lo hizo en latín. Los famosos Comentarios de Guillermo Budé **(25)** sobre la lengua griega, no aparecerán sino hasta el estío de 1529; los cursos de los lectores reales sobre lenguas antiguas, que provocaron tanta emoción en la Facultad de Artes y en la Soborna, no comenzaron sino en marzo de 1530. Hay algunos autores griegos que aparecían en las librerías, pero muy discretamente: Platón, Aristóteles, Tucídides, Luciano, estaban traducidos al latín; el Saboyano Claudio de Seyssel puso en francés a Jenofonte y a Diódoro de Sicilia. Si alguna vez Iñigo de Loyola estudió el griego no sería sino con Pedro Fabro en Santa Bárbara. De Montaigu no saldría probablemente sino con un bagaje de latín, en que el humanismo tendría muy pequeña parte.

Fue en el otoño de 1529 cuando pasó a Santa Bárbara para seguir allí el curso de Artes.

Santa Bárbara en 1529 **(26)** era una especie de feudo portugués en la Universidad de París. El principal Diego de Govea, era proveedor del colegio desde 1520; a su demanda, el Rey Juan III fundó en él cincuenta becas para los súbditos de su reino. Los sobrinos del principal, Marcial, Andrés y Antonio de Govea dominaban por su talento a sus émulos portugueses, españoles y franceses. Diego de Govea aunque haya sido presentado por Enrique Estienne como un ignorante, tuvo por lo menos el mérito de inflamar en su colegio los más hermosos entusiasmos por las Letras y la Filosofía.

Montaigu y Santa Bárbara no estaban separados sino por la estrecha calle de San Sinforiano o de Los Perros. En 1522, hubo entre los alumnos de los dos colegios un combate épico que narra un mal poema intitulado *Barbaromaquia*. Este episodio es símbolo de la rivalidad de las dos casas en el dominio de la enseñanza. Aunque conquistado por las teorías nominalistas, Montaigu era más hostil al movimiento del Renacimiento. En Santa Bárbara, Maturín Cordier, Luis de Estrebay, Jorge Buchanan y Antonio de Govea renovaron las enseñanza de las lenguas antiguas e hicieron penetrar en él al Humanismo. Juan Gélida de Valencia ayudado por su genial servidor Guillermo Postel, Juan Fernel de Montdidier y más tarde su alumno Antonio de Mouchy, llamado de Mocharés hicieron un esfuerzo para ensanchar los viejos moldes de la Filosofía Escolástica.

Fuera de la Universidad comenzaron en 1530 las lecciones de los lectores reales, **(27)** primeros maestros de lo que se llamó más tarde el Colegio de Francia. Enseñaban las lenguas antiguas de acuerdo con los métodos de los más fervientes humanistas de Alemania y de Italia; y además los italianos estaban mezclados a los franceses en este nuevo cuerpo profesoral.

Como estos profesores, por falta de un edificio único, daban sus cursos en el Colegio de los Tres Obispos, en el del Cardenal Lemoyne, en el de los Lombardos, y en el de Fortet, la juventud de las escuelas era conducida más o menos hacia los métodos nuevos. Los libros y las lecciones de Lefevre de Etaples habían en otro tiempo debilitado el Colegio del Cardenal Lemoyne y el de Navarra: allí se picaban de Humanismo; se buscaba el pensamiento de Aristóteles en sus propios escritos; se pedía en su texto original el sentido de la Escritura; y se pretendía renovar la misma Teología, oyendo por encima del ruido de los glosadores escolásticos, los ecos del pseudo Dionisio, de San Juan Damasceno y de los Padres de la Iglesia, sin hablar de Raymundo Lulio y de Ruysbroek. **(28)**

Bajo la influencia del viejo profesor Juan Mayor y del ex-principal Noel Beda, doblando la obstinación escocesa con la resolución picarda, Montaigu permaneció anclado en la tradición antigua. Entre la retaguardia de Montaigu y la vanguardia de Navarra, Santa Bárbara tenía el lugar de un cuerpo medio que desearía pasar a primera línea.

En tiempos de Iñigo de Loyola, el curso de Artes duraba tres años y medio. Cada uno de esos tres años tenía su regente, y los alumnos se llamaban Sumulistas, Lógicos y Físicos: nombres sacados de la principal de sus ocupaciones sucesivas. Aristóteles permanecía siendo el maestro por excelencia, que los profesores más famosos se honraban en comentar. Como lo señala expresamente el reglamento del Cardenal de Estouteville(1452), **(29)** en sus artículos concernientes a la facultad de Artes, si la Dialéctica es un gran punto en los estudios, no lo es todo; la Metafísica y la Ética deben de tener una parte notable con algunos elementos de Matemáticas y de Cosmografía.

Un poco antes que Iñigo de Loyola llegara a la Universidad de París, el Colegio de Santa Bárbara había conocido el triunfo del valenciano Juan de Celaya y del picardo Juan Fernel. El primero, interpretando a Aristóteles se gloriaba de conciliar a Santo Tomás de Aquino, Escoto y Occam; ¿pero se podía esperar menos de aquel que se llamaba el *doctor muy resuelto*? El segundo había comenzado unas lecciones de Cosmografía que eran todo un acontecimiento. En defecto de su persona, quedaron sus obras. Quizás Iñigo tuvo tiempo para hojearlas. Pero él no nombra sino uno solo de sus maestros, el doctor Juan Peña, que le inició en los secretos del Arbol de Porfirio. Desgraciadamente con citar este nombre es necesario detenerse porque se ignora todo del personaje. El valenciano Juan Gélida con su famoso criado Postel, habían ya emigrado al Colegio del Cardenal Lemoyne; Iñigo debió oír hablar de él, pero no fue su discípulo; acaso conoció en Santa Bárbara al portugués Juan Riveyro apasionado admirador de Celaya **(30).**

Celaya no era el único comentarista de Aristóteles, lo eran también Lefevre de Etaples, Francisco Vatable y Leónico Thomé. Las *Súmulas lógicas* de Pedro de España estaban en boga. Pero los manuales más recientes de Dialéctica eran numerosos; se podía escoger entre el de Jorge de Trevisonda, Juan L'Arboré y Adolfo Agrícola, sin hablar de Felipe Melanchton. En los antiguos libros ti«- Matemáticas de Boecio y Euclides y en la *Esfera* del monje inglés Juan de Sacrobosco, los libreros parisienses añadían los Tratados más modernos de Lefevre de Etaples y de Juan Fernel; del español Juan Martinez Guijeño llamado Silíceo; del célebre profesor de Alcalá Antonio de Nebrija; y

aun Simón de Colines editará en español el *Cuadro de Cebes* de Juan Población, médico de la Reina de Francia Leonor de Austria **(31).**

Sea lo que sea de los libros que hubiera podido leer y de los maestros de quienes hubiera podido seguir las lecciones, es preciso notar que Iñigo de Loyola, al comenzar el curso de artes, encontró el mejor socorro en dos amigos suyos muy queridos, el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier.

Pedro **(32)** estaba en París hacía ya cuatro años y acababa de pasar sus exámenes de licencia. Francisco había también terminado sus estudios y recibido el birrete doctoral; daba clase de Filosofía en el Colegio de Beauvais, pero vivía todavía en Santa Bárbara y compartía la misma habitación con Pedro Fabro. Iñigo de Loyola fue el tercero en el otoño de 1529, y desde el primer momento se convino en que Francisco daría a Iñigo una repetición de la Filosofía; pero de hecho fue Pedro Fabro el que se encargó de esta repetición. Guiado por este joven de veinticuatro años, dulce, puro y penetrante a la manera de los ángeles, el antiguo soldado de Pamplona repetía las materias explicadas, proponía sus dudas, se ejercitaba en la discusión, y hacía algunas lecturas. Con el tiempo leyó a Aristóteles, por virtud, como en otro tiempo leía por gusto los libros de caballerías. Los progresos fueron lentos; sus facultades habían perdido su flexibilidad, pero la inteligencia era de un hombre de acción y el corazón estaba dominado por el deseo del reino de Dios. No obstante, el saber parisiense entró poco a poco en su espíritu y al cabo de tres años Iñigo intentó la adquisición de los grados universitarios.

Antes de Navidad de 1532 un día que ignoramos, se presentó en las escuelas de la Nación de Francia, calle de Fouare. Conforme a la costumbre los profesores y numerosos escolares estaban presentes. Contra un regente de Santa Bárbara que argumentaba, Iñigo sostenía la discusión. Después más tarde, en los primeros días de febrero, sufrió a puerta cerrada las interrogaciones de cinco examinadores escogidos por los *Intrants* de las cinco provincias que componían la Nación de Francia. Otro grupo de escolares fueron examinados como él, sobre Gramática, Retórica y Lógica. Dadas las respuestas, los examinadores hicieron la lista de los candidatos admitidos e Iñigo recibió de ellos en presencia del Procurador de la Nación de Francia, las letras testimoniales que le declaraban Bachiller en Artes. **(34)**

El reglamento de 1452 **(35)** insistía porque se conservara en los colegios la antigua costumbre que obligaba a los bachilleres a discutir por treinta días seguidos durante la cuaresma, dando respuesta a todo el que preguntaba. Si en 1532 estaban aun en uso en Santa Bárbara estas discusiones cuadragesimales, Iñigo terminó con esta abundancia de silogismos las pruebas de su doctorado.

Los exámenes de licenciatura estaban tan minuciosamente arreglados como los de bachillerato. **(36)** Ninguno podía ser admitido a ellos sin presentar testimonio escrito de que había oído comentar por algún maestro, y no rápidamente, sino con toda calma, los Tratados de Aristóteles sobre la generación y la corrupción, sobre el cielo y el mundo y también los *Parva Naturalia* y la Metafísica y la Moral del Estagirita; y el mismo testimonio se exigía acerca de los cursos seguidos sobre Aritmética, Geometría y Astronomía. Se hacían recomendaciones instantes a los escolares para que profundizaran particularmente las tesis de Ética y de Metafísica. **(37)**

En 1533 Iñigo de Loyola afrontó *"las tentativas"*, como se decía entonces, de la licenciatura de Artes. Comenzaron en febrero, después de la fiesta de la Purificación. Luego tuvo un examen privado en Santa Bárbara; luego la discusión pública llamada *Quodlibetaria*, en la iglesia de San Julián el Pobre y finalmente el examen solemne en Santa Genoveva. Los candidatos podían graduarse en Notre Dame o en Santa Genoveva, e Iñigo escogió esto último. Conforme a los reglamentos de la Nación de Francia, cuatro examinadores, escogidos por ella, procedían a las interrogaciones y presidía el Canciller o el Vicecanciller. En los años normales se presentaban ochenta candidatos; se les clasificaba por grupos de diez y seis, por nación y por mes.

No sabremos nunca lo que preguntaron a Iñigo ni lo que el respondió; nos tenemos que contentar con la conclusión de que, puesto que fue inscrito en la lista de los Actos del Rectorado, sus respuestas fueron pertinentes. Después del examen en el día fijado por el director de la Universidad, el grupo de los candidatos acompañado del rector, de los procuradores de las naciones y de los bedeles de la Facultad de Artes, se presentaba en la iglesia de la abadía de Santa Genoveva. Tomando entonces el primer bedel de manos del canciller la lista por orden de méritos de los examinados, le daba lectura. Ignoramos también el lugar de Iñigo en esta lista. Si fue de los cuatro primeros, tuvo que exponer una

tesis y responder a las objeciones del Canciller; pero, como es de imaginarse, esta parada no era más que un puro espectáculo. Terminada la discusión de los cuatro primeros, todos prestaban juramento de observar los deberes de un maestro, recordados en una corta arenga. Y entonces el canciller levantándose les decía: *"Por la autoridad de los apóstoles Pedro y Pablo, que me ha sido delegada a este efecto, os doy licencia de regentear, de discutir, de determinar, y de hacer todos los actos escolares y magistrales tanto en París como por toda la tierra en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritn Santo"*. **(38)** Aquel día fue el 13 de marzo de 1533.

Notas Capítulo Noveno (Primera Parte)

1.— Ep. et Inst. I, 74.

2.— Crevier, *Hist, de L'Université de Paris* (1761). El tomo V contiene la Historia de la Universidad de 1494 a 1554.
3.— Se podría formar un díptico de hojas contradictorias, con los actos del Rey de 1321 a 1328, referentes a los avances de la Reforma en Francia.

4.— L. Defísle. *Notice sur un registre de la faculté de théologie* (1595-1533.) L. Clerval, *Registre des procés yerbaux de la faculté de théologie de París*, I, 1505-1523, Paris Lecoffre, 1917; Crevier, op. cit. V, 172, 195-197, 202-304.

5.— Imbart de la Tour, Les origines de la Reforme II, 392-445; III, 59-157; A. Renandet, *Prereforme et humanisme*, 76-89, 141-159, 205-209, 366-403.

6.— Emile Doumergue *Calvin*, (III, 88, 89) hace de Lefevre un protestante. Yo he protestado de esto muchas veces (*Etudes*, 20 de febrero 1918, 154 a 155 y otros). M. Vienot, (*Revue chretienne,* nov. dic. 1917, 504) N. Weiss (*B. de l'hist. du protest*., 1910, 81-85, 1913, 97-168) M. Renaudet (*Préreforme et humanisme*, 698-703) declaran falsa la tesis de Doumergue. El *Guillaume Farel* publicado en 1930 por eruditos suizos sigue las mismas conclusiones (99-113).

7.— Pedro Jourda, *Marguerite d'Angouleme*, I, 97-99; 181-182; 184, 186. *Etudes*, 26 de set. 1931, 698-702.

8.— Noel Beda o Bedier, nació hacia 1470 en Picardía, ya estaba en el Colegio de Montaígu con Standonck en 1495. Recibió la sucesión de Standonck en 1503, se doctoró m Teología el 15 de abril de 1508, dió su dimisión de Principal de Montaigu en 1514, se convirtió en síndico de la Facultad de Teología el 5 de mayo de 1520. A partir de esta fecha hasta su desgracia en 1527, no cesó en su actividad contra los luteranizantes. Acerca de el véanse además de Imbart de la Tour, Delisle y Clerval; Pedro Caron *Potitions de l'ecole de charles*, 1898: Weiss y Bourilly *Bullet. d'hist. du prot. francais*, mayo de 1903.

9.— González de Cámara, n. 73.

10.— La primera piedra del hospital de Saint Jacques, fue puesta por Juana, hija de Luis de Hutin, en 1322, la primera misa que allí se dijo fue el 18 de marzo de 1322. El Hospital tenía capilla y cementerio. La fiesta patronal se celebraba solemnemente el 25 de julio. El hospital estaba destinado a los peregrinos de Santiago de Compostela. Tenía illi su sede una Cofradía de antiguos peregrinos. Ver Piganiol de la Forcé, Descrption de París, III, 171-211; Lebeuf, I. 127-128, 252-257.

11.— González de Cámara, n. 76.

12.— G. Rambry, *Ignacio de Loyola en Brujas*, Luis de Plancke, 1898; Acta SS. julio VII 674, consignan esta tradición.

13,—,A. Bonilla y San Martín, Madrid, 1963, 163-183; Paul Dudon *Homenaje a Bonilla y San Martin*, II, 153-161, *La rencontre d'Ignace avec Luis Vives a Bruges*, 1528-1330.

14.— *Cronicon*, I, 43.

15.— Doy gracias al P. Poncelet por las notas que tuvo la bondad de comunicarme acerca de la estancia de S. Ignacio en Amberes; y cito su *Historia de la Compañía de Jesús en los antiguos Países Bajos*, I, 35-37-39.

16.— González de Cámara, n. 76.

17- *Cronicon*, I, 43.

18— *Scrip. S. Ign*. I, 735.

19- Marcel Godet, *La Congregation de Montaigu*, Paris, Champion 1912

20._ Godet, op. cit. 66, 68. Ver nota 13 Apéndices.

21- A Renaudet, op. cit. 114-116, 276.

22- Ch. Thurot. *De Alexandri de Villadei Doctrinali*, París, Dezobry, 1850.

23- Una copia de este reglamento de 1509, está en la Bibl. del Arsenal ms. 1168. En las adicciones y correcciones añadidas a su tesis De *l'organisation de l'enseiguement a L'Universite de Paris au Moyen Age*, Thurot, 11-13, ha resumido las prescripciones de Beda.

24.— A. Renaudet, *Annales de l'imprimerie*; Phil. Renouard *Bibliographie des impressions de Jone Badius*; *Bibliog. des editions de Simón Colines.*

25.— Abel Lefranc, *Histoire de College de France*, 31, 98, 102, 109; Louis Delaruelle, *Guillaume Budé*, París, Champion, 1907; 43-45.

26— J. Quicherat, *Histoire de Sainte Barbe*, I, 122-140.

27- A. Lefranc, op. cit. 101-125.

28.— A. Renaudet, op. cit. 281, 374-378, 474, 472-485, 487-408, 621.

29.— *Chart. Univ. París*. IV 728-729.

30.— J. Quicherat, op. cit. I, 165-174, 177-184.

31- Ver. Ant. et Philp. Renouard op. cit. años 1520-1533.

32- Mon. Fabri, *Memoriale*, n. 3.

33- L. Cros, *Histoire de S. Francois Xavier*, I, 109-111, 123.

34.—Thurot, op. cit. 42-47.

35— *Chart. Univ. París*. IV, 729.

36,—Thurot, op. cit. 49-58.

37,—*Chart. Univ. Paris*. IV, 729.

38- Thurot, op. cit. Add. et corr., p. 8.

CAPÍTULO NOVENO (SEGUNDA PARTE)

EL MAESTRO DE ARTES DE PARIS (II)

(Febrero 1528 a marzo 1535)

¿El nuevo licenciado llegaría a tomar también el birrete de Maestro de Artes? Aquello era una cuestión de dinero. En la historia de la Universidad, en el capítulo de abusos, los gastos hechos o exigidos con ocasión de los grados se mencionan frecuentemente. Los reformadores, las asambleas de la Nación de Francia, los Consejos de la Facultad de Artes constatan, reprenden, prohíben u ordenan. La dureza de los bedeles, la ambición de los regentes, las turbulentas exigencias de los escolares rompían las barreras de los reglamentos; en manos ávidas se mantenían los regalos, los banquetes y los gastos acostumbrados, a un tipo ruinoso para los estudiantes pobres. Desde el bachillerato, Iñigo de Loyola había interrogado al profesor Peña para saber de él, qué conducta había de seguir, dada su firme voluntad de vivir como un pobre diablo (39). Peña debió decirle, que era difícil pedir una excepción para un estudiante que no era religioso. Porque en los términos del reglamento, los *"martinetes"* mismos tenían su cuota señalada; lo mejor sería pues seguir la manera común. Quizás Peña dio su consejo acompañado con algunas palabritas dichas al Procurador de la Nación de Francia; porque en estas materias, los procuradores tenían un poder discrecional previsto por los estatutos (40). A pesar de lo cual las propinas a los bedeles, los derechos de cancillería por las letras testimoniales, los regalos a los regentes, que lo habían preparado a los grados, la nota a pagar por los dos banquetes de la elección, y por el banquete de la licenciatura, vaciaron la bolsa de Iñigo de Loyola y le obligaron a pedir prestado. El 13 de junio de 1533, escribía a la generosa Inés Pascual: *"en esta Cuaresma he tomado*

el grado de maestro (es el de la licenciatura de lo que habla)*y por eso he gastado en cosas inevitables mas de lo que podía mi bolsa y exigía mi condición, de manera que me he quedado agotado. Será muy necesario que Dios Nuestro Señor venga en mi ayuda"* (41).

El estudiante en la inopia no se contentó con lanzar este grito de socorro. Escribió a Ana de Rocaberti que en una carta le había hecho las más generosas ofertas, y encargó a Inés Pascual que viera lo que podía conseguir ella misma sin ser indiscreta entre las fieles bienhechoras de Barcelona: doña Isabel de Josa, doña Aldonza de Cardona y, principalmente, doña Jerónima Gralla. El no quería permanecer con deudas para el porvenir. (42)

Tal penuria explica cómo Iñigo tuvo que esperar hasta después de Pascua de 1534 la toma del birrete doctoral. La obtención del cargo de maestro era una ceremonia más que un examen. Cierto día, pues, de la cuaresma de 1534, Iñigo revestido de su capa negra se dirigió en solemne cortejo a las escuelas de la Nación de Francia, calle de Fouare. Dió una especie de lección, que es el comienzo de las que la licenciatura le daría el derecho de hacer más tarde; luego, el maestro que había sido su patrono para la licenciatura, (43) Juan Peña probablemente, hizo una arenga; enseguida el bedel preguntó a todos los maestros presentes: *"¿Os agrada que el licenciado Iñigo de Loyola reciba el birrete?"* Dado el *placet* de la asamblea profesoral, Iñigo avanzó algunos pasos y su regente le cubrió con el bonete doctoral.

Cuando Iñigo tomó este grado supremo de maestro, había ya comenzado sus estudios teológicos. Hubiera podido hacerlos en la Sorbona o en Navarra. Las dos casas tenían igual reputación. Los regulares tenían también sus escuelas, de las que las más famosas eran la de los Menores y la de los

Dominicos. Por razones que no ha dicho y que debían ser el renombre del convento de la calle Saint Jacques, Iñigo escogió para maestros a los Hermanos Predicadores.

El convento de la calle Saint Jacques, (44) se beneficiaba desde la Edad Media, de la gloriosa radiación de la Universidad de París. Dominicos de todos los países, y especialmente de España, iban a estudiar allí y tomar sus grados. Era en la Orden una casa de formación para sus futuros maestros de Teología. La agregación del convento a la congregación observante y reformada de Holanda, habíale añadido el renombre de la virtud al del saber.

Se sabe perfectamente cómo a lo largo del siglo XV, las estrepitosas querellas entre nominalistas y realistas habían llenado de tumultos las escuelas y el Parlamento de París. Maltratados por momentos los nominalistas, acabaron por obtener derecho de ciudadanía para sus doctrinas, hasta el punto de imponerlas en algunos colegios (45). Pero a principios del siglo XVI tuvo lugar una conversión intelectual, que hizo mucho ruido. El flamenco Pedro Crockaert, brillante discípulo de Juan Mayor en Montaigu y fogosísimo nominalista, tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Saint Jacques en 1503 y se convirtió en un tomista decidido. Durante diez años, de 1504 a 1514, sus lecciones atraían gran número de oyentes. Al morir dejó su cátedra a un discípulo más grande que él, el español Francisco de Vitoria. Cuando Vitoria, después de dos años de maestro, 1522 a 1524, partió para Salamanca, tuvo por sucesor a Fray Pedro de Nimega. Estos tres hombres en veinte años dieron a Saint Jacques de París una noble tradición. Sus libros en que comentaban la Suma de Santo Tomás en lugar de las Sentencias de Pedro Lombardo, dieron una nueva orientación a la enseñanza, la misma que Tomás de Vio acababa de darle.

Seguramente no todos los dominicos de París tenían las mismas tendencias. Para no citar sino dos nombres entre los más conocidos de esta época, Amado Maigret y Guillermo Petit, estaban profundamente ligados al movimiento humanista, tan temido y combatido por los teólogos de la Sorbona. Unidos con Lefevre de Etaples, hubieran querido como él renovar no solamente el lenguaje, sino los métodos y las teorías de la antigua escolástica.

Los maestros de la calle de Saint Jacques, que hemos nombrado, al tomar a Tomas de Aquino por guía, unían a su escuela un pasado glorioso y un doctor que era un santo. Todo esto era de mucho agrado para Iñigo de Loyola. En medio de las corrientes diversas que seguían los espíritus en París, se dirigió como por instinto hacia aquella que llevaba las aguas de una lejana tradición. No nos ha dicho el nombre de sus profesores de Teología, pero fueron ciertamente los mismos que Bobadilla nombra en sus memorias, a saber (46): Mateo Ory y Juan Benoit, y quizás sea necesario añadir a Fray Tomás Lorenzo. Iñigo no aprovechó por mucho tiempo sus lecciones porque fue obligado a salir de París después de diez y ocho meses de estudios con los dominicos. Pero debe pensarse que la escuela de Saint Jacques fue la cuna de aquel afecto de preferencia por Santo Tomás, que el fundador de la Compañía de Jesús manifestará más tarde en el lugar de sus Constituciones, en que reglamenta los estudios de su Orden.

Al cabo de siete años pasados en la Universidad de París, (1528 a 1535) Iñigo de Loyola poseía no ciertamente la vasta cultura de un Budé o de un Lefevre de Etaples, pero sí una seria iniciación en las disciplinas escolares de su tiempo. Tenemos acerca de la extensión de su saber, la declaración de un testigo que le conoció de cerca entonces: Diego Laínez. He aquí sus palabras textuales a las que nada hay que añadir porque en su brevedad y franqueza lo

dicen todo: *"Bien que él tuvo en el estudio muchos más impedimentos que los otros, sin embargo puso tan grande diligencia en ellos, que aprovechó* ***coeteris paribus****, tanto y más que sus contemporáneos, adquiriendo una notable medianía de conocimientos, como atestiguó por sus exámenes públicos y en sus discusiones con los escolares de su mismo curso."* (47)

Extranjero en Francia, habiendo sufrido a causa de su celo mil tropiezos, este estudiante de cuarenta años bien cumplidos, guardó siempre de su paso por París un agradecido recuerdo. Ponía a la Universidad francesa por encima de las Universidades españolas. A su hermano Beltrán que quería enviar a su hijo menor Emiliano a estudiar en Salamanca, no vacilará en escribir en 1539: *"si mi parecer tiene algún peso, yo te aconsejaré enviar a Emiliano a París porque allí aprovechará mucho más en pocos años que en muchos en otra Universidad; y además porque es un país en donde los estudiantes conservan mayor moralidad y virtud; y por mi parte con el deseo que tengo de su provecho me gustaría que tomara el camino de París; dile a su madre que en el caso en que Araoz no fuera por allá no faltarían personas de autoridad y buena vida que tuviesen mucho cuidado de Emiliano."* El consejo no fue seguido, pero no por eso era menos una conclusión autorizada de una experiencia, que no se extravió nunca. Nosotros ignoramos cuáles eran las ideas de Iñigo de Loyola acerca de París cuando llegó en febrero de 1528. Pero desde luego, dos hechos pudieron producir en él la más profunda impresión: una procesión solemne y un concilio.

Sucedió que en la noche del lunes de Pentecostés (l° de junio de 1528) algunos malhechores sacrílegos rompieron la cabeza de una estatua de la Virgen que se levantaba en la calle de Rosales en el barrio de San Antonio. Francisco I se indignó y pidió que se hicieran manifestaciones solemnes de reparación. El nueve de junio tuvo lugar una procesión solemne de la

Universidad. El once el Rey hizo otra con la Parroquia de San Pablo. El doce hubo procesión general de todas las parroquias, con todo el Clero, todos los Obispos presentes en París, el Cardenal de Lorena, el Parlamento, la Real Hacienda, la nobleza, los príncipes de la sangre y el Rey: cada uno llevaba en la mano un cirio de cera encendido. Las casas estaban empavesadas. Cuando el Rey llegó a la calle de Rosales, tomó en sus manos de las del Obispo de Lisieux, una hermosa estatua esmaltada, y con sus propias manos ayudado por el Prelado la colocó en el lugar en que estaba antes la mutilada estatua; mientras que el Clero cantaba la antífona *Ave Regina Coelorum*, el Rey de rodillas lloraba y oraba devotamente. Acabadas la antífona y las oraciones, depositó en el nicho su cirio y el del Cardenal de Lorena y cerró él mismo la verja que había de proteger a la estatua tan solemnemente inaugurada. Ante semejante espectáculo ¿cómo un hijo de Espuña, un peregrino de Nuestra Señora de Montserrat, no se habría sentido conmovido hasta lo más profundo de su alma? ¿Cómo este fervor de toda una capital en favor de las devociones tradicionales, no habría de infundir en su corazón, si hubiera sido necesario, la detestación de las cobardes complacencias de algunos humanistas, que consentían en abolir el culto de los santos?

Mucho más aun que las manifestaciones brillantes de la calle de Rosales, el Concilio de Sens, (49) proclamó la fidelidad de la Iglesia Galicana a las antiguas creencias. Los cánones de la Asamblea de Obispos y Doctores presidida por Antonio Guiprat, Arzobispo de Sens y Canciller de Francia (tres de febrero de 1527 a septiembre de 1528) son un verdadero bosquejo de los cánones del Concilio de Trento. No es seguro que Iñigo de Loyola haya leído todos los impresos de polémica cambiados entre Beda y Erasmo, pero ciertamente leyó las actas del Concilio editadas por Colines en 1529 al cuidado

de Clichtove, con un prefacio al Rey, una exhortación al lector y un sumario de verdades católicas opuestas a los errores de Lutero.

Los decretos conciliarios señalaban el error a la atención de los católicos, tratando de detener sus progresos por la condenación de los escritos y de los hombres que los difundían. Proveían a esto las decisiones de la Sorbona y los decretos del Parlamento (50). El Parlamento ordenó el suplicio de Berquín (17 de abril de 1529), el proceso contra Saunier del Colegio de Reims (febrero 1530), y contra Marcial Masurier, principal del Colegio de Chenac (septiembre de 1530); cateos en las librerías en mayo de 1532; la prisión del Canónigo de Amiens Juan Morand (23 de septiembre de 1533). Las decisiones de la Sorbona (51) precedieron y aclararon las sentencias de los tribunales. Entre todos, Beda se distinguía por su vigilancia y actividad. Nombrado síndico, a pesar de sus resistencias, reelecto después de su voluntaria dimisión, tuvo una parte considerable no sólo en las determinaciones de la Sorbona contra Lutero, sino en los asuntos de Berquín, de Lefevre de Etaples, Caroli, Masurier, Juan Papillón y Erasmo. Cuando Iñigo de Loyola llegó a París, la actuación de Beda estaba en su fase más resonante. Puede decirse que era el portavoz de la Sorbona, inquieta y suspicaz.

Con el grueso de los parisienses y de los escolares de su tiempo, Iñigo de Loyola siguió con interés los actos de esta doble judicatura. Los del Parlamento eran públicos; las conclusiones de la Sorbona no se sabe que se manifestaran al exterior. Si acaso, Iñigo pudo sorprender algunos secretos, por las alusiones de los maestros en sus cursos, o por las confidencias secretas de algunos doctores sus amigos: Jerónimo Frago, Alvarez de Moscoso, Santiago Barthelemi y Francisco el Picardo.

Se puede estar seguro que él iba en las filas de las dos procesiones solemnes del 25 de mayo de 1530 y del 21 de enero de 1535 por las cuales la Corte y la ciudad quisieron reparar los ultrajes hechos a la Virgen de la Calle de Aubry el Carnicero, y las blasfemias fijadas en las calles contra la Eucaristía. Y no será él el que tomará la defensa del zapatero Laffite o del dominico Carne, condenados como escandalosos herejes. Maltratado muchas veces por los jueces de la fe bajo el pretexto de que tenía doctrinas inquietantes, sabía por experiencia que los teólogos pueden castigar inocentes, pero suscribía el principio de la reprensión legal de los errados, que dogmatizaban; a sus ojos la fe católica, con la gracia de Dios, era el bien supremo de las almas y de los pueblos. El partido del Evangelismo de Meaux y de los Erasmianos le era muy sospechoso. Él fue quien apartó con fuerza a Francisco Javier de aquellos hombres vacilantes y de sus doctrinas. Con toda la Sorbona consideraba como faltas de gobierno, las tergiversaciones del Rey y sus esfuerzos para salvar a los escritores comprometidos, y el riguroso destierro con que castigó el celo a veces excesivo del síndico Noel Beda.

Pero en medio de estas batallas confusas en las que chocaban violentamente letrados y teólogos, no pensaba sacrificar la Teología a las Letras, ni las Letras a la Teología. Hacer mofa de la Edad Media, con el pretexto de magnificar las conquistas del Renacimiento, y despreciar las conquistas del Renacimiento por una obtusa veneración a la Edad Media, le parecían dos exageraciones tan contrarias a la razón como a la fe. Era demasiado humilde, y demasiado justo, para no respetar en el pasado aquello de que vivió y lo hizo grande; unía, en la Providencia de Aquel que desde lo alto gobierna su Iglesia, una confianza suficientemente absoluta, para rechazar los nuevos medios de defender y de ilustrar la creencia de sus abuelos. Frente a esta antinomia que

se encarna en Beda de Picardía, y en Erasmo de Rotterdam, separa la realidad de las apariencias; traza una vía media, en la que el sincero amor de las Letras y del saber del Renacimiento, se une con la más celosa integridad en la doctrina.

Tanta prudencia podría parecer una piadosa y gratuita conjetura, pero no es así. Todos los que han leído las Constituciones de la Compañía de Jesús, saben bien el lugar que el fundador da en ellas a las lenguas sagradas y al Humanismo. Todos los que han leído los Ejercicios Espirituales, saben que Iñigo de Loyola señala en ellos el acuerdo que debe de existir entre la Teología Escolástica y la Teología Positiva. Estos textos prueban la exactitud de miras de su autor. Entre los tímidos rutinarios y los presuntuosos novadores, guarda el equilibrio de la verdad; no por un relámpago de genio especulativo, porque no fue ni un letrado, ni un filósofo, ni un teólogo; sino por un don superior de gobierno, por un espíritu de conducta natural, en él iluminada desde Manresa, con sobrenatural claridad.

Pero además, ¿no era un deseo de tradición y de progreso lo que comenzaron a inspirar en él las lecciones recibidas en Alcalá? ¿Y no puede decirse que Iñigo de Loyola prosiguió en París el laborioso ciclo de sus estudios universitarios, de acuerdo con las miras del gran Cardenal Jiménez de Cisneros?

*

* *

En el espíritu de Iñigo de Loyola estaba firme la idea no solamente de llevar a cabo todos los estudios clericales, de modo que pudiese trabajar por la salvación de las almas, sino aun de agrupar en torno suyo algunas buenas voluntades semejantes a la suya. Desde los años de Alcalá (1526-1527) comenzó a poner en ejecución este proyecto. Cuando sus dificultades con

la Inquisición obligaron a Iñigo a apartarse de la Universidad de Jiménez, persistía en su idea. Cáceres, Saá, Arteaga, Reynald se unieron otra vez en Salamanca a su maestro espiritual. El viaje de Iñigo a París relajó los lazos, sin romperlos; se comunicaban entre sí por cartas, y aun Iñigo trató de atraer a Calixto a París, procurándole por medio de doña Leonor de Mascareñas una beca del Rey de Portugal para Santa Bárbara. Provisto por la dama de dinero y de una mula, Calixto hizo el viaje de Portugal, pero renunció en París; hizo como tantos españoles de su tiempo un viaje a las Indias Occidentales (la Nueva España), volvió después a España, hizo un segundo viaje a las Indias y finalmente se instaló en Salamanca, en donde admiró a todos por su riqueza, cuando le habían conocido en otro tiempo, como a un pobre estudiante (52).

Cáceres que era de Segovia, no tardó mucho en tomar el camino de su ciudad natal; y allí arregló su vida de tal manera que pareció haber olvidado completamente su primer designio de pobreza y de apostolado. (53) Arteaga tomó el camino de los honores: llegó a ser Comendador y Obispo en América. Murió envenenado por la culpa de un criado que le cuidaba en una enfermedad y se equivocó de frasco dándole a beber agua de solimán, en lugar de agua pura. (54) Juan Reynald se hizo fraile en Salamanca, aun antes de que Ignacio hubiera salido de allí.

Nadie, pues, quedó cerca de aquel que había soñado con agrupar algunos hombres resueltos a vivir a la apostólica; pero recomenzó en París sus ensayos de proselitismo. Cuando volvió de Flandes la primera vez, en 1528, se ocupó de dar los ejercicios espirituales a tres de sus compañeros cuya amistad había ganado y que se llamaban Peralta, Castro y Amador. Los ejercicios los transformaron, dieron a los pobres todos sus bienes, aun sus libros, se instalaron en el hospital y se les vio mendigar por las calles de puerta en puerta.

Esto hizo gran ruido sobre todo entre la turba española de los estudiantes. En motín y armados los más resueltos se fueron al hospital de Saint Jacques de los Peregrinos para predicar a los convertidos de Iñigo y arrancarlos por fuerza de su nueva vida. La discusión terminó por una especie de pacto: ante todo Peralta, Castro y Amador debían terminar sus estudios y después seguirían sus propósitos si les parecía bien. (55) Peralta no sabemos dónde estudiaba; Castro lo hacía en la Sorbona, y Amador en Santa Bárbara. Diego de Govea, el principal de Santa Bárbara, había tomado muy a mal el incidente. Decía que Iñigo de Loyola había trastornado el juicio de Amador, y que era necesario que expiara su crimen recibiendo el infamante castigo que se llamaba *"la sala"*.(55) El delincuente condenado a este castigo debía presentarse en el refectorio de la comunidad, en presencia de todos sus camaradas y pasar, con el cuerpo desnudo hasta la cintura en medio de los maestros colocados en dos filas y armados de látigos restallantes. Advertido de lo que le esperaba, Iñigo de Loyola no dejó de ir al colegio según su costumbre. Y cuando ya iba a salir se le cerraron las puertas. Comprendió lo que iba a suceder y se fue a encontrar al principal y después de una larga conversación les vio ir juntos al refectorio. Diego de Govea colocó a Ignacio a su lado y cuando terminó la comida tomando la palabra hizo el elogio del estudiante incriminado, al que sin duda hizo prometer que moderaría su celo. (57)

En medio de estos sucesos Iñigo recibió de Ruán una carta de súplica; era del indiscreto que en otro tiempo había gastado vergonzosamente los ducados que habían enviado a Iñigo de Barcelona, y le hacía saber en la carta que había caído enfermo cuando iba ya a tomar el navio para volver a España, pero que deseaba volver a ver a su bienhechor. Con la esperanza de ganar a Dios al infortunado, Iñigo resolvió hacer descalzo y en ayunas las veintiocho leguas de

camino que le separaban de aquel hombre. Por un instante vaciló, pero una visita a la iglesia de Santo Domingo le volvió el aplomo. La mañana de su partida, mientras que se vestía, le volvió el miedo: ¿No era aquella una empresa temeraria y no tentaría a Dios con pretexto de celo? Con estos pensamientos, los brazos se le caían y tuvo gran trabajo para vestirse. Acabó, no obstante, sus preparativos y salió mucho antes de que comenzara el día. Llegó hasta Argenteueil, siempre combatiendo interiormente; pero después de haber atravesado esta aldea, mientras que trepaba por una colina, sus angustias comenzaron a disiparse por sí mismas; y sintió en su alma tan dulces consolaciones, un vigor espiritual tan grande y tal alegría, que no podía menos que lanzar exclamaciones de gozo mientras iba por el campo hablando con Dios. La tarde del primer día después de 14 leguas de camino se alojó con un mendigo en un hospital; el segundo día en una granja y el tercer día llegó a Ruán. Según su propósito, no había tomado desde su partida ningún alimento. Una vez que encontró al enfermo, lo cuidó, ló consoló, lo ayudó a embarcar y le proveyó de cartas de recomendación para sus compañeros dejados en Salamanca: Calixto, Saá, Diego Cáceres y Juan Arteaga. (58)

A la vuelta de esta expedición caritativa Iñigo encontró a la Inquisición turbada a cuenta suya, con respecto a la aventura de los tres convertidos evangélicos. Como Peralta y Castro pertenecían a familias distinguidas, su conversión había hecho ruido más arriba del mundo de los estudiantes; y el inquisidor Mateo Ory, de la Orden de Santo Domingo, había mandado que se buscase a Iñigo. A la primera noticia que tuvo, fue Iñigo derecho a avistarse con el inquisidor. Las experiencias de Salamanca y de Alcalá le habían dado confianza en las explicaciones rápidas y leales. Declaró al Padre Mateo Ory, que estaba a su disposición para todas las investigaciones que quisiera; y que no

pedía más que una cosa: la rapidez en las operaciones judiciarias de que pudiera ser objeto, porque quería comenzar de nuevo los cursos de Artes el día primero de octubre, y deseaba por ello que su proceso hubiera terminado para aquella fecha, a fin de que nada le distrajese de sus estudios. El inquisidor respondió a Iñigo que le habían acusado de algunos actos de proselitismo, pero la conversación no pasó de allí ni tuvo consecuencia alguna. (59)

Por lo demás, el apóstol estaba resuelto a guardar la mayor reserva posible. Si quería conservar a sus amigos conquistados ya por su celo, no pretendía más ganar a otros. Aquellas empresas le ponían en peligro de distraer el tiempo necesario para sus estudios. Apenas hubieron comenzado de nuevo éstos, cuando el estudiante de Filosofía se encontró, como otra vez en Barcelona, embargado por la importunidad de pensamientos santos. En lugar de seguir atentamente la lección del maestro, su espíritu se sentía absorto por el fervor y se perdía en la atención a las inspiraciones divinas que le venían en abundancia. Para curarse, Iñigo empleó el remedio que le había sido tan útil en Barcelona. Se fue a hablar con Juan Peña, su profesor, y le prometió ser muy asiduo y atento a todas sus lecciones, con la sola condición de tener con qué vivir en París. Apenas hizo esta promesa cedió la tentación, desapareció la importuna devoción y pudo proseguir en paz sus estudios. (60)

A causa de su gran virtud, Iñigo se había hecho de amigos no sólo entre sus condiscípulos, sino entre los mismos maestros de la Universidad. Uno de ellos, Jerónimo Garcés, que se hacía llamar, no sabemos por qué, el doctor Fragus, se interesaba especialmente por aquel estudiante extraordinario. Siendo profesor de Sagrada Escritura en la Sorbona, aquel doctor español que llegó a morir canónigo de Pamplona, no tuvo nunca a Iñigo por alumno; pero había seguido con interés las desagradables vicisitudes a que le había llevado

su celo apostólico. Admirado de la bonanza que siguió de repente a aquellas borrascas le manifestó un día su admiración por aquel cambio *"Maestro,* observó Iñigo, *la razón en sencilla; es que ahora no hablo a nadie de cosas de Dios; pero terminado el curso volveré a encontrar las dificultades del pasado;"* (61) y el acontecimiento debía justificar su previsión. La práctica de los *Ejercicios Espirituales* le había dado los volubles compañeros de la primera hora; y la misma práctica le dará a aquellos que constituirán con él, un día, la Compañía de Jesús.

En aquella pieza de Santa Bárbara que compartía con Pedro Fabro y Francisco Javier, el estudiante de Filosofía sembró en el corazón de sus dos amigos la semilla de los santos deseos. Pedro fue más presto a recibirla, Francisco más rebelde. El saboyano tenía sus sueños sobre el porvenir: ¿qué sería él: médico, abogado, regente de un colegio, Doctor en Teología? Todo aquello le tentaba, pero lo rechazaba pronto. Tuvo días en que pensó seriamente en encerrarse en un monasterio: era esto como una evocación rápida de sus santas inspiraciones de niño, de aquella hora sagrada en que había hecho a Dios promesa de perpetua castidad. En medio de aquella incertiumbre, Pedro continuaba su vida de estudiante, pero las lecciones de Iñigo lo determinaron. Al comienzo del año de 1534, le hizo hacer los *Ejercicios Espirituales*. En el alma pura y generosa de Fabro, aquel mes de reflexión, de oración y de penitencia produjo efectos extraordinarios: era piadoso y se convirtió en un verdadero santo. (62)

El navarro (63) tenía en su alma más fiebre de ambición y de orgullo. Nacido gentilhombre conservaba en medio de la escasez a que le reducía la pobreza de los suyos después de las guerras de Navarra, muchos ideales de grandeza. Aceptaba de Iñigo, que por lo demás era tan noble como él, dinero

para sus necesidades, pero no tan fácilmente sus consejos. En 1531, después de la muerte de su madre, había procurado que constara por acto público su voluntad de tener las pruebas notariales de su nobleza. Tal vez soñaba con hacerse en su país, después de haber sido regente en el colegio de Beauvais, un profesor famoso. Quizás como su padre, si bien fue muy desgraciado en su carrera de consejero de los príncipes de Albret, quería ser un restaurador del reino de Navarra. Había entrado sin duda en el estado clerical; pero cuántos hombres de Iglesia estaban entonces en los más grandes cargos y negocios del Estado. En una palabra, aquel corazón generoso tenía una sed ardiente de gloria.

Mezclado en Santa Bárbara con compañeros desvergonzados, que bajo la mirada de un maestro pervertido pasaban las noches en lugares de mala fama, había tenido a veces la debilidad de seguirlos, pero nunca participó en sus excesos. El horror de las enfermedades que roían a esas víctimas del vicio le había bastado durante dos años para sostener su pudor natural contra las solicitudes de los malos ejemplos. Las salpicaduras de aquellos escándalos, el espejismo de las glorias humanas en que se complacía su imaginación, le tenía más lejos que a Fabro de los austeros caminos del Evangelio. Pero llegó la hora, sin embargo, en que las palabras de Iñigo parecieron a aquel mundano menos absurdas. Como Fabro, hizo los *ejercicios espirituales*, con igual sinceridad e igual plenitud en la donación de sí mismo a Dios, pero aun antes de hacerlos ya hacía meses que estaba por entero conquistado para la vida evangélica (64).

Diego Laínez y Alonso Salmerón habían venido de Alcalá a París. Eran jóvenes estudiosos y llenos de fe. Laínez había tomado ya en Alcalá el grado de

Maestro de Artes el 26 de octubre de 1532; Salmerón había estudiado con fervor el griego y el hebreo; pudo en París al pie de las cátedras de los lectores reales, acrecentar aún el saber, que debía ayudarle más tarde a interpretar con tanta autoridad la Sagrada Escritura. En la Universidad de Alcalá los dos jóvenes habían oído hablar de Iñigo de Loyola y cuando llegaron a París, la Providencia permitió que en el mismo momento en que bajaban del caballo a la puerta de la hospedería, Iñigo fuese el primer hombre que encontraron. (65) Encontrar en París desde sus primeros pasos con quien hablar en castellano, debió de ser para los dos viajeros sumamente grato. Sus relaciones continuaron, y no fue necesario mucho tiempo para que Iñigo conquistara al castellano Laínez y al toledano Salmerón que siguieron de cerca a Pedro Fabro por el camino de los *Ejercicios Espirituales*. Laínez entró en él el primero con un ardor impetuoso; pasó en un absoluto ayuno los tres primeros días y los quince siguientes sólo se alimentó con pan y agua. Estos ejemplos de tan rigurosa penitencia y ardiente oración fueron para Salmerón un estímulo al que no resistió.

Otro español (66) del reino de León se unió a ellos. Cuando llegó a París estaba más provisto de saber, que de dinero. Había estudiado en Valladolid y en Alcalá la Filosofía y la Teología, y aun había sido en Valladolid regente de Lógica. Para aprender mejor las lenguas se dirigió a París, pero la Providencia puso a Iñigo de Loyola en su camino. El generoso mendigo lo socorrió con sus limosnas y el candor, la actividad, la inteligencia del recién llegado agradaron al reclutador de hombres apostólicos que era Iñigo; y así por el camino de los *Ejercicios Espirituales*, Nicolás de Bobadilla se unió a la pequeña sociedad que se iba formando.

Simón Rodríguez de Azevedo (67) había venido a París en 1527, el año precedente, a petición del portugués Diego de Govea principal de Santa Bárbara. El Rey Juan III había fundado en aquel colegio parisiense cincuenta becas en favor de los estudiantes de su nación. Simón era uno de esos favorecidos por las becas reales, de las que eran la flor los sobrinos de Govea. Ignoramos en qué momento aquel joven portugués comenzó sus relaciones íntimas con Iñigo de Loyola, pero sabemos por él mismo, que fue poco después de Laínez y Salmerón cuando entró en los designios generosos que el antiguo héroe de Pamplona inspiraba a todos los que le trataban de cerca. (68)

En fechas diversas al cabo de un retiro de treinta días hecho con admirable fervor, cada uno de aquellos seis jóvenes (69) se decidió a una misma resolución: consagrarse al servicio de Dios por el sacerdocio a fin de trabajar por la salvación de las almas. Muchos años hacía que aquel celo apostólico abrazaba el corazón de Iñigo. A su contacto la pura y viva llama se encendía en el corazón de sus discípulos. A ejemplo del Divino Rey soñaban con conquistas; querían establecer el reino de Dios más allá de las fronteras de su país natal; las misiones entre infieles no les espantaban y resolvieron ir primero que nada a Palestina. En 1534 aquellos proyectos se hicieron la materia de conversaciones, que eran una verdadera deliberación en común, procurando todos llamar a Dios, para que les iluminase, con la oración y la penitencia. La conclusión fue firme y se contiene en tres palabras: promesa de pobreza evangélica cuando terminaran sus estudios; promesa de castidad; promesa de ir a Jerusalem y de trabajar en la conversión de los infieles a menos que se suscitaran obstáculos que les impidiesen o embarcase en Venecia o vivir en Palestina; en cuyo caso irían a Roma para rogar al Soberano Pontífice que decidiese de sus destinos. En el corazón de todos ardía la misma llama generosa de abnegación y la misma

piedad hacia la Santísima Virgen y decidieron unánimemente que la fiesta de la Asunción sería el día de su juramento sagrado; y pasaron aquella fiesta en las alturas de Montmartre (70).

En aquel tiempo la Abadía Benedictina de San Pedro dominaba un amplio espacio de jardines que se extendían hasta la mitad de la colina. Las pendientes cercanas estaban desiertas como una campiña abandonada. Aquí y allá algunos molinos animaban el paisaje con sus torres redondas y sus grandes alas en cruz. En el punto que hoy forma el cruce de la calle Antoinette y la de los Mártires se levantaba una capilla conmemorativa del martirio de San Dionisio. La Cripta recordaba el sepulcro del primer obispo de París. Encima había estado edificada en el siglo XIV una alta iglesia. Fue en ese lugar donde se reunieron, en la mañana del quince de agosto de 1534, aquellos hombres de Dios. Pedro Fabro ya era sacerdote desde el 22 de julio, y celebró allí la Santa Misa. En el momento de la comunión, Iñigo de Loyola, Javier, Laínez, Salmerón, Rodríguez y Bobadilla pronunciaron el triple voto que fijaba provisionalmente su vida. Fabro les dió la comunión. ¡Con qué generosa alegría hicieron esta ofrenda! En el secreto de aquella capillita perdida, mientras que en lo bajo de la colina la ciudad dormía cansada aun de sus placeres, de sus negocios y de sus disputas, algo divino comenzaba, ignorado de todos, contemplado con benignidad por la Virgen y su Hijo. Los hombres que salieron de aquella capilla con el alma en fiesta, el rostro radiante, el corazón y los labios llenos del Evangelio, eran verdaderos reformadores de la Iglesia.

Pasaron en oración y piadosas conversaciones todo aquel día. Al borde de una fuente en el declive que va hacia el llano de San Dionisio tomaron juntos su frugal alimento, sazonado con alegría celestial y caridad fraterna. (72) Desde los balcones del Paraíso los viejos monjes de Siria y de Egipto reconocerían a

unos hermanos, en aquellos estudiantes, casi todos españoles, perdidos por algunas horas como solitarios en medio de la campiña parisiense. Mientras que acababa el día volvieron a la ruidosa ciudad y al barrio de las escuelas. En el corazón de todos el recuerdo de esta fiesta de María permanecerá vivo y dulce; ninguno de entre ellos traicionó las promesas hechas al pie de la tumba de los mártires y de entonces en adelante su vida cristiana y su vida intelectual tendrá ya una meta fija. Como dirá mas tarde Fabro, habían visto la luz del cielo *"y el principio y fin."*(73) No solamente sabían que venidos de Dios, debían volver a Dios, pero aun el camino que debían seguir para esta vuelta, estaba señalado recto delante de ellos: era, sin entrar por esto en una Orden religiosa, el camino de los consejos evangélicos.

Más tarde cuando Ignacio de Loyola habrá sido levantado en los altares y que el grupo apostólico en que había soñado en París se había convertido, según las palabras de Bossuet, en la célebre Compañía de Jesús, se acordarán de la fecha del 15 de agosto de 1534. Bajo Luis XIII la iglesia del *Sanctorum Martyrium* será reedificada con mayores proporciones. Encim del altar mayor de la cripta, se colocará un cuadro representando a Fabro en el altar mientras que Ignacio y sus compañeros, de rodillas, se aprestan a leer la fórmula de su voto. En la alta iglesia la Capilla más cercana al tabernáculo, a la derecha, será dedicada a San Ignacio, y en una gran placa de cobre los transeúntes podrán leer:

Societas Jesu

quae Sanctum Ignatium Loyolam

Patrem agnoscit, Lutetiam matrem.

Hic nata est.

Y la inscripción no es mentirosa a condición de que se la entienda. En 1534, el cuerpo religioso que se llamará la Compañía de Jesús no existía sino en germen informe, pero el espíritu de los Ejercicios que animará y organizará este cuerpo, está ya vivo y dotado de todas sus potencias. En este sentido es verdad el decir que la Orden de los Jesuitas nació en Montmartre.

De una vida común los peregrinos de Montmartre tendrían desde entonces algunos elementos muy sencillos que, a decir verdad, los ligaban ya desde hacía tiempo: meditación y examen de conciencia cotidianos, confesión y comunión semanarias, entrevistas y reuniones frecuentes, ya en la morada de uno, ya en la de otro. La diversidad de sus estudios, la pobreza de sus recursos, la incertidumbre de sus designios, no les permitían más. Tenían sin embargo, como cosa entendida que durante su estancia en París renovarían todos los años, el 15 de agosto, su voto de 1534, y así lo hicieron en 1535, y Claudio Jayo, conquistado por su compatriota Fabro, se unió a la pequeña agrupación, y el 15 de agosto de 1536, el picardo Pascasio Groet y Juan Coduri del Delfinado se les añadieron también. (74)

En esta época Ignacio de Loyola no estaba en París. Pero su recuerdo, sus *Ejercicios Espirituales*, sus recomendaciones y su voto tenían fuertemente unidos entre sí, a todos estos jóvenes. Pedro Fabro, como hermano mayor, continuaba comunicándoles el espíritu ignaciano que nadie poseyó jamás con mayor plenitud. Era sacerdote, había acabado sus estudios de Teología, tenía todas las facilidades y toda la autoridad necesarias para gobernar a sus compañeros. Estos seguían sus cursos y pasaban sus exámenes con la pasión de los más fervientes letrados. Todos serán Maestros de Artes y todos conquistarán entonces o más tarde sus grados en Teología; pero por viva que sea su sed de saber, más aún existe en su corazón viva y ardiente la sed de ganar

almas para Dios. Frente al protestantismo, que acoge a los desertores de la Iglesia, y del paganismo, que detiene aún en la noche a tantas almas ignorantes de Cristo, quieren ser apóstoles, y la ciencia que adquieren no es para ellos sino un medio para autorizar su celo.

En la misma hora en que la política rival de Francisco I y de Carlos V divide a Europa y pone en apreturas a los Papas, aquellos franceses, aquellos saboyanos y estos españoles se quieren como si fuesen hermanos; San Pablo diría que no son sino uno en Jesucristo. Jesucristo es verdaderamente el centro de sus pensamientos y de sus amores. Aquellos estudiantes del Renacimiento Parisiense viven sumergidos en la atmósfera del Cenáculo y de la Iglesia primitiva: el Espíritu Santo los posee y los gobierna. Día vendrá en que podrán predicar el Evangelio, ahora lo viven.

*

* *

En cuanto a Iñigo de Loyola, su salud se quebrantó mucho en la primavera de 1535. Desde los días de extremada penitencia de Manresa, los dolores de estómago se habían hecho en él un mal crónico. En París había subordinado sus austeridades al trabajo escolar, pero sin renunciar por completo a la mortificación. Los santos no conocen las abstenciones que serían cobardías. En una palabra, por causas diversas sin duda, el estudiante cuadragenario se encontró reducido a una especie de agotamiento. Los sufrimientos del estómago duraban horas en estado agudo; y a veces los acompañaba una fiebre intensa. Los médicos consultados sugirieron muchos remedios, pero ninguno producía efecto y acabaron por aconsejar una cura del aire natal. Se decidió que Iñigo hiciera el viaje a España, y cedió al parecer de los médicos y más aún a las

instancias de sus amigos; por lo demás podría aprovechar aquellas circunstancias para arrreglar algunas cuestiones de patrimonio de las que sus compañeros y él querían desembarazarse para siempre. Los arreglos se hicieron pronto. El fin de sus estudios sería en 1338 para los compañeros de Iñigo; el 21 de enero, fiesta de la conversión de San Pablo todos saldrían para Venecia, y él por su lado, después de haber arreglado sus propios negocios y los de los compañeros, en Azpeitia, en Almazán, en Toledo y en Javier, iría directamente a Venecia para encontrarlos. (75)

Mientras que todo estaba listo ya para la separación, Iñigo supo que había sido denunciado al inquisidor y que le amenazaba otro proceso. Fue a encontrar al Padre Mateo Ory para explicarse con él, y el inquisidor declaró que en efecto tenía una acusación sin importancia; pero añadió que le gustaría mucho ver los *Ejercicios Espirituales* de los que le habían hablado. Iñigo no tenía por qué ocultar su instrumento de conquista. Remitió al Padre Ory el manuscrito y éste lo recorrió y lo alabó mucho, manifestando el deseo de tener una copia. Iñigo se la envió; después de lo cual se tomó la libertad de insistir ante el inquisidor rogándole prosiguiera el proceso hasta la sentencia final. El juez se excusaba diciendo que aquello era superfluo, pero Iñigo permaneció en su idea. Cierto día se presentó en casa del inquisidor acompañado de testigos y de un notario público; y cuando salió del convento de los dominicos de la calle de Saint Jacques, llevaba en el bolsillo un testimonio en buena y debida forma, que garantizaba tanto su fe, como sus costumbres (76).

Tomada esta precaución salió para España montado en un caballejo que sus compañeros le compraron. Debió de ser por los alrededores del 25 de marzo, probablemente el día 30, o sea al tercer día de Pascua.

39.- González de Cámara, n. 84).

40.- Du Boulai, *Hist. de l'Univ. de París*. V, 824.

41.- *Ep. el Inst. I*, 91-92.

42.- *Ibid.* I, 92.

43.- El registro de la Rectoría no señala para los incipientes de 1534 el nombre de los patronos escogidos por los candidatos.

44.- Mortier, O. P. *Hist. abregée de L'Ordre de S. Dominique en France*, París, Mame 1920, 190, 198-199, 202; A. Renaudet, op. cit. 464, 469, 594, 617, 659, 693.

45.- Du Boulai, op. cit. V.

46.- Mon. Bobadillae, 614.- Bobadilla nos cuenta también que oyó las lecciones del maestro Pierre de Cornibus, hermano menor, *non satis laudatum apud theologos*. Ignacio tuvo ciertamente relaciones amigables con este doctor; le llama también su maestro en una carta a Diego Govea, 23 de sep. de 1538. Es verdad que en la misma carta, da el mismo título a Jacques Barthélémy y Francisco el Picardo, sacerdotes seculares, de los que difícilmente se puede pensar que fueran sus maestros.

47.- *Scrip. S. Ign*. I, 139.

48.- *Ep. et Instr*. I, 149.

49.- Maní, XXXI, 1150-1201. Ver Nota 11 (Apéndices).

50.- En *San Francisco Xavier, su pais*... I, 270-290, el P. Cros nos da un resumen de rrtoj decretos según el orden cronológico. Ha utilizado los Reg. des Arch. Nat. Co.f*cil X, 1526-1539; Plaidoiries X, 4872-4905, etc.

51.-A. Qerval, op. cit. I, 267, 273-279, 354-380, 385, 390, 400-408.

52.- González de Cámara, n. 80.

53.- Id., n. 80.

54.- Id., n. 80.

55.- Id.. n. 77.

56.- Id., n. 78.

57.- Rivadeneyra, *Vida*, 1. II, c. 3. *et Scrip. S. Ign. I,* 303, donde el mismo Rivadeneyra ratifica haber oído contar este hecho en París en 1542.

58.- Gonzalez de Cámara, n. 79.

59.- Id. n. 81.

60.- id. n. 82.

61.- Id. n. 82.

62.- *Mon. Fabri, Memor*. n. 9, 14. Pedro Fabro nadó en Villaret de la diócesis de Ginebra, de una familia de campesinos, hacia Pascua de 1506; fue alumno por nueve años en el Colegio de la Roche; llegado a París en sep. de 1525, licenciado en Artes en Pascua de 1530, recibió las Sagradas Ordenes en París el 28 de febrero, el 4 de abril y el 4 de mayo; celebró su primera Misa el 22 de julio de 1534, graduado como Maestro de Artes después de Pascua de 1536.

63.- L. Cros, op. cit. I, 100, 124-137: Francisco de Jasso, nació en el Castillo de Javier, diócesis de Pamplona, educado en Sangüesa, llegó a París en octubre de 1525, licenciado en Artes el 15 de marzo de 1530, Maestro de Filosofía en el Colegio de Beauvais en 1534, graduado después de Pascuas en 1536..

64.- Astráin, I, 73. Diego Laínez, nacido en Almazán en 1512, de una familia de comerciantes, educado en Soria y en Sigiienza; graduado Maestro de Artes en Alcalá el 26 de octubre de 1532; llegó a París en 1533. Alonso Salmerón, nació en Toledo, de padres pobres, el 2 de sep. de 1515, condiscípulo de Laínez en Alcalá, pasó con él a París en 1533, graduado Maestro de Artes en Pascua de 1536.

65.- Polanco, Cronicón, I, 49.

66.- *Mon. Bobadillae*, Polanco, I, 49.—Nicolás Bobadilla, nació hacia 1509 seguramente en la diócesis de Palencia, de padres pobres; educado en Valladolid, graduado Maestro de Artes en Alcalá, alumno de Teología en Valladolid, profesor de Lógica en esta Universidad, llegó a París en 1534; graduado Maestro de Artes en Pascua de 1536, bajo la presidencia de Francisco Javier.

67.- Nacido en Vosuela, diócesis de Viseu, de familia noble; educado en Lisboa por el deán de la Capilla Real Diego Ortiz Villegas; bolsista de Santa Bárbara en 1527, licenciado en Artes el 14 de marzo de 1536; Maestro de Artes, después de Pascua de 1536.

68.- Rodríguez, Comentario, 155; Polanco *Cronicón* I, 49-50; Francisco Rodriguez *Historia da Companhia de Jesús na Asistencia de Portugal*, I, vol. I, 41-46.

69.- En 1534 Fabro tenía 28 años; Javier, 27; Bobadilla, 25; Rodríguez, 24; Laínez, 22; Salmerón, 19.

70.- Rodríguez, *Comentario*, 457-458; Fabro, *Mem*. n. 14, 15; Polanco I, Mi. Ver Nota 13 (Apéndice).

71.- Rodríguez, *Comentario*, 459; Fabro, n. 15; Polanco, I, 50; Cámara, n. 58

72.—Rodríguez, 459-460.

73.—Fabro, n. 103 y también carta del 12 de mayo 1541 en Mon. Fabri, 104.

74.—Rodríguez, 460; l abro, n. 15; Polanco, I, 49-50; Laínez en Scrip. S, Ign. I, 111-112.

75.- González de Cámara, n. 84, 85, 86; Rodríguez, Fabro, n. 16; Laínez en *Script. S. Ign*. I, 112.

76.-González de Cámara, n. 86; Scrip. S. Ign. II, 3. Ver Nota 15 (Apéndices),

CAPÍTULO DÉCIMO

10. EL SANTIFICADOR DE AZPEITIA

(Mayo a Julio de 1535)

De París a Azpeitia hay cerca de novecientos kilómetros. Para hacer este camino Iñigo empleó un mes. No nos queda de este viaje ningún recuerdo, ningún incidente que el viajero haya querido anotar.

Desde que franqueó las fronteras de Guipúzcoa, en lugar de tomar el camino real que le hubiera conducido a Loyola, tomó los senderos de las montañas; su intención bien definida era la de huir de la casa paterna para vivir como un pobre en el hospital. Pero habiendo sido reconocido en Bayona, en la hospedería, por Juan de Eguibar, proveedor de las carnicerías de Azpeitia y antiguo combatiente de las guerras de Navarra, creyó éste, que su deber era el ir a Loyola para dar la noticia. Mientras que Iñigo caminaba solitario, vió llegar hacia él a dos hombres armados. Aquel lugar era famoso por las hazañas de algunos asesinos. Los transeúntes se cruzaron con él y después volvieron a toda prisa sobre sus pasos. Iñigo que se dió cuenta, tuvo un estremecimiento de miedo, sin embargo les habló y supo por ellos que eran criados de la casa de Loyola, enviados a buscarle. Rogóles que fueran por delante y continuó solo su camino. Un poco antes de llegar a Azpeitia encontró a varios sacerdotes que salían a su encuentro. Ya se adivina lo que había sucedido: Martín García supo que su hermano iba a Azpeitia, por un camino que no pasaba por Loyola, y comprendió enseguida, porque tenía muy presente en la memoria la despedida de 1521 para dudar ni un momento de la resolución de Iñigo. Pero quizás algunos sacerdotes obtendrían de él lo que Martín no se atrevía a esperar. Baltasar de Garagarza y los clérigos que lo acompañaban llevaron a cabo celosamente su comisión: hicieron al viajero las más vivas instancias para llevarle a Loyola, pero todo fue inútil. Iñigo rogó a los sacerdotes le dejaran continuar su camino y sólo pudieron seguirle de lejos. Por Etumesa, Herriazaga y el camino de Cestona llegó a la Basílica de la Magdalena, a la que estaba unido un hospital a 300 pasos de la ciudad, y allí pidió albergue. (1)

El hospital del que Martín García de Loyola era patrono, estaba administrado por Pero López de Gariyn y Milia de Goyaz, su mujer, desde el 25 de marzo de 1524. Estos nobles azpeitianos, aliados a los Loyola y cristianos generosos, habían perdido a todos sus hijos y consagraron su vida y sus bienes a las buenas obras. Nos podemos imaginar, pues, con qué respeto semejantes personas recibieron a Iñigo aquel viernes 30 de abril de 1535, hacia las cinco de la tarde. (2)

Desde el primer día Iñigo trazó su programa para seguirlo al pie de la letra: había de vivir como si en aquel país fuera un desconocido. Recomenzó en Azpeitia la vida de Manresa: mendigando su alimento de cada día, se presentaba modestamente a las puertas de sus compatriotas y sus parientes pidiendo limosna por amor de Dios. Cargado con los productos de su colecta, tomaba el camino del hospital y dividía entre los enfermos y los pobres lo que le habían dado de mejor y guardaba para sí un poco de lo más malo. Como se puede pensar, Martín García trató en un principio de oponerse a lo que consideraba un deshonor para su familia; pero vanos fueron sus esfuerzos: Iñigo permaneció en su resolución evangélica. (3)

Todos los días reunía a los niños para enseñarles el catecismo (4). Cuando manifestó este proyecto a su hermano, Martín García le dijo que no reuniría a uno solo; pero vinieron y en gran multitud tanto los padres como los hijos, y aun Martín García fue como los otros, uno de los oyentes de aquellas prédicas tan nuevas en Azpeitia. Después de explicarles los artículos del credo o los mandamientos de Dios, el catequista preguntaba para asegurarse si le habían comprendido, y sucedió varias veces que los que respondían no teniendo seguridad, o por ser tartamudos o defectuosos de alguna otra manera hacían que los niños y aun las personas grandes no pudieran contener la risa. Iñigo reprendía severamente aquellas burlas fuera de lugar, y para restablecer el orden y la caridad le bastaba amenazar a los que reían con medir su propia ciencia.

A este ejercicio de paciencia y de celo, Iñigo añadía piadosas exhortaciones, el lunes, el miércoles y el viernes de cada semana para las personas mayores. En aquella Villa de Azpeitia donde su familia era la principal hacía muchos siglos, nadie dejaba de acudir para verle y oírle. La capilla de

Santa Magdalena fue pronto muy estrecha para contener a todo aquel pueblo, y el hombre de Dios los evangelizaba al aire libre desde el umbral de la casa. Y llegó el caso de que tuviera que subir el domingo, o los días de fiesta, al pulpito de la iglesia parroquial. Pero parece que aquellos sermones solemnes fueron más bien actos de complacencia a los que se prestaba rara vez, porque prefería predicar evangélicamente al azar de las circunstancias y los catecismos en el hospital. (5)

Algunos días después de su llegada, habló desde lo alto de un árbol a una multitud inmensa. Entre las numerosas capillas sembradas por toda la campiña de aquel país, hay una situada junto a la Carretera real de Azpeitia a Tolosa que lleva el nombre de Nuestra Señora de Elosiaga. Era costumbre muy antigua de las gentes de aquel país poner bajo la protección de esta Virgen los pactos de amistad, los perdones y las reconciliaciones. Todos los años la ciudad de Azpeitia venía allí procesionalmente el primer día de las Rogaciones. Iñigo siguió a sus compatriotas; el concurso era considerable y se le invitó para que predicara. Para darse a oír y contentar a todo el mundo, subió a un ciruelo que se encontraba allí plantado muy a propósito y en un lugar cómodo y desde allí arengó a la multitud. Según su costumbre habló con vigor del respeto debido a la Ley de Dios, y uno de los puntos que tocó fue el relativo a los adornos de las mujeres; muchas de ellas lloraban, tocadas de compunción. (6)

Sabemos por Iñigo mismo la razón de aquellas lágrimas; dejémosle hablar: *"Las jóvenes de ese país, van siempre con la cabeza descubierta y no se cubren sino cuando contraen matrimonio. Pero había muchas que eran simplemente concubinas de algunos hombres y aun de sacerdotes, y les guardaban fidelidad como si fueran sus mujeres legítimas y se cubrían, como las legítimamente casadas"*; y esto era tan común, *"que no tenían vergüenza de decir que se velaban la cabeza por fulano de tal"*. Se ven ya las consecuencias de aquel impudor y si el celo apostólico de Iñigo, sobre el ciruelo de Elosiaga, tenía o no motivo de tronar contra ciertas modas. (7)

Pero no se contentaba con hablar; logró que el Corregidor de Azpeitia entrara a medias en su empresa reformadora. El magistrado a sus ruegos, decidió castigar aquellas mujeres perdidas que se atreviesen a llevar el velo de las mujeres casadas. (8) El mal era muy antiguo. Consultando los antiguos

papeles de la ciudad, el Corregidor hubiera encontrado una ordenanza de Isabel y de Femando firmada en 1484, referente a este caso y organizando, para extirpar el mal, un procedimiento rápido: al primer delito, un marco de plata de multa y destierro por un año fuera de la juridicción de Azpeitia; en la reincidencia, otro marco de plata y un destierro de dos años; y la tercera vez, cien latigazos en público y un destierro de seis años.

Tenía pues Iñigo motivo para hacer una apelación a los poderes públicos por precedentes autorizados. Pero el hombre de Dios tenía demasiada experiencia de la debilidad humana para creer en la sola acción de las leyes; los cambios durables, son únicamente aquellos que se operan en el fondo de las almas. A partir del día de la Ascensión, hasta la fiesta de Pentecostés, Iñigo predicó todos los días sobre los Mandamientos de Dios; contra la impureza y la blasfemia su palabra tuvo una fuerza singular. Cinco mujeres de mala vida, entre las cuales había una Loyola, se convirtieron y su conversión fue tan ruidosa como lo había sido su escándalo. Muchos fueron a Roma en peregrinación de Penitencia. Iñigo no descuidó de hacer venir al hospital para reprenderles al bachiller Acharán y a un tal Pérez de Eizaguirre unido a su familia, y tuvo la felicidad de conducirlos a nueva vida. (9) Para tocar el corazón de los pecadores, Iñigo contaba únicamente con la gracia de Dios. De Dios esperaba la bendición necesaria para fecundar los reglamentos del Corregidor y sus propias predicaciones. En su testamento (10) Martín García de Loyola escribió: *"Digo y quiero que a perpetuidad se toque a la hora del medio día la gran campana de la iglesia de San Sebastian, todos los días a fin de que los que la oigan sean invitados a decir de rodillas un Padre Nuestro y un Ave María, suplicando a Dios Nuestro Señor quiera darles a los que se encuentren en pecado mortal, la gracia de salir de él; y otro Padre Nuestro y Ave María para obtenerles la gracia de no volver a caer. Y para que Dios Nuestro Señor sea más honrado, ordeno y es mi voluntad, que a la misma hora de medio día, los* **frayles** *hagan tocar la campana de su ermita, a fin de que los habitantes de la región queden advertidos para hacer las mismas oraciones."* Y después de haber señalado en dos ducados de oro y diez reales castellanos que valían cada uno treinta y cuatro maravadíes, el salario de los campaneros, el testador añade: *"Recomiendo al Rector que es o será que se sirva dos veces por año publicar en la misma iglesia la razón de esta fundación. Tenía la intención de*

dejar a mi hermano Iñigo otro recuerdo; pero él mismo juzgó que este era el mejor, teniendo en cuenta que alguna otra persona celosa del servicio de Dios me ayudará de algún modo a establecer esta obra para que así tenga parte en el mérito."

Se descubre sin pena este anonimato, bien transparente cuando se sabe por testimonio de Fotenciana de Loyola, (11) que Iñigo quiso consagrar al pago de los campaneros y de aquella campana de los pecadores, lo que le quedaba por recibir de su legítima.

Por lo demás el santo hombre no escaseaba sus sacrificios; oraciones fervientes, santas conversaciones con quienes venían a verle, predicaciones frecuentes, todo le parecía bien, para traer a las almas al sincero servicio de la divina Majestad. A medida que se prolongaba su estancia, la afluencia de la gente se hacía más considerable. De valle en valle, de aldea en aldea, corría el rumor de que un santo daba audiencias en el Hospital de la Magdalena de Azpeitia. Los testigos del proceso insisten sobre esta multitud de visitantes y de oyentes. En los alrededores del hospital, trepaban éstos sobre los árboles y las paredes. En aquel tiempo los campos que rodeaban a la Magdalena pertenecían al Monasterio. La multitud los llenaba y al cabo de poco no quedaba allí, dicen los testigos, ni rastro de árboles, ni de la maleza. Los que se veían obligados a permanecer lejos por no poder acercarse al hombre de Dios, no por eso se veían privados de sus lecciones. Catalina de Egurza, Martín de Eizaguirre, Andrés de Oraá, María de Ulacia cuentan que oían la voz alta y aguda del predicador a más de trescientos pasos de distancia del hospital. (12)

*

* *

En las conversaciones particulares Iñigo terminaba frecuentemente la obra que los remordimientos habían comenzado durante el sermón. Su ministerio de reconciliación era especialmente bendecido por Dios. Lorenza de Ugarte (13) cuenta, que vinieron desde Placencia, un padre y un hijo mal avenidos y que hicieron la paz a los pies de Iñigo, y que vueltos a su tierra escribieron a su bienhechor una carta tan hermosa, tan llena de alegría, que Iñigo la leyó a los pobres del hospital, para demostrarles sin duda, cómo la paz

de la conciencia recompensa la generosidad de aquellos que saben vencerse para permanecer fieles a Dios. Quizás los reconciliados de Placencia eran también Loyola, porque había en aquella ciudad una rama de la familia. Pero sin salir de Azpeitia, Iñigo tenía entre los suyos mucho que trabajar en calmar las iras y apaciguar los odios inveterados.

En el momento mismo de su partida de Loyola, en 1521, había logrado entre su hermano García por una parte, el Rector de la iglesia, Anchieta, y el Convento de las Isabelinas por otra, un acuerdo generoso (14). Después habían vuelto el disgusto y los procesos y los pleitos. La enemistad estaba tan viva como nunca, cuando en 1532 desde París, Iñigo escribió a su hermano estas líneas que debieron traspasar su corazón como una flecha del cielo: *"Deseo con ardor y más que con ardor, si se puede decir, que la verdadera caridad sea perfecta entre mis parientes y mis amigos y que os consagréis con todas vuestras fuerzas al servicio y la gloria de Dios Nuestro Señor, a fin de que pueda yo amaros y serviros mucho más."* (15)

No es imposible, que provocado por Iñigo a un serio examen de conciencia, que le llevara a dar a sus hijos, a sus criados y a toda su casa buenos ejemplos, Martín García haya determinado acabar con las vergonzosas luchas que tenía con el convento de las Isabelinas. Las cosas habían ido muy lejos. Pero López de Loyola primero, y después Tomás de Eguibar, habían hecho en persona el viaje a Roma para sostener los derechos del patrono y obtener sentencia engañando al tribunal de la Rota con alegatos falsos. Como todo esto apartaba a su hermano del perfecto servicio de Dios, Iñigo le exhortó con vehemencia. En todo caso se debe de notar un proyecto de acuerdo, en veintitrés artículos, escritos de la propia mano de Martín García con fecha 23 de diciembre de 1533; en 1534 da orden a su procurador en Roma, que era el bachiller Juan Costaroz, que suspenda toda la acción judicial; el 27 de marzo de 1533 escribe un nuevo memorándum de conciliación, en veintiocho artículos, para terminar sus discusiones con las Isabelinas. Un mes después el Províncial de los Franciscanos de Burgos autoriza a la superiora del Monasterio de la Concepción, para que concluya un acuerdo con el Rector, los clérigos y los patronos de Azpeitia, aun a costa de una renuncia de ciertos derechos, si uno o más árbitros lo juzgaran a propósito. Sea que la mano de Iñigo haya intervenido

o no, en estos preliminares, es claro que facilitaban un acercamiento, pero diez y ocho días después de su llegada, Iñigo tenía el gusto de firmar el acto notarial que arreglaba una querella, vieja ya de treinta años.

Se trata como ya se adivina de las relaciones que debían existir entre la iglesia parroquial y la capilla del monasterio. A pesar de las bulas apostólicas y del derecho privilegiado de los Franciscanos, el patrón laico de la Iglesia y del Monasterio quería privar a éste de sus derechos positivos: los oficios, los sermones, los funerales, los bautismos, los desposorios, organizados en la capilla, eran vistos por este celador estrecho de los derechos curiales, como una brecha abierta a la dignidad y el provecho de la iglesia parroquial. La historia eclesiástica está llena en todos los países y en todas las épocas, con esos combates ridículos, en que los hombres consumen sus fuerzas con una terquedad que no son capaces de poner en las grandes empresas. El 18 de mayo de 1535, en el Monasterio de las Isabelinas, todo el clero de Azpeitia y todas las religiosas estaban presentes ante Martín García de Loyola, Iñigo, y el Alcalde Pero Ibáñez de Izagarra. El notario era Juan Aquamendi. Después de narrar la querella desde sus orígenes, el acto de la concordia precisa en 17 puntos las condiciones, que para en adelante serían la ley en la capilla del Monasterio. Iñigo firma en primer lugar (16), y era justicia porque la reconciliación fue obra suya. Por actas pontificias de Paulo III fechadas en julio y octubre de 1539 el pacto voluntario de Azpeitia recibió su confirmación apostólica. Mucho tiempo después, en 1810, un Provincial de los Franciscanos de Burgos no dudará en llamar día bendito a aquel 18 de mayo de 1535, en que las Isabelinas y el clero de Azpeitia hicieron la paz.

*

* *

Viviendo como un mendigo en el hospital de la Magdalena, Iñigo no podía olvidar la suerte de aquellos con quienes compartía la vida. Durante su estancia fue fundada por él una obra en favor de los pobres vergonzantes. Es conveniente transcribir aquí la primera página, que al principio de un registro del hospital de San Martín, escribió el notario Juan de Aquamendi:

"Como la memoria de los hombres es débil y se acaba con su vida, Aquel que remedia nuestros males y provee a nuestras necesidades, nos ha dado la escritura conservadora de los sucesos pasados. Gracias, pues, a los escritos presentes, el tiempo por venir sabrá la verdad de lo que va a decirse en el caso presente.

"En el año de 1535, llegó aquí después de unas peregrinaciones a Jerusalem y a Roma, el señor maestro Iñigo de Loyola que por todas partes había dado grandes ejemplos de vida santa. La nobleza de su familia es notoria. Dios y todos aquellos que lo encuentran ven sus virtudes. Yo, que escribo, no tengo pues que contarlas; así omitiré las alabanzas debidas a sus méritos que son tan grandes y me limitaré al único punto que me ocupa.

"Este santo en el tiempo de su estancia en la presente ciudad de Azpeitia, su patria, quedó vivamente afligido de las necesidades espirituales del pueblo. Preocupado por remediar todos los males a fin de salvar las almas, se puso a predicar la doctrina que podía esperarse de una boca tan santa, y se tomó mucho trabajo por la conversión de los pecadores. El fruto de sus trabajos fue grande, pero es cierto que hubiera querido más y que fue muy a pesar suyo si quedó alguna cosa por hacer.

"Dios Nuestro Señor, pues, ha hecho a la ciudad de Azpeitia una gran misericordia, no menos que a los de su casa, al darles tan gran hombre al mismo tiempo que se daba a Sí mismo tal servidor de su divina bondad. También cada uno de nosotros, con toda su posibilidad, le ha pagado un tributo de acción de gracias por todos los bienes que hemos recibido ya, por medio de su servidor, y por todos aquellos que esperamos recibir aun en este mundo y en el otro.

"Este santo que medita continuamente la Sagrada Escritura procuró, tanto como pudo, que los verdaderos pobres de su Patria que sufrían hambres y otras numerosas necesidades fuesen eficazmente socorridos. Trató de este asunto con el Concejo de la ciudad y con los principales habitantes y estableció unos reglamentos y ordenanzas que se conocerán más lejos. Quien primero le secundó fue el comerciante Juan de Eguibar (éste estaba encargado de proveer las carnicerías de Azpeitia y era hermano de leche de Iñigo) *y su mujer María Juanez de Zumitztayn. No habiéndoles dado Dios posteridad se vieron como obligados a adoptar a los pobres. Pero consideraron a estos forzados herederos, como si realmente fueran para ellos hijos de bendición."* (17)

El notario Juan de Aquamendi sabía ciertamente redactar un contrato como el más retórico de los legistas, pero era sobre todo, lo que valía más, un hombre de corazón y un cristiano; en esta página, un poco solemne, escrita en 1542, nos da la prueba de que a despecho del proverbio, Iñigo había sido profeta escuchado en su propio país, poderoso en obras más aun que en palabras.

El 23 de mayo de 1535 era el domingo de la Santísima Trinidad. En la misa solemne, don Andrés de Loyola, Rector de la iglesia parroquial, promulgó, traduciéndolas al vasco, las ordenanzas establecidas en el Ayuntamiento. Nadie de la jurisdicción podría mendigar de puerta en puerta bajo pena de ser condenado a seis días de prisión, y en caso de reincidencia a cien azotes. Ningún limosnero podría ser admitido, a menos que lo fuese por Nuestra Señora de Roncesvalles y Nuestra Señora de Balbanera. En cuanto a los transeúntes tampoco estaban autorizados para pedir limosna de puerta en puerta; los peregrinos, o los necesitados que pasaran, debían dirigirse a los mayordomos de pobres; y era a estos mayordomos a quienes los habitantes de Azpeitia debían enviar los mendigos, obligándolos aun a denunciar a la justicia, bajo pena de dos reales de multa, a los mendigos capaces de trabajar y que se rehusaran a ello, y éstos serían castigados con seis días de prisión y cien azotes. Seria establecida por el Concejo de la ciudad después de una seria investigación, una matrícula exacta de los pobres de la jurisdicción de Azpeitia; y solamente los inscritos tendrían derecho a un socorro. Los administradores de los hospitales, no podrían acoger ni a limosneros extranjeros, ni a mendigos válidos, bajo pena de exponerse a tres días de prisión y cien maravadíes de multa. Con mucha razón las ordenanzas insisten, desde su comienzo, en que los dos mayordomos de pobres vergonzantes, uno del clero y otro laico, sean escogidos con el mayor cuidado, sin respetos humanos y solamente teniendo en cuenta sus cualidades caritativas. Todos los días domingo y festivos debían pedir en la iglesia para los pobres, y ellos solos tenían el derecho de recoger las limosnas de los otros. La economía del sistema descansaba pues por entero en la integridad y celo de estos procuradores. (18)

El Hospital llamado de los Barrios o de Bastinayri, fundado en los comienzos del siglo XVI, más allá del Puente de Emparan en la margen derecha

del Urola, fue la sede de la obra de los pobres vergonzantes. La generosidad proveyó durante siglos enteros, mucho más allá de la necesidad; porque los guipuzcoanos emigrantes a las indias occidentales, que morían en aquellos países ricos, volvían sus ojos antes de morir hacia su ciudad natal, y dejaban en su testamento cuantiosos legados en favor de los pobres vergonzantes. En el curso de los años la obra cambió de nombre, pero a la cabeza de muchos de los nuevos registros que manifiestan las fases de esta inevitable evolución siempre se encuentra piadosamente transcrita la página del notario Juan de Aquamendi, que refiere los orígenes. Y no se olvida que fue una idea de Iñigo de Loyola la que dió comienzo a esta obra de misericordia. En 1595, el mismo año en que se hizo en Azpeitia, el proceso canónico en vista de la canonización de San Ignacio, la antigua casa solar de Loyola estaba en manos de los colaterales Borja; pero el nombre no desapareció por completo del país; el mayordomo del hospital de San Martín daba cuenta al Concejo de la ciudad justificando que había distribuido a veintisiete pobres veinticuatro mil novecientos treinta maravedíes, siendo la primera de las pobres socorridas María Pérez de Loyola, a la que se daban tres cuatrillos cada domingo.

*

* *

En el trabajo de santificación que ocupaba a Iñigo en Azpeitia, no podía desinteresarse de los sacerdotes. Más que ninguna otra era importante esta reforma, y muy necesaria hasta en aquellas montañas de Guipúzcoa, donde la vida patriarcal parecía deber conservar con la religión de las antiguas tradiciones, el tesoro de las buenas costumbres.

El clero de Azpeitia era numeroso. Desde que Bertrán Yáñez de Oñaz, padre de Iñigo, de acuerdo con el rector de la iglesia, había constituido beneficios seguros en la parroquia, los aspirantes al estado eclesiástico se habían multiplicado. A la letra el beneficio hacía al clérigo y ya se pueden ver las consecuencias, cuando la vida del beneficiado era poco conforme con la virtud que exige la clericatura. Para obviar este inconveniente, el Concejo de la ciudad de Azpeitia, bajo presidencia de Beltrán de Loyola, tomó, el 18 de diciembre de 1506, saludables disposiciones. Los malos ejemplos que se deseaban proscribir se manifestaban ¡ay! al aire libre. El Rector Juan de

Anchieta y su sucesor Pero López de Loyola, hermano de Iñigo, fueron sacerdotes públicamente escandalosos. ¡Apenas hay necesidad de decir, qué influencia tan deplorable debían ejercer tales ejemplos sobre el clero perteneciente a la iglesia de Azpeitia!

Además del rector, aquella iglesia contaba con ocho beneficiados y catorce capellanes, todos nacidos en Azpeitia. Los bienes eclesiásticos eran un feudo del que se apartaba cuidadosamente a todos los extranjeros. En la querella con las Isabelinas de la que hemos hablado más arriba, una de las pretensiones del clero, era que las religiosas no podrían emplear para el servicio de su capilla, ningún sacerdote extraño al país. Estos bienes de la Iglesia consistían en los diezmos y casuales. De los diezmos, las tres cuartas partes, separada ya una contribución para el rector, eran divididas en nueve partes iguales entre el mismo rector y los ocho beneficiados. Para el Casual, el patrón no tenía derecho sino a un cuarto, los tres cuartos restantes iban a los beneficiados. Los catorce capellanes no tenían para su sustento, sino sus recursos personales y las limosnas que podían recibir de los fieles, a cambio de su asistencia a los entierros, novenas y otros oficios.

Entre todo este mundo había grandes apetitos de adquirir y poco celo para el bien. Cada uno procuraba reivindicar sus derechos y recibir su parte, pero cuando se trataba del culto divino y del bien de las almas todos se escurrían a cual más y mejor. Nunca predicaban, el rector decía que estaba dispensado por sus otras ocupaciones y los subalternos no pretendían hacerlo mejor que su jefe. El rezo de maitines y de las Horas en la iglesia había desaparecido. En las ceremonias y procesiones, el clero ponía una indolencia poco edificante; y el juego tenía en la vida de estos hombres holgazanes el lugar que debía ocupar el estudio, y los vicios seguían a la ociosidad.

No obstante, permanecía la fe, que si no era lo bastante viva para dominar las pasiones, sí era suficientemente profunda para subsistir en medio de los peores escándalos. Tres años antes de morir, y antes de emprender el viaje a Roma, a donde iba a defender su proceso contra las Isabelinas, Pero López de Loyola, a pesar de la indignidad de su vida, fijó para el clero de Azpeitia un reglamento que hace honor a su iniciativa. El acento no era muy penetrante, pero los artículos esenciales del culto eran recordados con respeto;el clero por

entero, desde los sacerdotes hasta los aspirantes al sacerdocio, son no sólo excitados a la decencia y a la exactitud, sino a las buenas costumbres y al celo. Se señalan hasta doce sermones por año que había de predicar el beneficiado designado por el patrón; y sobre la cuestión de bienes, con una confesión discreta de los pasados abusos, hay una invitación de la costumbre que debía seguirse en adelante. (19)

Tal era el medio eclesiástico de Azpeitia. Iñigo tenía un conocimiento bien profundo del delicado servicio que los clérigos deben a la Divina Majestad, para que pudiera contentarse con semejante estado de cosas. Mientras que estaba en Azpeitia sus trabajos apostólicos, su vida de penitencia y de oración, a pesar de las buenas influencias del aire natal, lo redujeron a un estado bien miserable. Sin saber exactamente la fecha, sí sabemos que una larga y dura enfermedad lo tuvo, por decirlo así, clavado en el hospital durante varias semanas. ¿Y en qué podía mejor emplear su tiempo durante aquella reclusión forzada, que en tratar de reformar al clero de su ciudad natal? De sus conversaciones con el rector Andrés de Loyola y con otros resultó un reglamento fechado el 23 de junio de 1535. *"En el dulcísimo nombre de Jesús y de Nuestra Señora Santa María madre suya. Amén."* Así comienza el acta de acuerdo con todos los beneficiados; y esto sólo bastaría para adivinar la influencia de Iñigo. Pero se manifiesta más en las frases que siguen, en donde se trata de la repartición fraternal de los bienes, que debía establecerse dos veces por año en la cercanía de las fiestas de Santo Tomás y de San Juan, de modo que el producto del Casual sea en adelante distribuido igualmente entre todos. De este modo la justicia y la caridad quedaban seguras entre aquellos hombres acostumbrados hasta entonces a las solas inspiraciones de la ambición.

En ese mismo año de 1535 los antiguos registros revelan en algunos clérigos los remordimientos de posesiones injustas y la voluntad de descargar su conciencia de un peso demasiado grave. Don Tomás de Egurza, en una súplica a Roma, declara que el beneficio de Villarino, obtenido en otro tiempo por una bula apostólica, pertenece en realidad a las Isabelinas de Azpeitia, lo mismo que dos capellanías fundadas por el rector Juan de Anchieta. Andrés de Loyola confiesa que gozó hasta entonces al mismo tiempo de la rectoría de Azpeitia y del beneficio que antes tenía, bien que no podía cumplir con las

obligaciones de éstos. Declara vacante el beneficio y ruega a su tío Martín García de Loyola lo provea; lo que éste hizo inmediatamente, presentando al Obispo de Pamplona a Domingo de Alzaga, clérigo de primera tonsura e hijo de su hermana Juana de Loyola. En el ejercicio de sus derechos de patrón Martín García recuerda que muchas veces trató de beneficiar a los suyos más que de servir a la Iglesia. En 1527 había dado a su hijo Perez de Loyola, estudiante de Salamanca, el beneficio vacante por la muerte de Pedro de Eizaguirre; en 1529 había dotado con una capellanía a su bastardo Gil de Oñaz; en 1531 había unido a aquella donación objetable, el beneficio vacante por la muerte de Pedro de Aizpuru; en 1531 había exigido del sacerdote Martín de Oyarzábal una renta de doce ducados de oro como precio del alquiler de una granja perteneciente a la capellanía de que Gil de Oñaz, aún estudiante, era titular. Todo esto se discutió sin duda alguna en consulta con Iñigo. El 10 de junio de 1535 Martín García presenta para el beneficio vacante por la muerte de Pedro de Aizpuru, a don Ascensio de Ortola. Y la medida se justifica, tanto más cuanto que podía suceder que aquel Loyola, hasta entonces poseedor del beneficio, renunciara a la clericatura para seguir la carrera de las armas.

Así en el proceso canónico de 1595, el testigo Francisco de Zuola dice que Ignacio reformó al clero de la ciudad en muchas cosas y particularmente en sus costumbres, y que procedía como un obispo o un juez, con una autoridad reconocida de todos. (20) Aun si no hubiera sido atestiguado por documentos seguros, el hecho no sería dudoso. Cuando el 20 de septiembre de 1539 escribió a su sobrino Beltrán, convertido por la muerte de Martín García, en el jefe de la casa de Loyola, Ignacio le hizo estas graves reflexiones: *"Tengo la persuasión en Dios Nuestro Señor, de que la Divina Majestad os ha conservado hasta estos días y os ha dado la autoridad principalmente para pacificar y reformar a los sacerdotes de Azpeitia; hacerlo así, será darles prueba de verdadero amor, como sería amarlos falsamente y hacer su desgracia el descuidarlos. Una vez más os ruego por amor y reverencia de Dios Nuestro Señor, que os apliquéis a esto con todas vuestras fuerzas. Cuántas veces, acordaos de ello, fue este el asunto de nuestras conversaciones, en el tiempo de mi estancia en Azpeitia."* (21)

*

* *

Aunque vivió en el hospital, Iñigo no descuidó a los suyos; porque en su corazón, el amor a su familia no había sido destruido, sino purificado y elevado. Cuando salió de Loyola en 1521 juzgó necesario romper con ella todos sus lazos; tal separación absoluta le parecía exigida por las circunstancias; porque hasta entonces la carne y la sangre habían hablado en él conforme a todas las leyes del orgullo. Para imponer a la naturaleza viciada el yugo del Evangelio, le era necesario el alejamiento, el silencio, alguna cosa semejante a la muerte. Pero ahora, que las pasiones estaban domadas y que el corazón todo de Dios estaba únicamente gobernado por la caridad de Jesucristo, podía ser otra su actitud. Y por eso desde 1532 Iñigo comenzó a entrar en correspondencia con su hermano Martín García, y por eso volvió a su ciudad natal.

No obstante, estos acercamientos dejaban al afecto de Iñigo por los suyos, toda su elevación y toda su libertad. No los amaba sino en Dios y para Dios. En su carta de 1532 a su hermano Martín García, escribe una frase que nos revela el fondo de su corazón, y explica toda su conducta: "Verdaderamente no podré amar a ninguno en esta vida sino cuando haga todo lo posible por servir y alabar a Dios Nuestro Señor. " Que todos los Loyola fuesen de esta calidad, y Martín García en particular, Iñigo lo dudaba mucho antes de volver a Azpeitia. Pero después de que vivió tan cerca de los suyos, ya supo exactamente a qué atenerse, y de ahí sus esfuerzos para llevar a Dios a todos los miembros de su familia.

El acuerdo con las Isabelinas, la reforma del clero del que era rector Andrés de Loyola, eran cosas muy importantes, porque en esto estaban interesados no menos el bien público que la conciencia de los Loyola. La dignidad moral de la vida importaba más todavía. ¡Y cuán inveterado era este mal! El padre de Iñigo había dejado lamentables ejemplos, que los suyos habían seguido demasiado fielmente. Pero López de Loyola, Martín García de Loyola, María Sáenz de Arrióla y Juan de Eyzaguirre observaban una conducta poco regular. Volver a estos pecadores públicos al respeto del Decálogo era tanto más urgente cuanto que la autoridad de la familia Loyola era muy grande en el país. Siendo tan celoso en inculcar a todos el fiel servicio de la Divina Majestad, ¿cómo hubiera podido Iñigo abandonar a los suyos al fuego de las pasiones desenfrenadas? Seguramente fue a ellos a quienes predicó con más ardor,

ternura y perseverancia. No solamente las actas notariales establecen que aquellos hombres de fe no quisieron salir de este mundo antes de haber hecho la justa reparación de sus faltas, sino que mucho antes de su fin volvieron al cumplimiento del deber; y para permanecer fieles a él, pidieron a los Santos Sacramentos, recibidos con frecuencia, la victoria de sus vicios. Pero antes de llegar a eso la lucha fue larga. Hacia el fin de la estancia de Iñigo en Azpeitia todavía continuaban sus escándalos. Para impedirlos, el hombre de Dios no vaciló en intentar un atrevido golpe a la manera de los santos.

Muchas veces los suyos habían renovado sus instancias para que Iñigo fuese a Loyola a pasar algunos días. Magdalena de Araoz insistió particularmente en una de sus visitas al Hospital para obtener de él esa condescendencia. Iñigo resistió, pero para vencer aquella firmeza Magdalena se arrodilló y suplicó a Iñigo por la pasión de Cristo, que no rehusara el ir al castillo. Iñigo reflexionó y volvió a ver la antigua casa solar que había abandonado en 1521 permaneciendo en ella por lo menos una noche. (22) Sabiendo lo que pasaba, se puso en observación, y he aquí que una concubina esperada por uno de los señores de la casa no tardó en llegar. Iñigo la detuvo, le hizo confesar su intento y la conservó en su mismo cuarto hasta la llegada del día. (23) Ya se figurará el lector que aquel salvamento tuvo un epílogo, en una conversación ardientemente apostólica con el interesado. Dios sólo sabe cuánto debió Martín García a los ejemplos y exhortaciones de su santo hermano, para sus probabilidades de eterna salvación. (24)

El matrimonio de éste con Magdalena de Araoz había sido bendecido por Dios: Beltrán, Juan Pérez, Martín García, Millán, María Vélez, Magdalena, Catalina, Marina Usoa formaban en el castillo de Loyola una hermosa corona de hijos. Juanita y Petronila de Loyola, hermanas de Iñigo, y María de Vicuña, su prima, tenían también su descendencia. Todos tuvieron seguramente una parte en el celo y bendiciones de su santo tío, aunque para algunos de entre ellos no pudiéramos decir cuál. Millán de Loyola entró en la Compañía de Jesús y murió en ella joven. Catalina de Loyola por su matrimonio con Juan Martínez de Lazao, secretario de la Inquisición de España, fue una de las protectoras insignes de la naciente Compañía de Jesús en España. Marina Usoa verá su vida prolongada hasta 1595, toda llena de buenas obras; sin atestiguar de viva voz en el proceso

canónico instituido por el Obispo de Pamplona, dará sin embargo un testimonio acerca de las heroicas virtudes de Ignacio. Simona de Alzaga y Francisca de Acharan, hijas de Juanita la hermana de Iñigo, serán testigos de algunos prodigios de que hablaremos luego. María de Arrióla hija de Petronila, hermana también de Iñigo, entrará en el Convento de las Isabelinas; Potenciana de Loyola, hija natural del Rector Pero de Loyola, será *frayla* de la Basílica de San Miguel. Ana Vélez de Alzaga, hija de María de Vicuña, por su matrimonio con Nicolás Sáenz de Elola, soldado enriquecido en las guerras de las Indias, será la fundadora de las escuelas y de los fondos de dote de Azpeitia. Sin temeridad en la conjetura, se puede creer que son otros tantos hechos felices en los que se ha prolongado en la familia de los Loyola la acción santificadora de Iñigo durante aquellos tres meses que pasó en Azpeitia en 1535.

La última o una de las últimas huellas de este paso bendito, fue aun una señal de ternura cristiana que Iñigo dio a los suyos. Beltrán López de Gallástegui y Martín Garcia de Loyola tenían que arreglar algunas cuestiones de intereses que probablemente los dividían. La madre de Beltrán, hermana de Iñigo, no había recibido un solo pago de su legítima. El 19 de julio de 1535, llegó de Anzuola, en donde residía, a Loyola, y se hizo el acuerdo. El 23, Beltrán compró a su tío Martín García un caballo castaño por treinta ducados de oro. El acta está levantada en Loyola por el Notario Pedro García de Loyola e Iñigo firma como testigo.

*

* *

Hemos hablado de la enfermedad del santo, pero hacia fines del mes de julio se sintió mejor, y *"desde que se vio curado, dice él mismo*, (25) *pensó en partir."* Su manera de viajar ya nos es conocida desde 1521. Dejó en el hospital el caballejo que sus compañeros le habían comprado en París, decidido a hacer a pie y sin dinero su camino. Su hermano tuvo de ello un gran disgusto y vergüenza, porque desde la despedida de 1521 no habían cambiado en él las ideas del honor mundano, y todo lo que había visto con sus propios ojos en la santa vida de Iñigo, si le había tocado hasta el fondo del alma, no había destruido sin embargo sus prejuicios de gentilhombre. Pero la resolución de Iñigo era inquebrantable; quiso partir sin ruido, como había llegado, y se fue

por la noche. Por condescendencia consintió solamente en montar a caballo y caminar escoltado por los suyos hasta las fronteras de Guipúzcoa, pero llegado allí se despidió de su hermano y sus parientes, y luego a pie y sin dinero tomó la dirección de Pamplona.

Cuando desapareció el peregrino, no hubo un solo azpeitiano que no pensara que su ciudad había perdido un santo. En las horas de su juventud militar, Iñigo había sido como tantos otros de sus contemporáneos, un cristiano inconsecuente; había tenido su parte entre los malos ejemplos en que abundaba aquel país; pero cien días de virtud heroica abolieron todo este pasado. En la mente de los azpeitianos de 1535, sólo quedó una imagen: la de un penitente vestido de jerga gris y calzado con alpargatas, que pasaba los días catequizando a los niños, predicando a los pueblos, sirviendo a los enfermos y alimentando a los pobres con el pan que él mismo mendigaba. Jamás aquellos guipuzcoanos olvidarán que tuvieron ante sus ojos una encarnación viva de la humildad, de la mansedumbre y de la caridad cristiana. Todos aquellos que le vieron de cerca, dicen con emoción y agradecimiento: he visto otro Cristo. Tanto más cuanto que entre sus compatriotas no fue solamente un apóstol infatigable, un modelo de virtud y de oración extraordinaria, sino un taumaturgo señalado por Dios a la veneración de todos por el don de los milagros. Entre los enfermos del hospital de la Magdalena se encontraba un hombre que se llamaba Bastida, del nombre del lugar de su origen. Padecía su enfermedad desde hacía muchos años, y cierto día que vagaba por la casa, tuvo una crisis; Lorenza de Ugarte que estaba presente fue a advertir a Iñigo, y éste vino, tomó de la mano al enfermo mientras que el administrador del hospital, Pero López de Garín ayudado por algunos hombres, ataba al epiléptico. Durante algunos instantes, Iñigo permaneció así teniendo de una mano a Bastida, mientras que la otra la levantaba hacia el cielo en actitud de oración; luego el hombre de Dios puso su mano sobre la cabeza del enfermo, y desde aquel día, Bastida ya no tuvo más ataques y todos le vieron por mucho tiempo andar en el hospital y en la ciudad, perfectamente curado. El mismo hecho está atestiguado por Dominga de Alcorta y Potenciaría de Loyola (26). Estas cuentan otro caso. Una mujer de una familia honorable de Zumaya vino al hospital atraída por la reputación de santidad de Iñigo. Estaba tísica. Durante dos días oyó las instrucciones del peregrino. Después de lo cual le rogó la bendijera y pidiese a Dios por su curación. Iñigo se negó en un

principio, diciendo que no era sacerdote; sin embargo la bendijo y la enferma tomó el camino de Zumaya. Veinte días después, llevó a Iñigo un cesto de pescado fresco. Iñigo le aconsejó que lo vendiese mejor y diera su producto a los pobres: tengo bastante dinero sin esto, le respondió la mujer. Entonces Iñigo aceptó el regalo y lo hizo distribuir entre los pobres del hospital. La visitante desde aquel día se encontró en buen estado de salud. (27)

Algunas personas de Vizcaya llevaron a la Magdalena a una mujer posesa. Desde hacía cuatro años que estaba así y no encontraba descanso; rogaron a Iñigo que arrojara de ella al demonio. Iñigo respondió que no era sacerdote, pero que encomendaría a Dios a la desgraciada y pronto la posesa quedó libre. (28)

Dios sólo sabe con que fervientes oraciones y crueles austeridades merecía el peregrino los dones del cielo. Le era imposible no obstante disimular muchas veces su vida de penitencia y de oración para que no se manifestase alguna cosa al exterior, pero siempre se traducía algo para la mayor edificación de aquellos que por casualidad sorprendían su secreto. Cierto día que Iñigo estaba en cama, sufriendo sin duda aquella fiebrecilla que le daba a menudo, Lorenza de Ugarte le vino a decir que muchos de sus oyentes estaban agrupados en tomo del hospital esperándole. Inmediatamente el enfermo pidió su vestido para levantarse. Lorenza se lo dió pero pudo ver al acercarse que llevaba un silicio y una especie de cadena de hierro; ella le preguntó lo que era e Iñigo la dejó sin respuesta, y le ordenó que se fuera en seguida (29). Otra vez el santo recibiendo la visita de Marina Usoa de Loyola, su sobrina le rogó que le trajese secretamente vino cocido. Marina lo trajo y entonces su tío le pidió le lavase con él los hombros. Los tenía, observa Marina, de tal manera heridos, inflamados y desgarrados por crueles disciplinas, que la carne parecía como podrida o gangrenada.

A veces la Providencia permitió a los azpeitianos darse aun mejor cuenta de las espantosas mortificaciones de su compatriota. Dos sobrinas de Iñigo, Marina de Arrióla y Francisca de Alzaga cumpliendo con su tío su buen oficio de enfermeras en el tiempo en que estuvo bastante enfermo en el hospital tardaron una tarde en apartarse de su lecho; llegó la noche y ya eran como las diez. Iñigo les dijo que se fueran a descansar, y sabiendo que le gustaba que

ejecutaran rápidamente lo que pedía, se retiraron pronto, pero de propósito dejaban le vela encendida a fin de que el enfermo no estuviese en completa oscuridad, mas el les dijo que la apagasen. La apagaron y salieron; pero al alejarse oyeron que Iñigo hablaba en alta voz y su curiosidad les hizo volver sobre sus pasos sin ruido. Cual no sería su sorpresa al ver el cuarto todo iluminado como si se hubiesen encendido varias antorchas. Iñigo las vió y les ordenó que se fuesen. Se retiraron llenas de turbación, pero al día siguiente cuando volvieron al lado de su tío le preguntaron: *"¿qué era aquella luz que vimos anoche?"* Iñigo les impuso silencio y les dijo que no hablaran a nadie de ello.

Aquel pobre cuarto del hospital de la Magdalena iluminado con un esplendor celeste es el símbolo de la huella luminosa dejada por Iñigo en toda la región de Azpeitia. Cuando cuatro años después, el joven Antonio de Araoz, sin ser aun sacerdote vendrá a evangelizar a Guipúzcoa, sus triunfos apostólicos tendrán en el recuerdo de su santo tío la causa más profunda. Y es esta tradición secular de aquel recuerdo, la raiz del fiel culto que aun ahora rinde Azpeitia al fundador de la Compañía de Jesús.

Notas Capítulo Décimo

1.—González de Cámara, n. 87; Scrip. S. Ign. II, 190.

2.—*Scrip. S. Ign.* II, 183.

3.—Ibid. II, 186, 195, 204, 208, 211, 216; González de Cámara, n. 87.

4.—Id. n. 88; *Scrip*. II, 184, 191, 196, 199, 205, 208, 216, 233.

5.—González de Cámara, n. 88;Scrip. II, 202, 2X1, 214, 217, 225. En la obra de la que ya he hablado, Adolfo Coster ha consagrado muchas páginas al apostolado azpeitiano de Ignacio. Aporta a esta parte de su trabajo la misma fantasía de argumentación que en todo lo demás. Por razones de orden generalmente psicológico, recusa o modifica un testimonio, según sus preferencias personales. La discusión está mal conducida, y nada sería más fácil que demostrarlo en detalle. Se afirma que Coster tenía *"todas las cualidades de un juez de instrucción"*, y es exactamente lo contrario lo que debía decirse. En su pequeño volumen San Ignacio en Azpeitia el P. Arregui ha visto mejor las cosas y merece mucha más confianza; pero sus investigaciones fueron incompletas.

6.—Id. n. 88; Scrip. II, 206.

7.—Id. n. 88.

8.—Id. n. 89.

9.—*Scrip. S. Ign*. II, 185, 191, 198, 208, 214, 217, 3*0, 223, 226, 230, 239, 242.

10.—Polanco Cronicón, I, 497-515. El testamento publicado allí por el P. Vélez se publicó también en el Boletín de la Real Acad. de la Historia XIX, 539-557. Es del 19 de dic. de 1538; Pero el P. Vélez dice mal que García murió el 19; hay algunos codicilos al testamento, del 21, 23, 24, 25 y 27 de noviembre de 1538. Martín García murió el 29 de noviembre a las tres de la mañana.

11.—Scrtp. S. Ign. II, 193.

12.—Ibid. II, 217, 236, 242

13.—Ibid. II, 185.

14.—Ver el cap. III, 61.

15.—Ep. el Intl. I, 80.

16.—Azpeitia. Arch. not. Reg. del not. Juan de Aquamendi (1517-1547).

17.—*Scrip. S. Ign.* I, 537-338.

18.—lbid. I, 539-543.

19.—Azpeitia. Arch. parr

20.—*Scrip. S. Ign. II*, 209.

21.—*Ep. et lnstr*. I, 148.

22.—Ibid. II, 188. Testimonio de Dominga de Ugarte.

23.—Estos detalles fueron confiados por Ignacio en Roma al P. Tablares, éste los refirió al P. Gil González, quien a su vez los repitió al P. Cristóbal de Castro, quien los consignó en la *Historia Varia Rerum Societatis Jesu.*

24.—En el codicilo añadido el 24 de noviembre de 1538 a su testamento del 19, Martín García hizo reparación de esos escándalos.

25.—González de Cámara, n. 89

26.—*Scrip. S. Ign. II*, 186. 192, 215, 223.

27.—Ibid. II, 128, 192, 215.

28.—Ibid. II, 187, 192, 199, 243.

29.—Ibid. II, 184.

30.—*Scrip. S. Ign. II,* 187-188.

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO

11. EL HUÉSPED DE VENECIA

(Julio 1535 a Enero de 1537)

Cuando al fin de julio de 1535, Ignacio salió de su ciudad natal, en donde había pasado tres meses, se encaminó para dar noticia de sus nuevos compañeros de París, a las ciudades de sus propias familias.

Comenzaron por Navarra estas peregrinaciones de amistad. Francisco Javier le había confiado para Miguel, su hermano mayor, una carta (2) en la que decía del portador:

"Que he conocido al maestro Iñigo y ha sido para mí una gracia insigne de Nuestro Señor. Yo os lo declaro y empeño mi palabra de que no podré en mi vida separarme de él, a quien tanto debo. Cuántas veces en mis dificultades, él me ayudó de su propia bolsa o por medio de sus amigos. Pero le debo más aún: ha sido gracias a él por lo que me aparté de las malas compañías. Inexperto aún no discernía yo el peligro; a la hora presente los sentimientos heréticos de aquellos hombres, no son ya un misterio en París y hubiera querido por todo el mundo no haber sido jamás su amigo. Este servicio aunque fuese el único, no sé como podría pagarlo al Señor maestro Iñigo... debiéndole tal favor, yo os ruego que le hagáis un recibimiento como me lo haríais a mí mismo. Yo os ruego con todo mi corazón, que aprovechéis la ocasión que se os ofrece de conocer al señor Iñigo y de conversar con él. Todo lo que os diga creedlo. Es este hombre de Dios de tan santa vida que su conversación y sus consejos os harán mucho bien, os lo aseguro...

"En cuanto a lo que el señor maestro Iñigo os diga de mi parte, hacedme la gracia de darle el crédito que daríais a mis propias palabras. Por él sabréis mis necesidades y mis penas; mejor que nadie es capaz de exponéroslas, porque nadie en el mundo las conoce mejor que el, y si queréis ayudarme en mi pobreza, el señor maestro Iñigo, que os entregará la presente, recibirá lo que os agradare darme.

"Aquí no encuentro nada nuevo que haceros saber, desde que nuestro querido sobrino se escapó de la Universidad. Yo corrí tras de él hasta Notre Dante

de Cléry, a treinta y cuatro leguas de París. Os ruego me hagáis saber si ha llegado a Navarra; temo mucho que nunca ha de ser bueno.

"En cuanto a lo que ha pasado respecto de los herejes de este país, el señor maestro Iñigo os dirá todo lo que yo pudiera escribiros."

En 1535 Miguel de Javier era el jefe de la casa. Su madre María de Azpílcueta había muerto desde el verano de 1529. Casado con Isabel de Goñi y Peralta, Miguel llevaba en el castillo paterno la vida de un gentilhombre, más rico en orgullo que en dinero. En su familia, como en la de su mujer, se pagó muy cara la fidelidad a los Reyes de Navarra. El perdón de Carlos V no rehízo la fortuna destruida, y por esto no se enviaba a Francisco, desde Javier, nada que le ayudase a vivir en París. Pero en revancha se preocupaban por su alma y su fe. Por medio de los estudiantes navarros, que habiendo adquirido sus grados volvían a sus montañas, debieron recibirse malos rumores. Pero el hijo de los Jasso y de los Azpilcueta podría ser pobre, nunca hereje. Se le habían dirigido por medio de un fraile algunas reprimendas; estaban disgustados porque tenía amistad con gentes sospechosas en la fe, como un tal Iñigo. (3).

Se adivina ya la turbación de Miguel de Javier cuando se encontró frente a frente de Iñigo en persona. Sin duda pronto llegó a convencerse de que aquel vasco se parecía más a un santo que a un luterano y que decididamente Francisco no exageraba nada al alabar al maestro Iñigo como su bienhechor insigne. Pero de aquellos días que pasó Ignacio en Javier, no sabemos nada, ni por él ni por Francisco, ni por Miguel; ninguna carta, ningún papel de familia nos queda para iluminamos acerca de aquel encuentro. En donde nos gustaría ver y entender, tenemos que contentamos con imaginar. Sabemos solamente, gracias a los archivos del Capítulo de Pamplona, que en 1536 Miguel dio a su hermano las cartas de nobleza que vanamente había solicitado desde 1531, y que Remigio de Goñi, cuñado de Miguel y tesorero de la catedral, hizo dar a Francisco una canongía en Pamplona. (4) Pero, cuando aquellos documentos llegaron a París Francisco se cuidaba poco de rentas y de honores, porque ya no aspiraba sino a la locura de la cruz.

Iñigo, no podemos dudarlo, edificó a sus huéspedes de Javier con sus conversaciones del cielo y su desinterés. Pero no debió detenerse mucho allí, porque tenía que recorrer la mitad de España. Quizás hizo un alto en Pamplona

y quiso volver a ver aquel lugar en donde una bala francesa al romperle las piernas, le había tendido en un lecho de dolor, que se convirtió en lecho de reflexiones santas y en milagrosa conversión. Desde el 20 de mayo de 1521, ¡qué camino había recorrido! Si volvió al pie de las murallas, que quiso en otro tiempo defender hasta la muerte, el antiguo paje del Duque de Nájera debió saludar esas altas murallas con un grito de agradecimiento.

De Pamplona a Almazán, la ruta es larga. Iñigo la hizo a pie. Llevaba cartas para el padre de Laínez. ¿Qué decían esas cartas? Javier nos revela un detalle en el pasaje siguiente de su carta a Miguel (5): *"Maestre Iñigo debe ir a Almazán, porque está encargado de unas cartas de uno de sus amigos originario de Almazán que estudia en esta Universidad. Pues bien, este amigo, bien provisto, recibe fondos por un camino seguro, y escribe a su padre, que si el señor Iñigo le daba dinero para los estudiantes de París le hiciera llegar con él el suyo, y en la misma moneda."* En su caridad por sus compañeros de estudio, es muy probable que Iñigo habría reunido algunos escudos para enviárselos, y no pudo dejar de entregárselos a Juan Laínez para que aquel excelente hombre los enviara a París por sus intermediarios de costumbre. Cuando Juan Laínez y su mujer Isabel Gómez habían enviado a su hijo Diego a estudiar en las Universidades de Sigüenza y de Alcalá, no dudaban que su hijo dejara de abrirse camino en la vida. Iñigo pudo darles la seguridad de que en las escuelas de París Diego había aprendido más aún, y caminaba a grandes pasos por el sendero de la ciencia de los santos.

Según los dictados hechos al Padre González de Cámara, Iñigo pasó por Sigüenza (6); tal vez Laínez le había dado alguna carta para algún profesor de aquella escuela, cuya gloria antigua palidecía ante el sol que se levantaba en Alcalá.

Fue al pie de las cátedras de Alcalá donde Diego Laínez y Alonso Salmerón se habían encontrado y hecho amigos. Salmerón era toledano. Iñigo fue de Sigüenza a Toledo, para cumplir con los encargos de Salmerón a sus parientes. Es probable que en el tiempo en que fue paje de Velázquez haya admirado a Toledo; pero ahora ya no tenía los mismos ojos, ¿qué podían decirle el Tajo corriendo por su lecho de rosas, el Puente de Alcántara, San Juan de los Reyes, la Catedral y el Alcázar? Carlos V estaba entonces en toda su gloria. De la

herencia de Fernando el Católico, había hecho el imperio más extenso, más rico y más glorioso que hubo nunca en el mundo. Mirando en la cima del promontorio de granito cuyos pies baña el Tajo, levantarse sobre la ciudad el Alcázar, como un águila de poderosas alas, el antiguo soldado de Pamplona debía pensar que el Louvre francés acariciado por el Sena tenía muy humilde apariencia... Cuatro años más tarde la Emperatriz Isabel moriría en Toledo, el Emperador espantado huiría a un monasterio, y Francisco de Borja juraría en su corazón frente al ataúd abierto que contenía los despojos corruptos de la Emperatriz, *"no servir más a señores que pueden morir."* De aquel porvenir trágico, Iñigo naturalmente, no sabía nada; pero su corazón estaba ya dominado por el desencanto de las grandezas humanas. Si fue a orar, como no es posible dudarlo, en las iglesias de Toledo, al ver las losas funerarias bajo las que duermen tantos prelados, príncipes y reyes, su alma ardiente debía repetir el *Quid Prodest*, con que había fatigado tanto tiempo los oídos de Francisco Javier.

No parece que de Toledo Iñigo haya ido al país de Bobadilla. Este había perdido a su padre Francisco Alfonso en 1517, quizás también a su madre Catarina Pérez en 1535. Francisco y Catarina eran de la clase media y tenían una profunda religiosidad; habían educado a su hijo en el temor de Dios y lo habían acostumbrado a frecuentar las iglesias con devoción (7). Si hubieran recibido la visita de Iñigo, les hubiera costado gran trabajo comprender cómo, a los veintiocho años, Nicolás no había aún terminado sus estudios, aunque había sido ya profesor de filosofía en Valladolid, y en París también. Pero qué felices hubieran sido, al saber que su hijo sería sacerdote, predicador del Evangelio y salvador de las almas. ¿Qué sueño más hermoso podían forjarse aquellos españoles en el fervor de su fe?

En todas partes, en Toledo, en Almazán, en Javier, se ofrecía a Ignacio dinero para las exigencias del viaje, pero a despecho de tan urgentes instancias que le hicieron, no aceptó nunca nada. (8) Desde hacía tiempo que él había verificado en su propia vida la verdad de la palabra del Salvador a los apóstoles: ¿Os ha faltado alguna cosa? Su confianza en la Providencia Divina era absoluta.

De Toledo salió para Valencia a pie como era su costumbre. Quizas toda su intención al ir a Valencia era volver a ver a Juan de Castro, aquel estudiante

de París que había decidido renunciar al mundo, con Peralta y Amador, y cuya conversión había provocado casi un motín en el Colegio de Santa Bárbara. Iñigo pudo saber en Toledo, de dónde era originario Castro, que su amigo de otro tiempo era cartujo en Valencia. En todo caso, él mismo nota cuidadosamente que tuvo una conversación con aquel hijo de San Bruno, antes de embarcarse en Valencia (9).

Permaneció durante ocho días en la Cartuja del Val Christi. Los buenos monjes hubieran deseado retenerlo más tiempo, dominados por el miedo de que no cayese en manos del pirata Barbarroja, cuyas galeras cruzaban el Mediterráneo. Pero él se sonreía de estos espantosos relatos. Sin vacilar un momento, tomó pasaje en un gran navío que partía, y bien pronto sobrevino una tempestad. Rompióse el timón. Todos a bordo estaban ciertos de que sólo un milagro podría salvar a los pasajeros. Iñigo se preparó para la muerte con un serio examen de conciencia. A pesar de sus faltas pasadas, no temía el juicio de Dios, de quien esperaba el perdón; pero su corazón estaba agobiado por la *"confusión y el dolor de no haber usado bien de las gracias y dones que el Señor le había dado"*. (10) Se escapó del naufragio. Acaso porque el navio fue arrojado por la tempestad a las costas de Barcelona. (11) La travesía final hasta Génova se hizo sin accidente.

De Génova, a donde llegó hacia mediados de noviembre, Iñigo salió para Bolonia; se perdió en el camino y se metió por una senda que bordeaba un río. Era aquel un senderito abierto al borde de una cresta escarpada que dominaba desde muy alto el cauce del río. En un punto el sendero se hacía tan estrecho, que el caminante no sabiendo si debía avanzar o retroceder, se puso a caminar en cuatro pies. Su miedo era grande; el menor falso movimiento le hubiera precipitado en el río. Tan singular y penosa marcha duró mucho tiempo. Jamás en su vida Iñigo había experimentado tanta angustia; pero al fin logró salir del apuro, y ya casi a la entrada de Bolonia cayó de un puentecillo en un arroyo. Cuando logró salir de él todo mojado y cubierto de lodo, las gentes que le vieron lo acogieron con burletas. A través de las calles de la ciudad comenzó a pedir limosna, de puerta en puerta(12).

Para alojarse se fue derecho al Colegio español de la ciudad, donde Pedro Rodríguez de la Fuente del Sancho, profesor de derecho canónico y rector de la

Universidad, que también gobernaba aquella casa, (13) le hizo una buena acogida, y le prestó unos vestidos mientras lavaban los suyos. En cuanto a él, se puso a pensar seriamente si en aquella Universidad famosa, y en compañía de aquellos jóvenes compatriotas no podría terminar sus estudios. Por fin se decidió a esto, tanto más cuanto que los socorros de Isabel Roser le llegaron mientras estaba todavía en Bolonia. (14) Además, comenzaba el curso escolar. Pero el clima no fue favorable a la salud del estudiante, debilitado por tantas privaciones y fatigas. Hacia la mitad de diciembre, cayó enfermo y tuvo que guardar cama durante siete días, temblando de frío y de fiebre, y molestado por sus habituales dolores de estómago. Cuando se levantó del lecho, después de la fiesta de Navidad, se decidió a partir para Venecia, a donde llegó hacia el fin de diciembre de 1535; y allí estuvo solo todo el año de 1536, esperando que sus amigos vinieran, para emprender la peregrinación a los Santos Lugares.

*

* *

Durante aquellos doce meses, se ocupó en acabar sus estudios de Teología, en privado, aprovechando los tiempos libres que le dejaban sus penitencias, oraciones y vida de apostolado. Venecia no tenía Universidad. La más cercana era la de Padua, y no hay ningún indicio de que Iñigo siguiera en ésta, algún curso. Preciso nos es concluir que él organizó a su manera, ignoramos cómo, su vida de estudio.

En una carta (15) escrita el 12 de febrero de 1536, mes y medio después de su llegada a Venecia, él mismo nos certifica que Isabel Roser le envió doce escudos; y *"que en abril la misma le envió suficiente dinero para que pudiese terminar sus estudios."* El declara que aquella provisión le puso al abrigo de toda necesidad para todo el año y aun en facilidad *"de adquirir algunos libros y otras cosas necesarias."* Da las gracias a Jaime Cazador, arcediano de Barcelona, por *"la limosna que por amor de Jesucristo le ha enviado,"* y por la promesa que le hace de continuar sus acostumbrados socorros. Jamás Ignacio hubiera aceptado semejantes ofertas, si no se hubiera considerado como estudiante y no hubiera querido reservar para el estudio el tiempo que otras veces pasaba en recoger, de puerta en puerta, el pan de cada día. Dado el carácter del hombre de Dios, la conclusión es cierta.

El arcediano barcelonés le instaba para que volviese a España y a Barcelona para predicar; e Ignacio le respondía: *"Ciertamente, es mi mayor deseo; cuando haya yo terminado mis estudios, lo que será de la cuaresma próxima a la del año entrante, espero que no tardaré más de un año en ir a predicar la palabra de Dios a España; y comenzaré por Barcelona, porque no hay ningún rincón del mundo con el que tenga mayor obligación y deudas. Esto, claro está, a menos que Dios nuestro Señor no me ponga en otras empresas más trabajosas y humillantes para mí, fuera de España; de las que por ahora no tengo idea alguna. Pero suceda lo que suceda, para probar que digo verdad, declaro que acabados mis estudios, enviaré en seguida a Barcelona los pocos libros que tengo o pudiera tener, y ya he escrito a Isabel Roser que yo le haré ese envío."* (16) Esta carta a Jaime Cazador es decisiva. Ignacio durante este año de 1536 pasado en Venecia, prosiguió sus estudios; ignoramos en qué condiciones, pero el hecho es indudable.

Estamos mejor informados acerca de su actividad como director espiritual. La carta a Jaime Cazador ya nos da un testimonio. El excelente arcediano le había hablado de tres sobrinos que se encontraban en París, y le producían cierta inquietud. En su caritativo celo, Ignacio le responde, que ha escrito a un amigo para que trate de verlos. Respecto a la enfermedad de un Mossén Claret, de Barcelona, exhorta a Cazador a que prepare a su amigo a la muerte y a que haga su testamento; y sobre esto asienta los siguientes principios: *"Puesto que Claret no tiene hijos ni parientes próximos, lo más prudente es que devuelva todo a Aquel que le ha dado todo, consagrando todos sus bienes a obras pías. Según San Gregorio, es de mayor perfección hacer de los pobres los herederos; pero si existen parientes pobres, deben tener la preferencia. En cuanto a dejar su fortuna a alguno para alimentar caballos y perros, para agrandar sus títulos, dignidades y fausto en el mundo, verdaderamente, observa Ignacio, yo no puedo consentir."* (17)

Cazador le había expresado el deseo de ponerle en comunicación, cuando viniera a Barcelona, con una beata muy favorecida de Dios y de la que él dirigía la conciencia. *"Seguramente*, le dice Ignacio, *cuando yo trato a alguno para hablarle de Dios nuestro Señor, aunque sea un pecador, soy yo el que gano; con mayor razón si se trata de una sierva escogida por Dios nuestro Señor, deberé*

sacar el mayor provecho. Acepto de antemano la entrevista que me proponéis, si ha de ser para el servicio y gloria de Dios y el mayor progreso de los dos interesados." (18)

Finalmente Cazador le había consultado acerca de una religiosa del Monasterio de Santa Clara, que se encontraba en peligro en su comunidad. Ya lo hemos dicho antes: en el siglo XVI eran las Benedictinas las que estaban establecidas en el antiguo convento de las Clarisas, y el desorden era muy grande en aquel claustro sin clausura. Ignacio estima que no está suficientemente al tanto de las cosas, para indicar una línea de conducta. No podrá hacer más que orar y llorar a fin de que el demonio, implacable enemigo de la naturaleza humana, no vaya a ganar la victoria perdiendo a las almas, que Jesucristo ha rescatado con su sangre. Por lo demás le parece imposible, que si la religiosa en cuestión quiere verdaderamente servir a Dios, sea abandonada por Dios, aun en la casa relajada en la que se encuentra. El, Ignacio, que no es más que un hombre, ayudaría ciertamente a cualquiera que se les mostrara adicto, ¿qué no hará Nuestro Señor, que es Dios y ha querido morir para salvarnos? Es costumbre suya dar el entendimiento y no quitarlo, dar la confianza y no la desesperación. Las turbaciones de la monja pueden tal vez provenir de su culpa; ¡hay pecados de tantas especies! Si no es así, habrá que concluir que Dios viendo esta alma expuesta a no aprovecharse de los dones recibidos y a no perseverar en el bien, la ha sometido a un régimen de tentaciones y de desolaciones para conservarla en la vigilancia, guardándola del pecado. (19)

Cazador quizás nombraba a esta afligida religiosa. En todo caso podemos suponer que no era otra que Teresa Rejadell, cuyo nombre aparecerá de nuevo en esta historia. En las angustias de su alma había acudido no sólo a Cazador, sino también a Cáceres. (20) Y Cáceres había escrito a Iñigo contándole los hechos y explicándole su manera de ver el asunto. Teresa Rejadell acabó a su vez por escribir directamente a Iñigo. Conociendo por todas estas manifestaciones la situación verdadera del monasterio de Santa Clara y sobre el caso de Teresa, Iñigo respondió con un largo alegato en el que explica de una manera admirable las reglas de la discreción de los espíritus para provecho de la monja barcelonesa. En dos palabras: el demonio la está engañando; no

haciéndola pecar, sino inspirándole una falsa humildad y vanos terrores, a fin de quitarle la paz del corazón y el valor para hacer por Dios grandes cosas. *"Si a Dios place*, concluye, *nos veremos bien pronto en Barcelona, y podremos entonces llegar al fondo de ciertas cuestiones. Mientras tanto, puesto que Castro está más cerca de usted*, (21) *yo creo que haría bien en escribirle; él no podrá hacerle daño y puede ayudarle."* (22)

En otra segunda carta, Ignacio toca algunos otros puntos de la vida espiritual. Teresa Rejadell le había dicho, que en su ignorancia y pequeñez se sentía poco ayudada recibiendo de muchos, direcciones demasiado generales. *"Estamos de acuerdo*, replica Ignacio: *Quien determina poco, comprende poco y ayuda menos"*. Después, expone sus puntos de vista acerca de la meditación. Si la inteligencia trabaja mucho en ella, el cuerpo se fatiga. Pero hay otras oraciones *"ordenadas y tranquilas"* más fáciles para el espíritu, y sin fatiga para el cuerpo. Es preciso conservar la salud. Los malos abusan porque tienen el alma depravada, pero sirve grandemente a aquellos cuyo corazón pertenece a Dios por entero. En cuanto a Teresa Rejadell que recuerde que Dios la ama y que le pague amor por amor. Si algunos pensamientos malos, impuros, sensuales se le presentan, o si su alma se encoge y se entibia, con tal que no haya voluntad de consentir, hay que despreciar todos esos accidentes. Ni San Pedro ni San Pablo se vieron libres de dificultades. *"No son las buenas obras de los ángeles buenos las que nos han de salvar; del mismo modo no podemos ser manchados por los malos pensamientos y debilidades, cuando el demonio, el mundo y la carne son los que solamente intervienen. Es nuestra alma la que Dios quiere conforme a su voluntad; cuando está conforme, gobierna al cuerpo, de acuerdo con la misma voluntad de Dios. En esto está nuestra gran lucha y el buen grado de la eterna y soberana Bondad."* (23)

Podemos imaginarnos que Iñigo, por grande que fuese la inclinación de su corazón a socorrer las almas de Barcelona, no desperdiciaba las ocasiones que se le ofrecían de ayudar a las de Venecia.

Allí, como por todas partes por donde pasó, multiplicaba las conversaciones espirituales y reclutaba ejercitantes. El mismo lo dice en sus dictados a González de Cámara, y añade que sus ejercitantes más notables fueron *"maestre Pedro Contarini, maestre Gaspar de Doctis, un español llamado*

Rojas, y otro español que se llamaba el bachiller de Hoces." (24) Hubiera podido también añadir a Martín de Zornoza y a Juan de Helyar. (25)

Martín de Zornoza era un gentilhombre vasco, a quien los negocios habían llevado por algún tiempo a Londres, y que era en 1536, cónsul de España en Venecia. Su nombre es mencionado en la correspondencia del Santo, como el de *"un viejo amigo"*. (26) Quizás fue conocido por Ignacio en Londres, muy probablemente éste es aquel hombre docto y bueno que alojó al peregrino en Venecia. (27) Amigo de Reginaldo Polo, admirador de sus cualidades eminentes, celoso de verle representar un papel salvador en aquella Inglaterra, que la locura de Enrique VIII acababa de separar de la Iglesia, Zornoza expuso sus planes en dos cartas, una a Carlos V el 4 de agosto de 1534, y la otra al Cardenal Contarini el 4 de junio de 1535. Estos dos documentos elocuentes, (28) dan un testimonio perfecto de los sentimientos elevados y del celo católico del cónsul español.

Juan Helyar (29) era un eclesiástico inglés. Instruido en Oxford en las letras humanas y en las ciencias sagradas, era maestro de Artes y bachiller en Teología. Desde el principio de la persecución contra los católicos en 1535, huyó de Inglaterra, para refugiarse cerca de Reginaldo Polo, cuyo palacio, en Venecia, abrigaba toda una colonia de jóvenes ingleses.

Diego de Hoces era andaluz. Quién fuese su familia, cómo y por qué se encontraba en Venecia en 1536, en qué circunstancias había trabado conocimiento con Iñigo, no lo sabemos. Sólo sabemos que si consintió en hacer los *Ejercicios Espirituales* de su compatriota, no estaba exento de aprehensión acerca de las intenciones de aquel hombre y sobre las misteriosas operaciones de los retiros. Algunos rumores pesimistas habían llegado hasta él, pero sin creer en ellos completamente, estaba impresionado hasta el punto de tomar algunas precauciones. Como verdadero español, tenía su fe por encima de todas las cosas; y como verdadero producto de las Universidades de su tiempo, estaba decidido, dado el caso, a refutar los sofismas de su instructor de ocasión, con los mejores argumentos de la escuela. Reunió, pues, en su cuarto de ejercitante un pequeño arsenal de libros de Teología, pero bien pronto cayó en la cuenta de su error y la injusticia de sus temores. De los labios del maestro brotaba, no el Evangelio de los luteranos, sino el puro Evangelio de Jesucristo. Desde su

retiro, Diego de Hoces tomó la resolución de unirse a la compañía de individuos que Iñigo esperaba en Venecia. (30)

Diego y Esteban de Eguía tomaron la misma resolución. Habían conocido a Iñigo en Alcalá, como ya lo hemos dicho. A la vuelta de una peregrinación a los Santos Lugares, lo encontraron en Venecia hacia el fin de 1536. Se reanudó la antigua amistad. Llevados a hacer los *Ejercicios*, los dos hermanos se hicieron, a su tiempo, jesuitas. Rojas también se hizo jesuita.

Gaspar de Doctis era un auditor en la Nunciatura de Venecia. Pedro Contarini era pariente del famoso Cardenal Contarini, cuya ciencia y celo eran tan notorios, como la confianza que ponía en el fundador de la Compañía de Jesús. (31)

A todos estos hombres con quienes por casualidad se topó en Venecia, Iñigo hizo hacer los *Ejercicios*.

Vemos, pues, renovarse en la capital de la Serenísima República, el fenómeno que hemos hecho constar muchas veces, en el curso de esta historia. A este desconocido, a este extranjero, le venían las simpatías de arriba; era la recompensa, prometida a todos aquellos que no buscan otra cosa sino el reino del cielo, y sus amigos se ponían humildemente bajo su dirección.

*

* *

Mientras que Iñigo, después de haber recorrido toda España, esperaba en Venecia que toda la pequeña compañía pudiese reunírsele allí, los iñiguistas vivían de su recuerdo y su espíritu bajo el gobierno de Pedro Fabro. Nada había disminuido la buena voluntad de aquellos jóvenes. Al gozo de los votos de Montmartre renovados en 1535 y 1536, en los días 15 de agosto, se añadía la alegría producida por el aumento de su número; pues se Ies habían unido el saboyano Claudio Jayo, el picardo Pascasio Broet y el delfinés Juan Coduri, los tres hijos espirituales de Fabro, ganados por los *Ejercicios*, y decididos a llevar, con la gracia de Dios, la vida más evangélica. (32)

Conforme al plan establecido antes de que Iñigo abandonase París, los iñiguistas debían, el 25 de enero de 1538, ponerse en camino para Venecia. Los

acontecimientos políticos los obligaron a adelantar esta fecha. Las pretensiones de Francisco I sobre el Milanesado, indujeron al Rey de Francia y al Emperador, a ciertas explicaciones primero, y después a la guerra. Mientras que las tropas de los Países Bajos invadían la Picardía, Carlos V pasó el Mar el 25 de julio de 1535 y no tardó en poner sitio a Marsella. Es verdad que el hambre le obligó a levantar el sitio, (14 de septiembre). Se dieron gracias a Dios por medio de una procesión general en París y un solemne *Te Deum* en Notre Dame, bajo la presidencia del Cardenal Du Bellay. Pero como la opinión estaba muy caldeada contra los españoles, nuestros estudiantes debieron huir de París; y en lugar de bajar hacia el sur de Francia, tuvieron que pasar por Lorena y Alemania. Lorena era neutral entre las dos potencias beligerantes. Si el camino era más largo, era en cambio más seguro. Una vez pasada la frontera del país neutral, se encontrarían en pleno imperio de Carlos V, y allí los españoles disimularían entre ellos, a los franceses.

Antes de la partida, Iñigo tuvo empeño en preparar para los viajeros alguna protección. Escribió al confesor de la Reina de Francia, el dominico español Gabriel Guzmán, que estaba en París desde que Francisco I se había casado con Leonor de Austria, hermana de Carlos V. Pero no parece que este expediente haya tenido algún éxito.

Algunos doctores de la Universidad de París, consultados por los viajeros, se disgustaron de sus proyectos. Las dificultades les parecían insuperables, dada la guerra. Uno de ellos interpelando a Fabro, llegó hasta decirle que, en conciencia, no podía salir de París. Que era muy laudable el deseo de trabajar en la salvación de las almas; pero ¿a quién salvaría en aquel porvenir desconocido a donde se lanzaba en pos de Iñigo? Por el contrario, la experiencia le había enseñado que en el seno de la Universidad de París, hacía una obra de mayor bien. ¿Para qué abandonar lo cierto por lo incierto? ¿Tenía acaso derecho para eso? Bien parecía que no. Reunidos para decidir los doctores de la Facultad de Teología, concluyeron firmemente en contra de este viaje, que podía ser una aventura y un fracaso. Fabro respondió firmemente que partirían rodos. Y partieron en efecto el 15 de noviembre de 1536. (34)

Tomó la delantera hacia Meaux un primer grupo en el que se encontraba Simón Rodríguez. En Meaux (35) la vanguardia asistía todos los días a la Misa

en la capilla de San Fiacro, a dos millas de la ciudad. Aquellos que habían quedado en París se ocuparon en liquidar su corta hacienda. Sus herederos fueron los pobres. Era preciso realizar a la letra las palabras del Maestro: *"Vende lo que tienes y dalo a los pobres."* Cuando se reunieron en Meaux con sus compañeros, tuvieron una gran deliberación. Después de haber orado al Señor y deliberado convenientemente, se decidieron a emprender a pie el viaje, pero sin mendigar, porque la poca cantidad de dinero que tenían aun, bastaría para los gastos del viaje hasta Venecia. (36)

Los viajeros llevaban todos, una sotana de estudiante y un sombrero de anchas alas, a la moda de París. En un saco de cuero atado a la espalda, cada uno llevaba la Biblia, el breviario y sus propios manuscritos. Del cuello les pendía bien a la vista un rosario. La sotana estaba un poco levantada por delante, para facilitar la marcha, y todos llevaban su báculo. (37)

La alegría irradiaba de sus almas, en el rostro, y daba a sus piernas tal vigor, que los caminantes, según la expresión de uno de ellos, daban la impresión de no tocar el suelo.(38) En el camino oraban, meditaban, recitaban los salmos y hablaban del reino de Dios. Su primer cuidado al llegar a una hostería, era arrodillarse para dar gracias a Dios por la protección que hasta entonces les había dispensado; y al partir, hacían lo mismo para implorar a la Divina Providencia que cuidase de ellos. (39) Las gentes que los veían, miraban con una simpática curiosidad a aquellos viajeros tan poco semejantes a los ordinarios. Otros les hacían preguntas y murmuraban a los oídos de sus vecinos: *"¿Quiénes serán estos hombres?"* A lo que alguno les respondió cierto día: *"Van sin duda a reformar algún país."* (40) Cuando estaban ya a dos o tres jornadas de Meaux, dos jóvenes que los venían persiguiendo, al galope de sus caballos, acabaron por encontrar a nuestros peregrinos. Uno de ellos era el propio hermano de Simón Rodríguez, estudiante y pensionista como él del rey de Portugal. El otro, portugués también, era un amigo íntimo. A porfía trataron de persuadir a los viajeros de que su viaje era una locura; que pronto se les agotarían sus escasos recursos; que la guerra les preparaba las sorpresas más imprevistas y más graves. Y que en fin ¿que era lo que pretendían? ¿Hacia qué porvenir oscuro se encaminaban? Cuánto más seguro y honorable era, que en lugar de mendigar por los caminos tan vergonzosamente, continuaran sus

estudios en París. A lo que Simón invariablemente respondía: *"Venid también vosotros."* El diálogo acabó con una despedida muy triste. Los dos estudiantes vencidos y pensativos tuvieron que volverse a la capital.(41)

Los viajeros, en sus deliberaciones habían previsto los alertas que podían darles las partidas de soldados que encontraran por el camino, y habían convenido, que mientras estuvieran en Francia, sólo los franceses habían de responder en nombre de todos, y que únicamente dirían: *"Somos estudiantes de París"*... *"Vamos a Lorena, al Santuario de San Nicolás"*... Entre los españoles había dos que hablaban muy bien el francés. A uno de ellos habiendo trabado conversación con un soldado que encontraron en el camino, preguntóle el soldado: *"¿De dónde es usted? —Estudiante de París. —Bien, ¿pero su país? —Soy estudiante de París. —Le pregunto ¿en qué país ha nacido? —Soy estudiante de París. —¡Ah!, gran bestia; eso ya lo sé, pero ¿vuestro país?...* Y por fin se marchó colérico. (42)

A medida que se acercaban a la frontera, encontraron más numerosas bandas de soldados indisciplinados y ladrones. Los loreneses, cuando llegó a su país la pequeña caravana, no acaban de admirarse de su audacia al recorrer así, indefensos, aquellos caminos. (43) A las puertas de Metz fue necesario parlamentar. Los campesinos que huían solían presentarse en multitud, para encontrar un refugio en la ciudad. Nuestros peregrinos, dijeron a los centinelas: *"Somos estudiantes de París, que vamos al Santuario de San Nicolás,"* y los dejaron pasar. Al cabo de tres días, habiéndose dispersado las tropas que infestaban los alrededores de la ciudad, pudieron partir para Nancy y San Nicolás. Las personas que encontraron en aquel Santuario les decían estupefactas: *"No es posible que hayáis venido por tierra; Dios os habrá dado alas."* Y era en efecto una especie de milagro, que en aquel largo camino en donde estaban expuestos a topar con tantos soldados irascibles y suspicaces, los iñiguistas hubieran viajado con tanta tranquilidad. Si los españoles hubieran sido reconocidos hubieran sido aprehendidos como cómplices de espías. Pero tenían confianza en Aquel que ha dicho: *"Vuestros cabellos están contados, ni uno solo caerá de vuestra cabeza, sin el permiso de vuestro Padre."* Y asi pasaron indemnes por en medio de tantos peligros.

Llegaron a San Nicolás hacia fines de noviembre de 1536. Sus ojos y sus corazones estaban encantados al encontrar en una pobre aldea, un templo tan grandioso, edificado por el gran entusiasmo del Cura Simón Moycet. La masa imponente de la nave y sus altas flechas dominan todo el horizonte. La estancia allí de los peregrinos fue breve; tenían prisa por pasar la frontera. Y como uno de ellos, Simón Rodríguez, buscando una ermita en el campo, estuvo a punto de ser víctima de una penosa aventura, no debió ser el último en apresurar la partida. (44)

*

* *

En aquella fecha Alemania y Suiza estaban ardiendo. Farel había *"evangelizado"* a Berna; Ecolampadio a Basilea; Zwinglio había muerto en 1531, pero su doctrina dominaba en Estrasburgo, Constanza y Suabia. Lutero estaba más poderoso que nunca; en Witemberg había impuesto a los zwinglianos su fórmula sobre la Cena (5 de mayo de 1535); el landgrave de Hesse, había fundado, siguiendo sus consejos, la liga de Smalkalda (1531), violado la paz de Nuremberg (21 de junio de 1532) para conquistar a Wurtemberg a su Evangelio (1535); y si los anabaptistas lo superaban y se le escapaban, consolábase pensando que eran los ministros de las venganzas divinas contra los católicos de Westfalia y de los Países Bajos. Carlos V, molesto por las añagazas de los Turcos y las de Francisco I, mal servido por el canciller Eck, e incierto acerca de la decisión que había de tomar, esperaba que el Concilio que Paulo III había anunciado al mundo cristiano (2 de junio de 1536) había de poner remedio a los males del Imperio. Mientras tanto los bienes de la Iglesia eran secularizados, las iglesias invadidas, las imágenes sagradas destruidas, los conventos se vaciaban; obispos, sacerdotes, monjes y monjas se casaban; las costumbres y la fe se perdían y los Estados cambiaban de religión al cambiar de gobernantes. El Concilio de Colonia, (45) que se tuvo en 1538, revela la virulencia de la gangrena, que roía a los países del otro lado del Rhin.

Desde sus primeros pasos en Alemania, los iñiguistas convinieron en que les tocaba el turno de callar a los franceses, para dejar la palabra a los españoles. A las preguntas que se les hacían, respondían: *"Somos estudiantes españoles de*

la Universidad de París, que vamos en peregrinación a Nuestra Señora de Loreto." Diciendo esto ante un magistrado de una ciudad que les interrogaba, sucedió que el dicho magistrado se permitió algunas burlas sobre Loreto. Los viajeros respondieron con energía a tales despropósitos (46). Así hacían cada vez que topaban con algún hereje. Pero su vestido, su ignorancia del alemán picaban la curiosidad por dondequiera que pasaban. Extendióse la noticia por todas partes, los letrados acudían a disputar con ellos firmemente en latín. Los estudiantes de París ponían en las disputas todo su saber, todo su celo y todos sus pulmones. Estaban resueltos a no avergonzarse de su fe, aunque les costara la vida. (47)

Fue en Basilea, según parece, donde los asaltos de los doctores protestantes contra los peregrinos parisienses, fueron más repetidos y furiosos. Desde que Ecolampadio pasó por allí, el protestantismo era el dueño de la ciudad. En la Catedral las ruedas de los cordeleros habían reemplazado a las imágenes de los santos. Los cuerpos de los herejes más insignes, estaban sepultados en las iglesias. Así que los iñiguistas contemplaron con lágrimas en los ojos aquellas abominaciones durante los tres días que pasaron en Basilea. (48)

Dirigiéronse después hacia Constanza. Al llegar cierta tarde, muy fatigados a una aldea, encontraron la posada llena de convidados, que festejaban ruidosamente el matrimonio de su Cura. Este desgraciado estaba con ellos teniendo al lado un gran sable, que desenvainaba de vez en cuando, blandiéndolo entre grandes risotadas. Ya se puede pensar el disgusto y la compasión de nuestros viajeros, sus lágrimas y sus oraciones, antes de irse a dormir. (49)

Diez y seis millas antes de llegar a Constanza la cosa fue peor. El Cura era padre de una numerosa familia. Vino al encuentro de los peregrinos a su posada, para provocarlos a disputar sobre su fe. Estos, aunque extenuados por el cansancio, no dudaron en aceptar el reto.

Cuando llegó la noche, el Cura dijo evocando sus recuerdos virgilianos:

"En jam nox húmida coelo

Precipitat, suadentque cadentia sidera caenam". (49)

*"Pero mañana, añadió con aire jovial, quiero a toda costa ilustraros mis libros y mis hijos (**libros et liberot**). Después de la cena continuaremos la discusión."*

Y en efecto, pronto recomenzó la discusión en la fonda. de ambos lados se esgrimían los argumentos con ardor. Acorralado por los maestros parisienses, el apóstata acabó por decir que no tenía nada que replicar.

¿Cómo entonces, objetaron los triunfantes controversistas, podéis seguir opiniones que no sois capaz de defender? Y a esto el miserable furioso replicó: *'Mañana haré que os pongan en prisión y veréis entonces si sé o no defender mi partido."* Después de esta amenaza se separaron, y al día siguiente los peregrinos salieron del lugar y atravesaron Constanza. (50)

Al llegar a una pequeña aldea, en la puerta de un hospital vieron a una pobre mujer que se dirigía a ellos para besar sus rosarios llorando, mientras les explicaba en alemán el consuelo de su alma. Como los viajeros ignoraban el alemán no decían palabra, y la mujer corrió a su casa para traer las manos llenas de restos de imágenes y crucifijos hechos pedazos por los herejes. Conmovidos a su vez los iñiguistas hasta las lágrimas, bendijeron a Dios que ponía en su camino a almas tan buenas; arrodillándose sobre la nieve, besaron con devoción los piadosos restos, que la mujer volvió a llevarse a su casa como un precioso tesoro. (51)

La ciudad vecina, les ofreció otra vez la ocasión de disputar con los ministros del nuevo Evangelio. En el curso de la disputa, los protestantes rechazaron la autoridad de ciertos textos de la Escritura, porque sus traducciones alemanas no los tenían. Echando por este camino la disputa no podía continuar más. Pero por lo menos los iñiguistas demostraron a la multitud de los curiosos que les rodeaban, que eran hombres capaces de defender sus creencias sin miedo alguno a los predicantes. (52)

¡Cuántas veces en medio de todas estas peripecias de su viaje presentábase a su espíritu el recuerdo de Iñigo! En este recuerdo encontraban una luz en sus apuros, un aguijón para su generosidad. Caminando, caminando, atravesaron toda la Suiza y después el Tirol, y a medida que se acercaban a

Italia, su corazón se emocionaba con el pensamiento de volver a encontrar al guía de su vida.

Por fin llegaron a Venecia el 18 de Enero de 1537.

Notas Capítulo Décimo Primero

1.- González de Cámara, n. 73.

2.- Mon. Xav. I, 202-206.

3.- L. Cros, *S. Francisco Xavier*, I, 1X5-117, 126, 136.

4.- Id. I, 139-140.

5.- Id. I, 137.

6.- González de Cámara, n. 90.

7.- *Mon. Bobad.* 613.

8.- González de Cámara, n. 90.

9.- Id. n. 90.

10.- Id. n. 90. Ep. et Inslr. I, 96; Le Vasseur, *Ephem. ord. cart*. II, 447. 452, relata la visita de Iñigo a la Cartuja del Val de Cristo.

11.- Así se explica el hecho afirmado por Polanco, que Ignacio fue de Valencia a Barcelona.

12.- González de Cámara, n. 91.

13.- Tacchi Venturi, *Storta*, II, 85.

14.- Polánco, *Cronicón*, I, 54.

15.- *Ep. et Instr*. I, 93-94.

16.- Ibid. I, 95-96.

17.- Ibid. I, 94-95.

18.- Ibid. I, 96.

19.- Ibid. I, 97.

20.- Este Cáceres es el antiguo compañero de Ignacio en Alcalá del que ya hemos hablado.

21.- Castro, compañero de Ignacio en París.

22.- Ep. el Instr. I, 99-107.

23.- lbid. I, 107-109.

24.- González de Cámara, n. 92.

25.- Tacchi Venturi, *Storia*, II, 87.

26.- Ep. ti Instr. I, 123, 169.

27.- ibid.. I, 94.

28.- *Calendar of State paper*. Spain, I, 233, 485.

29.- *Dictionary of National Biography* XXV, 381.

30.- González de Cámara, n. 92; Polanco, Vita, 55.

31.- Tacchi Venturi, *Storia*, II, 86-87.

32.- Fabro, *Mem*. n. 15; Rodríguez, *Comment*. 454.

33.- Ep. et Instr. X, 109-111.

34.- Rodríguez, *Comment* 460-462.

35.- Id. 463.

36.- Id. 464.

37.- Id. 463.

36.- Id. 463.

39.- Id. 463.

40.- Lainez, *Scrip. S. Ign*. I, 113.

41.- Rodríguez, Commetti., 486.

42.- Id. 465.

43.- Id. 467.

44.- Id. 469. Acerca de la iglesia de San Nicolás orgullo de Lorena, ver a Aug. Digot. *Notice sur l'eglise Saint Nicholas du Port*, 1848. Por el cuidado del P. Lejosne, se ha colocado en esa iglesia una placa de mármol que recuerda el nombre de los peregrinos de 1536. Entre 1600 y 1602, hubo allí un noviciado de jesuitas.

45.- Mansi, XXXII, 1215-1232, 1279-1282.

46.- Rodríguez, *Comment*. 469.

47.- Id. 470.

48.- Id. 470.

49. *Eneida*, I, II, V, 8, 9. Solamente que el Cura suizo sustituyó *somnos*, por *caenam*.

50.—Rodríguez, Comment. 471-472.

51.-Id. 473.

52.-Id. 474.

LIBRO III

EL MAESTRO ESPIRITUAL

CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO

12. LAS INFLUENCIAS RECIBIDAS

(1493-1535)

En París, Iñigo de Loyola sometió a la doctrina de los *Ejercicios*, durante treinta días, a Fabro, Laínez, Salmerón, Bobadilla, Rodríguez y Javier; y éstos se convirtieron en sus asociados en los proyectos Evangélicos. La estancia en Venecia había llevado al maestro nuevos ejercitantes, que, aun quedándose en el mundo, no dejaron por esto de ser sus discípulos espirituales. De esta doble experiencia se puede ya concluir que a esta fecha de 1537, a la que hemos llegado en nuestro relato, el libro de los *Ejercicios* tenía ya su redacción casi concluida, de lo que por lo demás, nos dan la prueba material los papeles de uno de los ejercitantes de Venecia, Juan Helyar. Es pues hora de detenemos, para examinar descansadamente todas las cuestiones que suscita este librito de los *Ejercicios*.

Todos los que han estudiado la historia del ascetismo cristiano dan una buena parte en él a Ignacio de Loyola. Ya se le exalte o ya se le critique, no se puede negar su influencia. Y a decir verdad su papel es de tal manera considerable que es difícil exagerarlo. Por otra parte este creador es un heredero. ¿Qué recibió, pues, antes de abrir él mismo los tesoros de su doctrina? Los primeros conocimientos de la conducta cristiana que se infiltraron en su alma, proceden ciertamente de sus familiares. Cuando él vino al mundo, había pocos libros, y la imprenta estaba en sus comienzos. El clero de Azpeitia era más asiduo en mantener las observancias tradicionales del culto, que en impartir la enseñanza de la religión. Se predicaba poco. Fuera de las familias, los niños no tenían catecismo; era de los labios de sus padres de donde

aprendían el dogma, la moral, todo lo que es del servicio de Dios. La religión era más sólida; ligada a todos los recuerdos de la casa paterna y al amor de los padres, estaba por decirlo así en la sangre.

Ella forma la parte más sagrada de este fondo de ideas, de sentimientos y de prácticas, que constituye la tradición doméstica; en las familias nobles, se identifica con el honor de la raza. No hay que decir que siendo los Loyola más creyentes que edificantes, por lo menos hacia el fin del siglo XV, el residuo que finalmente se depositó en el alma de Iñigo adolescente, consistió sobre todo en una fe a toda prueba.

La herida de Pamplona, y la larga convalecencia que la siguió en la soledad de la casa paterna, lo condujeron a una iniciación en la vida espiritual propiamente dicha. A la luz del Evangelio, los ojos del joven soldado descubren los esplendores de la vida moral, de la que Jesucristo nos muestra el ideal. La historia de los santos le convence que este ideal sobrehumano puede ser realizado por los hombres. En este nuevo horizonte las perspectivas se engrandecen y se embellecen cada día, a medida que el convertido, dócil a las inspiraciones de la gracia que le solicita, vuelve más resueltamente la espalda a los pecados y a las máximas del mundo.

Jesús dijo que para alcanzar el reino de los cielos, es preciso abstenerse de los placeres carnales, como si por naturaleza se fuera incapaz de gozar de ellos. Y en el mismo seno de la corrupción del paganismo, las vírgenes romanas ofrecieron al mundo sorprendido el espectáculo de una pureza sin mancha defendida aun a precio de la vida. Jesús invitó a los hombres, seducidos por el celo de las riquezas, a abandonarlas por su amor, y a no contar sino con la providencia del Padre Celestial que puede proveer a las necesidades de los hombres como puede nutrir a los pajarillos y vestir a los lirios del campo. Y hombres y mujeres por millares y millares, desde los primeros monasterios de Egipto y de Siria, han dejado a otros el anhelo de amontonar el oro, para contentarse ellos con la pobreza evangélica. Jesús, manteniendo los deberes de respeto y agradecimiento que el Decálogo impone respecto de los padres naturales, ha exhortado a quien lo quiera a abandonar su casa paterna para seguirle. Y religiosos innumerables han huido de la casa de sus padres, para formar entre ellos una familia espiritual, cuyo solo vínculo había de ser la

voluntad de Dios. En una palabra, que de todos aquellos puntos que el sagrado programa que Cristo presenta a los magnánimos, en el sermón de las bienaventuranzas, no hay uno solo del que no sea ejemplo la vida de los santos: ellos a la letra han buscado y encontrado la felicidad en la desnudez, las lágrimas, el perdón de las injurias, los sufrimientos de toda especie, los oprobios y las persecuciones de los hombres. ¿Por qué no hacer lo que ellos hicieron? El espíritu reflexivo y generoso de Iñigo llegaba siempre a esta conclusión al terminar sus lecturas del Evangelio y la vida de los santos. Hasta entonces, no había casi pensado en estas cosas. Desde las primeras meditaciones a que se entrega, es seducido, conquistado para siempre. Detenerse en una vida cristiana común, cuya única ley sería el Decálogo, ya no le conviene. De un salto, franquea estos límites demasiado estrechos; y pretende deslizar su vida por la vía de los consejos evangélicos, sin que le detenga ninguno de los obstáculos que comúnmente desconciertan a los hombres. Penitencia, ayunos, mortificaciones, desiertos lejanos, sepultura eterna en un lugar ignorado de todos: nada de esto le espanta. Otros lo han hecho; ¿por qué no él?

El Espíritu Santo es el primer obrero de esta transformación admirable de una alma pecadora y mundana; su luz, su unción, su fuerza han iluminado, tocado, y convertido a Iñigo de Loyola. Pero esta obra de la gracia no se hizo en un solo día; y el camino fue abierto a las inspiraciones divinas por dos libros escritos por los hombres: el *Flos Sanctorum* y la *Vita Christi*. De ellos, como de su fuente primera, procede la espiritualidad ignaciana.

El primero de estos dos libros lo determinó principalmente y mantuvo firme su voluntad; el segundo a su vez llenó su corazón de amor y de espíritu de luz. El lugar que Jesucristo ocupa en los *Ejercicios* y en la vida de Ignacio de Loyola, es capital. Desde el prólogo hasta la conclusión, la obra de Ludolfo de Sajonia enseñó al convertido de Loyola esta verdad esencial: *Christianus alter Christus*. En estas piadosas páginas de un monje del siglo XIV, comprendió la necesidad de la meditación cotidiana; cuál debe de ser su materia ordinaria; y por medio de cual actitud atenta, suplicante, efectiva del alma, la contemplación de las escenas evangélicas puede convertirse en la luz, la fuerza, la dulzura, la regla soberana de la vida.

Las prensas de Alcalá habían, en 1503, publicado una traducción castellana de la obra latina de Ludolfo. Se debía a la pluma del franciscano Ambrosio de Montesinos, y llevaba el título de *Vita Christi*. No cabe duda que la *Vita Christi* que Iñigo leyó en Loyola es el libro de Ludolfo en su versión española.

La confrontación minuciosa de esta obra con los *Ejercicios* confirma el dicho de Ignacio y el testimonio de sus contemporáneos.

Pero es más difícil medir la acción de la obra de Ludolfo sobre el alma de Iñigo, que el formar una lista de lugares paralelos y de frases copiadas en ella. Una vez más diremos que lo que el convertído de Loyola debe al cartujo sajón, es una orientación evangélica de la vida, un programa de santas consideraciones, una manera de hacer oración y la idea misma de que la meditación cotidiana es la llave de la ascética cristiana.

*

* *

A esta influencia se añadirá bien pronto la del libro de la *Imitación de Jesucristo*.

Fue en Manresa donde Iñigo encontró este libro. Como él lo confiesa ningún otro le será más familiar, ni más querido. Ningún otro era más capaz de infundirle el sentido verdadero y profundo de aquel Evangelio que pretendía poner en práctica.

En estas páginas de Tomás de Kempis, se encierran todas las lecciones de la vida espiritual; así las más indispensables como las más raras y las más elevadas. Quien lee atentamente la *Imitación*, no olvidará jamás que la abnegación es la condición necesaria de la virtud, tanto en el siglo como en el claustro; que los bienes de este mundo son demasiado efímeros para poder cautivar el corazón de un hombre prudente; que ninguna tentación podrá separar de Dios a un corazón que lo ama; que las pruebas de la tierra forjan nuestra corona del cielo; que el Evangelio, la Cruz del Calvario y la Hostia del altar son, para las almas cristianas, una luz que no se extingue, un instrumento siempre efectivo de salvación, una receta capaz de rehacer sin cesar nuestras fuerzas y de curar todas nuestras enfermedades; que el amor de Dios,

encendido en el pobre corazón humano por la gracia, nos hace puros al igual de los ángeles, fuertes al igual de los mártires, emprendedores al igual de los apóstoles, sin comprometer para nada la humildad que conviene a un pecador; que una criatura que se entrega a Dios, por entero y sin retorno, tiene presente siempre el sentimiento, no sólo de sus derechos y de su amor, pero aun de su Providencia iluminadora y operativa. Entre las páginas de este libro, ascético y místico al mismo tiempo, Iñigo recogió las ideas de que habitualmente habrá de nutrirse su alma generosa.

Es una tradición benedictina la afirmación de que, durante su estancia en Manresa, Iñigo leyó el libro de Cisneros titulado el *Ejercitatorio*, el cual le fue dado por Chanones. Pero esta afirmación se presenta con bastantes matices, desde el siglo XVII hasta nuestros días. Los historiadores de la Compañía de Jesús han hablado de esta tradición benedictina con todos esos matices. En realidad los argumentos decisivos faltan para poder concluir con una certidumbre absoluta. Pero es muy verosímil *"muy probable"* según la expresión de Rivadeneyra, que el peregrino de Montserrat recibió de Chanones, como recuerdo de su visita al Santuario de Nuestra Señora, el libro de Cisneros. Cisneros gran abad reformador había muerto hacia poco tiempo; su libro era una de las joyas de la imprenta fundada por él y un memorial de las lecciones dadas a sus monjes; y, para provecho de los simples devotos estaba escrito en castellano. Ahora bien, Chanones ¿podía dudar de que Ignacio quisiese ser hombre de devoción? Y aun cuando el *Ejercitatorio* no hubiera sido dado a Ignacio; aun cuando éste, cansado del aparejo escolástico del libro, hubiera abandonado su lectura, quedaría siempre como verdadero, el hecho de que él vio y volvió a ver a Chanones en Montserrat. Y en estas conversaciones seguramente ocupaban todo el lugar las cosas de Dios; el monje y el peregrino tenían de ellas llena el alma. ¿Puede dudarse de que el hijo espiritual de Cisneros, explicándose acerca de la vida interior, haya puesto en lugar preferente las ideas y las fórmulas favoritas de aquel a quien miraba justamente como su maestro? Hay pues una iniciación ascética de Iñigo que procede del *Ejercitatorio*.

Los dominicos disputan a los benedictinos el honor de haber formado a San Ignacio. Este ha referido con gratitud la caritativa hospitalidad que

encontró en el priorato de Manresa. Y antes de los acontecimientos recientes de España, en los muros de aquel convento se leía una inscripción recordando que el santo había vivido allí. Durante su estancia, sin duda ninguna Iñigo trató de conversar con sus huéspedes y recurrió a alguno de entre ellos para confesarse. Por estas relaciones algo de la espiritualidad dominicana debió infiltrarse en el alma del peregrino.

En Manresa, tuvo muchos confesores; pero uno a lo que parece le satisfizo completamente: el religioso Cisterciense de San Pablo, junto al cual hubiera querido habitar a su regreso de los Santos Lugares. Alfonso de Guerrero ¿hizo leer a Iñigo de Loyola algún opúsculo devoto de San Bernardo? Es posible. En todo caso, es indudable que, en sus visitas a San Pablo, el novicio de Manresa recibió a través de los consejos de Guerrero, los ecos de las lecciones ascéticas del gran reformador de Claraval.

*

* *

En el prólogo a la *Vida de Cristo*, Ludolfo exhorta al piadoso lector a hacerse presente, en el corazón y en la mente, los misterios evangélicos, porque, dice él, al verlos así desarrollarse delante de uno como si se verificaran en aquel momento mismo, se *"gusta una grande dulcedumbre".* Y después añade: *"aspirar a ver esa Tierra Santa que el buen Jesús habitó, iluminó con su palabra y su doctrina, consagró con su sangre sagrada, es bien deleitoso. Pero cuánto más deleitoso será el ver esta Tierra con los ojos del cuerpo y sentir enseguida en el espíritu cómo en cada lugar, el Señor operó nuestra salud. ¿Quién podrá jamás decir cuántos fieles devotos al recorrer los Santos Lugares, con el alma toda emocionada, besan y abrazan el suelo en donde se les dice que el dulce Jesús se detuvo, se sentó, hizo esta u otra acción? Golpean su pecho, lloran, gimen, suspiran; y a la vista de estos hechos corporales que expresan al exterior la devoción que estos fieles tienen ciertamente en el interior de su alma, los sarracenos mismos se conmueven hasta las lágrimas... ¡Ah! es preciso llorar la inercia de los cristianos de nuestros días, que a despecho de tantos ejemplos vacilan en arrancar de manos de sus enemigos, esta tierra que Jesucristo consagró con su Sangre"*.

Por la lectura de estas líneas del cartujo sajón, ciertamente germinó en el espíritu de Iñigo de Loyola la idea de hacer él la peregrinación a Palestina.

Durante esta peregrinación, sació sus ojos y su corazón con el espectáculo de la tierra santificada por la presencia del Salvador. Fue como una reimpresión, en lo más profundo de él mismo, de la historia de Cristo, que había ya grabado en él la obra de Ludolfo de Sajonia. Al recorrer los caminos que llevan como las huellas de los pasos de Jesús, el Evangelio entraba en él, por decirlo así, vivo y palpitante. Era como si hubiese asistido al mismo nacimiento, al destierro, a los días de trabajo, a la predicación y a los milagros, a la pasión, a la resurrección y a la ascensión del Salvador. En su corazón, movido por un agradecimiento inmenso, con qué ardor decía aquella conclusión de sus *Ejercicios*, en la meditación del pecado: *"¿qué he hecho por Cristo, qué haré yo por Cristo?"*. Cuando salió de Palestina por orden de los franciscanos de la Custodia, llevaba para siempre en su corazón impresas las imágenes precisas del cuadro histórico de las escenas evangélicas, cuya meditación fue el alma de su vida espiritual.

Durante su estancia en Barcelona, cuando allí estudió la gramática con el maestro Ardevoll, Iñigo de Loyola visitó de vez en cuando a los Jerónimos del Valle de Ebrón, cercanos a la ermita de San Cipriano. Un viejo pergamino conmemora esta visita. Pero de los efectos de este contacto con los religiosos, no podemos determinar nada. Sabemos por los Pascual, (1) que Iñigo se confesaba entonces con fray Diego de Alcántara, franciscano del convento de Santa María de Jesús. ¿Fue el recuerdo de la Custodia de Tierra Santa el que determinó esta elección? Puede ser. En todo caso las relaciones entre ambos duraron dos años. Parece imposible que en un intervalo de tiempo tan largo, Iñigo no haya experimentado en sí o por la lectura de algunos opúsculos o por los consejos de su confesor, la influencia del doctor Seráfico. La espiritualidad de San Buenaventura (2) penetra la de los Hermanos de la Vida Común, la de Tomás de Kempis y la de Cisneros. El *Parvum bonum*, lo mismo que las meditaciones sobre la vida de Cristo atribuidas a San Buenaventura, son dos libros ascéticos impresos en Montserrat, al mismo tiempo que el *Ejercitatorio*. Un franciscano de Barcelona debía tener en sus manos estos tesoros de piedad; pudo muy bien prestarlos a Iñigo. Se objetará que Iñigo nunca fue un gran

lector, sino acaso allá en los tiempos de su ociosa juventud. Polanco dice sin embargo que en Barcelona leyó o trató de leer, la *Institutio militis christiani* de Erasmo. ¿Por qué no ha de haber leído, y de preferencia, el *Incendium* del doctor seráfico? En todo caso de la doctrina espiritual de estos opúsculos se nutría su confesor. ¿Por qué no ha de haber nutrido de ella a su penitente?

En Alcalá, Iñigo trabó amistad, desde el principio, con Diego de Eguía. Ahora bien, Diego tenía un hermano, Miguel, librero en Alcalá, que imprimió en 1525 el *Espejo de Personas Ilustres* de Fray Alonso de Madrid. El mismo hijo de San Francisco había escrito, poco antes, el *Arte de servir a Dios*. ¿Sería abusar de las coincidencias el decir que Diego de Eguía, generoso y devoto, debió ofrecer a su amigo estas dos perlas franciscanas, que Iñigo de Loyola debía llevar con tanto gusto a su pobre cuarto del hospital de Antezana?

En una página del *"Espejo"*, Alonso de Madrid se expresa así: *"Las personas de noble raza están más obligadas a la virtud de la magnanimidad... se puede decir que... toda la doctrina que toca a la vida espiritual les atañe más que a otros cuyos corazones a causa de su pequeñez, no podrían elevarse al deseo y cumplimiento de tan grandes cosas*.

"De esto dio un brillante ejemplo a todos los caballeros el generoso e ilustre Rey de toda la caballería celeste y terrestre, Jesucristo Nuestro Señor; su real persona pasó mil afrentas, por la grandeza del cielo; y rechazó con el mayor desprecio los honores del mundo, cuando se trató de dárselos.

"Seguramente, no sé cómo podrá llamarse ilustre caballero aquel que emplea su vida en buscar los grandes honores aquí abajo, cuando sabe que su Rey murió por libertarle del vano amor de las glorias humanas, y arrastrarle hacia la gloria celeste...

"La grandeza de alma debería impedir a los nobles el pecar nunca; el pecado es la más grande de todas las villanías, teniendo en cuenta que es contra la lealtad que debemos a Dios.

"Tres cosas, prosigue el escritor, deben animar a las personas de buena raza a servir a Dios perfectamente: el recuerdo de su propia nobleza, el de la bondad y la grandeza del Señor, y el de la grande recompensa que promete a nuestras

esperanzas". ¿No se puede uno imaginar que tales páginas, si él las leyó, entrarían como dardos de fuego, en la grande alma de Ignacio de Loyola?

Y el mismo fraile, allí donde se explica en su *Arte de servir a Dios* sobre la manera de implantar y asegurar en nosotros los buenos hábitos, escribe estas líneas convincentes:

"Jamás se adquirirá el hábito de la paciencia... si no se aplica frecuentemente el entendimiento a considerar el gran bien de esta virtud, y si no se aplica la voluntad, como un instrumento que la produce, inclinándola a desear las injurias y las persecuciones por el amor de aquel Señor, que nos estimuló a estos deseos y que tanto sufrió por nosotros".

"No dejéis de esforzaros en desear las injurias, bajo pretexto de que en ello hay una violencia; porque también hay alguna parte de voluntad; renovad frecuentemente actos semejantes de modo que crezca en vosotros esta disposición voluntaria que al principio os parecía tan débil, y si llegáis a sufrir las injurias con buena voluntad, entonces permanecerá firme en vosotros la virtud".

Con un gran vigor, fray Alonso predica al pecador el odio de sí mismo. A su parecer, *"todo el mal que está en nosotros, y todo el bien que nos falta, viene de la ausencia de abnegación"*. Por el pecado, somos traidores a Dios; y la primera satisfacción que debemos a N. Señor es el odio de nosotros mismos. La práctica de la abnegación nos espanta por sus dificultades. Comencemos por olvidar que es difícil; consideremos la bondad infinita de Dios hacia nosotros, hasta que nuestro amor se inflame. Una vez encendido en nosotros el fuego de la caridad, ya podremos mirar frente a frente la dificultad que en un principio nos daba miedo; entonces nos aparecerá como un medio excelente de ofrecer a Dios la prueba de nuestra adhesión y de conocer la amistad que nos tiene.

"En la vida espiritual tres cosas son principales: refrenar las pasiones, practicar las virtudes y orar bien.

"Para refrenar las pasiones, es preciso acordarse de que Dios sólo es nuestro dueño; para practicar las virtudes, es preciso ponerse en presencia de los ejemplos de Jesús e inclinar la voluntad a ellas por medio de actos repetidos; para orar bien, es preciso una fe viva con una perseverancia obstinada; y amar a Dios más aún que a su gracia (3).

Todos los que conocen la espiritualidad ignaciana, encontrarán los puntos más esenciales de ella, en estas ideas de fray Alonso de Madrid.

*

* *

En Salamanca Iñigo de Loyola se detuvo demasiado poco tiempo para poder experimentar en sí cualquiera influencia determinada. El confesor dominicano al que se confió, no pudo más que ponerle en guardia contra su celo de propaganda, que parecía sospechoso a muchos; si le enseñó alguna cosa, fue únicamente la humildad y la discreción.

París fue, por el contrario, la más larga estación de Iñigo en el mundo de las Universidades. Allí aprendió las letras humanas, la Filosofía y la Teología de las cuales vivió durante toda su vida. ¿Habrá lugar para creer que, durante estos siete años de estudio, tomó algún tiempo para hacerse a sí mismo, con los libros que podían ayudarle,, una especie de curso razonado de ascetismo?

No le hubieran faltado auxilios para ello, si hubiese sido un hombre de especulación científica. Entre sus maestros, hubiera encontrado sin duda quienes hubiesen sido capaces de guiarlo, en una especie de investigación de espiritualidades comparadas. Pero no era esto su inclinación. Jamás fue un devorador de libros; y en materia de cosas divinas, tuvo siempre mayor confianza en la oración que en la lectura; más en la unción del Espíritu Santo, que en las lecciones de los hombres. Sin embargo estas consideraciones generales no valen para excluir de una manera absoluta toda otra lectura de Iñigo. Podria ser, que por invitación de un hombre espiritual de crédito, Iñigo haya echado un vistazo sobre las obras, que en París, en el siglo XVI que comenzaba, tenían mayor boga.

Las obras de los Victorinos, de Gerson, de la escuela de los Hermanos de la Vida Común, eran ciertamente de aquellas que entonces llamaban más la atención entre los eclesiásticos y los religiosos fieles al espíritu de su vocación. En aquella Universidad de París en la que había sido canciller, los cien años pasados no habían hecho palidecer la gloria de Gerson. A su persistente acción se unía, desde mediados del siglo XV, la acción de los monjes de Windesheim. Ellos habían llevado a París, no solamente colonias reformadoras sino libros y

autores. Mombaer pasó por San Víctor, con su *Rosetum*. Y entre los sacerdotes más notables de la capital, ninguno se mezcló más en la reforma del clero que Standonk, el célebre principal de Montaigu; Beda se le asoció allí y por lo mismo la biblioteca de Montaigu se enriqueció probablemente con las obras de espiritualidad de la Escuela Windesheimiana (4).

Por otra parte, en la misma época, hombres como Lefevre d'Etaples, y aquellos que se movían en su ambiente como Bouelles, dan a la mística una parte de su atención, llevan a la práctica las enseñanzas de Raymundo Lulio y de Hugo de San Víctor, al mismo tiempo que comentan el Evangelio y San Pablo; publican una traducción de las *Bodas Espirituales*de Ruysbrochio, cuyo encuentro con los Hermanos de la Vida Común, en Colonia, les había ahorrado el descubrimiento; y editan los opúsculos de santas doctoras benedictinas. De manera que, por una conjunción singular, tanto del medio rigorista, como del medio humanista parisiense, se desprende una corriente de opinión, para honrar y dar valor a los místicos alemanes y holandeses, contemporáneos de Tomás de Kempis.

Seguramente Iñigo de Loyola no tiene nada, ni de un erudito, a quien atraen los viejos manuscritos y los libros nuevos, ni de un sabio que se preocupara de sistematizar los datos esparcidos en los libros espirituales de su tiempo. Conforme a la doctrina misma del autor de la Imitación, está convencido de que la vida espiritual depende más de la pureza y del ardor del corazón, que del conocimiento de los libros. Porque aunque convertido por la lectura, ha aprendido, en los mismos libros que le convirtieron, que el maestro interior que habla al alma es el que verdaderamente cuenta (5). Pero no vive sólo con sus pensamientos; trata a amigos, a doctores, a monjes que leen. En el medio universitario y monacal, que le sirve de cuadro, los amantes de los libros no faltan. Y sería verdaderamente inverosímil, que nunca, nadie, le hubiera hablado de aquellas ediciones recientes, venidas del Norte y del Este, para aumentar el tesoro espiritual de los fieles. Por esto podemos tener como probable que algún día u otro, debió de hojear aquellos nuevos tomos tan reputados. Más jóvenes que él, y de un espíritu más ágil, los habituales compañeros de su vida pudieron tener mayor curiosidad de leer los opúsculos de aquellos místicos del siglo XV, y el pensamiento de tratar con Iñigo acerca de

su valor. Esto no es más que una conjetura; pero para admitir su realidad hay más razones que para excluirla.

*

* *

Al término de este análisis, y para formular algunas conclusiones, parece que debemos hacer dos notas.

No puede dudarse de que lo dicho por Ignacio a González de Cámara es verdadero: en Manresa el mismo Dios fue su maestro. Debemos también de creerle, cuando asegura al mismo confidente que después de su primera estancia en Barcelona, antes de embarcarse para los Santos Lugares, ya no tenía aquella avidez de buscar a los hombres espirituales, con quienes tratar de las cosas divinas, para recibir de ellos algunas luces. Finalmente es propio de las almas verdaderamente santas ser gobernadas por el Espíritu Santo, y así es seguro que Iñigo de Loyola, dondequiera que vivió después de Manresa, recibió siempre de arriba las luces más extraordinarias; en comparación de las cuales, las que hayan podido darle los hombres, no eran más que una obscura claridad, emitida por una mecha fuliginosa.

También es verdad que este hombre, maravillosamente iluminado por el cielo, no vivió en un desierto. La Providencia le mezcló mucho con los hombres más diversos. De aquí forzosamente resulta que algunas inspiraciones de fuera, múltiples e incesantes, vinieran a tocar el espíritu de Iñigo de Loyola. ¿Cómo hemos de figurárnoslo en medio de estos soplos que pasan, a la manera de una especie de torre amurallada de arriba a abajo y de paredes impenetrables? Sólo el anunciamiento de esta paradoja basta para arruinarla. Los genios mas extraordinarios no han conocido esta impermeabilidad granítica; y si obraron fuertemente sobre su medio, ese medio obró también sobre ellos. Los santos sufren esta ley histórica; sin perder nada de su carácter eterno, su santidad guarda, sin embargo, un reflejo del tiempo en que vivieron. Podremos encontrar dificultades para señalar los caminos por los que llegaron hasta ellos estas influencias contemporáneas; pero estamos seguros que les llegaron. El afirmarlo no quita nada a la originalidad de su vida, ni a la plenitud de las enseñanzas divinas, de las que fueron gloriosos discípulos.

A medida que se muestren los puntos de contacto de Iñigo con la vida total de su tiempo, se verá desprenderse con más relieve su poderosa personalidad. Lejos de disminuir, estas comparaciones ayudarán a medir, con mayor exactitud, las dimensiones verdaderas de su papel excepcional. No por recoger en su cauce las aguas que caen de todo el rededor del horizonte, los ríos cuyo nombre sabe todo el mundo dejan de ser menos grandes con su grandeza propia; por el contrario dan más a sus afluentes que lo que de ellos reciben.

Notas Capítulo Décimo Segundo

1.- Scrip. n, 90, 92.

2.- P. Symphorien O. F. M. en *Etudes franciscaines*, enero-marzo 1921, 26-78.

3.- *Escritos misticos españoles*, Madrid, Baillere, 1911, I, 538-645.

4.- Pierre Debongnie C. SS. R. *Jean Mombaer de Bruxelles* Lovaina, Uystpruyst, 1928.

5.- *Imitación*, 1. III. cap. 2.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

13. LA COMPOSICIÓN DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS

(1522 -1540)

Hay acerca de la composición del libro de los *Ejercicios Espirituales*, una opinión de la que se podría precisar su fecha y los nombres de sus vulgarizadores, y es ésta: en la gruta de Manresa la Virgen misma dictó e Ignacio de Loyola escribió, este libro famoso.

Ya hemos anotado en la vida del convertido de 1521 las intervenciones maternales de María; todavía tendremos que señalar otras. En los orígenes de una obra destinada por la Providencia a colocar en el camino de salvación y de perfección a tantas almas, a través de los siglos, sería inadmisible el rehusar una parte a Aquella que la Iglesia, con San Bernardo, considera como el acueducto de la gracia y que ciertos teólogos llaman la corredentora de los cristianos. Iñigo salió de Loyola, llevando sobre su pecho una imagen de Nuestra Señora de la Piedad. En el camino, se arrodilló en el Santuario de Nuestra Señora de Aranzazú, ofreció algunos ducados para adornar una imagen de María en Navarrete, e hizo voto de castidad. Llegado a Montserrat delante de la milagrosa estatua de la Virgen, veló toda una noche. En Manresa, María mostrará en sus numerosas apariciones, que ama a su siervo con un amor privilegiado. Pero si el Evangelio de San Lucas no fue escrito bajo el dictado de la Virgen ¿cómo los *Ejercicios Espirituales* habrían podido serlo?

En 1625, el Padre Mucio Vitelleschi, General de la Compañía de Jesús, hizo pintar un cuadro en el que María, teniendo al Niño Jesús en sus brazos, parece hablar a Ignacio que está de rodillas con la vista levantada y la pluma en la mano, presto a escribir. Al pie de aquella tela se lee: *Dictante Deipara, discit et docet*. Ahora también, en lo alto del altar de la Santa Cueva de Manresa, se ve un bajorrelieve de Grau, en mármol blanco, que representa la misma escena. Estas imágenes del siglo XVII no son un instrumento de superchería; son el símbolo expresivo de una verdad cierta; a condición de no interpretarlas en un sentido

groseramente literal. María ciertamente ayudó mucho al ejercitante de Manresa. (1)

Desde los primeros años del siglo XVII, la gruta de Manresa, llamada hoy Santa Cueva, ha sido el objeto de una gran veneración. El marqués de Aytona la cedió en propiedad a los jesuítas el 27 de marzo de 1602. Poco después, por deseos de Margarita de Austria, algunos fragmentos de esta roca bendita fueron enviados a la Corte en diciembre de 1602. Se construyó en la excavación, una capilla dedicada a San Ignacio mártir (1603). Iban allí las gentes a orar y obtenían favores milagrosos. El duque de Monteleone fue en peregrinación de agradecimiento a este lugar en 1606. Los obispos de Vich tenían la costumbre de hacer allí una visita frecuente. Después de la canonización de San Ignacio en 1622 los trabajos de ampliación y ornato comenzaron, y la afluencia de visitantes se aumentó extraordinariamente. Nada más legítimo. La Santa Cueva merece su nombre; fue santificada por la penitencia y la oración de Ignacio de Loyola. (2)

Pero no está establecido por ningún documento, que Iñigo haya residido en ella exclusivamente, durante cualquier período de su estancia en Manresa. Al decir del mismo santo, y de los testimonios manresianos del proceso, está averiguado que tuvo por domicilio en el principio, y por un poco de tiempo, el hospital de Santa Lucía, y después el convento de los Padres Predicadores. Una celda monacal era un lugar propio para escribir; pero una gruta llena de maleza y estrecha, no. No podrá pues decirse, sinceramente, y contra toda verosimilitud que los *Ejercicios Espirituales* fueron escritos en la Santa Cueva(3).

*

* *

Además, el libro no fue escrito de un solo tirón; hubo entre sus páginas diversas, muchas y largas interrupciones. A González de Cámara, cuando le preguntaba de qué manera había escrito el libro, Ignacio de Loyola respondió textualmente:

*"Los **Ejercicios** no fueron hechos completamente en un solo tiempo. Las cosas que yo observaba haberme sido útiles, las anotaba a medida que sucedían, por escrito; porque pensaba que podrían también ser útiles a otros; como por ejemplo, el método del examen particular"* (4). Así mismo los métodos de elección fueron deducidos de *"la consideración de esta variedad de espíritus"*, cuyos impulsos el herido de Pamplona comenzó a discutir *"cuando estaba aun en Loyola, tendido sobre su lecho de convalecencia"*. (5)

Estas líneas son decisivas. Caracterizan maravillosamente el libro: este no es, sino una serie sistemática de anotaciones experimentales recogidas en tiempos diversos. Estos tiempos comienzan en Manresa en 1522, para acabar en Roma hacia 1540. En la primera de estas fechas, Iñigo tenía un cuaderno que servía para esto; veinte años después, el librito tiene ya su forma definitiva, en la que casi nada se cambiará, hasta que se le imprima, por primera vez, en 1548; en 1522, es decir durante el año que pasó en Manresa, la substancia de los *Ejercicios*, para emplear la palabra de Laínez, (6) era ya una cosa fija. ¿En qué consiste esta substancia? Se podrá sobre ello discutir sin fin; pues los elementos verdaderamente iluminadores nos faltan, desde el momento en que los diversos manuscritos autógrafos y primitivos no han sido conservados. Pero dado que los *Ejercicios Espirituales* son esencialmente un encadenamiento de verdades para meditar, y de reglas para observar, a fin de llegar a ordenar la vida según Dios, es manifiesto que cierto conjunto de estas verdades y de estas reglas, según el testimonio de Laínez, data de Manresa.

La historia misma de Iñigo, que ya hemos contado, confirma este testimonio iluminándolo. No solamente puede Ignacio entregar un manuscrito que llama los *Ejercicios Espirituales* al inquisidor parisiense Mateo Ori, que le interrogaba en 1535; sino que en Salamanca, en 1527, hizo lo mismo, para calmar las inquietudes del provisor eclesiástico, el bachiller Frías. Sabemos algo de lo que contenían estos papeles, por los testigos interrogados en los tres procesos instruidos por los inquisidores de Alcalá en 1527, y por los dichos de los manresanos en el proceso de beatificación de 1595. En Manresa, como en Alcalá, Iñigo inculcaba la observación del decálogo, la huida del pecado, la práctica de la meditación y del examen cotidiano, de la confesión y de la comunión semanaria. Expone meditaciones y explica documentos espirituales;

enseña maneras de orar, cómo ha de portarse uno en las tentaciones, Estas breves indicaciones de los oyentes nos recuerdan por una palabra, que acaso han retenido de tal o cual página del libro de los *Ejercicios*, lo que nosotros conocemos ahora.

Desde 1522 Iñigo escribió, pues, de su mano, un cuaderno que comprende, además de las reglas de elección, las reglas sobre los escrúpulos, las reglas sobre el discernimiento de los espíritus, las tres maneras de orar, el método de meditación según las tres potencias del alma; avisos para la meditación, el examen general y el particular, la confesión y la comunión, y algunos temas de meditación. Es imposible precisar más en qué consistía el libro inicial de los Ejercicios. Pero basta esto para justificar la bula de canonización del santo, en lo que afirma de que los *Ejercicios* fueron compuestos por un hombre sin letras.

*

* *

El gran cronista de la orden de San Benito, Fray Antonio de Yepes, quiere a toda costa que Iñigo haya derivado el libro de las enseñanzas del *Ejercitatorio* de Cisneros; y que la redacción de los *Ejercidos Espirituales* se sitúe en el tiempo en que los estudios hechos en las Universidades le dieron competencia en materia tan esencialmente teológica (7).

Algunos años más tarde, en 1641, esta doble tesis fue nuevamente defendida en un volumen titulado: *De la religiosa formación de San Ignacio por los benedictinos*. El libro era audazmente burlón. El jesuíta milanés, Juan Rho, respondió con vehemencia por un escrito: *Acates a Constantino Cayetano*. El panfleto, que en efecto había aparecido bajo el nombre de Constantino Cayetano, fue desaprobado por el Capítulo benedictino de Ravena, en un acto solemne en 1644. La Compañía de Jesús, en Congregación General, dio las gracias a la Orden de San Benito por su protesta. El libelo fue puesto en el índice el 18 de noviembre de 1646. Pero esta condenación no impidió que la leyenda sobreviviese, en una especie de sueño, interrumpido a veces por brusco despertar. (8)

Por el contrario, es preciso tener por ciertas las conclusiones siguientes: que de 1522 a 1540 los *Ejercicios Espirituales* sufrieron algunos retoques; hace

ya mucho tiempo que Nadal lo dijo, con la autoridad propia de un gran confidente de San Ignacio, pero la substancia data de Manresa, como lo hemos anotado; y la derivación del libro de Cisneros es una fábula.

En el libro de Cisneros, hay como dos libros yuxtapuestos; un tratado en 29 capítulos, por lo demás bien difusos, acerca de la oración y la unión con Dios; un manual de asuntos de oración en 18 capítulos en los que todavía abundan las teorías. La obra está destinada a los monjes. Así, el autor, sin despreciar la división clásica entre la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva, se extiende sobre todo acerca de la vida contemplativa, a la que consagra casi la mitad del volumen. La obra está redactada en el lenguaje especial de los teólogos y de los místicos. Entre la literatura espiritual de su tiempo y de la Edad Media, que, desde las llanuras de los Países Bajos, a las orillas del Rhin, del Sena y del Tíber, llegó hasta las montañas de Cataluña, Cisneros mira, reflexiona, hace su elección y transcribe lo que le parece propio a sus designios. Se podría hacer una edición polícroma del *Ejercitatorio*, con la que resultaría la prueba visible de que el libro casi enteramente está tomado de otros libros. (9)

Nada se parece menos que esto al trabajo de Ignacio de Loyola. Los *Ejercicios Espirituales* están escritos en un lenguaje común, popular, sin rasgo alguno de cuidado literario o de refinamiento escolástico. Ninguna teoría se bosqueja en él. Los principios generales de la vida espiritual, su fin, sus medios, sus etapas, todo esto se supone conocido y se recuerda con una palabra breve, luminosa, práctica. Ninguna disertación acerca de los beneficios o de la necesidad de la meditación cotidiana, del examen cotidiano, de la confesión y de la comunión frecuente. El maestro se limita a sugerir algunas reglas. Y estas reglas, por lo demás (meditaciones según las tres potencias, aplicación de sentidos, maneras de contemplar los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del Evangelio; preludios, coloquios, repeticiones, maneras de orar, examen general y particular), no se encuentran presentadas de esta manera en ningún otro. Ni Cisneros ni nadie suministran estas indicaciones, con esta claridad de detalles, esa coherencia de conjunto. Con mayor razón, no se podrá descubrir en Cisneros alguna cosa tan interesante como la meditación fundamental, la del pecado, del infierno, del reino de Jesucristo, de la Encarnación, de las dos banderas, de las dos clases o binarios de hombres, de los tres grados de

humildad y del amor espiritual. En ninguna parte, tampoco, Cisneros presenta esta serie de observaciones vividas, que se llaman anotaciones, adiciones, reglas para la distribución de limosnas, reglas del sentido católico. Si como es probable, el peregrino leyó el *Ejercitatorio*, no lo copió ciertamente.

Las semejanzas que se intentan encontrar entre los dos libros no son sino una veintena de fórmulas; y puesto aparte este formulario, lo esencial de los *Ejercicios*, su método, sus documentos y meditaciones características son en todo propiedad de San Ignacio. Ha sido necesaria la cómoda rutina de una tradición para velar a las miradas una verdad tan manifiesta.

Sabemos por Iñigo mismo que descubrió la *Imitación* en Manresa y que en Loyola, durante su convalecencia, tomó numerosas notas de Ludolfo. En Manresa la biblioteca de la Seo había recibido la *Vita Christi* en legado del médico Nicolás Clergué en 1520.

Es probable que también en el convento de dominicanos se encontrara este libro. Iñigo así pudo completar y revisar los preciosos textos de que había sacado en otros tiempos tantas luces y provecho para su alma.

Dejamos a los eruditos el cuidado de señalar una tras otra, todas las reminiscencias de la *Imitación* y de la *Vida de Cristo* que se encuentran en los *Ejercicios*; este trabajo nos parece tan fácil como vano. (10) Lo que importa sobre todo es notar cuáles fueron los procedimientos de lectura de Iñigo.

Este hombre, de quien todo el mundo alaba desde hace siglos los dones de gobierno, comenzó desde los primeros días de su conversión, por gobernarse excelentemente a sí mismo. La eminente prudencia de que dio siempre prueba en la tramitación de asuntos delicados, la aplicó en los asuntos de su propia perfección. Amaba a Dios, ciertamente, y con todo el fuego de un corazón magnánimo cuyos ardores consumieron su vida antes de tiempo; pero al mismo tiempo, organizará con toda su cabeza, el servicio de ese Dios al que ama con todo su corazón. Hasta en los períodos de su vida en que sobreabundan las luces y las consolaciones de arriba, conserva los hábitos de introspección constante.

Con mayor razón, pasa por el filtro de un examen riguroso los pensamientos de los hombres aun de aquellos a quienes tiene en grande estima.

Seguramente, creía que eran verdaderos amigos de Dios el místico autor de la *Imitación* y el cartujo que escribió la *Vida de Cristo*. Pero también sabía que la vida espiritual es esencialmente experimental; que los dones son diversos; que la regla suprema es la de la Escritura: *Omnia probate; quod bonum est tenete.* Se puede estar cierto de que no hay una anotación hecha por Iñigo, de acuerdo con el texto de Ludolfo o de Tomás de Kempis, que no haya sido constatada por su experiencia personal. Esto es lo que da al libro de los *Ejercicios*, aun en aquellos pasajes que dependen de la *Vida de Cristo* y de la *Imitación*, ese acento propio que no engaña; este sonido ignaciano, que no tiene nada de Ludolfo, ni de Tomás de Kempis. Asimismo, los detalles tomados a otros, han sido repensados a solas por este lector; y por eso no se les encuentra jamás en el estado puro en él, si se puede decir así, sino amalgamados en otras fórmulas, generalmente más impresionantes y mejores, y en todo caso diferentes de aquellas con las que conservan alguna semejanza. Esto aparece hasta en la distribución de los misterios del Evangelio, trabajo que es, sin embargo, de un orden más material. Esto es más visible dondequiera que la vida espiritual propiamente dicha entra en cuestión.

No hay que olvidar que Dios conduce a su servidor. El no sabe nada de su destino, pero Dios sí lo sabe. Al salir de Montserrat Iñigo quería simplemente hacer una parada de algunos días en Manresa, antes de ir a Barcelona para embarcarse. Dios lo retuvo allí diez meses en su escuela. Gradualmente instruyelo por boca de los sacerdotes, por medio de libros piadosos y sobre todo por las ilustraciones del cielo. La humildad del peregrino, su ardor en la oración, su valor en la penitencia, su caridad con los pobres y los enfermos, su celo para llevar a las almas a una vida plenamente cristiana, atraen sobre él las miradas cada día más complacientes del Eterno Padre. Las visiones, los éxtasis se multiplican, por medio de los males Dios hace sentir su bendición e ilumina al maestro espiritual que ha querido formar El mismo en Manresa. Tal es la maravillosa conducta de la Providencia. Quien dude de esto, no comprenderá nada del origen primero de los *Ejercicios*.

Varios se han preguntado, si durante su estancia en París, Iñigo no había tenido algún contacto con la espiritualidad de los Hermanos de la Vida Común. Ya hemos expuesto en el Capítulo precedente, cómo y por qué se pudo hacer

este encuentro. No reanudaremos este asunto aquí sino lo dejamos para una simple nota.

Si Iñigo, en París, recorrió la *Rosaleda* de Mombaer y las *Ascensiones* de Gerardo de Zuphten y notó en ellas alguna cosa útil, lo habrá hecho con este procedimiento interno y vivo que ya hemos caracterizado; y lo habrá asimilado a su substancia de soldado cristiano, de vasco, de español de tiempo de Carlos V, de apóstol decidido a expresarse a la manera del pueblo, según los datos de su propia experiencia, y para utilidad del mayor número de fieles, aunque fuesen muy ignorantes.

No se pueden imaginar obras más diferentes de los *Ejercicios* que la *Rosaleda* y las *Ascensiones Espirituales*. Sólo pueden dudar aquellos que jamás leyeron el texto de los Doctores Windesheimianos; Gerardo de Zluphten en sus *Ascensiones Espirituales*, y Mombaer en su *Rosaleda*, permanecen siempre escolásticos, de lenguaje sabio pero bárbaro; amigos de divisiones simétricas y complicadas; y habituados a expresar su pensamiento sutil y doctoralmente. Cisneros ha calcado pacientemente sus obras. Iñigo no tuvo ni la tentación de hacerlo.

De una manera general, es preciso razonar del mismo modo acerca de todos los libros de los que se podría afirmar, con certidumbre o verosimilitud, que cayeron bajo los ojos de Iñigo de Loyola, entre 1521 y 1540.

Sea por ejemplo la meditación de las dos banderas. Sería inútil negar una semejanza completa entre el texto de Ignacio de Loyola y el de Wemer, abad de San Blas (11).

Salta a los ojos, desde el momento en que se le compara sin prevención. Es difícil que tal coincidencia sea efecto de una casualidad. Pero de esto a una calca preconcebida hay mucha distancia. En el estado actual del problema nadie podrá demostrar que Ignacio, en París, leyó ese díptico de los dos señores, sea en el *Líber Deflorationum* de Werner, sea en las *Miscellanea* de Hugo de San Víctor. El hecho es simplemente posible. Por otra parte, es cierto que en Ludolfo, se encuentran dispersas en diversos lugares las ideas de los jefes, de las banderas y de los combates, la oposición de las consignas de Cristo y Satán; un retrato de Jesús modesto, dulce y gracioso; la antítesis de Jerusalem y de

Babilonia; el encarnizamiento del demonio en prender en sus redes o cadenas a los pobres humanos (12).

¿Pero qué inconveniente hay en admitir que la redacción de las dos banderas en su estado actual, es contemporánea del tiempo en que Iñigo estudiaba en París? ¿En qué, los *Ejercicios* y su autor son menos admirables por esto? Tal cosa no podrá demostrarse por ninguno. Y en revancha, cómo brilla la superioridad del texto ignaciano por la simple yuxtaposición de las dos páginas en columnas paralelas. Dejemos a un lado los preludios y los coloquios, en donde es característica la huella personal de Iñigo. Tomemos la sola comparación de los ejércitos del bien y del mal. Los dos jefes están acampados de diversa manera, los dos ejércitos están opuestos de otro modo y lo mismo las dos arengas en el libro de los *Ejercicios*. Breve, simple, y fuertemente, Iñigo nos impresiona con un cuadro rápido y vivo y ¡qué análisis más profundo en la oposición de los dos programas! El ternario ignaciano (pobreza, humillaciones, humildad) sobrepuja al ternario wernerano (pobreza, humildad, paciencia); es más lógico, más psicológico, más teológico y ¡cuánto mejor se ordena a la ascética práctica que es el fin de todo el libro de los *Ejercicios*!

No es por el único motivo de recordar la necesidad del combate cristiano, por lo que Iñigo recuerda la doctrina agustiniana de las dos ciudades, y la doctrina evangélica de los dos señores. En su lugar, la meditación de las dos banderas tiene un fin preciso, del que Wemer no tenía ni siquiera la idea. Por la serie gradual de sus Ejercicios, Iñigo ha puesto ya al alma del que medita en la disposición general de seguir a Nuestro Señor, modelo de todos los elegidos, ejemplo acabado de la perfección a la que hay que conformar el corazón despegado de todo mal. Pero quiere precisar esta buena voluntad general; y aunque ya la ha llevado con la consideración de la vida íntima y pública del Salvador a su máximum de intensidad, sabe cuánto en la elección de un estado de vida o en la reforma de las costumbres del estado de vida ya escogido, la mala naturaleza se encabrita contra las decisiones generosas, que la llevan al sacrificio de sí misma. He aquí por qué en el momento de llegar a esta elección presenta al alma este díptico de los dos jefes, de los dos ejércitos, de las dos vidas que se oponen, a fin de que la resolución se determine por el partido más conforme con la doctrina de Jesucristo. Allí solamente está la verdadera vida,

digna de ser vivida; y si, yendo rectamente a su término de la conformidad que se le predica, el alma se determina a seguir la vida religiosa, la vida apostólica (o a renovarse) Iñigo tiene razón en lo que desea; porque es precisamente para multiplicar en la Iglesia tales almas para lo que quiere trabajar con todas sus fuerzas.

He aquí como aprovechándose de algo tradicional, aunque recibido de los últimos que supieron señalar su huella en un viejo metal, Iñigo logró aún darle un troquel nuevo.

La misma reflexión se impone a quien considera los tres párrafos consagrados en los *Ejercicios* a las tres maneras de humildad. Desde que se han meditado en la Iglesia por los cristianos las humillaciones de Jesucristo, la necesidad de la humildad ha sido predicada por todos los maestros de la vida espiritual. Desde San Pablo, los más famosos Padres del desierto, San Agustín, San Benito, San Bernardo, San Buenaventura, Gerson, Hugo de San Víctor, Tomás de Kempis, Savonarola, Ruisbrochio y cuántos otros han exaltado la humildad en páginas más o menos célebres; muchos se han complacido en señalar grados por los cuales el corazón humilde va sumergiéndose cada vez más en su nada. Todo el mundo sabe que Savonarola distingue tres grados; Ruisbrochio cuatro, Hugo de San Víctor siete, San Benito y San Bernardo doce. Si Iñigo leyó estos doctores durante su estancia en París, no tomó de ellos nada. Ninguna de aquellas divisiones tiene ni la fuerza, ni la profundidad, ni la claridad de la fórmula ignaciana.

Resulta siempre una misma conclusión: los anteriores elementos de la ascética cristiana recibieron de Ignacio de Loyola una señal que no pertenece sino a él. (13)

Después de Manresa, este escritor de quien Dios mismo fue el maestro, no dejó de retocar su obra. Nadal nos lo dice en términos expresos, *"el fondo de los Ejercicios se enriquecía, las fórmulas se mejoraban"*. ¿En qué medida o en qué épocas exactamente? Imposible es determinarlo. Es probable que la peregrinación a Jerusalem ayudó a retocar las páginas consagradas a los hechos de la vida del Salvador. El apostolado de Barcelona y de Alcalá debió de darle cierto conocimiento de las almas, que pudo proveerle de algunos retoques para

las *reglas del discernimiento de espíritus*. Es preciso decir lo mismo y a *fortiori* del Apostolado parisiense, azpeitiano e italiano.

De París en donde Iñigo pasó siete años como estudiante de letras humanas y divinas, datan ciertamente aquellos pasajes de los *Ejercicios* poco numerosos que tienen un color escolástico.

En París también fueron redactadas las *reglas para sentir con la Iglesia*. Durante su estancia en Alcalá, Iñigo pudo concebir por la polémica de Zúñiga y de Erasmo, alguna idea acerca de los errores de Lutero. Pero es cierto que fue en París en donde tuvo la ocasión de comprender exacta y plenamente el peligro de la Reforma, para la Iglesia. Vio allí con sus propios ojos a los imprudentes que pactaban con los apóstatas, repitiendo alguna de sus fórmulas novadoras; allí arrancó a Francisco Javier de la seducción de los humanistas que luteranizaban. Mucho antes de la respuesta dada por la Sorbona a Francisco I el 30 de agosto de 1535, acerca de los principios a que había que someter a Melanchton, quien deseaba tener una conferencia con los doctores parisienses, Iñigo ya sabía perfectamente qué afirmaciones debía oponer un católico a las negaciones y a las tendencias del protestantismo. En los primeros meses de su estancia en París, bajo la presidencia de Antonio du Prat, canciller de Francia y arzobispo de Sens, se tuvo un Concilio provincial como ya lo hemos dicho. El fin de los Prelados y los doctores reunidos era precisamente el dar una regla de fe segura a los fieles; en medio del estrépito de las disputas, y frente a las predicaciones temerarias de los evangelistas de Meaux sostenidos por Margarita de Navarra quisieron aquéllos trazar a los creyentes y a las costumbres, la línea recta que habían de seguir. Y por esto las deliberaciones del Concilio no quedaron en secreto perdidas en procesos verbales y guardadas bajo llave entre los archivos del clero. Sino que el doctor Clichtove tuvo el encargo de publicar las actas y los decretos. Y en el año 1529 este volumen apareció en la librería de Colines. Es en este folleto firme y claro, en donde hay que buscar la fuente de que Iñigo de Loyola sacó sus reglas de ortodoxia católica. Entre los dos textos, el paralelismo es evidente, desde que se los confronta. (14)

Quizá puedan creerse también como contemporáneas de su estancia en París las *reglas para distribuir limosnas* y las *reglas de temperancia*, por lo menos en su redacción definitiva.

Es cierto que el problema de la limosna se presentó para Iñigo desde su misma conversión: en Manresa, en Jerusalem, en Barcelona, en Alcalá, en todas partes, daba lo que tenía y en todas partes también mendigaba para socorrer a los pobres. Para hacer esta hazaña generosa, no tenía más que seguir el espíritu evangélico que le animaba. Si se quiere, fue en Ludolfo y en Cisneros donde aprendió la estima y la práctica de las obras de misericordia. Pero parece evidente que fue en París donde Iñigo principalmente sintió la necesidad de escribir unas reglas acerca del buen uso de los bienes de este mundo. El mismo, entonces, distribuía mucho dinero; tuvo que acónsejar a Peralta, Castro y Amador acerca del abandono de sus bienes; para sí y para sus compañeros de Montmartre, en consecuencia del voto de pobreza, tuvo que resolver lo que harían de sus legítimas; un poco más tarde en Azpeitia, tuvo que estudiar qué parte, Martín García señor de Loyola, y también los clérigos Pero López de Loyola y Andrés de Loyola, darían a los pobres de sus rentas. En vista de todo esto, convenía a la prudencia de Ignacio de Loyola el tener una línea de conducta claramente trazada.

Parece también que es preciso decir lo mismo de las *reglas sobre la temperancia*. En Alcalá, Iñigo no vivió con sus compañeros. Pero no fue asi en Santa Bárbara, en donde vivía con Javier y Fabro en el mismo cuarto. Después de los votos de Montmartre, hubo un comienzo de vida común entre estos pobres evangélicos. Algunas veces tomaban juntos su comida. Es verosímil que entre otras instrucciones que destinaba a aquellos que dejaba, para irse a España, Iñigo habrá escrito las *Reglas para ordenarse en el comer*.

*

* *

En su apología de los *Ejercicios*, escrita a mediados de 1553, Nadal dijo: *"cuando escribió en Manresa una buena parte de los Ejercicios, Ignacio no había estudiado todavía; más tarde fue con un celo increíble como comenzó a entregarse al estudio, primero en España, después en esta Academia de París tan*

célebre en el mundo cristiano; durante muchos años, siguió el curso de Artes, y el de Teología, con una constante aplicación y perseverancia singular, y con gran fruto. Acabados sus estudios, hizo un cuaderno con aquellas notas primitivas de Manresa y Alcalá, les añadió muchas cosas y retocó el conjunto." (15)

¡Cuán precioso sería este texto, si el autor hubiera entrado en detalles tópicos! Tal cual está, nos ilumina mucho. Las adiciones y retoques de París, probablemente de Venecia y aun de Roma han producido uno tras otro, el manuscrito llamado de Pedro Fabro; (16) el manuscrito latino de 1541 llamado *Versio prima*; (17) el manuscrito español llamado autógrafo (18) porque contiene numerosas correcciones de la mano del mismo Ignacio; y finalmente el texto entregado a los censores romanos para la impresión de 1548.

Cuando se comparan al libro impreso de 1548, los manuscritos de que acabamos de hablar, no se notan sino muy ligeras diferencias. De donde se sigue que a la hora en que Paulo III dio a la Compañía de Jesús su Carta Romana, el libro de los *Ejercicios* era ya el Manual que nosotros conocemos ahora.

Notas Capítulo Décimo Tercero

1.- Ver la Nota 11. Apéndices.

2.- J. Nonell, *La cueva de S. Ignacio en Manresa*, Manresa, 1909, 43-44, 4649; 51, 53, 67-73.

3.- Ver la Nota 11. Apéndices.

4.- Gonzalez de Cámara, n. 99.

5.- Id. n. 99.

6.- *Script. S. Ign.* I, 103.

7.- *Crónica General de la Orden de S. Benito*, IV, 235.

8.- En la Edición Crítica de los Ejercicios, el P. Codina ha vuelto sobre la discusión que ya había hecho acerca de este punto en los *Orígenes de los Ejercicios*.

9.- El P. Watrigunt hizo esta demostración, C. B. E. n. 59, pág. 69-76.

10.- En la Edición Crítica de los Ejercicios, el P. Codina ha hecho notar y discute todos estos *loca parallela.*

11.- El P. Fernando Tournier fue el primero a lo que creo, que demostró esta semejanza; *Etudes* 5 de junio de 1910, 644-665. El P. Codina la discute en *Los Orígenes* y también en la *Edición Critica de los Ejercicios*, 125-126.

12.- Ibid. 148. Ver allí todos estos pasajes de Ludolfo.

13.- Hace unos diez años el P. Segismundo Brettle, O. M., fue el primero en señalar las semejanzas entre los *Ejercicios* y el *Tractatus ritae spiritualis*, y la *Contemplacio molt devota* de S. Vicente Ferrer.

14.- Ver la Nota 12. Apéndices.

15.- Ep. Nadal, IV, 826. *Post consummata studia congessit delibationes illas primae exercitiorum, addidit multa, digessit omnia*.

16.- El manuscrito de Pedro Fabro, está numerado 154, en los Archivos históricos de Colonia. En 1764 el autógrafo existía aún; el P. Reiffenberg lo vio en los Cartujos. El manuscrito actual no es sino una copia. Este texto recuerda en muchos lugares la *Versio prima* del manuscrito latino de 1541; es menos perfecto y por consiguiente anterior. Por lo que concluimos que en los retiros dados en Colonia en 1543 y 1544 el hombre de Dios usaba un Manual ya fijo hacia el fin de su estancia en París.

El manuscrito latino 2004, del fondo de la Reina Cristina de Suecia, en la Biblioteca Vaticana, es de mano del humanista inglés Juan de Helyar. Es un cartapacio de estudiante, en el que se mezclan notas de gastos, cartas escritas, extractos de autores, redacciones personales, con notas de ejercicios. Helyar encontró a Ignacio en Venecia lo más tarde a principios de 1537, o acaso en 1536. Desgraciadamente sus notas de ejercicios no nos ofrecen sino documentos ignacianos incompletos. Muchos pasajes recuerdan textualmente la *Versio prima* y el manuscrito de Fabro. Pero faltan muchas cosas; por ejemplo, las Anotaciones, la serie completa de los Misterios de Cristo, muchas reglas, la contemplación final *Ad amorem*. Da la impresión de una cosa trunca. Y por consiguiente este manuscrito tan interesante, no puede servirnos para fijar el estado de los *Ejercicios* en 1536.

El texto de Helyar y el de Fabro están reproducidos en la edición crítica de *Monumenta* 579-623, 624-648. Ya en 1914 el P. Paul Debuchy había publicado en CBE, agosto do 1914 nn. 52-53, el texto del manuscrito de Colonia. Un poco antes el P. Fernando Tournier como lo atestiguan sus papeles, había preparado una edición del manuscrito de Helyar, con una larga introducción sobre el autor y sus relaciones con Reginaldo Polo.

17.- En la edición crítica de los *Ejercicios*, se encontrará el texto de esta *Versio prima*, y una explicación sobre ella. La explicación está en las páginas 160-171; el texto corto, con el del autógrafo español, la versión de Freux y la versión de Roothan.

18.- Los Editores de *Monumenta* en su edición crítica de los *Ejercicios*, han publicado el texto español autógrafo y lo describen en las págs. 138 a 147.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

14. LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE IGNACIO DE LOYOLA

Laínez tenía costumbre de decir que Ignacio de Loyola era un hombre de pocas verdades. Esta frase expresiva, de un contemporáneo y un familiar, nos invita a creer que no debe de ser muy difícil el encontrar y poner en relieve la doctrina espiritual del futuro fundador de la Compañía de Jesús. (1)

Esta doctrina es esencialmente una doctrina de combate. Del análisis que Iñigo hizo de sí mismo, obtuvo una vista clara de las fuerzas permanentes coaligadas, que tienden a arruinar el reino de Dios en los corazones. En el curso de su vida, en Loyola, en la Corte, en Manresa, en Barcelona, en Alcalá, en París, tuvo mil ocasiones de persuadirse que su historia íntima era la misma de muchos otros. De allí la convicción profunda que tenía, de que la gran desgracia de los hombres es la de no querer vencerse a sí mismos. Fue a esta victoria de sí mismo a lo que él se anima y a la que trata de animar a todos aquellos a quienes se acerca. El título que da a sus Ejercicios Espirituales es su fórmula capital, encierra en una sola palabra su programa personal, el que propaga y propone en torno de sí, según las ocasiones, con un celo que nada es capaz de detener.

Sin esta victoria es imposible ser un hombre razonable, un discípulo de Jesucristo, un salvador de almas. Aquel que no domina sus pasiones será infaliblemente dominado por ellas. Un cristiano que retroceda ante la abnegación de sí mismo se aparta de los ejemplos y de las lecciones de Jesucristo; porque ¿qué otra cosa fue la vida de Jesucristo sino un holocausto perpetuo? y cuando quiso encerrar en una sola frase toda la moral de su Evangelio, ¿qué otra cosa dijo sino esto: *"Renunciados a vosotros mismos"*? Este renunciamiento completo y constante de la concupiscencia es la indispensable condición de la vida verdadera. La historia de los santos, apóstoles auténticos del cristianismo, lo prueba hasta la evidencia. Antes de predicar, se vencieron a sí mismos; rechazaron todas las sugestiones diabólicas y todas las máximas

mundanas que favorecen las pasiones; sus mismas predicaciones no son otra cosa que una guerra pública sin tregua al orgullo, a los honores y a las riquezas, que pierden a las almas, arrastrándolas fuera de los pasos de Jesucristo y de los mandamientos de Dios.

Quien quiera que pretenda, pues, reformar a la Iglesia, o reformarse a sí mismo, no puede tomar más que un solo camino: el de la total abnegación de sí mismo. Es una guerra a la que hay que resolverse. La vida según Dios no tiene otro precio. Esperar a la muerte para arreglar su conducta es peligroso, es indigno de un hombre. Corregirse tan sólo en aquello que está prohibido, corre el peligro de no ser más que un paliativo. Ir generosamente de un salto al despojo evangélico es lo más seguro, lo más lucrativo, lo más generoso. Todos tienen que ofrecerse a ello con sinceridad e insistencia: y Dios no dejará de dar a conocer que le agrada aquella ofrenda. Y aun en el caso en que se contentara El con un testimonio de buena voluntad, sin embargo la vida evangélica debe permanecer ante las miradas de aquel que Dios destina a vivir en el mundo, como un ideal supremo. Todo cristiano debe llevar este ideal en su alma, no solamente como el recuerdo de una visión atractiva, sino como una luz cuyas claridades guiarán toda su conducta, hasta el punto de usar de este mundo como si usara de él, según las palabras de San Pablo. Y así queda asegurada la sumisión humilde que la criatura debe a su Creador, la imitación con la que el cristiano debe seguir a Jesucristo, el amor de Dios, en fin, en el que se resume toda la religión aquí abajo, toda la vida bienaventurada en el cielo.

Fuera de esto ¿qué es lo que esperan los hombres? La experiencia de Lucifer y de Adán es decisiva. Pecaron y merecieron el infierno. Es al mismo abismo, por el camino de la misma rebelión, a donde llegarán todos aquellos que no quieren vencerse a sí mismos. Y mientras llega el castigo de la justicia divina no pueden ser a sus propios ojos más que un objeto de horror y de disgusto, algo así como una postema purulenta siempre abierta.

La gloria de Dios, la salvación del hombre, la reforma de la Iglesia, exigen imperiosamente que cada uno abrace el estado que Dios quiere. La voluntad de Dios debe de ser para cada uno la regla suprema y universal: la regla de los placeres y de las liberalidades, la regla de las decisiones cualesquiera que sean, la regla de las elecciones entre las innumerables criaturas del orden material,

humano y sobrenatural, que se encuentran en el camino de la vida. En tanto que la determinación de esta voluntad divina no se conoce, la libertad debe permanecer en equilibrio, como una balanza que no tiene ninguno de sus platillos cargado. Pero hay que notar que és la voluntad general de Dios que el hombre violente las tendencias que se oponen a su Ley santa. Tomar este partido atrevidamente, es asegurar el orden en sí mismo, arreglar la carrera de la vida de manera que se llegue a alcanzar su fin. Todo el plan divino está en esto.

El demonio se constituye enemigo de este plan. Un enemigo capital e implacable. Desde el paraíso terrestre, no ha dejado de tentar a los hombres para perderlos. Su táctica es conocida; si bien logra hacer víctimas innumerables, es fácil resumirla en tres palabras: puntos de ataque bien escogidos; operaciones secretas; asaltos tanto más furiosos cuanto la resistencia sea más débil. Cuando las almas son cobardes, Satanás les propone directamente el mal. La imaginación se exalta frente a las perspectivas del placer que le presenta ante los deslumbrados ojos; y una vez que se ha cometido el mal sugiere que el perdón de Dios es imposible, o que es imposible la dominación de los instintos. ¡Lazos groseros en los que la pobre humanidad se ha dejado prender, desde hace siglos! Los buenos no están exentos de sus emboscadas. Todos los hombres son imágenes de Dios y coherederos de Jesucristo. Y en todos trata de borrar la semejanza divina; y a todos trata de arrancar su parte de herencia eterna. Pero, con los buenos se hace muy fino, sutiliza, usa de astucia. Los conquista bajo la apariencia del bien. Y así, en toda ocasión se muestra mentiroso y homicida como en los primeros días del mundo. La vigilancia es, pues, de rigor, con la firme resolución de hacer siempre lo contrario de lo que propone. En esto está la prudencia y la salvación.

Los buenos deben de pensar, además, que Dios es más solícito y más poderoso para salvarlos que no es el demonio para perderlos. Los buenos ángeles velan y ayudan, el Espíritu Santo ilumina y fortalece. ¡Benditos y bienhechores soplos del cielo, que pasan sobre las almas cristianas, para inflamarlas en el amor divino, levantarlas a las alturas, asociarlas, desde esta tierra, a los goces y a la paz del Paraíso! Cuando llegan estas horas es necesario aprovecharlas, a fin de servir a Dios con más generosidad. Cuando el alma cae

sobre sí misma, le parece que toda luz se extingue, y que en estas tinieblas, lejos de Dios que se oculta, la fidelidad se hace penosa; entonces deben de recordarse las pasadas visitas, esperar firmemente otras visitas futuras, y permanecer firme en la práctica del deber. En estas alternativas, de días luminosos y de días obscuros, de consolación y de desolación, la virtud se engrandece y se fortalece, los méritos se añaden a los méritos, y se establece en el alma la humilde convicción de que ella es nada y que Dios es todo. Esta es la verdadera ciencia de la santidad.

Esta ciencia nunca se aprende perfectamente; es preciso ponerse en su escuela toda la vida para aprender a aprovecharse de los auxilios divinos para saber burlar los esfuerzos diabólicos, para dominar los instintos perversos, y para establecer por fin el reino de Dios por medio de incesantes victorias. Los Ejercicios Espirituales son indispensables para quien quiera conservar y desarrollar sus fuerzas cristianas. La analogía con las leyes de la vida material sugiere esta conclusión. La experiencia de los santos la pone en evidencia. La meditación cotidiana, el examen cotidiano de la conciencia, el hábito de la penitencia, la confesión y la comunión frecuentes, son el secreto de los santos pensamientos, de los grandes deseos, de las valerosas resoluciones, y de una fidelidad a Dios que nunca se desmiente.

Y si, enmedio de los dolorosos esfuerzos que se hagan para poner siempre la voluntad divina por encima de todo, las palabras engañosas de los herejes o de los relajados cristianos amenazaren oscurecer la fe, enfriar el amor, debilitar el valor, romper el entusiasmo, que se acuerden todos de que Jesucristo ha prometido a la Iglesia Docente de Roma la asistencia que la conservará en la verdad. Escuchar dócilmente a esta Iglesia, en todo lo que ella enseña, ordena y aconseja, creer en sus dogmas, seguir sus leyes, respetar sus instituciones, practicar la observancia de su culto, es el deber y la seguridad; de este modo todos probarán su fe en las promesas hechas por Cristo a su esposa, su amor hacia la Iglesia que es una madre, y la sinceridad de su espíritu católico.

Para renovar este espíritu en toda su pureza, para convencerse más profundamente de la necesidad de frecuentar los sacramentos, de practicar la penitencia, de orar y de meditar, nada es más útil que un retiro. Separado de los suyos y de los negocios, de las costumbres cotidianas, el hombre está más apto

para comprender por qué se vive en este mundo, cuán grande es la desgracia del pecado, la belleza de los ejemplos de Jesucristo, desde el pesebre al Calvario, el deber de imitar a este modelo de los elegidos, la gran ley en fin del amor que encierra toda la religión. La soledad completa, las reflexiones serias, las oraciones constantes, la docilidad a un director, la generosidad de una alma pronta a todos los movimientos de la gracia, llevan necesariamente a la conversión, a la transformación. Es un hecho de experiencia. ¿Quién no está de esto persuadido a priori? ¿Acaso Dios no quiere nuestra salvación y nuestra perfección, más que nosotros mismos podríamos quererla? ¿Acaso el Padre que nos ha dado a su Hijo nos rehusaría las gracias más extraordinarias? ¿Pero que son éstas, en comparación de Aquel en quien están todos los tesoros de la divinidad?

La verdad es que nosotros no sabemos lo que Dios haría de nosotros, si estuviéramos enteramente decididos a entregarnos a El por completo, para que disponga de nosotros según su beneplácito. Y precisamente porque los *Ejercicios Espirituales* están excelentemente adecuados a provocar la generosidad del alma, es por lo que son un instrumento tan eficaz de conversión. Es imposible ponerse sinceramente en esta escuela sin sacar de ella el deseo y la fuerza de vencerse a sí mismo, por el amor de Cristo.

Se pueden prolongar los Ejercicios, se les puede también acortar. Todo depende de las circunstancias de tiempo y de personas. En general, las meditaciones llamadas de la primera semana, destinada a la purificación de la conciencia, son propias para el mayor número y les bastan. Pero si se trata de afinar las almas y de formar un grupo de selectos, el conjunto de todas las verdades indicadas en el libro debe proponérseles; en igualdad de circunstancias, el ejercitante ganará tanto más cuanto más persevere, hasta una treintena de días, en la soledad y en la oración. Este largo espacio de tiempo no es demasiado para penetrarse a fondo de las lecciones esenciales de la ascética cristiana.

Sin embargo, no hay que creer que semejantes esfuerzos produzcan automáticamente la santidad definitiva. Ignacio mismo dice en el título de su libro, que sus *Ejercicios* son para ayudar al alma a vencerse. Para crear hábitos como instintivos de virtud, es necesario generalmente algún tiempo; la

intensidad de los hábitos, según lo nota Santo Tomás, (2) puede abreviar el tiempo necesario, y lo abrevia en efecto, pero es un hecho de experiencia universal que los hábitos inveterados son los más difíciles de desarraigar. Si, pues, alguno quiere fijarse en el bien y durar en un fervoroso servicio de Dios, será necesario que continúe alimentando su fervor y fortaleciendo su voluntad, como los *Ejercicios* le enseñaron a hacerlo.

Prescindiendo por ahora de la cuestión del amor, de la que hablaremos después, esta es brevemente y en parte la síntesis de la doctrina espiritual que Ignacio de Loyola ha diseminado por fragmentos, y en apariencia sin cohesión, en las páginas, bien cortas, de los *Ejercicios Espirituales*.

A través de la multitud de *anotaciones, de adiciones, de meditaciones, de contemplaciones y de reglas*, que parecen dividir este libro en compartimientos multiplicados a profusión, se encuentra en cien lugares de él el mismo pensamiento: gobernarse, vencerse. Actos de gobierno de sí mismo: las precauciones tomadas para asegurarse la soledad y el recogimiento; la concentración de las potencias intelectuales y afectivas sobre una verdad dada; la determinación de una resolución práctica. Victoria sobre sí mismo: la práctica de la temperancia y de la penitencia, la reacción contra la triple concupiscencia, contra las sugestiones del diablo y del mundo; la oración prolongada a pesar del cansancio, las instantes súplicas repetidas hasta que se haya obtenido el valor de conducir a la naturaleza, que se rebela constantemente, hasta el sacrificio que la inmola. Actos de gobierno de sí mismo: el examen de la meditación, revista diaria de la conciencia, discernimiento de los movimientos interiores que se experimentan, la cuestión que se impone antes que cualquiera decisión: ¿de qué me servirá esto el día de mi muerte o del juicio? Victorias sobre sí mismo: el retiro, la meditación, la resolución de enmendar la vida, la conformación con los ejemplos del Salvador, la sumisión filial a la Iglesia.

Muchas veces se expresa la fórmula en términos formales, aunque más veces se la presupone: el *"Vencerse"* se presenta en todos los *Ejercicios Espirituales* en cada página, en cada rincón. Es por decirlo así, lo esencial del librito, precisamente porque es indispensable a lo esencial de la vida espiritual.

*

* *

Esencialmente la vida espiritual consiste en la presencia, la conservación y el aumento en nosotros de la gracia santificante. Por esta gracia, somos las ramas vivas de la mística viña, de la que Jesucristo es el tallo. La circulación, el enriquecimiento de la savia divina en nosotros no podrá asegurarse, sin la eliminación constante de los elementos capaces de secarla y ahogarla. Ahora bien, esta eliminación es lógicamente la victoria de nosotros sobre nosotros mismos; esto es: el dominio de la naturaleza por lo sobrenatural, la destrucción del hombre viejo bajo los golpes del hombre nuevo.

Los motivos que pueden determinar a un cristiano a esta destrucción pueden presentarse bajo fórmulas diversas. Ignacio tiene las suyas deliberadamente preferidas: la humildad y la magnanimidad. La humildad, dice Santo Tomás (3), trae consigo principalmente la sumisión del hombre a Dios. Ignacio tiene una gran idea de la Majestad divina, de los derechos soberanos de Dios. El Rey eterno le aparece en la cumbre de todas las cosas, en una perfección muy alta; se ve a sus pies muy bajo, muy cercano de la nada, e indigno de sus miradas a causa de sus pecados. Háblate como un servidor a su señor; se pone en su presencia en una actitud penetrada de respeto, gusta de medir la distancia infinita que le separa de Dios, como para hundirse más aún en el sentimiento de su nada. Para un corazón anonadado de esta manera, ¿qué habrá de más augusto, de más sagrado, de más inviolable que la voluntad de Dios? De tal manera está sometido a Dios, que no podrá vacilar —aunque le prometieran todas las riquezas y todos los honores— entre una satisfacción dada a la mala naturaleza y una violación grave, o aun ligera, de la voluntad divina. La voluntad divina tal como se manifiesta en el Decálogo, en los Mandamientos de la Iglesia, en los acontecimientos exteriores y las inspiraciones interiores, es la regla que debe obedecer siempre el corazón humilde formado en la escuela de los *Ejercicios*.

Pero Dios no es solamente nuestro soberano. Sin dejar de ser Dios, por la encamación se ha hecho nuestro compañero en el camino, nuestro hermano de armas. De allí el lugar que Jesucristo ocupa en los *Ejercicios* de los que es verdaderamente el centro. Aun antes de que se desarrolle su historia en las meditaciones de la segunda, tercera y cuarta semana, su recuerdo hace

irrupción en la meditación del pecado y del infierno. Después, su persona se presenta como la de un Jefe adorable y apasionadamente amado, en las dos contemplaciones típicas del Reino y de las Dos Banderas. Allí brota este sentimiento de magnanimidad, que caracteriza a Ignacio de Loyola y que quiere, juntamente con la humildad, inculcar en todo discípulo de los *Ejercicios Espirituales*. El sentimiento feudal de fidelidad que, desde la meditación fundamental, concluía por determinar al ejercitante a un perfecto servicio de un señor soberanamente perfecto, se matiza aquí con una adhesión profunda, en la que más aun que la ternura, dominan un entusiasmo guerrero y una abnegación caballeresca. Este magnánimo, ganado para Jesucristo, tiene necesidad de acción y de sufrimientos por El, en la mayor cantidad posible. No se contentará sino con proezas que lleguen hasta la locura.

Los sentimientos del tercer grado de humildad, las oraciones generosas que terminan las dos contemplaciones del Reino y las Dos Banderas, la regla de conducta formulada al fin de la nota sobre la enmienda de la vida, presuponen corazones nobles y grandes en los que palpite un valor apasionado. De este valor, Cristo es la causa eficiente, ejemplar y final. De El se espera la gracia de este valor; mirándole se anima uno a ser valeroso; y, si con sus socorros y bajo su mirada se implora este valor, es no obstante tan sólo para su gloria. Porque se le ama con un amor único, se le seguirá hasta el camino sangriento. Ningún peligro le intimidará, ningún obstáculo le detendrá. Morir será un premio y la suprema victoria.

Así aparece la armonía profunda de los dos sentimientos, en apariencia contrarios, que Ignacio quiere imprimir en el corazón del que le escucha. Puede parecer que la humildad va a inmovilizar al hombre en la inercia, mientras que la magnanimidad lo extraviará en la petulancia. Pero la humildad, considerando la miseria humana, le guarda de toda jactancia; y la magnanimidad, apoyándose sobre el poder de Dios, desarrolla sin fin el espíritu de empresa, aun frente al bien más difícil. En el servicio del Señor, siguiendo a Jesucristo, el corazón formado en la escuela de los *Ejercicios* tiene la confianza en el éxito, la seguridad en el peligro, la magnificencia en el empleo de los medios, la paciencia en las pruebas, la perseverancia en el esfuerzo hasta el término fijado;

porque jamás deja de pedir a Dios la fuerza, y de tributar a Dios la gloria del mal que evita y del bien que obra.

Después de dicho esto, parece superfluo examinar largamente el reproche que se hace a los *Ejercicios Espirituales* de mecanizar la oración y la virtud.

Los que así hablan, se detienen en algunas reglas formuladas en las adiciones y no ven ninguna otra cosa más. En esto no está la sustancia del libro, ni lo principal de las intenciones del autor. O todo lo que acabamos de decir de la ascética ignaciana es falso, o la crítica que indicamos aquí no es sino una violenta inexactitud. Ignacio sugiere algunas precauciones materiales, tales como la privación de la luz, cuando se meditan las verdades severas; el recuerdo del asunto de la meditación en el momento de levantarse o de acostarse; la suspensión y el recogimiento del espíritu antes de comenzar la oración; la cuenta diaria de las faltas cometidas, etc. Si se cree en la eficacia de estos actos, es porque se tiene por garantía la psicología humana y la experiencia. Y si encarga con insistencia que se sea fiel a esto, no es para persuadir al ejercitante que lo esencial de la vida espiritual consiste en estos detalles. Nunca un discípulo inteligente de los Ejercicios podrá olvidar que la vida espiritual consiste en la reciprocidad del amor que se da a Dios.

Hay quienes juzgan complicado y frío el método de oración de acuerdo con el ejercicio de las tres potencias del alma, y el análisis sucesivo de las personas, de las palabras y de los actos en los misterios de la vida de Cristo. El reproche es formulado con más rapidez que la que se necesita para justificarlo. ¿Quién es capaz de meditar, sin un recuerdo, sin reflexiones y afectos? ¿Y quién es aquel que logre representarse una escena del Evangelio, sin ver ni oír de alguna manera a aquellos de quienes se cuenta la historia?

Las indicaciones de los *Ejercicios* no son sino la descomposición metódica del juego natural de nuestras facultades, desde el momento en que se aplican a algún hecho o a una verdad de fe. Por lo demás antes que San Francisco de Sales lo hubiera dicho tan bien, (4) Iñigo de Loyola pensaba que en la meditación, los recuerdos se evocan para pensar, los pensamientos para sentir, los afectos para las resoluciones y las resoluciones para el mejor servicio de Dios. (5) Y luego, todo un hombre profundamente místico como él ¿podría desconocer que en la oración como en toda otra acción sobrenatural, la acción divina es

soberanamente libre? El texto mismo de las anotaciones lo expresa claramente; y la correspondencia del santo muestra qué docilidad, qué simplicidad aconsejaba en la oración.

Se ha llegado hasta a reprochar al autor de los *Ejercicios* el dirigir exclusivamente la oración a la práctica de las virtudes. Reserva pesimista, se dice, injuriosa a Dios y dañosa a las almas cristianas. Pero se puede preguntar si el optimismo contemplativo, que se opone al vigoroso realismo de Iñigo de Loyola, no es sino un desconocimiento de la pobre naturaleza humana y de las leyes normales de la Providencia en la distribución de las gracias de Oración. (6) Lo que falta a la mayoría de los cristianos, es la dominación de sus pasiones; y la vida de los santos revela que alcanzaron los dones celestes al precio de la crucifixión de la concupiscencia. Contra esta doble constatación de la historia, todos los sueños son vanos, despreciables todas las teorías. Para la gloria de Dios y la santidad de la Iglesia, es indispensable que las almas adquieran el hábito de vivir fuera del dominio del mal. Cuanto más se multiplique esta raza fuerte de servidores de Dios, más numerosos serán los verdaderos contemplativos. Admitido en su oración de Manresa a penetrar en los más altos y más dulces secretos de Dios, Ignacio no puede ser el enemigo de la oración llamada contemplativa. De todas las escuelas abiertas desde hace siglos a la formación de almas escogidas, la de los *Ejercicios Espirituales* es quizá la que solicita más directamente el generoso sacrificio de sí mismo por el motivo más elevado y más seguro. Ahora bien, dicen los maestros de la mística y la experiencia que el Señor acostumbra complacerse en dar sus más maravillosas gracias de oración a los corazones más amorosamente inmolados. Lejos, pues, de cerrar la puerta a la contemplación, la espiritualidad ignaciana la prepara, para la hora en que a Dios le agrade, como Señor soberano de los destinos.

*

* *

Desde los primeros días que siguieron a su conversión total, Ignacio infundía en torno suyo su espíritu. Manresa, Barcelona, Venecia, Jerusalem, Alcalá, Salamanca, París, oyeron de sus labios la predicación de la antigua fórmula evangélica: *"Si alguno quiere venir en pos de mí que se renuncie a sí*

mismo". Ignacio decía esto, como hombre del siglo XVI, nacido en la España de Fernando el Católico, que había llevado espada. Pero a través del lenguaje que tiene, propio de su tiempo, de su raza y de su condición, brilla la la misma verdad que resplandecía en los discursos orientales del Salvador. Y según el ejemplo de Jesucristo, daba a su palabra el apoyo de sus ejemplos, persuadía a aquellos que le escuchaban al heroísmo en la abnegación.

Y el tiempo, al modificar el cuadro exterior de su vida, no cambiará nada de su doctrina. Si en el curso de sus estudios, añade alguna cosa al libro cuyos primeros datos, en cierto sentido, vienen desde Loyola, será siempre según la lógica del pensamiento capital comprendido desde sus principios. Precisamente porque es un hombre de pocas verdades y que su voluntad es extraordinariamente firme; precisamente porque desde el primer día aquello que es el alma de la moral evangélica se le presentó con una luz decisiva, no tiene que buscar otras lecciones para darlas a sus discípulos. El reino de Dios cuyas fórmulas expone su libro, bastan a las necesidades de todos aquellos que la Providencia ha puesto en su camino.

Su correspondencia que va desde 1525 a 1556, da el mismo sonido que sus *Ejercicios Espirituales*; es como el eco de las voces que se escapan de ese libro admirable. Muy al principio Iñigo toma para terminar sus cartas, una fórmula que se le hace familiar: *"Que la suma gracia y el amor eterno de Dios Nuestro Señor os acompañen, a fin de que todos tengamos el conocimiento de su voluntad y la cumplamos enteramente"*. Del mismo modo *"la gloria de Dios, el servicio y alabanza de la Divina Majestad"* son palabras que vienen constantemente a su pluma. Sin los deseos de procurar esta gloria y este servicio no escribiría a nadie, ni nada de lo que ha escrito. Sea que se dirija a sus bienhechoras barcelonesas Inés Pascual e Isabel Roser, o a los miembros de su familia, o a sus compañeros de apostolado o al arcediano Cazador, o a la monja Teresa Rejadell, o a los reyes o a los Papas, no piensa sino en el reino de Dios. La santidad del Decálogo, la brevedad de la vida, la vanidad de los honores terrenos, la necesidad de escapar de las criaturas para ir al Creador, el odio y las astucias del demonio, la urgencia de un reglamento de vida según Dios, el ardor en señalarse en el servicio del Rey eterno, el peligro de condenación que corren las almas, la fidelidad y la munificencia del amor de Dios para los

hombres, tales son los temas habituales de sus cartas. Esos mismos son los temas de los *Ejercicios*.

A su hermano Martín García, le predicaba la observación de los Mandamientos, la superioridad de la virtud sobre la sangre, la prosecución de los bienes eternos. A su confesor de París, Juan Miona, dirige las más expresivas súplicas para que haga un retiro de un mes. A Teresa Rejadell expone con una admirable precisión las ventajas de la oración afectiva, los principios que regulan la frecuencia de los sacramentos y el arte de discernir la acción de los espíritus. Con Fernando de Austria, Juan de Portugal, los Cardenales Contarini y Cervini, trata de la reforma del Clero y de los monasterios, de la conversión de los herejes y de la evangelización de los fieles. Ignacio no tendrá nunca otros horizontes que los del Reino de Dios.

Como se puede suponer, los consejos espirituales que dará a los religiosos de su orden llevarán más aún fuertemente impresas las huellas de sus *Ejercicios*. Es la misma constancia en inculcar el *Vincete ipsum*, por amor hacia Aquel que fue el primero en anonadarse por nuestro amor; es la misma brevedad sugestiva de escribir que en su librito. Salvo raras excepciones, no se encuentran en él ni disertaciones sabias, ni elocuentes exhortaciones; no es un profesor, ni un orador: es un jefe que recuerda las sagradas consignas, un padre lo bastante seguro de su autoridad y de la ternura de los suyos, para poder contentarse con una sola palabra, que repite sin cansarse.

Para quien recorre los volúmenes de su correspondencia, desde la primera carta, que tenemos después de su retorno de Jerusalem en 1525, hasta la última, que precedió a su muerte en 1556, siempre aparecerá el mismo hombre, con la misma fisonomía grave, severa, inflamada. Hablando a los Papas y a los Obispos, a los soberanos y a los grandes, a las religiosas de los monasterios, y a sus hijos esparcidos en su obra de apostolado por todo el mundo, siempre, aunque naturalmente con las diferencias de detalle que demandan las circunstancias, tendrá el mismo lenguaje, con un fondo idéntico. A través de sus frases sin arte, que se enlazan y se enmadejan, siempre es el mismo corazón el que aparece, sediento de trabajar y de sufrir por el Reino de Dios, en la imitación de Cristo. (7) En estas pocas palabras se resume la doctrina espiritual de Iñigo de Loyola.

Se la oponen, y aun se le prefieren por algunos, las doctrinas de los grandes contemplativos San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. Si hubiera conocido los libros de sus ilustres compatriotas, los hubiera leído sin sorpresas; favorecido con las más altas gracias de oración, él tenía también las alas de un serafín. Pero suponiendo que hubiese vivido lo bastante para alcanzar la época de los místicos doctores del Carmelo, hubiera ciertamente medido, por sus heroicas virtudes, la seguridad de sus lecciones espirituales.

Frente a los fenómenos extraordinarios de la vida interior, permanecía siempre como en suspenso y desconfiado. Un día Fray Reginaldo, dominico muy amigo de los jesuitas y de grande autoridad en su Orden, refirió en la casa profesa de Roma que en un convento de Bolonia del que tenía la dirección, cierta religiosa entraba en éxtasis frecuentemente y llevaba impresos los estigmas de la Pasión. Al cabo del relato, Ignacio dijo estas solas palabras *"En todo eso que V. R. acaba de referirnos, la señal más segura es la obediencia de esa mujer"*. Cuando Fray Reginaldo se hubo ido, Rivadeneyra que había asistido con Palmio a la conversación, interrogó de nuevo a Ignacio acerca de la monja boloñesa, e Ignacio respondió: (8) *"Es propio de Dios el obrar en el interior de las almas; el demonio es impotente para ello, y tiene la costumbre de engañar por fenómenos exteriores aparentes y falsos"*. La historia de Magdalena de la Cruz (9) es célebre. La Inquisición de Córdoba se ocupó de ella en 1544; y en 1548 ésta se retractó de sus errores y sus faltas. Antes de este proceso, y durante más de treinta años, su renombre había corrido por toda España y Portugal. Pasando de Lisboa a Roma, el P. Martín de Santa Cruz, tuvo curiosidad de ver a esta mujer y hablarle. Cierto día, que contaba esta entrevista, concluía que aquella estática le había parecido prudente y santa, pero Ignacio le hizo vivos reproches. (10) *"Un hombre de la Compañía, le dijo, no debe hablar de esa manera, ni mostrar tanta estima por esas cosas al fin y al cabo puramente exteriores"*. Finalmente, ya sabemos cómo juzgó y curó las ilusiones de Onfroy y de Oviedo, cuando éstos en Gandía se entraron por los caminos de la vida solitaria bajo la dirección del franciscano Tejeda. (11)

Ignacio no duda nunca de la posibilidad de los fenómenos extraordinarios de la vida espiritual: como que él mismo los había experimentado. Pero ve en ellos materia para fáciles ilusiones. Y por otra parte juzga, con la misma Iglesia,

muy superiores las gracias que hacen a las almas más agradables para Dios, que las que excitan la admiración de los hombres. En cuanto a la contemplación, considerándola como un don libre del cielo, deja al Señor llamar a ella a quien le plazca. Y no tiene cuidado ninguno de preparar a ella a las almas, sino es por el dominio de sus pasiones. Aunque estima y sabe inculcar la sublime oración, inculca y estima más aún la abnegación de sí mismo. Cierto día Nadal le preguntó cuál era el medio más rápido de alcanzar la perfección: *"Maestro Nadal*, le respondió, *rogad a Dios Nuestro Señor que os haga la gracia de sufrir mucho por su amor: este beneficio comprende en sí muchos otros"*. (12)

Sin ser doctor en Teología, sabe, por haber leído el Evangelio, que el mayor de los mandamientos es amar a Dios con toda el alma y con todas las fuerzas. Este amor es en el mismo Cielo toda la vida de los elegidos; debe, pues, ser el principal de los cristianos sobre la tierra. ¡Cuantos hay que lo olvidan! Ignacio lo ha constatado en Guipúzcoa, en Castilla, en Cataluña, en Jerusalem, en Italia, en París, en los Países Bajos, en Inglaterra, en una palabra, por donde quiera que dirigió sus pasos de peregrino. Y ¡cuánto lo había olvidado él mismo! ¿Por qué? El amor desordenado de sí mismo lo explica todo. San Agustín lo ha dicho con magnificencia. Ignacio de Loyola lo ha visto con una mirada penetrante, contemplando la miseria de su propio corazón y la del corazón de sus contemporáneos. Por eso concluye con fuerza el desprecio y el odio de si mismo, precisamente para encender del modo más seguro en los pechos humanos el incendio del amor divino. El Reino de Dios en la Europa cristiana, en el Clero y en los monasterios, en la Roma de los Papas y en los países de infieles, no será restablecido sino a ese precio. La conversión del corazón no es sino un retorno al amor.

Para esta operación tan difícil y necesaria, Jesucristo ha ordenado, como para su fin, la oración, los sacramentos, el culto, el sacerdocio, la misma Iglesia. A pesar de lo cual innumerables cristianos vacilan en aplastar en sí mismos los malos deseos. Se sigue, pues, sin duda posible, que el primer esfuerzo de un obrero del Reino de Dios, ha de ser el de arrastrar a las almas a la abnegación de sí mismas. ¿No ha encerrado Jesucristo en esta idea todo el cristianismo práctico? Ignacio se aplica por entero a hacer comprender y hacer vivir esa idea dolorosa pero fecunda. Toda la fuerza santificante de los Ejercicios y de su

dirección espiritual no procede de otra cosa. Ya se trate de religiosos de su Orden, ya de sacerdotes seculares, de monjas contemplativas o de cristianos del mundo, importa poco; a todos repetirá el mismo refrán evangélico: *"véncete a tí mismo, por amor a Jesucristo paciente y humillado"*.

Si se le hubiera objetado la variedad multiforme de los dones divinos, la libertad soberana del Espíritu Santo en la conducta de las almas, la maravillosa eficacia de las mas altas oraciones para inflamar el corazón con ardores apostólicos, hubiera ciertamente respondido con estas máximas:

Dios quiere hacernos más bien del que nosotros podemos jamás concebir.

Nadie sabe lo que el Señor hará de él, en cambio de su fidelidad constante. (13)

Enseña la experiencia que de cien almas dadas a largas oraciones, ochenta o noventa son ilusas, y en peligro de caer en la testarudez en sus prácticas indiscretas. (14)

La manifestación de la conciencia y la obediencia al Padre espiritual, y la práctica generosa de la abnegación en todas las cosas, (15) son los dos goznes de la vida interior. Asegurados estos dos puntos, la seguridad misma del alma es cierta. Podrá ser asaltada por tentaciones, envuelta en oscuridades, saciada de amarguras; el todo está en permanecer en la paciencia y también en la oración; sobre todo en la oración, que pone al corazón en movimiento más que a la cabeza, y en la oración que se hace teniendo a Dios presente ante los ojos (16); en recompensa de esta actitud humilde y confiada, vendrán la paz, la luz y la dulzura. (17) *"La unción del Espíritu Santo"* —esta palabra es frecuente en los labios de Ignacio—, *se hará infaliblemente sentir"*. Ayudará a determinar el régimen de la oración, el de la penitencia, y el de la acción, aun apostólica. Y la comunión frecuente, cotidiana, hecha con un vivo deseo de vivir vida divina, tendrá por efecto infalible, no solamente preservar el corazón de los asaltos del mal, sino inflamarle en el amor de su Creador y Señor. (18)

Para resumir todo en pocas palabras: un alma abierta y dócil a los consejos del confesor, magnánima en vencerse, dada a la oración y asidua en comulgar, marcha por un camino en el que el encuentro y las visitas de Dios son inevitables.

A la luz de estos axiomas poco numerosos y de una seguridad a toda prueba, Ignacio de Loyola dirigió, con un amor de Dios cada vez más grande, a los que le confiaron su conciencia. ¿Fue a causa de ello el que del año 1522 a 1556, se multiplicaron los contemplativos verdaderos en la Iglesia? Es muy probable, aunque la correspondencia del Director no nos descubre el secreto. Pero sus lecciones aumentaron ciertamente en el siglo XVI, y después el número de servidores fieles al Maestro hasta el heroísmo, es decir, de los santos. Los capítulos que siguen van a demostrarnos la increíble eficacia de la labor apostólica de la naciente Compañía. Cada una de sus maravillas, se puede afirmar, sirve de contrasello divino a la espiritualidad ignaciana.

Notas Capítulo Décimo Cuarto

1.—La espiritualidad ignaciana ha sido desde hace algún tiempo muy mal tratada a nombre de la Psicología, de la Liturgia, de la Mística, de la Teología y de la tradición católica.

No discutiremos aquí esas afirmaciones adversas. No es el lugar. Conviene sin embargo señalar el caso del difunto Henrí de Bremond de la Academia Francesa. Tenía una pluma llena de prestigio. Los numerosos volúmenes de la *Historia del sentimiento religioso*, cautivando poderosamente la atención, le habían dado en los problemas espirituales una autoridad que la muerte no ha disminuido. Sus escritos permanecerán. Con el pretexto de exaltar la oración de alabanza y la unión con Dios, continúan atacando un ascetismo *"fantasmagórico"*. Continúan repitiendo a sus lectores cándidos, que los Ejercicios son *"un manual de ascética y no de oración"*, un *"manual de elección de una novedad turbadora, y fundada sobre una Teología discutible de los caminos ordinarios de Dios"*; un libro *"sin coherencia, y cuya eficacia puede igualarse por cualquier otro; un libro cuyo autor ni sospecha siquiera, que su caso es extraordinario y único"*... etc.

Salido de la Compañía de Jesús, ¿cómo este sacerdote no ha comprendido, que era contra los jesuitas y San Ignacio, un testigo poco calificado? ¿Cómo este historiador se ha olvidado de la historia del libro que denigra? Los Ejercicios están seguros del porvenir. Cuando eran ferozmente atacados en el siglo XVI por dos o tres doctores españoles, Paulo III aprobó el libro (31 de julio de 1548) apenas impreso. Después Alejandro VII el 12 de octubre de 1647; Benedicto XIV, el 20 de marzo de 1753; León XIII el 8 de febrero de 1900, colmaron de elogios la espiritualidad ignaciana. S. S. Pío XI, el 25 de julio de 1922 hizo de San Ignacio el Patrono de los Retiros Espirituales. En su Encíclica *Mens Nostra* del 20 de dic, de 1929 —justamente en lo más fuerte de la campaña bremondiana— el Santo Padre exalta en los más calurosos términos al autor, a su método, a su hermoso orden, y la suave plasticidad y segura doctrina de los Ejercicios. Nos complacemos en creer que esta voz del Vaticano reducirá al silencio a los opositores. Y sin duda,

todos los espíritus rectos y verdaderamente católicos comprenderán que en contra de las palabras pontificias, las afirmaciones de un brillante académico no pesan nada.

2.—la., 2ae., q. 42, a. 3.

3.—2ae. 2ae., q. 161, a. I. ad 5um.; a. II, ad 3um.

4.— *Tratado del amor de Dios*, 1. VI, c. 2. Carta del 8 de junio de 1606.

5.—Cartas a Teresa Rejadell, 11 Sep. 1536; al P. Brandao, 1 Jun. 1551.

6.— En el libro *Le quietiste espagnol Michel Molinos* 260-270, tuve ocasión de tratar este punto.

7.- En un reciente volumen *Saint Ignace de Loyola, Lettres spirituelles*, París, 1933 he tratado de dar una idea de esta dirección del Santo.

8.—Scrip. S. Ign. I, 251, 403.

9.—Menéndez y Pelayo, *Hist. de los heterodoxos españoles*, II, 528, 529.

10.—Scrip. S. Ign. I, 343, 408.

11.—Ep. et Instr. II, 494-495; XII, 633-654.

12.—Scrip. S. Ign. I, 408.

13.—Ibid. I, 470.

14.—Ibid. I, 250, 278.

15.—Ibid. I, 278.

16.—Ibid. I, 132; Epi«t. III, 510.

17.—*Ejercicios Espirituales,* Reglas del discernimiento de espíritus.

18.—Scrip. S. Ign. I, 470; Epist. I, 162, 295.

LIBRO IV

EL FUNDADOR DE ORDEN RELIGIOSA

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

15. LA VIDA EVANGÉLICA EN LA ALTA ITALIA

(Enero a noviembre de 1537)

Cuando los compañeros de París llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537, el reencuentro debió causarles un gozo intenso. Cada uno de ellos contaba sus aventuras y juntos bendecían a la Providencia. Los parisienses llevaban consigo otros tres reclutas nuevos: Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Coduri. Por su parte Iñigo podía presentar a los recién llegados a Diego de Hoces y anunciarles la próxima adhesión de los dos hermanos Eguía. La estación estaba ya muy avanzada para pensar en un viaje a Tierra Santa o a la misma Ciudad Eterna. Iñigo decidió que todos se quedarían en Venecia, para servir a los enfermos en los hospitales. Cinco se fueron al hospital de San Juan y San Pablo, y cinco al hospital de los Incurables, entregándose a los más humildes oficios, y a las tareas más abnegadas, con más deseos de ayudar a las almas que de aliviar los cuerpos. Tropa de enfermeros verdaderamente rara (1).

Barrían la casa, componían los lechos, hacían la limpieza de los enfermos, les llevaban las medicinas y los alimentos, estaban a sus órdenes tanto de noche como de día. Si alguno moría, iban al cementerio a cavar la fosa para él, organizaban sus funerales y transportaban en hombros el cadáver hasta el campo de la muerte. Los desgraciados de esos hospitales no salían de su estupor. La generosa alegría de aquellos servidores de los pobres se convirtió en la ciudad en la gran curiosidad, que había que ver con propios ojos: nobles, ricos comerciantes, notables del pueblo, iban en peregrinación a los Incurables y a San Juan, para contemplar aquella maravilla. (2)

Entre los enfermos que curaban había algunos horribles e infectos. Causaban náuseas. Pero nuestros enfermeros no se apartaban por eso de ellos; en buena escuela habían aprendido la abnegación. Un día un pobre hombre lleno de escamas y purulento, pidió entre suspiros a Javier, que le hiciera la caridad de rascarle la espalda. Mientras esto hacía se sintió desfallecer y cobró miedo de contraer la enfermedad. Pero su debilidad no fue larga, introduciendo profundamente su dedo en el pus de las llagas, lo llevó después a su boca. La naturaleza vencida tomó su revancha; por la noche, Javier soñó que la infecta lepra le ahogaba en la garganta, y tosiendo y escupiendo, llegó hasta el vómito. Al día siguiente él mismo contó sonriente lo sucedido a Simón Rodríguez. Y Rodríguez añade, recordando la promesa de Cristo a los apóstoles: *"Beberán una bebida mortal y no les dañará"* (3).

Rodriguez también tuvo sus aventuras heroicas. En el hospital de San Juan y San Pablo, habiendo compartido el lecho con un leproso, se contagió de la enfermedad, pero al día siguiente quedó sano súbitamente. En la cocina del hospital de los Incurables trabajaba una mujer que no podía ver acercarse a los iñiguistas, sin refunfuñar. Un día, que Rodriguez entraba para pedir los alimentos que había que llevar a los enfermo la mujer dijo a sus compañeras: *"No sabéis qué clase de hombres son éstos; tienen una gran doctrina y yo hice todo lo que pude para impedirles el que vinieran aquí, pero no pude lograrlo"*. Rodríguez juzgó en seguida que aquella cocinera estaba poseída por el diablo. La tomó por la mano, y ella comenzó a gritar: *"Suélteme, si no me arrojo al fuego"*. Simón la dejó; la mujer se hizo entonces una bola por el suelo, después se levantó, y verdadera energumena comenzó a lanzar grandes gritos. Toda la casa se azoró. El capellán del hospital llegó corriendo, y llevó por la fuerza a la posesa a la iglesia para comenzar a exorcizarla. Le ordenó que recitara el CREDO. La mujer lo hizo con gran dificultad, fragmentariamente, omitiendo algunos artículos; y cuando llegó a pronunciar aquellas palabras: *"Y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos"* exclamó con voz dolorosa: *"¡Ay! ¿qué será de mí en aquel terrible día?"* y quedó por unos instantes como muerta (4).

Iñigo no vivía en el hospital, pero venía frecuentemente a él, o por el contrario sus compañeros iban a pasar con él algunos instantes en la casa del

amigo a donde se alojaba; y ya se adivina cual no sería su gozo al saber algunas de las proezas de los suyos.

En aquella Venecia de 1537, en la que todos los años se celebraba el Corpus con una procesión magnífica, nadie acompañaba al Santísimo Sacramento cuando era llevado a los enfermos. Los cristianos indevotos necesitaban urgentemente algunas lecciones del cielo para comprender la reverencia debida al Cuerpo del Señor. Cierto día que el cura de Villanueva iba a dar el viático a un campesino moribundo, cruzóse en su camino con una manada de asnos. Los animales se separaron en dos porciones y doblando sus patas delanteras se arrodillaron. Luego levantándose, escoltaron al sacerdote que llevaba al Señor hasta la casa del campesino, con gran estupefacción del cura y su acólito. Una vez dada la comunión al enfermo, el sacerdote salió de la casa, encontrando todavía a los borriquillos delante de la puerta. Entonces según la costumbre ritual el sacerdote bendijo a los asistentes con el copón del Sacramento; y los asnos, recibida la bendición, partieron al galope hacia los pastos vecinos, con grande admiración de los habitantes de la alquería. El hecho fue consignado después de una diligente y cuidadosa investigación, en las actas del Ayuntamiento de la ciudad; los predicadores lo refirieron desde los pulpitos, y Rodríguez mismo fue a la alquería a verificar por sí mismo los detalles de esto que sabemos por él (5).

Quizás después de este prodigio los venecianos se hicieron más devotos de la Sagrada Eucaristía; pero hasta entonces, los sacramentos no eran muy frecuentados por aquel pueblo de fe adormecida. Si es verdad que se cumplía por muchos con el precepto pascual, la confesión y la comunión semanaria eran cosas inauditas, y si alguien descubría en otro esa práctica hablaba y escribía acerca de ello a sus amigos como si se tratara de un prodigio (6). Viendo, pues, a los iñiguistas asiduos a la Comunión, como eran asiduos visitantes de los hospitales, los venecianos debieron tenerlos por seres milagrosos.

*

* *

Diez años antes de la llegada de Iñigo, había gozado Venecia del beneficio de la aparición de algunos hombres de Dios. Bien que la Orden de los Teatinos

haya nacido en Roma el 14 de septiembre de 1524, en la Basílica de San Pedro, al pie del altar de la Confesión; y que el Oratorio romano del *"Divino Amor"* pueda considerarse como la cuna de esa familia religiosa, su (7) fundador es un veneciano: Cayetano de Thiena. Abrasado desde su juventud por el fuego de la caridad, este admirable apóstol renovó en Venecia, en el momento de la peste de 1524, todos los prodigios de los santos. Los administradores del hospital de los Incurables hicieron más tarde que sobre la puerta principal del edificio el retrato de Cayetano de Thiena recordara a la posteridad la heroica caridad de ese humilde servidor de los enfermos y los pobres.

Cayetano de Thiena e Ignacio de Loyola, ¿se encontraron y hablaron alguna vez en Venecia? El P. Castaldo, teatino, lo ha escrito añadiendo que Iñigo pidió al santo recibirlo entre los suyos. (8) Urgido por los PP. Negrone y Rho, jesuítas, para que exhibiese las pruebas de su afirmación, no pudo el P. Castaldo justificarla sino por algunos testimonios fechados en 1632. (9) Y como los historiadores de aquella venerable Orden de los teatinos refieren la presencia de San Cayetano en Napóles durante todo el año de 1536, es materialmente imposible ese encuentro en Venecia de los dos siervos de Dios. No se encontrarán sino en Roma en 1545. (10)

Según el mismo Castaldo (11), Juan Pedro Carafa recibió a Iñigo durante algún tiempo en San Nicolás de Tolentino. Tampoco es probable. Por el mismo Iñigo sabemos que en Venecia se alojaba, desde su llegada, (12) en la casa de *"un hombre muy docto y muy bueno"*, al que no designa de otra manera. Y los Zornoza y los Contarini no faltarían en ofrecer hospitalidad a aquel que les diera, por medio de los *Ejercicios*, el pan del alma. Pero si no fue huésped de Carafa, Iñigo sí pudo encontrarle, puesto que aquel gran prelado no salió de Venecia (13), antes del 27 de septiembre de 1536. Y lo vio en efecto; son Rivadeneyra, Nadal y Polanco los que lo aseguran (14). Aunque éstos callaran, tenemos que aceptar el hecho como indiscutible, por tener un documento decisivo. Iñigo en persona, escribe a Carafa con una singular mezcla de embarazo, humildad y atrevimiento: *"Que un hombre de condición y elevado en dignidad lleve un hábito mejor y ocupe una habitación mejor arreglada que los otros religiosos* (de su Orden), *ni me escandaliza, ni me desedifica. Sin embargo,*

es útil considerar cómo se portaron los santos, Santo Domingo y San Francisco por ejemplo, acerca de ello; y es bueno pedir luz a Dios; porque en fin, no todo lo que es lícito es conveniente". Y respecto de los teatinos de Venecia, que no predican ni mendigan, y esperan solamente de la inspiración de los fieles el pan de cada día, Iñigo prosigue: *"Se dirá que no se ve para qué sirve esta Orden, ya que los santos, sin faltar a la confianza en Dios han procedido de otra manera. Podría añadir algunas críticas que corren en público y que yo he oído. He reflexionado mucho sobre esto, y hablo como si me hablara a mí mismo. Ningún mal puede seguirse de esto, y sí puede resultar algún bien, si por la oración nos ayudamos a recibir la luz de arriba"...* (15)

Carafa era Obispo de Chieto, e iba a ser creado Cardenal el 22 de diciembre de 1536. Hombre virtuoso ciertamente, pero testarudo, agrio de carácter, impetuoso e impaciente ante los obstáculos. Tal vez juzgó impertinente y descarado a aquel español, apenas clérigo, graduado muy tarde, teólogo incompleto, que se permitía juzgar como mal concertada a una Orden religiosa recientemente aprobada por el Papa. En todo caso resultó entre los dos hombres una ruptura cuyas consecuencias se harán sentir, cuando Carafa sea elegido Papa.

Este episodio nos basta por sí solo. Arruina completamente todas las fantasías de Castaldo, y las hipótesis de los que creen que la vista de los clérigos teatinos inspiró a Ignacio sus propias creaciones. Todo lo que hemos referido hasta aquí demuestra que Ignacio no tenía necesidad de nadie de la tierra para conocer la vida evangélica. El, la práctica ya desde Manresa. Su designio subsecuente de estudiar para ser sacerdote, no la cambia en nada. Al cabo de sus épocas de Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, se cree en vísperas de realizar su sueño de apostolado palestinense. Los ermitaños de San Nicolás vivían una vida muy retirada, y esperaban dotar a la Iglesia de una nueva Orden religiosa. El no, y ninguno de los suyos. (16) Unidos por los únicos lazos de la caridad fraterna y un común deseo de convertir almas, querían mostrar en aquel mundo del siglo XVI, en el que hubo tantos clérigos indignos, lo que debe ser un verdadero sacerdote; y se proponían hacer oír las verdades evangélicas en la misma tierra bendita en la que Cristo, abriendo sus labios divinos, había enseñado el camino de la salvación. Y mientras llegaba la hora de

predicar cuando fueran sacerdotes, preludiaban su ministerio futuro, cuidando a los enfermos del cuerpo. Lo que seguiremos narrando nos demostrará más claramente aún, cuánto difiere la vida de los iñiguistas de la de los teatinos de Venecia.

*

* *

En medio de sus ocupaciones caritativas, los iñiguistas, ¿se tomaban algunos ratos para continuar juntos sus estudios aún no completamente terminados? La una conjetura no descaminada al parecer. En otro tiempo, en el Colegio de Santa Bárbara, Fabro y Javier habían iniciado en los conocimientos filosóficos a su maestro de espíritu. Muchos de sus compañeros de Venecia habían adelantado más que él en las ciencias sagradas. ¿Por qué, pues, no suponer que entre aquellos estudiantes parisienses, obligados bruscamente a salir de la Universidad, se tendría alguna especie de conferencias amigables en las que unos a otros se comunicaban su saber?

En todo caso, cuando llegó la mitad de la Cuaresma de 1537, Iñigo determinó poner fin a las obras de misericordia de sus compañeros, para enviarlos a Roma. Debían presentarse al Papa, exponerle sus proyectos de peregrinación a Jerusalem y sus deseos de apostolado, en vista de los cuales habían de pedirle la facultad de recibir las sagradas órdenes. En lugar de ponerse él mismo a la cabeza del grupo, persuadido de que las malas prevenciones del doctor Ortiz y del Cardenal Carafa en su contra corrían el peligro de exacerbarse con su sola presencia, Iñigo se quedó en Venecia, contentándose con trazar el programa a los viajeros. (17)

Marcharon en grupos de tres en tres, uno de ellos sacerdote y los otros dos laicos. Iban a pie llevando sus libros y sus papeles en una mochila y vivían de la caridad que imploraban. A veces encontraban almas generosas. Cierto día que debían atravesar un río en una barquilla, uno de los compañeros de travesía les dijo amablemente: *"Me parece que no queréis cambiar vuestros escudos en moneda fraccionaria, yo pagaré esta vez por vosotros"*. Otra ocasión, un sacerdote que se había unido a ellos, después de dicha la Misa, hizo una colecta entre los asistentes, para ofrecerles el dinero necesario con qué pagar su

transporte en otro río cercano. Nuestros iñiguistas se sorprendieron y entristecieron por aquello; aceptaron sin embargo provisionalmente la limosna; pero continuando el camino, otras personas transeúntes les hicieron algunas limosnas a su demanda, para cubrir aquella necesidad del pago del transporte, y devolvieron al sacerdote el dinero que habían recibido de él, suplicándole que se abstuviese en lo adelante de hacer colectas en la Misa y confiar más en la Providencia divina. Dios a veces permitía que los peregrinos sufriesen privaciones. Cierto domingo, sin otro alimento que un poco de pan a la partida, caminaron cerca de diez leguas bajo una lluvia torrencial, y a través de caminos transformados en torrentes, al punto de que el agua en ciertos sitios les llegaba a la cintura. Lejos de murmurar contra la Providencia, la bendecían y cantaban salmos alternando los versículos como si estuvieran en un coro de la iglesia. Juan Coduri que tenía sarna en las piernas, se curó completamente con el baño forzado de aquella jornada de bendición. Un alto de tres días en Loreto los colmó de alegría. (18)

Llegaron a Roma el 25 de marzo de 1537, domingo de Ramos. Cada uno se alojó en un hospital de los de su propia nación, y comenzaron a mendigar de puerta en puerta. Pero algunos ricos españoles se sintieron heridos en su honor, y para evitar el que la gente hablara de los mendigos españoles, se cotizaron para pagarles en el hospital de Santiago su alojamiento y su manutención. La Semana Santa la pasaron visitando las siete iglesias y estaciones de la Ciudad Eterna... (19)

Con su prudencia acostumbrada, Iñigo había provisto a sus amigos de cartas de recomendación. Se presentaron, pues, al doctor Ortiz, embajador extraordinario de Carlos Quinto en Roma, para tratar lo del divorcio de Enrique VIII y la reina Catalina de Aragón.(20) Ortiz que había conocido a Iñigo en París, siempre se había mostrado opuesto a su empresa apostólica; no obstante hizo a los viajeros la más cordial acogida, y habló de ellos al Santo Padre, haciendo su más cumplido elogio. Paulo III acordó en virtud de esta recomendación una audiencia a los peregrinos para el martes de Pascua y quiso que esos extranjeros discutieran en su presencia durante su comida acerca de cuestiones teológicas. Era una manera de distracción, que el Pontífice tenía frecuente costumbre de procurarse. El 3 de abril en el refectorio del Pontífice, estando

presentes varios Cardenales, Prelados y Teólogos, Ortiz presentó a sus clientes y comenzó la discusión. El mismo embajador intervino en el torneo teológico, y con él el célebre conventual Cornelio Musso. (21) Todos quedaron muy satisfechos de la ciencia de los iñiguistas. Paulo III les dio testimonio público de su satisfacción; bendijo su proyecto de peregrinación, no sin dudar de que pudieran realizarlo, y les obsequió 33 escudos de oro. Los dignatarios eclesiásticos rivalizaron en generosidad con el Papa, y reunieron entre ellos más de 150 ducados. (22) La abundante limosna que los peregrinos no quisieron tocar, fue enviada a Venecia por medio de Letras de cambio, que gratuitamente les proporcionaron unos comerciantes. (23) Y el asunto de las órdenes sagradas no ofreció dificultad alguna.

Paulo III acababa de recibir de la Comisión de Reforma eclesiástica nombrada por él y presidida por el Cardenal Contarini, las conclusiones leales y enérgicas que no tardaron en conocerse con el nombre de *Consilium aureum*. (29 de marzo de 1537). Uno de los artículos de estas conclusiones se refería y reprobaba la ligereza con que se solía abrir las puertas del Santuario a candidatos dudosos. (24) Para saber cuanta diferencia había entre los iñiguistas y los clérigos ambiciosos, para quienes el sacerdocio no era sino un medio de vivir, el Papa no tuvo más que abrir los ojos. Concedió, pues, a aquellos hombres que sinceramente querían vivir en la pobreza el que fueran ordenados, sin título de patrimonio o beneficio alguno, por cualquier Obispo, en tres días de fiesta o domingos seguidos como les conviniera; y con la misma benevolencia, dio a los nuevos sacerdotes las licencias de confesar y de absolver aun los casos reservados al Obispo. El Cardenal en persona les entregó las testimoniales de estos favores del Pontífice.(25)

La embajada tuvo pues un éxito superior a toda esperanza. Los peregrinos volvieron a Venecia llenos de alegría. Iñigo admiró con ellos las bondades de la Providencia y no se pensó más que en organizar el viaje a Jerusalem. Pero no había barco listo para partir en aquel año, porque la Señoría de Venecia y Carlos Quinto habían declarado la guerra al Gran Turco. Conforme al voto de Montmartre, los iñiguistas debían esperar hasta el 8 de enero de 1538; si a esta fecha solamente les faltara el medio de realizar su viaje a Tierra Santa, quedarían libres para ir a pedir al Papa el destino y ocupación en que quisiera

emplearlos. Resolvieron, pues, quedarse en Venecia para prepararse a la recepción de las Ordenes sacerdotales, continuando en el servicio de los enfermos de los hospitales. (26)

Su ingreso en la clericatura podía hacerse, conforme a las licencias que obtuvieron en Roma, bien a título *voluntariae paupertatis* o *sufficientis litteraturae*, o bien a ambos títulos reunidos. Y fue en esta última fórmula en la que se fijó Ignacio. Por ello renovaron todos el voto de pobreza perpetua que habían hecho en Montmartre ante Jerónimo Verallo, legado del Papa en Venecia. No conocemos la fecha de esta renovación, pero es muy probable que no precediera mucho la ceremonia de los votos a la de las ordenaciones. Las órdenes menores les fueron concedidas el sábado 10 de junio, el subdiaconado el jueves 15; el diaconado, el sábado 17; y el sacerdocio el sábado 24 fiesta de San Juan Bautista. Dos Obispos se disputaron el gusto de admitir al sacerdocio a aquellos santos levitas; Vicente Negustanti, Obispo de Arbe, fue el que logró esa satisfacción de ordenarlos sacerdotes, y después solía repetir que jamás ordenación alguna le había causado mayor y más pura consolación. (27) El Legado Verallo añadió a todas sus bondades la de autorizar a los nuevos sacerdotes a predicar, explicar las Sagradas Escrituras y confesar en todo el territorio de la Serenísima República, con facultad de absolver los casos reservados a los Obispos y los Patriarcas. (28)

Y contando todo esto a su amigo Pedro Verdolay, Iñigo añadía: "Cual será nuestra responsabilidad y nuestra vergüenza si no nos ayudamos a nosotros mismos después de que Dios nos ha ayudado tánto. ¡Plegue a la Divina Bondad el darnos su gracia, para que no dejemos sin provecho los dones que nos ha hecho! Por eso os conjuro, para el servicio y respeto debido a la Divina Majestad, a hacer por nosotros instantes oraciones y asociar a ellas la devoción de vuestros amigos; ya veis bien cuanta necesidad tenemos de ellas; porque el que recibe más, aumenta sus deudas.

*

* *

Desde el momento en que se destruyó el proyecto del viaje a Jerusalem, la fuerte suma de los 200 escudos de oro recibidos para este efecto era ya inútil.

Teniendo escrúpulo de emplear esta suma en otros usos, queriendo, por otra parte, significar que no tenían ni hambre ni sed de los bienes de este mundo, devolvieron por una letra de cambio los 200 escudos a los comerciantes que algunos meses antes habían tenido la bondad de remitirlos a Venecia. (29)

Vivían pues a la apostólica, con limosnas recogidas día por día, y consagraban su tiempo a los enfermos del hospital de los Incurables y de San Juan y San Pablo. Así fue hasta el fin de julio. Pero pronto su devoción se encontró en conflicto con su caridad, porque los trabajos de los hospitales no les dejaban sino poco tiempo para la oración, y la querían mucho para prepararse mejor a la celebración de su primera Misa. Convinieron, pues, en que saldrían de Venecia para repartirse por varias ciudades de la Señoría, donde mendigarían su pan, reservando largas horas a santas meditaciones durante cuarenta días, a ejemplo del Salvador en el Desierto, pareciéndoles que por esta alianza de la mortificación y la oración se prepararían mejor para subir al altar. (30)

El 25 de julio de 1537 la piadosa caravana se puso en camino. Con Laínez y Fabro, Iñigo se estableció en Vicencia; Javier y Salmerón fueron a Montelice; Javo y Rodríguez a Basano; Broet y Bobadilla a Verona y Hoces y Coduri a Treviso.

Iñigo, Laínez y Fabro habitaron en Vicencia en un monasterio abandonado situado a una milla de la Puerta de la Santa Cruz. Los Jerónimos de Santa María de Gracia habían gustosamente cedido a los peregrinos el uso de aquel antiguo convento llamado de San Pedro en Vivarolo (31). La casa no tenía puertas ni ventanas y estaba casi en ruinas. Un poco de paja esparcida por el suelo serviría de colchones. (32) Iñigo, cuyos ojos estaban enfermos a causa de tanto llorar, se quedaba ordinariamente en casa para hacer la cocina. La comida consistía en una especie de sopa hecha con los mendrugos de pan recogidos de limosna; y eran días de verdadero regalo aquellos en que podían añadirle un poco de aceite o de mantequilla. (33) La dulzura de la oración servía de alimento a aquellos hombres más del cielo que de la tierra.

En Basano, Jayo y Rodríguez habían llamado a la puerta de una ermita dedicada a San Vito, y habían sido recibidos fraternalmente por el ermitaño Antonio. Con él compartían la vida, durmiendo como él en el duro suelo y

pasando los días enteros en conversación con el cielo. El alimento les preocupaba poco. A veces lo pedían a los campesinos de las cercanías. Llevando por delante el asnillo de la ermita a través de la campiña, los dos maestros de Artes volvían a su albergue provistos de pan y de vino recibidos por amor de Dios.

Con este régimen de privaciones Rodríguez cayó enfermo. Los médicos de Basano consultados declararon el caso muy grave y tal vez mortal. Se le dio a Iñigo la noticia, cuando tanto él como Laínez tenían fiebre. Pero ¿cómo dejar a Rodríguez en tan gran peligro, sin llevarle el consuelo de una visita? Partieron pues con Fabro para Basano. La distancia que separa las dos ciudades es un día de camino. En su apresuramiento, Iñigo iba tan de prisa que Fabro apenas podía seguirle. Mientras caminaban iban orando por Rodríguez, con el mayor fervor, y tuvo Iñigo una iluminación del cielo, pues al terminar su oración dijo a Fabro: *"Maestro Simón no morirá de esta enfermedad"*. Al llegar a San Vito, saludó amigablemente a Simón y lo abrazó. Desde ese mismo momento Simón se sintió mejor. Fabro y él pensaron que Dios había oído la ardiente súplica de su siervo Iñigo. Al ermitaño Antonio, cuya austeridad y soledad no desmerecía de los antiguos Padres del desierto, le vino el pensamiento de que los recién llegados no iban por el camino de avanzar en la virtud. Pero en la oración, Dios le mostró cuán falsas eran sus conjeturas, y él mismo lo contó después a Rivadeneyra. (34)

Por el contrario, sucedió que Claudio Jayo, llegó a pensar que sería mejor seguir al ermitaño que no a Iñigo. Cierto día obsesionado por la duda determinó consultar con Antonio, y cuando le andaba buscando vio de pronto presentarse ante a él a un hombre con la espada desenvainada, que parecía querer detenerle. Sorprendido y emocionado quiso sin embargo pasar adelante, pero el hombre se lanzó sobre él, que espantado no tuvo más remedio que retroceder, y bien pronto echó a correr a toda velocidad, pero el hombre le seguía pisándole los talones. Falto de aliento y quebrantado por la emoción y el cansancio llego a la hospederia donde estaba Ignacio esperándolo en el umbral. *"Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?"* le dijo el santo, y esta sola palabra fue para Jayo como una voz del cielo, y la voluntad de permanecer fiel a su primera vocación le volvió más firme que nunca (35).

No sabemos ninguna particularidad de la estancia en Verona de Bobadilla y Boret, ni de la de Javier y Salmerón en Montelice, o de Coduri y Hoces en Treviso. Pero podemos estar seguros de que el programa de soledad y oración trazado para ellos por Ignacio fue su único cuidado.

Habiendo comenzado el 25 de julio, o poco antes, la santa cuarentena de los iñiguistas, debía tener término en los primeros días de septiembre. Por esa fecha Iñigo llamó a sus compañeros para que volviesen junto a él a San Pedro en Vivarolo. (36) La Providencia proveía a sus necesidades mas allá de lo necesario. En aquel convento destartalado vivieron más felices que unos reyes, sobre todo cuando pudieron ya celebrar su primera Misa.

Quisiéramos saber el día exacto de aquellas primicias fervorosas; leer en algún papel referidas por la pluma de los nuevos sacerdotes las alegrías que intitularon sus almas en aquella hora bendita. Pero todo ello ha quedado sepultado en el misterio; aunque estamos seguros de que en unos corazones tan evangélicos, el amor a Jesucristo se desbordaría la primera vez que ofrecieron el Santo Sacrificio.

El 15 de agosto de 1534; en Montmartre se habían entregado a Dios por voto. Todos los años cuando volvía esa fiesta de Nuestra Señora, habían renovado esos votos. Tal vez el 15 de agosto de 1537, también repitieron la sagrada fórmula en la pobre iglesia del pobrísimo convento de San Pedro. Pero parece más probable que para estas fechas estaban todavía dispersos; no obstante en el día de su primera Misa, debieron hacer su renovación de las promesas a Nuestro Señor. En aquel rincón perdido de un barrio de Venecia, desconocidos de los hombres, serían tan agradables a Dios como en la cripta de un barrio de París, en el que habían escondido en otro tiempo el secreto de su heroica oblación.

Todos celebraron su Misa, con excepción de Iñigo (37), que había resuelto esperar un año entero para decirla, de Rodríguez que dijo la suya un poco más tarde en Ferrara, y de Salmerón que no era todavía sacerdote.

Rodríguez y Javier, fatigados por sus trabajos y por la canícula, se encontraban tan mal de salud, que hubo de conducírseles al hospital de incurables de Vicencia. Partieron con grandes incomodidades; la casa era

pobre, abierta a todos los vientos, y no tenían sino un lecho. Dios los consoló como lo hace con sus amigos. Javier tenía gran devoción por San Jerónimo, y una noche se le apareció el gran doctor; su rostro era venerable, sus palabras muy dulces; reconfortó al enfermo y le anunció que les esperaban mayores sufrimientos en Bolonia para el siguiente invierno (38). El valor de Javier podía resistir sin desfallecimientos tales profecías.

En las ruinas de San Pedro en Vivarolo, durante la cuarentena de oraciones, Ignacio había vuelto a tener las ilustraciones de Manresa. El mismo lo refiere a González de Cámara, sin detalles desgraciadamente. (39) Entre los secretos recibidos entonces del cielo ¿estaban los referentes a su porvenir? No parece así. La peregrinación a Jerusalem permanecía siendo un proyecto muy estimado; pero mientras que esperaban que se ofreciese la posibilidad de hacerla, y dispersándose en un primer apostolado, ¿por qué limitarse a Venecia, o por qué no preguntar al Papa? Tal parece haber sido la luz con que el Señor favoreció a Iñigo. Según su costumbre, el jefe ordenó oraciones en común y solicitó la opinión de sus compañeros. Después de las primeras Misas, mientras Javier y Rodríguez estaban en el hospital, se tuvo en San Pedro una consulta acerca del mejor empleo del tiempo que había de seguir al período de soledad, hasta el mes de noviembre. Se determinó en ella que, si de septiembre a noviembre no partía ningún navio para Tierra Santa, Laínez, Fabro e Iñigo irían a Roma, mientras que los otros se repartirían por las más célebres Universidades de la Alta Italia. (40)

A la cuarentena de oración se habían añadido, conforme al programa establecido antes de la partida de Venecia, algunas modestas predicaciones al pueblo de las ciudades que habitaban.

Iñigo daba el ejemplo a sus compañeros. Salían por Vicencia con su bonete en la mano, —cada uno en alguna de las plazas de la ciudad— y llamaban a los transeúntes a oir la palabra de Dios. (41) Sabían muy mal el italiano, y su lenguaje era una mezcla bárbara, en la que las palabras de las lenguas que sabían mejor eran italianizadas al acaso, según la inspiración de cada uno. Pero, en aquellas palabras casi ininteligibles ardía todo el fuego de su alma, todo el ardiente fuego del espíritu de Dios. Y poco a poco las gentes se reunían en gran número para oirlos, y los corazones se movían. Se admiraba su celo, se tenía

compasión de aquellos hombres que se trataban tan mal, y se les amaba (42). La misma simpatía debieron encontrar los iñiguistas por todas partes donde inauguraban su apostolado.

Mas, ¿no habría otra cosa mejor que hacer? En los medios escolares, algunos jóvenes generosos podrían a su contacto concebir la idea y el deseo de una vida apostólica. Y esta esperanza de un reclutamiento mejor y más fácil, lo decidió todo. Irían de dos en dos; en esos binarios cada uno sería superior por turno durante una semana; vivirían de limosna y se alojarían en los hospitales, como se había hecho hasta entonces; finalmente se emplearían lo mejor posible en la predicación y la confesión (43) Javier y Rodríguez no tuvieron nada que objetar a semejante plan de apostolado que se comenzó a deliberar quizás sin su concurso, mientras que sufrían pacientemente en el hospital de los Incurables. Convínose, pues, en que se separarían nuevamente: Iñigo, Laínez y Fabro, irían a Roma; Coduri y Hoces a Padua; Pascasio Broet y Salmerón a Siena; Javier y Bobadilla a Bolonia; Jayo y Rodriguez a Ferrara. (44) La empresa no carecía de audacia, pero ¿a la mano de Dios le faltaba acaso poder? Irían, pues, puesta su confianza en sólo Dios.

*

* *

En Venecia la reputación de los peregrinos ausentes se oscureció. Los más extraños rumores corrieron acerca de su jefe. Aquellas murmuraciones se habían escuchado ya en 1536, puesto que Hoces había oído sus ecos. Pero parece que después de las órdenes sagradas el alboroto maledicente creció de pronto. No hay en ello nada de sorprendente. Dos iñiguistas recientemente agregados, Antonio Arias, sacerdote de Toledo, y Miguel Landívar, sacerdote navarro, acababan de romper miserablemente con Iñigo. (45) Es a estos dos y a otro también, a quienes se refiere Iñigo en una carta del 24 de julio de 1537, cuando dice que ha preferido rechazar antes que admitir a hombres sin doctrina y capaces de degradar el ideal soñado. (46) Estos descalificados y estos fugitivos se complacían por despecho en ennegrecer a su maestro de un momento. Landívar había conocido a Iñigo en París, y de sus labios brotaron las calumnias, de modo que bien pronto se decía en Venecia que aquel hombre de tan devota apariencia había sido echado de España, aunque español, y de París,

aunque había sido estudiante de la Universidad de aquella ciudad; y aun se pretendía que había sido quemado en efigie (47).

Ya se imagina uno si en aquel tiempo en que la propaganda luterana atravesaba los Alpes para infiltrarse en la Alta Italia, no había de ser fácil hacer sospechoso a un extranjero. ¿De dónde venía aquel peregrino, que no era sacerdote y se metía en asuntos de predicación y daba lecciones secretas de religión? ¿No habría detrás de esas empresas de celo un propósito oculto de propagar doctrinas peligrosas? ¿La misma desaparición de Iñigo con los suyos, no parecía la huida de un culpable? Lanzadas y repetidas sin descanso por personas resueltas y hábiles estas insinuaciones calumniosas, bien pronto se hicieron creíbles.

En medio de estas contradicciones, Iñigo ya tenía su línea de conducta trazada hacía mucho tiempo. Dentro de su ánimo se sentía gozoso de sufrir afrentas por Cristo; pero en atención al apostolado con que soñaba, quería tener el beneficio de una sentencia pública que garantizara la pureza de sus costumbres y la ortodoxia de su doctrina. Gaspar de Doctis, que había hecho los *Ejercicios* bajo su dirección, podría dar testimonio ante el Nuncio Verallo que aquel director espiritual era un hombre de bien y un hombre de Dios. Así, Ignacio rogó al Nuncio que rindiera un juicio, después de cuidadosa investigación, acerca de aquellas acusaciones, y el Nuncio delegó a Gaspar de Doctis para instruir la causa.

Ignoramos cuanto tiempo duraría el proceso, y sólo conocemos la sentencia final. Del tenor mismo de este documento resulta que Iñigo compareció ante Gaspar de Doctis para deshacer las acusaciones que le hacían; que hubo varios testigos; que se fijó un término por edicto público, ordenando a todos los que quisieran alegar algo contra Iñigo, lo hicieran antes de esa fecha; que Iñigo se puso a disposición del juez para ser careado con los testigos; y que por fin se dio la sentencia el sábado 13 de octubre 1537. En ella Gaspar de Doctis declaraba *"frívolos, vanos y falsos"* todos los rumores esparcidos en contra de Iñigo; imponía silencio a los calumniadores, y afirmaba que *"Iñigo era un sacerdote de buena y religiosa vida, de sana doctrina, de excelente reputación y condición, y cuyas enseñanzas habían al mismo tiempo que sus ejemplos edificado a Venecia"*. (48)

Protegidos por este veredicto, los iñiguistas podían reaparecer en Venecia con la frente muy alta. Probablemente llamados por Iñigo a San Pedro de Vivarolo, habían esperado allí el desenlace de los acontecimientos, y acaso en este intervalo Salmerón había sido ordenado sacerdote y celebrado su primera Misa. Antes de salir de Venecia, donde había sufrido tanto, ganado tantas almas de precio para Cristo y conquistado muchas amistades, Iñigo quiso sin duda traer a aquella ciudad a todos los suyos para el último adiós y la última oración. Juntos nuevamente confirmaron su plan de operaciones apostólicas determinado en San Pedro en Vivarolo. Había llegado la hora de proceder a su ejecución *in nomine Domini*. En los primeros días de noviembre (49) la pequeña compañía salió de Venecia, con la confianza en el corazón, para un porvenir aun lleno de misterio para ella.

Las direcciones diversas que habían de tomar no les impedirían caminar juntos por algún tiempo y es muy probable que se concedieron este último cordial y agradable consuelo. En las encrucijadas de los caminos que iban a Roma, Iñigo, Laínez y Fabro se separaron de los otros que se dirigían a las Universidades de la Alta Italia. Si para entonces no se había ya resuelto debió presentarse esta cuestión: *"¿Qué hemos de responder a aquellos que nos preguntan quiénes somos?"* Y todos se pusieron de acuerdo con Iñigo para decir en tal ocasión: *"Somos de la Compañía de Jesús".*(50)

Era aquel un nombre y un programa derivado en línea recta de los *Ejercicios* y del Evangelio. Y no quedaba más que hacer irradiar el esplendor de sus conquistas ante las miradas sorprendidas de un mundo paganizado.

En Padua, que les había tocado en suerte, las tribulaciones cayeron desde el primer momento sobre Coduri y Hoces. Por efecto de una denuncia que hicieron contra ellos, Jerónimo de Santi, de los Ermitaños de San Agustín, que gobernaba aquella diócesis en representación del cardenal Pisano, hizo aprisionar a los dos recién llegados en calidad de sospechosos. Coduri y Hoces quedaron encantados de aquel tratamiento imprevisto. Sus almas estaban llenas de la doctrina del Evangelio, y en él habían leído y releído aquella frase del Salvador: *"Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia"*. Entonces experimentaron toda su dulzura. En el calabozo del Obispado, con las manos y pies encadenados, pasaron una noche deliciosa. Hoces principalmente

desbordaba de júbilo y reía de puro contento. Al día siguiente, el Obispo sufragáneo formóse mejor juicio de aquellos hombres tan dichosos por estar en la cárcel; los libertó, y los autorizó a confesar y predicar, dándoles grandes testimonios de amistad. Los misioneros bien pronto se ocuparon por todo el día de oír las confesiones de toda clase de penitentes. (51)

En Ferrara, Jayo y Rodríguez se ocuparon principalmente en los hospitales y con los pobres. El célebre capuchino Ochino era la admiración de la ciudad por su elocuencia. Los iñiguistas no podían rivalizar con él en oratoria, pero su vida evangélica tenía su propia elocuencia. La vieja portera del hospital en donde se alojaban, mirando, como buena curiosa, por el agujero de la cerradura, para saber cómo pasaban la noche aquellos peregrinos, les había visto levantarse antes del sol para recitar maitines y orar largamente. Y cuando la Marquesa Victoria Colonna, deseosa de saber quiénes eran aquellos extranjeros de que ya se comenzaba a hablar en Ferrara, interrogó a la portera, ésta no pudo menos de exclamar: *"Son unos Santos"*, y contó lo que había visto. Victoria Colonna les dió entonces, para que se alojaran, una modesta casita. Habló de ellos elogiosamente al Vicario General Octaviano del Castello, quien saliendo de la reserva en que se había mantenido hasta entonces, invitó en lo sucesivo con frecuencia a los sacerdotes peregrinos a su mesa y los sostuvo con toda su autoridad. El duque de Ferrara, Hércules de Este, acabó por conocer el bien que hacían en su ciudad aquellos desconocidos; se confesó con Jayo y recibió de él la comunión. Prometió también ayudarlos para su viaje a Jerusalem, si por fin lo emprendían. Cuando Rodríguez partió para Padua para trabajar con Coduri, Bobadilla vino a Bolonia para unirse a Jayo, y el mismo favor los rodeó de parte de todos.(52)

Bolonia había sido designada para campo de trabajo de Javier y de Bobadilla. Desde su llegada, Javier fue a celebrar la santa Misa a la tumba de Santo Domingo. Estaban presentes dos terciarias, una española y otra italiana. La devoción de aquel sacerdote extranjero les llamó vivamente la atención, y lograron hablarle después de la Misa. La italiana le invitó instantemente a que hiciera visita a un tío suyo, canónigo de la Catedral, y Javier accedió; de lo cual se siguió una buena amistad y una protección. Catequizar a los niños, socorrer a los pobres, cuidar a los enfermos, oir las confesiones, era el trabajo que

llenaba los días de los dos peregrinos. Por mucho tiempo Bolonia conservó el recuerdo de Javier; hablaba difícilmente el italiano, pero su acento apostólico movía los corazones; no se podía verle en el altar sin sentirse penetrado de devoción, pues en la Misa frecuentemente se deshacía en lágrimas. Dios bendijo las fatigas apostólicas de los dos iñiguistas, y el Vicario General rindió el más cálido homenaje a su celo y sus virtudes.(53)

Broet y Salmerón se entregaron en Siena al mismo apostolado humilde, desinteresado e infatigable. Huéspedes del pintor Juan de Lorenzo, comenzaron sus predicaciones en la Logia de los Comerciantes, y después en la plaza del Campo. Los patricios, atraídos por su santa vida, les hicieron una visita y los llevaron a la iglesia de Santiago. El Vicario General, Francisco Cosci, dio a los peregrinos el testimonio de que sus predicaciones y ejemplos habían grandemente afirmado la fe y las buenas costumbres. (54)

Mientras tanto Hoces, que había caído enfermo en Padua, se encontró en pocos días en el umbral de la muerte. Su compañero Juan Coduri lo asistió en sus últimos momentos, y el enfermo expiró en santa paz. Después de muerto, su rostro se embelleció admirablemente. Cuando estaba vivo era moreno y de un aspecto muy común; pero después de rendir el último suspiro su rostro tenía un encanto celestial. Y Coduri, al cumplir con el deber de velarle toda la noche que precedió a su sepultura, no podía apartar los ojos del cadáver tendido sobre su pobrísimo lecho; Hoces tenían todo el aspecto de un bienaventurado. (55)

Iñigo estaba entonces en Monte Casino ocupado en dar los *Ejercicios Espirituales* al Doctor Ortiz. Una mañana que oía la Misa, en el *Confíteor*, a las palabras *Omnibus sanctis*, tuvo una visión: vio a Hoces resplandeciente de gloria en medio de los santos y de los ángeles. Una inmensa consolación invadió su corazón, y durante toda la Misa no hizo otra cosa que llorar de devoción. Tales sentimientos se infiltraron tan fuertemente en su alma que por muchos días no podía contener sus lágrimas.

Antes de saber lo que decidiría acerca de su porvenir el Romano Pontífice, la pequeña compañía evangélica ya tenía en el cielo, para velar por sus destinos, un protector al que podía invocar como a un santo.

1.— González de Cámara n. 93; Polanco *Cronicón* I, 57; Rodríguez, *Comentario* 474-477.

2.— Id. 474-475.

3.— Id. 475.

4.— Id. 476.

5.- Id. 478.

6.— Id. 477.

7.- Tacchi, *Storia*, I, 407.

8.— *Vita Roma*, Mascardi, 1616,28.

9.— *Pacificum certamen*... Sorrento, Beltrami, 1637, 16, 19.

10.— Pastor, XI, 430.

11.—*Vita del Santo Pontífice Paolo quarto*, Roma, Mascardi, 1615, 33.

12.— *Ep. et Instr*. 1, 94.

13. — Pastor XI, 427.

14.— *Vida*, 1. II, c. 6; Ep. Nadal, II, 50; *Cronicon* I, 56.

15.— *Ep et instr*. I, 114-118.

16.— En la polémica con Castaldo, Rho, Negrone y Sacchini así como el P. Píen, argumentan de otra manera. Para ellos Iñigo sabía desde Manresa que había de fundar la Compañía de Jesús, y el grupo de Montmartre era una primera realización de la Compañía futura. Pero los textos se oponen a esta tesis. Polanco lo dice en términos expresos: Los primeros que reunió en París nuestro Padre Ignacio, y él mismo no pasaron a Italia para hacer una religión, sino para ir a Jerusalem, predicar y morir entre los infieles. Lo que Polanco dice allí (*Ep. et inistr* V, 259) lo repite muchas veces. Recuérdese lo dicho en la Nota 10.

17.— González de Cámara, n. 93.

18.—*Comentario*, 478-485

19.— Id. 485-486.

20.—Tacchi Venturi, *Storia*, II, 92. León Dorez, *La cour pontificale de Paul III*, París, Leroux, 1932, 307-311, cuenta esta audiencia, y precisa que el registro de las cuentas del Papa, señala la suma de 33 escudos, dados el 29 de abril de 1537, *"a once escolares parisienses, que van al Santo Sepulcro"*.

21.—Tacchi, II, 93.

22.—Comentario, 485-487.

23.—González de Cámara, n. 94.

24.—Acerca de esta comisión de reforma ver Pastor, XI, 129-141.

25.—*Ep. et Instr.* I, 120; Fabro, *Memorial*, n. 18; Salmerón, I, 574-576. Laínez, VIII, 635-637.

26.—González de Cámara, n. 93.

27.—*Comentario* 488.

28.—Ep. et, Instr, I, 121.

29.—Id. I, 121.

30.—*Comentario*, 488; Polanco, *Cronicon*, I, 60.

31.—Tacchi, *Storia*, II, 96.

32.—González de Cámara n. 94.

33.—Polanco *Cronicon*, I, 60.

34.- *Comentario*, 489; Polanco, I, 61. Rivadeneyra, *Vida*, 1. II, c. IX.

35.- Id. Ibid.

36.—González de Cámara, n. 95; *Comentario*, 497; Polanco, I, 61, Scrip. S. Ign. I, 118.

37.—González de Cámara, n. 96; *Comentario*, 490; Salmerón, Ep. 577; Tacchí *Storia*, II, 94, 97.

38.—Comentario, 490-491.

39.- Gonzalez de Cámara, n. 95.

40.—*Comentario* 491; *Scrip. S. Ign*, I, 116, Polanco, I, 61-62.

41.— Gonzalez de Camara n. 95.

42.—Scrip. S. Ign. I, 117.

43.—*Comentario*, 491; Polanco, I, 62.

44.—Id. 491; *Scrip. S. Ign*., I, 118.

45.—*Ep. Mixt.* I, 11-14.

46.—*Ep. el. Instr*. I. 122.

47.—González de Cámara, n. 93; Polanco, I, 56.
48.- *scrip. S. Ign*. I, 624-627.

49.—*Memorial*, 497.

50.—Polanco, I, 72.

51.—Id. I, 62; Tacchi, II, 123-124.

52.—«Id. II, 127-133; Polanco, I, 63.

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

16. LA PRIMERA CARTA ROMANA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

(27 de septiembre de 1540)

Como hemos dicho, fue en el curso del mes de noviembre cuando Iñigo, Fabro y Laínez emprendieron el camino de Roma. Cuando los viajeros estaban ya a algunas millas de la ciudad, en la encrucijada de las antiguas vías romanas Claudia y Cassia, el Señor favoreció a su siervo con una nueva iluminación. Determinado a prepararse durante todo un año para la celebración de su primera Misa, Iñigo había tomado a la Virgen por su mediadora rogándola todos los días que *"le pusiera con su Hijo"*. Son sus propias palabras. (1) Pues bien, en esa encrucijada de la Storta (2) habiendo entrado con sus compañeros en una Capilla que allí había, mientras oraba, sintió que toda su alma cambiaba, y una clara certidumbre se apoderó de él, de que *"el Padre le ponía con su Hijo"*. Así lo dijo más tarde a González de Cámara (3). Pero a Laínez, en aquellos momentos, y varias veces después, le refirió más en detalle la visión que había tenido en la rústica capilla. El Eterno Padre se le apareció en el cielo abierto, con Jesucristo ante El, llevando su cruz, y los dos miraron amorosamente a Iñigo: *"Quiero, decía el Padre, que tomes a éste por tu servidor"*. Y Jesucristo interpelando a Ignacio *"Quiero que tú seas mi siervo"* y *"Yo*, añadió el Padre, *os seré propicio en Roma"* (4). El cuadro que se admira en el altar mayor de la iglesia de San Ignacio, ha hecho célebre esta escena. La historia explica su sentido. El momento en que el futuro fundador de la Compañía recibió este favor celestial, ha quedado envuelto en el misterio. La cruz del Salvador, ¿no significaría acaso el anuncio de atroces sufrimientos? Iñigo así lo creyó. *"No sé*, dijo a Laínez, *si vamos a ser crucificados en Roma"*. Pero al mismo tiempo, la seguridad del apoyo del Señor quedó tan profundamente escrita en el fondo de su alma, que le era imposible dudar de él (5).

Reconfortados por esas promesas de lo alto, los viajeros continuaron su camino, y llegaron a Roma hacia el fin de noviembre de 1537. El doctor Pedro Ortiz había recibido tan bien a los iñiguistas en la primavera, que Ignacio y sus dos compañeros recurrieron otra vez a sus buenos oficios para ser presentados al Papa Paulo III. Como resultado de la cálida recomendación del embajador de Carlos V, el Pontífice acogió a los peregrinos con gran benevolencia. El Colegio de la Sapiencia, cerrado después del saqueo de Roma en 1527, había sido reabierto dos años antes. (6) Paulo III encargó a Laínez que en él enseñara Teología Escolástica, y Fabro Teología Positiva. La orden era tan honorífica como inesperada. Y en cuanto a Ortiz, sus relaciones con Iñigo de LoyoIa se hicieron rápidamente tan estrechas, que decidió hacer con él unos *Ejercicios*. Pero como era difícil al embajador del Emperador encontrar en Roma una soledad donde ocultarse, el ejercitante y su director partieron para Monte Casino. Al cabo de un mes, Ortiz salió transformado. Si su corpulencia y su edad, insinúa Polanco (7), no lo hubieran hecho impropio para las fatigas del apostolado, se hubiera convertido allí mismo en compañero de Iñigo. Con toda probabilidad hay que añadir que la situación de Ortiz, respecto del Emperador Carlos V, hacía muy difícil, si no imposible, su definitivo renunciamiento al mundo. Pero si no se convirtió en jesuíta, el doctor Ortiz fue siempre un amigo y protector de la Orden.

Lo sabemos por el mismo Polanco (8). Francisco Estrada fue por entonces ganado para la vida apostólica por Iñigo; el cardenal Gaspar Contarini, Lactancio Tolomei, embajador de Siena en Roma, el médico español Ignacio López, hicieron también los *Ejercicios*; y después no cedieron a nadie en el celo por sostener las obras de la Compañía naciente.

Nos gustaría saber algunas particularidades acerca de las enseñanzas de Laínez y Fabro, improvisados profesores de la Sapiencia, por decisión repentina de Paulo III. Es preciso contentarnos con saber que en un principio Laínez no quedó satisfecho, ni tampoco sus discípulos; pero que a poco, mejoró su curso y ganó la confianza de todos, (9) explicando el texto de Gabriel Biel sobre el Canon de la Misa. (10) ¿De qué trató Fabro? Lo ignoramos; no ha dicho nada en su *Memorial*, y nadie ha suplido su silencio. Pero los dos maestros debieron gustar, puesto que por lo que cuenta el mismo Iñigo (11) en una carta a Isabel

Roser, Paulo III les rogó que fueran cada quince días a disputar de cosas teológicas, durante su comida.

Esta confianza del Santo Padre y los éxitos de los retiros dados por Iñigo, les crearon en Roma una atmósfera favorable, y terminada la cuaresma de 1538 Iñigo llamó a su lado a todos los suyos. El gentil hombre Quirino Garzoni había puesto a su disposición, en la pendiente de la colina dominada por el convento de los mínimos, llamado de la Trinidad del Monte, una casita rodeada de una viña. Todos los iñiguistas repartidos por el Alta Italia vinieron a reunirse allí, después de Pascua de 1537.

*

* *

Y entretanto, ¿qué sucedía con el proyecto de peregrinación a Jerusalem?

Cuando en la primavera de 1537, los enviados de Iñigo habían pedido el permiso de ir a venerar el Santo Sepulcro, su súplica dirigida por Fabro había sido apoyada por el Cardenal Antonio Puci; (12) pero Paulo III al recibir a los peticionarios les había dicho: *"No creo que lleguéis nunca a Jerusalem"*. El Papa no hablaba sin fundamento. Acababa, en los últimos días del mes de abril, de visitar en persona los trabajos, ordenados por él, para poner en estado de defensa el puerto de *Civita Vecchia*. En marzo los turcos se habían apoderado de Clissa, en las costas de Dalmacia. En diciembre de 1536, una comisión de Cardenales había sido encargada de estudiar las medidas que debían tomarse para defender, contra una invasión turca, los Estados de la Iglesia. La expedición de Carlos V a Túnez en 1536, su viaje triunfal a Roma, (13) los rumores de los preparativos bélicos de Solimán, habían puesto a la orden del día la idea de una cruzada. En su tratado del 14 de abril de 1536, con el Emperador, el Papa se había obligado a una ayuda eventual contra los turcos; y los tenaces esfuerzos de su diplomacia para reconciliar al rey de Francia con el Emperador no tenían otro fin que el de coaligarlos a ambos en una guerra contra el Sultán. En suma, el día en que Paulo III había acogido con un movimiento de incertidutnbre el proyecto palestiniano de los iñiguistas, hacía ya doce meses que su espíritu estaba obsesionado por la idea de lanzar a la cristiandad en armas sobre el Oriente (14).

Se comprende pues por qué durante el estío de 1537, Venecia no había enviado su *nave pelegrina* y por qué los iñiguistas no habían podido partir.

Después, los acontecimientos no hicieron más que complicarse. En junio de 1537, Paulo III ordenó en sus Estados oraciones públicas, y él mismo, descalzo, tomó parte en una procesión solemne de penitencia. En julio, los Turcos desembarcaron cerca de Otranto y devastaron la comarca. Pronto declararon la guerra a Venecia y cercaron a Corfú. El temor de una invasión crecía en Roma, y se hizo el inventario de las campanas, para fundirlas, si hubiere necesidad. Felizmente la fortaleza de Corfú resistió y los Turcos se retiraron. Desde el 15 de septiembre Venecia estaba aliada con el Papa contra Constantinopla. Los ecos del *Te Deum* cantado en aquella ocasión en San Pedro, se acababan de extinguir, cuando las islas venecianas del archipiélago, Syros, Pathmos, Paros y Naxos, fueron tomadas por los Turcos. En el mes de octubre, sus ejércitos amenazaban la frontera húngara, y las tropas del Rey de Romanos fueron derrotadas en Gorián, cerca de Diakovar. Aquellas tristes noticias no podían causar en Roma y en Venecia otra cosa que la consternación. Entre tanto, sin reconciliarse, Carlos V y Francisco I firmaron una tregua de seis meses; y en seguida Paulo III volvió a sus designios pacificadores. La formación de la Santa Liga dirigida contra el Islam, por el Emperador, el Rey de Romanos, Venecia y el Papa (8 de febrero de 1538), el viaje de Paulo III a Niza (marzo-junio de 1538) la entrevista de Francisco I y Carlos V en Aguas Muertas (14-16 de julio de 1538) después de decidir una tregua de diez años, esclarecieron un poco el horizonte político; pero los Turcos estaban sobre aviso y más feroces que nunca. (15) La hora no era propicia para las peregrinaciones a Tierra Santa. El Cardenal Contarini, mejor que ninguno, lo explicó a Ignacio. Venecia en 1538 no enviaría naves de peregrinos. El Papa, cuyas palabras eran para Iñigo más que un oráculo, le dijo que Roma sería para el su Jerusalem. Por otra parte el apostolado en Roma daba sus frutos. ¿No era esto una indicación de la Providencia? Así que en medio de todos estos vientos contrarios, el sueño palestiniano se perdió a lo lejos y desapareció (16).

*

* *

A pesar de algunas oposiciones, durante el viaje del Papa a Niza, el Cardenal Juan Vicente Carafa, que gobernaba los Estados Pontificios, había concedido a los iñiguistas la facultad de predicar y confesar sin límites en todo el territorio (3 de mayo de 1538). Inmediatamente comenzaron a evangelizar en diferentes iglesias (17): Iñigo en Nuestra Señora de Montserrat; Fabro en San Lorenzo en Dámaso; Claudio Jayo en San Luis de los Franceses; Laínez en San Salvador in Lauro; Salmerón en Santa Lucía; Bobadilla en San Celso, Rodríguez en la iglesia del Santo Angel. Ignacio hablaba en español, los otros predicaban en italiano (18). La empresa no parecía oportuna, porque el tiempo de Cuaresma había pasado y por consiguiente el de los predicadores; los recién llegados eran desconocidos, extranjeros, enemigos jurados de todas las elegancias de la retórica. Pero a estos hombres, que contaban para tocar a las almas con la sola gracia del Espíritu Santo, el Señor concedió las dos bendiciones que tiene costumbre de prodigar a los verdaderos apóstoles: la conversión de los pecadores y las contradicciones de la calumnia.

Las contradicciones duraron ocho meses. (19) Fue aquella la más fuerte de las tempestades que Iñigo había conocido hasta entonces. Comenzó por las intrigas de un monje, Mainardi de Saluces, piamontés, y hombre de mucha consideración en su Orden. Ya en 1532 sus predicaciones en Asti habían inquietado a su Obispo. Pero parecía que el tiempo había remediado el mal. En 1535, 1536 y 1537, Mainardi recibió de sus superiores las mayores muestras de confianza. Sus sermones en la iglesia de San Agustín, en Roma, durante la Cuaresma de 1538 atrajeron un gran concurso. Los iñiguistas fueron a oírle, y se espantaron de las temeridades del orador. No tenemos ningún testimonio contemporáneo que nos advierta de los errores que predicó. Pero es probable que Mainardi repitiera en Roma lo que inexactamente había dicho en Asti, acerca de la cuestión tan frecuentemente propuesta por los protestantes sobre la gracia y el libre arbitrio. Entre los admiradores del monje, se distinguían dos sacerdotes españoles, Pedro de Castilla y Francisco Mudarra. Iñigo, que los conocía, les advirtió que no se fiaran del predicador. Llevaron muy a mal la amonestación, y al mismo tiempo, a lo que parece, algunos iñiguistas advirtieron caritativamente a Mainardi mismo sus temeridades, rogándole que se explicara públicamente para no inducir a error a la multitud. Como el célebre orador no hizo caso alguno de la advertencia, ellos mismos tomaron la palabra

en las diferentes iglesias, sobre los puntos tocados en la Cuaresma de San Agustín, y pusieron de relieve la verdadera doctrina católica. Mudarra y sus amigos se ofendieron de aquel proceder, y como eran poderosos en la Curia Romana, comenzaron a denunciar a Iñigo y a sus compañeros como sospechosos de herejía. (20)

El navarro Miguel Landívar les ayudó en esta propaganda. Había conocido en París a todos los iñiguistas, y su carácter era de tal manera violento que había intentado matar a Ignacio, por haber conquistado a Francisco Javier. Después había pasado a Italia, y se había acercado a Iñigo en Venecia y aun había pedido ser admitido entre sus compañeros. Desechado, se picó, se irritó y conservó siempre en el fondo de su corazón como una necesidad su bajo rencor. Voluntariamcnte se convirtió en el acusador de gentes de las que hubiera podido ser el hermano. Y bien pronto por toda la ciudad se extendió el rumor persistente: Iñigo de Loyola no era otra cosa que un evadido de una prisión; sin licencia de la Santa Sede había organizado en Italia una especie de Congregación; su jactancia no tenía igual, etc., etc. Estos rumores calumniosos se abrieron paso. Dos maestros de escuela retiraron a sus alumnos de los catecismos que hacían los iñiguistas; el cardenal de Cupis, decano del Sacro Colegio, tuvo a Iñigo por sospechoso; y otros se preguntaban, moviendo la cabeza, qué habría que pensar de todo este ruido.

Iñigo resolvió poner fin a una campaña que podría arruinar su apostolado. Con una carta de Miguel, en la mano, fue a buscar al gobernador de Roma, Benedicto Conversini. Miguel fue citado, convicto de mentira y desterrado de la ciudad. Esto resfrió el celo de los maldicientes. Pero Iñigo trató de llevar hasta el fin el asunto y pidió ser careado con Mudarra y Barrera. Citados éstos, ante el Gobernador, declararon que no tenían nada que reprochar a los iñiguistas; pero no bastaba a Iñigo esta retirada; quería una justicia completa y pública. Rogó a los Obispos de las ciudades en donde sus compañeros habían ejercido su ministerio que publicaran sus sentimientos. Se atrevió hasta pedir al Papa Paulo III, cuando éste volvió de su viaje a Niza (24 de julio de 1338), una sentencia pública. El Papa la prometió y repitió esta seguridad a Laínez y a Fabro. Finalmente Iñigo solicitó una audiencia, y fue a entrevistar al Pontífice a su villa de Frascati, teniendo con él una conversación de una hora. Empleando

su mejor latín, Iñigo refirió su historia: su prisión en Alcalá y Salamanca, las dificultades de París y de Venecia, fueron contadas al detalle. El narrador pensó que más valía así; aquellas precisiones minuciosas impedirían al Pontífice dar crédito a las vagas relaciones de sus calumniadores, y más al corriente de los hechos, el soberano vería con más claridad la necesidad de proteger por un juicio público la inocencia de aquellos hombres apostólicos. Y finalmente Iñigo suplicó al Santo Padre ordenar una investigación sobre la vida, las costumbres y la doctrina de los suyos; si se descubriera algún defecto, se le pondría remedio; pero si todo estaba en orden, ¿por qué sus amigos y él no habían de poder contar con los favores de la Santa Sede? Paulo III tomó a bien este discurso y dio órdenes formales al gobernador de Roma para que terminase este asunto. Cuando volvió a la Ciudad Eterna, en muchas ocasiones habló con gran elogio de los iñiguistas, especialmente durante las disputas teológicas a las que iban, mientras el Papa tomaba su alimento. Tales sucesos se conocieron pronto en toda la Curia. Contarini urgió al gobernador la conclusión del asunto, y la calma renació. (21)

La Providencia, velando por las necesidades de los perseguidos, permitió que una nube de testigos ilustres llegaran a cubrirlos bajo su protección. Figueroa, el inquisidor de Alcalá, el doctor Gaspar de Doctis de Venecia, el inquisidor de París, Mathieu Ori, el Obispo de Vicencia, se encontraron en Roma casualmente, como si hubieran venido expresamente para defender a Iñigo y sus compañeros. De Siena, de Bolonia y de Ferrara llegaron también otros testimonios sumamente elogiosos. El duque Hércules de Este ordenó a su embajador cerca de la Santa Sede que saliera como fiador de los acusados. (22)

La sentencia no pudo menos que ser favorable, y el gobernador, Conversini, la hizo pública por decreto (23) el 18 de noviembre de 1538. Declara en ella falsos y sin ningún fundamento los rumores esparcidos contra Ignacio de Loyola, Pedro Fabro, Claudio Jayo, Pascacio Broet, Santiago Laínez, Francisco Javier, Alonso Salmerón, Simón Rodríguez, Juan Coduri y Nicolás de Bobadilla, respecto a su doctrina, su vida, y los *Ejercicios Espirituales* que predican; juzga y declara que Iñigo y sus compañeros no merecen ningún calificativo infamante; que al contrario su doctrina y su vida merecen gran renombre; los acusadores no han alegado sino futilidades y mentiras; los

acusados tienen a su favor los elocuentes testimonios de los hombres más serios y dignos. Por esas razones, todos los fieles son exhortados a tener por muy católicos a Iñigo y sus compañeros, mientras perseveren, como es de esperar de la ayuda divina, en el género de vida que han escogido.

Y perseveraron gracias a Dios. La tempestad no abatió su valor ni disminuyó su celo. Vuelta la paz se entregaron con más ardor a toda su actividad apostólica. La asiduidad a oír la palabra de Dios, y el uso frecuente de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, comenzaron a estar en honor.

Iñigo, sin embargo, ordenado desde el 24 de junio de 1537, no había celebrado aún su primera Misa. Los móviles de este retardo no los manifestó nunca; manifiestamente fue un pensamiento de humildad profunda lo que le inspiró actitud tan singular. Pero una vez que pasó la gran tribulación, se decidió por fin a subir al altar; ya hacía un año que estaba en Roma. Para celebrar su primera Misa escogió la fiesta de Navidad y la Capilla del Pesebre, en Santa María la Mayor. (24) En aquel lugar y en aquella fiesta, qué sentimientos debieron hacer palpitar su gran corazón, cuando tenía en sus manos al Verbo Encarnado, todo su amor. Mas no hay una sola línea ni de él ni de sus compañeros acerca de sus impresiones en aquellos benditos días. Adivinamos, sin embargo, el diálogo sagrado que debió establecerse entre el Rey del mundo y aquel que para la conquista de ese mundo para Dios, le ofrecía todo su ser y valer.

Hacía ya algún tiempo que los iñiguistas habían dejado la Viña de Quirino Garzoni para trasladarse a otra casa, y luego a una tercera cerca de la torre de Melángolo. (25) Esta, durante el hambre de 1538-1539, se hizo célebre en toda la ciudad por la admirable caridad de Iñigo y de sus compañeros. Pedro Codacio, rector de la iglesia de Nuestra Señora de la Strada, se conmovió tanto por el espectáculo que ofrecía a Roma la vida evangélica de los iñiguistas, que les dio su iglesia y fue el primero que habló de edificarles una casa propia; mientras tanto se constituyó en su padre temporal, a fin de que, desembarazados del cuidado de mendigar el pan cotidiano, los infatigables misioneros, pudieran dedicar todo el día a las obras del apostolado. (26)

*

* *

En el momento de su reunión en Roma en la Primavera de 1538, ninguno de los iñiguistas había pensado en formar una Orden nueva. Ellos mismos lo dijeron, y Polanco lo volvió a asegurar con una claridad y una insistencia que no dejan nada que desear. Aunque faltaran estos textos numerosos y concordantes, tendríamos que llegar a la misma conclusión, nada más que por sus deliberaciones en la Cuaresma de 1539.

Desde el primer momento, como ya lo hemos dicho, habían comenzado en Roma su vida evangélica, confesando, predicando y mendigando su pan cotidiano. Cuatro de entre ellos y ya no solamente Laínez y Fabro, iban a disputar sobre la doctrina, durante la comida de Paulo III. Ahora bien, cierto día, según cuenta Bobadilla, (28) el Papa les dijo: *"¿Por qué queréis tanto ir a Jerusalem? es una buena y verdadera Jerusalem esta Italia, si queréis hacer el bien en la Iglesia de Dios"*. Cuando estas palabras, continúa diciendo Bobadilla, fueron referidas a los compañeros por los que las habían oído, *"se comenzó a deliberar en forma una religión nueva"*. En el apostolado romano, como antes en el de la Alta Italia, se palpaban con las manos los rápidos y abundantes efectos de la gracia. En presencia de tales resultados, que admiran y que parecen ser una bendición de Dios, un pensamiento les vino naturalmente al espíritu: Cuando nosotros desaparezcamos, ¿quién continuará el bien comenzado por nosotros? Y así a mediados de la Cuaresma de 1539, comenzaron a discutir en común. Tenemos el proceso verbal de sus sesiones. (29)

En la primera sesión, que tuvo lugar por la noche para no disminuir en nada el trabajo del día, se examinó la cuestión de saber si no sería mejor formar un solo cuerpo; y por unanimidad todos decidieron que sí, pero a la sola condición que el Pontífice lo permitiera.

Después se puso en el tapete un segundo problema: ¿se ligarían a un solo jefe por obediencia, como es costumbre en las Ordenes religiosas? De hecho desde 1534 Iñigo de Loyola era su cabeza, por una especie de ascendiente moral incontestable; él los había engendrado para la vida apostólica. ¿Era preciso ir más lejos? Pasaron varios días en la oración, la reflexión y las amigables conversaciones, sin que se pudiera llegar a una conclusión satisfactoria, tan fuera estaba la idea de una vida religiosa del voto de Montmartre. Para salir de

dudas, se preguntaban si no convendría el irse a una soledad durante treinta o cuarenta días, a fin de encontrar en el silencio, la penitencia y la oración, la solución deseable; o por lo menos si tres o cuatro de entre ellos no podían tomar la representación de todos; o si se quedaban en Roma, si no sería oportuno dedicar a esas deliberaciones la mitad del día. Después de un libre cambio de opiniones, se decidieron por no salir de la ciudad. Las necesidades de las almas eran urgentes y graves, y no proveer a ellas sería faltar al Señor y a los prójimos. Además, después de un combate de ocho meses, se había cerrado la boca a los calumniadores y qué no podrían decir aquellos hombres despechados, si los beneficiarios de la sentencia de Conversini desaparecieran de repente como si dudaran de sí mismos. Era evidente que se debían quedar y reservar la noche a las deliberaciones. Tal fue la conclusión de todos.

Fue entonces sin duda, cuando Iñigo sugirió algunas indicaciones en las que se transparentaban las doctrinas de los *Ejercicios Espirituales*: que cada uno ponga su alma en manos del querer y voluntad divina, en perfecto equilibrio o indiferencia; que se prohíban a sí mismos el hablar unos con otros acerca del voto de obediencia, a fin de dejar libre el camino a las solas influencias de lo alto; acerca del problema del jefe, que cada uno haga abstracción de su persona, no teniendo a la vista otra cosa que el mejor servicio de Dios y la mejor garantía para la duración de la obra.

En la reunión siguiente las ventajas y desventajas del voto de obediencia fueron pesadas con cuidado. Durante muchos días se continuó el examen, multiplicándose al mismo tiempo las oraciones fervorosas al Señor. Finalmente se pusieron de acuerdo. El 3 de mayo de 1539 se determinó: que el voto de obediencia al Papa se hará en manos del Superior de la Compañía; que los miembros de la Orden deben estar siempre dispuestos a trabajar donde el Papa los envíe; que se enseñará a los pueblos los mandamientos de Dios y la doctrina cristiana; que a los niños en particular se explicará el catecismo durante cuarenta días; que el empleo de cada uno se dejará a la decisión del Superior de la Compañía.

En este esquema de pocas líneas, la futura Compañía de Jesús ha trazado toda su fisonomía propia: una Orden religiosa propiamente tal: una Orden apostólica, cuyo celo entre fieles e infieles no tiene más límite que la voluntad

del Pontífice Romano, y cuyo superior, vicario del Vicario de Cristo cerca de los suyos, tendrá sobre ellos un poder monárquico. Así fue, según la feliz expresión de Bobadilla en una carta del 11 de agosto de 1589 al P. Acquaviva, *"cómo la Divina Providencia que es* ***abyssus multa*** *cambió el voto de Montmartre en otros mejores y más fecundos"* sustituyendo a la peregrinación a Jerusalem, la vida religiosa.

Después del 3 de mayo, en el mismo año de 1539, los iñiguistas se reunieron de nuevo el sábado anterior al cuarto domingo de Pascua, el viernes antes de Pentecostés y la víspera de la octava del Santísimo Sacramento. En estas sesiones se determinaron las pruebas que habían de imponerse a los novicios (un mes de *Ejercicios*, un mes de peregrinación, un mes de servicio en los hospitales, salvo dispensa del Superior), que si alguno manifestara el deseo de ir a evangelizar a los infieles, se le darán diez días de Ejercicios para ver cual es el espíritu que lo mueve, después de lo cual será el Superior el que decida a dónde ha de enviársele. Se habló aún, de catequizar a los niños. Se definió provisoriamente que el Superior sería perpetuo; que se podrían aceptar casas e iglesias, sin adquirir sobre ellas derecho alguno de propiedad, y finalmente que en la recepción o rechazo de los candidatos, el Superior tomaría consejo de los bien informados, pero que a él pertenecería la decisión final. (31)

Tales son las conclusiones principales de estas deliberaciones que se prolongaron por tres meses. En la fiesta de San Juan Bautista de 1539 se juzgó había llegado el momento de redactar una breve fórmula del Instituto futuro, para someterla a la aprobación del Papa. Esas pocas páginas, redactadas por Iñigo, son ya el boceto de las Constituciones futuras; es la misma concepción de la pobreza evangélica de los miembros y del cuerpo entero; la misma obediencia absoluta al Papa; la misma autoridad absoluta del General; la misma universalidad de ministerios apostólicos; el mismo espíritu de generosidad conquistadora en soldados apasionados por la gloria de Dios y que hacen entrega total de sí mismos. Nada falta; ni el nombre mismo de Compañía de Jesús. (32)

*

* *

El precioso papel en donde fue trazado el bosquejo de la Compañía de Jesús, fue confiado por Iñigo a los buenos servicios del Cardenal Gaspar Contarini. Nadie podía apoyar con mejor crédito la causa ante Paulo III. El Pontífice remitió a Tomás Badía, maestre del Sacro Palacio (33) el cuidado de examinar la fórmula. El docto religioso era un hombre de conciencia íntegra. Al cabo de dos meses, dio su juicio de que el nuevo Instituto no tenía nada que no fuera piadoso y santo; se redactó una minuta de la Bula de aprobación inmediatamente; el 2 de septiembre, Contarini tenía una copia y la envió a Iñigo por medio de Antonio Araoz. (34) Paulo III estaba entonces en Tívoli, y Contarini participaba de su vacación. El 3 de septiembre por la mañana, el Cardenal leyó al Pontífice el parecer de Badía y el texto de la fórmula del Instituto. El Pontífice experimentó una gran satisfacción, la bendijo y la aprobó. En la carta por la cual Contarini informaba a Iñigo de este acuerdo añadía: *"Su Santidad y yo volveremes a Roma el viernes y se dará orden al Reverendo Guinucci de hacer el Breve de aprobación"*. (35)

Esta frase llena de promesas, tardó un año entero en ponerse en práctica. En todos los países los juristas son hombres fecundos en objeciones y en expedientes. Cuando lo quieren, todo es posible legalmente, aun la iniquidad; si se obstinan, todo se hace imposible, aun lo justo y útil. El Cardenal Guinucci, por largo tiempo Secretario de Breves en su juventud, bajo los pontificados de Julio II y de León X, estaba bien penetrado de todas las cuestiones de forma. El examen de la minuta, al calce de la cual. Contarini había tenido cuidado de atestiguar con su propia mano la aprobación verbal del Papa, provocó en él, con algunas correcciones de estilo, dos observaciones sobre el fondo. Guinucci no podía resolverse a la supresión del coro y de las penitencias en uso en los claustros; le parecía que era ceder a las tendencias luteranas. Y además el voto al Soberano Pontífice ¿no parecía superfluo? A pesar de todo Guinucci estaba convencido de que aquellas dificultades no carecían de solución. Así lo dijo Tolomei, pariente de Guinucci e hijo espiritual de Iñigo (36). Este, pues, no vaciló en escribir a su hermano Beltrán que la conclusión se acercaba. (37) El rumor se extendió y llegó hasta los buenos amigos que Ignacio tenía en Barcelona.

En verdad la oposición de Guinucci era más decidida de lo que pensaba Tolomei. Entre las dos opiniones opuestas, la de Contarini del todo favorable y la de Guinucci tenaz en sus objeciones, Paulo III señaló por árbitro a Bartolomé Guidiccioni, recientemente agregado al Sacro Colegio. (38)

Este hombre era ya viejo, pero firme de carácter y de una muy viva inteligencia, sabio en derecho canónico, habituado a tratar los negocios con gran circunspección y a sostener sus ideas con tenacidad. Sí es inexacto que hizo todo un libro para sostener la inutilidad de las Ordenes religiosas nuevas, es sin embargo cierto que, en sus escritos inéditos aun sobre la Reforma de la Iglesia, se oponía, a nombre del decreto del Cuarto Concilio de Letrán y del Concilio de Lyon, a la creación de otras familias religiosas, y hubiera deseado reducir las Ordenes de varones a los solos benedictinos, cistercienses, franciscanos y dominicos.(39)

La oposición de semejante árbitro fue clara desde el principio, y fue larga. Iñigo midió el peligro que corría su obra y oró y obró con todas sus fuerzas.

Como lo había hecho en tiempo de las intrigas de Mainardi y Mudarra, presentó como testigos a los que habían visto a los iñiguistas en el trabajo. A instancias de Jayo, muy grato en la Corte de Ferrara, el duque Hércules recomendó a su hermano, el Cardenal Hipólito de Este, a los sacerdotes peregrinos (dic. 1539). Fabro y Laínez habían dejado en Patina la mejor impresión, y obtuvieron de los magistrados de la Ciudad que activaran el negocio. Estos no dudaron en escribir a la Condesa de Santa Fiora, sobrina del Papa, a fin de que instara con su tío. Federico del Prato, encargado de negocios de Parma en Roma, tuvo el encargo de visitar a Guidiccioni, para mostrarle los méritos de la Compañía naciente. Pascasio Broet, el apóstol de Siena, solicitó y recibió recomendaciones calurosas del Arzobispo Bandini y del Cardenal Ferreri legado en Bolonia. Juan III escribió al Papa y aun pidió a Carlos V y a Francisco I el unir sus instancias a las suyas, cerca de la Santa Sede, en favor de la futura Compañía de Jesús. (40)

A sus amigos de Parma, Guidiccioni debía dar explicaciones. Escribió a Federico del Prato que la fórmula del Instituto le parecía excelente; pero que sin embargo no le parecía expediente dar la aprobación en forma solemne; sin duda los frutos de salvación que producía eran manifiestos, pero los tiempos

eran muy malos; ¿por qué no esperar? ¿por qué no contentarse con la aprobación verbal del Santo Padre? Así hablaba Guidiccioni en febrero de 1540. (41)

Mas aún que en los hombres, Iñigo confiaba en el Señor. Desde las primeras dificultades, prometió hacer celebrar por los suyos tres mil misas. (42) Durante largos meses, en ese sacrificio matutino por el cual comenzaban sus santas jornadas, sus compañeros y él no tenía más que un solo pensamiento: cambiar el corazón del Cardenal Guidiccioni. Se adivina que sus oraciones serían fervientes, instantes, confiadas. Más que todos, Iñigo estaba convencido de que la oración unánime y perseverante de los justos está segura de obtener su efecto. Después de haberle asistido desde hacía veinte años en tantas dificultades y contradicciones, Dios no había de abandonarle en la hora misma en que parecía iba a realizar el destino mismo de su vida. Las palabras ciertas que oyera *"Yo os seré propicio en Roma"*, no serían desmentidas por los hechos. Y así se prodigaba en audaces preguntas, en amorosas quejas, en ardientes interpelaciones de rodillas delante de la Virgen de los Dolores y de Jesús crucificado. Finalmente, su oración y la de sus compañeros consiguieron el cumplimiento de sus deseos y quitaron los obstáculos. Guidiccioni cedería. En la primavera de 1540 se esperaba el fin. El 22 de marzo, Bobadilla(43) escribe al duque Hércules que los buenos oficios del Cardenal de Este van a conseguir la pronta y feliz conclusión deseada por los iñiguistas y sus amigos. Pero era todavía una ilusión, porque en el otoño nada se había hecho. Paulo III, para acabar, nombró una comisión. Tal vez el Cardenal Santiago Simonetta, notable canonista, tomó parte en ella; en todo caso murió el l° de noviembre de 1539, e Iñigo en una carta al Arzobispo de Siena(4 de septiembre de 1539) nombre solamente a Contaríni, Carpi y Guidiccioni como encargados por el Papa para terminar la discusión sobre la Bula. (44)

Guidiccioni acabó por proponer que se limitara a 60 el número de los profesos de la Compañía, y que la experiencia diría si había irse mas adelante. A beneficio de esta cláusula, la Bula *Regimini Ecclesiae Militantis* fue firmada el 27 de septiembre de 1540, en el Palacio de San Marcos. (45) El Papa decía en ella lo que en sustancia se va a leer.

Aquellos que forman la Compañía de Jesús son todos graduados en la Universidad de París. Viniendo de países diferentes, no pudieron poner de acuerdo sus pensamientos sino por inspiración del Espíritu Santo, como puede creerse. Son versados en la Sagrada Teología. Desde hace varios años se ocupan en ministerios apostólicos, con la aprobación debida. Por doquiera se han ganado la estima de los buenos y han ayudado grandemente a las almas. Llegados a Roma, su vida santa y su doctrina les han ganado mucho crédito. Arrastrados por su ejemplo muchos quieren imitarles en su género de vida. Y ellos mismos no tienen otro deseo que el de poner, bajo la salvaguardia de las leyes canónicas y la protección de la Santa Sede, su designio apostólico para el que pretenden asegurar el porvenir. ¿Cómo el Supremo Pastor de las almas no ha de acoger a obreros tan activos y tan aptos para procurar el bien de las almas? Su fórmula de vida no contiene nada que no sea piadoso y santo. El Papa la aprueba, la confirma, la bendice y le da fuerza perpetua. Autoriza a Iñigo y a sus compañeros a redactar sus Constituciones detalladas y definitivas. Toma bajo su protección a la Compañía naciente, prohibiendo a quien quiera que sea, contravenir a la Bula o abrir brecha alguna en ella, so pena de la indignación del Dios Todopoderoso y de los bienaventurados San Pedro y San Pablo.

Así habla la Bula *Regimini Ecclesiae militantis*. (46) Cuando el pergamino apostólico llegó a sus manos, Iñigo y sus compañeros debieron besarlo con emoción. Jesucristo había cumplido su promesa hecha en el camino de la Stora. Los votos de Venecia y de Montmartre adquirían ahora su significación precisa. La larga e incierta carrera de Ignacio desde aquella noche en que fue curado por San Pedro, y de la vigilia de Montserrat que le consagró caballero, llegaba a su punto providencial, al partir del cual se desarrollaría en una hermosa línea recta. El y los suyos sabían por fin el secreto de su destino.

*

* *

La Bula de Paulo III daba a los miembros de la Compañía la facultad de determinar las Constituciones que les parecieran mejor y más apropiadas para reglamentar su vida apostólica. El 4 de marzo de 1541, las deliberaciones comenzaron en Roma. Estaban presentes: Ignacio, Laínez, Jayo, Broet, Salmerón y Coduri. Se convino en que Ignacio y Coduri se ocuparían en nombre de todos

en reflexionar y fijar un plan, que sería después sometido a la aprobación de la Comunidad. Los dos delegados inauguraron sus operaciones el 10 de marzo. Tenemos el proceso verbal de los 49 puntos de regla (47), determinados por ellos, y aprobados por todos, concernientes a la pobreza de los profesos, la probación de los novicios, la expulsión de los religiosos, los vestidos, la enseñanza del catecismo a los niños, el rezo del oficio divino, la formación intelectual de los candidatos, la fundación de los colegios y los poderes del General.

Algunos de estos puntos, por ejemplo: la fundación de las casas y colegios, la enseñanza del catecismo a los niños, el hábito, fueron aun revisados y precisados más tarde. La sola inspección de las notas en donde quedaron consignadas las decisiones tomadas, daba la impresión de una serie de croquis rápidos. Los arquitectos que los trazaron saben poco más o menos qué clase de edificio quieren construir; pero todavía no es un plano completo y ordenado, se contentan con señalar algunas líneas para definir algunas partes del futuro edificio. Quieren por ejemplo que el noviciado dure trece meses; les parece que la Compañía de Jesús exige una valerosa abnegación de sí mismo, por consiguiente, son necesarios más tiempo y precauciones que en las otras Ordenes religiosas, para probar las vocaciones de los candidatos que se presenten.

Es necesario para el servicio de los hospitales, las peregrinaciones a pie y mendigando su pan, que hayan roto con todas las delicadezas del mundo. Quien no pueda quedarse un día sin alimento ni sueño, no está llamado a ser sacerdote. Es Manifiesto que para el reclutamiento se tenga cuidado de escoger el mayor número posible de hombres instruidos, que se han de formar en las Universidades siguiendo los cursos de Gramática, Retórica, Filosofía y Teología y que han de tomar los grados académicos. Los colegios que los abrigarán podrán ser fundados y tener rentas; las casas de los profesos no tendrán otras entradas fijas que para las cosas del culto. Mientras que no se hayan hecho los votos, el General podrá despedir a su voluntad a los candidatos; después de los votos, deberá intervenir en esto la comunidad; toda falta grave de robo, fornicación o violencia contra alguno, es caso de expulsión. Los estudiantes deben tener un confesor fijo, confesarse todas las semanas y comulgar cada

quince o cada ocho días, según los usos del país en que se encuentren, de modo que no llamen la atención y causen extrañeza.

El Oficio Divino se recitará privadamente, la Misa sólo será cantada en los dias de fiesta. No se pedirá honorario alguno, ni se le recibirá, sea por las misas dichas, sea por la predicación; los predicadores sin embargo podrán recibir algo para sus gastos de viaje. Para ir de un lugar a otro, se irá a pie; no se usará de montura sino en caso de enfermedad o necesidad. El hábito será de paño común negro o café oscuro; una sotana hasta media pierna, encima un abrigo a la francesa, un poco más largo, o si se quiere un manteo. Los chalecos y paletos serán de color oscuro mejor que de colores vivos; lo mismo las medias; las camisas de tela basta. El General vestirá como los otros; no tendrá a su disposición ni mula ni caballo, fuera del caso de necesidad; todos mendigarán de puerta en puerta una vez al año, llevando una mochila a la espalda, y para obras pías que no sean de la Compañía. El General lo hará también como los otros. Y como los otros también, salvo razones de excepción, hará el catecismo a los niños durante cuarenta días. El primero en el trabajo, el General es también el primero en el mando; lo será a perpetuidad, y tendrá todos los poderes aunque queda obligado a pedir consejo en cosas de importancia, pero finalmente él sólo decidirá.

Cuanto más soberano era el jefe supremo de la Compañía, tanto más urgente era su elección. Hacia mediados de la Cuaresma de 1541 Ignacio llamó a Roma a los seis que podían cómodamente ir. Fabro, Simón Rodríguez, Javier, por estar muy lejos, habían enviado ya su voto por escrito; Bobadilla, en el momento de salir de Calabria para unirse a sus compañeros de Roma, recibió orden del Papa de quedarse en Bisignano, que evangelizaba con mucho fruto. Los seis presentes: Ignacio, Laínez, Salmerón, Jayo, Broet y Coduri determinaron el protocolo de la elección. Se harían tres días de meditación y oración; después, cada uno daría su voto firmado y sellado. Iñigo mismo nos ha hecho el relato de estas deliberaciones.

Después del tercer día, se hizo la votación como está dicho, se unieron los votos a los de los ausentes, en un cofrecito cerrado con llave. Se esperó por tres días aún; después se hizo el escrutinio. Ignacio tuvo todos los votos. Manifestó a sus compañeros que prefería obedecer y no mandar, porque incapaz de

gobernarse a sí mismo, lo era más aún de gobernar a otros; sus pecados pasados y sus miserias presentes le movían a rehusar el cargo de General; para que lo aceptara le era necesario conocer más claramente la voluntad de Dios, y le faltaba esta claridad; conjuraba, pues, a sus amigos, con las más vivas instancias *in Domino*, que reflexionaran otros tres o cuatro días aún, rogando a nuestro Señor que los iluminara para hacer una mejor elección. Sus compañeros, aunque de mala gana, se rindieron a las instancias de Ignacio. Todos durante cuatro días se reunieron para orar. El segundo escrutinio fue idéntico al primero. Iñigo declaró entonces que se remitiría al juicio de su confesor después de que éste le hubiera oído en confesión general.

El hombre de Dios tenía entonces por confesor al P. Teodoro, Franciscano de la Observancia, en San Pedro in Montorio. Se retiró

pues, a ese convento solitario, todo lleno de la presencia del Príncipe de los Apóstoles y de la España Católica. El maravilloso *tempietto* de Bramante, que señala el lugar en donde fue crucificado San Pedro, era un regalo y homenaje del Rey Fernando. Al contacto de aquellos sagrados recuerdos, Iñigo evocó delante de Dios toda su vida entera. Loyola, Azpeitia, Valladolid, Pamplona pasaron ante sus ojos, con su cortejo de vanidades y de faltas. ¡Qué cristiano tan mediocre había sido entonces! Y era él ¡al que se pretendía hacer jefe de una compañía de santos! ¿Sería posible? Es verdad que, a pesar de sus negaciones, San Pedro había sido el primer Papa. Pero él lo sabía y no podía dudar de que tal era la voluntad de Jesucristo. Y nunca había olvidado su crimen; y había querido que en ese mismo lugar se le crucificara cabeza abajo. Fue sin duda en medio de estos pensamientos como durante los tres días Iñigo preparó e hizo su confesión general. A veinte años de distancia recomenzaba a los pies de San Pedro, sobre la colina del Janículo, la vigilia santa, hecha en otro tiempo en las alturas de Montserrat delante del altar de la Virgen María.

Acabada su confesión, pidió al P. Teodoro una decisión. Este le respondió que rehusar el cargo de General era resistir al Espíritu Santo. Quebrantado, pero no vencido por esta respuesta, Ignacio pidió aún un plazo. Después de haber reflexionado y orado otros tres días, pidió al P. Teodoro que enviara por escrito su parecer en un billete firmado por su mano. Bajando de las alturas de San Pedro ni Montorio, Iñigo llevó a sus compañeros la noticia de lo que había

tratado con el P. Teodoro. A los tres días éste envió el escrito esperado. En él condenaba a Ignacio a aceptar el generalato, e Ignacio no tuvó ya más remedio que aceptarlo. De común acuerdo los electores y él determinaron que harían una peregrinación a las siete iglesias y que la terminarían en San Pablo extra muros, pronunciando allí sus votos de religión, conforme al tenor de la Bula de Paulo III.

El viernes 22 de abril, muy de mañana, Ignacio y sus compañeros comenzaron la visita de las siete basílicas: San Pedro, San Pablo extramuros, San Martín extramuros, San Juan de Letrán, Santa Cruz de Jerusalem, San Lorenzo extramuros y Santa María la Mayor. Llegados a San Pablo, los peregrinos se confesaron mutuamente, Iñigo dijo la Misa en la capilla del Crucifijo. En el momento de la Comuión, tomando la Hostia Santa sobre la Patena, y teniendo en su mano derecha la fórmula de su profesión, la leyó en alta voz, delante de sus compañeros arrodillados: *"Yo, Ignacio de Loyola, hago voto al Dios todopoderoso, y al Soberano Pontífice, su Vicario en la tierra, en presencia de la Bienaventurada Virgen María, de toda la Corte Celestial, y también de la Compañía, de perpetua pobreza, castidad y obediencia, según las normas de vida contenidas en la Bula de la Compañía de Nuestro Señor Jesús, y en las Constituciones escritas y por escribir. Prometo, sobre todo, especial obediencia al Sumo Pontífice, en lo relativo a las misiones señaladas en la Bula. Prometo además cuidar de que los niños sean instruidos en los rudimentos de la fe según la Bula de la Constitución".* Acabadas estas palabras, Ignacio consumió la Hostia Santa. Después del *Confíteor*, el *Misereatur* y el *Domine non sum dignus*, Laínez, Salmerón, Jayo, Broet y Coduri se acercaron a leer de rodillas la fórmula de sus votos y a comulgar de manos de su Jefe. (48)

Allá en el altar, el Crucifijo de madera que habló a Santa Brígida conservaba su boca entreabierta y su rostro doloroso. Parecía decir a aquellos hombres arrodillados: *"¿Podéis beber el cáliz que yo he bebido?"* Y ellos respondían alegremente: *"Possumus"*. En el corazón de todos, ¡qué llama de amor, qué puros deseos de ser de Dios y servir a las almas, sin retrocesos, ni mezquindades! Acabada la Misa, hicieron sus devociones en todos los altares privilegiados de la Basílica, y luego se reunieron al pie del altar papal, bajo el cual descansa el cuerpo de San Pablo. Iñigo se levantó y abriendo los brazos

abrazó a cada uno de sus compañeros. Todos lloraban de alegría. Manresa, Montmartre, Venecia, Roma. ¡Cuán admirable es el Señor en sus caminos! ¡Qué cántico de agradecimiento subía hacia el cielo de las profundidades de aquellas almas humildes y enternecidas! Bajo los rayos del sol, que subía en el horizonte, la campiña romana se extendía a lo lejos ante el pórtico de la basílica de Honorio. La paz imperturbable de este paisaje era imagen de la que llenaba de inefable dulzura el corazón de los peregrinos. *"Al salir de San Pablo,*escribe Iñigo, *sentíamos en nosotros una tranquilidad grande y continua; y este sentimiento crecía en las alabanzas de Nuestro Señor Jesucristo"*. (49)

Algunas cartas fraternales llevaron a los ausentes la feliz nueva. Fabro estaba en Ratisbona cuando supo a la vez la elección de Ignacio y la profesión hecha en San Pablo. El corazón inundado de alegría, y absolutamente despegado de todas las cosas de la tierra, hizo su oración en la iglesia de Nuestra Señora el día de la octava de la Visitación (9 de julio de 1541). Antes de comulgar, repitió palabra por palabra la fórmula que sus compañeros habían dicho ante el altar del Crucifijo, el 22 de abril. Al día siguiente envió al General su profesión escrita, pidiéndole humildemente lo incorporara, aunque indigno, en la Compañía de Jesús. (50) Bobadilla por orden de Paulo III había salido de Calabria para ir a Alemania. A su paso por Roma pronunció sus votos en San Pablo extramuros entre las manos de Iñigo y en presencia de Rivadeneyra (51).

Notas Capítulo Décimo Sexto

l.- González de Cámara, n. 96.

2.- Esta Capilla se encuentra a 15 kilómetros de Roma. El P. Tirso González la hizo restaurar en 1700. Todavía existe. Y los jesuitas de hoy como los de otro tiempo, la tenemos en gran veneración.

3.- González de Cámara, n. 96.

4.- Esta fórmula es la de Rivadeneyra y de Polanco. Cuando la leyó en Rivadeneira, Canisio protestó, porque debía haber puesto estas palabras más expresivas *lo saró con voi*. Esta nota del Santo (*Scrip. S, Ign*.) tiende a probar que en su tiempo esa era la corriente.

5.—González de Cámara, n. 96; *Scrip. S. Ign*. II, 75.

6.—Tacchi Venturi ha puesto en claro las condiciones de esta reapertura y la cuestión de las cátedras ofrecidas (*Storia* II, 103).

7.—*Cronicon*, I, 64.

8.—*Ibid*., 9, 69.—A despecho de las sospechas de Bohmer (I, 214) los amigos de Tolomei pueden responder por él, puesto que se llaman Victoria Colonna, Ambrosio Catarini, los Cardenales Contarini y Cervini (Tacchi, *Storia*, II, 118). Ignacio López de la colonia española de Roma, es mencionado como un amigo en el *Cronicon* de Polanco (I, 240) y en la correspondencia de Jayo, de Javier, de Araoz y de Estrada. Del cardenal Gaspar Contarini, bastará recordar que copió de su mano el libro de los *Ejercicios*. El P. Benedicto Ferrari afirma el hecho en el proceso de canonización de San Ignacio; y Maffeo asegura que en su tiempo, 1585, el precioso manuscrito se conservaba en casa de los herederos del Cardenal veneciano. Pedro Ortiz, antiguo alumno de Alcalá y de París, embajador de Carlos V en Roma y en las dietas de Alemania, no dejó nunca hasta su muerte de ser un insigne bienhechor de la Compañía. (Astrain, I, 250, 262)

9.- *Laínez*, *Mon*. I, 550.

10.- Es salmerón el que Ha notado este detalle en las notas sobre la *Vida de Laínez* por Rivadeneyra. El P. Tacchi, II, 113, encontró ese documento en el Archivo de Estado de Roma. Esas notas son una pieza diferente de la que recogieron los Editores de *Monumenta*.

11.- *Ep. et instr*. I, 141; Tacchi, II, 121. Id. *Case habítale in Roma da S. Ignazio di Loyola*.

12.- Fabro, *Mon*., 9-10.

13.- Acerca de las fiestas romanas, ver Dorez, op. cit. 255-265.

14.- Pastor XI, 214-224; Dorex, op. cit. 270, 284-285.

15.- Pastor XI, 227-249. Dorer, op. cit. 288-202, reproduce el fresco de Vasari, en el Palacio Romano de la *Cancellaria*, simbolizando esa reconciliación de Francisco I y Carlos V bajo la bendición de Paulo III.

16.- Rivadeneyra y Polanco miran corno anormal que Venecia no haya enviado en 1537 y 1538 la *"nave pelegrina"*. El hecho habla tenido lugar también en 1533 y 1534. Y a pesar de esto no se impidió que en esos años hubiera peregrinos para Jerusalem. Un vistazo al repertorio de Rohricht basta para convencerse. De donde resulta esta conclusión: o bien los iniguistas habían decidido hacer el viaje como pobres en la nave pelegrina; o bien ignoraban que los peregrinos se podían embarcar en otros navíos.

17.- Polanco, *Cron*., I, M.

18.—*Id*. I, 64.

19.—Tacchi, II, 153-166.

20.—Polanco, I, 67; Rodríguez *Coment*. 503. Mainardi era un hombre muy considerado en su Orden, por estar asociado al célebre Seripando en la empresa de disipar todas las sospechas de Paulo III acerca de la complicidad de los Agustinos italianos con Lutero. En cuanto a los españoles calumniadores Mudarra y Barrera, son nombrados por el mismo Ignacio. (González, n. 98) y Rivadeneyra nos ha conservado el nombre de Pedro de Castilla. No sabemos nada de sus funciones en Roma, sino que tenían poder para hacer daño. La fuente más segura de esta historia es la carta de Ignacio a Isabel Roser. (Ep. et Instr. I, 137-144.) Es preciso añadir los

documentos de Lorenzo García, primero iñiguista, después asociado a los calumniadores, y finalmente arrepentido. (*Ep. mixt.* I, 15-17).

21.- Potanco, I, 68-69; Tacchi, II, 164-168.

22.- Polanco, I, 69.

23.- Scrip. I, 627-628. Acerca del fin miserable de los calumniadores ver Tacchi, II, 169-176.

24.- Tacchi, II, 114. Acerca de la primera misa de Ignacio hay una antigua discusión. (Ver *Act. S. Sedis* julio VII, diu. Pien. n. 259-264) En estos últimos años la controversia recomenzó: el P. Toumier está por el 25 de diciembre de 1537; el P. Domenici, por el 25 de dic. de 1538. El punto capital es el de saber la verdadera fecha de la carta de Ignacio a su hermano, en la que le anuncia la fecha de su primera Misa. El P. Tournier supone que Ignacio por distracción se equivocó de milésimo. La suposición parece gratuita. Ver en el *Arch. hist. de la Compañía de Jesús*, enero —mayo de 1932—, 100-104 la reproducción fotográfica del original de esta carta y el articulo del P. Fernández Zapico.

25- Id. II, 181, y *Case habítate*, 13-18.

26.- Polanco, I, 66-67, 81-82.

27.- *Cron*. 70-79; *Polanci complementa*, I, 510; Laínez, en *Scrip. de S. Ign*. 114; Rodríguez, *Mon*. 457; Bobadilla, *Mon*. 616; Tacchi, II, 187-202.

28.- Bobadilla, *Mon*. 616.

29.- Constit (Ed. La Torre, 297-301) (Ed. crit.) I, *Doc. praevia,* 1-14.

30.- Bobadilla *Mon*. 602. En la edición crítica de las Constituciones, se puede leer la fórmula, escrita el 15 de abril de 1539, para este voto de obediencia.

31.- Const., 300-301; (Doc. praev. 9-14).

32.- *Ed. crit. de las Const*. I, 14-21.

33.- Tacchi, I, 558.

34.- *Ep. et Instr*. XII, 360.

35.- Tacchi, I, 566; II, 296-297; *Ed. crit. de las Const*. I, 21-22.

36.- Id. II, 303.

37.- *Ep. et Instr*. I, 149.

38.- Tacchi, II, 308.

39.- Id. II, 313.

40.- *Ep. et Instr*. I, 159; Tacchi, I, 568; II, 315-317.

41.- Id. II, 317.

42.- *Scrip. S. Ign*. I, 122; *Comment*. 515; Polanco, I, 72.

43.- Bobadilla, 22.

44.- *Ep. et lnstr*. I, 159.

45.- Polanco, I, 80.

46.- Const. (ed crit.) I, 24-32.

47.- Const. (ed La Torre) 303-304; Ed. crit. I, 33-48.

48.- Const. (La Torre) 313; *Ed. crit.* I, 67-68.

49.- *Scrip. S. Ign*. II, 4-9.

50.- *Memorial*, n. 23, 26.

51.- Bobadilia, 620.

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

17. LA EXPANSIÓN DE LA NACIENTE COMPAÑÍA

(1539 — 1552)

A decir verdad, si la Bula de Paulo III daba a la Compañía de Jesús una existencia canónica, no la creaba del todo; ya ella preexistía. Tenía su nombre, su jefe, su espíritu, su reclutamiento, sus obras y aun un campo de acción singularmente extenso, gracias a la confianza del Papa.

Al llegar a la Ciudad Eterna, Ignacio de Loyola (1) se había ofrecido con todos los suyos al Pontífice. Renovó su ofrecimiento en 1538. Paulo III pareció querer en un principio reservar el beneficio del apostolado de los *"sacerdotes peregrinos"* para sola Roma; a pesar de las instancias de Ortiz y de un prelado español, rehusó enviarlos a los países del Nuevo Mundo conquistados ya para el cetro de Carlos V. Pero las circunstancias fueron superiores a la voluntad del Pontífice. La Providencia conducía todo por caminos oscuros. Aunque no hicieron sino una aparición fugitiva en el Alta Italia antes de reunirse en Roma, los iñiguistas habían dejado ahí huellas muy profundas; había tan pocos *"sacerdotes reformados"*, que se deseaba volver a ver a aquellos que habían pasado por ella haciendo el bien (2).

Las instancias del Arzobispo Bandini, del dominico Catarino y de Lactancio Tolomei, presentadas por el Cardenal Carafa, obligaron a Paulo III a enviar a Pascasio Broet a Siena(1539). Enrique Filonardo, que gobernaba la legación de Parma, recientemente añadida al patrimonio de San Pedro, con sus súplicas logró que Laínez y Fabro fuesen allá a predicar. El Cardenal Cervini llamó a Laínez a Reggio (1540) y el Cardenal Bembo confió a Bobadilla la reforma de la diócesis de Bisignano (1540). Paulo III mismo comisionó a Jayo para Bagnorea y Brescia. Y por todas partes aquellos hombres transformaban las almas.

De Siena, Bandini escribió a Ignacio: *"Vuestro o mejor dicho nuestro Broet, exhorta con la palabra, ayuda con el ejemplo, atrae con la humildad, y por su*

caridad inflama el deseo de vivir santamente. Las multitudes se aglomeran a sus sermones y su confesionario. La crema de la juventud de la Universidad sigue sus ***Ejercicios Espirituales****. Un sacerdote autor de comedias licenciosas se ha convertido, hizo su retractación en el púlpito, y entró en un convento de San Francisco"* (3).

Parma era una guarida de bandidos y de disolución de costumbres, su clero era poco ejemplar; hasta por la predicación de un monje comenzaba allí a infiltrarse el luteranismo. Laínez tapó la boca al sospechoso predicador. Los *Ejercicios Espirituales*, manejados con mano maestra por Fabro, tocaron hasta el fondo los corazones; algunos estudiantes entraron en religión; algunos sacerdotes convertidos se hicieron reformadores a su vez; a ejemplo de Julia Zerbini, las señoras se hicieron apóstoles. En aquella ciudad llena de crímenes, se instituyó una cofradía que vivirá por siglos con el nombre de *"Compañía del Santo Nombre de Jesús"*, y sus miembros recibieron de Fabro el reglamento de su vida, en el que a la práctica de la oración se añadía la comunión por lo menos semanaria. (4) En Placencia y en Reggio, Laínez renovó las maravillas de Parma (5).

En Bagnorea, Jayo fue recibido fríamente: se guardaba reserva ante aquel extranjero. El domingo de Ramos de 1540 comenzó a predicar y explicó en términos evangélicos la razón de su presencia en la ciudad. El auditorio se formó y engrosó rápidamente; los magistrados de la ciudad eran los más asiduos. La actividad del apóstol fue bien pronto desbordada por la multitud de los penitentes y no le bastaba el día para oír confesiones, lo tenía que hacer también por las noches. En Brescia, igualmente, las necesidades de las almas eran urgentes, tanto más cuanto que la frontera no distaba mucho y las herejías de Alemania pasaban entre los fardos de los comerciantes. Jayo explicó el Símbolo, el Decálogo y algunos pasajes de las Epístolas de San Pablo que adulteraban los herejes. La fe de los habitantes se esclareció y volvieron al uso de los sacramentos. (6)

Nicolás de Bobadilla había sido enviado a la Isla de Ischia (1539) con el fin de reconciliar a Ascanio Sforza con su mujer Juana de Aragón. Logró establecer una tregua entre los divididos esposos. Predicó a los habitantes de la Isla y en Gaeta; disputó en Nápoles con Valdés; volvió a Roma en la primavera

y allí le atacó una fiebre que le detuvo hasta el otoño. Una vez curado, delegado por Bembo, visitó la diócesis de Bisignano predicando, confesando, reformando los monasterios, sin cansarse jamás durante sus viajes apostólicos que duraron más de un año (7).

Para pacificar a Alemania turbada por Lutero, Carlos V había decretado la Dieta de Ratisbona (1540), y al ir a ella, por órdenes de su príncipe, el doctor Ortiz llevó consigo a Pedro Fabro, en calidad de teólogo. (8)

El deseo de evangelizar las Indias era intenso en el ánimo de Juan III. Diego de Govea, el antiguo principal de Santa Bárbara en los tiempos en que Ignacio estudiaba en París, había dado a conocer al rey el valor apostólico de los iñiguistas, y había escrito a sus antiguos alumnos una carta urgente en que les exhortaba a favorecer los designios del Rey de Portugal. Pedro Fabro le respondió que sólo el Papa podía decidir. (9) Entonces Pedro Mascareñas, embajador en Roma, recibió la comisión de su Señor de suplicar al Romano Pontífice que enviase a las colonias portuguesas algunos sacerdotes capaces de hacer florecer allá la religión. Mascareñas conocía a Ignacio y fácilmente logró ganar para su proyecto el ánimo del Pontífice. Ignacio resistió algún tiempo; se le pedían seis misioneros, y no pudo dar más que dos; *"señor Embajador*, dijo a Mascareñas, (10) *somos diez; si me quitáis seis ¿qué me queda para el resto del mundo?"* Mascareñas puso buena cara contra la mala suerte. Sus instancias en marzo de 1540 precipitaron la conclusión de la negociación apostólica, conducida a nombre de Juan III. El 5 de marzo, Rodríguez fue llamado apresuradamente de Siena, y partió con Pablo Camerino para Civita Vecchia. El 15, Francisco Javier salía de Roma con Mascareñas para ir a poner bajo la protección de Nuestra Señora de Loreto los ardores de un celo que debía hacer prodigios. (11)

La Compañía de Jesús no tenía aun existencia canónica. La fórmula en la que Ignacio de Loyola había bosquejado sus designios no tenía sino la aprobación verbal de Paulo III. Los *"sacerdotes reformados"* o *"sacerdotes peregrinos"* como se les llamaba, no eran sino diez, y ya recorrían la Italia desde Lombardía al reino de Napóles; penetraban en Alemania que turbaban las andanzas de Lutero; estaban en Lisboa y en camino de las Indias orientales. Por todas partes su apostolado producía las mismas maravillas. Llenaban las

iglesias, reformaban los monasterios, apaciguaban las discordias, arreglaban las costumbres. Renovaban las almas por la predicación y por los *Ejercicios Espirituales*, les infundían el hábito de la oración, la frecuencia de sacramentos y la organización de cofradías. No se cansaba nadie de oírles, lloraban todos cuando se iban y se escribía a Roma para conservarlos. Vivían de limosna, se prodigaban día y noche, se ocupaban de los niños, de los enfermos y de los pobres. Sus ejemplos y sus oraciones acreditaban su predicación. Su paso era una bendición de Dios. Las poblaciones sorprendidas, veían con sus ojos al Evangelio en acción. Y como debía suceder, en tomo de estos apóstoles no tardó en agruparse una ardiente juventud.

En Parma, por la influencia de Laínez, y sobre todo de Fabro, Pablo de Aquiles, Eipidio Ugoletti, Silvestre Landini, Juan Bautista Viola, Antonio Criminali, Benito y Francisco Palmio, Angel Paradisi, se agregaron a la Compañía. El lombardo Pedro Codacio, prelado de la Corte Pontificia, vino a tocar a la puerta de la casa Frangipani, cerca de la Torre de Melángolo donde residía Ignacio de Loyola. Así mismo, el sacerdote Pablo de Camerino y los jóvenes romanos Felipe Cassini e Isidoro Bellini. (12)

Los españoles llegaron también. (13) Jerónimo Domenech joven canónigo de Valencia yendo de Roma a París para seguir sus cursos en la famosa Universidad, se detuvo en Parma, hizo los *Ejercicios* bajo le dirección de Fabro y se unió a él (1539); Francisco y Diego de Eguía antiguos amigos de Iñigo en Alcalá, hicieron en Venecia los *Ejercicios*; después de un viaje a Tierra Santa volvieron a formar en las filas de los *"sacerdotes reformados"*. El joven Pedro de Rivadeneyra, paje de Alejandro Farnesio en Toledo durante el estío de 1539, siguió al Cardenal a Roma. En septiembre de 1540, un pugilato con otro paje le hizo huir del Palacio Farnesio, a donde no se atrevía a volver; vino por la noche a pedir abrigo a Ignacio de Loyola; hizo los *Ejercicios Espirituales*, y acabó por entrar en la Comunidad el 25 de diciembre, e Ignacio le dio la comunión por su propia mano en la misa de media noche. Este tenía ya consigo a los Eguía, Carvajal, Francisco de Rojas, Francisco y Antonio Estrada, Millán de Loyola, Antonio Araoz y al portugués Bartolomé Ferrao. Oviedo, Torres y Villanueva no tardaron en unírseles.

Cosa increíble, algunos de aquellos jóvenes que no habían recibido todavía las sagradas órdenes, y no habían estudiado, subían sin embargo al púlpito. Y hablaban con tal autoridad que doblegaban hasta la penitencia y la observación del Decálogo a las conciencias más endurecidas en el mal. Francisco Estrada removía las ciudades de Siena y de Monte Pulciano. Araoz será escuchado como un oráculo en Burgos, Valladolid, Azpeitia y Vergara (14).

Pero estos trabajos apostólicos no eran sin embargo más que una excepción. Por lo común los novicios de la naciente Compañía no hablaban en público sino para explicar a los niños la doctrina cristiana. Ignacio de Loyola sabía a maravilla que antes de enseñar es preciso aprender, y organizó los estudios de esta juventud. Como París le fue siempre tan querido, envió allá un pequeño grupo a las órdenes de Diego de Eguía, los que habían de seguir sus cursos en la Universidad. (15) Ya los volveremos a encontrar con sus ardores, sus contratiempos y sus conquistas. Pero desde ahora ¿no es por cierto cosa admirable que por la sola irradiación de su ejemplo, los compañeros de Ignacio atrajeran hacia ellos a tantos jóvenes, con la esperanza de formar una Orden nueva, cuya fórmula estaba siendo examinada en las oficinas de la Cancillería Pontificia? Cuando llegue la Bula de Paulo III *Regimini Ecclesiae militantis* la Compañía, fundada ya al fin, tendrá un desarrollo maravilloso.

*

* *

En 1540 las grandes preocupaciones del Papa las causaba Alemania. La rebelión de Lutero contra la Iglesia lanzó a ese país en un torbellino que crecía a cada momento. En sólo veinte años, partiendo del ducado de Hesse y de Sajonia (1526) el protestantismo conquista la Suabia, Wurtemberg (1534), Wesfalia (1534), las ciudades de la Hansa (1534), el Brandeburgo (1540). La *"acometida a los sacerdotes"* amenaza la comarca del Rhin. Los príncipes ávidos de los bienes eclesiásticos abrazan la nueva religión; los obispos hijos de familias principescas, sin vocación y de malas costumbres, vacilan en la fe; el clero secular y regular está roído por el vicio y la ignorancia; los pueblos, con semejantes jefes, se abandonan a las insensateces del anabaptismo o a los excesos de una locura sin freno.(16)

En medio de estas turbaciones que le encantan y le indignan al mismo tiempo, Lutero(17) aplaude a los príncipes ladrones, impulsa a la guerra a la Liga de Smalkalda, maldice la licencia popular, la tiranía imperial, las Bulas del Papa, las doctrinas de sus discípulos rebeldes, hasta que al fin muere, sin duda bastante desengañado del valor de su reforma (18 de febrero de 1546).

Contra los pasquines del violento monje alemán, no faltaron otros escritos. Los agustinos, los carmelitas, los franciscanos, los dominicos, canónigos y profesores discutieron y refutaron las enseñanzas de Lutero. (18) Los Señores del Imperio, Carlos V y Fernando su hermano, multiplicaron las dietas, las deliberaciones y los coloquios. (19) Sus sinceros deseos de defensa religiosa, traicionados por la astuta rivalidad de los príncipes, los juegos políticos de los cancilleres, la penuria del tesoro, la irresolución de los consejos y también por las complicaciones diplomáticas urdidas en París y en Constantinopla, no dieron más resultado que enardecer a los sostenedores del protestantismo. Tal fue la Alemania de 1540. ¿Qué podrían hacer allí los jesuítas? El Papa quería que fueran a hacer algo. San Ignacio los envió.

Los primeros enviados fueron Fabro, Jayo y Nicolás de Bobadilla. Instruidos y llenos de celo ganaron pronto la confianza del Rey de Romanos, de los legados del Papa y de los mejores Obispos. En vano se les quería llevar a remolque a los coloquios de Haguenau y de Worms (1540-1545), de Ratisbona (1541-1546), de Spira (1542-1544), de Nuremberg (1542), de Ausburgo (1547); desde un principio estaban convencidos, como los legados pontificios, de la inutilidad de tales reuniones. Las controversias que preparaban esas reuniones con los teólogos protestantes no se verificaban; sus memoriales sobre la situación religiosa no eran tenidos en consideración; el partido que Bobadilla tomará en 1547 contra el *Interim* de Ausburgo, le valdrá la expulsión de Alemania. Allí donde los Nuncios de Paulo III son impotentes para hacer decretar medidas eficaces para arruinar la posición política del protestantismo, tres pobres religiosos forzosamente se verán condenados al papel de testigos. (20)

Además, no son diplomáticos de profesión, sino ante todo apóstoles. Entre los señores, los prelados y el pueblo de las ciudades donde se reúnen las dietas,

multiplican los socorros espirituales, predican y explican la Escritura y confiesan en las iglesias. El resto del tiempo lo consagran a la oración y a las conversaciones particulares con quien quiera que solicita un consejo. Allí están en su propio terreno y su acción es fecunda; sus cartas a Ignacio lo revelan. (21)

Fabro no se quedó mucho tiempo en Alemania. Llevado por Ortiz tiene que seguir al Embajador en su regreso a España (1541). Pero Jayo y Bobadilla pasaron años en el Imperio, yendo de ciudad en ciudad. En Ratisbona, Jayo (22) estimula al Obispo, reforma al Capítulo, se enfrenta a los doctores herejes, explica la Epístola a los Gálatas (1542). Luego da lecciones en la Universidad de Ingolstadio (1544) y al mismo tiempo prepara aquél su restauración completa. Predica ante el Emperador y el Rey de Romanos. Por donde quiere que aparece, en Dilinga, en Eischtatt, en Salzburgo, en Worms, renueva en torno suyo la vida cristiana. El Cardenal de Ausburgo, el célebre Otón de Truchess, lo delega para el Concilio de Trento (1545). El Rey de Romanos lo hubiera hecho Obispo de Trieste sin la enérgica resistencia de Ignacio de Loyola (1546).

Como el saboyano Jayo, el español Bobadilla pasea su celo de ciudad en ciudad, en seguimiento de los Nuncios del Papa o del Rey de Romanos. En Nuremberg, explica la Epístola a los Romanos y disputa con los teólogos protestantes (1542-1543). Juntamente con el Obispo de Passau emprende la reforma del clero de la diócesis. Durante algunos meses, participa de los trabajos de Canisio en Colonia. Cuando Carlos V se decide a tomar las armas contra los príncipes protestantes, sigue a las tropas imperiales, se contagia de la peste y no escapa de la enfermedad sino para ser maltratado y despojado por los bandidos. Es él el primer capellán militar, de los que la Compañía de Jesús ha de dar gran número en el curso de los siglos. Acabada la guerra vuelve a Passau y predica la Cuaresma (1547) y en seguida va a ejercer sus ministerios en Ratisbona, en Viena, en Oestet, en Ausburgo, llamado por los Obispos y los Príncipes. Escribe para los Cardenales Farnesio y Cervini planes de reforma religiosa; impulsa a todos los que le tratan a la frecuencia de sacramentos. A él también el Rey de Romanos quiso hacerlo Obispo. (23)

Al lado de Jayo y Bobadilla, Pedro Canisio comienza su admirable carrera. Y siguiendo sus huellas, numerosos jesuítas emplearán tanta actividad en

aquellas regiones del norte, que los historiadores católicos no dudarán en llamarlos los salvadores de la religión en Alemania. Viviendo aún, le fue dado a Ignacio echar la semilla y ver las primicias de tan copiosos frutos; de la casita que el P. Kessel habitaba en Colonia saldrán los primeros novicios renanos, que irán a Roma a formarse en el espíritu de su vocación. (24)

*

* *

En Inglaterra, el cisma precedió a la herejía. Aun antes de definir el Credo del anglicanismo, Enrique VIII quiso ser Papa y ser reconocido como tal. Sus exigencias encontraron una resistencia que desde muy temprano produjo mártires. La sangre derramada, el robo de los bienes eclesiásticos, fueron los primeros hechos del Rey para mal reformar la religión. Irlanda comenzó desde entonces su dolorosa historia, que es la vergüenza de Inglaterra. Paulo III, conmovido, quiso saber en detalle cual era la situación de los católicos en la Isla de los santos. A instigación del Cardenal Pole, pidió a Ignacio nuncios que enviar en medio de los voraces lobos. Salmerón y Broet partieron, atravesaron Francia, llegaron y vivieron allí durante treinta y cuatro días en medio de mil peripecias, volvieron a Dieppe y esperaron en París la ocasión para una nueva expedición; hasta que por fin, por orden del Papa, tomaron otra vez el camino de Italia (1541). Otros jesuitas, más tarde, emprenderán la reconquista de Inglaterra bajo Isabel la sanguinaria. (25)

Francia también estaba trabajada por el protestantismo. Ignacio lo sabia por su estancia en París. Después, Farel y Olivetan prepararon los caminos a Calvino (26) y Calvino se desenmascaró; dogmatizó, organizó una iglesia reformada, que difiere de la iglesia luterana, tanto por las doctrinas como por las instituciones. (27) Pero si bien prestaba su fuerte auxilio a los protestantes alemanes contra Carlos V, y si bien ponía a veces mala cara a los teólogos más intransigentes de la Sorbona, Francisco I tomó respecto de la invasora herejía una política de resistencia; demasiado blando para aniquilar la nueva religión, fue lo bastante firme para impedir que dominara en el país. (28)

A despecho de esta paradoja inquietante, y a pesar de las rivalidades políticas de Francisco I y Carlos V, Ignacio envió pronto a unos

jóvenes jesuitas a la Universidad de París, porque estaba persuadido que en ninguna parte podrían formarse mejor en el verdadero saber. En la primavera de 1540, una colonia de estudiantes llegó a París, bajo la dirección de Diego de Eguía, y se instaló en el Colegio del Tesorero. En marzo de 1541, Domenech reemplazó a Eguía, y se hicieron algunos reclutamientos; de Roma llegaron los dos hermanos Estrada y Rojas; venían con ellos tres franceses Cogordan, Pelletier y Ruillet. Faltos de lugar, la colonia emigró al Colegio de los Lombardos. En octubre, Oviedo y Viola llegaron a unirse al grupo de los estudiantes, mientras que Cogordan y Rojas partían para Coimbra. Araoz, Millán de Loyola, Esteban Díaz y Rivadeneyra estaban allí en 1542. (29)

Esta juventud estudiaba con ardor, propagaba los *Ejercicios* y promovía la frecuencia de sacramentos. La iglesia de los Cartujos era el gran teatro de su celo eucarístico, y las comuniones de los estudiantes se hacían más frecuentes y numerosas. (30)

Entretanto la guerra entre Carlos V y Francisco I estaba a punto de estallar. Se preguntó al presidente del Parlamento si los españoles podían sin peligro permanecer en París. El prudente magistrado se excusó de opinar. Domenech dividió a su grupo; llevó consigo a los españoles a Lovaina, donde llegaron el 5 de agosto de 1542; los otros se quedaron en París, bajo el gobierno del P. Pablo de Aquiles; tuvieron pronto un alerta y por el temor de ver sitiado a París, se refugiaron en Lyon; pero después del tratado de Crespy (18 de septiembre de 1544) volvieron a la capital. Los ejercicios escolares continuaron y también su apostolado. Entre los novicios de entonces es preciso señalar al famoso Guillermo Postel. Sus lecciones sobre lenguas antiguas eran todo un acontecimiento. Los jesuitas las seguían, y él acabó por ponerse en la escuela de los *Ejercicios* y se hizo jesuíta en la Cuaresma de 1544. No era el único francés; con él entraron en la comunidad Pelletier, Pedro Chanal, Juan de la Gota, Juan Forcade y Nicolás Morel. Bien pronto el Obispo de Clermont les dará hospitalidad en su hotel de la calle de la Harpe, cerca de la iglesia de San Cosme y San Damián (1560), y a la generosidad del mismo Prelado se deberá, en Auvernia, la fundación del Colegio de Billom (1553). (31)

Mas durante largos años el Parlamento y la Sorbona estorbarán un mayor desenvolvimiento de la Compañía en Francia.

*

* *

Muy distintas fueron las condiciones de la entrada de la Orden en España. Los recuerdos dejados y las relaciones conservadas por Iñigo de Loyola, el crédito del doctor Ortiz, antiguo embajador del Emperador en Roma, la entrada de Francisco de Borja (32) en la Compañía y el favor de Carlos V, hicieron todo fácil.

Valladolid, Madrid, Burgos, Gandía, Valencia, Barcelona escucharon la palabra apostólica de Araoz y de Fabro. Gracias a la generosidad de los Prelados y señores que aseguraron la fundación, se abrieron colegios en Alcalá (1543), Valencia (1544), Valladolid, Gandía, Barcelona (1545), Salamanca (1548) y Burgos (1550). El año de 1548 el colegio de Gandía se transformó en Universidad. En ninguna parte fue tan rápida la expansión de la Orden. Al mirar a su país natal Ignacio de Loyola podía alabar a Dios por haber bendecido su obra (33).

En el siglo de oro de la monarquía española, los Países Bajos formaban parte del dominio de los reyes católicos. Carlos V era de Gante. El favor que la Compañía de Jesús gozaba en España y Alemania le faltaba en los Países Bajos. Los primeros jesuitas que allí aparecieron en 1542 eran unos pobres estudiantes españoles que huían de París a causa de la guerra entre Francisco I y Carlos V. Este grupo conducido por Jerónimo Domenech se refugió como pudo en Lovaina. Pero mal visto por la Universidad tuvo largo tiempo una existencia precaria; lo cual no impidió el que poco a poco hiciera algunas adquisiciones: Wischawen, Adrienssens, Goudanus, Brogelmans, Vinck y Lanoy fueron los primeros que se agregaron allí a la Compañía. (34)

En las costas del mar Tirreno como en las del mar del Norte, España era soberana. Napoles y Sicilia le pertenecían. Por largo tiempo Juan de Vega fue virrey de Napoles(1547-1575). Había conocido íntimamente a Ignacio en Roma, cuando allí representaba a Carlos V. Fue para él un verdadero gozo poner a disposición del fundador, a quien veneraba como a un santo, su autoridad sin límites. Su mujer Leonor Osorio rivalizaba con él en piadoso celo. El P. Jerónimo Domenech secundó las intenciones de Ignacio y de Vega con una

actividad y una abnegación que el cielo hizo fecundas. La reforma de las costumbres, la frecuencia de los sacramentos, fueron el fruto de sus predicaciones apostólicas en Palermo, Monreal y Messina. En esta ultima ciudad se abrió un Colegio en 1548. Las expediciones de Juan de Vega a las costas berberiscas llevaron a los jesuitas al África. Laínez (1550) y Nadal (1551) fueron los primeros capellanes de las tropas españolas enviadas contra los piratas de Berbería. (35)

*

* *

El fraccionamiento político de Italia en el siglo XVI dio a la expansión de la Compañía de Jesús en la Península un carácter particular. La acción de los Papas y de los Cardenales protectores de la nueva Orden se extendía por todas partes. La confianza de los príncipes y de los Obispos al multiplicar unas experiencias apostólicas de tanto éxito, ayudaron a propagar muy lejos el buen renombre de los jesuitas. Cosme de Médicis entre los soberanos, y también Hércules de Este, y entre los Cardenales, Cervini, Maffeo y Carpi, fueron los más decididos entre los patronos de la naciente Compañía.

Con la misma idea que le hacía enviar estudiantes a París, Ignacio creó a su vez casas de Estudios en Pisa, Ferrara y Padua. Los colegios serían menos numerosos que en España, pero los había en Tívoli (1548), Gubbio, Perusa, Bolonia y Ferrara. Las correrías apostólicas no cesaban por toda la Península. Jayo evangelizó a Ferrara; Salmerón a Verona y a Belluna; Broet a Monte Pulciano y Bolonia; Bobadilla como visitador episcopal recorrió toda la Calabria; y predicó en Nápoles, Chieti y Monte Fiascone; los jóvenes religiosos como Estrada, Ochoa y Otello reunían auditorios inmensos; el P. Landini recorrió toda la campiña de Massa y de Sarzana, antes de llevar a Córcega los esfuerzos de su celo (1552). Más que ningún otro, Laínez circula de un cabo al otro del país: predica, confiesa, explica a San Pablo en Roma (1550), en Florencia (1551), en Verona, Venecia, Siena, Pisa, Ferrara, Padua, Parma y Palermo. (36)

Junto a esta falange de infatigables obreros, los jesuitas de Roma no permanecían inactivos. En los primeros años, Ignacio no tenía muchas

personas aptas bajo su gobierno, pero poco a poco nuevos reclutas engrosaron las filas de los apóstoles del Evangelio en la Ciudad Eterna.

La iglesia de la Strada generosamente ofrecida por Pedro Codacio a la Compañía, antes de que se diera a ella él mismo, se hizo muy pronto un centro de vida cristiana. Los catecismos, los sermones, las lecciones de Sagrada Escritura, las confesiones eran ininterrumpidas. Las conversiones de mujeres de mala vida y de judíos, el cuidado de los enfermos y de los pobres eran considerados como algo de primera clase en el ministerio sacerdotal.(37)

Con la fundación del Colegio Romano y del Colegio Germánico, este apostolado tendría su perfección intelectual y su alcance más Lejano. (38)

El Colegio Romano, gracias a las generosidades de Francisco de Borja, comenzó en febrero de 1551 en una casa alquilada de la calle del Capitolio, y su primer rector fue el francés P. Pelletier. Creciendo el número de los alumnos se instalaron en otro local, en la calle que conduce de la Strada a la Minerva. Sus primeras clases fueron de latín, griego y hebreo; en 1552 ya asistían trescientos alumnos. Había algunos que iban a él, sin que sus propios padres lo supiesen, lo que produjo en cierta ocasión un tumulto de gritos de dos madres elocuentes que desde la puerta del Colegio reclamaban amenazadoras a sus hijos, tratando a los jesuitas de raptores de niños. (39)

El Colegio Germánico no tardó en abrirse. El apostolado en Alemania de Pedro Fabro en 1540 no tardó en suscitar en su mente la idea de que la primera necesidad de aquel pueblo era la formación de un clero digno de su vocación. Los Obispos alemanes y el Papa Julio III se mezclaron en la empresa: se resolvió formar en Roma a los futuros apóstoles de Alemania. (40) Vivirían bajo el mismo techo con los jesuitas, sus maestros; asistirían a los cursos del Colegio Romano, en el que se crearon a su favor cátedras de Teología Escolástica y de Sagrada Escritura. En una casa vecina al dicho Colegio Romano comenzó el Germánico con 24 alumnos en 1552. Ambos Colegios tendrían una prosperidad que aún perdura.

*

* *

En noviembre de 1530, los cardenales consultados por Clemente VII acerca de los remedios que habría que poner a los males de la Iglesia, determinaron que era necesario un Concilio General. Fue la gloria de Paulo III el haber anunciado a los príncipes el primer año de su reinado la futura Asamblea (1537) y haber convocado para Trento (41) a todos los obispos de la Cristiandad (1542). Hacía ya cuatro años que veía trabajar a los jesuitas y su confianza en ellos era total; el Papa, pues, pidió a Ignacio de Loyola tres hombres de su Compañía para ser en Trento teólogos de los legados que presidirían el Concilio.

Ignacio designó a Fabro, Laínez y Salmerón. Fabro, llamado de España donde residía a la sazón, murió al llegar a Roma antes de haber podido aparecer en el Concilio (l° de agosto de 1546). Laínez y Salmerón ya estaban en él, desde el 18 de mayo de 1546. Jayo también se encontraba desde el 16 de diciembre de 1545, y pronto llegaría Canisio en 1547; los dos últimos como delegados por el Cardenal de Ausburgo, Otón de Truchess. (42)

Las actas del Concilio mencionan la presencia y precisan el papel que en él desempeñaron los cuatro teólogos jesuitas. (43) Su capacidad, su fuerza de trabajo, su conocimiento de los errores protestantes, los designaron pronto para trabajos ingratos pero muy útiles. En particular el Cardenal Cervini, les encomendó la revisión de los libros de los herejes, la extracción de sus proposiciones sospechosas y la confrontación de esas proposiciones con las antiguas decisiones dogmáticas. Laínez y Salmerón hablaron frecuente, larga y doctamente en las Congregaciones. La vida de pobreza y abnegación que llevaban en los hospitales, su celo en la predicación y la confesión, fuera de las horas del Concilio, les conciliaron, tanto como su ciencia, la estima de los Prelados. Cuántos concibieron al contacto con aquellos hombres eminentes y evangélicos, una alta idea de la Compañía y se propusieron emplear a los jesuitas en el bien de sus diócesis. El Cardenal de Trento, los dos presidentes del Concilio, Del Monte y Cervini, ambos futuros Papas, daban el ejemplo de esta confianza. Los prelados españoles en un principio contrarios, entraron en la corriente general de esa simpatía que llevaba hacia los jesuitas los corazones de tantos hombres eminentes. Muchos Obispos les pidieron la redacción misma de sus votos. (44)

Lo mismo sucedió en Bolonia que en Trento, (45) cuando el Concilio fue trasladado allí, a causa de la peste que desolaba al Trentino (1547).

Cuando el Cardenal Del Monte fue elegido Papa y reanudó el Concilio interrumpido desde 1547, pidió a Ignacio que Salmerón y Laínez tomaran otra vez el cargo de teólogos pontificios, y éstos tuvieron que hablar en las sesiones casi todos los días. El Cardenal de Trento, el Cardenal Crescenzi, los Obispos de Modena, de Verona, de Calahorra, de Placencia, de Segovia, de Pamplona y otros les manifestaron mucha estima. Aun cuando la fiebre atacó a Laínez, el Cardenal Crescenzi no permitió que saliera de Trento. Los discursos de los dos jesuitas sobre la Eucaristía, la Misa y el Orden Sacerdotal fueron particularmente notables. Fue considerable la parte que tomaron en la redacción de los Cánones sobre los sacramentos; su colaboración tenía la preferencia de los Legados, bien que no faltaban grandes teólogos en la Asamblea, (46)

Además de su cargo, la modestia y el celo de los Padres redundaron en honor de la naciente Compañía, más allá de lo que puede decirse. La fundación de numerosos Colegios en Alemania, España, Flandes, Francia e Italia se decidió en amigables conversaciones entre unas y otras de las sesiones del Concilio.

*

* *

La obra de Simón Rodríguez en su país natal es considerable. Consejero de Juan III, confesor del príncipe heredero, su influencia hizo de la Corte de Lisboa una admirable Corte cristiana. Con el auxilio de los príncipes portugueses fundó los Colegios de Coimbra(1542) y de Ebora (1551).

La vida de Portugal se había extendido increíblemente por los mares. Perdido en la extremidad de Europa meridional, este pequeño pueblo ha escrito en la historia una epopeya grandiosa. Sus navegantes descubrieron continentes nuevos; sus reyes multiplicaron sus colonias; mezclándose con los soldados y los marinos, sus misioneros enarbolaron la Cruz por encima del pabellón nacional, en tierras hasta ayer desconocidas. Los portugueses de Juan III llegaron a Mauritania, al Congo, a las Indias, al Japón y al Brasil. Pronto llegarían a Etiopía. Los jesuítas iban con ellos: Juan Núñez y Luis González fundaron la

misión de Tetuán (1548); Jorge Vaz y Cristóbal Ribeyra, la del Congo (1548); Manuel de Nobrega y Juan de Azpilcueta, la del Brasil (1549), antes de la muerte de Ignacio Juan Núñez y Andrés de Oviedo partirán para Etiopía (1555). No se puede contar minuciosamente todo el celo inventivo y la energía que estos hombres desplegaron. (48)

Pero por gloriosas que sean sus conquistas fueron sobrepujadas por un conquistador, en las misiones lejanas, cuyo nombre brilla ahora como en aquellos días de hace tres siglos. Salido de Roma el 15 de marzo de 1540 con el embajador portugués Marcareñas, Francisco Javier fue a poner bajo la égida de Nuestra Señora de Loreto los ardores de su celo devorador como el fuego. No se detuvo en Lisboa sino el tiempo necesario para preparar su expedición. El 7 de abril de 1541, se embarcó en el *"Santiago"* con el nuevo gobernador de las Indias, Francisco de Souza, para llegar a Goa el 6 de mayo de 1542. Evangelizó la costa de la Pesquería (1542), el reino de Travancor (1544); voló a las Molucas en 1546-47; envió a Barceo a Ormuz en 1546, estableció en Goa diversas obras destinadas a la conversión de los europeos; organizó el gobierno de la naciente misión y partió para el Japón (1549). Allí permaneció dos años, fundó una Iglesia y volvió al mar, desembarcando en Sanchoan donde murió el 2 de diciembre de 1552 a la edad de 45 años, frente a frente de la China, cuya gran Muralla quería perforar, para abrir paso a Jesucristo. Ningún misionero ha cruzado caminos más difíciles, con un ardor más encendido, una confianza en Dios más absoluta, y más maravilloso éxito. Su vida fue prodigiosa por los milagros operados, las conversiones logradas y la abnegación heroica. La Iglesia que habrá de canonizarlo, le dará el nombre de Apóstol de las Indias. En medio de los conquistadores del siglo XVI, la figura de Javier irradia y domina como otro San Pablo. (49)

Y en aquella Alemania, a la que los errores y las violencias de Lutero han hundido en tan grande confusión, se levantará un hombre que será por cincuenta años su gran apóstol. Entre todos los que se empleaban allí en defender la fe de sus abuelos, nadie le igualará en ciencia, en celo y santidad. Admitido en la Compañía de Jesús en Maguncia, en mayo de 1543, Pedro Canisio será desde ese momento el mismo hombre extraordinario que continuará siendo durante su larga vida. Aun estudiante en la Universidad de Colonia,

publicó una nueva edición del místico dominicano Juan Taulero (1543). El año de su ordenación de sacerdote editó las obras de Cirilo de Alejandría y de San León el Grande(1546). Apenas consagrado sacerdote, fue encargado por Carlos V de obtener la dimisión de Hermán de Vied, indigno Arzobispo de Colonia. Tan hermosos principios tuvieron una más hermosa continuación. El restaurará la Universidad de Ingolstadio y la de Viena; predicará en la Corte y evangelizará la campiña; y escribirá esa *Suma de la doctrina cristiana* que será todavía por mucho tiempo después de su muerte, el arsenal de todos los controversistas católicos. (50)

En su rostro grave y enjuto, que iluminan dos grandes ojos, se lee su reflexión paciente, su espíritu de empresa, su abnegación a toda prueba. Si se abriera su corazón, se oirían los suspiros del más amante contemplativo. Nos ha dejado como Fabro una especie de autobiografía, y como la de Fabro, la suya es un himno al Señor, todo penetrado de humilde y dulce agradecimiento. El 3 de septiembre de 1549, la víspera de su profesión en Roma, Canisio fue a arrodillarse ante la tumba de San Pedro, con el alma llena de un fuego que se exhalaba en ardientes suspiros por la conversión de Alemania. Un ángel se levantó de pronto a su lado, descubriéndole la gracia de la vocación y los abismos de la humana miseria. Conmovido hasta lo más hondo del alma, aquel digno hijo de Ignacio, pensando en su holocausto del día siguiente, se atrevió a pedir al Corazón de Jesús que se le entreabriera. Y ese Corazón Divino se le apareció como una fuente fecunda; puso el religioso en El sus labios, y se sintió como un hombre nuevo, revestido de pureza, de caridad, de constancia y de paz. El mismo en sus *Confesiones* nos ha contado esta conmovedora visión. (51) Su vida apostólica en Alemania demuestra que no fue la visión en San Pedro una ilusión. (52) En medio de los primeros reclutas de la naciente Orden, es él quizás el que realiza, en la más admirable armonía, aquel ideal de oración, de ciencia y de empresa que embargaba el espíritu de Ignacio de Loyola, como el ideal del verdadero compañero de Jesús.

Cuando conoció a Pedro Fabro, Canisio quedó deslumbrado. Terminadas apenas sus primeras conversaciones con el hombre de Dios escribió a uno de sus amigos que jamás había conocido a un teólogo más esclarecido y profundo y una alma de más excelente virtud. (53) Eso era juzgar bien. Pedro

Fabro (54) pasa como un meteoro luminoso de Italia a Alemania, de Alemania a España para volver nuevamente a Alemania y pasar después a Portugal. Parece que la Providencia que había medido muy corta la carrera de este astro en el firmamento hubiera querido por medio de la irradiación de su purísima luz, fijar en toda la Europa Occidental la atención de los espíritus y la simpatía de los corazones sobre la naciente Compañía. Este pastor de una aldea oscura de Saboya fue llamado al Coloquio de Worms, a la dieta de Ratisbona, a la Corte de Toledo y de Valladolid. Los legados del Papa, los príncipes Obispos del Rhin, los cortesanos de Carlos V le consultaban sobre los asuntos públicos, le abrían sus conciencias, hacían bajo su dirección los *Ejercicios Espirituales*. Nadie de 1539 a 1546 hizo más para conquistar en Italia, Alemania, España y Portugal la más alta estima de la Compañía de Jesús; saber, celo, prudencia, buena gracia, vida santa, nada le falta; conquista las simpatías, cambia las almas, levanta por doquiera la vida cristiana. ¡Qué acción profunda hubiera ejercido sobre los luteranos, en Worms y en Ratisbona, si no se le hubiera prohibido toda conversación con ellos! En aquella Alemania donde contra la rebelión protestante, era impotente la autoridad del Emperador, y vanos los discursos de los doctos, hubiera querido que se llevaran las controversias por otro camino; y sobre todo deseaba que el mayor esfuerzo se hiciera por la santificación del clero, cuya indignidad proveía a la Reforma de su principal pretexto. ¿Quién diría que esa manera de ver las cosas un santo, no era también la de un hombre de Estado? (55)

Entre los grandes de España que percibieron la irradiación de Fabro no puede olvidarse a Francisco de Borja. Se encontraron lo más tarde en 1542, y si desgraciadamente las cartas que se escribieron se han perdido, sabemos por lo menos que se escribían y entrevemos en qué términos. ¡Qué ejemplo el de Borja! Casto, aunque nacido de una sangre corrompida, bastante noble para despreciar la nobleza humana, mortificado en las Cortes, humilde en la religión, siempre hombre de oración, amado de Dios único Dueño de su corazón, amable a los hombres a quienes atrae su dulzura, jefe eminente cuya vida religiosa se gastará en el fragor de los negocios, en los caminos y en la soledad de una celda, sin que el brillo de su santidad haya palidecido un momento ante las miradas de los que le rodeaban. En la España de Felipe II y en la Roma de San Pío V

ningún otro nombre será como el suyo, una verdadera fuerza para la naciente Compañía. (56)

Con Javier, Borja, Canisio y Fabro, la Compañía domina por sus excelsas virtudes. Los cuatro serán puestos en los altares por la Iglesia. Pero los demás, Laínez, Jayo, Broet, Bobadilla, Salmerón son también hombres de Dios. A su ejemplo los jóvenes jesuitas promovidos al sacerdocio rivalizaban en celo. Todos se abnegaban sin término; los niños, los pobres, los pecadores tenían sus preferencias; si hablaban con los grandes de la tierra era para recordarles sus responsabilidades y la vanidad de las cosas pasajeras de este mundo; su ambición única era la de hacer reinar en las almas la gracia divina. Empleaban en ello todos los medios tradicionales: la oración, la predicación, la confesión y la comunión. En sus manos, que Dios hacía poderosas, esos medios tenían la misma eficacia de los primeros tiempos del cristianismo.

En el corazón de todos estos apóstoles, compañeros de la primera hora o nuevos reclutas, palpitaba la misma gratitud ardiente a Ignacio de Loyola; veían en él mejor que a un superior canónico, a un padre que les había dado la vida del espíritu, y un modelo que los dominaba por el ascendiente de su virtud. Las lecciones y los ejemplos de este maestro eran como un molde vivo en el cual sus almas, sin dejar de ser divinas, habían adquirido una huella común: todos querían seguir como él a Jesucristo, en primera fila, por su amor, y ser como él eficaces salvadores de las almas perdidas. Desde las diversas regiones en donde ejercían su apostolado, escribían a Roma cartas largas y detalladas. Ni todas llegaron a su jefe, ni todas han llegado a nuestras manos. Pero Ignacio recibió bastantes para comprender que debía bendecir a sus hijos y glorificar a Dios. El les escribe alentándolos, los anima a hacer todo y a sufrir todo por el amor del Señor y añade a veces discretos consejos. Se conserva su correspondencia. Ella nos instruye de las maravillas de este apostolado. Sobre todo, nos dibuja las almas de estos apóstoles, almas ardientes, unidas, fraternales, verdaderamente llenas del Espíritu Santo.

Notas Capítulo Décimo Séptimo

1.—Las cartas de Ignacio escritas en castellano están firmadas: Iñigo o *Inigo* hasta 1543. A partir de esa fecha, la forma *Ignacio* prevalece. Por el contrario desde la primera carta latina que

conocemos de él (2 de diciembre de 1538) el santo firma *Ignatius* (*Ep. et Instr. I, 136*) en diversos documentos que le conciernen: sentencias de Conversini en Roma en 1540 y de Gaspar de Doctis en Venecia en 1537 (*Scrip. 5. Ign. I, 625*); títulos de ordenación expedidos por el Obispo Negusanti en Venecia en 1537, y folios de los poderes acordados por el Nuncio Veralli en la misma fecha; certificado de los padres dominicos de la calle Saint-Jacques, y testimonios académicos de París en 1535, 36 y 37. Bajo el nombre de *Ignatius de Loyola Pampelunensis* está inscrito el estudiante de la Universidad en el registro del Rectorado (B. N. MS. Latín, 9,952.) La forma *Enecus* no se encuentra sino en las dos piezas latinas de los procesos de Azpeitia de 1515.

De todos estos hechos ¿que se puede concluir? Sólo los escribanos de su patria le llaman *Enecus*; él mismo se llama siempre *Ignatius* ¿Por qué? ¿Por qué cree que esa es la verdadera traducción de Iñigo? Quizás. Si tuviéramos alguna firma de él anterior a su conversión, podríamos resolver el problema; pero no la tenemos. En todo caso dos cosas son seguras. Sus hijos tenían el primer día de febrero por el día de su fiesta. (Polanco *Complementa* II, 595.) El mismo tenía una devoción particular a San Ignacio mártir, y así lo escribió a Francisco de Borja en 1547. Esta devoción pudo formarse o alimentarse en París, donde las hermosas cartas del gran Obispo de Antioquía fueron editadas por Lefevre d'Etaples en 1498. Pudo también remontarse hasta el *Flos Sanctorum* de Loyola, si la edición de que se sirvió el herido de Pamplona contenía la vida del admirable mártir.

2.—Bobadilla, *Mon*. 16; Tacchi II, 214.

3.—Polanco, *Cronicon*, I, 81; Tacchi II, 214-222.

4.—*Memorial* n. 20, 25, 29, 32, 35; Polanco I, 82, 83; Tacchi, II, 239-267.

5.—*Cronicon* I, 83; Tacchi II, 266-267.

6.—*Ep. Jaii*, 265-268; *Cron*. I, 84; Tacchi II, 279-384.

7.—Bobad. *Mon*. 618, 619, *Cron*. I, 85. Tacchi II, 285-290.

8.—*Cron*. I, 90.

9.—*Ep. et Instr*. I, 132.

10.—*Cron*. I, 86; *Memorial* n. 21.

11.— *Cron*. I, 87.

12.—Tacchí, II, 333-340.

13.—Astrain, I, 201-210.

14.—*Cron*. I, 81-89.

15.—*Ibid*. I, 85; Fouquer y *Hist. de la Compagnie en France* I, 127-128.

16.—J. Janssen *L'Allemagne et la Reforme* tr. fr. 58-64; 64-69; 305-313; 330-334; 344-345; 358-365, 436-444.

17.—*Id*. III, 466, 473, 496, 531, 587, 591, 595.

18.—*Id*. II, 128-134; 200-203; 299-311.

19.—*Id*. III, 24-31; 43-57; 125-159; 181-204, 375-380.

20.- *Cron*, I, 93, 99, 112, 113; Fabri *Mon*. 44-124; Bobad. *Mon*. 34-125, 620-624 *Ep et Jaii* 273-276. Acerca de Fabro ver Pastor XI, 536-337.

21.- *Memorial* n. 23; Bobad, *Mon*. 620-621; *Cron*. I, 93, 96 Bernard Duhr S. J. Geschichte der Jesuiten... I, 1-32.

22.- Cron. I. 99, 113, 133, 135, 152, 154, 183, 216, 224, *Memorial* n. 27 *Ep. Jaii*, 280, 281, 286, 292, 301-314; Pastor, XI, 537-539.

23.—Bobad. II, 24, 44, 72, 103, 109, 117, 126, 623; *Cron*. I, 113, 135, 183, 184, 243-244, Pastor XI, 539-540.

24.—*Cron*. I, 139, 291, II, 84.

25.—*Id*. r, 96, 98, Ep. Broet. 23, 31.

26.—Imbart de la Tour op. cit. III, 456, 493.

27.—E. Doumerge, *Jean Calvin*, IV, 85-418, 419-476.

28.—Imbart de la Tour, III, 137-272, 525-532.

29.—*Cron*. I, 93, 98; Fouqueray op. cit. I, 128-134.

30.—*Id*. I, 141.

31.—*Cron*. I, 139, 156, 182, 246, 296, 417-18; Fouqueray, I, 137-160.

32.—Suau. *Hist. de S. Franc. de Borja*, 178-182; Astrain, I, 285-290.

33.—*Cron*. I, 88-140; 160-185, 207, 297, 492. Astrain I, 257-331 A. Poncelet, *Hist. de la C. de J. en los Países Bajos,* I, 39-60.

34.- *Cron*. I, 115, 136, 141, 294.

35.- *Id*. I, 97, 210, 236, 279, 364.

36.—*Id*. I, 98, 111, 127, 129, 172, 177, 217, 226, 232, 270, 389.

37.—*Id*. I, 85, 90, 97, 109, 127, 148, 168, 208, 266, 360.

38.—Card. Andrés Steinhuber S. J. *Geschichte des Kollegium Germanikum-Hungarikum in Roma,* I.

39.—*Cron*. II, 165, 420, III, 8.

40.- *Ibid*. III, 8.

41.- Pastor, XI, 34-110; XII, 95-122.

42.- *Cron*. I, 94, 177, 179, 181, 214.

43.- *Acta Concilii Tridentini* V; para Jayo, 130, 330, 366, 484, 658, 935, 990; para Lainez 433, 825, 850, 934; para Salmerón, 434, 546, 549, 877, 879. Esto no concierne sino a las primeras sesiones del Concilio marzo de 1546-marzo de 1547. (ed. Ehses).

44.—Astrain, I, 511-567.

45.—*Cron*. I, 216.

46.—*Ibid*, II, 179, 249-255, 465-471.

47.—*Ibid*. I, 143, 327, 446, 448.

48.—*lbid*. I, 329, 332-337, 448-452. V, 685-707; VI, 716. Rodríguez *Hist. de la C. de J.*, vol. I, 282-375, 405-431, 2 vol. 517-565.

49.—*Cron*. I, 105-109, 145-147, 199-207, 258-264, 452-488; II, 132-157, 397-419; 729-780. A. Brou, *S. Franc. Javier* I, 147-288, 345-440; II, 119-243, 337-353.

50,—*lbid*. I, 116, 155, 214, 410, 418; *Canisii Ep*. 38, 39.

51.- Braunsbergcr. *B. Canisii ep*. I, 53-56.

52.- L. Michel, *Vida del B. Canisio*, 35-85; 99-169.

53.- *Ibid*. 76.

54.- *Cron*, I, 93, 96, 101, 114, 117, 136-38, 157-59, 160-64, 186, 189. Astrain, I,

55 .—*Ibid*. 105, 115.

56.—Suau *op. cit.*, 167-178, 281-339. 397-417.

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

18. LAS CONSTITUCIONES

La Bula de Paulo III daba a la Compañía un estatuto canónico y un bosquejo de legislación. Muy pronto se reconoció que este bosquejo era insuficiente. Ya vimos que el 4 de marzo de 1541, Iñigo y sus Compañeros interpretaron ese texto, precisando cuarenta y nueve puntos (1).

No había en eso ni política fraudulenta, ni temeraria audacia. Paulo III al registrar la fórmula del Instituto, que los iñiguistas le presentaron por medio del Cardenal Contarini, les reconoció y concedió el derecho de hacer unas Constituciones para la Orden como lo juzgaran conveniente y además es manifiesto, cuando se examinan los puntos fijados en 1541, que sus desarrollos prolongan las líneas de la Bula en el mismo sentido en el que ya iban dirigidas. El edificio se levantó y engrandeció, pero conforme al reducido plan trazado desde un principio.

Este ensayo de legislación concierne sobre todo a la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños, y a la manera de vestir y calzar. Ignacio considera estos puntos ya fijos, como teniendo fuerza de ley, aunque declara su redacción provisoria. Promulgó esos artículos, con ese doble carácter, en una carta a Laínez, (2) fechada el 18 de marzo de 1545. Al mismo tiempo advirtió por una circular a todos los suyos que Paulo III había quitado la restricción hecha a la Compañía de Jesús, de no pasar del número de sesenta sus miembros; podría ya desde entonces reclutarse sin límite alguno. (3)

Desde el momento en que se amplía así el horizonte y que a través del favor del Papa que crece se transparentaba el aliento divino a proseguir audazmente la obra comenzada, es probable que Ignacio, ya en 1543, se ocupaba de las futuras constituciones. Tenemos esta seguridad formal, de parte de Domenech, en una carta del principio de 1544.(4) Pero ese trabajo debe entenderse un trabajo fragmentario, al capricho de los tiempos libres, que son pocos, y de las reflexiones que son lentas. Iñigo tenía mala salud, estaba muy ocupado, y nunca tuvo la costumbre de precipitar el trabajo.

La experiencia y la voluntad de Dios son sus dos grandes reglas de conducta. Cree en los hechos, y cree también que por los acontecimientos habla la Providencia divina. Primero, observa el rendimiento de la maquinaria que ha construido. Sus compañeros ejercen su apostolado en países y bajo formas múltiples. Tal diversidad, es una experiencia preciosa. Gracias a las frecuentes correspondencias en las que quiera que cada uno de los obreros se acostumbre a contarle lo que hace, el jefe de la Compañía puede medir personalmente el justo alcance o la no conveniencia de los medios empleados para el fin propuesto. El mismo, en Roma, no se absorbe por completo en el trabajo de administración. Cierto, recibe (5) gran cantidad de cartas, y escribe otras con gran trabajo; (6) trata con muchas personas, españoles de marca, Prelados y Cardenales de la Curia Romana; y sus audiencias le quitan demasiado tiempo; pero su celo encuentra todavía tiempo para oír confesiones, acoger a los judíos convertidos y a las pecadoras arrepentidas. Este trabajo personal controla el de los otros, y en todo caso enriquece su experiencia.

En la obra del *Código de la Compañía de Jesús*, Ignacio procede como lo hizo en la redacción del libro de los *Ejercicios*, y como quiere que el ejercitante, formado por él, lo haga para el reglamento de su vida personal: anotar las luces de lo alto y las lecciones de los hechos, a medida que se presenten. En eso está la prudencia cristiana. Un libro iluminado como un cielo de estío, un libro sólido como el granito de las montañas, saldrá de esta lenta elaboración.

Por los papeles de los Archivos sabemos que, a partir de 1542, no tardó en tomar algunas decisiones, especialmente sobre la fundación de los Colegios y sobre la pobreza. (7) La donación de la iglesia de Nuestra Señora de la Strada, hecha por Pedro Codacio, es aprobada (8) por el Papa (24 de junio de 1541) y presenta desde luego candente la cuestión de si el Santuario, a defecto de la Comunidad, podría poseer algo. El problema fue resuelto afirmativamente, conforme al uso de las Ordenes mendicantes reconocido como legítimo por todos los canonistas (9). Pero esta solución no agradó mucho tiempo a Ignacio. A principios de 1544 comenzó a reflexionar detenidamente sobre el caso; y al mismo tiempo que, durante esta deliberación, tenía el cuidado de estudiar las reglas de todos los otros institutos religiosos, imploraba ardientemente la luz del cielo. Tenemos una parte de su diario de 1544 y

1545. (10) En él vemos con qué increíble perseverancia y con qué admirables escrúpulos trataba de arrancar al Señor el secreto de su voluntad acerca de la pobreza que convenía a las casas profesas de la Orden. Cuarenta días de esfuerzo son necesarios antes de llegar a la decisión en plena luz.

Hacia esta época también el fundador pone por escrito sus puntos de vista acerca de las misiones, (12) para las que el Papa pide sujetos de la Compañía. Luego vendrán los ordenamientos para las casas de estudios, (12) notas sobre los impedimentos (13) que pueden apartar de la Compañía a un candidato, sobre la ambición de puestos honoríficos, (14) sobre los ministerios que hay que evitar (15).

A pesar de todo esto, el trabajo avanzaba lentamente. Muchos menesteres diversos disputaban las horas a Ignacio, y no tenía a su disposición sino secretarios eventuales. Coduri, que le hubiera sido su auxiliar precioso, le había sido arrebatado por una muerte prematura; Javier había partido para Lisboa y las Indias; los otros, que vinieron después, eran demasiado jóvenes para servir de otra cosa que de amanuenses; Frusio, Nadal, Rivadeneyra, Domenech, Ferrón, tuvieron ocasiones de prestar su pluma a su venerado maestro y Padre (16). Fue solamente hacia mediados de 1547 cuando Juan de Polanco tomó cerca de Ignacio el puesto de secretario, en el que durará muchos años. (17) Nacido en Burgos en 1515, estudiante de Filosofía en la Universidad de París, Juan de Polanco, cuando salió de Francia, había tomado el camino de Roma, para entrar en posesión de un empleo de *scriptor apostolicus*. En este viaje encontró a Laínez e hizo los *Ejercicios* en 1541. Entrando en la Compañía, acabó sus estudios en la Universidad de Padua, y en seguida se entregó en Toscana a los ministerios apostólicos. Esos siete años le hicieron conocer bien lo que era la vida de la nueva Orden. Muy afecto a su vocación, joven, instruido, tenía desde niño el gusto de escribir. Desde el momento que fue llamado al lado de Ignacio, éste tuvo mayor libertad; escribió menos cartas personales; redujo el número de sus penitentes y se desprendió cuanto pudo de otros negocios. La redacción de las Constituciones fue entonces su ocupación capital. Polanco lo asegura en una carta (18) del 31 de octubre de 1547.

Se ha dicho a veces que el Santo, cuando se ocupaba en esta empresa, no tenía sobre su mesa de trabajo otra cosa que su breviario, y que ignoraba todas

las reglas de las demás Ordenes religiosas. Piadosa ilusión, desmentida por los hechos y poco conforme al carácter de aquel hombre. Como todos los grandes jefes, Ignacio nunca quería dar una resolución sino sobre datos exactos, y tenía demasiada estima de la tradición, para desdeñar diez siglos de experiencias monásticas. Polanco le servía para esa indispensable rebusca en las legislaciones de las Ordenes religiosas anteriores, y para la adaptación del Código de la Compañía al Derecho Canónico en vigor y a las Bulas de Paulo III. Ya Bartoli hizo alusión al estudio de los precedentes (19), y los papeles que nos quedan prueban cuán minucioso fue el examen de las constituciones de los franciscanos, benedictinos y agustinos. (20) La ayuda de Polanco era tanto más preciosa al General, cuanto que Laínez, Salmerón y Nadal, buenos consejeros por cierto, estaban frecuentemente lejos, pero no es necesario decir que no fue Polanco el único consejero; Nadal lo fue también. (21)

En agosto de 1548, el trabajo había avanzado lo suficiente para que el General pudiera pensar en una reunión de todos los profesos, que podría tener lugar en Roma con ocasión del jubileo de 1550 (22). Después de la muerte de Paulo III y antes de la elección de su sucesor, tomó cuerpo el proyecto, y se decidió la reunión; tenemos la huella en la correspondencia de Ignacio de las invitaciones que se hicieron. (23) Julio III, desde su advenimiento, declaró inaugurado el jubileo que su predecesor había ya promulgado, y se dispuso todo para la llegada de los profesos.

Francisco de Borja partió de Gandía el 31 de agosto con Antonio Araoz, Andrés de Oviedo, Diego Mirón, Manuel de Saá, Pedro de Tablares, Francisco Estrada y Francisco Rojas. Por el sur de Francia y el norte de Italia los peregrinos llegaron a Roma el 23 de octubre. Ignacio, rodeado de su Comunidad, recibió al duque de Gandía en la puerta de Santa María de la Strada, (24) en tanto que las calles vecinas estaban llenas por el cortejo triunfal que el Papa, el Embajador de España y los Cardenales y el Patriciado habían organizado en honor del nieto de Alejandro VI. Nadie en esta multitud del desfile sabía que aquel grande de España acababa de ser graduado, el 20 de agosto, Doctor en Teología, y que pronto sería sacerdote; que desde el l°. de febrero de 1548, era profeso de la Compañía de Jesús, y que había hecho el viaje a Roma para deliberar con el P. Ignacio y los otros Padres sobre las

Constituciones de la Orden, que Julio III acababa de confirmar(21 de julio de 1550).

Laínez, Miona, Andrés de Freux, Polanco, estaban cerca de Ignacio; Jayo y Salmerón estaban ocupados en Alemania; Broet en Bolonia y Bobadilla en Calabria; pero es cierto que Bobadilla vino por unos momentos a unirse a los demás profesos, y que Salmerón avisado por Ignacio que sería llamado, pasó por Roma en enero de 1551. (25) Desde los primeros días de noviembre de 1550 hasta los primeros días de febrero de 1551, el General de la Compañía conferencio con los profesos que había llamado, a fin de solicitar humildemente su parecer. Cada uno tenía plena libertad para formular sus observaciones. Algunos lo hicieron. (26) Bobadilla encontraba el texto de Ignacio demasiado largo y hubiera querido un resumen fácil de leer; y además pedía que en cada casa hubiera una biblioteca, y que los escolares tuvieran cada ocho días un ejercicio de predicación en griego o en latín. Laínez, Araoz y Salmerón fueron de parecer , que renunciar a sus bienes antes de la profesión era injusto y peligroso y que preferían reservar al Papa más que al General el poder de expulsar a los religiosos en cualquier país; dijeron que siendo falseada la Vulgata, o ser su texto menos claro que el original hebreo, era excesivo decir que los jesuitas aprenderían las lenguas antiguas para defender a la Vulgata; y finalmente, no veían por qué en la Compañía, como en las otras Ordenes religiosas, el procurador no había de vivir en la casa. Salmerón puso aun otras dificultades; éstas entre otras: ¿por qué no reducir los impedimentos canónicos a tres o cuatro? ¿Por qué suscitar para los candidatos la cuestión de la descendencia de cristianos nuevos? ¿Sería exacto declarar libres de sus votos a los sujetos expulsados, en atención a que sus votos habían sido perpetuos? ¿Será bueno fijar la profesión a los 25 años, de manera que sea imposible hacerla antes de esa edad? ¿Para qué dejar en la fórmula de los votos de los profesos, la cláusula *circa puerorum eruditionem*, puesto que la Bula de Julio III no la tiene? Y de una manera general ¿no sería mejor abreviar el texto de las Constituciones propiamente dichas?

En conjunto, la obra elaborada por Ignacio tenía la aprobación de todos. Los puntos señalados por algunos como susceptibles de modificación no eran sino pequeños detalles sin gran importancia. A despecho de esta clara

manifestación del contento de los profesos reunidos, Ignacio de Loyola estaba convencido de que lo mejor para su Orden era que el gobierno fuera confiado a otro General. El 30 de enero de 1551 escribió una nota. que contenía sus intenciones. Hablando como si estuviera delante de Dios su juez, decía a los suyos: *"Mis numerosos pecados, mis numerosas imperfecciones y mis numerosas debilidades, me hacen incapaz de mi cargo; lo he pensado desde hace mucho tiempo; deseo que se considere delante del Señor si no convendría elegir a otro que gobierne en mi lugar,* ***"mejor que yo"*** *o por lo menos, menos mal, y aun convendría elegir a uno que gobernara como yo; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, renuncio simple y absolutamente a la función que tengo, rogando al Señor con toda mi alma, a los profesos y a todos aquellos que quieran unírseles, acepten mi ofrecimiento que está muy justificado delante de la Divina Majestad; y si entre aquellos que tengan que decidir en esto, para la mayor gloria de Dios, hay alguna divergencia de opiniones, por el amor y reverencia debidas a Dios Nuestro Señor, les pido que encomienden mucho este asunto a la divina Majestad, a fin de que en todo se haga su santísima voluntad, para su mayor gloria, el bien más universal de las almas y de toda la Compañía"*. (27)

Al abrir la nota que contenía aquellas líneas, cada uno de los padres presentes en Roma debió besar con admiración la firma de Ignacio y dar gracias a Dios por haberles dado tal Padre. Ninguno absolutamente quiso aceptar aquella dimisión, y todos le rogaron que quisiera continuar, por el bien de la Compañía, llevando el fardo del gobierno. (28) El Santo no tardó en caer gravemente enfermo; pero la bondad de Dios permitió que la caída fuera de poca duración. Sin recobrar toda su solidez, su salud se mejoró por unos meses. (29)

El 4 de febrero de 1551, Francisco de Borja volvió a España, con Araoz, Mirón, Tablares, Ochoa, Estrada y algunos otros. (30) Al llegar a Viterbo, los viajeros encontraron a Simón Rodríguez y a Jorge Morera, que iban a Roma. Un breve alto en la ciudad les permitió un momento de fraternal conversación. (31)

Rodríguez había sido llamado a Roma, como los otros profesos, para deliberar sobre los intereses generales de la Orden. (32) No cabe duda que se le presentaron las Constituciones. Pero no parece haberse preocupado de otra

cosa que de conservar para la Provincia de Portugal el uso exclusivo de los bienes que recibiera (33) de la munificencia de Juan III.

Como se ve, el control a que Ignacio de Loyola había querido someter su obra, le traía, por la aprobación de los suyos, una garantía de verdad. Sin embargo, él revisará y retocará su texto, pero se puede afirmar que en 1551 el Código de la Compañía de Jesús estaba ya determinado.

*

* *

Una de las novedades del Instituto de los jesuitas es lo largo de su formación. Ignacio de Loyola pensaba que el verdadero medio de garantizar a su Orden contra el peligro de relajamiento, era el de multiplicar las pruebas antes de la incorporación a ella. No es, pues, sorprendente que al comienzo mismo del libro de las *Constituciones* encuentre bajo el título de *Examen general* un código preliminar, que se dirige a los candidatos. Es preciso que estos tengan desde el principio una idea sumaria pero exacta de la vida que desean abrazar, y es conveniente también que la Compañía pueda desde el primer momento tener como un bosquejo del retrato moral de aquellos que quieren ser miembros suyos. El *Examen General* provee a ambas cosas.

Ante todo hay los impedimentos, por así decir, dirimentes; (34) imposible admitir en la Compañía a herejes notorios; pecadores públicos; hombres cargados con una sentencia infamante; personas ligadas por los lazos del matrimonio o de la esclavitud; nerviosos, cuyo juicio no esté bien equilibrado. Esto es evidente en una Orden de sacerdotes consagrados a la santificación del prójimo.

Antes de recibir alguno en la Compañía, Ignacio de Loyola quiere certificarse acerca de los orígenes, la complexión y el capital intelectual y moral del que se presente.

La gracia de Dios es capaz de transformaciones instantáneas y radicales; no obstante, las conversiones maravillosas son raras. Importa extraordinariamente para calcular las probabilidades de la perseverancia en el bien, saber si un novicio nació de legítimo matrimonio, tiene sangre cristiana en las venas y fue formado desde su infancia en los hábitos de virtud y

piedad (35). No es tampoco indiferente que la condición de su familia sea modesta, mediana u opulenta, ¡son tantas las tendencias morales que en ello tienen su raíz profunda! En una Orden de apóstoles destinados a predicar el Evangelio en cualquier país, es necesariamente indispensable una salud lo bastante resistente para soportar largos estudios, duros trabajos, climas rigurosos; prudencia para el confesionario y elocuencia para el pulpito; una inteligencia penetrante y una memoria fiel que hagan el estudio fácil y provechoso. En fin, en un tiempo en que el protestantismo infectaba una gran parte de Europa y se infiltraba en las Universidades, ninguna precaución sería superflua para apartar de la Compañía a los espíritus inclinados a las opiniones nuevas o aun a las opiniones alejadas de la enseñanza comúnmente recibida en la Iglesia. Se preguntaría, pues, al candidato a la Compañía su estado de alma en materia de fe; sus dones intelectuales; qué escuelas y qué maestros había frecuentado y con qué deseo de aprender, y sus éxitos académicos; cuál era su temperamento (36) y su estado de salud, cuáles eran sus prácticas religiosas, (38) cuál era la religión y la condición de sus padres y sus parientes y cuál en fin el lugar de su origen. (39)

Con mayor razón debía interrogársele acerca de la historia de sus deseos de vida religiosa. Qué motivos lo llevaban a ella; desde qué tiempo pensaba en ello y quién le había infundido tal idea; ¿no sería acaso un jesuíta? En tales circunstancias, habría que esperar un tiempo, a fin de que el candidato, después de madura reflexión y de oración constante al Señor, tomara su partido con plena independencia. (40) En toda hipótesis y de donde quiera que le hubiese venido el pensamiento de entrar en religión, ¿estaba bien decidido a abandonar el mundo, para seguir los consejos evangélicos, y tenía una voluntad deliberada de vivir y de morir en la Compañía de Jesús? (41)

Y para evitar todo equívoco, se le decía lo que era esta Compañía. Una orden religiosa aprobada por Paulo III en 1540 y confirmada por Julio III en 1550, que tiene por fin la santificación de sus miembros y la de los prójimos. (42) Los jesuítas están ligados por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. No tienen derecho a ningún honorario, que pudiera ser considerado como recompensa de sus ministerios. Sus casas profesas no tienen bienes, ni rentas estables. La casa de formación sí puede tenerlas. (43) Los

profesos, a los tres votos tradicionales de religión, añaden el de una obediencia especial al Soberano Pontífice y deben estar dispuestos a partir, según órdenes suyas, a no importa cuál lugar del mundo, sin ocuparse del viático necesario. (44) La Orden no tiene penitencias de regla, pero cada uno puede tomar las que su confesor o Superior autorizarán. (45) Se distinguen en la Compañía varias categorías de personas: la. Los *profesos*, ligados por los cuatro votos solemnes ya dichos: 2a. Los *coadjutores espirituales y temporales*; los primeros se ocupan de los trabajos apostólicos y los segundos de los trabajos domésticos, y no hacen sino los tres votos de pobreza, castidad y obediencia; sus votos son públicos pero no solemnes. 3a. los *escolares*, quienes como su nombre lo indica, se aplican a los estudios; después de dos años de noviciado hacen sus votos simples de religión, a los que la promesa de entrar en la Compañía, a título de *coadjutores espirituales* o *profesos*, según que lo decidan los superiores, llegado el momento; (46) 4a. los *indiferentes*.

Con las tres primeras categorías de religiosos la Compañía de Jesús presenta ya una fisonomía aparte en la galería de las Ordenes fundadas hasta el siglo XVI, y en los alrededores del año 1540 tenía ya lo bastante para sorprender a un candidato a la vida religiosa. La categoría de los indiferentes presentaba algo de más anormal aún, y muy significativo. Ignacio de Loyola supone que hay, y desea que los haya, hombres que llamen a la puerta del noviciado para no importa cuál servicio de Dios, así debieran pasar su vida entera haciendo la cocina o barriendo la casa. Llama a estos candidatos los *indiferentes* (47). Para explicar esta concepción, es preciso recordar que en el siglo XVI el número de cristianos que entraban en la vida religiosa era considerable, y que para muchos jóvenes, aun de cierta condición, los estudios comenzaban tarde. Pero esta explicación no es sino parcial. El legislador, en Ignacio, es el mismo hombre de los *Ejercicios Espirituales* y de la meditación fundamental y la meditación del Reino. La indiferencia a todo lo que no sea servicio de Dios, la disposición generosa para reaccionar contra los gustos de la naturaleza, ávida de placeres y de honores, es para el la característica esencial del cristiano y la verdadera señal de un jesuíta. Esta es la razón profunda por la que pone entre los candidatos la categoría de los *indiferentes*.

Y es esto tan cierto, que aun a los candidatos que tienen estudios quiere que se les pregunte si están dispuestos a pasar su vida en los trabajos domésticos, en el caso que los Superiores juzgaren que más valdría así, para el bien de sus almas y el servicio del Señor. (48) Indiferentes y abnegados, todos lo deben ser en la Compañía de Jesús. Los coadjutores temporales no deben aspirar a los trabajos apostólicos, (49) los estudiantes deben aplicarse a los estudios que los superiores prefieran para ellos (50) y acabados sus estudios no deben desear más ser profesos que coadjutores espirituales (51); los que son incorporados a la Orden en la categoría de coadjutores espirituales, no deben intrigar para pasar a la de profesos, (52) y todos, sean lo que sean, profesos, coadjutores espirituales, coadjutores temporales, escolares o novicios, deben dirigir sus mejores y más constantes esfuerzos a buscar en el Señor su mayor abnegación y provecho espiritual y la más completa abnegación de sí mismos y la más continua mortificación que puedan. (53) En esto está para el fundador de la Compañía de Jesús el secreto de una vida espiritual intensa y de un apostolado fecundo. La Orden tiene por fin la santificación de sus miembros y de los prójimos, y este fin se logrará, en la medida en que cada uno sepa morir a sí mismo, conforme al consejo del Evangelio. La diversidad de grados, lo largo del período de formación en la Compañía de Jesús, tienen sus peligros para la debilidad humana; podrán ser para los candidatos una objeción previa, pero no lo serán para los corazones bien penetrados de la máxima evangélica: *que aquel que quiera salvar su alma, que la pierda*. Tal es la idea capital que desea Ignacio penetre a los futuros jesuítas desde el umbral de la vida religiosa. No hay otra, ni más indispensable, ni más eficaz.

A los que juzguen de las cosas únicamente por las apariencias, podrá parecer que en esto hay una preocupación autoritaria y el deseo imperioso de tener a mano instrumentos dóciles en vista de una obra, que es la que importa. Ignacio de Loyola tenía, en efecto, acerca del mando una idea demasiado clara y precisa para no querer esta subordinación completa de las voluntades individuales a la voluntad de un jefe, perfectamente obedecido. Su famosa carta sobre la obediencia bastaría para demostrar cuán familiares le eran estos pensamientos. Y no hay ningún espíritu juicioso para quien esta concepción no tenga la claridad de un axioma. No se es hombre de gobierno sino a condición de comprender y querer y procurar así la unidad social. En el espíritu de Ignacio

de Loyola, el acierto de estos puntos de vista humanos se iluminan con una luz superior: la luz que sale de las palabras y los ejemplos de Cristo llena su alma. Son las evidencias sobrenaturales del Evangelio las que le han lanzado a él mismo por los senderos de una abnegación heroica y arrastra a los suyos tras él. El candidato que sienta en sí el deseo sincero de esas santas aspiraciones, tendrá en su alma el germen de todas las virtudes que exige su vocación y ninguno podrá ser candidato si no da testimonio de estos deseos. (54)

Así, las pruebas previstas al principio del noviciado y durante todo el tiempo de formación, se encaminan a la destrucción total del espíritu del mundo y del orgullo.

El novicio tendrá que someterse a seis clases de pruebas: un mes de *Ejercicios Espirituales*, un mes de servicio a los enfermos en los hospitales, un mes de piadosa peregrinación, sin más recursos que las limosnas recibidas; además todos serán empleados en los trabajos domésticos más humildes; enseñarán la doctrina cristiana a los niños y a los sencillos; se ejercitarán en la predicación y cuando lleguen a sacerdotes en la confesión. El orden de estas pruebas, el tiempo que se les ha de consagrar y la época en que deben hacerse, queda siempre a la discreción de los superiores. Y claro está que el candidato debe tener buen testimonio de todos aquellos que lo vean a la obra, durante estas diversas pruebas, sin el cual la Compañía quedaría expuesta a conocerle mal. (55)

Una vez admitido en una casa de la Orden, guardará la clausura y todas las observancias; se confesará y comulgará cada ocho días; tendrá vestidos, alimentos, cuarto y muebles propios de pobres; en los oficios domésticos será diligente, exacto y dócil; paciente y obediente en la enfermedad; dispuesto a recibir todas las penitencias que se le darán por sus faltas y dichoso de ser conocido a fondo por sus superiores.

Antes de los votos, sean simples o públicos, debe hacer un retiro de ocho días y una consideración atenta de las Constituciones y Letras apostólicas que aprobaron la Compañía. Durante tres días los que han de hacer los votos mendigarán de puerta en puerta. Además es una disposición esencial que cada uno tenga lo m!ás profundo en el fondo del corazón el deseo de renunciar al mundo, a sus máximas y a su espíritu, y de revestirse de la misma librea de

Jesucristo, que fue la de la pobreza y los oprobios. La miseria humana nos aparta de esos sentimientos evangélicos, que fueron los de los santos, y por lo menos es necesario que cada uno de la Compañía tenga un sincero deseo de alcanzarlos, y se aficione, en el Señor, a la mayor abnegación y mortificación de sí mismo.(56)

El noviciado dura dos años. Hasta que hayan hecho los votos los novicios no tendrán hábito definido. Antes de entrar en religión todos deben hacer la renuncia de sus bienes personales. Si hay algunas buenas razones para no proceder inmediatamente a esta renuncia, el novicio debe por lo menos al cabo de un año declararse presto a despojarse de todo, el día que lo tenga a bien el Superior, y por lo menos, hay que hacer eso en el momento de los votos públicos de coadjutor o de profeso. Los pobres son los herederos previstos por el Evangelio; tal es la palabra misma del Señor al joven que le preguntaba por el camino de la vida eterna; pero puede suceder que se deban preferir los parientes a los pobres, y como en esto hay peligro de ilusión, por eso los religiosos deben, en caso de duda, remitirse al juicio de tres hombres de saber y experiencia designados por el Superior. En todo caso mientras estén en una casa de la Orden, no tendrán dinero a su disposición. Si son eclesiásticos, deberán resignar su beneficio, en las mismas condiciones que los que tienen un patrimonio.

Para mejor apartarse del siglo, es necesario que eviten al principio toda correspondencia con sus amigos y familiares, y serán contentos de que las cartas recibidas o enviadas sean leídas por el Superior, el cual podrá darlas o no al que van dirigidas, según le pareciere conveniente en el Señor. Todos los afectos naturales, por legítimos que sean, deben ser, como lo sugiere el Evangelio, dominados y gobernados por el amor de Cristo, que tendrá el lugar de todos aquellos a quienes ha abandonado por seguirle (57).

Este rompimiento de la naturaleza es una operación indispensable, a los ojos de Ignacio de Loyola, para que la formación del hombre religioso que desea sea posible. Insiste en ello en todos los capítulos del Examen General.

Quiere también que, entretanto se pronuncian los últimos votos, los escolares y los coadjutores temporales revisen frecuentemente las Bulas apostólicas y las Constituciones, y sean interrogados acerca de la firmeza de su

resolución en permanecer fieles a la vocación recibida. (58) El mismo practicaba a maravilla el consejo evangélico de *sentarse para examinar si se tienen los recursos necesarios para edificar hasta el techo*. Y desea que esta ley de prudencia sea la de los que se alistan en la Compañía de Jesús, porque pretende que su alistamiento ha de hacerse al mismo tiempo a la luz de la razón y con el fervor del amor.

Del mismo modo piensa que nunca conocerán lo bastante los jefes a aquellos que deben guiar en las empresas y campañas apostólicas. Es un punto en el que reflexionó largamente, en presencia de Dios, y con la luz de lo alto vio que la conducta de los obreros evangélicos ganará tanto más cuanto sus almas sean más transparentes a las miradas de los superiores. No solamente prescribe al principio de la vida religiosa en el noviciado una confesión general, que se renovará cada seis meses durante todo el período de formación, y todos los años después de los últimos votos; no solamente aconseja tener un confesor estable a quien se declare todo el bien y todo el mal que ha hecho, hasta el punto de repetir espontáneamente las confidencias que quizás hubiera hecho ya a otros confesores, (60) sino que ordena que se dé una cuenta de conciencia exacta y detallada al Superior desde el principio del noviciado, después dos veces durante el período de formación, y una vez cada año en lo sucesivo. Esta franca apertura del corazón, a causa de la humildad y pureza de intención que supone, es a sus ojos la condición de la perseverancia de todos en una virtud generosa, el único medio de un gobierno paternal y eficaz en la Compañía, la fuente de gracias divinas especialísimas y la garantía de un progreso universal constante (61). Tales son los puntos de vista que da acerca de la vida de un religioso de la Compañía de Jesús, el *Examen General*. La sustancia espiritual de las *Constituciones* está ya en este Código preliminar.

*

* *

El libro de las *Constituciones* propiamente dicho, es un libro admirable. Su plan es grandioso, la prudencia rara, el lenguaje simple, y la idea toda iluminada por la fe y el amor de Dios.

El legislador trata sucesivamente de la admisión de los candidatos; de su expulsión; de los medios de conservar a los religiosos en el espíritu de su vocación; de su formación intelectual; de las diversas categorías de religiosos; de las obligaciones personales de cada uno; del apostolado; de la unión de los miembros entre sí y con el Superior; del General de la Orden y de su gobierno; de los medios generales propios para asegurar la conservación y mejoramiento de toda la sociedad.

En los futuros jesuitas, Ignacio de Loyola desea lo más posible de dones naturales y sobrenaturales. La nobleza de nacimiento, una buena fortuna y una gran notoriedad en el mundo, hacen a una vocación más edificante por el desprecio de las vanidades que hace el que a ellas renuncia; pero estas superioridades humanas no pueden sustituir a las cualidades del espíritu, del corazón y de la virtud, que son las que más importan. Para los que serán destinados a los oficios domésticos, es necesario que tengan una conciencia firme, temperamento tranquilo, suave humor; que sean amigos de la perfección, inclinados a la devoción, contentos con servir a Dios y vivir en empleos vulgares. Los que están destinados al sacerdocio, deben tener buena cabeza para el estudio, discreción en su conducta, buen juicio, buena gracia en la conversación, calma, constancia, espíritu de empresa y valor, amor a la virtud y celo de las almas. Mientras más respondan los candidatos a estos ideales, serán más aptos para ser jesuítas. Que los que tengan el cargo de recibirlos los estudien bien y que cuenten para apreciarlos en su debida estima con la unción de la prudencia divina. (62) Los indómitos, los intrigantes, los débiles, los devotos indiscretos, los tontos, los falsos de carácter, los tercos no pueden ser aceptados sin grave daño. Quien tenga que decidir sobre tales candidatos, debe acordarse que la caridad hacia la Orden y hacia las almas que se han de evangelizar debe primar sobre el deseo de ayudar a un particular, facilitándole la entrada en un estado en donde hay el peligro de que sea inútil. (63)

En la cuestión de la expulsión, Ignacio de Loyola establece una escala graduada de dificultades, calculada según los lazos de los religiosos con la Orden, los servicios que haya prestado, la gravedad de las faltas cometidas o de los impedimentos constatados. (64) No admite proceso ninguno. El superior calificado obrará a la manera de un padre de familia; pero se le recomienda orar

ardientemente, reflexionar seriamente, pedir consejo, obrar con las mejores intenciones, emplear respecto del que se ha de despedir los procedimientos más amigables y más consecuentes, de manera que la separación deje al que parte en paz, y a los que queden, edificados. En su misericordia Ignacio indica que el despedido podrá ser de nuevo incorporado, si desaparecieren las causas de su separación; los superiores serán los jueces de lo que conviene; si lo aceptan de nuevo, el despedido volverá a recorrer enteramente el *curriculum* de las pruebas del noviciado como si jamás hubiera formado parte de la Compañía. (65)

La tercera parte de las *Constituciones* encierra la médula de la ascética ignaciana. Un corto capítulo reglamenta lo que conviene para la conservación de la salud. El mayor cuidado del legislador en este punto es sobre todo la conservación del espíritu religioso. Señala la importancia y recuerda los motivos de las virtudes de la pobreza, de la castidad y de la obediencia; del silencio, de la modestia, de la temperancia, y del trabajo; de la lucha contra las tentaciones, de la clausura, de las penitencias; de la pureza de intención, de la unión fraterna, del examen de conciencia, de la frecuentación de los sacramentos de penitencia y Eucaristía; de la generosidad y de la paciencia en las enfermedades (66).

Cada uno debe ayudarse a sí mismo con el máximum de buena voluntad y la más entera confianza en que la gracia de Dios no ha de faltarle. Pero la debilidad humana es siempre temible. Así, para sostenerla, Ignacio quiere la asistencia de tres hombres obligados por su oficio a velar y socorrer: el superior a quien el religioso debe dar cuenta de su conciencia; el confesor estable, al que cada uno debe abrir su alma como un libro, y el prefecto de las cosas espirituales, cuyos consejos privados y exhortaciones públicas dirijan y exciten el ardor de todos; el admonitor que tiene por misión señalar, sea al superior, sea a cada interesado las faltas exteriores al decoro religioso. El ejemplo de los más antiguos debe servir de aguijón a los más jóvenes. (67)

Para los religiosos que estudian, la mayor solicitud de Ignacio es que tengan un alma toda de Dios. Sin duda, quiere que el alimento y el sueño convenientes les den las fuerzas físicas necesarias para la vida apostólica futura, (68) pero quiere también que nada se descuide para una sólida y

completa formación intelectual: estudios de Gramática, de Humanidades y de Retórica; después, el ciclo de los estudios filosóficos y la Teología Escolástica y Positiva coronarán todo; se estudiará la Sagrada Escritura al mismo tiempo que la Teología o después; algunos también, a discreción de los superiores, estudiarán las lenguas griegas y orientales, no para combatir, sino para defender la Vulgata aprobada por la Iglesia. Se tendrá cuidado de que los profesores sean *"doctos, diligentes y asiduos."* Los estudiantes tendrán a su disposición una biblioteca común. Serán fieles en repasar las lecciones oídas, duchos en la argumentación, en el uso de la lengua latina, en la composición en verso, y tomarán grados universitarios. Los más inteligentes podrán, acabados sus cursos, emplear algún tiempo en especializarse, escribir algún libro, o ser destinados a su vez a dar públicas lecciones. (69) En todas estas prescripciones se encuentra al hombre del siglo XVI, el antiguo estudiante de Alcalá y de París, a quien el saber le parecía como un indispensable medio para autorizar el apostolado.

Pero por fuerte y clara que sea esta convicción, Ignacio prefiere la virtud a la ciencia. Por eso a cada instante bajo su pluma vienen los consejos espirituales. Recuerda en un prólogo que la doctrina no es sino un medio para ayudar a las almas a conocer y a servir a Dios. Recomienda a los estudiantes velar por que el ardor del estudio no apague su fervor; prescribe ejercicios cotidianos, la confesión y la comunión semanarias, la recitación del Oficio de la Virgen, la renovación de los votos dos veces por año (70). Todos tendrán, al tratar con los otros estudiantes, el más perfecto cuidado de la edificación. (71) Ante todo conservarán sus almas puras, y se nutrirán de las más altas intenciones; se entregarán al trabajo con una aplicación constante, en la persuasión de que, a su edad, no podrán hacer nada más agradable a la divina Majestad que prepararse para servir a las almas (72). Los cuidados empleados en el estudio no deben dispensarlos de aquellos que son necesarios para aprender las ceremonias de la Misa, el arte de manejar la lengua vulgar, el arte de predicar y confesar, de enseñar la doctrina cristiana, y de explicar los *Ejercicios Espirituales*. Aunque la unción del Espíritu Santo no falta jamás a los que ponen en Dios toda su confianza, la prudencia cristiana requiere que los futuros apóstoles se provean de todos los medios capaces de hacer su ministerio más fructuoso.

Por esta alianza de un saber experimentado y de una caridad ardiente, Ignacio cree poder preparar para la Iglesia a los *"sacerdotes reformados"* de que tiene tanta necesidad(73).

La incorporación a la Orden se hace por los votos simples de los escolares y coadjutores temporales, y por los votos solemnes de los profesos. Aquí, donde Ignacio se explica a fondo sobre los deberes de los religiosos, comienza por la obediencia. La quiere sobrenatural, diligente, completa, universal, de manera que en todo, fuera de lo que sea pecado, el religioso dependa de su superior, en cuyas órdenes debe de ver las de Dios mismo. La pobreza es el trampolín de la vida religiosa; la historia del monaquismo lo demuestra, fue precisamente por las brechas abiertas en esa muralla protectora por donde se introdujo la relajación, y por la relajación, el vicio, que arruinó todo. (75) Los profesos de la Compañía se obligarán, pues, a no rebajar jamás el rigor de la pobreza impuesta por las Constituciones. Todos evitarán aun las apariencias mismas de lucro y de la búsqueda de lo confortable. (76) Acerca de la castidad, Ignacio se contenta con decir que los religiosos de la Compañía deben rivalizar en pureza con los ángeles. (77) Y cuenta con que serán tan amigos de la oración y de las mortificaciones corporales, que es superfluo trazar su práctica por regla. El celo de los confesores, la vigilancia de los superiores bastarán para excitar a los recalcitrantes y a moderar a los que se excedan. (78)

No habrá coro, ni para el Oficio divino ni para la Misa cantada. (79) No habrá confesores ordinarios para los Monasterios. (80) Ninguna fundación de Misas perpetuas en las iglesias de la Orden (81). No se ocuparán de negocios seculares, como de ser testamentarios o procuradores de cosas civiles, ni como parte en los procesos ni como testigos. (82) Todas las fuerzas y todo el tiempo deben reservarse a los ministerios doquiera que lo exija la obediencia.

Ignacio termina por un capítulo magnífico en el que reglamenta los socorros espirituales que han de impartirse a los suyos en el momento de la muerte, a fin de que estén llenos de fuerza en el dolor, firmes para rechazar los asaltos del enemigo, radiantes de fe, de esperanza y de amor frente a los bienes eternos que Jesucristo nos alcanzó con los increíbles trabajos de su vida, pasión y muerte. (83).

El apostolado es la verdadera razón de ser de la Compañía de Jesús. En la séptima parte de las *Constituciones*, Ignacio se explica sobre la manera cómo él entiende se ha de ejercer este apostolado. El primer principio es que el Papa puede emplear a los Jesuitas en lo que quiera y como lo quiera. Desde un principio esto fue así. Oriundos de nacionalidades diversas, para no engañarse en las preferencias de su celo, Ignacio y sus compañeros tomaron órdenes de Roma. En la palabra del Papa veían el oráculo de la Providencia. El cuarto voto de la Compañía perpetúa este gesto de homenaje y de fe hecho en 1537. El General puede explicar, informar, objetar en caso necesario; pero si la decisión pontificia se mantiene, lo domina todo. Individualmente o en comunidad, es preciso que los Jesuitas vayan a donde el Papa quiere, para cumplir lo mejor que puedan con sus intenciones. (84) Si el Papa no pide nada especial, es el General de la Orden el que decide el empleo de las fuerzas de la Compañía.

Las normas que debe seguir son muy sencillas. Cuanto más grande sea el peligro de las almas, y más las probabilidades de ser útiles, y más universal el bien que puede hacerse y de más alcance, i s más conveniente enviar allá obreros apostólicos (85). Es necesario razonar del mismo modo respecto de las obras que han de preferirse. Desde el momento en que no se puede bastar a todo, es preciso saber escoger; los socorros espirituales importan más que los temporales; la predicación llega a más gente que la confesión, las cosas durables valen más que las pasajeras, las necesidades urgentes pasan antes que otras. (86)

Finalmente, en la elección de las personas conviene reservar para las empresas difíciles a los más aptos, para las más fatigantes a los más fuertes, para las más peligrosas para el alma a los más firmes en la virtud, las más delicadas a los más discretos, las más intelectuales a los más instruidos, las más populares a los que tienen mas talento de predicar y confesar. (87) Para cualquier trabajo, dos pueden más que uno; pondrán en común sus ideas y se dividirán la carga del negocio, sobre todo si se tiene cuidado de asociarlos de manera que sus dones se complementen y que estén seguros en su acuerdo (88).

Además, el Superior no debe faltar en darles instrucciones precisas, si es necesario por escrito; orar y celebrar misas a intención del viajero, y durante

todo el tiempo que el religioso esté ausente, la comunicación debe quedar establecida por medio de cartas frecuentes, detalladas y cordiales. (89) Puede suceder también que el inferior tenga que decidir por sí solo el teatro y género de su actividad, cuando el país a donde fue enviado es inmenso y los Superiores no hayan determinado nada, sea para su residencia, sea para los trabajos apostólicos en que debe emplearse; en tal ocurrencia el misionero entregado a sí mismo debe reflexionar, orar y ponerse indiferente, decidiendo por fin lo que crea mas conducente para la gloria de Dios. (90)

En las casas de la Compañía, ya sean casas profesas, casas para la formación de los religiosos, colegios para alumnos o Universidades, todos deben dar el ejemplo de una vida irreprochable y sostener con sus santos deseos, oraciones fervientes y misas celebradas, las obras emprendidas. En las iglesias de estas casas la administración de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, la predicación y los catecismos deben estar en honor. Todos se esforzarán en ayudar al prójimo, por medio de santas conversaciones y sobre todo por los *Ejercicios Espirituales*. Si hay quienes tengan el talento necesario para escribir libros, que lo hagan. Y aunque las obras de misericordia tengan menos alcance que las espirituales, que se den a ellas, en la medida en que el tiempo y las fuerzas lo permitan. Socorrer a los pobres, visitar a los enfermos y a los prisioneros, reconciliar a los enemigos, ayudar a los enfermos de los hospitales son deberes enseñados en el Evangelio. La prudencia de los Superiores decidirá en cada caso lo que convenga. (91)

La octava parte de las *Constituciones* trata de la unión de los miembros entre sí y con su jefe. Desde muy temprano la Compañía de Jesús se distribuyó por todas las partes del mundo y en regiones muy distantes. De ahí un cuidado particular de mantener la unión. Esta depende esencialmente de la unión apasionada de todos a Jesucristo. El amor de los hombres a Dios ha sido siempre el más poderoso resorte del amor de los hombres a sus prójimos. El desprecio de todo interés terrestre ayuda a esto grandemente, suprimiendo una de las causas ordinarias que los dividen. La uniformidad de las reglas, de los usos, de las doctrinas, servirá mucho a mantener la unión de los corazones. Lo mismo la frecuente correspondencia y el cambio de oraciones. En fin, los lazos de perfecta obediencia que unirán a los Provinciales con el General, a los

Superiores locales con las Provinciales y a los inferiores con los Superiores locales, tendrán una eficacia singular para mantener en la unidad al cuerpo social, sin la cual no podrá ni obrar fuertemente, ni durar mucho tiempo.(92) A todas estas reflexiones, dictadas por el sentido común y el espíritu cristiano, Ignacio añade tres indicaciones que conviene referir. La excelencia en la elección de los superiores y el reclutamiento de los sujetos, es uno de los factores más esenciales del problema. Cuanto los inferiores sean más selectos por su virtud, y los superiores más eminentes en el don de gobierno, la unión de la Compañía será más fuerte y segura. (93) Por el cuidado que tiene Ignacio de hacer la acción de los superiores tan fácil como eficaz, inventa la función del *admonitor*, especie de sombra del Superior, de providencia siempre presente, pero en un segundo plano, voluntario y deferente. Papel muy difícil de cumplir y más difícil aún de hacer aceptar. Porque el que lo representa debe hablar como teniendo más juicio, mientras que el que escucha queda siempre dueño de rehusar el concurso de un prudente. La humildad y la libertad de los santos más muertos a sí mismos son la condición esencial del juego de esta institución de previsión con que Ignacio cree que debe ayudar a los Superiores locales, al Provincial y al General mismo. (94)

En todas las Ordenes religiosas los Capítulos tienen la más grande importancia. El régimen monárquico que Ignacio ha dado a su Compañía no impide el que haya previsto Congregaciones generales. Estas Congregaciones no son periódicas, y el legislador espera de la bondad de Dios que no serán frecuentes La razón principal de reunirlas es la elección de General. Fuera de esta ocasión puede haber un motivo excepcional, cuando se trata de arreglar asuntos de muy grave importancia, y al mismo General compete el decidir sobre ello; y si sucede que las Congregaciones provinciales formulan el deseo, el General debe apresurarse a convocar una Congregación general. (95)

Los profesos formarán la asamblea, a razón de tres por Provincia de la Orden, de los cuales uno será el Provincial y los otros dos elegidos por sus pares. Reunidos en Roma, se recluirán en la casa por tres días, dedicados a orar y tomar sus informes. El cuarto día habrá una Misa del Espíritu Santo, en la que todos comulgarán de las manos del Vicario General. Después de la cual serán encerrados en una sala, sin otro alimento que pan y agua, hasta que hayan

elegido al General. Cada uno, después de haber orado, dará su sufragio por escrito y firmado con su nombre. Acabado el escrutinio de los sufragios, el Vicario General proclama el resultado diciendo: *"En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, yo N... en mi nombre, y en el nombre de todos los que piensan como yo, elijo a N... como General de la Compañía de Jesús".* Y todos entonces se acercarán al elegido, y doblando la rodilla, le besarán la mano, sin que éste pueda ni rehusar este homenaje, ni declinar la elección. (96)

Hecha esta elección, la Congregación general puede ya tratar los asuntos graves que se ofrezcan. El General preside a la deliberación. Las decisiones se toman por mayoría absoluta. Si ésta no puede lograrse se nombrará a cuatro de los profesos presentes, que de acuerdo con el General, tomarán las decisiones oportunas. Si ni aun éstos estuvieran unánimes, la Congregación tendrá por válido lo que decidan tres contra dos. Los decretos serán consignados en los registros de la Orden y promulgados en Roma primero, y después en todas partes. (97)

A propósito del gobierno del General, Ignacio expone su pensamiento en los seis capítulos de la novena parte de las *Constituciones*. Indica las razones por que prefiere el cargo vitalicio. Los jesuítas están muy ocupados para ser distraídos de sus trabajos apostólicos por Capítulos frecuentes. Y luego, el ejercicio prolongado del poder da más experiencia, un conocimiento más exacto de los hombres, y por consiguiente más crédito a lo que ordena. Además, cuanto menos sean las elecciones, menos ambición e intrigas habrá. Es más fácil encontrar un jefe supremo capaz de tan alta función, que encontrar varios. En la Iglesia el Papa y los Obispos son vitalicios. Los supremos jefes del Estado también. (98)

La idea que el fundador de la Compañía de Jesús se forma del General de la Orden, es muy elevada. Las páginas donde hace el retrato de este jefe ideal son de las más bellas de las *Constituciones*. El General estará extremadamente unido a Dios, hombre de oración ferviente y de vida pura; ejemplo vivo para sus hermanos de todas las virtudes, y principalmente de una humildad sincera y de una caridad extraordinaria, que lo haga amable a Dios y a los hombres; dueño de sus pasiones, circunspecto en su lenguaje, severo y dulce a la vez, en su gobierno; magnífico y fuerte para soportar las debilidades de los suyos,

emprender obras del servicio de Dios, desafiar las contradicciones de los poderosos; permanecer superior a la buena y la mala fortuna, morir si es preciso al servicio de su Orden y por amor a Jesucristo. Que sea eminente por la inteligencia y el juicio, aunque en su oficio importan más que los conocimientos especulativos la prudencia en los negocios, el arte de manejar a los hombres y la experiencia de las cosas espirituales; que sea vigilante y celoso en las empresas y vigoroso y perseverante para llevarlas a cabo. No es inútil tener en cuenta su edad, sus fuerzas corporales, aunque la estima, la reputación y los servicios prestados importan más que todo. Que si alguna de las cualidades enumeradas le faltase, no se pueda por lo menos reprochar al General falta de probidad y de amor a su Orden, de juicio y de doctrina. (99)

A un tal jefe quiere Ignacio que le sean confiados todos los intereses de la Compañía y de sus miembros. Finanzas, estudios, obras apostólicas, casas y hombres, vida interior y vida conventual; todo debe depender de él en todas partes y para siempre. La autoridad de los Provinciales y de los Superiores locales emana de él; la delega en la medida que quiera, y su administración estará sometida a su control; (100) puede tratar directamente con los Superiores locales, sin pasar por el Provincial, y con los inferiores, sin pasar por los Superiores locales. (101) Sin embargo debe partir de este principio: que no puede hacerlo todo por sí mismo, especialmente en las cosas que están lejos de él; y uno de sus cuidados principales debe ser el escocer superiores capaces, a quienes dé mucho poder y confianza plena. (102)

A causa de su enorme labor, el General tiene necesidad de ser ayudado. Tendrá un secretario encargado de su correspondencia, cuatro o más asistentes que centralicen los negocios de las diversas provincias. El concurso de estos hombres es indispensable para presentar los asuntos en curso, esclarecer las decisiones que han de tomarse y procurar su ejecución. La curia generalicia debe componerse de hombres instruidos, de una fidelidad a toda prueba y de una integridad de carácter absoluta. El General podrá no tomar en cuenta su juicio, porque él sólo tiene el gobierno, pero ellos deben exponer su pensamiento con toda libertad. (103) En el caso, lo que Dios no permita, que el General se hiciese indigno o incapaz de su cargo, proveerán ellos a los medios de corregirle y aun de deponerle del cargo; le darán un Vicario General que

asumirá el Gobierno de la Compañía. (104) De manera que, según las disposiciones tomadas por Ignacio, la autoridad suprema está constituida con la mira a una soberana eficacia para el bien, al mismo tiempo que rodeada de las más firmes garantías contra el error y el mal.

En la décima y última parte de las *Constituciones*, el legislador resume toda su obra. Por última vez insiste en los fines sobrenaturales de la Compañía de Jesús y en la preponderancia de las virtudes religiosas en cada uno de sus hijos. Ni la riqueza, ni la ambición de un gran papel en el mundo servirían sino para perder a la Orden. La ciencia misma es una palanca impotente para levantar el mundo de las almas. Los privilegios concedidos por la Sede Apostólica pueden dañar al bien si no se usan con precaución. Su gran fuerza es la gracia de Dios. Y ésta está prometida con abundancia a los religiosos unidos a Dios, rectos en sus intenciones, prestos a todos los trabajos y todos los sufrimientos, dóciles bajo la mano de los superiores. Finalmente, cuanto más sean vigorosos los cuerpos, fraternales los corazones, bien reclutados los novicios y bien elegidos los superiores, tanto más la Orden será capaz de realizar la santificación de sus miembros y de los prójimos. (105)

*

* *

Superfluo sería decir que Ignacio de Loyola no ha inventado la vida religiosa, ni los consejos evangélicos, que son su alma. De la augusta boca de Cristo han salido las fórmulas de la perfección, y desde los primeros días de la Iglesia los paganos y los judíos estupefactos, han visto a los cristianos apartarse del mundo, para llevar en su retiro una existencia toda absorta en Dios. ¿Quién no conoce los nombres de los fangosos legisladores del monaquisino, Pacomio, Basilio, Benito; y la gloriosa historia de Cluny y del Císter?

Tampoco Ignacio ha inaugurado las Ordenes religiosas apostólicas. Eusebio de Vercelli y Agustín de Hipona han organizado en comunidad la vida de sus sacerdotes. Mil años antes que Ignacio, San Gregorio el Grande había ya infundido al monaquisino benedictino ardores de conquista. Un poco más tarde, ¡qué admirables misioneros son San Willibrordo y San Bonifacio, San Cirilo, San Metodio, San Adalberto! En la mitad del siglo XIII aparecen las

radiosas figuras de San Francisco y Santo Domingo, y fue la gloria común de ambos patriarcas el haber buscado el punto de equilibrio en que podían unirse la tradición claustral y el ministerio activo de la predicación.

La originalidad de Ignacio de Loyola consiste en haber dado a la Orden apostólica fundada por él una estructura aparte y nueva. Antes, todos los religiosos: dominicos, franciscanos, carmelitas, agustinos, benedictinos, tenían un hábito particular, la salmodia en el coro, ayunos y penitencias de regla; todos daban Obispos, todos nombraban los cargos y decidían en los negocios por vía de sufragio; todos tenían la profesión al terminar el noviciado. El fundador de la Compañía de Jesús modifica o suprime estas disposiciones tradicionales. Sistematiza y prolonga las pruebas de los novicios; establece los votos simples al principio, y retarda los solemnes, hasta después de un período largo de formación; a la culpa conventual sustituye un modo de corrección más profundo y más riguroso, por el uso de amonestaciones públicas, vigilancia amigable de un síndico, y obligación de la menta de conciencia; suprime el hábito, el coro, el acceso a las dignidades eclesiásticas, las austeridades de regla, el sistema de elección; el generalato es vitalicio, y la actividad se extiende a toda clase y forma de apostolado. En una palabra, la organización entera de la Orden está determinada por una idea dominante: el pensamiento de formar un ejército de hombres apostólicos, instruidos, generosos, a los que ninguna observancia exterior disminuya su capacidad de trabajo, ni ningún orgullo comprometa la docilidad al jefe que los manda.

Hasta en ese siglo XVI a que pertenece, y en esa Italia que comienza a evangelizar en 1537, Ignacio ha tenido precursores. Cayetano de Thiena, Jerónimo Emiliano, Antonio María Zacarías son santos, y su celo ha reclutado compañeros de apostolado: los teatinos, los somasca, los barnabitas, nacieron antes que la aprobación de Paulo III haya sancionado la existencia de la Compañía de Jesús. Sucesivamente en ese mismo suelo italiano San Felipe Neri fundó el Oratorio; san Juan Leonardo los clérigos regulares de la Madre de Dios; San Camilo de Lelis los clérigos ministros de los enfermos; San Francisco Caracciolo los clérigos regulares menores; y antes de que se acabara el siglo Francia recibió de manos del Venerable César de Bus a los clérigos de la doctrina cristiana. Ciertamente, entre esos nuevos institutos de la Compañía de

Jesús hay muchos puntos de contacto; pero cuando se comparan las Constituciones entre ellas, se sorprende uno de las diferencias. No solamente la plenitud y la armonía del plan, la previsión y ponderación de los detalles y el acento ascético ponen a parte la obra de Ignacio de Loyola, sino que el conjunto de los rasgos característicos de su Compañía no se encuentra en ninguna de esas Órdenes de clérigos, cuya actividad ha preparado o realizado en el siglo XVI la reforma de la Iglesia. (106)

Para explicar el libro ignaciano de las *Constituciones*, ciertos historiadores, amigos de la paradoja, han alegado el influjo de las cofradías musulmanas; políticos crédulos han hablado de un espíritu maquiavélico, del que las *monita secreta* serían el instrumento y la prueba. (107) Una y otra explicación contradicen a los hechos y tienen el valor de un puro charlatanismo. Nadie ha demostrado que Ignacio haya conocido, pero ni aun sospechado, las cofradías musulmanas; y en cuanto a las *mónita secreta* a pesar de las numerosas ediciones que las distribuyeron por todo el mundo desde 1606, su inautenticidad es perfectamente cierta: se sabe hasta el nombre del falsario, fugitivo de la Orden, que las construyó en todas sus piezas. Este panfleto no tiene ninguna importancia, sino para los cerebros obsesos o débiles.

Algunos escritores recientes han insinuado que el texto de las *Constituciones* es un mosaico, en el que un hombre perito puede fácilmente discernir algunos raros fragmentos ignacianos en medio de documentos que son de la mano de Polanco o de Nadal. Ciertamente, Polanco y Nadal estuvieron asociados por el mismo Ignacio al trabajo de redacción del Código de la Compañía. Pero una cosa es formular un punto de legislación y otra el decidir sobre él. Pues bien, lo sabemos por incontestables documentos que antes de toda colaboración de Polanco y Nadal, fueron tomadas determinaciones esenciales acerca de todas las cuestiones de organización. Ignacio hasta su muerte tuvo siempre la última palabra; los manuscritos de las *Constituciones* de 1551 a 1556 suministran la prueba material de que han sido revisadas por el fundador. En definitiva, si Ignacio de Loyola dio a Polanco y a Nadal la más entera confianza y frecuentemente les pidió su parecer, él solo ha aceptado lo que a la luz de Dios y de la experiencia convenía para su plan.

Interrogar, reflexionar, orar, son las tres operaciones acostumbradas de su prudencia en las diarias deliberaciones. ¡Cuánto más no se sujetaría a este proceder en un problema tan complejo y tan grave, como el de la legislación de su Orden! Y ya lo sabemos, a su parecer la oración importaba más que la reflexión, la balanza de su libre arbitrio no se inclinaba sino por influencias divinas.

Tenía un alma fuerte, apasionada por Jesucristo ardientemente. Quiere cooperar a la Redención en una medida no común, porque los daños del pecado en la Iglesia de su tiempo humillaban su nobleza y le arrancaban lágrimas por los cristianos que se perdían. Para esta obra de salvación que le ha inspirado, ¿cómo el Señor le rehusaría su luz? Aunque Dios socorre con ella a todos los que le invocan, ¿la lógica misma de sus designios eternos, no le obliga en cierto modo a iluminar los caminos de los enviados de su Providencia? Ignacio imploraba esas claridades de lo alto y con qué ardor y qué sinceridad las hojas de su diario espiritual lo dicen suficientemente.

Y esta explicación sobrenatural es la única histórica válida. Desde 1521 la mano de Dios dirige esta vida. Por caminos que parecen cruzarse y de hecho se concuerdan, el Señor conduce al antiguo combatiente de Pamplona hasta llevarle a ser el jefe de un ejército de soldados evangélicos consagrados a Cristo y al Papa. En ello está la clave de su destino y el secreto de sus *Constituciones*.

Notas Capítulo Décimo Octavo

1.—*Constituciones* (ed. La Torre) 306; ed. *crítica*, I, 34-38.

2.—*Ep. et Instr*. I, 246.

3.—*Ibid*. 1, 246. Con razón advierten los editores que la circular que cita el texto tiene dos fechas diferentes. La primera parte es a lo más tarde del 17 de marzo, puesto que la Bula *Injunctum nobis* es del 14 y al notificar la decisión de Paulo III Ignacio dice: *"Esta semana S. S. etc...* . Ver el texto de la Bula en la Ed. crit. de las Constituciones, I, 81-85.

4.—*Ep. et Instr*. I, 290.

5.—*Ibid*., I, 540, 550, 600, 697.

6.—*Ibid*., I, 238.

7.—*Ed. Crit*. I, 48-65, 77, 81 *Proleg*. LXVIII-XCII-XCV.

8.—*Ibid*. I, 70-77 Bula *Sacrosantae Romanae*.

9.- Justa advertencia del editor de las *Const. Ibid.* I, 34-36.

10.- *Ibid*. I, 85-158. El texto de este diario está aquí completo; en su edición el P. La Torre no había publicado sino los fragmentos más importantes. Ver ibis. Proleg. XCV-CXX.

11.- *Ibid*. 159-163, *Proleg*. CXX, CXXV.

12.- *Ibid*. I, 174-176; *Proleg*. CXXVII, CXXXIII.

13.- *Ibid*. I, 176-180.

14.- *Ibid*. I, 163-166, *Proleg*. CXXV-CXXVII.

15.- *Ibid*. I, 180; *Proleg*. CXXXVl-CXXXIX.

16.- *Ep. et. Instr*. I, 285.

17.- La primera carta que conocemos es de mayo de 1547. Ibid. I, 519.

18.—*Ibid*. I, 610.

19.—*Vita, Lib*. III, cap. 4.

20.—*Ed. crit*. I, 220, 231, 268-274, 284-317; *Proleg*. CLII-CLVI, CLXVIII-CLXIX.

21.—*Ibid*. I, 346-356.

22.—*Ep. et Instr.* II, 200.

23.—*Ibid*. II, 622, 654 III, 223, 226, 237, 241, 247, 267. Ed. crit. Proleg. LXXVII-LXXXI.

24.- Suau *op. cit*. 221, 226.

25.- *Ep et Instr*. II, 717; *Cron*. II, 163.

26.- *Ed. La Torre*, 337-338; *Ed. crit.* I, LXXXI-LXXXIX, 390-396.

27.—*Ep. et Instr.* III, 304.

28.- *Cron*. II, 15.

29.- *Ibid*. II, 15.

30.- *Ibid*. II, 164.

31.- *Ibid*. II, 163.

32.- *Ibid*. II, 98, 133.

33.- *Ed. La Torre*, 339.

34.—*Exam. gen*. cap. II, n. 1-7.

35.—Id. cap. III, n. 2.

36.—Id. III, n. 11, c. V, n. 2 y 3.

37.—Id. III, n. 8.

38.—Id. III, n. 10, 12.

39.—Id. III, n. 1, 2, 4.

40.- Id. III, 13, 14, 15.

41.- Id. III, n. 13, 14.

42.- Id. Cap. I. n. 1 y 2.

43.- Id. I, n. 3 y 4.

44.- Id. I, n. 5.

45.- Id. I, n. 6.

46.- Id. I, n. 7, 8, 9, 10.

47.—Id. Cap. VIII, 1, 2, 3.

48.- Id. V, n. 8.

49.—Id. VI, 6.

50.—Id. VII, n. 3.

51.—Id. VII, n. 1.

52.—Id. VI n. 5.

53.- Id. IV, n. 46.

54.- Id, 45. Que esto haya entrado en la práctica, el P. Tacchi lo ha demostrado perentoriamente, exhumando las notas del noviciado de Roma. Hombres como Rodolfo Acquaviva, Gagliardi, Posevino y Belarmino entraron al noviciado en calidad de *"indiferentes" Arch. hist. Soc. Jesu*, enero-mayo 1932, 11-12.

55.—Id. IV, n. 9-24.

56.- Id. IV, 41-46.

57.—Id. IV, 1-7.

58.- Id. VI, 7; III, 8.

59.- Id. IV, n. 34.

60.—Id. IV, 41.

61.—IV. 35-40.

62.—Const, X, part. II, 1-13.

63.—la. Part. III, 9-14, 15.

64.—2a. part. I, Ded. A. y C. cap. II, Decl. A y B.

65.—2a. part. III, 1-10 cap. IV, n. 5.

66.—3a. part. I, n. 4-11, 13-15, 17-18, 22-25.

67.—3a. part. I, 11, 12, 16, 20.

68.—4a. part. IV, 1.

69.—4a. part. VI, 4-8, 10-14, 16-18.

70.- 4a. part. IV, 2, 3, 5.

71.- 4a. part. IV, 6.

72.- 4a. part. VI, 1, 2.

73.- 4a. part. VIII, 1-8.

74.- 4a. part. I, 1, 2, 3.

75.—6a. part. II, I y Decl. A.

76.—6a. part. II, 5-7, 8-14, 15-16.

77.—6a. part. I, 1.

78.—6a. part. III, 1 y Decl. A.

79.—6a. part. III, 6.

80.—6a. part. III, 5.

81.—6a. part. III, 6.

82.—6a. part. III, 7, 8.

83.—6a. part. IV, 1.

84.- 7a. part. I, 2, 3.

85.- 7a. part. II, Decl. D.

86.- 7a. part. II, Decl. E.

87.- 7a. part. II, Decl. E.

88.- 7a. part. II, Decl. F.

89.- 7a. part. II, n. 2 y Decl. M.

90.—7a. part. IIL 1, 2.

91.—7a. part. IV, 2-9.

92.—8a. part. I, 4, 8, 9.

93.- 8a. part. I, 2, 6, y Decl. G.

94.- 8a. part. I, n. 3 y Decl. D.

95.- 8a. part. II.

96.—8a. part. VI.

97.—8a. part. VII.

98.—8a. part. I n. 1 y Decl. A. Ignacio escribía en tiempos de las monarquías absolutas.

99.- 9a. part. II.

100.- 9a. part. III, 1-20.

101.- 9a. part. VI, 2.

102.- 9a. part. VI, 1, 2, 6.

103.- 9a. part III, 16; V, 2; VI, 8, 16.

104.- 9a. part. V, 4-6.

105.—10a. part. n. 1-13.

106.- Ver la nota 17 apend.

107.—Ver la nota 18 Apend.

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

19. LA PROMULGACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES

(1553 — 1556)

A los sesenta años Ignacio de Loyola era un hombre gastado. La inteligencia era la misma, la voluntad en toda su fuerza, pero las fuerzas corporales desfallecían, y cada día más. Una vez acabadas las Constituciones, el fundador no tardará mucho en ir descargándose gradualmente del fardo de los negocios. En 1552, Jerónimo Nadal comienza su gira de promulgador de las Constituciones; será elegido en 1554 Vicario General de la Compañía, y el mismo año, Francisco de Borja será nombrado Comisario general para España. En 1555 Pedro de Rivadeneyra irá con una misión a los Países Bajos. Sin embargo Ignacio no se desinteresará de su Orden. Por ardientes que sean sus suspiros por la Jerusalem celeste, será hasta la hora de morir, un soldado de la Iglesia militante.

Redactadas las Constituciones, era preciso notificarlas y ponerlas en práctica. Para este importante trabajo, Ignacio escogió a un hombre que gozaba de toda su confianza: Jerónimo Nadal.

Nadal ha referido él mismo la curiosa historia de su vocación. (1) Este mallorquín había conocido a Ignacio en Alcalá y en París, pero sin trabar amistad con él; más aún rehusó los avances que le hicieron en París Fabro, Laínez y el mismo Ignacio. De vuelta a su país, después de haber recibido los grados académicos de Teología y el sacerdocio en Aviñón, tardó varios años sin poder encontrar la paz ni la salud. Una carta de Javier, que desde las Indias lanzaba un grito de llamada a los hombres instruidos de las Universidades de Europa, lo trastornó hasta el punto de que inmediatamente emprendió el viaje a Roma. Domenech, su amigo de París, lo presentó a Ignacio. Los *Ejercicios Espirituales*transformaron su alma y fijaron y su destino, después de una época tempestuosa de incertidumbres y rebeliones. Este hombrecillo, vivaracho y resuelto, de una inteligencia penetrante y rápida, sólidamente instruido, listo

para los negocios, devorado por el celo del bien, fue un jesuíta eminente. Los trabajos más humildes no le repelían, se adaptaba sin pena a los más imprevistos y se equiparaba a los más difíciles: fue un hombre de oración, de estudio y de acción y profundamente unido al Jefe de la Compañía de Jesús.

El 25 de marzo de 1552, hizo su profesión en Roma en manos de Ignacio. Pronto comenzó su gira por toda Europa, con el Código en la mano, que debía regir desde entonces a la Compañía de Jesús.

En aquel tiempo los viajes eran un rudo trabajo; por mar fácilmente se convertían en una epopeya de episodios imprevistos; por tierra, ya se los hiciese a pie o a caballo, eran empresas largas y fatigantes, para las que la paciencia era tan necesaria como las fuerzas corporales. Acerca de la gira de Nadal tenemos la mayoría de sus cartas a Ignacio de Loyola (2). Son relatos minuciosos, a veces de cuarenta o cincuenta puntos, en los que sólo los hechos importan; de sí mismo, el relator no dice casi nada, y mucho menos divaga con una crónica divertida. Pero sus rápidas notas de negocios nos hacen penetrar en lo más vivo de los hombres y las situaciones. De ellas, Polanco pudo sacar un relato claro y ordenado de toda la expedición de Nadal. (3)

Esta duró varios años. Una primera expedición llevó al viajero a Sicilia, España y Portugal (10 de junio de 1552 a 22 de septiembre de 1554). En una segunda del 15 de febrero a diciembre de 1555, recorrió Alemania, Austria e Italia. Estaba provisto de una patente del General que establecía sus poderes, y le daba instrucciones diversas para su gobierno, sin hablar de algunas patentes en blanco, firmadas y selladas con el sello de la Compañía. (4)Polanco por su parte, no dejaba de avisar a los rectores de las casas que había de visitar las grandes cualidades intelectuales y morales del Comisario enviado para su inspección (5).En ninguna parte desmerecerá de los elogios de Polanco; todos notarán en él una viva inteligencia, vastos conocimientos, abnegación a toda prueba, espíritu de decisión, religión profunda y un ardiente amor por el Instituto.

Cuando salió de Roma a principios de 1552, Nadal llevaba consigo el texto de las *Constituciones* aprobado por la primera congregación de profesos. En septiembre de 1553, recibirá en Lisboa un texto corregido en algunos lugares, y cierto número de reglas formuladas para los diversos empleos. Con estas

leyes en la mano, por doquiera que pasaba, su norma de trabajo era la misma. Reunía a la Comunidad todos los días, y durante una hora explicaba y comentaba los puntos más importantes de las *Constituciones*. Veía uno por uno a todos los religiosos, a quienes interrogaba diligentemente a fin de poder enviar a Roma una lista exacta del personal de cada casa, pero sobre todo para conocer el valor de cada uno. Tenemos aun los cuestionarios (7) de que usaba y los especímenes de sus catálogos, en los que al lado de cada nombre, hay una notita acerca de sus aptitudes. (8)En las conversaciones confidenciales con los religiosos, el visitador esclarecía todas las dudas sobre el sentido de la ley que promulgaba; alentaba, consolaba, dirigía, con la claridad de un hombre de experiencia y la bondad de un padre. Más aún que sus exhortaciones públicas, sus conversaciones familiares formaban a todos un alma común, y a todos Nadal comunicaba el espíritu que le inspiraba y le gobernaba a él mismo. (9)

Acabada su visita estaba ya en disposición de dar a conocer fielmente al fundador el estado de su familia. Finanzas, estudios, disciplina religiosa, opinión del clero y de los habitantes de las ciudades donde vivían los jesuítas, conveniencias o inconveniencias de los colegios aceptados, probabilidades de nuevas fundaciones, apoyos o contradicciones que había; el Comisario lo veía todo con criterio seguro. Por las relaciones fieles de su enviado, Ignacio veía también las cosas, casi como si él en persona hubiera hecho el viaje a Alemania, Italia, Sicilia, España o Portugal.

*

* *

Fue como ya hemos dicho, por Sicilia, por donde Nadal comenzó sus visitas. Conocía a fondo el país. Desde abril de 1548 había trabajado allí como un verdadero apóstol, en pleno acuerdo con el virrey Juan de Vega, el gran amigo de Ignacio. Al volver a su dominio de acción, en la primavera de 1552, se detuvo algunos días en Napóles, donde Bobadilla era rector. Este poderoso obrero apostólico era un muy mediano superior. Nadal lo reemplazó por Salmerón, mientras que Bobadilla partió para Salerno donde el Arzobispo lo llamaba para que evangelizara a su pueblo. (10)

Llegado a Messina el 10 de junio de 1552, el Comisario vio con gran satisfacción que allí se hacía el bien eficazmente. Las predicaciones del P. Benito Palmio y del P. Felipe Cassini, la acción del P. Cornelio Wishaven y las clases del Colegio, renovaron en la ciudad la fe y las buenas obras. Signo muy característico: unos seglares celosos emprendieron la conversión de las cortesanas. La escasez de 1551 había traído una gran hambre. Nadal fundó un monte de piedad, erigió una congregación para huérfanos, reorganizó el hospital. Pero claro está, sus mejores cuidados los encaminó a los Padres y hermanos, once novicios, que vivían allí (11). En Palermo el Comisario añadió a las clases del Colegio una cátedra de griego. El mismo dio una clase de hebreo durante su estancia. El Colegio tenía 300 alumnos. El Rector explicaba los domingos la Epístola a los Romanos. Pedro de Rivadeneyra, que no era aún sacerdote, predicaba también todos los domingos. Había en la casa siete novicios, y Nadal inflamaba a todo el mundo. Su celo allí también le hizo fundar un monte de piedad, ocuparse de la libertad de 500 prisioneros y de la visita a los enfermos y los pobres. Juntó un Colegio de sacerdotes a la casa de los huérfanos, reformó algunos monasterios, y sustituyó a Rivadeneyra en la predicación de los domingos, cuando éste partió para Roma. Nada descuidó para arreglarlo todo conforme a las *Constituciones*. (12)

Vuelto a Roma a principios de marzo de 1553, el Comisario trató largamente con Ignacio; el 10 de abril, estaba nuevamente a caballo camino de Génova, en donde se embarcó el 17, y el 5 de mayo llegaba a Barcelona. El 19 partió para Valencia, y luego para Alcalá. Estando allí, graves noticias le hicieron partir rápidamente para Portugal.

*

* *

En Portugal las circunstancias eran muy delicadas. La Compañía debía su nacimiento en aquella nación a Simón Rodríguez. La Corte de Lisboa y la familia real estaban por decirlo así en sus manos; tan grande era su autoridad. En ninguna parte el favor de los príncipes para la Orden naciente había sido más señalado y eficaz, y en ninguna parte el desarrollo de la Compañía fue más rápido y más poderoso. La Provincia de Portugal contaba en 1552 con cerca de ciento cuarenta jesuitas, y hubiera tenido el doble, si todos los candidatos

hubieran perseverado. Los Colegios de Coimbra y Evora estaban florecientes, y en las posesiones lejanas de ultramar, en Africa, en las Indias, en el Japón y en el Brasil, los misioneros hacían brillar a un mismo tiempo el esplendor del Evangelio y el poder de Juan III. Simón Rodríguez era el centro de este movimiento, que en cierto modo procedía de él.

Bajo aquella prosperidad efectiva se ocultaba sin embargo un mal (13). Simón Rodríguez se había mezclado demasiado a los negocios de la Corte, y él y algunos de los suyos habían perdido un poco del cuidado de una vida rigurosa y mortificada; los lazos de la disciplina estaban un tanto relajados; padecía la obediencia, pues los inferiores no se medían en decir a los superiores en su cara: *"hace usted mal; no debía mandarme hacer tal cosa"*.

Ya se adivinan las consecuencias. Después de haber tomado su tiempo y puesto algunos preliminares, que no son de este relato, Ignacio relevó a Simón Rodríguez de su cargo y lo envió a gobernar Aragón. Rodríguez sometiéndose en el momento mismo en que recibió la carta de Roma (4 de mayo de 1552), se recobró al día siguiente; se fue a Coimbra (18 de mayo) y finalmente se refugió en San Fins (22 de mayo) cerca de Lisboa, para reflexionar y descansar; no salió sino hasta el l° de agosto para Barcelona. (14)

Durante aquellos tres meses, sus partidarios tuvieron tiempo sobrado para enardecerse. Que lo quisiera o no, su actitud era para los jóvenes religiosos una invitación a la revuelta. Cuando volvió de Medina del Campo el P. Diego Gómez, que había acompañado allá a Simón, se le metió en la cabeza fomentar en la Compañía de Portugal una revolución: Ignacio, decía, no es más que un ambicioso, el matrimonio de la heredera de Loyola con Juan de Borja lo demostraba ampliamente; pero los grandes estaban allí para sostener la causa de Simón y volverlo si era preciso a Portugal. Gómez salió al fin de la Orden y otros le siguieron. Miguel de Torres, nombrado visitador desde enero de 1552 llegó a Portugal, (15) exhortó a los buenos, tranquilizó a los inquietos, y puso a los recalcitrantes en la alternativa de escoger entre Simón o Ignacio (16). Unos treinta salieron, o voluntariamente, o fueron despedidos de la Orden. Estas salidas amotinaron a la Corte, los Grandes, el Clero, Coimbra, Evora y Lisboa. Entre los partidarios más determinados de Simón Rodríguez figuraban el

duque de Aveiro y el duque de Braganza. En medio de estas turbaciones llegó Nadal a Portugal.

Felizmente, León Enríquez y Luis González de Cámara eran gratos en la Corte. La nobleza de sus orígenes y sus virtudes les daban crédito. Tuvieron el valor de hablar claro al rey. Juan III acogió más tarde a Torres y después a Nadal, con la misma bondad que había acogido a Mirón. La mayor parte de los religiosos de la Provincia de Portugal eran, gracias a Dios, fieles a su vocación. Los vacilantes se afirmaron. Y en cuanto a los fugitivos y expulsos, en vano intrigaron cerca de los grandes del reino y aun hablaron de establecer una Orden nueva, rival de la de los jesuítas; todo aquel ruido se desvaneció. Nadal trató de representar a los jefes de los turbulentos su locura, y usando de misericordia les ofreció el que volvieran a la vida religiosa en otra parte, lejos de Portugal, pero nada obtuvo. El hijo del duque de Braganza fue uno de los raros, entre los partidarios de Simón, que consintieron en ir a estudiar a Alcalá.

Y si aquellos alocados habían esperado encontrar algún favor en la familia real, un acontecimiento insignificante les demostró pronto cuán vanas eran sus esperanzas. (17)Juan III determinó dar a la Compañía de Jesús, para que estableciera un casa profesa, la iglesia de San Roque y la casa contigua, que pertenecía a una cofradía de artesanos. El primer domingo de octubre de 1553, el príncipe se presentó en San Roque, con los infantes y los señores de la Corte. El pueblo se agolpaba detrás del noble cortejo. En el santuario esperaban el Arzobispo y todos los jesuítas de Lisboa. Predicó Francisco de Borja y dijo la Misa el P. Nadal. Tres profesos, dos coadjutores espirituales, dos coadjutores temporales, dos escolares y dos novicios hicieron sus votos. La iglesia estaba radiante y piadosa. Con un apostrofe elocuente, Borja exhortó a sus hermanos a hacer de todo corazón el sacrificio de sí mismos, y ellos al escucharlo debieron concebir el deseo de ser tan enteramente de Dios, como lo era el Santo duque de Gandía. Durante el sermón y en el momento de subir al cielo las palabras de los votos, todo el mundo lloraba. Juan III estaba profundamente conmovido. Al escribir a Ignacio en detalle la conmovedora ceremonia, Nadal escribió justamente: *"¡Que Dios sea bendito!"* (18)

En febrero se abrieron en Lisboa tres clases de gramática, con unos 230 alumnos. (19) El favor de don Pedro Mascareñas, de los magistrados de la

ciudad y del soberano, permitió a Nadal arreglar definitivamente el Colegio de San Antonio. A las cinco clases de gramática reglamentarias, se añadió un curso de moral. El 18 de octubre de 1553 se celebró la apertura de los cursos, con discursos, versos y una disputa pública. El Arzobispo de Lisboa, obligó a todos los curas a seguir el curso de moral, bajo pena de multa. Ya en 1554 el colegio tenía 500 alumnos. (20) La fundación de San Roque y de San Antonio probó a todos que aun después de la partida de Simón, la Compañía seguía siendo en Lisboa lo que fue desde su primer día: un puñado de apóstoles, entregados a Dios y muy amados del rey Juan.

En Evora y en Coimbra, el nuevo Provincial P. Mirón, y el Comisario de Ignacio, Nadal, encontraron lo mismo que en Lisboa la mejor buena voluntad. El Cardenal Infante Don Enrique, hermano del rey Juan III, había edificado en Evora un magnífico Colegio. Hizo a Nadal y a Mirón el más confiado acogimiento y arregló con ellos los detalles de la fundación; en su presencia tuvo lugar la apertura de las clases el 29 de junio de 1553 con tres profesores de gramática y un maestro de casos de conciencia y doscientos alumnos. (21) En Coimbra ya hacía seis años que estaba fundada una casa, por la munificencia de Juan III. En 1553, y a pesar de las dificultades producidas por el caso de Rodríguez, ya había en el Colegio numerosos profesores que formaban muchos alumnos. Francisco de Borja pasó por allí en el mes de agosto, como un ángel del cielo. Sus ejemplos y su palabra inflamaban los corazones. La visita de Nadal puso el colmo a las buenas disposiciones de todos. El Comisario escribió a Ignacio cuán satisfecho había quedado del fervor de los jesuitas que habían permanecido fieles, santificados por el fuego de la prueba y deseosos de toda perfección. (22)

En España la Compañía contaba entonces con 12 casas y 138 religiosos. (23) Cuando Nadal llegó a Barcelona, los cuatro jesuitas que allí se encontraban habían comprado una casa y comenzado una Iglesia. El Obispo Jaime Cazador era favorable; la parroquia vecina al Colegio se inquietó, apoyándose en el favor del gobernador y de un antiguo documento de 1320. Nadal en una reunión propuso un concordato, mientras los trabajos continuaban. En Valencia pasó el tiempo justo para apercibirse que todo estaba por hacer para el futuro Colegio. (24) Saliendo de Portugal para continuar su jira por España, visitó el incipiente Colegio de Córdoba (diciembre de 1553) y

nombró allí rector al P. Antonio de Córdoba, novicio aún y de 26 años. Pasando por Toledo, presentó sus respetos al Arzobispo Silíceo, que encontró muy fino, pero tan enemigo de los jesuítas como antes. (25) El 6 de febrero de 1554, llegó a Alcalá. Francisco de Borja y Araoz salieron a su encuentro. La concordia de estos tres grandes hombres facilitó el arreglo de todos los asuntos. La presencia de San Francisco de Borja puso en conmoción a toda la ciudad y toda la Universidad. Asistió a una lección de Teología del P. Mansio, dominico. Después de algunas breves explicaciones sobre la materia ordinaria de su curso, el profesor cerró su libro e hizo un discurso sobre la excelencia de la elección que había hecho el Santo, prefiriendo los bienes celestes a los de la tierra. El entusiasmo fue indescriptible. (26) El 5 de marzo, Nadal estaba en Valladolid, y allí trató con el P. Araoz y el conde de Monterrey de la fundación de un Colegio en Compostela. El 20 partió para Salamanca, cuya Universidad daba a la Compañía excelentes reclutas. El 6 de abril a una con todos los profesos españoles (Araoz, Torres, Estrada y Borja) a los que se unieron los PP. Bustamante y Villanueva, el Comisario decidió la división de la Península en cuatro Provincias: Castilla, Andalucía, Portugal y Aragón. San Francisco de Borja sería el Comisario general con autoridad sobre los cuatro Provinciales. (27)

Con ocasión del matrimonio del príncipe Felipe con la princesa María Tudor, Nadal pensó en introducir la Compañía en Inglaterra. El príncipe fue preparado por el P. Araoz; y San Francisco de Borja respondió que era necesario, antes de decidir nada, conocer exactamente el estado de aquel país. (28)

El asunto del capelo cardenalicio, que el Papa quería dar a Borja, fue ocasión de repetidas conversaciones con San Francisco, en Tordesillas. Nadal insistió con fuerza, porque el antiguo duque de Gandía rehusase tal honor. (29) Después pasando por Burgos y Oñate, fue a visitar el castillo de Loyola, del que no refiere nada, sino que vio con pena que estaba convertida en cocina la pieza donde nació Ignacio. (30) Por Zaragoza y Cuenca se dirigió en seguida a Valencia y Gandía. De retorno a Barcelona, se embarcó por fin el 29 de septiembre para Roma, donde llegó hacia la mitad de octubre. (31)

*

* *

El feliz éxito de la misión de confianza que el Comisario había llevado a cabo con satisfacción de todos, determinó al fundador a tomar una medida de la que parece ser que la iniciativa partió de los consultores. Los asuntos del gobierno se hacían cada vez más absorbentes y la salud de Ignacio cada día más precaria. Por ello los consultores le sugirieron escogiese un Vicario General. Ignacio aceptó en principio y decidió proceder a la elección. Puso a toda la casa en oración, durante tres días. Los hermanos coadjutores eligieron a cuatro sacerdotes que los representaran en la elección, y todos los presentes en Roma se reunieron en Asamblea; eran treinta y cuatro, y treinta y dos dieron su voto a Nadal. (32) Era el l° de noviembre de 1554, y a partir de ese momento Nadal tomó una gran parte en el gobierno de la Orden.

En enero de 1555, una circular recordó en todas las casas de Italia que cada uno debía de hacer con mayor devoción que de costumbre las oraciones ordenadas para cada mes, por la conversión de Inglaterra y de Alemania. El envío de un legado a la dieta de Ausburgo podía ser de grande importancia para la religión. Por *Motu propio*, el Papa ordenó que dos jesuitas acompañaran al Cardenal Morone, y fueron designados como teólogos del Legado los PP. Laínez y Nadal. (33) Laínez estaba en Genova y fue avisado, e Ignacio dijo a Nadal que aquel viaje serviría también para promulgar las *Constituciones* y arreglar todos los asuntos de la Compañía en Alemania. Viola, Comisario para Italia, debía ser enviado a Polonia, y la misión de Nadal se extendió a Italia. (34) Las patentes que lo acreditan como *"visitador en Italia, Austria y otras regiones"* llevan la fecha del 18 de febrero de 1555; y a ellas se añadían ciertas instrucciones. Ignacio de Loyola tenía sobre todo dos preocupaciones: reclutar alumnos y recursos para el Colegio Germánico; desarrollar el Colegio de Viena y ver qué se podía hacer en Ausburgo, Ingolstadio y Bohemia. El General de la Compañía ya había abordado todas esas cuestiones con los embajadores del Rey de Romanos cerca del Papa y los secretarios del duque de Baviera llegados a Roma para un cambio de opiniones con el Cardenal de Truschess. A Nadal tocaba examinar las cosas en su propio lugar y las posibilidades de alguna conclusión. Si se presentaban otros problemas que resolver, el Comisario proveería conforme a su celo y prudencia; y además por cartas se podría poner de acuerdo

acerca de la conducta a observar. El P. Laínez, teólogo también del Cardenal Morone, quedaba asociado al P. Nadal en la confianza de Ignacio y en el cargo de Comisario; unidos o separados, los dos tienen plena autoridad. Pero valía más que Nadal se encargara del viaje a Viena y de la visita a los Colegios de Italia. (35)

Salido de Roma el 16 de febrero, Nadal se unió a Laínez en Florencia, y ambos por Bolonia y Trento se dirigieron a Ausburgo a donde llegaron el 24 de marzo de 1555. Tres días antes, el Cardenal Morone sabedor de la muerte de Julio III, había partido para el Cónclave. Quedándose solos los dos jesuítas, vieron al Rey de Romanos, quien les hizo una recepción muy amable y los remitió al Obispo de Laybach, Urbano Weber, capellán de la Corte, a fin de que arreglaran con él las obras que trataban de emprender. Weber desde el primer momento se mostró lleno de confianza y de ardor por el bien. El primer contacto prometía mucho. (37) El P. Pedro de Soto, de la Orden de Santo Domingo y confesor de Carlos V, no había aún salido para Inglaterra, a donde le llamaba el príncipe Felipe, y a Nadal y Laínez les explicó a fondo sus miras sobre la situación de Alemania. En cuanto al duque de Baviera, había ya manifestado a Morone su deseo de que uno de los Padres visitadores se diera bien cuenta de la situación de Ingolstadio. Si la partida de Morone arrastró a Laínez, Nadal en cambio se quedó, porque tal era el parecer del Nuncio Delfino y del Obispo de Laybach.

Apenas seis días llevaba Nadal en Alemania, y ya su corazón estaba penetrado de compasión y desbordante de celo. Nacido en un país en donde el protestantismo era desconocido, la miseria de esos pueblos, entregados casi sin defensa a los ataques de los herejes, le conmovió profundamente; y su alma se deshacía en ardientes deseos de trabajar, de sufrir y de morir si era necesario, por la salvación de aquellos infortunados. Los luteranos eran emprendedores. Se decía que habían impreso o estaban por imprimir libros en griego, para difundir sus doctrinas diabólicas hasta los pueblos orientales. Pero el Señor, dice Nadal, confundirá sus orgullosos designios y la Compañía será el instrumento del Señor. Desde el primer momento este hombre diligente y resuelto formará un plan de acción que presentará al General de la Compañía. Hacía ya mucho tiempo que no había religiosos en Alemania, porque los

alemanes no son inclinados a esta vocación; no había que contar con socorros financieros de los prelados y de los príncipes para sostener el Colegio Germánico de Roma; y los Obispos no pensaban sino en buscar colaboradores para sus Parroquias. Pero ¿cómo formar a éstos? Multiplicando en aquella nación los Colegios de la Compañía, aun si cada uno de ellos no pudiere sostener sino un pequeño número de estudiantes jesuítas. La Compañía tendría la dirección espiritual e intelectual; así llegaría su acción a un gran número de estudiantes externos, y más tarde aquellas casas podrían llegar a ser enteramente suyas. Así razona Nadal en la primera carta que de Ausburgo escribe a Ignacio de Loyola. (38) Mientras espera que el porvenir venga en ayuda de la realización de estos proyectos, los expone y los inculca al Nuncio, a quien convence de la utilidad de su plan. Habla con los católicos a los que anima; habla también con los herejes a quienes infunde recelo sobre su falsa religión, y con el Rey de Romanos, con quien trata de la fundación de un Colegio en Praga. Durante toda la Semana Santa, confiesa a españoles e italianos; y al fin, después de Pascua, envía al Colegio Germanico 48 alumnos que ha reclutado (39).

Antes de partir para el Cónclave, el Cardenal de Ausburgo Othón de Truschess rogó al Comisario que hiciera en su nombre una inspección en la Universidad de Dilinga. Animado a esta visita por el Nuncio Delfino y el Obispo Weber, Nadal hizo el viaje. En Dilinga el rector y los profesores hicieron a Nadal un recibimiento cortés. Conformemente a las órdenes recibidas de Truschess, el visitador inspeccionó todo: las clases, los reglamentos y el personal. Durante cuatro días asistió a discusiones escolásticas en las que tomaba la palabra. Los alumnos eran dóciles y se confesaban cuatro veces por año; serian unos doscientos poco más o menos y todos externos. Los que eran sostenidos por el Cardenal, se confesaban mensualmente. Había ocho profesores; hacían falta dos profesores de Teología, uno de filosofía uno de Griego y otro de Hebreo. Nadal quedó encantado de todo lo que vio y oyó. Estaba convencido de que entre las manos de los jesuitas esta Universidad adquiriría gran desarrollo y de que la Compañía podría poco a poco tomar a su cargo toda la enseñanza y que de allí saldría gran número de vocaciones. (40)

Canisio era la esperanza y la fuerza de los buenos Prelados y los buenos católicos de Alemania. Hacía apenas diez años que había entrado en la

Compañía y había llevado a cabo un trabajo prodigioso. Su saber, su virtud y su celo, habían bastado a todo. Cuando volvió de Trento a donde había asistido en calidad de teólogo del Cardenal de Ausburgo, el duque de Baviera lo había llamado a Ingolstadio, para renovar la Universidad. Unido a Claudio Jayo, tuvo gran éxito (1550-1552). El Rey de Romanos Fernando, por consejo de su confesor el Obispo de Laybach, llamó a los jesuitas a Viena. Allá fueron el P. Lanoy y ocho de sus hermanos. Jayo fue el primer Rector. A su muerte (6 de agosto de 1552) Lanoy le sucedió. Canisio que llegó después se hizo el apóstol de las campiñas, de la Corte, del pensionado de nobles que fundó, de la Universidad de la que fue nombrado decano (1553) y que reformó, y finalmente de toda la diócesis de Viena, a la que administró por un año (1554-1555).

Para combatir a los libros heréticos que infestaban al Austria, el Rey de Romanos había pedido a Jayo tres libros: una *Suma Theológica*, destinada a los estudiantes de la Universidad; un manual de Moral y de instrucción para los sacerdotes, y un Catecismo para los fieles. Jayo comenzó por el Catecismo. Después de la muerte de éste, Canisio puso al corriente de los deseos del Rey de Romanos a Ignacio, el que determinó que Laínez redactara la *Suma Theológica*, Frusio el Manual de Moral y Canisio el Catecismo. Este se puso al trabajo con muchas oraciones y consultó mucho, y después puso humildemente su libro a la aprobación de sus amigos de Alemania y de sus superiores de Roma. La *Summa doctrinae christianae* apareció en 1555. Esta obra será reeditada frecuentemente con gran furor de los herejes y gran provecho de los fieles.

Tal era el hombre con el cual iba Nadal a tratar sobre los intereses de la Iglesia y organizar las obras de la Compañía de Jesús en Alemania.

Ignacio había dado cuenta a Canisio de la misión de Nadal (41) y le había recomendado el que tratara con él todos los asuntos. La recomendación fue renovada más tarde, cuando ya Nadal estaba en el país. Canisio era lo bastante humilde para que hubiera de faltar a la obediencia. Sabía además que Nadal era hacía tiempo Vicario General de toda la Compañía. Cuando se encontraron estos siervos de Dios, no pudieron menos de estimarse mutuamente y ayudarse a maravilla. Canisio renovó en manos de Nadal el 9 de febrero de 1555, de acuerdo con la fórmula de las *Constituciones*, la profesión que hiciera en Roma el 4 de septiembre de 1549, y después se entregó a los negocios.

Entre todos los príncipes o prelados que pedían el socorro de Canisio para su país, el duque Alberto de Baviera y Fernando Rey de Romanos eran los más insistentes. Bohemia y Moravia formaban parte de los Estados de Femando. Como consecuencia de los errores de Juan Huss, había gran turbación en las conciencias y en la vida pública. El Obispo de Laybach capellán de la Corte sugirió al príncipe erigir en el país un Colegio de jesuítas. En 1554 ya Canisio había sometido el proyecto a Ignacio, suplicándole enviase algunos Padres bien provistos de santa paciencia y de celo, no para discutir, sino para sufrir y edificar con sus ejemplos. Nadal envió a Canisio a Praga para la ejecución del proyecto. El Clero, Maximiliano, hijo del Rey, y el mismo pueblo acogieron con transportes de alegría al hombre apostólico (julio de 1555). Los sermones, de los que estaba desterrada toda controversia anti-husita, atraían a las multitudes. Así se estableció el primer contacto. En la cuaresma de 1556, Canisio volvió, predicó y enseñó el Catecismo. Su libro andaba en todas las manos. En abril los Padres enviados por Ignacio llegaron. El 6 de julio, el mismo día consagrado a la memoria de Juan Huss, se abrió solemnemente el Colegio, en el antiguo convento de San Clemente, cedido por los Padres dominicos. (43)

En Ingolstadio, el paso de Canisio y de Jayo en 1550-1552 había dejado huellas profundas; el duque Alberto de Baviera, con sus instancias, había logrado que Canisio tratara de la erección de un Colegio al lado de la Universidad. Después de algunas discusiones por la modalidad de algunas cláusulas, y con la previa anuencia de Ignacio, se decidió la fundación. El contrato firmado por Canisio y los dos consejeros del Duque en Ingolstadio, fue enviado a Roma el 18 de diciembre de 1555 (44).

De esas dos fundaciones, Nadal no conoció sino los proyectos, porque ya había salido de Alemania cuando se llevaron a cabo. En su viaje no vio sino la obra del Colegio de Viena, abierto en 1552. Había llegado a la ciudad el l° de mayo de 1555. Desde un principio pudo verificar cómo allí, del mismo modo que en otras partes, los herejes eran insolentes frente a unos católicos silenciosos. Por todas partes pululaban los libros heréticos. Los fieles y los sacerdotes los leían con gran daño de su fe, aun cuando trataban de precaverse contra el veneno del error. Laínez, escribió Nadal a Ignacio, debía establecerse en Viena, y así tendría tiempo para poner en orden y acabar sus escritos. El

mismo dijo que en Italia donde le absorbían tantas relaciones y predicaciones, no podría jamás escribir un libro. En Viena, sí podría hacerlo, y además tendría allí un excelente impresor. (45) No se podría exagerar nunca el bien que haría en Alemania, exponiendo la verdad católica con fuerza y modestia; su misma presencia y sus ejemplos acreditarían más sus obras. Además los católicos imprimían poco y sus libros se encontraban difícilmente; esta era precisamente le excusa que daban los fieles, cuando se les reprochaba la lectura de los libros de los herejes. (46)

Pero no teniendo a Laínez a su alcance, Nadal hizo lo que pudo. Instaló en Viena a un impresor católico, cuya casa se convirtió en una oficina del libro bueno. (47) Logró persuadir al historiógrafo del Rey de Romanos para que compusiera un compendio de historia eclesiástica, en el que mostrara la acción de los Concilios y de los Papas para la extinción de las herejías. Encargó a Canisio publicar un librito de los Evangelios y de las Epístolas de los Domingos, con algunas notas sobre los pasajes alterados por los herejes. Le instó a que preparase una segunda edición de su catecismo y trabajó con él en ella. Le sugirió también la redacción de un Compendio de Teología, siguiendo al dominico Viguier y a otros autores. Le hizo traducir al latín las cartas que llegaban de las Indias. En fin, antes de salir de la capital de Austria dejó una instrucción para obligar a los Padres a preparar una Universidad, que completando al Colegio y prolongando su acción, arrancara a la juventud de las garras de los falsos doctores del luteranismo. (48)

El plan del Comisario era el de quedarse en Viena hasta el fin de julio, para volver a Italia, visitar algunos Colegios y regresar a Roma para el otoño. La muerte del Papa Marcelo II precipitó todo. Fernando, Rey de Romanos, renunció a su viaje a Viena y Nadal partió para Venecia. (49)

*

* *

El Colegio de Venecia era una creación de Andrés Lipomano, prior de la Santa Trinidad. (50) Los jesuitas habitaban en una parte de su casa, y el jardín era común. Las intenciones del prior eran generosas, tanto como escasos sus recursos. Sucedió a veces que por toda comida enviara a los Padres un melón y

un poco de pan. Nadal, que llegó allá el 4 de julio de 1555, juzgó que era preciso remediar aquella miseria sin lastimar la susceptibilidad del fundador, y permitió al rector P. César Helmio que aceptara algunas limosnas secretas, a fin de poder alimentar a su comunidad. Tenía en el Colegio unos cincuenta alumnos, inteligentes, estudiosos y dóciles. Sus ejercicios públicos causaban la admiración de la ciudad. Nadal no estuvo allí sino pocos días. En la comunidad había un hermano Arnoldo, flamenco, obstinadamente desobediente; Nadal lo envió por manera de penitencia en peregrinación a Roma. Expulsó de la Compañía a un cierto hermano Pedro, que confesó cínicamente no haber entrado en la Orden sino para estudiar durante dos años y abrirse después camino en la vida con su pequeño bagaje de conocimientos (51).

En Padua el Colegio tenía pocos alumnos, de 50 a 60. Eran casi todos de familias poco acomodadas e interrumpían pronto sus estudios para dedicarse al comercio. Pero eran sencillos, laboriosos e inteligentes. Sus maestros vivían en paz y en grande actividad. Cuando Nadal llegó, la peste hacía estragos en la ciudad desde el mes de junio. Un edicto público había cerrado las escuelas. Los jesuitas se habían quedado y nunca tuvieron tanto trabajo en el confesionario. En noviembre el mal desapareció y las clases se abrieron de nuevo (52).

En una aldea llamada Argenta, de seiscientos vecinos, había una escuelita. Nadal la vio y pensó que la obra podría progresar. Las gentes del país, al principio reservadas, se fueron suavizando y la mayoría se mostró favorable. La casa era miserable e incómoda. Pero había otra para alquilarse, y se esperaba que podía comprarse por 600 escudos, de los cuales 200 debían darse al contado. El Padre Pelletier que no tenia un centavo, contaba con poder reunir aquella suma tendiendo la mano al duque y la duquesa de Ferrara, al Cardenal Morone, a María del Gesso, mujer del tesorero general de Ferrara, muy devota de todas las obras de la Compañía. (53)

En Ferrara misma, la munificencia del duque Hércules y de la *Fattora* (54) proveyeron a todo. La nueva casa era sana, bien colocada y cómoda; tenía una iglesia grande. Una sola dificultad se presentó: no se pudo encontrar en la ciudad quien se encargara de azotar a los alumnos recalcitrantes, y se vieron obligados a encargar a los mismos alumnos el

castigarse mutuamente; y lo hicieron. Pero los padres de familia se quejaron. Y aquellas correcciones no bastaban, por lo demás, para mantener el respeto a los maestros y la perfecta sumisión. Nadal pidió consejo a Roma e Ignacio le respondió que lo pensaría. (55)

En Módena las dificultades eran muy grandes. La casa alquilada para el Colegio era insuficiente y malsana. Los Padres se enfermaban frecuentemente; además el Concejo de la ciudad era opuesto a los jesuitas, y el Obispo, aunque muy amigo de ellos, no se interesaba por las escuelas. (56) Nadal llegó el l° de agosto de 1555, e inmediatamente decidió que o se compraba una nueva casa o los jesuitas tendrían que salir de la ciudad, aunque se quedaran dos obreros evangélicos. Para arreglar mejor el asunto fue a hablar con el duque Hércules a Ferrara. Este escribió al gobernador de Módena una carta urgente. Acompañado por el P. Pelletier, rector de Ferrara, Nadal volvió a Módena, para buscar la casa ideada, y creyó que la había encontrado cerca de la residencia de los Hermanos predicadores. Si el duque concedía una parte del foso de la antigua muralla y si los dominicos quisieran cambiar por esta parte del foso una parte de su jardín, las cosas se arreglarían; y tanto el duque como los dominicos consintieron en ello. Cuando escribió a Ignacio todas estas noticias, Nadal estaba lleno de esperanzas. (57) Pero una vez que él partió, todo se vino abajo. El duque Hércules era tan fiel como generoso; pedía únicamente que el día del aniversario de la donación, los Padres recitasen los siete salmos penitenciales con las letanías de los Santos por las intenciones de su Alteza. Pero el Concejo de la ciudad, al emprenderse los primeros trabajos, intervino furioso y declaró inválida la concesión ducal, porque la muralla pertenecía a la ciudad y no al duque. Un mal intencionado añadió a esta chicana una pesada broma: los cimientos, cavados para la edificación de la casa de los jesuitas, fueron rellenados completamente. El duque Hércules en vano manifestó su disgusto, los concejales citaron a los jesuitas a comparecer ante el Concejo y les reprocharon el ser extranjeros e intrusos. El rector del Colegio se contentó con responder: *"¿Si os dejamos este terreno en litigio, nos daréis otro?"* Los magistrados se callaron; su mala voluntad era evidente e irreductible. Por otro lado los Hermanos Predicadores, que habían consentido en el trueque de la parte de su jardín contiguo a la posesión ducal, acabaron por rehusarla haciendo valer sus privilegios. Así que, a despecho de la gran amistad de que

daba muestras a los jesuitas, el duque Hércules aconsejó que se dejara todo en suspenso. (58)

Cuando iba a Alemania en compañía de Laínez, Nadal había pasado dos días en Bolonia. Se trataba entonces de pasar el Colegio a una casa vecina de la iglesia de San Andrés. Las rentas de esta iglesia pertenecían a la Catedral, pero Julio III había cedido la aplicación de este beneficio al Colegio. Murió el Papa antes de la expedición del Breve Pontificio y todo se quedó en suspenso. Nadal pensó, dadas las dificultades que surgieron en Bolonia respecto a la cesión del beneficio, que se debía conservar el antiguo domicilio de Santa Lucía. No era comparable, ni mucho menos, con el que se hubiera tenido en San Andrés, pero la paz merecía ese sacrificio; y por otra parte, los propietarios de las casas vecinas estaban dispuestos a venderlas para dar a los Padres local suficiente para las clases. Nadal no quería construcción nueva sino una simple adaptación de las casas compradas. Comenzados los trabajos, las paredes maestras se vinieron abajo y el arquitecto juzgó que no había mas remedio que echar todo por tierra para edificar de nuevo. El rector de Bolonia, P. Francisco Parmio, encontró entre los amigos del Colegio los 700 escudos necesarios para los gastos de la construcción imprevista (59).

En Génova se habían producido algunos choques entre el Rector Antonio Soldevilla y el superintendente Juan Bautista Viola. Ignacio enterado por Viola del asunto, reemplazó a Soldevilla por el padre Loarte. Este, en un principio, triste por las dificultades que tenía, poco a poco se fue alentando. La situación sin embargo no era muy placentera: la iglesia del Colegio había sido recobrada por la Cofradía que antes cedió el uso de ella, la casa era incómoda y ruinosa, los recursos insuficientes y precarios. El Arzobispo Sauli ofrecía dar una renta anual, (60) pero todo quedó pendiente cuando Nadal salió de Genova, hacia mediados de diciembre de 1555.

Por todas partes la cuestión financiera era deplorable. En Alemania el Rey de Romanos y el Duque de Baviera rivalizaban en celo y proveían en teoría a la fundación de los Colegios; pero la ejecución de las promesas costaba gran trabajo. Los jesuitas debían debatirse con los agentes del tesoro, quienes se quejaban de las deudas públicas y alegaban los gastos que se tenían que hacer en la preparación de la guerra contra los turcos. (61)

En Barcelona, Nadal había determinado que se viviera de limosna, con fervor de caridad, hasta que se hubieran obtenido las rentas de una Abadía para el Colegio. (62) En Córdoba, a pesar de un contrato hecho con la ciudad, y la buena voluntad de Juan de Córdoba y de su hermano Antonio que era jesuita, muchas rentas se quedaban *in spe*. (63) El Doctor Vergara ayudaba mucho al Colegio de Alcalá y el P. Villanueva desplegaba gran actividad; sin embargo la casa tenía cerca de 500 ducados de deudas; el Provincial P. Araoz discutía sobre una suma de 80,000 maravedíes que se querían distraer de Oñate; el Obispo de Esquilache no daba los 200 ducados de pensiones que había ofrecido; el conde de Melito había suspendido sus generosidades, y el Doctor Vergara no había aún resignado el beneficio prometido. (64) En Salamanca se había tenido mucho trabajo en obtener los 150 ducados anuales prestados por el Cardenal de Burgos, Mendoza, y el resto de los recursos provenían de limosnas aleatorias. (65) En Compostela la generosidad del Conde de Monterrey y del Arzobispo facilitaban las cosas, pero era difícil conservar en la acción y le enseñanza la libertad que requieren las *Constituciones* de la Orden (66). Con el Cardenal Infante Don Enrique se tenían las mismas dificultades en Evora. (67) Al P. Domenech en Valencia se le tenía al mismo tiempo muy apretado y malamente proveído. (68) En Valladolid la casa era miserable y no se veía quién pudiera ayudar a la fundación del Colegio. En Medina sólo se contaba con limosnas para edificar. (69) En Burgos y en Cuenca los bienhechores se veían estorbados para obrar, por sus propias familias (70). Por tantas cosas tan mezquinas, Nadal se vio obligado a deliberar seriamente con San Francisco de Borja sobre los medios generales de asegurar a los Colegios recursos fijos, y acabó por proponer éste: obtener del Rey de España algunas rentas fijas y perpetuas sobre las Abadías cuya nominación le pertenecía, y autorizar a los escolásticos de la Compañía, antes de que hicieran sus últimos votos, a poseer beneficios eclesiásticos, con la clausula de dejar las rentas a disposición de los Superiores. (71)

Los presupuestos italianos no estaban menos en quiebra como hemos dicho. En revancha las conciencias por todas partes eran ricas en virtudes.

La tempestad desencadenada en Portugal, había dejado en medio de una atmósfera purificada a aquellos hombres resueltos a vivir una vida intensa y

perfecta. En España el P. Araoz había recibido una advertencia para que refrenase su afición a mezclarse en negocios profanos. Al P. Estrada, que pedía se le diese tiempo para estudiar después de haber predicado tanto, Nadal le aminoró sus ocupaciones como Provincial a fin de dejarle algún tiempo libre; el P. Torres era un modelo de firmeza y abnegación. (72) En Alcalá, el P. Villanueva autorizaba fervores indiscretos: seis horas de sueño solamente, dos ayunos por semana, una hora de oración por la tarde además de la de la mañana, visitas al Santísimo de un cuarto de hora después de cada comida. El Comisario puso a todo esto un diapasón. (73)

En Alemania, la Compañía apenas comenzaba. Al lado de Canisio, Lanoy, Gouda y Jayo no había casi jóvenes religiosos. Eran 36 en Viena, porque se habían reclutado algunos jesuitas recientemente. Todos ellos oyeron los Comentarios del P. Nadal sobre el Instituto y renovaron sus votos con el mayor gozo espiritual. (74) En todos estos países donde los herejes abundaban y eran emprendedores, pocos los sacerdotes y poco virtuosos, la lectura tenía gran importancia, porque los detestables libros de los herejes andaban en todas las manos. En las Universidades por donde pasó Nadal quemó todos los libros heréticos y apartó los sospechosos. (75) El Rey de Romanos y el Obispo de Laybach querían instantemente las Misas cantadas y las visperas también cantadas en Viena; pero Nadal las suprimió en principio, y decretó que no se cantaran las vísperas más que en los días de fiesta. La Misa del domingo sería cantada por un sacerdote secular y algunos coristas. Con el mismo espíritu redujo el tiempo consagrado a la oración: media hora por la mañana y dos exámenes de un cuarto de hora a mediodía y por la noche, y nada más.

En todas estas casas la espiritualidad de los *Ejercicios* y la fórmula del Instituto contenida en la Bula de Paulo III eran el alma de la vida religiosa. Aquellos superiores que habían vivido en Roma algún tiempo al lado de Ignacio tenían además como norma de su conducta lo que habían visto en él y las respuestas que habían recibido de él en sus dudas. La iniciativa de hacer unas reglas nuevas, tomada por Rodríguez en Portugal, parece una excepción. (77) En adelante habría en todas partes un mismo orden común, un estatuto escrito, y los empleos eran precisos y las obligaciones bien claras. Nada de penitencias indiscretas, ni de largas oraciones como se había hecho en Alcalá

y en Gandía; nada de la comodidad e independencia que el débil gobierno de Simón Rodríguez había dejado introducirse en Portugal. El espíritu apostólico por doquiera era inflamado, lo mismo que el espíritu de abnegación y de obediencia.

Al mismo tiempo que la disciplina religiosa y las finanzas, el Comisario no dejó de arreglar los estudios. Fue él quien estableció conforme a sus recuerdos de la Universidad de París, el orden de los estudios en Messina en 1548 (78). Y en todos los Colegios que visitó en Alemania como delegado de Ignacio, estableció el mismo orden. Era de parecer que para Alemania se necesitaba abrir clases para enseñar a los niños pequeños a leer y escribir, a fin de arrebatarlos a los avances de los herejes, y así lo hizo en Viena, donde el P. Jonás Adler gobernaba alegremente a ochenta chiquitines, y dice el Visitador que *"era un gran consuelo el ver a aquellos angelitos, arrancados de ese modo al demonio."* (79)

*

* *

En los dominios flamencos de la Corona Española los comienzos de la Compañía se señalaron, como hemos dicho, por un sinnúmero de dificultades y contradicciones (80). Allí, lo mismo que en los países del Rhin, la situación financiera era incierta.

En Lovaina, los Padres habitaban en una casita alquilada. (81) La buena voluntad de una parienta del P. Canisio, que quería fundar un Colegio en Nimega, era estorbada por un hermano suyo, y éste arrastró a la oposición a los concejales, quienes ya se inclinaban a la fundación en vista de los trabajos de los religiosos en la ciudad. (82) En Colonia, el favor del Canciller Gropper, las cartas de recomendación del Rey de Romanos al Senado y la fiel amistad del Prior de la Cartuja, no pudieron vencer la fría indiferencia de los habitantes de la ciudad. (83) El P. Adriaenssens y sus tres compañeros de Lovaina vivían con 150 florines de renta anual y algunas escasas limosnas. (84) El P. Oliver y sus dos compañeros en Tournai, se alimentaban con las rentas de un canonicato del P. Quintín de Charlat. (85)Sobre esto, el Obispo de Cambray no quería ni oír hablar de los Jesuitas. El ruido de las oposiciones encontradas en Zaragoza, se

extendió por todos los Países Bajos. (86) Carlos Quinto no había aún autorizado la Compañía en Flandes, y la resignación que acababa de hacer de todos sus Estados (25 de octubre de 1555) en favor de su hijo Felipe, dejaba el asunto a la decisión del Príncipe.

Para tratarlo, Ignacio escogió como negociador al P. Pedro de Rivadeneyra (1555). Este tenía entonces 29 años, había sido consagrado sacerdote hacía dos años y sólo tenía quince años de haber entrado en la Compañía. Sus estudios los hizo en París, en Lovaina y en Padua, y después enseñó en el Colegio de Palermo. En sus *Confesiones* da a entender que no había en él nada que lo designara para ese cargo, pero que su única confianza estaba en las sabias instrucciones y en las oraciones de Ignacio. (87)

Ignacio ciertamente había fijado su elección en septiembre, y Polanco anunciaba entonces al P. Kessel un pronto arreglo del asunto. (88) El 20, las Casas de Colonia, Tournai y Lovaina fueron avisadas de la misión del Comisario, que iba provisto de todas las patentes necesarias para acreditarlo; se alababa en ellas la integridad de su vida, su doctrina y celo por la salvación de las almas. (89) Se dirigió por Bolonia, Spira, Colonia, Aquisgrán, y llegó sin novedad a Lovaina el 7 de diciembre. En su viaje de seis semanas, sus temores habían sido a veces muy vivos, temores de lo desconocido y de los bandidos, pero la Providencia había sido muy buena. En Colonia notablemente estaba como encarnada en la caridad de los Cartujos y del P. Leonardo Kessel, que gobernaba el pequeño núcleo de Jesuitas en la ciudad. (90)

Desde su llegada a Lovaina, Rivadeneyra fue invitado a predicar en latín a los estudiantes de la Universidad. La fama del éxito de sus sermones llegó hasta Bruselas. El joven predicador fue llamado a predicar en la Corte, en español, el día de la Epifanía. El plan de acción trazado por Ignacio de Loyola antes de la partida de Rivadeneyra se desarrolló al pie de la letra. Dios ayudó ciertamente, y el P. Rivadeneyra hace muy bien en afirmarlo en sus *Confesiones*; (91) pero por sus cartas se ve, que con la acción simultánea del P. Olivier, él trabajó como debía hacerlo. (92)

El príncipe Felipe, nuevo Soberano, era muy joven; las oposiciones eran fuertes y databan de larga fecha; (93) el negociador joven también, desconocido y sin autoridad. Felizmente, en Bruselas Gómez de Figueroa,

duque de Feria, tenía a la vez la confianza del príncipe y una amistad sincera y profunda por los Jesuitas, (94) y todo se pudo arreglar. Rivadeneyra habló con Ruy Gómez, después escribió una hermosa súplica (95) para presentarla al Rey, en Amberes, el 15 de febrero de 1556, juntamente con cartas de Ignacio a Su Majestad. Felipe escuchó todo con gran atención y prometió una respuesta. (96) Esta tardó algunos meses a causa de la resistencia de Granvela y de Zwichen. Sin embargo, según frase del mismo Rivadeneyra, por ese Josué que era el duque de Feria y ese Moisés que era San Ignacio, la difícil batalla fue ganada. Ayudaron también unas cartas de Francisco de Borja y de las dos hijas de Carlos V, Juana de Portugal y María de Hungría, y un nuevo memorial redactado en francés por el P. Olivier. (97)

La misma víspera de la muerte de Ignacio, Rivadeneyra compareció ante el presidente del Consejo privado, Viglius van Zwichen, que tenía la comisión del rey para decidir la aprobación de la Compañía en los Países Bajos. El joven Jesuita sabía cuán puntilloso era este legista; pero tenía confianza en el duque de Feria y en el Decano de la Facultad de Teología, Ruard Tapper, para él muy favorables. Las conferencias duraron dos días. Finalmente Zwichen se encastillaba en tres objeciones: la facultad de predicar sin ser invitado por los Obispos y otros sacerdotes, invertía la jerarquía; la exención de la autoridad episcopal excitaría los celos de los religiosos no exentos; y asegurar rentas perpetuas a los Colegios caía fuera del poder real, si no consentían en ello las ciudades. Rivadeneyra convino en el tercer punto; pero acerca del segundo y el primero explicó que los Jesuitas no tenían la costumbre de usar sus privilegios contra la voluntad de los Obispos. En vista de lo cual Zwichen invitó a Rivadeneyra a comer con él en compañía del decano Tapper y del Inquisidor de los Países Bajos. Mientras que en la conversación cordial de esta comida todo anunciaba una conclusión favorable, Ignacio de Loyola estaba tendido en su lecho de agonía. Murió al día siguiente, 31 de julio. El 8 de agosto el rey Felipe anotó la súplica del P. Olivier, el 20 de agosto y el 14 de octubre firmó la patente que autorizaba a la Compañía en los Países Bajos. (98)

Mientras que se debatía este grave asunto, el P. Rivadeneyra no había hechado en olvido su carácter de promulgador de las *Constituciones*.

Desde el primer día el P. Adriano Adrienssens, que era superior de los jesuitas en Lovaina, manifestó sus temores de que el Comisario viniera a revolucionar todo. Rivadeneyra declaró que sus intenciones eran más pacíficas; hablaría de acuerdo con su comisión, y si el superior era de otro parecer que el suyo, escribiría a Roma, en donde se decidiría finalmente. Evidentemente este joven jesuita de treinta años era un hombre prudente. Adrienssens se calmó (99). Pero este apaciguamiento no suprimió ciertas dificultades interiores. Había allí cuatro religiosos, de los que dos no tenían dirección alguna en sus estudios y los otros dos ninguna noción de obediencia. El superior mismo, hombre de celo, no sabía gobernar y entendía a su modo el ministerio sacerdotal. (100) Sólo el P. Bernardo Olivier tenia todas las cualidades de un buen jesuita y aun de un Provincial (101) pero desgraciadamente había muerto aquel año mismo. Desde el principio, Rivadeneyra consagró sus esfuerzos a la aprobación de la Compañía, aunque por otro lado esperaba aun el texto latino de la 3a. parte de las *Constituciones* que Polanco debía enviarle. Mientras tanto predicaba en latín y en español en la Universidad de Lovaina, y sus oyentes estaban tan encantados que le pidieron la impresión de sus sermones y que diese clases de elocuencia sagrada a los estudiantes de Teología. (102) Muchos españoles tenían grandes deseos de entrar en la Compañía, entre otros Diego de Ledesma, muy instruido y que tenía ya algunas obras listas para la impresión. (103) En Tournai, Rivadeneyra encontró una encantadora comunidad en tomo del P. Quintín Charlat. Todos trabajaban mucho y animaban a los católicos. Se hacía sentir grandemente la necesidad de dar a éstos una buena dosis de valor, porque el número y la audacia de los herejes los habían intimidado. Gracias al celo de los Padres, la oración y la frecuencia de sacramentos volvieron a estar en honor. En Tournai como en Colonia, los Cartujos eran grandes amigos de los jesuítas. (104) Desgraciadamente el P. Quintín Charlat, alma del grupo de Tournai, murió el 22 de julio. (105)

No tenemos todas las cartas de Rivadeneyra, pero por las que conservamos parece que su misión acerca de las *Constituciones* no tuvo el éxito deseado, Algunas veces escribe a Ignacio que era preciso esperar una ocasión favorable; (106) que los de Colonia ya habían recibido de Salmerón todas las explicaciones deseables, y que personalmente no ve qué otra cosa podrá hacer en los Países Bajos, sino es tal vez predicar en Lovaina. (107)Después de la

muerte del P. Olivier, al que había dado su voto para Provincial y en el que tenía grande confianza, parece el Comisario un poco desanimado, y se lamenta de no poder escribir todo lo que piensa. (108) Finalmente la verdad aparece en estas líneas significativas: *"En cuanto a las* ***Constituciones****, mis alas se rompen lo mismo que mi corazón viendo la poca disposición que hay aquí para recibir y guardar las* ***Constituciones*** *como convendría; es en Colonia donde he encontrado mejor buena voluntad"*. (109) Se comprende así por qué el Comisario suspiraba por la venida de Salmerón, esperando sin duda que por su presencia y su autoridad, éste podría organizar a aquella provincia flamenca, aún en estado caótico.

De hecho Salmerón fue designado como teólogo del Cardenal Legado enviado a Flandes por el Papa con el fin de afirmar la paz entre España y Francia. Según las instrucciones recibidas de Ignacio, Salmerón debía proclamar a Olivier provincial, tanto más cuanto que había recibido el sufragio de todos sus colegas. (110)

La muerte de Olivier, la muerte de Ignacio y la vuelta de Rivadeneyra a Roma pusieron fin a las tribulaciones y misión del Comisario.

En el entretanto Nadal había vuelto a España. Su misión consistía entonces principalmente en colectar recursos para el Colegio Romano. Su autoridad estaba limitada en España por la de Borja y en Portugal por la de González de Cámara. Así que al mismo tiempo que se debía dar cuenta de las cosas, no podría hacer nada sino de acuerdo con aquellos Padres, en quienes Ignacio tenía la más absoluta confianza. (111) De hecho la correspondencia de Nadal, hasta la muerte de Ignacio, no contiene nada de notable sobre la situación de España sino es el deseo inmenso que manifiesta tener de trabajar, si en ello se le emplea, en la salvación de Alemania. (112)

Por todo lo que hemos referido hasta aquí se puede uno dar cuenta de que Ignacio seguía siendo el alma viviente de su Orden. En vano delegaba su autoridad en toda plenitud en hombres de su confianza. Rivadeneyra, Nadal mismo no harán nada que sobrepase los límites de su mandato, y si tienen algunos planes de acción los someten humildemente y se inclinan ante las decisiones recibidas de Roma.

En cuanto a la Compañía de Jesús, permanece más o menos, teniendo en cuenta los lugares y los hombres, en la misma línea trazada por el fundador; pero la buena voluntad es grande en todas partes. Durante trece o catorce años, la Orden vivió conforme a su fórmula de 1540 que dejaba mucho por determinar. Ignacio suplió esta indeterminación por decisiones particulares que se multiplicaban según las necesidades. A medida que el número aumentaba y que las empresas apostólicas se extendían, la dificultad de reducir todo a la unidad en un gran cuerpo se manifestaba mayor. El texto del Código redactado por Ignacio y los comentarios que de él hizo Nadal hicieron por fin patente y clara en todas partes la idea del fundador.

Sólo Francia en Europa no recibió la visita de Nadal. Los jesuitas eran allí poco numerosos y en una posición legal que no agradaba al Parlamento. No fue sino después de la muerte de Ignacio cuando Laínez y Nadal arreglaron en París todo lo conveniente.

Los religiosos dispersos en las misiones lejanas no conocieron las Constituciones sino más tarde. Las cartas, como los hombres, entonces viajaban muy lentamente y con peligro de extraviarse. En aquellas tierras nuevas, en aquel aislamiento, en medio de dificultades que Europa no conocía, aquellos valerosos obreros del Evangelio vivían de la fuerte espiritualidad de los Ejercicios y de aquella *"ley interior de la caridad y el amor que el Espíritu Santo imprime en los corazones"* generosos y rectos. El ejemplo de los superiores completaba esta resolución para el heroísmo.

Antes de afrontar la dura misión de Etiopía de la que será el Patriarca, Juan Núñez se entregó durante seis años, en Marruecos, al rescate de los cautivos cristianos reducidos a la esclavitud por los musulmanes. (113) Jorge Vaz murió de las fatigas soportadas en las devoradoras tierras del Congo. Y si Diego Díaz y Cristóbal Ribeyra obraron más como traficantes que como misioneros, Cornelio Gómez y Fructuoso Noguera se mostraron superiores a todas las debilidades humanas. (114)

En Brasil, la penetración portuguesa era más grande; los misioneros por consiguiente podían ser más numerosos y más activos. Ora se tratara de evangelizar a los portugueses o de enfrentarse con los antropófagos, el P. Manuel de Nobrega era el primero en el trabajo, el peligro y la oración; en el

alma de este apóstol se unían las ambiciones conquistadoras de los gentilhombres de su raza y el ardiente celo de un Javier. Cuando Ignacio, en 1553, lo nombró Provincial del Brasil, no hizo más que consagrar con un título la superioridad que ya Nobrega tenía por su inteligencia y su virtud. Este grande hombre era digno de mandar a unos valientes como Antonio Correa y Juan de Souza, quienes en la Navidad de 1554 sucumbieron bajo la lluvia de flechas de los salvajes brasileños. (115)

En las Indias, Antonio Criminali había regado con su sangre la tierra del Cabo Comorín. (116) En 1552, Francisco Javier antes de morir había designado como su sucesor en el cargo de Provincial a Gaspar Barceo y en su defecto a Manuel Morales. Morales murió agotado por el trabajo dos meses antes de aquel a quien debía reemplazar. Había llevado el Evangelio a Ceylán, y cuando volvió a Goa en 1553, fue para tomar sobre sí, sin cuidarse para nada, el cargo de las predicaciones y confesiones, bajo cuyo peso cayó aplastado. (117) Barceo era la misma elocuencia; sus sermones, que multiplicaba sin cansarse, removían y cambiaban las almas; tal parecía que no tenía cuerpo y que encontraba reposo en un redoblamiento de actividad. El 6 de octubre de 1553, cuando explicaba en la Catedral de Goa el evangelio del domingo, no pudo acabar ya su discurso; transportado al Colegio, no tardó en rendir el último suspiro, el día de San Lucas Evangelista. (118) Antes de su fin, advirtió al Padre Melchor Núñez que sería provincial en su lugar, según el voto de Javier. Llegado éste a Goa después de la muerte de Barceo, por los consejos de los más autorizados partió para el Japón. (119) Contrariado por los vientos y por los hombres, este viaje que duró más de dos años tuvo sus recompensas divinas: Núñez tuvo el consuelo de ver en Sanchoan la tumba de Javier. (120) Fue el primero de todos los Jesuitas que penetró en China y se detuvo algún tiempo en Cantón; (121) su viaje al Japón, que acabó por lograr, le dio al menos el consuelo de saber el heroísmo del P. Cosme de Torres, en medio de la devastada cristiandad de Bungo. (122) Desaprobado por San Ignacio por haberse ido tan lejos de su Provincia el primer día que recibió el cargo, (123) no dejó de mostrar sin embargo, en medio de dificultades imprevistas, una paciencia, una confianza en Dios, un ardor angélico dignos de su hermano el santo Patriarca de Etiopía. Gonzalo de Silveyra, a quien Ignacio había enviado a las Indias, como Provincial, (124) se había ya señalado en Lisboa como un hombre un gobierno.

Tales son los jefes de estas expediciones apostólicas, cuyo relato dinfundido por Europa en todas las casas de la Orden, excitaba en los noviciados una santa rivalidad, edificaba a los amigos de la Compañía, regocijaba el alma de Ignacio y daba a los Papas el sentimiento de una revancha contra las conquistas protestantes.

Notas Capítulo Décimo Noveno

1.- *Epist. Nadal*, I, 1-19.

2.—Id. I, 134-341.

3.—Cron. III, 427-442.

4.—Id. III. 439 *Ep. Nadal I*. 145; Ep. el Instr. V, 7-8, 13-15.

5.—*Ep. Nadal*, I, 765, 776-778.

6.—Id. 186.

7.—Id. 789-795.

8.—Id. I. 760-761.

9.—Id. I, 176, 178, 181, 194, 212, 222, 238.

10.—*Cron*. II, 526.

11.—Id. II, 529-543.

12. Id. II, 544-550.

13.—*Cron*. II, 690, 694, 698, y sobre todo 700-701.

14.—*Ep. mixt*. III, 33-34, *Carta de González de Cámara del 6 de enero 1553*.

15.- Primero el P. Mirón Provincial y otros padres fueron de parecer que por consideración a Rodríguez no viniese el P. Torres; pero cuando las cosas empeoraron llamaron a dicho Padre. Torres llegó en julio, después partió para Compostela, para volver en noviembre a Lisboa.

16.- *Ep. mixt*. III, 32.

17.—*Ep. Nadal*, I, 174.

18.—Id. I, 197-200.

19.- *Cron*. III, 394.

20.- Id. III 403.

21.- *Ep. Nadal,* I, 181.

22.- Astrain I. 409-410.

24.—*Ep. Nadal*, I, 150-162.

25.—Id. I, 231-232.

26.—Id. I, 234; *Lit. quadr.* II, 629; Astrain I, 399.

27.—*Ep. Nadal,* I, 242, 248; Astrain, I, 406.

28.—*Ep. Nadal*, I, 261; Astrain, I, 405.

29.—*Ep. Nadal,* I, 265; Suau op. cit. 270-279.

30.- *Ep. Nadal*, II 28; Astrain, I, 406.

31.- *Ep. et instr*. VII, 676.

32.- Id. VIII, 42-43.

33.- Id. VIII, 266

34.- Id VIII, 270; *Ep. Nadal,* I, 279.

35.—Jd. I, 282.

36.—Id. I, 287.

37.—Id. I, 286-297.

38.- Id. loc. cit.

39.- Id. I, 294-296.

40—Id. I, 297.

41.—*Ep. et lnstr*. VIII, 402.

42.—Id. VIII, 623.

43.- *Cron*. V, 247-254; L. Michel *Le B. Pierre Canisius*, 156, 163, 165.

44.- Id. op. cit. 190; B. Duhr, Geschite der Jesuiten, I, 55, 61-91.

45.—*Ep. Nadal*, I, 305.

46.—Id. I, 309.

47.—Id. I, 309.

48.—Id. I, 310; *Cron*. V, 271, 274.

49.—Id. V, 246.

50.- este priorato pertenecía a la Orden Teutónica.

51.- *Ep. Nadal* I, 317, *Cron*. V, 163, 165, 168-170.

52.- Id. V, 159-164.

53.—*Ep. Nadal*, I, 327.

54.—Mujer del Fallore o Tesorero general.

55.—*Ep. el Instr*. IX, 602.

56.—*Cron*. V, 142.

57.—Ep. Nadal, I, 328, 329.

58.- Cron. V, 147; *Ep. Nadal*, I, 328-329.

59.- Id V, 125-128.

60.—*Ep. Nadal*, I, 332, 334-336, 337-339, 340.

61 .—*Cron*. V, 254, 256.

62.—*Ep. Nadal*, I, 151.

63.—Id. I, 223.

64.—Id. I, 236-238.

65.—Id. I, 256.

66.—Id. I, 257.

67.—Id. I, 180.

68.—Id. I, 168.

69.—Id. I, 257.

70.- Id. I, 157.

71.- *Ep. Nadal* I, 231.

72.- Id I, 248, 252

73.- *Astrain*. I, 597.

74.- *Ep. Nadal* I, 308, 311-312.

75.- Id. I, 312

76.—Id. I, 312.

77.—Roder, *Ep*. 822-963.

78.—Braunsberger, *Canisii Epist*. I, 288; *Ep. Nadal* I, 54.

79.—Id. I, 311.

80.—Sobre estos principios ver A. Poncelet, *Hist. de la Comp. en los Países Bajos*., I, 44-59, 78-85.

81.- *Cron*. V, 274.

82.- Id. V, 278-279.

83.- Id. V, 287.

84.- Id. V, 299.

85.- Id. 318; Poncelet, op. cit. I, 60-74.

86.- *Cron*. V, 317.

87.- Rivad. Mon. I, 59; Poncelet, I, 85-108.

88.- Ep. et Instr. LX, 587.

89.- Id. X, 12.

90.—*Riv. Mon*. I, 59-61.

91 .—Id. I, 61.

92.—Id. I, 125.

93.—*Cron*. II, 15, 219, 294; IV, 281, 286; VI, 436, 456-457.

94.—*Riv. Mon*. I, 63.

95.—*Ep. et Instr.* X, 704-719.

96.—*Cron*. VI, 441; Riv. I, 152, 157.

97.—Riv. I, 63; acerca de la oposición de Viglius y Granvela y el nuevo memorial del P. Olivier, ver Poncelet, op. cit. I, 93-98; 101-103.

98.- Id. I, 180; Poncelet. I, 107-118.

99.- *Riv. Mon*. 129-130.

100.-Id. I, 131.

101.- Id, I 132, 143.

102.—Id. I, 172.

103.—Id. I, 173.

104.—Id. I, 176.

105.—Id. I, 179.

106.—M. I, 187.

107.—Id. I, 188.

108.—Id. I, 190.

109.—Id. I, 194.

110.- *Ep. et instr*. XI, 422, 426, 552, 569.

111.- Id. X, 14, 16, 19.

112.- Id *Nadal*, I, 344.

113.—*Cron*. II, 379; III, 442-448; IV, 567-571.

114.—Id. II, 385; III, 447-455; IV, 601-610, 611-632.

115.—Id. IV, 631.

116.—Id. I, 469.

117.- Id. III. 487.

118.- Id. III, 485-486.

119.- Id. IV, 650.

120.- Id. V, 715.

121.- Id VI, 716-718.

122.- Id. VI, 823.

123.- *Ep. et Instr*. XII, 512

124.- Id. VI, 828.